

G A L E R I A
DE HOMBRES DE ARMAS
DE CHILE

T O M O I.

PERIODOS HISPANICO Y DE LA INDEPENDENCIA

1535 — 1826

ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJERCITO

G A L E R I A
DE HOMBRES DE ARMAS
DE CHILE

T O M O I.

PERIODOS HISPANICO Y DE LA INDEPENDENCIA

1535 — 1826

ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJERCITO

GALERIA DE HOMBRES DE ARMAS DE CHILE

COMANDO EN JEFE DEL EJERCITO

Elaborado por disposición de S.E. el Presidente de la República
y Comandante en Jefe del Ejército, Capitán General
don Augusto Pinochet Ugarte.

PLANIFICACION DE LA OBRA

Mayor General Jorge O'Ryan Balbontin
Jefe del Estado Mayor General del Ejército y Presidente
de la Academia de Historia Militar

COORDINADOR GENERAL

Coronel (E.M.) Mario Scheihing Navarro
Jefe del Departamento de Relaciones Internas del Ejército

PARTICIPARON EN ESTE TOMO

Coronel (E.M.) Manuel Reyno Gutiérrez

Profesor de Academia, Miembro de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y de la Academia de Historia Militar.

Tte. Coronel Edmundo González Salinas

Jefe de la Sección Historia del EMGE. y Miembro de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía y de la Academia de Historia Militar.

Ximena Rojas Valdés

Profesora de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

COLECCION BIBLIOTECA MILITAR

INDICE

Páginas

INTRODUCCION	11
--------------------	----

I.—PERIODO HISPANICO: 1535-1810.

1.—Francisco de Aguirre	15
2.—Jerónimo de Alderete	29
3.—Diego de Almagro	41
4.—Manuel de Amat y Junient	53
5.—Alonso de Ercilla y Zúñiga	59
6.—Alonso García Ramón	69
7.—García Hurtado de Mendoza	73
8.—Agustín de Jáuregui y Aldecoa	81
9.—Lautaro	97
10.—Lientur	111
11.—José Antonio Manso de Velasco	117
12.—Ambrosio O'Higgins	127
13.—Martín García Oñez de Loyola	141
14.—Pelantaru	151
15.—Rodrigo de Quiroga	161
16.—Alonso de Ribera y Zambrano	179
17.—Alonso de Sotomayor	195
18.—Pedro de Valdivia	211
19.—Francisco de Villagra	225

II.—PERIODO DE LA INDEPENDENCIA: 1810-1826.

1.—General de Brigada Pedro Andrés del Alcázar Zapata	247
2.—General de Brigada José Santiago Aldunate Toro	253
3.—Coronel Jorge Beauchef Ismet	261
4.—Teniente Coronel (Fray) Luis Beltrán	267

	<i>Páginas</i>
5.—General de Brigada José María Benavente Bustamante	271
6.—Almirante Manuel Blanco Encalada	275
7.—General de Brigada José Manuel Borgoño Núñez	283
8.—Teniente General Miguel Eugenio Brayer	289
9.—Teniente Coronel Santiago Buera Avaria	295
10.—Brigadier Ignacio de la Carrera y Cuevas	303
11.—Brigadier José Miguel Carrera Verdugo	307
12.—Brigadier Juan José Carrera Verdugo	319
13.—Coronel Luis Carrera Verdugo	327
14.—General de División Luis de la Cruz y Goyeneche	333
15.—General de División Ramón Freire Serrano	337
16.—General de Brigada José Francisco Gana y López	349
17.—General de Brigada Francisco de la Lastra de la Sotta	355
18.—General de División Juan Gregorio de las Heras de la Gacha	359
19.—Coronel Agustín López Alcázar	365
20.—General de Brigada Juan Mackenna O'Reilly	369
21.—Brigadier Juan Martínez de Rozas	379
22.—Coronel Nicolás Maruri	385
23.—Teniente Coronel Carlos María O'Carroll	389
24.—Libertador Capitán General Bernardo O'Higgins Riquelme	393
25.—General de División Francisco Antonio Pinto Díaz	409
26.—General de División Joaquín Prieto Vial	417
27.—Coronel Manuel Rodríguez Ordoíza	425
28.—General de Brigada José Rondizzoni Cánepa	439
29.—General de División José de San Martín Matarras	445
30.—Coronel Carlos Spano Padilla	455
31.—Brigadier Mateo de Toro y Zambrano Ureta y Prado	461
32.—Coronel Juan de Dios Vial Santelices	469
33.—Coronel Guillermo de Vic-Tupper	473
34.—General de Brigada Benjamín Viel Gornets	479
35.—General de Brigada José Ignacio Zenteno del Pozo y Silva	483
INDICE DE ILUSTRACIONES	491

INTRODUCCION

En esta obra, el Departamento de Relaciones Internas del Ejército ha querido dar a conocer los principales rasgos biográficos de nuestros más destacados hombres de armas, desde nuestros antepasados hispánicos hasta este siglo, sin olvidar, entre ellos, a nuestros ancestros indígenas.

Para su realización se han tomado como base dos importantes libros escritos por el Teniente Coronel (R) Edmundo González Salinas, titulados "Soldados Ilustres del Reyno de Chile" (1) y "Soldados Ilustres del Ejército de Chile" (2). Las biografías que allí aparecen han sido ampliadas y sus notas, completadas. Además, se han agregado nuevos personajes que no habían sido considerados allí, incluyéndose oficiales y clases y también aquellos que ascendieron a oficiales desde la base del escalafón.

Sin duda, son muchos más nuestros héroes y hombres de armas destacados; hemos seleccionado estos nombres, queriendo que en ellos estén representados todos los soldados que, con sus virtudes militares, su patriotismo y sacrificio, han contribuido a la grandeza de nuestra nación.

La obra completa está dividida en tres tomos y éste, que presentamos hoy, es el primero de ellos. Aquí se consigna el período hispánico, desde la llegada de Diego de Almagro, en 1535, hasta 1810 y el período de la Independencia, desde la creación de la Primera Junta Nacional de Gobierno en 1810, hasta la afirmación de nuestra República, con la conquista de Chiloé, en 1826.

-
- (1) Santiago, Estado Mayor del Ejército, Publicaciones Militares, 1967. Biblioteca del Oficial, vol. XXXII.
 - (2) Santiago, Estado Mayor del Ejército, Publicaciones Militares, 1963. Biblioteca del Oficial, vol. XXIX.

Los tomos siguientes incluirán el período en que en nuestro Ejército predominó la influencia francesa, desde 1826 hasta 1885; el período de las reformas e influencia de Körner y de los instructores alemanes, desde 1885 hasta 1940; finalmente, el período de la influencia norteamericana, desde 1940 hasta 1952.

Uno de los objetivos fundamentales de esta obra, junto con dar a conocer las biografías de nuestros héroes, es permitir a los investigadores que se interesen, poder ampliar sus conocimientos sobre cada personaje que aquí aparece. Por ello, hemos incluido, para cada uno, una orientación bibliográfica que, sin pretender ser exhaustiva, puede ayudar en la búsqueda de nuevos antecedentes.

Queremos hacer notar que en el caso de los oficiales anteriores a la Independencia, no se les ha consignado el grado militar más alto que ellos alcanzaron, porque en la bibliografía de esa época los grados no aparecen en forma precisa y clara. De allí que hayamos preferido optar por poner sólo el nombre y apellidos de esos personajes.

Estamos seguros que esta nueva obra será de mucho valor para los que quieran conocer la historia de nuestra Institución a través de sus hombres, que son sus principales actores.

I.—PERIODO HISPANICO 1535 - 1810

1.—FRANCISCO DE AGUIRRE

Nació en Talvare en 1507. Era hijo de Hernando de la Rúa y de Constanza de Meneses. Con el grado de Alférez se encontró en el asalto de Roma ("il sacco de Roma"), en mayo de 1527, que tuvo por objetivo la destrucción de la Liga Clementina, constituida por el Papa Clemente VII y Francisco I de Francia y destinada a arrojar a los españoles del norte de Italia y de Nápoles. Por haber tenido a su cargo el cuidado de un convento de religiosas, Aguirre mereció que el Papa le dispensara el impedimento que tenía para casarse con su prima María de Torres y Meneses. Además, Carlos V le concedió el corregimiento de Talavera.

Pasó al Perú en los primeros tiempos de la conquista, hacia el año 1536, llevando las armas, caballos y criados para su servicio. Participó en el socorro a Gonzalo Pizarro y a los españoles que con él estaban cercados de los indios en Cochabamba (1538) y en la conquista de los Charcas, como Teniente de Diego de Rojas. Mientras aquél hacía su entrada a los Chiriguano, quedó ahí como Teniente cerca de dos años, en cuyo tiempo pacificó a los naturales de la comarca. Después partió en seguimiento de Rojas y le encontró cuando regresaba de su frustrada expedición. Encargóle entonces pasase a los Chichas a fin de buscar un sitio adecuado, para reorganizar la gente que venía hambrienta y desbaratada. Aguirre cumplió su misión; pero cuando sus emisarios lo fueron a anunciar a Rojas comprobaron que éste se había encaminado a Lima y que sus soldados se habían dispersado.

Aguirre resolvió marchar a San Pedro de Atacama, a esperar a Pedro de Valdivia, que se sabía iba a la conquista de Chile y debía pasar por allí. Después de dos meses de espera, durante los cuales hubo de combatir con los indios de la comarca, se reunió al Capitán extremeño, con 15 jinetes y 10 arcabuceros y ballesteros.

Se encontró en la fundación de Santiago del Nuevo Extremo. Valdivia designó el Cabildo y nombró "los alcaldes, regidores, mayordomos, procurador de la ciudad, para que los alcaldes administrasen justicia en nombre de su majestad, como es uso y costumbre" (1). Uno de estos alcaldes fue Francisco de Aguirre.

Le cupo desempeñar un papel notable cuando, en septiembre de 1541, la ciudad de Santiago fue atacada por los indios de Michimalonco. Perdió un caballo, le hirieron otros dos y él mismo salió también mal herido. "Entre las demás cosas notables que sucedieron este día no fue la de menos admiración la que aconteció al General Francisco de Aguirre y fue que como tan prolongado el tiempo de batalla, que duró desde antes del día hasta la mayor fuerza del sol, que era a las doce, y en todo este tiempo no dejó la lanza de mano trayéndola siempre apretada en ella para dar los botes con más fuerza, vino a quedar la mano tan cerrada que cuando quiso abrirla, y dejar la lanza, que tenía casi tanta sangre como madera, no pudo abrir la mano ni despegar la lanza ni otro alguno de los que procuraron abrírsele fue parte para ello" (2).

Tres años más tarde los indios comarcanos habían emigrado al otro lado del Maule, atentos a rehuir los trabajos a que eran sometidos por los conquistadores y, ya lejos de su tierra, llevaban una vida miserable. Valdivia quiso hacerlos volver y encargó esta comisión a los Capitanes Francisco de Villagra y Francisco de Aguirre. Llegaron éstos hasta las orillas del Itata y lograron devolver a su querencia a una parte de ellos y los indujeron a reconstruir sus viviendas y a reanudar sus cultivos con semillas de maíz y de trigo.

-
- (1) Primer Libro de Actas del Cabildo de Santiago, llamado generalmente Libro Becerro, de 1541 a 1557. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861, pág. 67.
- (2) Marfío de Lobera, Pedro. Crónica del Reino de Chile, escrita por el Capitán don... dirigido al Excelentísimo Señor don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Virrey y Capitán General de los Reinos del Perú y Chile, reducido a nuevo método y estilo por el Padre Bartolomé de Escobar de la Compañía de Jesús. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo VI. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861.

El asesinato, por los indios, de Juan Bohón y sus 30 compañeros, en Copiapó y la destrucción de La Serena en enero de 1549, avivaron en los pobladores de Santiago el recuerdo del asalto del 11 de septiembre de 1541. Se temía que esos sucesos envalentonaran a los indígenas de Aconcagua y de Cachapoal y que aprovecharan el debilitamiento de la guarnición producido por el envío de 60 hombres al norte, para tentar un nuevo golpe. Se redoblaron las precauciones; se tomaron caciques en rehenes, se aprestaron las armas y se extremó la vigilancia nocturna. Además, Francisco de Aguirre marchó con 10 hombres a sofocar una rebelión que había estallado en Cachapoal.

El 20 de junio de 1549, Valdivia lo nombró Teniente de Gobernador de la zona comprendida entre el Choapa y Atacama, con el encargo de reconstruir la ciudad de La Serena y mantener las comunicaciones con el Perú. Un mes más tarde amplió sus facultades al autorizarlo para conceder encomiendas. Aguirre salió de Santiago con sólo 5 soldados y 300 indios auxiliares; pero había en esa fecha en el norte alrededor de 50 españoles de los grupos de Maldonado y de Pedro de Villagra. Maldonado alcanzó a reconstruir algunos edificios y Villagra pacificó la región de Copiapó al sur y pactó una tregua con los indígenas. Sobre estas bases, procedió Aguirre a fundar de nuevo la ciudad el 26 de agosto de 1549. Adoptó con los indios una política opuesta a la de Villagra. Los persiguió implacablemente: afianzó la paz en el norte, más que por el terror, por el exterminio. En adelante, el camino del Perú quedó expedito; pero la región quedó sin brazos para explotar los lavaderos de oro y desarrollar las faenas agrícolas. La autoridad de Aguirre recibió dos limitaciones: debería ir contra los indios cuando se lo ordenara el Cabildo de Santiago y en la administración de justicia de La Serena podría intervenir el Justicia Mayor de Santiago.

Desde que Francisco de Villagra envió noticias de la expedición a Tucumán y de las peripecias de Juan Núñez de Prado, preocupó a don Pedro de Valdivia la idea de enviar al Barco un hombre de su confianza. Se fijó en Francisco de Aguirre, que desde La Serena podía transmontar los Andes y llegar al Barco con más facilidad que sus demás tenientes. Le impartió instrucciones en Concepción y le nombró Teniente de Gobernador del Barco el 8 de octubre de 1551, en reemplazo de Núñez de Prado. Un año más tarde, el 14 de octubre de 1552, le con-

firmó el título y lo declaró independiente de la jurisdicción de Francisco de Villagra. En caso de muerte del Gobernador, debía continuar en el gobierno del Tucumán y de La Serena, con independencia del sucesor que Valdivia designara en la gobernación de Nueva Extremadura.

Los tenientes, lo mismo que los gobernadores, debían subvenir con sus recursos personales a los gastos de la conquista cuyos gobiernos se les confiaba. Aguirre afirma que invirtió 60.000 castellanos en la expedición al Barco; pero, aún cuando hubiera sido mayor cantidad, no habría podido reunir los soldados y los caballos que necesitaba, sin el inesperado auxilio que trajo a Chile don Martín de Avendaño y Velasco. A pesar de que el Rey había suspendido toda nueva conquista por Cédula de noviembre de 1551, había recomendado a las autoridades de Lima estimular las expediciones a esta provincia, a fin de poblar lo ya conquistado en ella. En cumplimiento de esta orden, el Virrey don Antonio de Mendoza facultó a Avendaño y Velasco para reclutar gente y pasar a Chile. Una parte de ella se incorporó a la expedición que Aguirre venía preparando desde hacía un año, sin lograr darle cima y así pudo salir con 60 jinetes en noviembre de 1552.

Atravesó la cordillera sin mayor dificultad; pero no encontró la ciudad donde la había dejado Villagra, ni en Calchaquí, donde la había trasladado su fundador: Núñez de Prado había movido sus habitantes desde su primitivo asiento en Tucumán al valle de Calchaquí, en la provincia de los Diaguitas. A la vuelta de un año y a raíz de un incendio de la población, salió en busca de un nuevo asiento para el Barco y se mudó por segunda vez a la provincia de los Juríes, en junio de 1552. Por tercera vez decidió cambiarse al asiento de Taquitingasta. Los habitantes resistieron el nuevo cambio, con la misma energía que los anteriores. Pero Núñez de Prado, inflexible, mandó alcanzar a los que se habían fugado y tenía ya todo listo para el traslado cuando, una noche de mayo de 1553, cayó sobre ellos Francisco de Aguirre. El Cabildo y los habitantes lo recibieron en calidad de Teniente de Gobernador por don Pedro de Valdivia el 21 de mayo y creyeron haber llegado al término de su larga peregrinación.

Juan Núñez de Prado estaba ausente en tierra de los Diaguitas. Aguirre lo tomó preso cuando marchaba de regreso y lo remitió a Chile. "Después de estos primeros actos ejecuta-

dos con tanta actividad como resolución, no hubo en aquellos territorios ningún español que intentase oponerse a la enérgica voluntad de Aguirre" (3). Los habitantes del Barco anhelaban, ahora, paz y sosiego, que les permitiera alimentarse, criar ganados y trabajar minas. Por desgracia para ellos, Aguirre no había nacido para vivir en paz con sus semejantes. Por otra parte, el 23 de diciembre de 1553 —cuando aún vivía Valdivia— escribió al Rey y pidió al Cabildo le escribiese también, para solicitarle que el Tucumán y La Serena fueran segregados de Chile; que se erigiesen en gobernación independiente y nombrase a él gobernador de la nueva provincia. A mediados del mismo año trasladó, por última vez, la ciudad del Barco. El sitio elegido fue la ribera del río Dulce. Le cambió también el nombre por el de Santiago del Estero del Nuevo Maestrazgo, bajo el cual habría de pasar a la jurisdicción del virreynato de Buenos Aires en 1776.

Allí, en Santiago del Estero, recibió el 22 de marzo de 1554, la noticia de la muerte y testamento de Valdivia, que le llevara su hijo Hernando. Los vecinos de La Serena le suplicaban venir con refuerzos, en previsión de un alzamiento de los indígenas. Le llevaron también cartas de Rodrigo González de Marmolejo y de otros amigos, en las cuales le pintaban la crítica situación del Reino después de la muerte del ilustre Capitán de la Conquista. Aguirre se hizo proclamar Gobernador por el Cabildo de Santiago del Estero; repartió sus tierras, ante la convicción de que ya no volvería, nombró Teniente a Gregorio de Bazán y el 28 de marzo se dirigió a Chile con 50 hombres. El Cabildo de La Serena, como era de esperarlo, lo recibió también como Gobernador; mas, Diego García de Cáceres le notificó un acuerdo del Cabildo de Santiago, de 9 de abril, "para que le hagais un requerimiento que llevais firmado de nuestros nombres, acerca de que no venga a esta ciudad con la gente de guerra que trae, ni entre en los términos de ella, por excusar escándalos y alborotos que se podrían recrecer entre él y el Ge-

(3) Barros Arana, Diego. Historia General de Chile. 2a. edición corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1930. Tomo II, pág. 44.

neral Villagra y su gente, que está en esta ciudad al presente” (4). Aguirre replicó presentando el 5 de junio un requerimiento para que se le reconociera como Gobernador.

El conflicto que el Cabildo veía venir era ya ineludible y resuelto a cerrar a todo trance las puertas a Aguirre, acordó el 11 de julio “que se responda al Capitán Francisco de Aguirre a su requerimiento, diciendo de nuevo que no se ha de recibir a él ni a otra persona hasta que Su Majestad mande otra cosa, y que se le escriba también conforme a esto una carta, y que no pretenda alborotar la tierra, porque se lo estorbarán de la manera que de derecho hubiere lugar” (5). La actitud intransigente y el tono altanero de Aguirre inclinaron al Cabildo de Santiago hacia Villagra, que contaba con la fuerza necesaria para hacer respetar sus acuerdos. Pero prefirió acogerse a un expediente exigido por los moradores y recomendado en el mismo púlpito: la consulta a los letrados. Ella se limitó a saber si se debería nombrar a Aguirre o a Villagra Capitán General y Justicia Mayor de Santiago. Villagra aceptó la idea y juró acatar lo que se resolviese y Aguirre la rechazó. El fallo se enderezó en el sentido de declarar que Francisco de Villagra debía irse al sur, sin perjuicio de que si en el plazo de siete meses no llegaba resolución de la Real Audiencia, tomase el mando del país. Villagra solucionó el problema de una manera muy sencilla. Invitados los alcaldes y regidores a celebrar sesión en su propia casa, hizo entrar gente armada a su domicilio e impuso a aquéllos su punto de vista. Villagra se haría reconocer, pues, como Capitán General y Justicia Mayor y marcharía en seguida al sur, para proseguir su campaña contra los mapuches.

Con la partida de Villagra al sur creció un peligro que el Cabildo de Santiago divisaba más inmediato que el de los mapuches: el de una agresión de Francisco de Aguirre. Efectivamente, apenas supo que Santiago estaba semidesguarnecido, empezó a anunciar que se dirigiría hacia éste para asumir el mando como sucesor testamentario de Valdivia. El 30 de

(4) Primer Libro de las Actas del Cabildo de Santiago. 9 de abril de 1554. Obra citada, pág. 419.

(5) Primer Libro de las Actas del Cabildo de Santiago. 11 de julio de 1554. Obra citada, pág. 423.

noviembre de 1554, el Cabildo recibió nota suya, en la cual reclamaba —con amenazas— se le reconociese como Capitán General del Reino. El Cabildo hizo leer dicha nota en la plaza pública y la contestó negativamente el mismo día. Su actividad se concentró en los preparativos de la defensa contra el rebelde durante los últimos días de 1554 y primeros meses de 1555. Acopiadas las armas y municiones necesarias, prohibió la salida de la ciudad a todos los bienes. Como se creyera a Aguirre a las puertas de Santiago, se despachó a Rodrigo González de Marmolejo y a Rodrigo de Quiroga “para que le hablen y entiendan dél a qué viene” (6). En la misma sesión se acordó “un mandamiento firmado de sus nombres para que el dicho Francisco de Aguirre no venga a esta ciudad ni entre a ella, so pena de muerte y perdimento de bienes para la cámara de Su Majestad y debe ser habido por alevé y traidor de su Rey y señor natural...” (7).

La expedición tan temida sólo constaba de 16 hombres de caballería al mando de Hernando de Aguirre, provisto de armas blancas y de 6 arcabuces. Entraron a Santiago el 7 de enero y fueron rechazados fácilmente por los pobladores. El Cabildo acordó retener prisioneros a los soldados y dejar en libertad a Hernando, para no irritar más al padre. “Contrariamente a lo que se ha afirmado, el valor incontrastable del Cabildo era meramente verbal, un simple aparato, con el cual creía contener a Aguirre... Lo que retuvo a este caudillo en La Serena no fueron las comunicaciones ni los aparatosos preparativos del Cabildo, sino su debilidad. El número de sus soldados era muy corto y carecía de adhesiones entre los pobladores del reino” (8).

A pesar de que el Cabildo de Santiago se dio cuenta, aunque algo tarde, de la absoluta impotencia de Aguirre, creyó más prudente contemporizar hasta que llegara la resolución de la Real Audiencia. A raíz de la amenaza de venir a

(6) Primer Libro de las Actas del Cabildo de Santiago. 2 de enero de 1555. Obra citada, pág. 458.

(7) Idem.

(8) Encina, Francisco Antonio. Historia de Chile, Desde la Prehistoria hasta 1891. 4a. edic. Santiago, Editorial Nascimento, 1955. Tomo I, pág. 351.

recuperar por la violencia los jinetes prisioneros, el Cabildo resolvió enviar a Rodrigo de Quiroga y a Francisco Martínez a conferencias con él en La Serena, llevando los soldados que voluntariamente quisieran volver a ésa en los términos de Santiago del Nuevo Extremo, "hasta tanto que se sepa la voluntad de lo que Su Majestad es servido proveer acerca del gobierno de esta tierra, pues se está esperando cada día la respuesta de los mensajeros que por cuatro vías se han hecho a Su Majestad" (9).

El 26 de febrero de 1554 el Cabildo de Santiago había escrito a la Real Audiencia de Lima, pidiéndole nombrara gobernador de Chile a Francisco de Villagra. La Audiencia acordó, con fecha 13 de febrero de 1555 —al cabo de un año—, anular cualquier nombramiento de sucesor hecho por Valdivia "en testamento, codicilos por escrito o de palabra". Con esta declaración se borraban de una plumada los derechos de Alderete, Aguirre y Villagra y se despejaba el campo para las gestiones que Santillán y Altamirano iban a iniciar en la Corte. Pero como había que proveer el gobierno interino del país, se ordenó que la autoridad residiera en el Cabildo de cada ciudad. Así se evitaba un posible competidor, al mismo tiempo que se prevenían alborotos. Dispuso también la Audiencia que Aguirre y Villagra licenciaran sus tropas y se sometieran a la autoridad de los cabildos. La susodicha Audiencia confió la notificación de este acuerdo a Arnao Segarra Ponce de León, que venía de España a asumir el cargo de contador de la Real Hacienda de Chile. Llegó éste a Coquimbo en la tarde del 11 de mayo de 1555 y empezó por tomar todo género de precauciones para prevenir un asalto al buque. Aguirre y los pobladores comprendieron que la *Concepción* era portadora del fallo de la Audiencia y su actitud hostil les hizo entender que éste era adverso. Hasta este momento, la confianza de ser legítimo sucesor de Valdivia y la seguridad de que la Audiencia le haría justicia, junto con la conciencia de su debilidad, habían contenido a Aguirre. Perdida aquella esperanza, quiso impedir que la noticia se extendiera, esperando poder adueñarse del fallo y ocultarlo. Prohibió pues, bajo pena de

(9) Primer Libro de las Actas del Cabildo de Santiago. 28 de enero de 1555. Obra citada, págs. 468-469.

muerte, toda comunicación con el barco peruano. Este continuó su derrotero y pudo comunicar en Santiago que el favorecido por el fallo de la Real Audiencia era el Cabildo.

Llegó, a todo esto, el mes de julio y nadie se atrevía a hacer la notificación a Francisco de Aguirre. Por fin, Juan de Maturana se resolvió a aceptar la comisión, siempre que le acompañaran Rodrigo González de Marmolejo, Luis de Cartagena y Juan Godínez. La notificación se realizó el 10 de julio de 1555, sin la menor dificultad.

El 23 de abril de 1557 fondeaban en Coquimbo los cuatro barcos de guerra en que viajaba el nuevo Gobernador de Chile, don García Hurtado de Mendoza, cuyo buque insignia era el *San Cristóbal*. Inmediatamente don García envió a tierra un mensajero con una carta para Aguirre, del Virrey don Andrés, que le recomendaba a su hijo. Algunos días antes había llegado a La Serena don Luis de Toledo con las tropas de caballería, que habían hecho el viaje por tierra, venciendo mil dificultades, pero sin desgracia personal alguna. Aguirre y Toledo pasaron inmediatamente al puerto y a falta de embarcación, tomaron una de las balsas de cueros de lobos marinos que los indios de la comarca utilizaban para la pesca. Aguirre fue recibido con una salva de artillería y al son de músicas militares hasta entonces desconocidas por las tropas de Chile. Cuando, después de algunos momentos de estudiado retardo, se presentó D. García con todo el boato de que venía revestido, Aguirre lo saludó respetuosamente y le besó la mano en señal de actamiento. "Lo que más me ha aliviado la pena del Virrey, mi padre, al separarse de mí para enviarme a esta jornada —dijo el Gobernador— era el saber que hallaría en esta tierra un sujeto de la experiencia y canas de vuestra merced, de quien, en todo lo que se ofrezca al servicio de S.M. habrá de tomar consejo y parecer" (10).

(10) Citado por Diego Barros Arana, obra citada, pág. 121.

Comenzó, en seguida, a informarse de los sucesos de Chile y le pidió que, como hombre conocedor de la tierra, le indicase todo lo que creyera útil para la pacificación de los naturales. Desembarcados y luego de un descanso, se pusieron en viaje hacia la ciudad. Allí se había preparado un recibimiento solemne. Al llegar a la plaza mayor, Aguirre descendió de su caballo y, tomando de la brida el que montaba D. García, lo condujo hasta la puerta de la iglesia, donde los viajeros iban a dar gracias a Dios por el feliz término de su navegación. “He sufrido señor Francisco de Aguirre —dijo el Gobernador— que vuestra merced haya traído la rienda de mi caballo, por la autoridad real que represento, que de otra suerte no lo permitiera, estimando, como es justo, su persona” (11). D. García aceptó, a continuación, el homenaje que Aguirre le había preparado en su propia casa: el viejo conquistador no se había detenido en gastos para recibir a su huésped con la esplendidez debida.

Cuando hubo desembarcado su tropa y adquirió la confianza de que su voluntad sería cumplida sin la menor dificultad, Mendoza abandonó su aire de modestia y de moderación de que había hecho alarde, a fin de poner en práctica el plan que traía preparado de acuerdo con su padre. El 25 de abril se reunió el Cabildo de la ciudad. D. García hizo leer la provisión del Virrey y en el acto fue reconocido en el carácter de Gobernador y Capitán General de las provincias de Chile. Horas más tarde, después del almuerzo, montó a caballo y —acompañado por algunos de sus oficiales— salió de paseo por los alrededores del pueblo. Durante su ausencia debía consumarse el golpe pérfido y desleal que traía meditado. Efectivamente, esta misma tarde sus oficiales apresaban a Aguirre, sin que nadie se atreviera a oponer resistencia. En seguida se le condujo al puerto y se le trasladó a bordo de uno de los buques de la flotilla para ser enviado al Perú. Lo demás es cosa sabida: su encuentro con Francisco de Villagra y aque-

(11) Citado por Diego Barros Arana, obra citada, pág. 121.

llas frases que se han hecho célebres en nuestra historia: “Mire, vuestra merced, señor General, lo que son las cosas del mundo: ayer no cabíamos en un Reino tan grande y hoy nos hace caber don García en una tabla” (12).

La actitud de D. García Hurtado de Mendoza para con Aguirre y con Villagra no mereció la aprobación del Rey, de la Corte ni del Virrey del Perú, Conde Nieva. Lejos de eso, este último concedió a Aguirre el gobierno de la dilatada provincia de Tucumán. Se recordará que el agraciado partió a La Serena a raíz del fallecimiento de Valdivia y que en Santiago del Estero dejó como Teniente a Juan Gregorio Bazán. La historia del Tucumán, a partir de este momento, es una serie de contrastes, originados a veces por derrotas que los indígenas infligieron a los españoles y, con más frecuencia, por los disturbios de los propios pobladores; combate victorioso contra los chiriguano; golpe de mano de Salazar contra Rodrigo de Aguirre; contrarrevuelta de los habitantes y reposición de Aguirre en el mando; gobierno de Juan Pérez de Zurita y fun-

(12) Citado por Diego Barros Arana, obra citada, pág. 124 y por Francisco Antonio Encina, obra citada, pág. 490.

Según Barros Arana, esta anécdota fue contada por Mariño de Lobera, en el capítulo 2 de su obra, ya citada y transcrita por el sacerdote jesuita Bartolomé de Escobar, quien la puso en boca de Aguirre, “aplicándola en forma de uno de esos discursos sentenciosos y retóricos a que eran tan aficionado los historiadores españoles de los siglos XVI y XVII, pero que pecan, no sólo contra la verdad, sino contra la verosimilitud” (Barros Arana, *Diego, Obra citada*. Tomo II, pág. 125, nota 10). Por su parte, Francisco Antonio Encina afirma que esta frase habría sido tomada de una carta de García Hurtado de Mendoza al Rey, de 28 de junio de 1557 y que se encuentra en los “Documentos” de José Toribio Medina, Tomo 230, Nº 5.950; en ella, Hurtado de Mendoza habría afirmado que con la prisión de Villagra y de Aguirre, en el navío que arribó al Callao, el 21 de junio de 1557, había hecho que los “que no cabían en 600 leguas, que cupiesen en una cámara del navío”.

Encina afirma que “de aquí tomaron pie los cronistas para poner esta frase en boca de Villagra o de Aguirre, que nunca la pronunciaron” (Encina, Francisco Antonio. *Obra citada* Tomo I, pág. 490, nota 8).

dación de las ciudades de Londres, Córdoba y Cañete; revuelta de Rodrigo de Aguirre y de Baltazar Hernández; triunfo del Teniente Pérez de Zurita y ejecución en la horca de Aguirre y de Hernández.

Este era el estado de la provincia cuando llegó a ella Gregorio de Castañeda, enviado por Francisco de Villagra, en 1561. Aprehendió a Juan Pérez de Zurita, que gobernaba por D. García de Mendoza y lo envió a Chile. Pronto los indígenas lo obligaron a despoblar las ciudades de Córdoba, Cañete, Londres y Nieva. A principios de 1563, los españoles estaban reducidos a la ciudad de Santiago del Estero. Hacia esa fecha, supo Castañeda el desastre de Lincoya y al frente de 20 soldados se vino a Chile en auxilio de Villagra, dejando a Manuel de Peralta en el gobierno de la ciudad.

Francisco de Aguirre gestionaba la segregación del Tucumán —y aun la de La Serena y Copiapó— desde los días mismos de Valdivia. Apenas se hizo cargo de su gobierno, reanudó las gestiones en este sentido, hasta lograr que por Real Cédula de 29 de agosto de 1563, Felipe II dispusiera dicha segregación. “Habemos acordado —dice— apartar la dicha gobernación de Tucumán, Juríes y Diaguitas de la dicha audiencia de “Las Charcas” (13). El licenciado Castro, que gobernaba interinamente el Virreinato, confirmó a Francisco de Aguirre en el gobierno de Tucumán.

En 1564, cuando la conquista de esa región estaba a punto de perderse, Aguirre obtuvo sobre los indios señaladas ventajas y con mano firme y vigorosa asentó sólidamente la dominación española. Pero su carácter violento e impetuoso desagradó a muchos de los suyos y provocó una rebelión que a punto estuvo de costarle la vida.

Por Real Cédula de febrero de 1567, dada en El Escorial, Felipe II confirmó su nombramiento de gobernador de Tucumán concedido por el citado licenciado Castro. “Por ende —disponía— por la presente es mi merced y voluntad que seáis nuestro gobernador de la dicha provincia de Tucumán y estéis y residáis en ella cuatro años y corran y se cuenten.

(13) Citado por Francisco Antonio Encina, obra citada, Tomo I, pág. 596.

desde el día que hobiéredes entrado en la dicha provincia á tener dicha gobernación en adelante, y más tiempo que fuere nuestra voluntad...”

Un año más tarde (1568) la autoridad eclesiástica de Charcas citó a Aguirre ante su propio tribunal, para someterlo a juicio por haber proferido algunos conceptos estimados heréticos. No existía entonces en el Virreynato del Perú el tribunal de la Inquisición. El proceso terminó con la solemne abjuración de sus errores, ante el obispo de Charcas el 1º de abril de 1569.

A fines de ese mismo año, regresó Aguirre a Tucumán, a fin de continuar en el desempeño de su mandato. Fueron tantas, sin embargo, las quejas que contra él se formularon, que el Virrey del Perú D. Francisco de Toledo estimó de su deber enviar un inspector a esa provincia. Se acusaba al Gobernador de maltratar a los españoles y a los indios, indistintamente, y la información recogida entonces confirmó estos hechos. El Virrey resolvió separarlo del mando y nombró en su lugar a D. Jerónimo Luis de Cabrera (20 de septiembre de 1571). Aguirre se retiró, ya para siempre, viejo, desengañado y sin sueldo, a la ciudad de La Serena. En ese entonces había perdido a tres de sus cuatro hijos varones, un yerno y un sobrino, muertos todos al servicio de la Corona y después de haber gastado —al parecer— más de 300.000 duros en el real servicio. Encontrábase tan necesitado —relataba al Rey con fecha 1º de julio de 1580— que no estaba en condiciones “de poder parecer ante V.M. a pedir merced y gratificación de nuestros muchos servicios e gastos”.

Tres y medio años más tarde, con fecha 28 de diciembre de 1583, el Rey advertía al Gobernador D. Alonso de Sotomayor que “quiero ser informado de lo que en esto pasa (servicios de Aguirre) y convenga proveer, os mando que luego como viéredes esta mi Cédula me enviéis relación de ello con vuestro parecer, para que, visto, se provea lo que convenga”. Los historiadores estiman que Aguirre había fallecido cuando la citada Cédula llegó a manos del Gobernador de Chile.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. 2da. Edición, corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1930. Tomo II.
- 2.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. 4a. Edición, Santiago, Editorial Nascimento, 1955. Tomo I.
- 3.—ERRAZURIZ, CRESCENTE. Historia de Chile sin gobernador, 1554-1557. Santiago, 1912.
- 4.—MARINO DE LOBERA, PEDRO. Crónica del Reino de Chile, escrita por el Capitán Don ... dirigido al Excelentísimo Señor don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Virrey y Capitán General de los Reinos del Perú y Chile, reducida a nuevo método y estilo por el Padre Bartolomé de Escobar de la Compañía de Jesús. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo VI. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861.
- 5.—MEDINA, JOSE TORIBIO. Diccionario Biográfico Colonial de Chile. Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1906.
- 6.—PRIMER LIBRO DE ACTAS DEL CABILDO DE SANTIAGO, llamado generalmente Libro Becerro, de 1541 a 1557. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo I, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861.

2.—JERONIMO DE ALDERETE

Nació en Olmedo en 1518 y fueron sus padres Francisco de Mercado, natural, vecino y regidor de la ciudad, e Isabel de Alderete de Tordesillas. Pasó a las Indias en 1535 y llegó al Perú cuando Francisco Pizarro acababa de fundar la Ciudad de los Reyes (Lima). Desde allí le envió el socorro de los Capitanes Pedro de Candia y Pedro Anzúrez (o Peranzúrez), que andaban en el descubrimiento de la provincia de los Chunchos. Llegó a tiempo de salvar la vida a muchos de los que escapaban, perdidos en la empresa y que pudieron proseguir nuevamente unas 200 leguas más, hasta llegar al valle de Tarija. Allí tuvo noticias de que don Pedro de Valdivia venía a la conquista de Chile y fue a reunirsele en el valle y asiento de Tarapacá.

Participó en la fundación de Santiago del Nuevo Extremo y el 7 de marzo de 1541, recién transcurrido un mes de tan magno suceso, Valdivia instituyó el primer Cabildo, compuesto de dos alcaldes autorizados para administrar justicia, de seis regidores y de un procurador. Uno de los regidores fue Jerónimo de Alderete. El 10 de junio, Valdivia fue designado Gobernador de Chile por el Cabildo y los vecinos de Santiago y, dieciocho días más tarde, nombró en calidad de interinos, mientras el Rey no dispusiese otra cosa, los primeros oficiales reales de Chile: Jerónimo de Alderete, tesorero; Francisco de Arteaga, contador; Juan Fernández de Alderete, veedor, y Francisco de Aguirre, factor.

Valdivia estaba ansioso de reconocer las costas del sur y tomar posesión de esa parte del territorio, pues temía que algún capitán viniera por el Estrecho de Magallanes con provisiones del Rey. Desde que conoció al piloto que conducía al *San Pedro*, Juan Bautista Pastene —llegado en junio de 1544 a Valparaíso— se dio cuenta que era éste el hombre que necesitaba para la materialización de sus anhelos. Pastene se dio a la vela en dirección al sur el 4 de septiembre de 1544. Debía reconocer

prolijamente la costa y facilitaría el desembarco de dos oficiales de tierra —Jerónimo de Alderete y Rodrigo de Quiroga— encargados de tomar posesión oficial de aquellos lugares. El 17 de septiembre el barco se encontraba a la altura del grado 41.15 de latitud sur. En la tarde del mismo día dio con un puerto que bautizó con su actual nombre de San Pedro. Al día siguiente bajó a tierra y “allí tomó Alderete posesión en nombre de Su Magestad de aquella tierra, y con grande relación y noticia...”. (1).

Pastene dio la vuelta al norte: recaló en los puertos, tomó posesión de la tierra, dándole sus nombres. El más importante de estos descubrimientos fue el río de Aynilebo, que fue bautizado con el nombre de Valdivia.

En septiembre de 1545 Valdivia envió a Juan Bautista Pastene, Alonso de Monroy y a Antonio de Ulloa al Perú en busca de socorros para el naciente Reino. En octubre de 1547 Pastene regresó con noticias sumamente graves de la caótica situación en que se debatía el Perú. En vista de estos sucesos, del fracaso de sus emisarios y de la próxima llegada de La Gasca, Valdivia decidió trasladarse personalmente a ese país en compañía de Jerónimo de Alderete. El *Santiago* desplegó sus velas el 13 de diciembre de 1547 y al cabo de un mes de navegación llegó al Callao. Don Pedro prosiguió a Lima y el 24 de febrero se reunió con La Gasca en Andahuailas. Alderete lo acompañó en todos sus pasos, estuvo presente en la batalla de Saxahuaman y lo siguió en su regreso a Chile, a comienzos de 1549.

(1) Rosales, Diego de. Historia del Reyno de Chile. Flandes Indiano por el R. P. Diego de Rosales de la Compañía de Jesús, dos veces V. Provincial de la V. Provincia de Chile, calificador del Santo Oficio de la Inquisición y natural de Madrid, dedicado al Rey de España D. Carlos II N. S., publicada, notada y precedida de la vida del autor y de una extensa noticia de sus obras por Benjamín Vicuña Mackenna. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877-1878. Tomo I, Libro III, Capítulo XX, pág. 404.

En los primeros días del año siguiente salió de Santiago el Gobernador, al frente de 200 infantes y jinetes amén de numerosos indios auxiliares, con la intención de emprender la pacificación de Arauco. Iba de Teniente General Jerónimo de Alderete y de Maestre de Campo, Pedro de Villagra. El primer choque con los mapuches ocurrió en el río de La Laja, donde los indios fueron desbaratados por los jinetes de Pedro de Villagra. El 24 de enero hubo un encuentro mucho más serio a orillas del Bío-Bío. El honor de la jornada cupo a Jerónimo de Alderete. Después de reñida lucha, en que no se perdió sino un solo hombre arrastrado por la corriente del río, puso en derrota a los indios y les quitó una cantidad considerable de guanacos (o carneros de la tierra). El 12 de marzo se presentó, frente al fuerte de Penco, el enemigo en "infinitissima cantidad" en pleno mediodía. Los naturales parecían querer dirigir su ataque contra cuatro puntos a la vez y sus divisiones estaban tan apartadas unas de otras, que no se podían socorrer mutuamente. En tal evento, Valdivia ordenó que saliera al campo Jerónimo de Alderete con 50 jinetes "y alanceasse a los que más atrevidamente acometían al fuerte que serían trescientos flecheros, que como granizo despedían flechas a los españoles, y que dicesse luego la vuelta porque no le cortassen las demás tropas que venían también acometiendo furiosas" (2). La carga fue decisiva: el enemigo debió emprender la fuga y lo mismo hicieron las columnas restantes, sugestionadas por el pánico.

El invierno de ese año se pasó en la mayor tranquilidad. Cuando los conquistadores hubieron consumido la carne y el maíz que habían recogido en las inmediaciones, resolvió Valdivia enviar una expedición al otro lado del Bío-Bío. Pastene partió con sus buques, mientras Alderete seguía con 60 jinetes de caballería por el camino de la costa. En esta ocasión llegaron sólo hasta la bahía de Arauco y, tanto en el continente como en la isla de Santa María, obtuvieron abundantes provisiones.

A fines de año, Pedro de Villagra y Jerónimo de Alderete avanzaron hasta el Cautín. A poco de partir de Concepción, Alderete y su columna "dieron en el caudaloso río de Bío-Bío, el cual tiene un cuarto de legua de orilla, cuya dificultad ven-

(2) Idem Tomo I, Libro III, Cap. XX, pág. 437.

cieron pasándole por vados con grandes riesgos porque tiene en partes grandes canales, y así se vieron muchas veces en aprieto, y casi perdidos, tanto que fue necesario asirse de las colas de los caballos para no ahogarse..." (3).

Rosales cuenta, por su parte, que el ilustre Capitán "corrió hasta las tierras de Colocolo, dando de improviso la vuelta, con admiración de sí mismo, por haber hecho locamente un desatino, como fue entrar por Colcura en aquella provincia que hervía de gente altiva y belicosa. Y vinieron los soldados diciendo mucho bien de la fertilidad y poblaciones, y llevaron de vuelta la nueva a Santiago, publicando la ventura con que la habían descubierto" (4).

Valdivia envió nuevamente a Alderete a la región de Cautín. En "los llanos que dicen de Angol", él y sus 90 jinetes fueron muy bien recibidos por los naturales. Prosiguió en marcha y llegó al Cautín, "con mucho gusto de los soldados, que se holgaron de ver las muchas caserías y fuertes de aquella populosa provincia tenía su defensa en las montañas". Los españoles tuvieron tres encuentros con el enemigo y, terminada su misión, regresaron vía Angol y desde allí su comandante escribió a Valdivia "como avia llegado a aquel parage y le avia dado el cacique Concei la obediencia" (5).

El Gobernador resolvió fundar otra ciudad más al sur, en plena Araucanía. Al frente de 70 soldados partió de Concepción a mediados de 1551 a reunirse con los 100 jinetes de Pedro de Villagra y de Alderete, que le esperaban a poca distancia.

-
- (3) Mariño de Lobera, Pedro. *Crónica del Reino de Chile* escrita por el Capitán Don. . . dirigido al Excelentísimo señor don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Virrey y Capitán General de los Reinos del Perú y Chile, reducido a nuevo método y estilo por el Padre Bartolomé Escobar de la Compañía de Jesús. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional, Tomo VI. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861. *Compendio*. Santiago, Editorial Universitaria S. A., 1970. Colección Escritores coloniales de Chile N° 7, págs. 59-60.
- (4) Rosales, Diego de. *Obra citada*. Tomo I, Libro III, Cap. XXIII, pág. 445.
- (5) Idem. Tomo I, Libro III, Cap. XXIII, pág. 447.

Luego de atravesar el río Toltén en balsas —los caballos a nado y conducidos de la brida— Valdivia fraccionó su tropa y despachó una parte de ella con Alderete a efectuar reconocimientos, mientras él permanecía en el valle de la Mariquina.

Un mes más tarde de la fundación de la ciudad de Valdivia (primeros días de febrero de 1552), el Capitán General despachó a Alderete, con una parte de sus fuerzas, a buscar en el valle central un sitio donde se pudiera fundar otra ciudad vecina a la cordillera y como escala para continuar las conquistas al otro lado de ésta. El mismo Valdivia, con el deseo de aproximarse al Estrecho de Magallanes, partió para el sur a la cabeza de 100 jinetes. Alderete, mientras tanto, llegó a orillas del hermoso lago de Mallallauquén, que —a la suavidad del clima y a la fertilidad de sus contornos— reunía la ventaja de enfrentar un paso muy fácil de la cordillera de los Andes. Allí fundó la ciudad que denominó Villarrica, en razón de las minas de oro y plata de que hablaban los indígenas. La ceremonia de fundación tuvo lugar en abril de 1552 y sus términos se repartieron entre 40 encomenderos. Alderete volvió a Valdivia a reunirse con el Gobernador.

Algunos meses antes, en octubre de 1550, Valdivia había escrito al Emperador una carta, que entregó a Alonso de Aguilera y en la cual le anunciaba que despacharía al Capitán Jerónimo de Alderete con la descripción de la tierra “e probanza auténtica” de los servicios prestados en la conquista de Chile. El emisario llevaba, además, una relación detallada de la conquista de Chile hasta ese momento y un memorándum de más de 20 páginas, de menuda letra, con la relación de sus servicios a la Corona. Valdivia solicitaba, por último, la confirmación real de su nombramiento de Gobernador de Chile y la ampliación de los límites de su gobernación hasta el Estrecho de Magallanes. Hasta septiembre del citado año de 1552, nada se sabía de la suerte que hubiera corrido Aguilera ni de la Real Cédula de 31 de mayo de ese año, por la cual Carlos V había confirmado su nombramiento de Gobernador extendido por La Gasca, sin modificar, empero, los límites de Nueva Extremadura ni tomar en cuenta las prerrogativas solicitadas.

El Cabildo en Santiago, de acuerdo con la determinación del Capitán General, resolvió entregar a Jerónimo de Alderete la representación de sus intereses ante la Corte de España y \$ 13.000 de oro en tejuelos fundidos y marcados para atender a los gastos que demandarían los encargos que se le hicieran. Valdivia mismo le entregó una carta para el Rey, en que le informaba sumariamente de sus últimas campañas y le pedía prestara crédito debido a los informes de leal emisario. Este tenía que solicitar las gracias y mercedes que debió pedir Alonso de Aguilera y, además, un título de conde o de marqués para su jefe y amigo, juntamente con el hábito de la Orden de Santiago.

Alderete partió a fines de octubre de 1552 llevando copias de las solicitudes y cartas del Gobernador remitidas anteriormente, peticiones de varios capitanes y poderes de las ciudades de Santiago, Concepción y La Imperial. Pese a su actividad y diligencia, Alderete demoró un año completo en llegar a España (octubre de 1553). La causa de esta tardanza estribó no sólo en las dificultades propias de la época —por el atraso en que se debatía la técnica de la navegación— sino, además, por el complicado sistema de comunicaciones y transportes entre la metrópoli y las Indias. Ya en el lugar de su destino, se trasladó a Valladolid, residencia de la Corte de España por entonces. La recepción que se le tributó fue por demás halagadora: se trataba de un antiguo y muy leal vasallo que había combatido a los Pizarro y contribuido, así, a afianzar el dominio de la Corona en el Perú y era portador —por añadidura— de una suma total de \$ 60.000 de oro, cantidad casi insignificante para las necesidades de la Corte, pero que hacía esperar nuevas y mayores remesas del preciado metal desde Chile.

Por intermedio del Consejo de Indias elevó al Emperador y al Príncipe Felipe las peticiones y la más interesante, naturalmente, era aquella que se relacionaba con la ampliación de Nueva Extremadura hasta el Estrecho de Magallanes. El emisario solicitó, además —por su cuenta y riesgo— poder y facultad “con título de Gobernador y Capitán General e con las preeminencias y prerrogativas que se han dado a los otros gobernadores proveídos por V. Alteza en aquellas partes, para que yo pueda descubrir y poblar la dicha tierra desde dicho Estrecho de Magallanes por la costa del mar del sur adelante hasta

trescientas leguas, con todo lo que durare el dicho estrecho en lo cual aliende de se me hazer a mí merced Vuestra Alteza será muy bien servido dello" (6).

Los miembros del Consejo de Indias consultaron al Emperador y al Príncipe Felipe acerca del tenor de las solicitudes. El resultado no pasó más allá de recomendar se acordara a Valdivia el título de adelantado y a su subordinado y amigo el de mariscal... y a ambos el hábito de la Orden de Santiago. Alderete —disgustado naturalmente con semejante dictamen— resolvió entrevistarse con el propio Carlos V que se encontraba en Flandes. El encuentro se produjo en Arrás y el soberano se mostró bien dispuesto en favor del enviado de Chile. En comunicación al Consejo de Indias, de 29 de septiembre de 1554, le decía fuesen redactadas las provisiones por las cuales se concedía a Pedro de Valdivia "en gobernación toda la dicha tierra que ay de los fines de la suya hasta el dicho estrecho de Magallanes para quella descubra y pueble" y que a Jerónimo de Alderete se le concediese "la gobernación de la tierra que como dicho está de la otra parte del dicho estrecho de Magallanes..." (7). En síntesis, Nueva Extremadura quedaba comprendida por la provincia de Chile propiamente tal y las provincias transandinas de Tucumán, Cuyo y Patagonia, hasta el Estrecho de Magallanes...

-
- (6) Peticiones que a título personal hizo Jerónimo de Alderete al Emperador Carlos V. Una copia del original, que se encuentra en el Archivo General de Indias, legajo "Indiferente General", Cartas remitidas al Consejo 1542-1570, aparece publicada como anexo N° 38, en la obra de Carlos Morla Vicuña, Estudio histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuego. Leipzig, F. A. Brockhaus, 1903. págs. 84-86.
 - (7) Provisiones reales relativas a la ampliación de la gobernación de Pedro de Valdivia y de la nueva gobernación del Estrecho de Magallanes concedida a Jerónimo de Alderete, que se encuentran en Archivo General de Simancas, legajo 508 "Secretaría de Estado, folio 212, bajo el título "Relación de las cartas y despachos que se entregaron al mariscal Jerónimo de Alderete firmado por S.M. y refrendados del Secretario Eraso, señaladas de los licenciados Minchaca y Virviesco en Arrás, a 29 de septiembre de 1554. Una copia del original se encuentra en Carlos Morla Vicuña, obra citada, Anexo N° 40, págs. 88-89.

Además, el Emperador dirigió al Consejo de Indias, el mismo 29 de septiembre, dos Reales Cédulas, por separado, que confirmaban en todas sus partes lo dispuesto en la carta a que hacemos referencia. Las negociaciones experimentaron, en breve, una brusca cuanto inoportuna interrupción. En julio de 1554 el Príncipe Felipe partía para Inglaterra a fin de celebrar sus bodas con la Reina María Tudor, de manera que el gobierno quedó en manos de la Princesa doña Juana, reina viuda de Portugal; pero con tan limitadas atribuciones, que debía consultar todo asunto administrativo con sus consejeros o con el mismo príncipe regente. Esto, cuando eran muy lentas y difíciles las comunicaciones con la isla del otro lado del Canal de la Mancha. Por otra parte, el carácter desconfiado de la princesa era un obstáculo poderoso para el pronto despacho de los asuntos de gobierno, por urgentes que ellos fueran. Alderete se vio forzado, en consecuencia, a suspender sus gestiones ante la Corte.

En esas circunstancias llegó a España la noticia de la muerte de Pedro de Valdivia. Juntamente con la correspondencia pertinente iba una carta —debidamente apoyada por el voto de los cabildos de las provincias sureñas— de Francisco de Villagra en que pedía se le otorgara el Gobierno de Nueva Extremadura. Mas, Alderete —creyéndose con los mejores títulos para el caso— inició, a su turno, las gestiones con una diligencia notable. Es así que, sin vacilar, emprendió viaje a Inglaterra, a fin de solicitar del Príncipe Felipe le fueran transferidos los nombramientos y ampliación de territorio que, poco antes, había conseguido del Emperador Carlos V. Los servicios distinguidos que había prestado a la Corona y las recomendaciones entusiastas que de él hacían el fallecido Gobernador y los Cabildos de Chile, fueron motivo suficiente para que la Corte le diera preferencia en el nombramiento.

Felipe entregó a Alderete una carta, fechada el 17 de octubre de 1554, para el Consejo de Indias. El Emperador, por su parte, escribió al Presidente y al Consejo de Indias para comunicarles que "habemos tenido por bien de le hazer merced (a J. Alderete) de la dicha governación de la dicha provincia de Chile según y de la misma manera que de nos la tenía el dicho don Pedro de Valdivia con más otras 170 leguas que últimamente le avíamos concedido no siendo en perjuizio de los lími-

tes de otra gobernación, para que las pudiese descubrir, conquistar y poblar, y son desde los fines de la dicha gobernación del dicho Valdivia hasta el Estrecho de Magallanes como vereis por una carta que sobre os escrevimos de Arrás a 29 de septiembre próximo pasado, lo cual todo lo avemos dado y concedido y damos y concedemos al dicho Jerónimo de Alderete para que lo uno y lo otro lo tengan en gobernación y pueda descubrir, conquistar y poblar hasta el dicho Estrecho de Magallanes según y como lo teníamos dado al dicho don Pedro de Valdivia..." (8).

El agraciado tardó algún tiempo en llegar con sus Reales Provisiones al Consejo de Indias, pues —a través de la respuesta de los miembros de éste a una carta del Príncipe, con la transcripción de lo resuelto por el Emperador y por él sobre las peticiones de Alderete— podemos imponernos que procedieron a informar que, hasta entonces, no habían llegado a sus manos las dichas provisiones (15 de diciembre de 1554). Ello desagradó tanto al afectado que, con fecha 3 de marzo de 1555, escribió al Emperador para quejarse que "hasta agora ningún recaudo dello (gobernación de Chile y título de adelantado) se me á dado, antes tengo entendido, como a V. Magestad en otra escribí, que en lo que toca a la nueva gobernación y descubrimiento de tierra questá de la otra parte del Estrecho de Magallanes, se an enbiado á consultar algunas cosas con V. Magestad y también parese en no darme los despachos deven aver hecho lo mismo qe en lo de la gobernación de Chile o en cosas tocantes á ello...". Terminaba su presentación suplicando de S. M. "sea servido de mandar con brevedad se despache para que venga a tiempo que yo no dexe pasar en esta flota" (9).

(8) Carta del Emperador Carlos V. a los del Consejo Real (sin fecha entre los documentos del 17 de octubre de 1554). Archivo General de Simancas, legajo 808 "Secretaría de Estado", folio 46. Una copia del original se encuentra en Carlos Morla Vicuña, obra citada, Anexo N° 43, págs. 104-105.

(9) Carta de Jerónimo de Alderete a S.M. fechada en Valladolid a 3 de marzo de 1555. Archivo de Simancas, legajo 109 "Secretaría de Estado", folio 99. Una copia del original se encuentra en Carlos Morla Vicuña, obra citada, Anexo N° 45, págs. 107-108.

Con fecha 25 de abril Carlos V ordenó al Consejo de Indias extendiera el nombramiento respectivo. Y el Consejo así lo ejecutó, por Real Cédula de 29 de mayo, al disponer que "por el tiempo que nuestra merced y voluntad fuere o hasta tanto que por nos otra cosa se provea, tengais la gobernación y capitania general del dicho Nuevo Extremo y provincias de Chile, ansy como la tenía el dicho Pedro de Valdivia". Más adelante, la Cédula añadía que "tenemos por bien de ampliar y estender la dicha gobernación de Chile como la tenía el dicho Pedro de Valdivia otras ciento setenta leguas poco más o menos que son desde los confines de la gobernación que tenía el dicho Pedro de Valdivia hasta el Estrecho de Magallanes no siendo en perjuizio de los límites de otra gobernación" (10). Insistimos en que Nueva Extremadura comprendió entonces la provincia de Chile propiamente tal y las provincias transandinas de Tucumán, Cuyo y Patagonia hasta el Estrecho de Magallanes.

Una nueva Real Cédula, con la misma fecha, dispuso que "desde las dichas provincias de Chile embieis algunos navíos a tomar noticia y relación de la calidad de aquella tierra (Estrecho de Magallanes) y de la utilidad della á saver y entender que poblaciones é gentes ay en ella, etc." (11).

-
- (10) Título de gobernador y Capitán General de la Provincia de Chile del Adelantado D. Jerónimo de Alderete. Archivo General de Indias, legajo "Audencia de Chile. Registro de Partes. Reales órdenes, gracias, etc. Dirigidas a las Autoridades y Particulares. Años 1553 a 1611". Una copia del original se encuentra en Carlos Morla Vicuña, obra citada, Anexo N° 46, págs. 108-110.
- (11) Real Cédula, fechada en Valladolid a 29 días del mes de mayo de 1555, dirigida al "Adelantado don Jerónimo de Alderete nuestro gobernador de la provincia de Chile". Archivo General de Indias, legajo "Audencias de Chile. Registro de Partes. Reales órdenes, gracias, etc. Dirigidas a las Autoridades y Particulares. Años 1553 a 1611". Una copia del original se encuentra en Carlos Morla Vicuña, obra citada, Anexo N° 46, págs. 110-111.

Con fecha 31 de mayo de 1555 el Consejo de Indias dio cuenta a Carlos V de haber otorgado la gobernación de Nueva Extremadura a Jerónimo de Alderete “conforme á lo que Vuestra Magestad envió á mandar, é así él podrá ir en la flota que al presente se apresta en Sevilla” (12). Efectivamente, el 15 de octubre del mismo año zarpaba de San Lúcar de Barrameda la flota de Indias comandada por el Capitán Pedro de Menéndez, que llevaba a su bordo a D. Andrés Hurtado de Mendoza, designado Virrey del Perú. Uno de los barcos del convoy fue puesto a disposición de Jerónimo de Alderete, su esposa doña Esperanza de Rueda, su hermano D. Francisco Mercado, varios deudos y 30 criados que —por cédulas especiales— estaban autorizados para salir de España. En la misma nave viajaba también D. Alonso de Ercilla y Zúñiga, autor del célebre poema épico “La Araucana”.

La suerte se mostró esquiva con la flota de Menéndez, pues las tormentas la asaltaron apenas salida de la barra de San Lúcar y la dispersó a 20 leguas de las islas Canarias, de resultas de los cuales 13 ó 14 navíos debieron volver a reparaciones a Cádiz. El viaje se reinició en los primeros días de diciembre y terminó sin novedad en nombre de Dios. Nuestro Gobernador y Capitán General atravesó sin contratiempo la región del istmo y se embarcó de nuevo en Panamá, para proseguir hasta el Reino de Chile. Mas, cuando ya se consideraba libre de todo riesgo, sucumbió de fiebre violenta en frente de la pequeña isla de Taboga, el 7 de abril de 1556. “Ha hecho grandísima lástima á todos los que conocían y vieron partir de esta ciudad —escribió el doctor Hernán Pérez, del Consejo de Indias, al Rey—, porque... era tenido por muy buena persona” (13).

(12) Citado por Carlos Morla Vicuña, obra citada, pág. 171.

(13) Carta original del Doctor Hernán Pérez a S.M. de Sevilla a 30 de julio de 1556. Archivo General de Simancas, legajo 114 “Secretaría de Estado”, folio 271. Una copia del original aparece en Carlos Morla Vicuña, obra citada, Anexo N° 48, págs. 112-113.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de Chile*. Tomo I, 1a. edición. Santiago, Rafael Jover, editor, 1884.
- 2.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891*. Tomo I, 4a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1955.
- 3.—MARINO DE LOBERA, PEDRO. *Crónica del Reino de Chile escrita por el Capitán Don... dirigido al Excelentísimo señor don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Virrey y Capitán General de los Reinos del Perú y Chile, reducido a nuevo método y estilo por el Padre Bartolomé Escobar, de la Compañía de Jesús*. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia nacional. Tomo VI. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861. Compendio. Santiago, Editorial Universitaria S. A., 1970. Colección Escritores Coloniales de Chile, N° 7.
- 4.—MORLA VICUÑA, CARLOS. *Estudio histórico sobre el descubrimiento y conquista de la Patagonia y de la Tierra del Fuego*. Leipzig, F. A. Brockhaus, 1903.
- 5.—ROSALES, DIEGO DE. *Historia del Reyno de Chile. Flandes Indiano por el R. P. Diego de Rosales, de la Compañía de Jesús, dos veces V. Provincial de la V. Provincia de Chile, calificador del Santo Oficio de la Inquisición y natural de Madrid, dedicado al Rey de España D. Carlos II N. S., publicada, anotada y precedida de la vida del autor y de una extensa noticia de sus obras por Benjamín Vicuña Mackenna*. Valparaíso, Imprenta de El Mercurio, 1877-1878. 3 tomos.

3.—DIEGO DE ALMAGRO

Nació en la villa de Almagro, cuyo nombre adoptó como apellido en 1479, según don José Toribio Medina. Elvira Gutiérrez, su madre, "otorgada para se desposar con Joan de Montenegro, copero del maestro (de Calatrava), se empenó del dicho su esposo é parió al dicho adelantado don Diego de Almagro" (1). Montenegro no cumplió su palabra y con este motivo dio de cuchilladas con Pedro Gómez de Espinosa, pariente de Elvira Gutiérrez, que tomó su defensa. Para evitar la deshonra de la madre, se envió secretamente al recién nacido a Bolaños, donde lo crió una moza llamada Sandra López del Peral. Su padre le recogió cuando aún no contaba cinco años; pero, por muerte suya, quedó a cargo de su tío materno Hernán Gutiérrez. Se fugó de su lado, con motivo de los castigos que le atraía su carácter travieso, a los 14 ó 15 años de edad. Vagó por distintas ciudades y aldeas. En Ciudad Real se acercó a su madre, ya casada con Zellinos, a pedirle un pan. La madre "sacó un pan y ciertos dineros, e le dijo: "Toma fijo, y no me des mas pasión, e vete e ayúdete Dios a tu ventura", e así se fue e no volvió más" (2).

Se embarcó y llegó a Tierra Firme en abril de 1514 en la armada de Pedro Arias Dávila y participó en su conquista y pacificación, así por tierra como por mar, "ayudando a hacer navíos especialmente". Allí se relacionó con Francisco Pizarro y en su compañía adquirió en 1524 dos buques, los aparejaron y se embarcaron con rumbo al sur. Recorrieron algunos pueblos de indígenas, con los cuales debieron batirse (con pérdida de un ojo de Almagro) y reconocieron unas 240 leguas de costa.

-
- (1) Citado por Francisco Antonio Encina. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo I. 4a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1955, págs. 137-138.
- (2) Idem. Tomo I, pág. 138.

En marzo de 1526 Almagro celebró con Pizarro y con el clérigo Fernando de Luque un contrato para el descubrimiento y conquista del Perú "y lo ratificaron comulgando los tres de la misma hostia". Pizarro había adquirido en la capitulación de 26 de julio de 1529, con el Emperador, el título de Gobernador y a Almagro debió corresponderle el de Adelantado. Sin embargo, sólo obtuvo el nombramiento de gobernador de la fortaleza de Tumbes y una cédula de hidalguía.

Poco después Almagro comenzó a pensar en el descubrimiento y conquista de Chile. Tres razones de importancia lo empujaron a la empresa, según advierte don Francisco A. Encina (3).

Los disgustos con su socio Pizarro habían sido continuos y nunca olvidó la deslealtad de éste al referir al Rey de España la conquista del Perú como realizada únicamente por él. La llegada al Perú de los hermanos del conquistador y las intrigas de los partidarios de ambos "había trocado en recelos y desconfianzas el camino fraternal de los días de pobreza. La disputa por la ciudad del Cuzco, que ambos creían comprendida en sus respectivas gobernaciones, acabó por exacerbar los ánimos" (4). A Pizarro le interesaba, por lo tanto, que Almagro se alejase cuanto antes de su lado.

El segundo estímulo fue proporcionado por los naturales. Preparaban una rebelión general y necesitaban alejar del Cuzco al mayor número posible de conquistadores. Desde que supieron que Almagro pensaba expedicionar a Chile abundaron en alabanzas hacia su clima, fertilidad de sus suelos y abundancia de oro, con el cual se pagaba el tributo al inca. La causa número tres la constituyó la pobreza de los últimos soldados llegados al Perú. Estaban en la miseria y deseaban hacer cualquier cosa que los alejara de ella y Almagro, por su parte, anhelaba ayudarles en ese trance. Consumada la conquista de Chile, llegaría la hora de la repartición de las encomiendas y del oro a quienes hubiesen participado en la empresa.

(3) Encina, Francisco Antonio. Obra citada. Tomo I. págs. 141-143.

(4) Idem, Tomo I, pág. 141.

Para facilitar éste, el inca Manco no sólo le suministró datos sobre los caminos y los itinerarios, sino que puso a su disposición a su hermano, el príncipe Paulo Topac y al villacumu, gran sacerdote del templo del sol, a fin de que sirvieran de guías y de enlace con los naturales de las diferentes comarcas. "Para la cual (jornada) mandó pregonar Almagro que se apercibiesen todos los que no tenía en el Cuzco particular empleo en que ocuparse, de que todos se holgaron mucho por el amor que le tenía, por su gran liberalidad y por lo mucho que se prometía de lo que se decía de las riquezas de Chile" (5).

Con miras a alivianar la travesía de los desiertos y las cordilleras, Almagro estimó conveniente fraccionar la expedición. Mientras él y algunos de sus lugartenientes enganchaban gente en el Cuzco, despachó a Ruy Díaz y a Juan de Herreda para que levantaran otra columna en Lima, compraran buques y se dirigieran por mar a reunirse con él en Chile, llevando cuanto elemento fuere necesario para su conquista. Envió adelante a Juan de Saavedra con 100 hombres, con la misión de que le reuniera provisiones. Este capitán incorporó en Charcas casi todos los hombres de las fuerzas de Gabriel de Rojas y consiguió reunir así, en Paria, 150 soldados.

El adelantado partió del Cuzco el 3 de julio de 1535 con poco más de 50 hombres "bien aliados, y entre ellos muchos caballos y personas de quantía" (6). Tomó el camino que corre por la Altiplanicie, atravesó las montañas al sudeste de las mesetas del Cuzco y llegó a la región del Collao. Costeó la orilla occidental del lago Titicaca, atravesó el Desaguadero y se reunió en Paria con Saavedra, que le aguardaba con abastecimiento en abundancia y con indios para el transporte de la impedi-

(5) Rosales, Diego de. Historia General del Reyno de Chile, Flandes Indiano por el R.P. . . . de la Compañía de Jesús, dos veces Vice Provincial de la Vice Provincia de Chile, calificador del Santo Oficio de la Inquisición y natural de Madrid, dedicado al Rey de España D. Carlos II. N. S., publicada, anotada y precedida de la vida del autor y de una extensa noticia de sus obras por Benjamín Vicuña Mackenna. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877-1878. Tomo I, libro III, capítulo VI, pág. 355.

(6) Idem, Tomo I, libro III, capítulo VI, pág. 356.

menta. Después de un mes de descanso, tomó rumbo al sur, pasando por la orilla del lago Aullaga y llegó a Tupiza a fines de octubre. En ese punto lo esperaban el príncipe Paullo Tupac y el villac-umu, con el oro que habían reunido en el trayecto y que alcanzaba a un valor de \$ 200.000. Almagro "como era tan magnánimo, repartió entre todos el tesoro como por hallazgo de la tierra y riqueza que deseaban descubrir..." (7). A todo esto, después de cuatro meses de iniciada la expedición, el caudillo se había dado cuenta cabal de las dificultades. "Pero ni las penalidades sufridas, ni el panorama de las que le aguardaban, ni el cuidado de sus intereses en el Perú, lograron quebrantar la decisión del animoso anciano cuya constancia en las empresas y entereza en los contrastes eran extraordinarias" (8).

Una noche desapareció del campamento de Tupiza el villac-umu con sus sirvientes y mujeres. De acuerdo con la orden previa del inca Manco, había regresado al Collao por senderos ocultos, a fin de provocar la sublevación de esa poblada comarca contra los europeos. Por otra parte, a medida que se alejaban de sus tierras los indios auxiliares sentían las jornadas cada vez más duras y la indulgencia de Almagro para sus soldados aumentaba justamente con las dificultades y padecimientos. Todo ello fue causa de que los indios comenzaran a demostrar síntomas de resistencia. De cinco españoles que se separaron del grueso de la expedición, tres perecieron asesinados y el mismo adelantado vio en peligro su persona, "porque aviéndole muerto (los naturales) el caballo de un flechazo, le coxió debajo, y a no ser socorrido fuera de sus flechas muerto" (9). Después de un prolongado combate, en que los indígenas debieron retirarse al amparo de la noche, los expedicionarios continuaron su marcha hasta llegar a Chicoana, al poniente de la actual ciudad argentina de Salta. Allí se detuvieron algún tiempo para dar lugar a que se derritiesen las nieves de la cordillera y pronto se les reunió Francisco Noguero! de Ulloa con 50 hombres más.

(7) Idem, Tomo I, libro III, capítulo VI, pág. 356.

(8) Encina, Francisco Antonio. Obra citada. Tomo I, pág. 148.

(9) Rosales, Diego de. Obra citada. Tomo I, libro III, capítulo VI, pág. 358.

Al llegar al río Guachipas, en febrero de 1536, se encontraron detenidos por una gran avenida que inundaba ambas riberas. Los españoles lograron atravesarla, después de caminar un día completo en el agua; pero muchas llamas, ya muy fatigadas, se echaron y la corriente las arrastró juntamente con las cargas. Una parte de los yanaconas se fugó, dejando a los conquistadores sin elementos de transporte para llevar las provisiones que habían logrado salvar. En los últimos días de marzo de 1536 se interesaban éstos en la cordillera, por el actual paso de San Francisco, casi enfrente de Copiapó. Hubieron de caminar por un sendero sembrado de guijarros cortantes, faltos de recursos y a una altitud de 4.000 metros, "con sus noches glaciales, sus vientos cortantes y la puna, especialmente sensible para hombres de los tibios climas tropicales" (10). Por otra parte, jinetes y cabalgaduras venían ya extenuados por la prolongada marcha, la escasa alimentación, los encuentros con los naturales y la falta de abrigo. Debieron iniciar, pues, una travesía de 180 kms., con las herraduras de los caballos gastadas. El padre Rosales cuenta que cuando llegaron "a lo alto del páramo comenzó a caer tanta nieve sobre la que de antes avia, que estuvieron en un punto de perderse, y por priesa que se dieron a montar la guerra, fue tanto lo que el frío les aprestó y los vientos tan sutiles y penetrantes, que murieron un español y muchos negros, mucho número de indios y pages, que pasaron por todos de quinientos los muertos y elados, quedándose yertos cien caballos, que fue tan grande perdida, por ser en aquellos tiempos tan preciosos, tan caros y tan dificultosos de hallar" (11).

Españoles y yanaconas, hambrientos y entumecidos de frío, empezaron a sentirse deprimidos y sin las fuerzas suficientes para descender al valle de Copiapó. Almagro, que no perdió en momento alguno su presencia de espíritu, se adelantó con 20 soldados bien montados y al cabo de tres días alcanzó el citado valle de Copiapó por la quebrada de Paipote. Reunió víveres con la ayuda de los aborígenes de la comarca y logró socorrer a los integrantes de la columna, que no habían cesado de proseguir su camino.

(10) Encina, Francisco Antonio. Obra citada. Tomo I, pág. 151.

(11) Rosales, Diego de. Obra citada. Tomo I, libro III, capítulo VIII, pág. 363.

En el valle de Copiapó el descubridor repuso a un joven cacique que había sido depuesto por un pariente y adquirió, así, un aliado que le proporcionó víveres y vestuarios. Los indios de Huasco y de Coquimbo lo recibieron, en cambio, en actitud manifiestamente hostil. Tres soldados que se habían adelantado fueron muertos, juntamente con sus yanaconas y sus caballos. Al tener noticia de este hecho, Almagro ordenó la captura de algunos indios principales de estos valles y, al día siguiente, "amanecieron colgados de seis árboles... con terror y espanto de toda la tierra" (12).

El 25 de mayo de 1536 estaba Almagro en el pueblo de la Ramada, "situado posiblemente en las márgenes del río Concha-lí" (13). Allí recibió el aviso de haber llegado a una caleta inmediata un buque procedente de Lima con 40 hombres y toda clase de bastimentos. En cumplimiento de las instrucciones del adelantado, Ruy Díaz había reclutado gente y adquirido las armas, los vestidos, el fierro y todo lo que estimó indispensable para la prosecución de la conquista. En los primeros días de mayo de 1536 los españoles descargaron el barco, herraron los caballos y prosiguieron su marcha hacia el valle de Aconcagua. En la plaza de la aldea lo esperaban el curaca y los indios principales con grandes festejos en su honor.

La amistad duró poco, sin embargo. El indio Felipillo, que servía como intérprete a Almagro, convenció al curaca de que los españoles eran individuos malintencionados y que su verdadero propósito era asesinarlo a él y a los caciques y le sugirió los atacara durante el sueño. El curaca no se resolvió a actuar y Felipillo, sabedor de la gran sublevación que ya debía de haber estallado en el Perú, huyó hacia al norte. Una patrulla enviada por Almagro en su persecución logró alcanzarlo, descuartizarlo y colocar sus miembros en escarpías.

Hasta entonces los expedicionarios no habían encontrado los grandes tesoros que imaginaban y como atravesaran ya la parte más difícil del camino, estimaron prudente cerciorarse por ellos mismos de lo que existía más adelante. En tal evento,

(12) Idem, Tomo I, libro III, capítulo VIII, pág. 366.

(13) Encina, Francisco Antonio, Obra citada, Tomo I, pág. 154.

el adelantado dispuso una expedición que debía atravesar el país hasta el Estrecho de Magallanes, mientras él recorría la comarca del Maipo. Confió la empresa al Capitán Gómez de Alvarado, "persona valerosa e caballero experimentado en la militar disciplina" (14), que avanzó resueltamente por las provincias, al frente de 70 jinetes, sin encontrar resistencia. Mas, al alcanzar el río Maule, observó en la ribera sur algunos grupos de indígenas en actitud hostil. Martín Monje, seguido de algunos jinetes, cruzó el río y los desbarató sin mayor dificultad. Continuó el avance y al llegar a la confluencia del Ñuble con el Itata salió al encuentro de los expedicionarios un conjunto numeroso y bien organizado de guerreros. Estos "dieron una furiosa embestida a los españoles, abalanzándose a ellos y juzgando que llegarían a asustarse con ellos como con los indios del Perú; mas los nuestros, jugando con gran reportación de la arcabucería, antes que llegasen derribaron algunos, y luego dando Santiago arremetieron con la caballería, de que asombrados los indios se pusieron en huida, atónitos de ver la gente que desde lejos y sin sacar sangre derribaban a uno muerto y con espantosos truenos y relámpagos, como eran los de los arcabuces; y lo que más los asombró fue el ver hombres a caballo, que les pareció que el caballo, el hombre y la silla era todo de una pieza" (15). Los indios se retiraron, dejando un centenar de prisioneros y un número crecido de muertos; los españoles tuvieron varios heridos y dos caballos muertos, que Alvarado hizo enterrar "porque los indios no supiesen el daño que le habían hecho ni entendiessen que eran mortales los españoles ni sus caballos" (16).

Gómez de Alvarado se intimidó ante la enérgica resistencia de los naturales, la falta de recursos y la crudeza del clima. "¡Y para ver esto, decían los soldados, hemos vuelto las espaldas a los tesoros de los incas, y soportado tantas fatigas". Un

(14) Oviedo y Valdés, Carlos Fernández de. Historia General de las Indias. Valladolid, 1557. Citado por Miguel Luis Amunátegui, Descubrimiento y Conquista de Chile. Santiago, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1913. pág. 137.

(15) Rosales, Diego de. Obra citada. Tomo I, libro III, capítulo IX, pág. 370.

(16) Idem, Tomo I, libro III, capítulo IX, pág. 370.

cronista anónimo de la expedición agrega: "Como no le pareció bien la tierra por no ser cuajada de oro, no se contentó della" (17). Regresó al punto de partida y en el camino encontró a los emisarios que don Diego envió en su búsqueda con la orden de que apresurara su regreso. Al reintegrarse a los suyos, los observó desengañados de la ilusión que los trajera a la conquista de este país "tan rico en oro y plata". Los informes pesimistas de Gómez de Alvarado terminaron por defraudar sus últimas esperanzas...

Poco después de la partida de este último para el sur había llegado a Aconcagua Ruy Díaz con Diego de Almagro (el mozo) y 110 soldados. El adelantado había decidido quedarse algún tiempo más en el país, porque si bien es cierto que su territorio no contaba con las riquezas que los castellanos soñaron, tenía, en cambio, un clima templado y su suelo se prestaba admirablemente para el cultivo de los granos y legumbres europeos y para la crianza de animales domésticos. Pero sus acompañantes pensaban de distinta manera: no estaban dispuestos a sacrificar su existencia en un país pobre en que era preciso hacerlo todo, aislados del mundo y desprovistos de las comodidades y recursos de los grandes centros poblados. Así lo manifestaron a su jefe y le preguntaron qué suerte cabría a su hijo y heredero si no regresaba al Perú a hacerse cargo de su gobernación. "Si aconteciera que murieseis aquí, le dijeron, vuestro hijo no quedaría más que con el nombre de don Diego" (18).

"La reflexión debió hacer fuerza a Almagro, porque era verdadera. Había gastado tanto para costear la expedición, que de rico poderoso había llegado a ser pobre hasta el punto de poderse decir con razón que casi no poseía más que su espada y el amor de sus soldados. Hállabase, pues, en la urgente

-
- (17) Anónimo (probablemente escrito por el secretario de Pizarro, Francisco de Jerez). La conquista del Perú llamado la Nueva Castilla; la cual tierra por divina voluntad fue maravillosamente conquistada. Citado por Francisco Antonio Encina. Obra citada. Tomo I, pág. 158.
- (18) Herrera, Antonio de. Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar océano. Madrid, 1615. Citado por Encina, Francisco Antonio. Obra citada, Tomo I, pág. 160.

necesidad de ir al Cuzco a rehacer su caudal" (19). A fines de septiembre de 1536 la columna partió en dirección al norte: Almagro se adelantó con 30 jinetes y llegó a Copiapó a mediados de octubre, en quince días de marcha. Allí encontró a Rodrigo de Orgóñez, que había llegado con 25 hombres y a Juan de Herrada, con 88. Este último impuso a don Diego de la conducta reciente de los hermanos Pizarro. Fernando había regresado a España con los despachos de Almagro y Francisco le reprochó el no haber impedido se le concediera gobernación independiente. Pero Hernando le calmó, asegurándole que con la ampliación de 70 leguas que había obtenido para la Nueva Castilla, el Cuzco quedaba dentro de ella. Además, que el Rey y el Consejo de Indias estaban tan bien informados de los servicios de Almagro, que la misma gobernación les había parecido poca para premiarlo. Finalmente, le informó Herrada que los indios de la provincia del Collao se habían sublevado y que estimaba que dentro de poco lo harían los del Cuzco.

Como el caudillo observara abatidos a sus compañeros de empresa, pues todos sus esfuerzos habían sido vanos y debían regresar al Perú pobres y endeudados, los convocó para advertirles que "mi intención no fue nunca, no es, ni será, pedirlos lo que me debéis; que no he pensado obligaros a la paga de las obligaciones que me hicisteis...". Encargó se le llevaran las escrituras correspondientes y, tomándolas una por una, llamaba al deudor para decirle: "Vos, fulano, me debéis por esta escritura tantos pesos...". Reconocida la deuda, Almagro rompía el documento y agregaba: "Pues ahí tenéis vuestra obligación, que yo os la dispenso" (20).

"Liberalidad de príncipe más que de soldado; pero cuando murió no tuvo quien pusiese un paño en su degolladero" (21).

(19) Amunátegui, Miguel Luis. Obra citada, pág. 141.

(20) Oviedo y Valdés, Carlos Fernández de. Obra citada, libro 47, proemio. Citado por Miguel Luis Amunátegui, obra citada, págs. 148-149.

(21) López de Cómara, Francisco. Historia general de los indios. Zaragoza, 1553. Madrid, 1922. Capítulo 141. Citado por Miguel Luis Amunátegui. Obra citada, págs. 149-150 y por Diego Barros Arana. Historia General de Chile. Tomo I. Santiago, Rafael Jover, editor, 1884. 1.ª edición, pág. 197.

Era preciso proseguir la marcha y era preciso, también, saber cuál sería el camino a seguir. El de la cordillera, amén de ser el más largo, obligaba a los expedicionarios a esperar dos o tres meses hasta el derretimiento de las nieves. El del desierto era el más corto y expedito; pero se hacía necesario efectuar largas jornadas sin agua, sin víveres y con un sol abrasador durante el día. "Resolvieron orar durante la misa, pidiendo al Altísimo que los iluminara acerca del camino que debían tomar y, junto con salir de la iglesia, acordaron por unanimidad seguir el de la costa" (22).

La partida desde Copiapó se inició en los primeros días de noviembre de 1536 en grupos pequeños, de 6 a 8 soldados, con jornadas cortas de unas cuatro leguas más o menos. El grupo debía alcanzar el pozo cuando ya lo hubiera abandonado el que lo procedía. A fin de prevenir una sorpresa de parte de los indios rebeldes, Francisco Noguerol de Ulloa se embarcó con 80 hombres en el buque que quedaba útil y fue a situarse en el caserío de Atacama. Descansó allí la expedición 18 días y penetró en los desiertos de Antofagasta y Tarapacá y llegó a Arequipa en febrero de 1537, sin otra pérdida que la de Francisco de Valdés, ahogado en un río, 20 caballos y algunos indios auxiliares, cuyo número no consignan los documentos de la época.

Los indígenas habían puesto cerco al Cuzco en marzo de 1536 y se mantenían aún en sus alrededores. Almagro los rechazó y ocupó la ciudad; pero debió combatir contra Hernando y Gonzalo Pizarro, a quienes derrotó el 8 de abril de 1537. El encuentro postrero ocurrió en las Salinas un año más tarde y "el desgraciado Almagro, aunque cubierto el cuerpo de bubas y atormentado por agudísimos dolores sifilíticos, se había hecho conducir, antes de principiar el combate, a un corral vecino a la posición que ocupaban sus soldados, desde el cual echado en unas andas, se proponía contemplar lo que iba a suceder" (23).

(22) Encina, Francisco Antonio. Obra citada. Tomo I, pág. 162.

(23) Amunátegui, Miguel Luis. Obra citada. Tomo I, pág. 162.

La victoria fue ahora de Pizarro (6 de abril de 1538). Su antiguo compañero y socio fue hecho prisionero y tres meses más tarde habría de entregar su alma a Dios. Consintió en confesarse con el padre Vargas, comendador de la Merced, y le entregó su testamento: se lisonjeaba de haber dejado a su hijo el título de gobernador de la Nueva Toledo y la protección de Carlos V. Terminado lo cual entró en la prisión el alguacil Toro, seguido de los ejecutores de la sentencia. "Ahora, Toro, le dijo, mirándole el prisionero, os veréis harto de mis carnes" (24).

En seguida se le hizo sufrir la pena del garrote. En medio de la aflicción general, el cadáver fue llevado a la plaza mayor y le fue cortada la cabeza "a son de un pregón que declaraba los crímenes por qué había sido castigado" (25). Hernando Pizarro, acompañado de sus caballeros, sacerdotes y vecinos de la ciudad, asistió a los funerales ese mismo día, de la misma manera que su hermano Francisco había estado presente en los del inca Atahualpa (7 de junio de 1538).

(24) Herrera, Antonio de. Obra citada D. c. 6, libro 5, capítulo 1º. Citado por Miguel Luis Amunátegui. Obra citada, pág. 173.

(25) Amunátegui, Miguel Luis. Obra citada, pág. 173.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.— AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS. Descubrimiento y conquista de Chile. Santiago, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1913.
- 2.— BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomo I. Santiago, Rafael Jover, editor, 1884. 1a. edición.
- 3.— ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la prehistoria hasta 1891. Tomo I. 4a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1955.
- 4.— ROSALES, DIEGO DE. Historia General del Reyno de Chile, Flandes Indiano por el R. P. ... de la Compañía de Jesús, dos veces Vice Provincial de la Vice Provincia de Chile, calificador del Santo Oficio de la Inquisición y natural de Madrid, dedicada al Rey de España D. Carlos II N. S., publicada, anotada y precedida de la vida del autor y de una extensa noticia de sus obras por Benjamín Vicuña Mackenna. Valparaíso, Imprenta de El Mercurio, 1877-1878. 3 tomos.

4.—MANUEL DE AMAT Y JUNIENT

Hijo del Marqués de Castelbel, perteneciente a la más rancia nobleza catalana, nació en el castillo de su familia en 1704. A los 11 años de edad inició ocasionalmente su carrera militar en el combate de Martorell y a los 16 formaba parte del Ejército de línea. Sirvió catorce años en el Regimiento de Infantería de Barcelona y cerca de doce, de Subteniente en la Compañía de Granaderos Reales; de Coronel graduado, nueve años y medio en el Regimiento Dragones de Batavia; ocho de Brigadier y el tiempo restante —hasta completar 34 años el 24 de noviembre de 1761— de Mariscal de Campo. Participó en las guerras y campañas de Cataluña y Francia, guarniciones de Ceuta y Melilla, en las dos últimas guerras sostenidas en Italia, en la conquista de Seo de Urgiel y toma de los castillos de Ban y Ariotod contra los franceses, a las órdenes del príncipe Pio; en la Batalla de Bitonto; en la Batalla y sitio de Coni; en las de Tanare, Plasencia y Tidore. Enviado a Mallorca para defenderla de ingleses y moros, puso sus caudales y los de sus amigos a su disposición, a fin de abastecerla de víveres.

Muy inteligente y estudioso, adquirió una extensa y bien asimilada cultura. Encontrábase en Madrid, en 1754, como Coronel del Regimiento de Batavia, cuando fue nombrado Presidente de Chile, en reemplazo de D. Domingo Ortiz de Rozas que, por su avanzada edad, había elevado su renuncia a la Corona. Llegó a Chile vía Buenos Aires y tomó posesión de su destino el 28 de diciembre de 1755. Comenzó por estudiar, con el concurso de su asesor letrado D. José Perfecto Salas —ex profesor de la Universidad de San Marcos de Lima, abogado de vastos conocimientos y de experiencia administrativa— todos los problemas pendientes. Ello le marginó la voluntad de los funcionarios y de los vecinos de nota, que creían tener el derecho de ser oídos y consultados en todos los asuntos de interés público. Cuando se creyó bien impuesto de las modalidades del país que iba a gobernar, empezó a dictar disposiciones precisas, terminantes e inapelables.

Su segundo paso fue la visita a la frontera. El 13 de diciembre de 1756 celebró con los indios un parlamento tan útil como los realizados por sus antecesores, en el salto del Laja. Inspeccionó las tropas y los fuertes y dispuso la fundación de uno nuevo, que denominó Santa Bárbara, en honor de la reina de España. Quedó hábilmente emplazado al pie de las estribaciones de los Andes, dominando uno de los caminos más frecuentados por los mapuches y por los indios cordilleranos, en sus incursiones al norte del Bío-Bío.

Encuadró “en el marco de la ley todo lo que caía bajo su jurisdicción, sin reparar en la importancia social de los afectados, ni arredrarse ante las tempestades que sus actos levantaban. Restableció las sanciones, sin hacer distinción de poderosos y humildes, ni de españoles y de mestizos, echándose encima la execración de los primeros, habituados a hacer sólo su voluntad y a consultar sólo sus intereses. No extirpó el bandidaje, porque a la sazón era inextirpable; pero contuvo su alarmante desarrollo” (1).

Con tal objeto creó la compañía de “Dragones de la Reina”. A ello lo llevó un incidente propio de la época: el 22 de septiembre de 1758 se sublevaron los presos de la cárcel. Amat, convencido de que los podría dominar sin recurrir a la violencia, se dirigió solo al establecimiento penal. Recibido a pedradas por los presidiarios, tuvo que cargar espada en mano, al frente de los 10 guardias del establecimiento. Al tumulto acudieron algunos milicianos y comerciantes y después de una seria escaramuza, se les sometió a balazos y lanzadas. Los heridos fueron remitidos al hospital y, al día siguiente, 11 cadáveres amanecieron colgados de la horca en la Plaza de Armas.

El Gobernador comprendió que no bastaba la sanción. Era preciso afianzar el orden de la capital a través de un cuerpo armado, que no fuera de milicias precisamente, sino de carácter permanente. Resolvió organizar, pues, una compañía de 50 hombres montados, que denominó “Dragones de la Reina”, y entregó su mando al Teniente Coronel Andrés del Alcázar, natural de Jerez de la Frontera, Conde de la Marquina y señor del Rosalejo. Carlos III aprobó esta creación por Real Cédula de 12 de octubre de 1760. “Dragones de la Reina” —observa Carvalho y Goyeneche— “sirve de freno para contener la ple-

(1) Encina, Francisco Antonio. *Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo IV, 1a. edición.* Santiago, Editorial Nascimento, 1945, pág. 555.

be. Se emplea también en hacer guardia a la persona del gobernador; en sostener las determinaciones de los tribunales de justicia y en ordenanzas perpetuas de oficinas reales, dirección de tabacos, real aduana, contador mayor, regente de la Audiencia, y en otros destinos de esta naturaleza" (2).

En 1759, dos años antes de dejar el gobierno, Amat y Junient acometió la reforma de las milicias de Santiago. Dividió en 6 compañías de 50 hombres el batallón del Comercio; distribuyó en 8 compañías los 850 jinetes que constituían las milicias de caballería y en igual número los 900 de infantería. El Batallón de Parod (o Mulatos), formado por 200 negros y mulatos y por algunos artesanos, quedó dividido en 2 compañías. Mejoró igualmente su armamento e instrucción.

Hacia esa época preparó su célebre descripción geográfica de Chile, un perfeccionamiento de la obra del Presidente D. José de Manso, "para ser remitido al Rey como la fuente más segura de informaciones acerca del reino de Chile. Dados el tiempo en que se inició y se llevó a cabo esa descripción, y los pocos medios que entonces había para procurarse informes de un interés serio, debe reconocerse que ella importaba un esfuerzo de voluntad y de trabajo muy digno de tomarse en cuenta" (3).

La Corte de Madrid había abandonado, definitivamente, la conquista militar de Arauco. Se creía que los indios, confinados al sur del Bío-Bío, no constituían ya un estorbo para el desarrollo del Reino, ni sus posibles alianzas con los enemigos exteriores, un peligro para la seguridad del Perú. Pero su carácter activo y emprendedor indujo a intentar el establecimiento de comunicaciones terrestres entre Concepción y Chiloé, a través de las provincias ocupadas por los mapuches, los huilliches y los cuncos. Mientras él operaba desde Concepción a Valdivia, el Teniente Coronel Juan A. Garretón debía salir de esta última plaza y avanzar hacia el norte. Llamó a Con-

(2) Carvallo y Goyeneche, Vicente. Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional, Tomo IX.

(3) Barros Arana, Diego. Historia General de Chile. Tomo VI, 2a. edición, corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1932, pág. 230.

capción a los caciques de Toltén y los comprometió a ayudarlo en la realización de su proyecto... sin quedar muy convencido, sin embargo, de sus promesas.

Garratón emprendió el avance hacia el norte. Los indios cayeron sobre sus fuerzas en la noche del 27 de enero de 1759. El comandante español logró rechazarlos; pero como tuviera durante el combate, un muerto y 17 heridos, pidió auxilio a Valdivia. El Gobernador le mandó 17 hombres, juntamente con la orden de replegarse. Con este fracaso terminaron los proyectos de abrir comunicaciones por tierra entre Concepción y Chiloé.

Por Real Cédula Carlos III ascendió a Amat al grado de Teniente General y le nombró Virrey del Perú. El 26 de septiembre de 1761 se embarcó con rumbo a Lima, en compañía de su asesor D. José Perfecto Salas. "Exactamente como le ocurrió a don Manuel Montt un siglo más tarde, se le desconocían sus grandes aptitudes, su laboriosidad y su espíritu cívico; se agigantaban sus yerros; se explotaba hasta el menor incidente para crearle dificultades, y se calumniaba con cínico desplante. Todo era lícito contra el insolente y soez catalán, que se había atrevido a medir a los hidalgos con la misma vara que a la plebe. Allí (en el Perú) iba a encontrar un escenario digno de sus grandes capacidades de mandatario y realizar uno de los más fecundos gobiernos coloniales" (4).

Efectivamente, "acababa de encargarse del gobierno del Perú cuando, en 1762, conoció en el teatro a la Villegas, que era la actriz mimada y que se hallaba en el apogeo de su juventud y belleza. Era Miquita un fresco pimpollo, y el sexagenario Virrey, que por sus canas se creía ya asegurado de incendios amorosos, cayó de hinojos ante las plantas de la huanuqueña, haciendo por ella durante catorce años más calaveradas que un mozalbete, con no poca murmuración de la almidonada aristocracia limeña, que era un mucho estirada y mo-jigata".

"El enamorado galán no tenía escrúpulos para presentarse en público con su querida; y en una época en que Amat iba a pasar el domingo en Miraflores, en la quinta de su sobrino Amat y Rocaberti, veíasele en la tarde del sábado salir del palacio en la dorada carroza de los virreyes, llevando a la Perri-choli a caballo en la comitiva, vestida a veces de hombre, y

(4) Encina, Francisco Antonio. Obra citada, Tomo IV, págs. 559-560.

otras con lujoso faldellín celeste recamado de franjas de oro y con sombrerillo de plumas, que era Miquita muy gentil equitadora”.

“Amat no fue un virrey querido en Lima, y eso que contribuyó bastante al engrandecimiento de la ciudad. Acaso por esa prevención se exageraron sus pecados, llegando la maledicencia de sus contemporáneos hasta inventar que si emprendió la fábrica del Paseo de Aguas fue sólo por halagar a la dama, cuya espléndida casa era la que hoy conocemos vecina a la Alameda de los Descalzos y al pie del muro del río. También proyectó la construcción de un puente en la Barranca, en el sitio que hoy ocupa el puente Balta”.

“Amat hablaba con muy marcado acento de catalán, y en sus querellas de amante lanzaba a su concubina un ¡perrachola! que, al pasar por su boca sin dientes, se convertía en perri-choli” (5).

Carvallo y Goyeneche cuenta, por último, que el Rey “le condecoró con la banda de San Genaro y la llave de gentilhomme y colmado de satisfacciones y lleno de doblones se retiró a España por el Cabo de Hornos (diciembre de 1776...). Eligió por destino a Barcelona, su patria y comparable satisfacción de morir rodeado de sus gentes y libre de los cuidados que lleva consigo el mando” (6).

(5) Palma, Ricardo. Tradiciones peruanas.

(6) Carvallo y Goyeneche, Vicente. Obra citada. Tomo IX.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomo VI, 2a. edición, corregido por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1932.
- 2.—CARVALLO Y GOYENECHÉ, VICENTE. Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia nacional, Tomos VIII, IX y X. Santiago, 1875-1876.
- 3.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo IV, 1a. edición, Santiago, Editorial Nascimento, 1945.
- 4.—MEDINA, JOSE TORIBIO. Diccionario biográfico colonial de Chile. Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1906.
- 5.—PALMA, RICARDO. Tradiciones peruanas.

5.—ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA

Nació en Madrid el 7 de agosto de 1533. Fue su padre D. Fortún García de Ercilla, caballero de la Orden de Santiago, señor del antiguo castillo y solar de Ercilla, gran jurista y llamado por los extranjeros —en razón de sus obras y singular ingenio— *el Sutil español*. Su madre, doña Leonor de Zúñiga, era señora de Bobadilla y guardadamas de la emperatriz doña Isabel.

Pronto enviudó Leonor; pero no tuvo mucho que sufrir por ello, pues quedó en una situación holgada y, a través de sus buenas relaciones, logró que el menor de sus seis hijos —que a la fecha contaba 14 años de edad— llegara a ser paje del príncipe D. Felipe. Correspondió, pues, al joven Alonso acompañar a su señor en el viaje que éste realizó a los estados de Flandes a tomar posesión del ducado de Brabante y tuvo ocasión de alternar con lo más granado de la sociedad europea de aquellos días imperiales. Desde entonces demostró una notable inquietud por ampliar sus conocimientos. Al regresar a España, en 1551, después de haber recorrido parte de Alemania, Francia e Inglaterra, contaba 18 años de edad. Algún tiempo después viajó con su madre a Bohemia y allí la dejó de lado de la infanta doña María, a fin de visitar detenidamente este país, así como Austria y Hungría. Este hecho, unido a la educación esmerada que había recibido y a su natural buena disposición, contribuyó a afianzar el carácter del poeta y a robustecer su notable inteligencia.

Se encontraba en Londres cuando llegó allí Jerónimo de Alderete, comisionado por D. Pedro de Valdivia para conseguir de la Corona la ampliación de la Nueva Extremadura hasta el Estracho de Magallanes, por el sur y el Océano Atlántico, por el oriente, como asimismo el título de Gobernador de la misma. Ercilla trabó amistad con Alderete y, entusiasmado con los relatos que sobre la Guerra de Arauco le hacía el viejo soldado, no tardó en inflamarse de aventuras en el exótico mundo de Colón. Por fallecimiento de Valdivia, Alderete fue

nombrado Gobernador de Chile, hacia donde se embarcó ese mismo año de 1555. En su compañía venía D. Alonso. Tal resolución era trascendental en su destino para que hubiera olvidado recordarla en el canto XIII de La Araucana.

*"...Estando en Inglaterra en el oficio
Que aún la espada no me era permitida
Llegó allí la maldad en deservicio
Vuestro por los de Arauco cometida,
Y la gran desvergüenza de la gente
A la Real Corona inobediente"* (1).

Alderete murió mucho antes de pisar tierra chilena. Una fiebre violenta puso término a sus días a pocas leguas de Panamá, enfrente de la pequeña isla de Toboga. El Virrey del Perú, D. Andrés Hurtado de Mendoza, nombró en su reemplazo a su hijo D. García. Este salió del Callao en febrero de 1557 y llegó a Coquimbo a fines del mes de abril. Ercilla no trepidó en pedir ser admitido en la expedición. Al cabo de una prolongada residencia en La Serena, D. García y los suyos se embarcaron en Coquimbo con destino a Penco a donde llegaron luego de haber sufrido una espantosa tempestad, que puso en peligro a las naves y que ha sido magistralmente descrita por el poeta. Cuando D. García alcanzó la playa de Talcahuano, encontró la comarca revuelta. Juzgó necesario proceder a la ofensiva con los refuerzos que le servían enviados de Santiago.

Desde el primer encuentro con los indígenas (en el cual se dijo que D. Alonso "había hecho con la espada más de lo que hizo con la pluma"), se dio cuenta éste que esos guerreros bárbaros y rudos no serían sometidos tan fácilmente y que "la noble empresa en que se hallaban empeñados era digna de celebrarse y de transmitirse a la posteridad" (2). Y no hubo acción guerrera en que no estuviese presente y, según esto, la historia de Ercilla en Chile será la misma Araucana estudiada paso a paso. Lagunillas, Millarapue, quebrada de Purén, defensa de Cañete, son algunas de las acciones en que intrépidamente combatió el insigne poeta-soldado.

(1) Ercilla y Zúñiga, Alonso de. La Araucana. Edic. de José Toribio Medina. 4 volúmenes. Santiago, 1910-1913. Canto XIII.

(2) Medina, José Toribio. Diccionario Biográfico Colonial, Santiago, Imprenta Elzevieriana, 1906.

Pero el acontecimiento que éste refiere verdaderamente complacido es el relativo a aquella expedición a Chiloé, dispuesta y ejecutada por el Gobernador y cuyo relato termina con esta conocida octava:

*“Aquí llegó donde otro no ha llegado
Don Alonso de Ercilla, que el primero
En un pequeño barco deslastrado,
Con solo diez pasó el desaguadero.
El año de cincuenta y ocho entrado
Sobre mil quinientos por febrero,
A las dos de la tarde, el postrer día
Volviendo a la dejada compañía” (3).*

Se refiere aquí a su incursión en piragua desde el continente a la isla de Puluqui, con diez compañeros jóvenes y entusiastas. Esta penosa campaña terminó en abril de 1558, cuando la columna de D. García entró en La Imperial a descansar de sus fatigas y pasar el invierno próximo.

Mendoza había encontrado en Valdivia carta de la Corte que le informaba sobre la renuncia de Carlos V el 16 de enero de 1556 y la proclamación de Felipe II por Rey de España y de Indias. La carta había tardado dos años y dos meses en llegar a su destino. Ya en La Imperial, dispuso se celebrase el feliz suceso con juegos de sortijas, cañas y estafermo. D. García salió a caballo por la puerta falsa de su casa, en compañía de D. Alonso de Ercilla y de Pedro Olmos de Aguilera, con el propósito de tomar parte en estos juegos. “Un otro caballero llamado don Juan de Pineda, natural de Sevilla, se metió en medio de ambos. Don Alonso, que le vido venía a entrar entre ellos, revolvióse hacia él echando mano a su espada; don Juan hizo lo mesmo. Don García, que vido aquella desenvoltura, tomó una maza que llevaba colgando en el arzón de la silla y arremetiendo el caballo hacia on Alonso, como contra hombre que lo había revuelto, le dio un gran golpe de maza en un hombro, y tras de aquel otro. Ellos huyeron a la iglesia de Nuestra Señora, y se metieron dentro. Luego mandó que les sacasen y cortasen las cabezas al pie de la horca, y para el efecto se trajo

(3) Ercilla y Zúñiga, Alonso de. Obra citada. Canto XXXVI.

un repostero y escalera para ponelles las cabezas en lo alto de la horca (4)". La ejecución se realizaría al amanecer del día siguiente.

Ambos rivales eran muy queridos en el Ejército, de modo que se movieron ante el Gobernador todas las influencias posibles, en procura de perdón. Este se negó rotundamente, hizo cerrar las puertas de su habitación y puso guardias a su entrada con orden de no permitir el paso de nadie. Toda esperanza de salvación había desaparecido; mas, en medio de la consternación general, una doncella mapuche, "con la cual don García solía entretener los momentos de ocio" (5), llegó hasta la ventana de su habitación, acompañada de otra mujer de su raza. Dio algunos golpes, el Gobernador abrió y ambas penetraron en su aposento. Al día siguiente cuando los reos estaban en la plaza listos para ser degollados, don Pedro de Portugal apareció con la orden de suspender la ejecución de la sentencia y poco más tarde era conmutada en prisión. Ercilla ha consagrado algunos versos a recordar este desagradable incidente:

*"Turbó la fiesta un caso no pensado,
Y la celeridad del juez fue tanta,
Que estuve en el tapete ya entregado
Al agudo cuchillo de garganta:
El enorme delito exagerado,
La voz y fama pública lo canta,
Que fue sólo poner mano a la espada,
Nunca sin gran razón desenvainada.
Del mozo capitán acelerado..."* (6).

-
- (4) Cóngora Marmolejo, Alonso de. Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575, compuesta por el Capitán... y seguida de varios documentos. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo II, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1862, pág. 85.
- (5) Encina, Francisco Antonio. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo I. 4a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1955, pág. 528.
- (6) Ercilla y Zúñiga, Alonso de. Obra citada. Canto XXXVI.

Agrega más adelante:

*"Ni digo cómo al fin, por accidente
Fui sacado a la capilla injustamente
A ser públicamente degollado" (7).*

D. Juan de Pineda se dirigió a Lima, tomó el hábito de San Agustín y consagró el resto de sus días a la práctica de virtudes cristianas y al servicio de sus semejantes. D. Alonso se alejó de Chile tan pronto pudo hacerlo. En la obra que trabajaba desde entonces sólo tuvo escasas palabras para su mal juez: "pero el paso que el poeta se cañía con ellas los lauros de la inmortalidad, el magnate sólo procuraba escapar al olvido y vincularse de tan desdichoso silencio" (8). Partió de nuestro suelo después de su participación en la batalla de Quiapo, vale decir, en los últimos días del año 1558.

*"Y en un grueso barcón, bajel de trato,
Que velas altas de partida estaba,
Salí de aquella tierra y reyno ingrato,
Que tanto afán y sangre me costaba;
Y sin contraste alguno ni rebato,
Con el austro que en popa nos soplabá,
Costa a costa, y a veces engolfado,
Llegué al Callao de Lima celebrado" (9).*

Permaneció en la Ciudad de los Reyes hasta que sobrevino un suceso que vale recordar, puesto que D. Alonso estuvo a punto de participar en su segunda parte. En 1560, salió de Lima una expedición organizada por el Virrey, a las órdenes del Capitán Pedro de Urmía. Llevaba la misión de buscar la famosa ciudad del Dorado que, según creencia de la época, existía a orillas del Marañón o del Amazonas. La expedición terminó de una manera trágica. Formaba en las filas de la columna un soldado quipuzcoano llamado Lope de Aguirre, que sublevó a la tropa, asesinó al Capitán y se impuso como autoridad absoluta. Aguirre descendió el río Amazonas y, después de un largo viaje, llegó a la isla Margarita. Desembarcó en el continente, se dirigió a Caracas, saqueó las cajas reales, entregó la ciudad al pillaje y luego de haber cometido toda clase

(7) Idem.

(8) Medina, José Toribio. Obra citada.

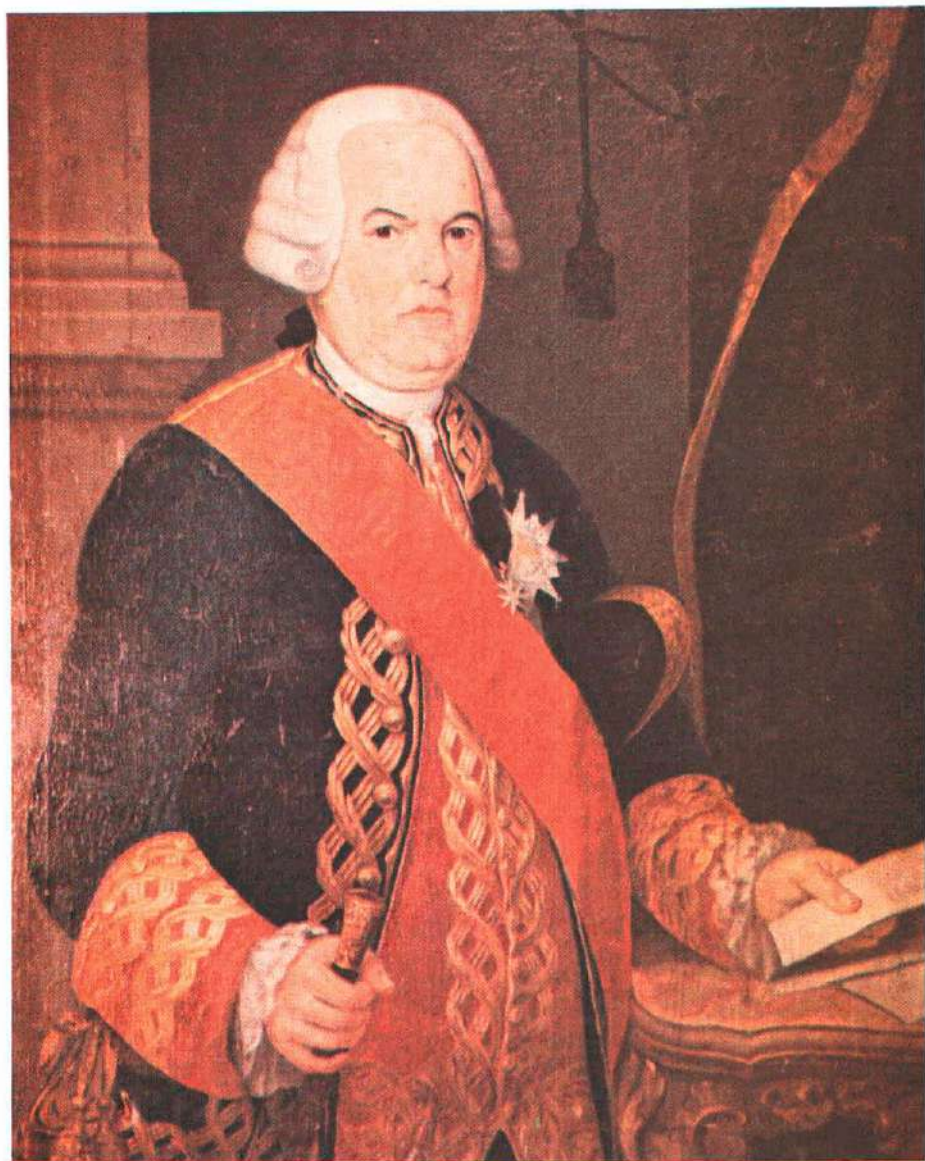
(9) Ercilla y Zúñiga, Alonso de. Obra citada.

de excesos y crímenes, cayó prisionero de las autoridades en Tucuyo, sometido a la horca y descuartizado.

Cuando llegaron las noticias de la sublevación de Aguirre, se aprestaron fuerzas para combatirla. Ercilla no vaciló en enrolarse, aún cuando no ignoraba que había más de 2.000 millas de camino para el objetivo. Al llegar a Panamá, se supo la noticia de la derrota y muerte del sanguinario bandolero (primeros días de noviembre de 1561). Prosiguió su viaje a Europa y quedó detenido en Tierra Firme "por una enfermedad larga y extraña". Luego se dirigió a España y allí supo que su madre había muerto en Viena, por cuya razón tuvo que marchar a Alemania en busca de su hermana Magdalena, dama de honor de la Reina. Visitó, también, Italia, Silesia, Moravia, Polonia y Suiza.

De regreso en su patria, se dedicó a poner en orden sus papeles y a preparar los materiales para la primera parte de la Araucana, que vio la luz primitivamente en 1569. Parece que la obra fue terminada aquí en América, ya que —como lo advierte él mismo en el prólogo— "se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños que apenas habían seis versos, que no me costó después poco trabajo juntarlos".

Al año siguiente contrajo matrimonio con doña María de Bazán, de ilustre linaje, hija de Gil Sánchez Bazán y de doña Marquesa de Ugarte de Ugarte, dama de la Reina doña Isabel. No hubo descendencia de esta unión y los hijos que D. Alonso aportó eran anteriores al matrimonio: uno de ellos, D. Diego nació en 1566, y otro, María Margarita, casó ventajosamente con D. Fadrique de Portugal. En 1571, Felipe II le hizo merced del hábito de Santiago, que también había lucido su ilustre padre y le armó caballero, el que más tarde fuera Duque de Lerma. La ceremonia tuvo lugar en la Parroquia de San Justo, en el aniversario de la Batalla de Millarapue. Tres años más duró el favor real y es indudable que hubo de perderlo inmerecidamente, puesto que en lo sucesivo jamás quiso llamarse gentilhomme de Felipe II y sí de Rodulfo. El Sr. Antonio Ferrer del Río, el más erudito biógrafo de Ercilla, probablemente, advierte al respecto: "Aquí hay que descender por la fuerza de los hechos a las conjeturas. Alguna poderosa enemistad embrazaba los adelantos de Ercilla, y de juro no era otra que la de don García Hurtado de Mendoza, nieto por su madre del conde de Osorno y casado con la hija del conde de Lemos, cuyos entronques y la circunstancia de regir la hueste del duque de



Manuel de Amat y Junient
1704 — ¿ 1777 ?

Aiba, de sobra alcanzaban a indisponer en el real ánimo sin extraordinario esfuerzo a quien todo lo pospuesto a la verdad y no pensó nunca en merecer bien de su caudillo sin lisonjas”.

Pasó a Nápoles, dispuesto a partir de una cruzada contra los turcos que sitiaban a Túnez; pero a su llegada supo que los defensores habían sucumbido. Dirigióse entonces a Roma y fue presentado al Papa Gregorio XIII, que había conocido a su padre y que quedó gratamente impresionado por las aventuras de su vida que le relató D. Alonso (abril de 1575). Por cuarta vez estuvo en Alemania y fue recibido por el emperador Maximiliano y por la Reina María, a quienes sirviera en otro tiempo doña Leonor de Zúñiga. En septiembre del mismo año asistió a la coronación de Rodulfo, su padrino, como Rey de Bohemia y en Ratisbona, a su elección de rey de los romanos. Visitó esta vez Estiria, Corintia y Croacia y regresó a España, vía Italia, en 1577. Este mismo año fue a profesar de caballero de Santiago a Uclés, en manos del prior Diogo Aponte de Quiñones, posteriormente Obispo de Oviedo. Al año siguiente estuvo dedicado a la impresión de la segunda parte de la Araucana; pero muy pronto se le comisionó para ir a Barcelona a recibir al Duque y a la Duquesa de Branevich, de cuyo cometido debía dar cuenta al Rey, dondequiera se encontrase. “Prodigios de ingenio debió Ercilla desplegar esta vez para impedir que sus huéspedes se penetrasen de que el monarca no deseaba verlos, porque así era la voluntad real” (10).

Vivió desde entonces retirado en su casa, disfrutando de las consideraciones debidas a su rango y a su justo renombre y con el empleo de examinador de libros, que le había otorgado el Consejo de Castilla. A través de su correspondencia puede observarse que a los 60 años conservaba aún su jovialidad característica, aunque él mismo reconoce que se había vuelto viejo y perezoso. Cristóbal Mosquera de Figueroa refiere que Ercilla se ocupaba entonces en escribir un poema sobre las victorias del Marqués de Santa Cruz y lo último que de él se sabe es la aprobación que en 1594 prestó a las Navas de Tolosa, poema épico de Cristóbal de Mesa.

El 24 de noviembre de ese año se encontraba gravemente enfermo y falleció cinco días más tarde. Su cadáver estuvo depositado en el convento de las Carmelitas Descalzas y fue trasladado a Ocaña y, más tarde, a Madrid. Instituyó a su esposa heredera universal y, además, dejó legados a sus sobrinos, a sus pajes y a ciertos monasterios.

(10) Medina, José Toribio. Obra citada.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—**BARROS ARANA, DIEGO.** Historia General de Chile. Tomo II. 2a. edic. corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1930.
- 2.—**ENCINA, FRANCISCO ANTONIO.** Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1391. Tomo I. 4a. edic. Santiago, Editorial Nascimento, 1955.
- 3.—**ERCILLA Y ZUÑIGA, ALONSO DE.** La Araucana. Edic. de José Toribio Medina. 4 volúmenes, Santiago, 1910-1913.
- 4.—**GONGORA MARMOLEJO, ALONSO DE.** Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575 compuesta por el Capitán... y seguida de varios documentos. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia nacional. Tomo II. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1862.
- 5.—**MEDINA, JOSE TORIBIO.** Diccionario Biográfico Colonial de Chile. Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1906.

6.—ALONSO GARCIA RAMON

Este notable Capitán de la Conquista nació en Cuenca, España, capital de la provincia del mismo nombre a orillas del río Jucar. Desde muy joven evidenció su gusto por las armas, enrolándose a los dieciséis años en un Tercio, durante la sublevación de los moriscos en 1578 a 1581. Posteriormente pasó a Africa, batiéndose bajo el mando de don Juan de Austria y luego en Flandes con Alejandro Farnesio.

Continuando sus servicios, pasó a América y en el Perú fue designado para tomar parte en la Guerra de Arauco. Posteriormente, su experiencia adquirida en la guerra de Chile lo hizo estimable a los ojos del Virrey Velasco quien, muerto Oñez de Loyola, lo designó Gobernador interino de Chile, en el año 1600. Pero el Rey Felipe III no confirmó la designación de Alonso García Ramón y nombró para el cargo a Alonso de Ribera.

Sin preocuparse mayormente de lo transitorio que resultaba su mandato, en septiembre de 1600 pudo equipar una fuerza de cuatrocientos soldados y buen número de auxiliares y se puso en campaña contra los indígenas que se concentraban en la zona Maule-Bío-Bío, logrando desbaratarlos en Quinel.

Proyectaba una campaña al sur del Bío-Bío, cuando recibió la noticia de la llegada del titular, Alonso de Ribera. Su mando enérgico y sus atinadas medidas le habían granjeado la voluntad de los habitantes del Reino, pero debió someterse a los mandatos del Soberano y entregar el mando y regresar al Perú, a pesar del pedido que le hizo el Virrey de que continuara sirviendo bajo el mando de Ribera.

En el Perú, García Ramón prestó importantes servicios al Virrey, de manera que su prestigio continuó incólume ante las autoridades peruanas y así fue que, cuando Ribera fue designado Gobernador del Tucumán, el Monarca lo nombró, con fecha 22 de enero de 1605, Gobernador de Chile.

Una de las misiones más importantes era la pacificación de la Araucanía y para ello se le hizo asesorar por el jesuita Luis de Valdivia.

El Gobernador y el Padre Luis de Valdivia salieron del Perú provistos de cartas credenciales para los caciques araucanos, en las cuales se dejaba constancia de los deseos de paz que animaban a los españoles, que incluía la supresión del servicio personal de los indígenas, con lo cual se esperaba que estos indómitos hombres terminaran la guerra. El Virrey, don Juan de Mendoza y Luna, Marqués de Montesclaros, cifraba grandes esperanzas en los resultados que debía obtener la gestión de Luis de Valdivia en la pacificación. Pero García Ramón, que conocía la Guerra de Arauco y la idiosincrasia de los mapuches, sabía muy bien que no tardaría en fracasar este plan.

Al llegar a su Gobernación, García Ramón, siguiendo los deseos del padre Luis de Valdivia y del Virrey, reunió a los caciques principales en la región de Concepción para explicar el plan bajo cuyas normas debía establecerse la paz. Durante los meses de mayo y junio de 1605, se realizaron parlamentos en Paicaví, Lebu, Santa Fe, Yumbel, Buena Esperanza. Pronto los indígenas comenzaron a dar muestras de una próxima rebelión, lo que llevó incluso a la muerte al ayudante del padre Valdivia, el joven Francisco Ortiz de Atenas. Por su parte, Alonso García Ramón, que había recibido algunos refuerzos desde el Perú para incrementar el Ejército de Chile, pudo abrir la campaña de primavera de 1605. Tal campaña no logró otro objetivo que el rescate de algunas cautivas y la repoblación de antiguos establecimientos arruinados por las incursiones de Pelantaru, además de la fundación de San Ignacio de la Redención, que hoy es la ciudad de Boroa, donde dejó como castellano al Capitán Juan Rodulfo Lisperguer. Pero los mapuches diezmaron a este contingente y también a los soldados del que había llegado de México, lo que impidió el repueble de Angol.

En marzo de 1606, el padre Luis de Valdivia se alejó de Chile en viaje al Perú.

En medio de los afanes que reperesentaba la guerra, García Ramón tuvo que permanecer algún tiempo en la capital para recibir a la Real Audiencia, de la cual fue nombrado presidente, con lo cual el cargo supremo en Chile pasaba ahora a ser el de "Presidente-Gobernador" con atribuciones superiores a las que hasta ese momento había gozado el mandatario.

A pesar de su deseo de poner fin a la guerra de Arauco, la insuficiencia de soldados y de medios económicos, junto a las continuas incursiones de los mapuches que amagaban las

poblaciones españolas al sur del Bío-Bío, entrabaron su acción como mandatario en medio de las constantes salidas a campaña.

A principios de mayo de 1610, el Gobernador se trasladó a Concepción con ánimo de emprender una nueva incursión hacia el territorio adversario, pero se encontraba bastante decaído y su salud había empeorado con el largo viaje, de manera que se agravó, falleciendo en esa ciudad, el 5 de agosto de 1610.

Según Rosales, "era Alonso García Ramón, gentilhombré, de buena cara, mucho bigote y bien poblada barba... Era hombre magnífico en la distribución de la gente de guerra, liberal con los pobres y con todos afable. Fue en el tiempo que gobernó estas armas de maestro de campo y de gobernador, la primera vez, bien afortunado, y no tanto es esta segunda, porque, aunque disponía bien las cosas, tuvo pocas victorias y muchas pérdidas de soldados, porque le mató el enemigo en varias ocasiones cuatrocientos y catorce hombres, y entre muertos, idos y captivos, más de seiscientos, según consta por las listas del real sueldo... Y fue amado de todos que su muerte causó general sentimiento" (1).

Murió en extrema pobreza, después de haber servido a la Corona de España por más de 40 años.

(1) Rosales, Diego de. Historia del Reyno de Chile. Flandes Indiano por el R.P. Diego de Rosales de la Compañía de Jesús, dos veces V. Provincial de la V. Provincia de Chile, calificador del Santo Oficio de la Inquisición y natural de Madrid, dedicada al Rey de España D. Carlos II. N.S., publicada, anotada y precedida de la vida del autor y de una extensa noticia de sus obras por Benjamín Vicuña Mackenna. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877-1878. Tomo II, Libro V, Capítulo XLIV.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de Chile*. Tomo III. 2.a edic. corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1931.
- 2.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *Historia de Chile*. Desde la Prehistoria hasta 1881. Tomo II, 3.a edic. Santiago, Editorial Nascimento, 1954.
- 3.—GONZALEZ DE NAJERA, ALONSO. *Desengaño y reparo de la Guerra del Reino de Chile*. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1971. Colección Fuentes de la Historia de Chile.
- 4.—ROSALES, DIEGO DE. *Historia del Reyno de Chile. Flandes Indiano* por el RP. Diego de Rosales de la Compañía de Jesús, dos veces V. Provincial de la V. Provincia de Chile, calificador del Santo Oficio de la Inquisición y natural de Madrid, dedicada al Rey de España D. Carlos II N.S., publicada, anotada y precedida de la vida del autor y de una extensa noticia de sus obras por Benjamín Vicuña Mackenna. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877-1878. 3 Tomos.

7.—GARCIA HURTADO DE MENDOZA

Hijo segundo del Marqués de Cañete, Andrés Hurtado de Mendoza y de doña María Manrique, hija mayor del Conde de Osuna, don García nació en Cuenca el 21 de julio de 1535. Recibió en el castillo de su padre la educación característica de los nobles de su clase: poca ciencia, pero desarrollo notable de sus sentimientos caballerescos de la época, manifestados principalmente por una lealtad absoluta al Rey, por el fanatismo en materias religiosas y por el desdén hacia el clemente plebeyo.

En 1552, fugó de la casa paterna a fin de participar en una expedición contra la insurreccionada isla de Córcega y destinada a arrancarla del dominio de Génova. Luego se distinguió en la ciudad de Siena, en Toscana, que quería desprenderse del protectorado español. Después de los primeros encuentros recibió el honroso encargo de llevar a Carlos V, establecido entonces en Bruselas, la relación oficial de las operaciones militares. Don García fue recibido benévolamente por el emperador y gratificado con unos 2.000 escudos. Se encontró, por último, en la batalla de Renty contra los franceses (agosto de 1554). Al saber que su padre acababa de ser nombrado Virrey del Perú, volvió a España a pedirle lo trajese a América y el viejo marqués, orgulloso de la hoja de servicios de su hijo, accedió gustoso a la demanda. Listo para embarcarse en San Lúcar de Barrameda, don García cayó enfermo; pero su fuerza de voluntad resistió el mal y, contra la prescripción de los galenos (que se oponían al viaje), dirigióse a bordo y partió de su patria, colmado de ilusiones.

Cuando el Virrey quiso solucionar la crítica situación por que atravesaba el Reino de Chile, a raíz de la muerte de Pedro de Valdivia, no encontró mejor salida que confiar el gobierno a su hijo. Con fecha 9 de enero de 1557 firmó el título de Gobernador de Chile en favor de don García Hurtado de Mendoza, con las mismas atribuciones y extensión territorial que él había concedido a Jerónimo de Alderete, vale decir, Chile propiamente tal y las provincias orientales de Tucumán, Cuyo y la Patagonia. Quiso también rodear a don García de

autorizados consejos y, de acuerdo con las ideas del siglo, eligió cuidadosamente al confesor y puso a su lado un número considerable de frailes.

Después de la expedición de Diego de Almagro sólo habían llegado a nuestro territorio grupos poco numerosos y pobremente equipados, a expensas de la fortuna personal de Valdivia y de sus compañeros. Ahora, en cambio, el Marqués de Cañete organizó un ejército respetable en cuanto a la cantidad de soldados y a su equipamiento consiguiente. Por cuenta del tesoro real se acumularon grandes cantidades de armas, de municiones y toda clase de elementos bélicos. Habíanse reunido en Lima más de 450 hombres y 500 caballos. Figuraban en sus filas algunos capitanes de distinción, probados unos en las guerras del Perú, recién venidos otros de Europa: entre estos últimos, don Alonso de Ercilla y Zúñiga, el cantor insigne de "La Araucana". La tropa se enteró con la gente que Alderete traía de España y con los cesantes de la vuelta de Hernández Girón. El Virrey, como sus predecesores, habíase apresurado a descargar la tierra de revoltosos, que en Chile no tendrían tiempo para pensar en asonadas ni codiciar la riqueza ajena: los araucanos y la necesidad de procurarse la subsistencia diaria los tendría muy ocupados.

Todo listo para la partida y por escasez de buques para el transporte para la gran cantidad de ganado que se había reunido, don García dispuso que los jinetes de caballería, en número de 300, partiesen por tierra a las órdenes del Coronel Luis de Toledo y del Capitán Pedro del Castillo. El 2 de febrero embarcóse él con el resto de las fuerzas en 4 barcos grandes y 4 pequeños, cargados de municiones y bastimentos. El 23 de abril el convoy echaba anclas en Coquimbo. Francisco de Aguirre subió a bordo a saludar al arrogante mandatario y éste hizo disparar en su honor la artillería, le recibió "con música de trompetas y chirimías" (1), le obligó a aguardar un rato y le saludó, por fin con una afabilidad encantadora. Dos días más tarde, luego de haber alojado en casa de Aguirre, Mendoza se recibió del gobierno en presencia de los alcaldes de la ciudad y después de mediodía, invitó a su anfitrión a cazar en los campos de los alrededores. Ya allí, Juan Remón

(1) Citado por Francisco Antonio Encina. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo I, 4a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1955. pág. 488.

rodeó al último de ellos con su grupo de soldados, lo prendió y le dijo "quel camino era hacia la mar" (2). En seguida "se prendieron también veinticinco soldados de los más sospechosos y principales" (3).

Con fecha 27 fue despachado el mismo Juan Remón a la cabeza de 30 hombres, a Santiago, con poder para recibirse del gobierno en nombre de don García, de apresar a Francisco de Villagra y con instrucciones de ajusticiarlo si llegaba a oponer resistencia. Desde La Serena despachó también a uno de sus capitanes, Juan Pérez de Zurita, a Tucumán, como Teniente de Gobernador, con 60 hombres, tomados en parte de la ciudad y en parte, de los venidos de Lima. Le entregó también \$ 3.200 de las cajas reales.

Desconocedor del clima del sur y de la falta de camino, sin experiencia respecto del problema de abastecimientos, de la imposibilidad —en suma— de realizar una campaña de invierno, desdeñó oír a quienes pretendieron sugerirle la conveniencia de aprovechar la estación para venir a Santiago, conocer a sus gobernados, imponerse de los recursos existentes y postergar hasta octubre la dicha campaña. Había resuelto entrar en la Araucanía en julio y nadie ni nada lo haría cambiar de parecer. Despachó por tierra a Bautista Ventura con instrucciones de que le enviara un buque a la frontera con los bastimentos necesarios y que preparara el esfuerzo de hombres correspondiente. Envió también por tierra todas las fuerzas de caballería a las órdenes del Coronel Luis de Toledo, y los bagajes, los caballos y las armas de repuesto, a cargo de su caballerizo Juan de Bastida.

Se embarcó con rumbo a Concepción el 21 de junio, en dos buques, con 150 soldados. Los vientos del norte impelieron, al principio, con rapidez las naves; mas, luego después la mar estaba tan agitada que Hernando Lamero, el piloto mayor, declaró que jamás había visto tormenta semejante, "con haber andado en la mar desde su niñez" (4). La escuadrilla estuvo a punto de desaparecer en las profundidades del océano: el viento derribó los mástiles de la nave que montaba el heredero del Marqués de Cañete, causó una abertura en sus costados y la puso en peligro de estrellarse contra los arrecifes de la cos-

(2) Idem, Tomo I, pág. 489.

(3) Idem, Tomo I, pág. 489.

(4) Idem, Tomo I, pág. 494.

ta. Sólo la maestría de los pilotos logró sacar a la escuadrilla del angustioso trance en que se encontraba sumida. Entró, por fin, en la bahía de Concepción cuando el tiempo comenzaba a serenarse.

Se inició el desembarco en la pequeña isla de la Quiriquina, que cierra a aquélla por el norte. Sus pobladores trataron de impedir en el primer momento la operación; pero a la vista de la profusión de soldados, de arcabuces y corazas, que se aproximaban a tierra, optaron por desbandarse con toda la rapidez que les permitieron sus piernas. Los conquistadores construyeron chozas provisorias y pasaron dos meses en medio de las más increíbles privaciones, obligados a alimentarse con las escasas provisiones que traían en sus naos, en gran parte humedecidas por el agua del mar durante la navegación. "No hallaron los nuestros, leña alguna de que poder servirse; pero como la providencia del Señor es en todo tan copiosa, ha proveído a esta isla de cierta especie de piedras que sirven de carbón y suplen totalmente sus efectos, y de éstas se sirvieron los nuestros para sus guisados" (5).

Sólo veinte días más tarde llegaron, procedentes de Valparaíso, dos buques con provisiones y refuerzos de gente. Los primeros pasos del nuevo gobernador se encaminaron a ganarse la amistad de los naturales. Prohibió se les molestara en sus ranchos y les envió regalos, "mantas, camisetas é otras cosas" (6). Los bárbaros recibían gustosos sus obsequios y hacían notorias manifestaciones de paz y de sumisión. Idéntica actitud observaron sus congéneres del continente y, apartando holgarse con el servicio de instrucción de los españoles, informábanse de su número, de su armamento y de sus recursos en general.

(5) Mariño de Lobera, Pedro. Crónica del Reino de Chile, escrita por el Capitán don... dirigido al Excelentísimo señor don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Virrey y Capitán General de los Reinos del Perú y Chile, reducida a nuevo método y estilo por el padre Bartolomé Escobar de la Compañía de Jesús. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional, Tomo VI. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861.

(6) Citado por Francisco Antonio Encina. Obra citada, Tomo I, pág. 495.

Don García envió orden a don Luis de Toledo marchase con la caballería a reunírsele en Concepción. El aviso no llegó a Santiago sino el 18 de agosto y esta circunstancia, unida a las crecidas de los ríos en un año tan lluvioso como el de 1557 y al estado de los caminos, retardó la llegada del jefe de caballería más de lo previsto. El rumor propalado por los indígenas de que se preparaban para asaltar en el camino a estas fuerzas montadas aumentó la inquietud del joven gobernador por la suerte de ellas. Estimó necesario poner pie en el continente —y así lo hizo— y colocarse en situación de auxiliarlo como correspondía. Junto con el desembarco se dio comienzo a los trabajos de fortificación en las proximidades de la destruida ciudad de Concepción; pero como había prescindido de los indios auxiliares, su hermano don Felipe de Mendoza y los 30 soldados que envió con este objeto tuvieron que trabajar en su lugar.

Una semana después del traslado, el 25 de agosto, tres grandes agrupaciones indígenas avanzaban contra el fuerte. Las armas de fuego de los defensores eran formidables; pero como el joven general había descuidado las municiones, ordenó que sólo se disparara en el último instante, a fin de obtener el rendimiento máximo del fuego. Contrariamente a lo que esperaba, los mapuches no se desorganizaron con la descarga de fusilería; llegaron al foso, colocaron puentes y comenzaron a escalar los muros. Don García quedó tan impresionado que, años más tarde, expresaba su admiración por el coraje y la destreza por ellos demostrados en el manejo de las armas blancas. Sin los 100 veteranos de la guerra de Arauco que se habían sumado a los 150 soldados del Perú, la carrera del altivo capitán hasta allí habría llegado sin duda, al decir del señor Encina. El combate seguía indeciso: los españoles empezaban a flaquear, rendidos por el cansancio y la sed y las municiones se agotaban irremisiblemente. Los pocos hombres que quedaban en los buques advirtieron el hecho y desembarcaron en ayuda de sus compañeros. Aun cuando el refuerzo era pequeño, los indígenas aflojaron levemente en el fuerte y arremetieron contra el grupo recién aparecido, que a duras penas logró abrirse paso y entrar al recinto. Al cabo de cuatro horas los bárbaros se retiraron en orden llevando como botín "los hats y los toldos é ropas que ballaron en las rancherías que estaban fuera del fuerte" (7).

(7) Idem, Tomo I, pág. 498.

La situación de Mendoza había empeorado: el adversario dejó en el campo numerosos muertos; pero él quedaba encerrado en las empalizadas con 30 heridos, sin ropas, bagajes ni municiones, expuesto a un nuevo asalto. "El joven gobernador había pasado de la petulante suficiencia del neófito a la desconfianza nerviosa que siempre engendra el primer choque de las ilusiones con la realidad" (8).

El 18 de agosto había llegado a las tropas de Santiago la orden de partir a Concepción. En el acto se puso en movimiento don Luis de Toledo con el grueso de las fuerzas de Lima y con los soldados y encomenderos que encontró en la capital del Nuevo Extremo. Terminaba el Coronel de pasar el Maule el 25 de agosto, cuando los mensajeros enviados por Mendoza desde el fuerte de San Luis le informaron del aprieto en que éste se encontraba y de la necesidad de forzar la marcha. Tomó el aguerrido jefe la única medida posible: adelantó al Maestre de Campo Juan Remón con 120 jinetes de caballería. Remón alcanzó en tres días a Concepción, a pesar de las creces de los ríos, el estado de los caminos y la falta de balsas para cruzarlos: creyendo a don García en peligro había excedido casi los límites del esfuerzo humano. Apareció, cual verdadera providencia, en los momentos en que el segundo ataque de los araucanos era inminente. En vez de estrecharle las manos o de abrazarlo en demostración de agradecimiento por el sacrificio que había hecho por él y por los suyos, el soberbio mandatario prohibió a Remón llegara hasta su presencia. Preciso fue que los Capitanes Rodrigo de Quiroga y Julián de Bastida, que habían participado en la empresa, le refiriesen las peripecias y contrariedades sufridas para que demorara sus ímpetus. "Este acto, en un mozo inteligente como don García, denuncia algo más que la petulante arrogancia de su carácter y la viveza de su genio: refleja un sadismo de dureza y de desconsideración por los inferiores, superficialmente recubierto por la devoción religiosa, por los arrestos caballerescos, por las aptitudes militares y administrativas y por la lealtad al soberano" (9).

Antes de mucho tiempo —el 22 de septiembre— apareció en el Cuartel General don Luis de Toledo con el resto de las tropas. Se llegó a contar así con más de 600 hombres, perfectamente armados y equipados, 400 indios auxiliares y 1.000

(8) Encina, Francisco Antonio. Obra citada. Tomo I, pág. 498.

(9) *Idem*, Tomo I, pág. 502.

caballos, que constituyeron el Ejército más brillante que, hasta entonces, hubiera llegado a Chile. Acostumbrado, en cierto modo, a las modalidades de nuestro clima e informado de la naturaleza de la guerra de Arauco por los veteranos, que formaban el 40 por ciento de sus huestes, postergó el comienzo de las operaciones hasta el 28 de octubre.

Con la antelación debida, organizó la expedición de Juan Ladrillero y de Cortés Ojea al Estrecho de Magallanes. "Con notable clarividencia, don Pedro de Valdivia había comprendido que la navegación del estrecho era de capital importancia para el futuro desarrollo de Chile. . . Valdivia, en este empeño, como en todos los suyos, se había adelantado en exceso a lo que el tiempo, los recursos, el desarrollo de la colonia y la náutica permitían: la navegación del estrecho debía tardar mucho en convertirse en un tráfico regular. Don García se limitó a recorrer de nuevo, con más recursos y menos capacidad política, el sendero que Valdivia abriera con un puñado de hombres y los cortos recursos de su hacienda personal y de su crédito" (10). Ladrillero zarpó de Valdivia el 17 de noviembre de 1557, al mando del buque *San Luis*, conjuntamente con Francisco Cortés Ojea, que comandaba el *San Sebastián*.

Después de despachar a Ladrillero, Mendoza quedó con unos 550 españoles, 4.000 indios auxiliares y 1.000 caballos y se puso en marcha hacia el Bío-Bío. El 8 de noviembre se encontraba en el lugar donde hoy se levanta Lota y en cuyos alrededores habría de librarse el combate llamado de Lagunillas. La acción quedó indecisa a causa de la llegada de la noche y, aún, pudo haber constituido una derrota de los conquistadores, en razón de la confianza excesiva en la calidad de sus fuerzas de los intrépidos Capitanes Alonso de Reinoso y Juan Remón. Con su acostumbrada altanería, el Gobernador observó a ambos que "no había ninguno dellos que tuviese plática de la guerra a las veras, sino al poco más o menos, y que vía y sabía que no entendían la guerra, por lo que dellos había

(10) Idem, Tomo I, págs. 533-534.

visto, más que su pantufllo. Entre los presentes tenido fue por blasfemia grande para un mancebo reptar capitanes viejos y que tantas veces habían peleado" (11).

Después de la acción de Lagunillas, Mendoza marchó hacia Arauco, a fin de ponerse en contacto con los barcos que transportaban los alimentos y los pertrechos. A mediados de noviembre se encontraba en las inmediaciones del antiguo fuerte de Arauco y lograba abastecer a sus tropas de víveres y forraje.

Aun cuando los mapuches se sentían incapaces de vencer y querían ganar tiempo, a fin de reorganizarse, confirmábanse en el campo español las noticias de aprestos bélicos suyos. Los castellanos prosiguieron su avance por el camino inmediato a la costa hasta un lugar llamado Millarapue (29 de noviembre). Por ser el día siguiente San Andrés, las bandas celebraron el onomástico del padre del Gobernador, con trompetas y chirimías tocadas a las puertas de la tienda de este último. Los indios habían caminado toda la noche para caer sobre el campo español antes de amanecer, se retrasaron algo y, al sentir la música, se creyeron descubiertos. Pareciéndoles ya inútil mantener el secreto, contestaron "con sus trompetas y bocinas, y mucho más con los alaridos tan pavorosos y estupendos, como suelen en semejantes encuentros" (12). Tal fue la señal para iniciar el encuentro, que duró desde el amanecer hasta las dos de la tarde. Quedaron en el campo 700 mapuches y dejaron otros tantos prisioneros. Don García ordenó apartar 30, que parecían caciques y los hizo ahorcar en los árboles vecinos. Los españoles no tuvieron muertos, sino muchos heridos y perdieron un crecido número de caballos (80 de noviembre de 1557).

Mendoza llegó al fuerte de Tucapel a comienzos de diciembre. Lo reconstruyó en tres días y lo reforzó con muros de piedra y dos torres en las cuales emplazó cuatro cañones. Allí pudo darse cuenta del giro que tomaba la guerra. Los naturales, al no poder afrontarla con probabilidades de éxito,

(11) Góngora Marmolejo, Alonso de. Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575, compuesta por el Capitán... y seguida de varios documentos. Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo II. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1862, págs. 72-73.

(12) Mariño de Lobera, Pedro. Obra citada.

quemaron sus casas y sus alimentos y se alejaron a las montañas con la sombría decisión de proseguir la lucha hasta vencer o sucumbir. Convencido de que los indígenas se acogerían a una tregua durante la estación de las frutillas, para celebrarla con descomunales borracheras con chicha, sólo pensó en la fundación de nuevas ciudades, con miras a poblar el territorio y prevenir futuros levantamientos; era la idea de Valdivia que renacía. Escogió una planicie vecina al río de Cayupil, un poco al sur del fuerte de Tucapel, para fundar la ciudad, a la cual intituló Cañete de la Frontera, en recuerdo del título nobiliario de su padre y de la plaza fuerte de este nombre, enclavada en sus dominios de España.

El problema de los alimentos era de graves contornos por entonces. Resolvió don García solicitarlos a las ciudades del sur y envió con este objeto, a La Imperial, unos 80 hombres con orden de adquirirlos y despachar un buque con trigo desde Valdivia. Encontraron todo lo que necesitaban: harina, bizcochos, queso, granos y unas 1.500 a 2.000 cabezas de porcinos, ovejunos y vacunos. Los mapuches, informados del hecho, se prepararon para tender una emboscada y eligieron una garganta del camino entre los cerros, que sólo permitía el paso de una columna de a dos. El Gobernador tuvo conocimiento oportuno de la intención del enemigo y se apresuró a enviar a Alonso de Reynoso con 80 jinetes escogidos al encuentro de la columna procedente de La Imperial. Fue una nueva victoria de las armas españolas, aun cuando "estuvo a punto de perderse la gente cristiana", según cuenta en "La Araucana" don Alonso de Ercilla (20 de enero de 1558). El valiente Reynoso, el héroe de la jornada, fue agraciado con el premio que más codiciaban los conquistadores: el repartimiento "que mejor le pareciesse", al decir del propio Capitán General.

En los momentos en que entraban a Cañete los vencedores de la quebrada de Purén, Mendoza se preparaba para dirigirse al sur. Dejó por gobernador del fuerte a su hermano don Felipe de Mendoza y por teniente a Alonso de Reynoso, con una guarnición de 150 hombres. Era la oportunidad que esperaban los mapuches. Días después cayó sobre Reynoso "la fuerza de toda la tierra", que le obligó a encerrarse en el fuerte. Los indios amigos informaron a don García del suceso y éste despachó desde La Imperial a don Miguel de Avendaño y Velasco con 25 jinetes de caballería. Gracias a ello los asaltantes pudieron ser derrotados y escarmentados (5 de febrero).

En la tarde del 21 de enero el Gobernador había tomado el camino de La Imperial. Diversos móviles lo empujaron a esa dirección: la errada creencia de que los mapuches habían sido pacificados, el deseo de poner orden en las ciudades de Imperial, Valdivia y Villarrica, entregadas a las arbitrariedades de las autoridades dejadas allí por Villagra; el descubrimiento de ricos lavaderos de oro "en un río que llamaron Madre de Dios, a siete leguas de Valdivia"; el propósito de reconocer el sur, repartir encomiendas a los capitanes y soldados venidos con él desde el Perú y, "por sobre todos estos motivos, la ambición de ligar su nombre a una empresa que eclipsara la gloria de sus predecesores" (13). Reunió los contingentes que pudo sacar de Concepción, de Tucapel y La Imperial, a las fuerzas que llevaba y tomó el rumbo del seno de Reloncaví. Marchaban todos aguijoneados por las mismas ilusiones que Villagra, su antecesor en la aventura. Llegaron a su objetivo el 26 de febrero, al cabo de varias semanas de fatigas y peligros indescriptibles. "Jamás la naturaleza —ha relatado Ercilla— amontonó tanto estorbo para impedir el paso del hombre". El eminente autor de "La Araucana" realizó, por su parte, una expedición en piragua a la isla de Puluqui con 10 de sus compañeros y grabó en un árbol de aquella, la estrofa que se inicia con el célebre verso "Aquí llegó, donde otro no ha llegado..." (28 de febrero) (14).

De regreso, el jefe de expedición encontró en Valparaíso carta de la corte, que le anunciaba la renuncia de Carlos V, el 16 de enero de 1556 y la proclamación de Felipe II por Rey de España y de Indias. Se realizaron las ceremonias de rigor, para festejar tan magno acontecimiento en todas las ciudades del Reino y la celebración en La Imperial a punto estuvo de costarles las cabezas a don Alonso de Ercilla y Zúñiga y a don Juan de Pineda. El señor Barros Arana advierte que no es posible fijar con precisión la fecha de los sucesos, "pero se puede asegurar —afirma— que tuvieron lugar en la segunda mitad de abril de 1558" (15).

(13) Citado por Francisco Antonio Encina. Obra citada. Tomo I, pág. 522.

(14) Ercilla y Zúñiga, Alonso de. *La Araucana*. Edición de José Toribio Medina. Santiago, 1910-1913. 4 volúmenes. Canto XXXVI.

(15) Barros Arana, Diego. *Historia general de Chile*. Tomo II. 2a. edición corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1931, págs. 190-191, nota 20.



García Hurtado de Mendoza
1535 — 1609

Por esta misma época comenzaron a exteriorizarse síntomas de rebelión en las comarcas vecinas a Tucapel. Desde Cañete, Alonso de Reynoso se vio obligado a pedir refuerzos al Gobernador Mendoza. Este dispuso que don Miguel de Avendaño y Velasco se dirigiera con 40 hombres desde Concepción hasta la salida de la quebrada de Purén y le esperara allí. Despachó, además, a don Luis de Toledo desde La Imperial con 50 jinetes y entre el 19 y 21 de septiembre llegó él mismo a Cañete con 190 hombres. Ordenó abandonar el fuerte de Tucapel y trasladarlo a Cañete, a fin de lograr la concentración de los medios. Se reunieron, así, cerca de 350 españoles y numerosos indios auxiliares.

Los mapuches levantaron también un fuerte en Quiapo, en el camino de Concepción a Cañete. El sitio estaba admirablemente escogido, pues —amén de su valor como fortaleza propiamente tal— interrumpía las comunicaciones entre Concepción y Cañete y dejaba a las fuerzas de los conquistadores a merced de la iniciativa del enemigo. En tal evento, don García se vio obligado a atacarlo y el triunfo nuevamente estuvo del lado de los españoles (mediados de noviembre de 1558). Se vio empañado, empero, por la inhumana actitud de Mendoza según consta en el proceso de residencia seguido en Valdivia, en 1562 y cuyo artículo 150 transcribe Barros Arana. Dice: "Item. Se le hace cargo al dicho don García que acabado de vencer a los indios de Arauco permitió y consintió que matasen, estando él presente, más de cien indios, y los ahorcaban los soldados, y les ponían en un hoyo la cabeza abajo y los pies arriba, y así los mataban, que fue gran inhumanidad matar a su presencia los indios vencidos" (16).

El Gobernador continuó rehabilitando fuertes y repoblando las ciudades que don Pedro de Valdivia había emplazado en lugares hábilmente escogidos. Además, desde Arauco despachó varias expediciones a fin de disolver las juntas de bárbaros y escarmentarlos y desde Concepción envió otra columna a someter la isla de Santa María, poblada por naturales poco belicosos. Entre estas expediciones, cuya única importancia histórica es atestiguar que la pacificación de Arauco fue sólo aparente, la más importante fue la encargada de repoblar los antiguos Confines, encomendada a don Miguel de Avendaño y Velasco (abril de 1559).

(16) Idem, Tomo II, pág. 201, nota 27.

El mandatario llevaba más de dos años de permanencia en las ciudades del sur, transcurridos casi en continuas campañas y la situación de Arauco se presentaba cada vez más intranquilizadora. "Don García se dio cuenta que estaba sobre un volcán y procuró a toda costa aplazar la rebelión general" (17), ora desentendiéndose de las hostilidades de los araucanos, ora amenazándolos con aparatosas concentraciones de fuerzas, sin llegar a la acción efectiva, que habría marcado el comienzo de la explosión que amenazaba conmover a la frontera. No había viajado jamás a la capital, por temor a que tal coyuntura fuera aprovechada para una sublevación general.

En mayo de 1559 recibió la noticia de su relevo de la gobernación y meses más tarde recibió, en Concepción, una carta de Felipe II, que le comunicaba que don Andrés, su padre, "nuestro visorrey de las provincias del Perú", sería relevado por don Diego de Acevedo y porque convenía que vos os vengais en compañía del dicho marqués, vuestro padre, habemos acordado de proveer en vuestro lugar por nuestro gobernador de esas provincias, a Francisco de Villagra".

Ya relevado del mando, le era necesario viajar a Santiago y conquistarse las voluntades de sus habitantes, que sus arrogancias les había enajenado. Dejó a Rodrigo de Quiroga a cargo de las ciudades del sur, en su calidad de Teniente de Gobernador; repartió entre sus amigos los caballos de su propiedad y algunas prendas de valor y reunió a todos sus oficiales a fin de despedirse de ellos, "en términos que revelan cuánto apresuró la desgracia la madurez de su carácter" (18). Don García llegó a Santiago en agosto o septiembre de 1560. Dos meses más tarde, en 20 de noviembre, despachó a Pedro del Castillo a fundar una ciudad al oriente de los Andes, en la Provincia de Cuyo, que —al igual que Tucumán y la totalidad de la Patagonia— pertenecía al Reino de Chile. Castillo no alcanzó a cumplir su cometido durante el gobierno de aquél; pero, aunque Villagra cambió más tarde la ubicación y el nombre del proyecto de ciudad, ésta pasó a la historia con el nombre de Mendoza.

(17) Encina, Francisco Antonio. Obra citada. Tomo I, pág. 551.

(18) *Idem*, Tomo I, pág. 554.

La labor administrativa de don García en Santiago se limitó a un corto número de medidas tendientes a mejorar las condiciones del culto y de los hospitales. Un suceso imprevisto le obligó a desobedecer las instrucciones del monarca en aquella parte relativa a esperar la llegada de Francisco de Villagra. A mediados de enero de 1561, recibió la noticia del fallecimiento de su padre, ocurrido en Lima hacia tres o cuatro meses. El Marqués de Cañete había concedido a su hijo una encomienda que le rentaba entre 18 y 20.000 castellanos dentro del Virreinato, con la esperanza de que su sucesor la respetara. Se trataba de la encomienda de Callapa, Hayo-Hayo, Chigicota y Machaca (en los distritos de Arequipa y de Cuzco). El nuevo Virrey —Conde de Nieva— anuló tales concesiones y a pesar de la representación hecha por Mendoza, éste debió regresar a España sin haber obtenido la confirmación de los repartimientos que le había concedido su padre. Pronto se inició en el Reino el juicio de residencia contra su administración y excusado es decir que llovieron las acusaciones, justas unas, calumniosas las más. Los cargos llegaron a 215. El acusado no se defendió y el juez le absolvió de 19 de ellos y le condenó en los 196 restantes; pero pronto las influencias de familia lograron neutralizar el fallo.

Mendoza abandonó el país en un estado de pobreza increíble. Como buen español de su época, carecía del sentido del valor del dinero. Había derrochado en una vida fastuosa, en socorrer a los amigos y en las exigencias de la campaña “más de ciento é cincuenta mil pesos de la hacienda del Marqués de Cañete, mi padre, que haya gloria, y mía, y debo más de los ochenta mil pesos dellos” (19). Amén de dirigir al Rey algunos memoriales, con el relato de sus servicios en Chile y la exposición de su situación pecuniaria, rindió también en Lima una información de servicios con fecha 7 de mayo de 1561. Más adelante, creyó preferible presentarse personalmente a la Corte. En 1562 ya estaba en Madrid. En la entrevista que le concediera Felipe II, logró convencerlo que la pacificación de Chile exigía sacrificios enormes, en razón de lo indómito de sus aborígenes; pero que, una vez pacificado, sería esta colonia una de las más productivas del Nuevo Mundo.

(19) Citado por Francisco Antonio Encina. Obra citada, Tomo I, pág. 561.

El Rey lo designó embajador en Italia; le confió mando en la campaña de Portugal y, por último, le nombró Virrey del Perú, el 30 de julio de 1588. Tuvo cuidado de recordarle, en la Real Cédula respectiva, "que gobernásteis loablemente (al Reino), acabando por entonces aquella guerra, mediante la victoria que nuestro Señor fue servido daros en siete batallas que tuvisteis con los indios, entre los cuales poblasteis nueve ciudades" (20). En esta época hizo recoger el manuscrito de la Crónica del Reino de Chile, de Pedro de Mariño de Lobera y encargó al jesuita Bartolomé de Escobar corrigiera la redacción. Con este pretexto, hizo rehacer a su agrado la parte correspondiente a su gobierno en Chile. "Los elogios prodigados a don García, la alabanza de casi todos sus actos, la defensa o la disculpa de sus faltas, al paso que dejan ver el espíritu de aquel alto personaje como inspirador del libro, pueden ofuscar a veces la verdad moral, pero no dañan a la verdad material a la historia". Poco después se componía en Lima el "Arauco Domado", a instigaciones del Virrey, que deseaba oponer a "La Araucana", un poema en que se cantarían sus glorias, a su juicio rebajados por Ercilla. Fue escrito por Pedro de Oña y en él "el poeta ha querido darle realce (a don García) sembrando sus cantos de las alabanzas más desmedidas y más altisonantes. En la paz y en la guerra, en la administración y en las batallas, don García es un dechado de todas las perfecciones" (21).

Don García fue Virrey del Perú poco más de seis años. Los achaques de una vejez prematura lo llevaron a pedir su relevo y no pudo obtener un cargo compatible con el estado de su salud, a causa de la muerte de Felipe II. Ya viejo, pobre y achacoso, fue encerrado en la cárcel a raíz de una tentativa de matrimonio entre su heredero y una hijastra suya.

Falleció en Madrid, el 15 de octubre de 1609.

(20) Citado por Diego Barros Arana. Obra citada. Tomo II, pág. 284.

(21) Barros Arana, Diego. Obra citada. Tomo II, págs. 304-305.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de Chile*. Tomo II. 2.ª edición corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1931.
- 2.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *Historia de Chile*. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo I, 4.ª edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1955.
- 3.—ERCILLA Y ZUÑIGA, ALONSO DE. *La Araucana*. Edición de José Toribio Medina. 4 volúmenes. Santiago, 1910-1913.
- 4.—GONGORA MARMOLEJO, ALONSO DE. *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575*, compuesta por el capitán y seguida de varios documentos. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo II. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1862.
- 5.—MARINÓ DE LOBERA, PEDRO. *Crónica del Reino de Chile*, escrita por el capitán don dirigida al excelentísimo señor don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Virrey y Capitán General de los Reinos del Perú y Chile, reducida a nuevo método y estilo por el padre Bartolomé Escobar de la Compañía de Jesús. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo VI. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861.
- 6.—MEDINA, JOSE TORIBIO. *Diccionario biográfico colonial de Chile*. Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1906.
- 7.—ROSALES, DIEGO DE. *Historia General del Reyno de Chile*, Flandes Indiano, por el RP. Diego de Rosales de la Compañía de Jesús, dos veces Vice-Provincial de la Vice Provincia de Chile, Calificador del Santo Oficio de la Inquisición y natural de Madrid, dedicada al Rey de España D. Carlos II N.S., publicada, anotada y precedida de la vida del autor y de una extensa noticia de sus obras por Benjamín Vicuña Mackenna. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877-1878. 3 Tomos.

8.—AGUSTIN DE JAUREGUI Y ALDECOA

Nació el 17 de mayo de 1711 en la villa de Lecaros. Fue hijo de Matías de Jáuregui y Juana María de Aldecoa. Después de haber sido caballerizo de campo del Rey Felipe V, fue promovido a una compañía de Dragones del Regimiento de Almansa, en cuya época (1736) fue recibido como Caballero de la Orden de Santiago, Ascendió a Teniente Coronel del mismo cuerpo y fue destinado a comandar el Regimiento Sagunto. Ascendió finalmente a los grados de Brigadier y de Mariscal. Se encontró en los presidios de Africa, en la defensa de Cartagena de Indias, en Honduras, isla de Puerto Rico, en La Habana y en la guerra de Portugal. "En su larga carrera militar había sobresalido más por su rectitud, cordura y laboriosidad, que por sus dotes de soldado" (1).

Nombrado Presidente de Chile en 25 de junio de 1772, embarcó el 16 de octubre para dirigirse a América. Llegó a Santiago, el 5 de marzo de 1773 y juró su cargo de Gobernador ante el Cabildo al día siguiente. "Como si el espíritu del Corregidor Zañartu se hubiese encarnado en él para re-
mozar sus energías, desatendiendo a los avisos alarmantes de Arauco, consagró sus mejores esfuerzos al arduo problema que venía preocupando a los gobernantes desde los días de Amat: la imposición de las normas civilizadas al mestizo, desmoralizado desde que dejó la carrera militar... recorriendo la legislación dictada por Jáuregui, se advierte que, a lo menos en el terreno legal, fue aún más lejos que Amat y que el propio don Luis Manuel de Zañartu" (2).

A pesar de las alarmantes noticias recibidas por la agitación reinante en Arauco, no pasó por su mente la idea de reforzar la línea del Bío-Bío y, menos aún, la de emprender una campaña preventiva. "Los indios eran buenos por natu-

(1) Encina, Francisco Antonio. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo IV, 1a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1945, pág. 600.

(2) Idem, Tomo IV, pág. 601.

raleza; la agitación provenía, sin duda, de los agravios que les inferían los españoles" (3). También era posible que contribuyera al malestar el hecho de no haberse celebrado aún un parlamento. Pero, ocupado como estaba en la capital por la represión de los vagos, ladrones y asesinos, se le hacía difícil ir al sur. Además, los parlamentos eran muy caros; cada vez crecía el número de los indios que concurrían a ellos por el interés de los regalos.

Todo esto lo indujo a disponer que cada butalmapu designara un embajador con residencia permanente en Santiago. Su misión sería exponer sus reclamos y servirían al Gobernador de órganos de influencia para mantener la paz.

Los pueblos mapuche y pehuenche aceptaron... y sus embajadores llegaron a Santiago el 4 de abril de 1774, resguardados por fuerzas españolas y se les instaló provisionalmente en el antiguo convento de San Pablo. El Gobernador les hizo vestir a la europea y alimentar con esplendidez por cuenta del Rey, inclusive a sus numerosas mujeres e hijos.

Entre tanto, los malones y los robos continuaban como si nada hubiese ocurrido. Jáuregui creyó llegado el caso de hacer efectiva la influencia todopoderosa que suponía a los embajadores sobre sus respectivos butalmapus y dispuso que su capellán escribiese, en su nombre, a los indios más próximos a la frontera, ponderándoles las ventajas de la vida civilizada y encareciéndoles el respeto de lo pactado. Pero los caciques de Arauco se mofaron del Gobernador, "admirándose con ironía de que en tan pocos meses hubieran aprendido a escribir los embajadores" (4). Los choques entre los diversos rehues y los robos en tierra española, en vez de disminuir, asumieron caracteres tan alarmantes que amenazaban concluir en un nuevo conflicto general, si no se intervenía oportunamente.

En vista de ello el Presidente Jáuregui se decidió a celebrar un parlamento, a fines de diciembre, en Tapihue, a dos leguas de Yumbel. A pesar de que el Rey compartía las esperanzas del Gobernador en el cambio de actitud de los mapu-

(3) Idem, Tomo IV, pág. 603.

(4) Citado por Francisco Antonio Encina, obra citada, Tomo IV, pág. 606 y por Diego Barros Arana. Historia General de Chile. Tomo VI. 2a. edición corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1932, pág. 375.

ches, le prohibió desde luego las reducciones en el Ejército que proyectaba. Jáuregui procedió, también, a llevar a la práctica una idea ardientemente anhelada por Amat y Junient, cual era la enseñanza de las primeras letras a los hijos de los mapuches. Carlos III, entusiasmado con el proyecto, ordenó extender la enseñanza no sólo a los hijos de caciques, "sino también para los comunes y ordinarios de las ínfimas clases" (5).

En 1774 tomó contacto con el Teniente Coronel Ambrosio O'Higgins, durante su viaje al sur. Desde ese momento empezó a deslizarse la influencia inconsciente del modesto subalterno sobre su encumbrado superior. El 20 de marzo de 1776 lo designó *Maestre de Campo interino*. La actividad de este último se bifurcó en el sentido de que imprimió un nuevo rumbo a la guerra de Arauco y en la poderosa influencia que sus sugerencias ejercieron sobre la reorganización del Ejército veterano y de las milicias. En cuanto a lo primero, cambió la errada dirección que se había impreso a las relaciones con los mapuches. Abandonó la pasividad, que envalentonaba y robustecía cada vez más a éstos, para volver a la política que Laso de la Vega y otros gobernantes habían ensayado con gran éxito: explotar las rivalidades internas de las tribus, para deshacerse de los adversarios más peligrosos y debilitar el poderío mapuche. Paralelamente a esta política divisionista, emprendió el refuerzo de las líneas de fuertes que resguardaban la frontera.

La segunda parte, dijimos, está en la influencia que ejerció sobre el Presidente para llevar adelante —mejorándola en mucho— la reorganización que Amat y Junient había iniciado en las milicias. Creó en Santiago dos regimientos de milicias regladas de caballería, el Príncipe y la Princesa; un regimiento de infantería, denominado el Rey y conservó el Batallón del comercio y el de Pardos (o Mulatos).

(5) Real Cédula Carlos III de 6 de febrero de 1774. Citado por Diego Barros Arana, obra citada, Tomo VI, pág. 379 y por Francisco Antonio Encina, obra citada. Tomo IV, pág. 608.

En cuanto al Ejército de línea, sus fuerzas quedaron organizadas en la forma que nos da a conocer Carvalho y Goyeneche;

- 1 batallón fijo de infantería, en Concepción.
- 1 regimiento de "Dragones de la Frontera", en Concepción y fuertes fronterizos.
- 1 compañía de "Dragones", en Valparaíso.
- 1 compañía de artillería en Valparaíso.
- 2 compañías de artillería en Concepción.
- 1 batallón fijo de infantería en Valdivia.

En Santiago quedó la compañía de "Dragones de la Reina" y una asamblea de caballería de 32 oficiales y sargentos, dedicados a la instrucción de las milicias. Se propuso también un nuevo plan de sueldos, que Carlos III sancionó por Real Cédula de 4 de enero de 1778.

En julio de 1780 recibió Jáuregui una Real Cédula que le nombraba Virrey del Perú. Se embarcó en Valdivia el 19 del mismo mes y año. D:sempeñó el Virreinato hasta el 3 de abril de 1784 "tan acertadamente como el de Chile, aún en medio de las turbulencias que hubo en ellos, ya por visita, y ya por mucho más, por el alzamiento de Tupac Amaru, cuya guerra pacificó, y después que laureado de bendiciones entregó el bastón a su sucesor, falleció en Lima" (6). Efectivamente, reemplazado después de tres años y ocho meses por el Teniente General Teodoro de Croix, falleció en Lima el 29 de abril del citado año de 1784, de un ataque de apoplejía y "tan pobre que no dejó con qué sepultarlo" (7).

(6) Carvalho Goyeneche, Vicente. Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo X.

(7) Encina, Francisco Antonio. Obra citada, Tomo IV, pág. 621.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomo VI, 2.ª edición, corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1932.
- 2.—CARVALLO GOYENECHE, VICENTE. Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo VIII, IX y X. Santiago, 1875-1876.
- 3.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo IV, 1.ª edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1945.
- 4.—MEDINA, JOSE TORIBIO. Diccionario biográfico colonial de Chile. Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1906.

9.—LAUTARO

A fines de 1553 estalló un levantamiento general de los indios de Arauco. En el minucioso relato que de estos sucesos nos ha dejado el padre Rosales cuenta cómo la conjuración, además de amplia, fue obstinada e irresistible y llevada a cabo con un sigilo verdaderamente asombroso. Uno de los focos más importantes de la rebelión era el asiento minero de Quilacoya, "donde trabajaban y sufrían hambre... los indios de todas las reducciones ocupadas por la España, en una y otra margen del río fronterizo". Otro de estos focos era Concepción, donde la numerosa servidumbre mapuche se transmitía de boca en boca la más reciente noticia o la consigna última y en cuyas calles —al decir del padre Rosales— circulaban libremente los emisarios y espías de las tribus que preparaban los detalles del alzamiento. Pedro de Valdivia no daba paso en su casa, en la época a que nos referimos, sin que los dirigentes de los complotados dejaran de recibir el informe correspondiente.

Los síntomas precursores se hicieron sentir en las proximidades del fuerte de Tucapel, en los primeros días de diciembre del año precitado. El Capitán Martín de Ariza, comandante del fuerte y hombre experimentado y valiente, se alarmó, sin embargo, a la vista de los caciques de los alrededores con la intención de informarse debidamente. Todo fue en vano y Ariza creyó de su deber dar cuenta de estos hechos a Pedro de Valdivia y solicitarle el envío de auxilios a la brevedad.

Los mapuches iniciaron el ataque al fuerte y, aunque fueron vencidos, lo dejaron cercado para impedir la salida de sus defensores. De acuerdo con los seis compañeros que le quedaban, el hábil Capitán decidió abandonarlo en el momento oportuno. Lo consiguieron gracias a la oscuridad de la noche y a la velocidad de sus caballos y alcanzaron, a la mañana siguiente, el fuerte de Purén. Los araucanos se apoderaron de la abandonada fortaleza de Tucapel, pusieron fuego a las empalizadas y enviaron emisarios en todas direcciones a anunciar sus triunfos.

Valdivia se encontraba en Concepción, ocupado en dar impulso al trabajo de los lavaderos de oro y a los aprestos para la expedición que pensaba enviar al Estrecho de Magallanes. En vez de despachar a alguno de sus capitanes a castigar a los insurrectos, se decidió a salir personalmente a campaña. No llevó consigo sino 15 jinetes de caballería. A su paso por el fuerte de Arauco sacó también algunos de los soldados de su guarnición y su columna llegó a contar con 50 jinetes bien montados y un número considerable de indios auxiliares. Los naturales rebeldes estaban al tanto de los movimientos del Gobernador, según adelantamos más arriba. De acuerdo con su costumbre, celebraron una junta para acordar el plan de combate. En medio de ella se levantó un mocetón de arrogante figura, de voz clara y fuerte, que solicitó autorización para hablar. Lo único que de él se sabe es que se trataba de un mapuche de unos 18 años de edad, hijo del cacique Curiñancu (Aguila Negra) y que había caído en manos de los españoles hacía algunos años. La mayoría de los cronistas, incluso D. Alonso de Ercilla, cuenta que el mocetón —que Valdivia llamó Alonso— fue criado en casa de éste desde su más tierna infancia. Si se considera que el ilustre conquistador cruzó por primera vez el Bío-Bío sólo cuatro años antes de su muerte, el error salta a la vista. “El puesto que le señalara su amo en su servicio doméstico, cual era el de paje de caballos o palafrenero, suponía, por otra parte, en el mancebo indígena aquel desarrollo de músculos y de inteligencia que no es propio de los primeros años de la infancia, sino de la pubertad, y por esto podría darse como cierto que Lautaro entró a servir en las caballerizas del conquistador de Chile cuando había cumplido dieciséis o diecisiete años por lo menos” (1).

Páginas más adelante, el mismo autor agrega: “Era indio por su infancia, su sangre y su memoria. Pero al mismo tiempo, era castellano por su aprendizaje, por sus nuevos hábitos, por sus ocupaciones diarias y el trato constante de los hombres a quienes servía. Y es esta extraña, pero interesante dualidad, la que vamos a ver desarrollarse en cada una de las peripecias de su existencia, en que el salvaje bravío y el conquistador

(1) Vicuña Mackenna, Benjamín. Lautaro y sus tres campañas contra Santiago. 1553-1557. Santiago, Imprenta de la Librería del Mercurio, 1876, pág. 5.

astuto y animoso funden su alma y su pensamiento en una sola acción para ocupar por entero con sus solos hechos el territorio y la fama de un reino durante cuatro años incompletos de una gloriosa mocedad" (2).

Las continuas derrotas de los suyos lo llevaron a meditar sobre la manera de librar a su tierra de la presencia de los conquistadores y acabó por convencerse de que él era el llamado a cumplir tal misión. En un momento dado, se fugó del campamento español y fue a ofrecer sus servicios a sus hermanos de raza. Les hizo ver que los españoles no eran invencibles y que no formaban un solo cuerpo con el caballo y que ambos, además, eran mortales y estaban expuestos a las enfermedades y a las fatigas. Que su número era tan reducido que el total de ellos debía participar en la lucha y no les era posible apartar una reserva para la decisión final. Que para vencerlos no convenía un ataque en masa y en desorden como era uso y costumbre hasta entonces, sino una serie de ataques sostenidos con vigoroso tesón y renovados incesantemente por agrupaciones frescas.

La asamblea acordó entregar la conducción de la nueva campaña al joven Lautaro. Este procedió, de inmediato, a elegir el terreno adecuado para el caso: fue la meseta en donde habíase levantado hasta hacía poco el fuerte Tucapel. Colocó los cuerpos más numerosos detrás de unos pajonales y bosques vecinos, a fin de que no fueran vistos por los españoles sino hasta el último momento.

El General Indalicio Téllez describe así el plan de ataque concebido por Lautaro: "Convencido de que en un choque con los españoles su ejército llevaría siempre la peor parte, se propuso hacer de la batalla no un encuentro formidable, sino tantos encuentros parciales como fueran necesarios para agotar las fuerzas de sus adversarios en un combatir incesante y siempre renovado... Para producir los choques sucesivos, dividió su ejército en seis fracciones, asignando a cada una un comandante y reservándose la mayor parte para constituir con ella la reserva y dar el golpe decisivo... Distribuyó sus unidades en el campo de manera que no se estorbaran en su acción y

(2) Idem, pág. 7.

cuidando a la vez que los ataques se produjeran cuesta abajo, para restar energía a los caballos de los españoles, obligándolos a cargar cuesta arriba" (3).

El 26 de diciembre se encontraba la columna de Valdivia a corta distancia del fuerte de Tucapel, sin tener la menor noticia del refuerzo que había pedido a La Imperial. Prosiguió su camino hasta las proximidades del citado fuerte, cuyos escombros aún humeaban, pero no se veía un solo hombre ni se oía el menor ruido. Cuando los conquistadores llegaron a la parte alta de la loma se vieron amenazados en su frente por un enjambre de guerreros araucanos que atronaban el aire con "grandísimo alarido y sonido de muchas trompetas" (4). Sin vacilar, el Gobernador dividió su tropa en tres fracciones y ordenó que la primera avanzara en el acto contra el enemigo. Cuando ésta hubo dispersado esa primera fracción indígena, un nuevo cuerpo de mocetones salió a la palestra: una segunda fracción de jinetes logró derrotarlos y obligarlos a huir en todas direcciones. Pero la fatiga natural, al cabo de algunas horas de lucha, el calor ardiente de ese día de verano y el deseo de resolver cuanto antes tan arduo problema, impacientaban a los castellanos.

Se presentaron, sucesivamente, una tercera, una cuarta y una quinta agrupaciones indígenas de refresco y el bizarro extremeño, "viendo que no podía hacer el efecto que deseaba, dejando por guarda de el bagaje diez hombres, rompió él mismo con veinte y seis buenos soldados que le quedaban, que cierto Valdivia era buen soldado y de buena determinación, con grande ánimo" (5). Nuevo y fatal fracaso. El plan de Lautaro fue cumplido en todas sus partes y la victoria fue completa. Perecieron todos los españoles e indios auxiliares y ni el mismo ilustre Capitán General logró escapar. Sus cabezas fueron co-

(3) Téllez, Indalicio. Historia Militar de Chile. 1520-1883. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931, Tomo I, pág. 50.

(4) Góngora Marmolejo, Alonso de. Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575 compuesta por el Capitán... y seguida de varios documentos. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional, Tomo II. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1862, pág. 37.

(5) Idem, pág. 37.



Lautaro
¿ 1535 ? — 1557

Témpera de Julio Berrios
Prop. del DRIE.

locadas en picas y paseadas en las tierras de Arauco, como trofeos de victoria, a fin de excitar a sus habitantes a la rebelión.

La noticia del desastre de Tucapel tuvo una dolorosa repercusión en las poblaciones españolas. Todos los ojos se volvieron hacia el Teniente de Gobernador Francisco de Villagra, capitán valiente y experimentado, que contaba con generales simpatías entre sus compatriotas. De paso por Valdivia emprendió inmediatamente el regreso a Concepción, al frente de 50 jinetes de caballería. Llegado allí, comenzó por enviar mensajes a las tribus vecinas, a través de los cuales ofrecía perdón por los sucesos ocurridos últimamente y proponía la paz. Sólo recibió respuestas altaneras y amenazas. Villagra comprendió que de un momento a otro podía ser atacado y que era preferible tomar la ofensiva en cuanto tuviera fuerzas suficientes para hacerlo. Reunió el máximo de gente y, dejando una parte de ella encargada de la defensa de Concepción, organizó una columna de 154 hombres "tan valientes como aguerridos" y 6 cañones de montaña. Emprendió la marcha hacia Arauco, el 24 de febrero de 1554 y después de dos días de marcha, llegó al valle de Chivilongo, al pie del cerro de Marigüeñu. Cuando la tropa se encontraba en la mitad de la cuesta fue atacada por agrupaciones enemigas que surgían de los matorrales a ambos lados del camino. La victoria fue nuevamente del toqui Lautaro y el plan de combate fue el mismo empleado en Tucapel, adaptado naturalmente a las características del nuevo terreno. Los bárbaros introdujeron, además, un nuevo y contundente elemento de combate: el lazo. Atado éste a unas picas de longitud pronunciada, "derribaron así muchos jinetes".

Pero esta vez el jefe español logró retirarse, aunque con sólo 66 soldados de los 154 que formaban la columna expedicionaria; la ciudad de Concepción fue abandonada por sus habitantes, que huyeron aterrados a refugiarse en Santiago. "El joven palafrenero de Pedro de Valdivia se conquistó desde ese día una preponderancia irresistible en la primera guerra de la emancipación araucana" (6).

Mas, como no diera señales de vida durante largo tiempo, Concepción pudo ser repoblada en noviembre de 1555. Veintiséis días más tarde sus habitantes veían acercarse las huestes

(6) Vicuña Mackenna, Benjamín. Obra citada, pág. 24.

vencedoras de aquél: era el 12 de diciembre de 1555. Como la ciudad estaba cercada por una muralla, el toqui hizo construir una sólida empalizada a dos leguas de aquélla y delante de una quebrada, a fin de contar con un refugio en caso de repliegue. De acuerdo con su costumbre, los españoles atacaron resueltamente al enemigo. Fue su tercera derrota y ella les costó 18 muertos y numerosos heridos. El resultado más trascendental fue el abandono de la ciudad y el nuevo éxodo de sus habitantes a la capital del Mapocho. El padre Rosales pone en boca del arrogante caudillo las siguientes palabras que éste, de pie sobre una colina próxima, gritaba a los cuatro vientos: "Inche Lautaro, apumbin ta pu huinca" y así decía otras alabanzas de sus hechos, que en nuestra lengua convertidas suenan: "Yo soy Lautaro, que acabé con los españoles; yo soy el que los derrotó en Tucapel y en la cuesta. Yo maté a Valdivia, y a Villagra puse en huida. Yo les maté sus soldados; yo abrasé la ciudad de Concepción". Y a cada alabanza de éstas daba un salto, blandía la lanza y escaramuceaba tirando lanzadas en seco hacia los españoles, siguiéndose los vítores de todos sus soldados" (7).

A fines de julio de 1556 comenzaron a llegar a Santiago alarmantes noticias sobre la actividad guerrera de los mapuches no sólo en las provincias del sur, sino en sus mismos alrededores. Porque "no se contentó el espíritu altivo de Lautaro con aver echado de la ciudad de la Concepción a los españoles, sino que intentó echarlos de todo el reyno y viendo que la ciudad de Santiago era como la madre para los españoles y la que por todas partes los repartía, fomentándolos y dándoles ayuda y que allí tenían su asiento los gobernadores y de allí salían a hazer la guerra a todas partes, trató con los suyos, los araucanos y los de Tucapel, sus intentos, que eran de ir a Santiago y

(7) Rosales, Diego de. Historia del Reyno de Chile, Flandes Indiano, por el R.P. Diego de Rosales de la Compañía de Jesús, dos veces V. Provincial de la V. Provincia de Chile, calificador del Santo Oficio de la Inquisición y natural de Madrid, dedicada al Rey de España D. Carlos II, N.S., publicada, anotada y precedida de la vida del autor y de una extensa noticia de sus obras por Benjamín Vicuña Mackenna. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877-1878. Tomo II, Libro IV, cap. III, pág. 19.

destruir la ciudad y echar de ella los españoles, como lo avía hecho echándolos de Purén, Tucapel, Arauco y Concepción" (8).

Francisco de Villagra comisionó al Capitán Diego de Cano para que, al frente de 14 jinetes, marchara a informarse sobre lo que hubiera de cierto en estos rumores y amenazas. Al llegar a Mataquito, supo el Capitán que Lautaro avanzaba hacia el norte y que ya había cruzado el Maule a la cabeza de un gran número de guerreros. Había partido de Arauco (el último de ellos) con escasas fuerzas, ya que se proponía aumentarlas sobre la base de reclutamiento forzoso durante la misma marcha. Como muchos de sus compatriotas se negaron a seguirlo, los sometió a castigo y malos tratos y se ganó con ello la enemistad que muy pronto habríale de ser fatal. Ercilla no exagera cuando al referirse a la dureza para conservar la cohesión y disciplina necesarias, nos cuenta:

*"Si alguno de sus puestos se movía,
Sin esperar descanso lo empalaba.
Y aquél que de cansado se dormía
En medio de dos picas lo colgaba ...
Quien hurtaba una espiga allí moría"* (9).

El Capitán Cano se dirigió a atacarlo en uno de los pucará que construyó en la región. Sorprendió a los indios, logró penetrar por un costado y puso en serios aprietos a los defensores. Pronto llegó Lautaro, restableció el orden y los españoles se vieron obligados a emprender la retirada. Quedaron en el campo un muerto y un prisionero que, "conforme a su implacable rigor, el indio hizo desollar... y empajado, como los simulacros que usaban los labriegos indígenas en sus chacaras para espantar las aves, lo colgó de un árbol" (10). Rosales, por su parte, comenta: "Volvió Diego de Cano a Santiago con las manos en la cabeza, llevando el alma viva y amortiguados los bríos" (11).

(8) Rosales, Diego de. Obra citada. Tomo II, Libro IV, cap. VIII, pág. 33.

(9) Ercilla y Zúñiga, Alonso de. La Araucana. Edición de José Toribio Medina. Santiago, 1910-1913. Canto XI. Está citado por Benjamín Vicuña Mackenna en su obra ya citada, pág. 53.

(10) Vicuña Mackenna, Benjamín. Obra citada, pág. 65.

(11) Rosales, Diego de. Obra citada. Tomo II, Libro IV, cap. VII, pág. 35.

Francisco de Villagra envió entonces a su primo Pedro, al frente de 50 jinetes. Este encontró a Lautaro en Peteroa, dos leguas al norte del punto donde había vencido a Cano: "Estaba el arrogante general Lautaro armado de un peto acerado y cubierto con una camiseta colorada, con un bonete de grana en la cabeza con muchas plumas, el cabello quitado solo con un copete, que se dejaba por insignia de General. Era araucano de nación, hombre de buen cuerpo, robusto de miembros, lleno de rostro, de pecho levantado, crecida espalda, voz grave, agradable aspecto y de gran resolución" (12). Había construido un pucará más reforzado y mejor defendido que el anterior, apoyado en una ciénaga y rodeado de hoyos y albarradas. Villagra, sin embargo, no vaciló un momento en atacarlo. La lucha fue reñidísima y los castellanos lograron poner al enemigo en retirada detrás de la primera línea de defensa. Lautaro se rehízo, contraatacó a su vez, arrolló a los asaltantes y los arrojó del pucará. No por esto renunció Villagra a proseguir la lucha. Si bien la lluvia que caía lo obligó a buscar refugio en un llano algo distante, volvió al ataque con nuevos bríos. Rechazado por primera vez, volvió a emprender la retirada, al cabo de seis horas de reñida y porfiada pelea. Contra lo que era de esperar, Lautaro —lejos de disponer la persecución— aprovechó la noche para abandonar el fuerte.

De acuerdo con la demanda de socorros que Villagra había hecho a las autoridades, después de sufrir su primer rechazo, fue enviado el Capitán Juan Godínez, natural de Ubeda, en el montañoso reino de Jaén. Recibido el refuerzo (32 soldados), Villagra juzgó prudente regresar a Santiago, porque tanto él como su gente necesitaban descanso y curación de las heridas recibidas. Tres días después Godínez supo que Lautaro se encontraba a unas 12 leguas de allí y que procedía a castigar severamente a aquellos naturales que se negaban a incorporarse a sus fuerzas. Estos últimos, en represalia, informaban al Capitán sobre las actividades del toqui mapuche y Godínez aprovechó la circunstancia de que los guerreros enemigos estaban repartidos en varios puntos para caer sobre un grupo de ellos y aniquilarlo. Como supiera poco después que Lautaro se encontraba no lejos de allí, se replegó a un lugar que le ofrecía

(12) Idem, pág. 36.

mayores ventajas y esta medida lo salvó de un desastre, pues una hora más tarde "llegaron más de mil lanzas, que a cogerle antes en la mala tierra no quedara hombre vivo" (13).

Lautaro repasó el Maule y se dirigió hacia el sur, con la intención de reorganizar sus fuerzas. Francisco de Villagra resolvió, entonces, marchar a tomar contacto con la ciudad de La Imperial y partió de Santiago en los primeros meses de 1557, a la cabeza de 60 soldados escogidos. Alcanzado su objetivo, emprendió pronto el regreso. En Reinogüelén recibió una noticia que lo llenó de la más viva inquietud: el toqui mapuche marchaba hacia Santiago, que suponía desgarnecido a causa de la expedición de Villagra a La Imperial. Llegó a las minas de Pocóa, mató a dos españoles que allí había, cogió prisioneros a muchos indios y se apoderó del oro acumulado. Prosiguió a Peteroa y se estableció en un pucará "y hizo allí su alojamiento, que fue el último de su vida, al abrigo de un cerro peinado, entre una azequia y un carrisal, donde consultó con sus capitanes el modo que habían de tener para comenzar desde allí a ir haciendo la guerra, hasta llegar a la ciudad de Santiago" (14).

Mientras tanto, en ésta se había tenido conocimiento también del avance del caudillo y justamente alarmado el Cabildo destacó —lo sabemos— al Capitán Juan Godínez, "digno de grande alabanza por su valor y buenas suertes", a la cabeza de 25 hombres. Al llegar al valle del Mataquito supo Villagra que su rival se encontraba en Peteroa, sólo a tres o cuatro leguas de distancia y que el denodado Juan Godínez no estaba muy lejos del lugar. Envió recado a este último se le reuniera a la brevedad, efectuado lo cual partió en demanda de Lautaro por senderos poco frecuentes y guiado por indios de la comarca... que se vengaban, así, de los atropellos que aquél les hizo sufrir.

Al amanecer casi del 1º de abril de 1557 llegó a las proximidades de la posición enemiga y penetró en ella sin ser sentido. Sin sospechar siquiera la cercanía del enemigo, el intrépido adalid descansaba confiadamente y por un descuido inexplicable no había dispuesto las medidas de seguridad para el caso. Cuenta Mariño de Lobera que momentos antes de producirse la sorpresa, el genial conductor mapuche había desper-

(13) Citado por Indalicio Téllez. Obra citada, Tomo I, pág. 79.

(14) Rosales, Diego de. Obra citada, Tomo II, Libro IV, cap. X, pág. 44.

tado "con la inquietud que le daba lo que había soñado y era que moría él y todos los suyos en manos de los cristianos". Despertó a Guacolda, "una india que tenía consigo para darle parte de su aflixión, por ser esta gente muy crédula, y supersticiosa en todo género de sueños y agüeros". Guacolda, a su vez, "despertó gimiendo y sobresaltada, porque estaba actualmente soñando que los españoles mataban a los indios de aquel fuerte y Lautaro entre ellos" (15). Pues bien, el campamento fue sorprendido y los defensores lucharon desesperadamente hasta caer todos mortalmente heridos. "Peleábase en todas partes con gran valentía y derramamiento de sangre, y Villagra, animando a los pocos soldados que tenía contra tan multitud, hería y mataba con gran valor, durante la batalla más de seis horas, y hasta que los capitanes de los indios, viendo que morían tantos, y a los demás descaezidos, huyeron con gran prisa apellidando los cristianos ¡victoria! ¡victoria! ¡viva España!" (16).

De los 800 mapuches que participaron en la sorpresa sólo 140 salvaron con vida.

"Tuvo todas las características del genio. Analfabeto y pisando apenas los umbrales de la vida, tomó el mando de un ejército que de tal no tenía sino el nombre y recogiendo una herencia de no interrumpidos desastres, lo llevó hasta su muerte, de victoria en victoria, sin conocer jamás el polvo de la derrota".

"No le tocó, como a otros generales, la suerte de actuar al frente de grandes y bien disciplinados ejércitos, sino de hordas que carecían de la más elemental preparación guerrera; no tuvo ejemplos que seguir; no contaba con el más mínimo бага-

(15) Mariño de Lobera, Pedro. *Crónica del Reino de Chile*, escrita por el Capitán Don... dirigido al Excelentísimo señor don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Virrey y Capitán General de los Reinos del Perú y Chile, reducido a nuevo método y estilo por el Padre Bartolomé Escobar de la Compañía de Jesús. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional, Tomo VI. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1881. Compendio. Santiago, Editorial Universitaria S.A., 1970. Colección Escritores coloniales de Chile N° 7, págs. 87-88.

(16) Téllez, Indalcio. Obra citada. Tomo I, págs. 86-87.

je de conocimientos; carecía de armas apropiadas para resistir al enemigo y, sin embargo, venció, venció siempre y murió invicto" (17).

Según Vicuña Mackenna, Lautaro fue un indio "genuinamente bárbaro, cruel, ebrio, falso y hasta traidor, es decir, indio araucano en toda la extensión de los defectos de su raza; pero al propio tiempo dotado de condiciones sorprendentes de ingenio, de sagacidad, de previsión, de elocuencia, de constancia de granito, de voluntad levantada hasta la cúspide de los Andes, de valor superior aún al de los famosos capitanes que al fin le mataron en una alborada de sorpresa, pero que él en campo raso siempre derrotó" (18).

Respecto de sus aptitudes de conductor militar, el mismo autor expresa: "Los araucanos habían debido, en efecto, la victoria de Tucapel a su número, a la sorpresa y al cansancio de los agobiados cristianos que pelearon por lo menos en la proporción de uno contra doscientos (53 contra 10 mil)".

"Pero en los combates venideros no se mostraron ya los confusos tropesles, a manera de rebaños bravíos, que era lo que en todas partes, en el Perú como en México, hacía fáciles y aún milagrosamente los triunfos de los conquistadores. Desde Marihueno hasta la estacada de Mataquito, en esa esforzada campaña de tres años, en que Lautaro se reproduce con la rapidez y osadía de un verdadero genio, todo aparece modificado en las legiones rebeladas. Los araucanos obedecen a una táctica de infantería admirablemente contra la formidable caballería de los españoles. Cada columna tiene un jefe. El campo se establece conforme a las reglas más usadas de precaución y vigilancia: hay centinelas, rondas, avanzadas. Los caciques celebran verdaderos consejos de guerra. Se disponen siembras en épocas adecuadas; se almacenan víveres en el otoño; en todo preside el espíritu previsor y experto que les guía. Los capitanes alzados saben ahora escoger el terreno a propósito para la batalla, cortan los caminos, ocultan sus emboscadas, abren fosos profundos "a manera de sepulturas" para evitar el choque de los caballos, y Lautaro les enseña en persona el modo de tomar los cañones, considerados hacía poco como rayos del cielo, matando a sus artilleros sobre piezas" (19).

(17) Vicuña Mackenna, Benjamín. Obra citada, pág. 6.

(18) Idem, págs. 15-16.

(19) Idem, pág. 18.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomo I, 1a. edic. Santiago, Rafael Jover, editor, 1884.
- 2.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo I, 4a. edic. Santiago, Editorial Nascimento, 1955.
- 3.—ERCILLA Y ZUÑIGA, ALONSO DE. La Araucana. Santiago, 1910-1913. 4 vols. Edición de José Toribio Medina.
- 4.—CONCORA MARMOLEJO, ALONSO DE. Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575, compuesta por el Capitán... y seguida de varios documentos. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional, Tomo II. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1862.
- 5.—MARIÑO DE LOBERA, PEDRO. Crónica del Reino de Chile, escrita por el Capitán Don..., dirigida al Excelentísimo señor don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Virrey y Capitán General de los Reinos del Perú y Chile, reducida a nuevo método y estilo por el Padre Bartolomé Escobar, de la Compañía de Jesús. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional, Tomo VI. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861. Compendio Santiago, Editorial Universitaria, S. A., 1970. Colección Escritores Coloniales de Chile, Nº 7.
- 6.—ROSALES, DIEGO DE. Historia del Reyno de Chile. Flandes Indiano, por el R. P. Diego de Rosales, de la Compañía de Jesús, dos veces V. Provincial de la V. Provincia de Chile, calificador del Santo Oficio de la Inquisición y natural de Madrid, dedicada al Rey de España D. Carlos II N. S., publicada, anotada y precedida de la vida del autor y de una extensa noticia de sus obras por Benjamín Vicuña Mackenna. Valparaíso, Imprenta de El Mercurio, 1877-1878, 3 tomos.
- 7.—TELLEZ, INDALICIO. Historia Militar de Chile. 1520-1883. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. Tres tomos.
- 8.—VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN. Lautaro y sus tres campañas contra Santiago. 1553-1557. Santiago, Imprenta de la Librería de El Mercurio, 1876.

10.—LIENTUR

Igual que en el caso de Pelantaru, nada conocemos de la infancia de este magnífico guerrero araucano que combatió con éxito a los españoles, luego del fracaso de la guerra defensiva ideada por el padre Luis de Valdivia y alentada por los Virreyes del Perú.

Como todos los Toquis araucanos, debió formarse entre los conas de su tribu y luego pasar a mandar algunos de los grupos que formaban una agrupación de combate, dándose a conocer por su bravura y su sagacidad para combatir al enemigo.

Este hombre hizo armas también en el campo español, combatiendo como amigo y de ellos aprendió, lo mismo que Lautaro, los movimientos realizados por los castellanos con sus fuerzas, de manera que pudo conducir su ejército en forma ordenada. En 1627, estaba en campaña contra las fuerzas españolas del Gobernador Luis Fernández de Córdoba. A fines de ese año obtuvo un resonante triunfo, sorprendiendo una división de 300 españoles y 400 indios auxiliares que había alcanzado hasta La Imperial, al mando del Sargento Mayor Juan Fernández Rebolledo. La muerte de 28 españoles y más de 100 auxiliares obligó a Fernández a batirse en retirada y la victoria fue el comienzo de un nuevo levantamiento general mapuche en contra del invasor. El ataque al fuerte de Nacimientito, a pesar de haberlo mantenido los españoles, fue un desastre por los efectos del incendio y saqueo, que entregó a las fuerzas de Lientur los cañones, las armas de reserva y el vestuario de los defensores.

El Toqui se disponía a atacar de nuevo a sus adversarios, cuando el cacique Tarpellanca informó a los castellanos de sus intenciones y éstos pudieron tomar las medidas convenientes para debelar sus intentos. El levantamiento que debía tener comienzo en Talcamávida y Catiray, fue ahogado a tiempo con la ejecución de numerosos caciques. Pero mientras el Mayor Juan Fernández de Rebolledo arremetía contra los mapuches de Catiray, el movedizo Lientur, aprovechando su excelente caballería, se escurría a lo largo de la cordillera por

el este y la repasaba a la altura de Chillán, asolando toda la comarca. Concurrió de inmediato contra él, Fernández de Rebolledo, pero aún cuando lo persiguió por el oriente de los Andes y el Gobernador Fernández de Córdoba le cerró los pasos cordilleranos en el oeste, no lograron atraparlo.

La alarma cundía en el sur. Lientur se movilizaba como una sombra recorriendo la región. Al amparo de la noche y por caminos sólo conocidos por ellos, los mapuches se presentaban en diversos puntos llenando de espanto a los españoles y de desesperación a las autoridades del Reino.

Así pasó el año 1628. Fernández de Córdoba recibió algunos refuerzos de Lima y con ellos pensó en abrir una nueva campaña que terminara con las andanzas del inteligente indígena.

La región de Chillán era ahora el terreno favorito de los mapuches para atacar a los españoles y Lientur, deslizándose por los contrafuertes cordilleranos, amenazó la ciudad. Era corregidor de ella don Gregorio Sánchez Osorio, hombre enérgico que reunió los soldados que contaba la plaza, emprendiendo de inmediato la ofensiva. Lientur fingió una rápida retirada de sus jinetes, logrando atraer a Sánchez Osorio a una vega donde podía maniobrar con sus caballos. En un momento determinado, el Toqui hizo media vuelta con sus hombres y se abalanzó sorpresivamente sobre los españoles, poniéndolos en fuga. Sánchez Osorio, su hijo y su yerno además de siete soldados quedaron tendidos en el campo, llenando de consternación a los habitantes de Chillán.

Conocido este desastre, el Sargento Mayor Juan Fernández Rebolledo, que se encontraba en Yumbel, salió con 150 hombres a cortar el paso del Laja a Lientur, pero el indio rehuyó el combate, haciendo frente a sus fuerzas con continuas retiradas y escaramuzas que entretuvieron, por espacio de un mes, a Fernández.

Lientur esperaba engrosar sus fuerzas con guerreros venidos de la zona de Purén y cuando sus efectivos alcanzaron alrededor de 1.000 hombres, fue a situarse en las márgenes del estero de Yumbel, en un lugar denominado "Las Cangrejeras", sitio a cuatro kilómetros al norte de la plaza de Yumbel.

Fernández de Rebolledo fue a colocar sus tropas frente a los araucanos en la mañana del 15 de mayo de 1629. El tiempo amenazante de los días anteriores se había convertido en un terrible temporal de viento y lluvia que anegaba los campos vecinos. Ese momento eligió el Toqui para atacar. Cono-

ciendo que el agua no permitía a sus adversarios encender las mechas de los arcabuces, salió de la posición que había tomado y emprendió una violenta ofensiva. Los mapuches tomaron una formación clásica de combate: la infantería en el centro y las alas cubiertas por su caballería. Los españoles que no esperaban el combate, apenas tuvieron tiempo para formar cuadro y repeler la agresión con sus armas blancas. Desde el primer momento los mapuches imprimieron una terrible violencia a la lucha y luego de hora y media peleando en el barro y la lluvia, la caballería española comenzó a ceder el campo, huyendo posteriormente y dejando su infantería sin protección. Españoles e indios auxiliares se defendieron con valor pero fueron deshechos por los indios que pronto se apoderaron del campo. Setenta y dos castellanos y numerosos auxiliares quedaron muertos, mientras treinta y seis cayeron prisioneros y fueron llevados por sus enemigos, entre ellos el famoso Capitán Francisco Núñez de Pineda y Bascuñán, que más tarde iba a contar su aventura en su obra "Cautiverio Feliz".

La derrota de Las Cangrejas repercutió hondamente en el centro del país. Un nuevo Gobernador llegó al Reino de Chile para hacerse cargo de su pacificación. Era un bravo oficial de las guerras de Flandes, formado en la huestes de Ambrosio Spinola, don Francisco Laso de la Vega, oriundo de Santander y de muy noble estirpe. El 21 de diciembre de 1629 desembarcó en Concepción con 500 soldados reclutados con grandes esfuerzos en el Perú. Encontró el Ejército de Chile en bastante malas condiciones de organización, vestuario, armamento y equipo y, lo más grave, desmoralizado con las derrotas que Lientur les había propinado.

El nuevo Gobernador había ideado una nueva campaña contra los araucanos que campeaban a sus anchas en las riberas del río y en diciembre de 1630 se trasladó a Concepción para buscar una decisión en la guerra, que permitiera terminar con los alzamientos mapuches. Sabía que el enemigo había logrado reunir alrededor de 7.000 hombres al mando de los Toquis Lientur, Butapichón y Quempuante. Intentando dar un golpe definitivo, reunió cerca de 800 españoles y 1.000 indios auxiliares y con ellos se puso en campaña.

Envanecido por sus triunfos, Butapichón insistió en enfrentar a los españoles en campo abierto, aprovechando la superioridad numérica y su decisión fue apoyada por Quempuante. En cambio Lientur hizo presente la necesidad de buscar nuevamente el factor sorpresa para enfrentar a los cas-

tellanos. Los dos Toquis no quisieron transigir, por lo cual Lientur abandonó, con sus dos mil soldados, el campo mapuche. El resultado fue la Batalla de La Albarrada, que terminó victoriosamente para Laso de la Vega y por la cual perdieron más del veinticinco por ciento de los efectivos mapuches.

La prudente advertencia de Lientur, hombre que había tenido muchos encuentros con los españoles, fue desoída y la arrogancia de los caciques, que ya tenían muy en menos el valer español, hizo que se perdiera gran parte de lo alcanzado en las campañas anteriores. Después de su separación de Butapichón y Quempuante, Lientur desapareció de la escena de la lucha, dejando tras de sí sus tropas. Este Toqui fue el mejor conductor que tuvo la caballería araucana en aquella época y su notable aprovechamiento del terreno, la rapidez de sus operaciones, el empleo de la sorpresa y formaciones tácticas en sus combates, lo acreditaron como un gran capitán, digno de figurar al lado de los otros dos que ya habían sido verdaderos conductores de las fuerzas de Arauco: Lautaro y Pelantaru.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de Chile*. Tomo IV, 1a. edic. Santiago, Rafael Jover, editor, 1885.
- 2.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *Historia de Chile*. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo III, 4a. edic. Santiago, Editorial Nascimento, 1956.
- 3.—NÚÑEZ DE PINEDA Y BASCUÑAN, FRANCISCO. *Cautiverio Feliz del Maestro de Campo General don... y razón individual de las guerras dilatadas del Reino de Chile*, compuesto por él mismo y dedicado al Rey N. S. Carlos II, que Dios guarde muchos años para gloria nuestra. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo III. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1863.
- 4.—ROSALES, DIEGO DE. *Historia del Reyno de Chile*. Flandes Indiano por el R. P. Diego Rosales de la Compañía de Jesús, dos veces V. Provincial de la V. Provincia de Chile, Calificador del Santo Oficio de la Inquisición y natural de Madrid, dedicado al Rey de España D. Carlos II N. S., publicada, anotada y precedida de la vida del autor y de una extensa noticia de sus obras por Benjamín Vicuña Mackenna. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877-1878. 3 Tomos.

11.—JOSE ANTONIO MANSO DE VELASCO

El 19 de mayo de 1689, nació en Torrecillas de Camero, un hijo de don Diego Sáenz Manso y de doña Ambrosia Sánchez Samaniego, al cual se puso por nombre José Antonio. Educado con esmero en la vida piadosa de la época y con austeras costumbres, pronto demostró inclinación a la carrera de las armas, cosa muy natural en la mayoría de los jóvenes que en ese tiempo creían servir mejor a su Rey y a su Patria en la milicia. Cuando recién cumplía los dieciséis años se enroló en el Ejército Real, en el que sirvió por espacio de treinta y un años, hasta alcanzar altos grados. Participó en numerosas expediciones militares, como el sitio de Alcántara, donde fue herido, Batalla de Gudiña, sitio de Estadilla y las acciones de Peñalosa, Almanara, Zaragoza y Villaviciosa en España. Más tarde pasó a Cerdeña y en Italia se encontró presente en las acciones de Gaeta, Castelmor y Palermo. Su última actuación en Italia fue en la campaña de Lombardía, regresando después a España con su nombre ilustrado por el valor que había demostrado en las diversas guerras en que había actuado.

Su buen juicio lo habían hecho ser apreciado por los hombres en cuyo servicio había estado y por ello se le designó Gobernador de Filipinas, cargo que no alcanzó a desempeñar, por cuanto el Rey, aconsejado por el Duque de Montemar, resolvió enviarlo a Chile como Capitán General y Presidente de la Real Audiencia.

El 3 de febrero de 1737, Manso de Velasco se embarcó en Cádiz con destino a Chile, vía Panamá y el 15 de noviembre juró el cargo ante el Cabildo de Santiago.

Para cumplir el principal encargo de la Corte, que era la pacificación definitiva del Reino de Chile, tan pronto como hubo asumido, pensó dirigirse a Concepción, a fin de imponerse de la situación de la frontera del Bío-Bío y afianzar la paz con los indígenas. Deseaba además alcanzar a Valdivia, la que había sido recientemente destruida por el terremoto, el 24 de diciembre de 1737, pero los asuntos administrativos se lo impidieron, de modo que sólo pudo realizar el viaje el 25 de agosto de 1738.

La situación del sur era inquietante por las continuas correrías de los araucanos que asolaban las haciendas de los españoles, arrebatándoles sus ganados y a menudo sus mujeres e hijos, con lo cual estos habitantes vivían en estado de continua alarma. Todo lo que se había hecho para inclinar a los nativos de deponer las armas había resultado inútil y la inseguridad era la tónica de vida del momento. Manso de Velasco comprendió que sería muy difícil manejar la situación si se pretendía extender las posesiones españolas al sur del Bío-Bío y que para esto era indispensable realizar una reforma del Ejército y reforzarlo con armas y pertrechos venidos de la Metrópoli. Contrariando su voluntad de soldado profesional, formado en las guerras de Europa, Manso de Velasco accedió a una reunión con los mapuches, escogiéndose los llanos de Tapihue, en las márgenes del río del mismo nombre.

Este parlamento se realizó el 5 de diciembre de 1738. En las primeras horas de la mañana, el Gobernador y Capitán General de Chile, acompañado por las tropas que formaban el Tercio de la Plaza de Yumbel, se presentó en el sitio elegido. Lo acompañaban, además, el Obispo de Concepción, Salvador Bermúdez Becerra, el Oidor de la Audiencia Martín Recabarren, el Provincial de la Compañía de Jesús, una gran cantidad de sacerdotes de diversas congregaciones y un brillante séquito militar. Los abigarrados colores de los hábitos religiosos y los uniformes militares presentaban un golpe de vista imponente, que se unió a los colores de los ponchos indígenas y a los plumeros de sus lanzas. Una gritería ensordecedora siguió a la llegada del Gobernador y el polvo que levantaban la caballería araucana, mientras los jinetes daban vueltas alrededor del entarimado, donde se habían congregado la primera autoridad del Reino, sus acompañantes y los 368 caciques asistentes, llenó el ambiente. Por espacio de cuatro días el Gobernador tuvo que sufrir pacientemente los interminables discursos de los jefes mapuches que exponían, además de sus puntos de vista, sus quejas y promesas, que pronto serían olvidadas.

El 10 de diciembre terminó el pomposo acto, ratificándose la paz entre españoles y araucanos. Entre otros importantes acuerdos, se logró el libre paso de misioneros al territorio mapuche para su misión evangelizadora. Se dio término a la ceremonia con la distribución de regalos a los asistentes.

Manso de Velasco se retiró del campo de Tapihue, anidando en su corazón un sentimiento de vergüenza, al consi-



José Antonio Manso de Velasco
1689 — 1765

Museo del Carmen de Maipú

derar que estos tratados de paz representaban un desprestigio para el ejército español. Así se lo hizo saber al monarca en carta que le dirigió el 28 de febrero de 1739, diciendo: "El extraño medio de capitular con estos indios, siendo vasallos de V.M., llenándolos de dádivas y agasajos, a cuyo fin tiene destinados V.M. 1.500 pesos en cada situado para atraerlos, me ha sido en sumo grado repugnante, porque comprando es indecoroso al honor de las armas de V.M.; y aunque en verdad lo parece a la vista, es un acto casi preciso, según nuestra constitución" (1).

Al término del Parlamento, hizo un recorrido por los fuertes de la Frontera y la impresión que recibió fue desalentadora. Sus medios de defensa eran deficientes y la moral de los soldados estaba bastante quebrantada. Luego expuso al Rey su pensamiento respecto a la reducción de los indígenas a vivir en pueblos donde se les pudiera evangelizar, diciendo: "El medio único que yo encuentro para reducirlos a vida sociable es el poderoso brazo de V.M., el estruendo del cañón y respeto del fusil que tanto temen, y que restableciéndose los fuertes en la situación donde se hallaban al tiempo de la sublevación del año 1723, o en otros sitios donde parecen más convenientes y seguros, se les fatigue con cuerpo de mil hombres existentes, bien disciplinados y pagados puntualmente con las demás providencias de municiones y pertrechos, que siéndoles respetables, les impondrá la ley, como creo se ejecutará con poca efusión de sangre" (2). Pero la Corte tenía otros problemas más urgentes que resolver que las penurias de los habitantes de Chile y su guerra de Arauco.

En 1713, España concedió a los comerciantes ingleses, el derecho de internar en sus posesiones americanas, la cantidad de 4.800 negros anualmente, por espacio de treinta años. Este comercio significaba la enorme cantidad de 144.000 infelices que los negreros transportaban a América para venderlos como mercadería, obteniendo pingües beneficios. Los abusos cometidos por los barcos ingleses que amparados por esta conce-

(1) Carta de Manso de Velasco al Rey, fechada en Concepción el 28 de febrero de 1739. Citada por Diego Barros Arana, *Historia General de Chile*. Tomo VI. 2a. edición corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1930, págs. 115-116.

(2) La misma carta citada anteriormente.

sión se dedicaron al más desenfrenado contrabando, hizo que España armara barcos para registrar las mercaderías de los buques negreros y como tal medida no fue del agrado de Inglaterra, ésta declaró la guerra en 1739.

Las colonias fueron puestas en alerta y Chile vio aparecer en sus costas una flota compuesta de seis barcos al mando del Vicealmirante Jorge Anson. La flota inglesa entró en el Pacífico y amenazó Chile y el Callao. Manso de Velasco, presionado por los acontecimientos, debió dejar de mano la guerra de Arauco y abocarse a este difícil caso de defender su gobernación.

Consecuente con su idea de reunir el mayor número de habitantes y de indígenas en ciudades que se pudieran administrar y manejar desde la sede central de Santiago, Manso de Velasco ideó un vasto plan de fundación de villas. Las grandes rebeliones mapuches con Pelantaru y Lientur habían arruinado las ciudades del sur del Bío-Bío, de manera que los núcleos urbanos se habían reducido a La Serena, Valparaíso, Santiago, Chillán, Concepción y Castro. Valdivia se reponía penosamente de su destrucción por el terremoto que la asolara en 1737.

Nada era más difícil que convencer a los habitantes de Chile de ir a vivir en los fuertes alrededor de cuyos muros comenzaban a levantarse las nuevas poblaciones. El temor a la presencia de los indígenas en cualquier momento era suficiente para que no se encontraran voluntarios para tales fundaciones. A pesar de los premios que se ofrecían y de las concesiones de tierras, la gente no se presentaba para ir a formar sus hogares en los sitios que el Gobernador elegía de antemano. Pero no tardaron los habitantes de convencerse de las ventajas que ofrecían las villas contra el bandolerismo y el cuatrismo que se enseñoreaban en los campos, de manera que lentamente se fueron agrupando. La primera ciudad fundada fue San Felipe del Real, el 4 de agosto de 1740; esta villa señoreaba los valles de Curimón, Santa Rosa, Aconcagua, Putaendo, Nuestra Señora de las Mercedes de Tutubén o Cauquenes, San Fernando de Tinguiririca, Melipilla, Santa Cruz de Triana o Rancagua, San José de Buenavista de Curicó y en el norte San Francisco de la Selva o Copiapó y muchas otras.

Tales medidas permitieron formarse una aproximada idea de la población de Chile, por aquellos lejanos años de 1750, apreciándose en unas 130.000 almas de origen español y mestizo. La población indígena sólo era estimativa y se apreciaba

en una cantidad un poco superior, distribuida en las serranías y valles de la región comprendida entre el Bío-Bío y el río Toltén.

El Gobernador había notado la gran escasez de agua que afectaba a la región de Santiago. Cuando las lluvias eran pocas, los agricultores se veían en grandes apuros para regar sus predios y la falta de verduras, el deterioro del ganado y ruinas de árboles hacían difícil la situación de los habitantes. Bajo el gobierno de don Gabriel de Cano y Aponte se habían hecho estudios para la construcción de un canal que, desde el río Maipo, trajese aguas a la capital. El Cabildo de Santiago hizo suya la idea de realizar la obra y contó con el decidido apoyo de Manso de Velasco. Se designó una comisión investigadora que informara sobre la factibilidad del proyecto. Esta comisión formada por el Capitán Francisco Navarro, un jesuita de apellido Petri y el General Juan Francisco de Barros, regidor de Santiago, presentó un nuevo proyecto basado en parte en los trabajos anteriores. El Cabildo resolvió entregar la obra a contrata en remate público; como no hubiera interesados, decidió que se efectuara el trabajo bajo la dirección del corregidor de la ciudad don Juan Francisco de Larrain. Los trabajos se iniciaron en 1743, con muchas dificultades, especialmente derivadas de la falta de un ingeniero que resolviera los problemas técnicos. Sin embargo, el entusiasmo no decayó por esta obra que debería terminarse muchos años después. Afortunadamente durante el gobierno de Manso de Velasco no se hizo necesario apresurar las faenas, debido a que los años que siguieron a 1743 fueron muy lluviosos y provocaron otro problema que debió resolver con urgencia. Las constantes lluvias hicieron crecer las aguas del Mapocho, de modo que la ciudad se inundó en cada invierno, precisándose contenerlas por medio de defensas y los fondos que tenían destinados a la continuación del canal se invirtieron en tajamares.

Numerosas otras obras salieron de la actividad de este notable Gobernador, así en Santiago como en otros lugares del país. Este celo lo hizo apreciar ante los ojos del Monarca de España, de modo que el 24 de diciembre de 1744, lo designó para ocupar el alto cargo de Virrey del Perú.

La misma actividad que desplegara en Chile, continuó ejerciéndola en su nuevo cargo, a pesar de las graves dificultades que tuvo que soportar a raíz del terrible terremoto que asoló Lima y sus alrededores, en un radio de más de doscientos kilómetros.

A fin de prevenir los ataques de los corsarios ingleses que con Anson se habían mostrado muy osados, hizo fortificar el Callao y mejoró las defensas costeras; reformó la Real Hacienda y el Ejército y mantuvo una vigilancia muy eficaz sobre la costa mediante barcos de guerra. Así llegó el año 1758 y sintiéndose viejo y cansado, solicitó al Rey su relevo del cargo. Por Real Cédula de 8 de febrero de 1748, había sido agraciado con el título de Marqués de Superunda y con el grado de Mariscal de los Reales Ejércitos, de manera que, llegado al pináculo de su carrera, creyó llegado el momento de retirarse a un merecido descanso.

Sin embargo, la vida le iba a jugar una muy mala pasada. De viaje a España, en 1762, se encontraba en La Habana, cuando fuerzas inglesas muy superiores a las españolas se presentaron a invadir la isla de Cuba. Una escuadra transportando doce mil hombres bloqueó La Habana. El Mariscal de Campo Juan de Prado Portocarrero, Gobernador de la isla, reunió una junta de guerra, cuya presidencia otorgó a don José Antonio Manso de Velasco, por ser el militar de más alta graduación que había allí en ese momento. Los ingleses asediaron la plaza con enorme superioridad numérica y ésta, luego de setenta y siete días de resistencia, tuvo que rendirse. Los ingleses trataron a Manso de Velasco con la mayor deferencia y lo trasladaron a Cádiz, pero tan pronto lo desembarcaron, los españoles lo sometieron a un Consejo de Guerra, acusándolo de negligencia y cobardía por haberse rendido a los ingleses. Sin querer aceptar ninguna de las razones que justificaban su conducta, el Rey Carlos III, olvidando todo lo que había hecho en su servicio, lo condenó a la pérdida de todos sus empleos, destierro por cien años a cuarenta leguas de la Corte y al pago de indemnización y daños. La ingratitud de un monarca, la vesanía de quienes lo juzgaron y la maldad de muchos, relegaron a Granada a este hombre de altos méritos en el servicio de la Corona. Allí, en una vida pobre y modesta, falleció en 1765, luego de recibir como pago a sus eminentes servicios a España, el castigo, la humillación y el desprecio de sus compatriotas.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomo VI. 2a. edición corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1930.
- 2.—CARVALLO GOYENECHE, VICENTE. *Descripción histórico-geográfica del Reino de Chile*. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional, Tomos VIII, IX y X. Santiago, 1875-1876.
- 3.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo IV., 1a. edición Santiago, Editorial Nascimento, 1945.
- 4.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Editora Zig-Zag S. A., 1964.

12.—AMBROSIO O'HIGGINS

Lo poco que se sabe de los primeros 30 años de su existencia es que nació en la villa de Ballenary, reino de Irlanda, hacia 1720; que era hijo de Carlos y de Margarita Higgins, naturales de la misma villa. Todo ello, de acuerdo con el memorial que el interesado presentó al Consejo de Indias en 1761. Su hoja de servicios, elaborada en 1784 y que figura en el Diccionario Biográfico de Medina, agrega que "nació en una heredad correspondiente a los estados de la Condesa de Bective, a una milla del castillo de Dungan en Irlanda, de la que era su padre arrendatario y pasó su niñez, primero conduciendo la leña para las cocinas de dicho castillo y después llevando y trayendo entre éste y la inmediata posta de Summerhill, la correspondencia de la condesa; a la edad de 10 a 12 años fue enviado a Cádiz al lado de un tío suyo, sacerdote jesuita, que le hizo dar una buena educación en el colegio de la Compañía de esta ciudad con el propósito de que entrase en ella; mas, como llegado el caso, no manifestase vocación para ello, logró que se le habilitase con una pacotilla, con la que vino a América a buscar fortuna" (1).

El joven Ambrosio residió en Cáliz desde 1751 a 1756. "Para explicarse esta residencia no estará de más recordar que por varias reales cédulas se concedió a los católicos irlandeses que vivían en España opción a los empleos civiles y militares, como si fueran españoles, y se ordenaba ampararlos y favorecerlos en sus tratos comerciales" (2). En 1757 se embarcó para América y parece que su viaje obedeció al deseo de reintegrar al seno de la familia a un hermano menor, llamado Guillermo, que había llegado a estas regiones en 1753 y estableciéndose en Asunción del Paraguay. En mayo del año

-
- (1) Medina, José Toribio. Diccionario biográfico colonial de Chile. Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1906.
 - (2) Encina, Francisco Antonio. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo IV, 1a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1945, pág. 655.

citado se encontraba en Buenos Aires, como uno de los fletadores del navío *San Martín*, en representación de la casa de D. Jacinto Buttler, de Cádiz. Se dirigió por tierra a Chile y se presentó a D. Juan Albano Pereyra, comerciante portugués con una carta de recomendación que le dio D. Domingo Basabilbaso, rico comerciante de Buenos Aires. Parece que abrió en Santiago una tienda para facilitar la liquidación de sus mercaderías y no es improbable que hiciera también algún viaje breve a Lima. En mayo de 1759 estaba ocupado en preparar su regreso a España. Llevó un poder de Albano para tomar a su nombre un préstamo de Cádiz, por la suma de \$ 12.000, a fin de remitirle mercaderías por igual valor, en los navíos de registro que vinieran a la mar del Sur.

En enero de 1761 presentó en Cádiz un memorial al Consejo de Indias, por el cual solicitaba se le despachara Real Cédula de naturalización por los Reinos de España y de Indias que le permitieran vivir, tratar y contratar, con caudales propios o de encomiendas de sujetos que gozaran de igual privilegio. Una real orden de 1762 (22 de enero) autorizó al ingeniero segundo D. Juan Garland para pagar, con cargo a las cajas reales de Santiago de Chile, \$ 500 anuales a un ingeniero delineador (Subteniente del Real Cuerpo de Ingenieros Militares) que le ayudará en los trabajos que se le habían encomendado en el país. Garland contrató a su compatriota D. Ambrosio O'Higgins.

Ambos llegaron a Montevideo el 3 de mayo a bordo de la fragata de guerra *Venus*. Traían cargamento de mercadería por cuenta propia y de algunos comerciantes de Buenos Aires. Garland se quedó en esa ciudad hasta fines del año y O'Higgins, que tenía prisa en llegar a Santiago, encomendó sus asuntos comerciales a su antiguo amigo D. Pedro Basabilbaso y tomó el camino de la pampa. El 20 de junio se encontraba en Mendoza, aguardando la mejor oportunidad para intentar la travesía de la cordillera. Las nevazones habían obligado a retroceder a los viajeros que intentaron cruzarla; pero el irlandés realizó la travesía a pie, en compañía de algunos chasquis. Los peligros que corrió le sugirieron la conveniencia de construir algunas casas de refugio, a fin de proteger la vida de los correos en los viajes que realizaban durante los inviernos.

El nombramiento de Garland, a fines de 1761, para servir a las órdenes de la Capitanía General de Chile, se debía a la necesidad de iniciar cuanto antes la fortificación de la plaza de Valdivia. La tirantez de relaciones entre Madrid y Lon-

dres y la ocupación de dicha plaza por los holandeses en el siglo anterior así lo aconsejaban. Apenas llegado el ingeniero a su destino, reconoció el puerto en compañía de su subalterno y levantó un mapa general de la región y otros locales correspondientes al proyecto de fortificación.

Entre las otras muchas comisiones que se confiaron a D. Ambrosio entre los años 1764 y 1766 merece ser recordado el informe sobre el lugar más adecuado donde trasladar la ciudad de Concepción, que la pusiera a resguardo de los estragos del mar y "de las injurias de los enemigos de la Corona" (3). Asimismo, el informe sobre la manera de permitir el tránsito cordillerano en el invierno, de acuerdo con el decreto expedido el 15 de mayo de 1765. La nota de O'Higgins fechada el 29 de mayo, se pronunciaba por la construcción de seis casas en diferentes parajes previamente elegidos. Encargado de su ejecución, alcanzó a terminar dos casas sólidas y una provisoria. A partir de entonces comenzó el comercio a palpar la utilidad de la obra, pues desde el invierno de 1766 se mantuvo expedita la comunicación con Buenos Aires.

Resentida su salud a consecuencia de sus múltiples trabajos, resolvió dirigirse a España a medicarse y a impetrar de la real dignidad algún destino adecuado a la magnitud de sus ambiciones (mediados de 1766). A pesar del apoyo que le dispensó su compatriota, el ministro D. Ricardo Wall, sus pretensiones no encontraron acogida en la Corte. No se dio por vencido y con una tenacidad notable para hacer valer sus méritos, logró se le pidiera un informe sobre el Reino de Chile, que apresuró a evacuar y que suscribió el 2 de septiembre de 1767, con el título de "Descripción del Reyno de Chile, sus productos, comercio y habitantes; reflexiones sobre su estado actual con algunas proposiciones relativas a la reducción de los indios infieles y adelantamiento de aquellos Dominios de

(3) Donoso, Ricardo. El Marqués de Osorno don Ambrosio O'Higgins. 1720-1801. Santiago, Publicaciones de la Universidad de Chile, 1914, pág. 72.

Su Magestad" (4). Poco antes de emprender su regreso, acometió un trabajo cartográfico que puede considerarse complementario de su Descripción del Reyno de Chile, que fechó en Madrid el 21 de febrero de 1768 y destinó especialmente a señalar la ubicación de las misiones y propiedades que la Compañía de Jesús tenía en el territorio del país. Sólo obtuvo como recompensa una nueva orden de regresar a éste "con su antigua asignación de \$ 500 al año, hasta que US. (el Presidente) le dé otro destino y proponga el sueldo que parezca debido" (5). Se mandó también pagarle el sueldo devengado durante su permanencia en España y a su paso por Buenos Aires debía desempeñar una comisión relacionada con el servicio de correos. En septiembre de 1768 se embarcó con rumbo a la citada ciudad y en abril de 1769 prosiguió hasta Santiago del Nuevo Extremo.

Ejercía el mando superior del Reino el Oidor D. Juan de Balmaceda, por fallecimiento del Sr. Guill y Gonzaga. Como O'Higgins encontrara su puesto de delineador ocupado por cierto Sr. Soto, se le nombró —con fecha 12 de mayo de ese año— comisario de guerra, "interín se le proporcionaba otro

-
- (4) Donoso, Ricardo. Obra citada, pág. 82. El señor Donoso agrega en la nota 6 de la página 89, que el original de este manuscrito se conserva en la Biblioteca Real de Copenhague y que existe una copia fotográfica en el Archivo Nacional de Chile. El original procede de la colección particular de Daniel Gotthilf Moldenhawer, bibliotecario y teólogo, que nació a mediados del siglo XVIII, en Königsberg y que murió, siendo director de dicha Biblioteca, en 1823. El señor Moldenhawer, dedicó su vida a adquirir documentos y manuscritos de diversos países, especialmente de la historia de España del siglo XVIII, los que regaló a la Biblioteca, en 1820. Según el señor Donoso, este informe de O'Higgins había permanecido desconocido e inédito hasta la publicación de ésta, su obra.
- (5) Orden de pago de don Ambrosio O'Higgins, fechada en San Lorenzo, 22 de noviembre de 1767 y firmada por el baillío fray don Julián de Arriagada. Su original se conserva en el Archivo Capitania General, vol. 694, pieza 2a, Archivo Nacional. Aparece citada en Ricardo Donoso, obra citada, págs. 86-87.

adecuado a su idoneidad" (6). Por decreto de 11 de diciembre se disponía que D. Ambrosio O'Higgins "pasará en diligencia a la frontera de este Reyno, donde continuará su mérito en el real servicio en calidad de Capitán de Dragones, bajo las órdenes del maestro de campo general del ejército de este Reyno..." (7).

En octubre de 1771, O'Higgins se trasladó a la plaza de Los Angeles, de donde fue destinado a cubrir el paso de Antuco y levantar en él un fortín que impidiese la salida de los pehuenches y resguardase toda aquella parte de la isla de La Laja. Realizó dos campañas contra los mapuches demostrándose en todas sus acciones con acierto y valentía. Buen cuidado tuvo el flamante Capitán de caballería de hacer llegar a conocimiento de los Ministros de la Corona las circunstancias de su bautismo de fuego en el real servicio. Efectivamente, con motivo del combate de Antuco, el 18 de enero de 1770, dirigió una carta al bailío Fray Julián de Arriaga —Ministro encargado del despacho universal de Indias— con la relación de sus servicios en el país. Encontró el apoyo del Capitán General Francisco Javier Morales, quien propuso se le otorgara el grado de Teniente Coronel, "por sus experiencias, juiciosa conducta y práctica en las máximas y genio del enemigo..." (8).

A fines de marzo de 1771 llegaba a Santiago, con la misión de proceder a la construcción de nuevas casas en la cordillera. Su impresión a raíz del reconocimiento respectivo fue lamentable, ya que se encontró las antiguas en el mayor abandono y con muchas de sus partes ausentes... pues habían sido robadas por los transeúntes. Como el invierno se aproximaba con notable rapidez, las reparó en forma provisoria y las dotó de puertas y escaleras y de las provisiones necesarias para los correos. Postergó para el verano próximo la construcción de las otras casas.

-
- (6) Donoso, Ricardo. Obra citada, pág. 92. Agrega el señor Donoso que el Oidor Balmaceda dio cuenta de este nombramiento en nota de 18 de mayo de 1769 y que se encuentra en los Manuscritos de Medina, vol. 192 y en el Archivo Capitanía General, vol. 694, pieza 2a.
 - (7) Citado por Ricardo Donoso, obra citada, pág. 94. El original se encuentra en Fondo Varicos, vol. 249, pieza 40.a.
 - (8) Citado por Ricardo Donoso, obra citada, págs. 95-96. El original se encuentra en Archivo Capitanía General vol. 777, carta N° 12 y en los Manuscritos de Medina, vol. 192.

Decidido a obtener la ayuda del Virrey para sus pretensiones de ascenso, no vaciló en dirigirse a Lima. Obtuvo del Capitán General D. Francisco Javier Morales licencia de seis meses para hacerlo y una calurosa recomendación para el Virrey Amat y éste quedó gratamente impresionado de la seguridad de sus informes y del conocimiento que demostraba tener del territorio de Chile. Con fecha 19 de abril le confirió el grado de Teniente Coronel de caballería de la tropa de la Frontera, con el sueldo correspondiente. Con fecha 18 de noviembre el Rey confirmaba esta resolución, al ordenar que se le reconociera como Capitán Comandante y Teniente Coronel graduado de caballería (9).

El advenimiento del Mariscal D. Agustín de Jáuregui y Aldecoa al gobierno de Chile (1773-1780) marca el comienzo de la influencia activa de O'Higgins en sus esferas. Se ganó por completo la voluntad de Jáuregui, con su notable comportamiento en las misiones que éste le confió y "aún cuando estaba reciente la calurosa recomendación de sus servicios que había hecho a la Corona, le reiteró por esos días (fines de 1774)" (10) y solicitó un nuevo ascenso, que "realzaría su nombre en el concepto de los naturales" (11). Con motivo del parlamento de Tapihue, en las vecindades de Yumbel, Jáuregui quedó muy satisfecho de la actitud de los caciques de Arauco y de la eficiencia de los servicios del capitán comandante. Pero éste no se encontraba del todo resignado a su oscuro destino y no se olvidaba de cultivar la amistad del gobernador de Buenos Aires D. Pedro de Cevallos, a quien le escribía elogiándolo y expresándole sus deseos de pasar a servir a sus órdenes. Además, a fines del año 1775, solicitó de la Corona el hábito de caballero de la Orden de Carlos III y el Presidente Jáuregui apoyó en encomiásticos términos su pretensión. El mismo lo nombró Maestre de Campo General y Gobernador interino de Concepción, durante la licencia concedida al titular D. Baltasar Semanat (20 de mayo de 1776). Continuaron las solicitudes de ascenso y las diligencias para que

(9) Real Cédula dada en San Lorenzo el Real a 18 de noviembre de 1773. Citada por Ricardo Donoso, obra citada, pág. 105. El original se encuentra en el Archivo Capitanía General, vol. 757.

(10) Donoso, Ricardo. Obra citada, pág. 107.

(11) Idem, pág. 107.

se le permitiera servir en la guerra contra los portugueses bajo las órdenes del ahora Virrey D. Pedro de Cevallos. El 7 de septiembre de 1777 se le ordenó continuar en su puesto y se le concedió el grado de coronel de caballería, "con el sueldo de vivo... para que de este modo continúe sirviendo en la comandancia del cuerpo de caballería de esas fronteras" (12).

En la primavera de ese mismo año, en viaje de regreso de Santiago a Concepción, se detuvo en Chillán. Alojó en casa del Capitán D. Simón Riquelme y conoció allí a su hija Isabel, de 18 años de edad. Se hicieron amigos y fruto de sus relaciones fue un niño que nació el 20 de agosto de 1778, que recibió el nombre de Bernardo y que desde el primer momento tomó el padre bajo su protección.

Su influencia en el Gobierno continuó durante la administración del anciano y achacoso Presidente D. Ambrosio de Benavides. Con fecha 30 de septiembre de 1783 el Ministro Gálvez oficiaba a dicho Presidente que, en atención a los méritos del Coronel D. Ambrosio O'Higgins, "se ha dignado el Rey concederle el grado de Brigadier del Ejército, cuyo despacho dirijo a U.S. para que pase a este oficial" (13). Al respecto, Donoso comenta que "hay una documentación abrumadora que testimonia al altísimo concepto que de O'Higgins se tenía en la Corte de Madrid, y las insistentes recomendaciones que se hacían al Presidente Benavides para que en los asuntos de mayor trascendencia procediera con su acuerdo. De la correspondencia del Capitán General con el maestro de campo... se desprende, no sólo el ardoroso celo con que O'Higgins atendía a los diversos servicios confiados a su mando, sino la confianza sin límites que tenía depositada en sus talentos el Presidente Benavides, hasta el punto que cuantas providencias dictaba en el orden militar las consultaba con el brigadier irlandés" (14).

El 14 de enero de 1786 se le designó Gobernador Intendente en propiedad de la provincia de Concepción. Desde comienzos del año siguiente no era un secreto para él ni para los

(12) Citado por Ricardo Donoso, obra citada, págs. 111-112. El original está en Archivo Capitanía General, vol. 728.

(13) Citado por Ricardo Donoso, obra citada, págs. 116-117. El original se encuentra en Archivo Capitanía General, vol. 732.

(14) Donoso, Ricardo. Obra citada, pág. 117.

empleados de la administración colonial el precario estado de salud de D. Ambrosio de Benavides, que no le permitía atender las funciones de su cargo como era menester. La posibilidad de que, de un momento a otro, quedase vacante la Capitanía General movió al citado Brigadier a dirigirse al Ministro de Indias, D. José de Gálvez, para manifestarle que "el actual Jefe (Benavides) ... puede informar a V.E. lo que tantas veces ha declarado aquí a favor de mi conducta... y aunque en su perjuicio no es regular que yo jamás deseo ascenso ninguno... no debo omitir hacer presente a V.E. mis cortos servicios, con su atenta promesa de su Magestad que serían atendidos oportunamente" (15). Reiteró al Ministro la súplica con fecha 27 de marzo, para el caso de que —como temía— ocurriera el fallecimiento del Presidente. Un mes más tarde, el 27 de abril, murió D. Ambrosio de Benavides y el Gobernador Intendente de Concepción se apresuró nuevamente a escribir al Marqués de Sonora y Ministro D. José de Gálvez, para informarle que "queda vacante el empleo de Presidente y Capitán General y si para este cargo tuviera V.E. a bien recomendar a S.M. mi corto mérito, le será eternamente agradecido" (16). Algún tiempo después supo que el Rey había resuelto confiarle la Capitanía General por Real Cédula de 21 de noviembre de 1787.

El nuevo Gobernador de Chile juró su cargo el 28 de mayo del año siguiente, en Santiago del Nuevo Extremo. Los primeros cinco meses de gobierno transcurrieron en medio de gran actividad —"que pudiéramos llamar de gabinete" (17) y que tomó cuatro orientaciones distintas, según el Sr. Encina. La primera la constituyó el acopio de datos e informes so-

(15) Carta de Ambrosio O'Higgins de Vallenar al Ministro de Indias, don José de Gálvez, Marqués de Sonora, su protector y amigo. Concepción de Chile, 22 de febrero de 1787. Citado por Ricardo Donoso, obra citada, pág. 131. El original se encuentra en los Manuscritos de Medina, vol. 200.

(16) Carta de Ambrosio O'Higgins de Vallenar al Ministro de Indias, don José de Gálvez, Marqués de Sonora, su protector y amigo. Concepción de Chile, 2 de mayo de 1787. Citado por Ricardo Donoso, obra citada, págs. 132-133. El original se encuentra en los Manuscritos de Medina, vol. 200.

(17) Encina, Francisco Antonio. Obra citada, Tomo IV, pág. 662.

bre recursos de las Intendencias de la capital, el cobro de los impuestos, el estado de la agricultura, la industria y el comercio y su capacidad tributaria, "bases ineludibles de la enérgica política de fomento que pensaba desarrollar" (18): Con idéntico fin empezó a reunir antecedentes sobre la construcción de los tajamares del Mapocho y las obras de ornato capitalino y a preparar los ánimos para el establecimiento de los nuevos impuestos necesarios para costearlos. La segunda decía relación con las normas administrativas que iba a implantar con mano férrea; empezó por imponerse de todos los asuntos pendientes y poner al día la administración. Asumió el gobierno con la resolución de exigir a los empleados y funcionarios actividad e iniciativa, honradez y competencia. La tercera fue el bando de buen gobierno que todo nuevo mandatario debía dictar al comienzo de su período. Lo publicó el 19 de agosto y se refería a normas de conducta dentro del seno de la comunidad. Y la cuarta orientación de la actividad del mandatario la constituyeron los preparativos de su viaje a las provincias del norte.

O'Higgins conocía perfectamente bien la zona comprendida entre el Itata y el Bío-Bío y tenía una idea bastante exacta de la región central hasta el Aconcagua. El extremo norte lo conocía sólo a través de referencias incompletas, de modo que tan pronto asumió el mando resolvió realizar una visita detenida hasta Copiapó, apenas se lo permitieran las circunstancias. A pesar de sus 68 años de edad, partió a caballo de Santiago el 21 de octubre de 1788, acompañado de D. Juan Martínez de Rozas, D. Judas Tadeo Reyes, el ingeniero D. Pedro Rico, algunos amanuenses y una escolta de 25 dragones. La vida se orientó hacia un doble objetivo: la adopción de medidas encaminadas a estimular el progreso local y al estudio de las condiciones ambientales del paisaje, para los efectos de la economía agrícola y comercial. En Copiapó estuvo un mes dedicado a despachar asuntos administrativos y el 29 de diciembre dio la vuelta al sur; regularizó el caserío de Paitanás y le dio el nombre de Vallenar; estuvo a mediados de enero de 1789 en La Serena y llegó a Valparaíso el 12 de abril y a Santiago, el 13 de mayo, "después de recorrer a caballo, durante seis meses y medio, el norte del país, formado por cerros

(18) Idem, Tomo IV, pág. 662.

y desiertos, de tarde en tarde interrumpidos por estrechos valles feraces, en los cuales faltaban, entonces, casi todos los recursos de la vida civilizada" (19).

El 2 de enero de 1794 era ascendido al grado de Teniente General y con fecha 16 de septiembre de 1795 el Rey Carlos III lo nombraba "Virrey, Gobernador y Capitán General del Reyno del Perú con la Presidencia de la Real Audiencia" (20).

Contrariamente a lo que ocurre a la mayoría de los mandatarios activos y enérgicos, de capacidad superior, que gobiernan pueblos de habla española, la personalidad de don Ambrosio O'Higgins, en vez de gastarse, no cesó de ascender, durante los ocho años de su gobierno. Diversos factores, combinados con sus dotes naturales, concurrieron a este resultado, que ni su honradez ni sus aptitudes ni su laboriosidad, habrían podido alcanzar. Su amplitud intelectual, su perfecto dominio de sí mismo y su seguro instinto político, le habían permitido realizar su vasta labor administrativa, con el mínimum de resistencias; y llevar a cabo el máximum de reformas que era posible intentar en Chile en ese entonces, sin lastimar intereses ni herir inútilmente preocupaciones. Nunca retrocedió ante un propósito viable ni transigió con abusos que podían corregirse; pero el tacto, el conocimiento de los hombres y el don de mando, le permitieron vencer las resistencias sin violentar a sus gobernadores ni enajenarse sus voluntades".

"Otro gran factor de su ascenso casi inverosímil, fue su experiencia de la vida, hábilmente aprovechada por un intelecto claro y buen juicio natural. A lo largo de su áspera y difícil repechada, había necesitado desarrollar al máximo su conocimiento de los hombres y el tacto y la prudencia en su trato. Nunca se rebajó hasta el adulo servil, ni prostituyó su conciencia y sus convicciones para alcanzar el favor de los poderosos, lo que le negaba su condición de extranjero, su pobreza y la falta de brillantes y dotes exteriores. Pero tampoco los desdeñó. Con gran tacto y medida, supo halagarlos, hacer

(19) Idem, Tomo IV, pág. 667.

(20) Nombramiento firmado por el Rey y fechado en San Ildefonso, 16 de septiembre de 1795. El original se encuentra en el Archivo de la Capitanía General, vol. 744 y en la obra citada de Ricardo Donoso, págs. 456-457, está el texto íntegro como documento anexo.

llegar hasta ellos su valer y ganarse su confianza y estimación. Cuidó siempre de acentuar su solidaridad con la causa de España" (21).

A pesar del prestigio que se había conquistado a través de largos años de ejemplar labor, todo inducía a suponer que su avanzada edad y su calidad de extranjero cerrarían a O'Higgins el camino hacia el Virreinato. No es pues extraña la impresión que él mismo experimentó al imponerse en Valdivia, a fines de enero de 1796, de tan magno e inesperado acontecimiento. A partir del 28 de marzo, fecha de llegada a Santiago, estuvo recibiendo homenajes de despedida, "que en prosa y en verso se redactaron en su honor, en conventos, iglesias y casas particulares" (22). Arreglados los asuntos administrativos en la capital, se dirigió a Valparaíso, a fin de embarcarse en la fragata *Nuestra Señora del Pilar*, que zarpó el día 24 de mayo. En el deseo de querer premiar sus servicios y prestigiarlo ante la aristocrática sociedad peruana, el soberano lo había agraciado con un título de Castilla y al llegar a Lima recibió el de Marqués de Osorno para él y sus herederos.

A pesar de su edad avanzada, D. Ambrosio demostró ahora las mismas aptitudes que lo habían distinguido en su administración del Reino de Chile. Pero pronto un lamentable suceso dio con él en tierra. Uno de los partidarios de D. Francisco de Miranda, el cubano Pedro José Caro, no trepidó en traicionarlo: el 31 de mayo puso en manos de las autoridades españolas una relación completa de los planes fraguados en Londres para provocar la insurrección de América, amén de numerosos documentos de importancia. En la lista de los afiliados aparecía el nombre de Bernardo Riquelme, "hijo bastardo del Marqués de Osorno, Virrey del Perú" (23). Apenas enterado el Gabinete de estas alarmantes noticias, acordó la remoción del Virrey por real decreto de 19 de junio de 1800 y pocos días después se comunicaban al Virrey de Buenos Aires y al Presidente de Chile los planes de Miranda y demás conspiradores para sublevar a la América Hispana con la ayuda del Gobierno Británico.

(21) Encina, Francisco Antonio. Obra citada, Tomo IV, pág. 702.

(22) Donoso, Ricardo. Obra citada, pág. 329.

(23) Encina, Francisco Antonio. Obra citada, Tomo IV, pág. 706.

Un mes después fue nombrado en su reemplazo el Marqués de Avilés, Virrey de las provincias del Río de la Plata, su émulo y declarado enemigo. En la cédula de su nombramiento se guardaron todas las formalidades diplomáticas de su introducción: "por cuanto en consideración a la quebrada salud que experimenta el Teniente General de mis reales ejércitos, Marqués de Osorno, a su avanzada edad, y hallarse ya en el quinto año de servir a los empleos de Virrey, Gobernador y Capitán General del Reyno del Perú, y Presidente de mi Real Audiencia de Lima..." (24).

El 30 de enero de 1801 —cuando aún desempeñaba su cargo, por no haberse recibido su sucesor— le sobrevino una hemorragia, que agravó su estado de salud. El 14 de marzo, al sentir próximo el fin de sus días, otorgó su testamento y legó a Bernardo Riquelme —sin reconocerle como hijo— su hacienda de Las Canteras, con 3.000 cabezas de ganado e instituyó por sus herederos universales a sus sobrinos Carlos y Tomás Higgins.

Falleció el 18 de marzo de 1801, a las 12,15 y se le sepultó con la pompa debida en la iglesia de San Pedro.

"Don Ambrosio O'Higgins es sin disputa la figura más relevante entre los presidentes de Chile en el curso del siglo XVIII. No poseyó las grandes aptitudes militares, el vivo sentido de la realidad, la rapidez de concepción y que eran de importancia capital en el gobierno de Chile, a fines del siglo XVIII. Sin poseer aptitudes geniales, se aunaba en él un raro conjunto de dotes relevantes: una inteligencia amplia y clara, una gran cordura, el don de mando, el conocimiento de los hombres, una rectitud acrisolada y, dominándolo todo, una notable sagacidad política" (25).

(24) Original en el Archivo de Indias de Sevilla. Indiferente General, 513. Nº 5. Está citado por Ricardo Donoso, obra citada, págs. 408-409.

(25) Encina, Francisco Antonio. Obra citada, Tomo IV, pág. 706.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—**BARROS ARANA, DIEGO.** Historia General de Chile. Tomo VI. 2a. edición corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1932.
- 2.—**DONOSO, RICARDO.** El Marqués de Osorno don Ambrosio O'Higgins 1720-1801. Santiago, Publicaciones de la Universidad de Chile, 1914.
- 3.—**ENCINA, FRANCISCO ANTONIO.** Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo IV, 1a. edic. Santiago, Editorial Nascimento, 1945.
- 4.—**MEDINA, JOSE TORIBIO.** Diccionario Biográfico Colonial de Chile. Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1906.

13.—MARTIN GARCIA OÑEZ DE LOYOLA

Las últimas campañas de Alonso de Sotomayor y sus insistentes pedidos de recursos y soldados fueron mal vistos por la Corte de España, que no comprendía nada de la guerra que se estaba librando en Chile contra el pueblo mapuche. Para los hombres de la Corona, resultaba incomprensible que un pueblo bárbaro, pudiera poner en jaque a las modernas armas hispanas y el Rey, ignorante de muchos de los detalles que era necesario conocer en esta lucha y molesto ante la insistencia, resolvió el cambio del Gobernador.

Así, en 1592, el nuevo nombramiento recayó en un joven noble de Guipúzcoa, llamado Martín García Oñez de Loyola, caballero de la Orden de Calatrava, quien, siendo un mozo de 19 años, había pasado al Perú en 1568 y desempeñaba un cargo en la guardia del Virrey Francisco de Toledo, su tío. Durante la rebelión de Tupac Amaru, desempeñó un brillante papel, mandando la guardia en la expedición del Maestre de Campo Martín Hurtado de Arbieta.

La victoria, celebrada con gran algazara en Lima por el Virrey que veía en su sobrino un brillante oficial al servicio del Rey, dio a Martín García fama de guerrero y formó la plataforma en que debía cimentarse su designación como Gobernador de Chile.

Oñez de Loyola se casó con una princesa incásica, rica heredera, hija del Inga Sayri Topa y de María Coya, llamada Beatriz Sapay Coya.

Gobernaba el Perú, en los días de la designación de Oñez de Loyola, el Marqués de Cañete, don García Hurtado de Mendoza, que había sido Gobernador de Chile y conocía muy bien el valor de los naturales y su destreza en la guerra.

Por ello expresó sus temores al Rey sobre el reemplazo de Sotomayor, diciéndole: "En verdad que tengo por muy cierto, que cuanto hemos hecho ha de volver muy atrás con esta provisión y despoblarse lo de Arauco, que andaba en buenos términos, y plegue a Dios que yo me engañe; pero la causa

de haberse perdido aquella tierra ha sido que, cuando un gobernador la va entendiendo, se envía otro en su lugar, que torne a deshacer cuanto él ha hecho" (1).

La decisión del Rey estaba firme y Hurtado de Mendoza no pudo variarla, dejando partir al nuevo Gobernador a mediados de agosto de 1592. Después de una navegación favorable, Martín García Oñez de Loyola, arribó a Valparaíso el 23 de septiembre y luego de trasladarse a Santiago, prestó juramento ante el Cabildo de la capital, el 6 de octubre de 1592.

El nuevo Gobernador quedó desolado al constatar el estado en que se encontraba su gobernación. La pobreza era general y los habitantes de Santiago y alrededores estaban afligidos por las continuas derramas a que eran obligados para alimentar las tropas que se empleaban en la guerra y para cubrir las necesidades de ella. Los campos carecían de manos por los cultivos y muchos estaban arruinados por las continuas incursiones que los indios comarcanos realizaban, llevándose el ganado y talando las siembras. Las obligaciones que la guerra imponía a los habitantes de la colonia eran muy pesadas y significaban el abandono, por determinado tiempo, de sus negocios, con lo cual veían, día a día, disminuir sus entradas. Por aquel entonces los españoles eran poco numerosos, no más de 1.500 y los mestizos, que comenzaban a formar la sociedad chilena, tampoco eran tantos como para resistir las continuas exigencias y obligaciones de las campañas. Oñez de Loyola se encontró con las mismas dificultades que su antecesor había representado al Virrey. La Caja Fiscal se encontraba en falencia y los vecinos no estaban en condiciones de aportar lo que se les solicitaba para mantener los más urgentes servicios del gobierno. Un pequeño empréstito que solicitó para remediar lo más urgente y que alcanzaba a la suma de doce mil pesos, no pudo ser cubierto, pese a la buena voluntad que los habitantes de Santiago pusieron para el objeto.

(1) Carta del Virrey del Perú, García Hurtado de Mendoza al secretario del Rey Felipe II. Documentos de Medina, tomo 230, No 5.933. Citado por Francisco Antonio Encina. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo II, 3a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1954, pág. 139.

Antes de un año, en febrero de 1593, se puso en marcha hacia el sur, para conocer personalmente el estado de la provincia de Concepción. Una Junta de Guerra convocada para opinar sobre las posibilidades de emprender una campaña contra los mapuches llegó a la conclusión de que eso era imposible y, más aún, las dificultades de defender la provincia en caso de un alzamiento general eran patentes. Se levantó un acta con la opinión de los militares que habían tomado parte en la Junta y el Maestre de Campo Alonso García Ramón partió a Lima a exponer la situación al Virrey. Tan alarmante pareció a Hurtado de Mendoza lo que se exponía, que creyó conveniente reclutar en Panamá y Tierra Firme un cuerpo de 300 hombres para venir a Chile, ya que en Perú era imposible encontrar quienes desearan servir en la Guerra de Arauco. Las Cajas Reales del Perú no estaban en mejores condiciones que en Chile y como no se encontraban hombres dispuestos a venir a la Guerra de Arauco, Hurtado de Mendoza limitó su aporte a “\$ 40.000 de socorro en dineros y en herrajes por cuenta de la dicha real hacienda” (2).

Pero toda la ayuda que podía darse a Chile quedó truncada ante la presencia de piratas ingleses en las costas del Pacífico. El 24 de abril el corsario Sir Ricardo Hawkins se presentó en Valparaíso, llevando la alarma al Reino y a su Gobernador. Imposibilitado el puerto para defenderse, hubo de ceder a las demandas de dinero del corsario. Prosiguiendo al norte, éste libró combate con la flota de don Beltrán de Castro y de la Cueva, en Atacames, donde debió rendirse ante la superioridad numérica española y cayó prisionero de sus adversarios.

La expedición de Hawkins hizo humo las esperanzas de Oñez de Loyola de ser socorrido por el Virrey y cansado de esperar una situación favorable, urgió a la Audiencia para que le proporcionara los medios para entrar en campaña contra los mapuches. Al no encontrar apoyo de este tribunal, resolvió proceder y envió al Sargento Mayor Juan de Olavarria, desde Concepción, para que reuniera hombres, armas y caballos; pero como tampoco obtuvo el favor del Cabildo, se puso en campaña con 180 hombres y algunos centenares de yanacunas que pudo reunir. Luego de obtener la dispersión de las tribus de Lumaco, hizo construir el fuerte de Santa Cruz de

(2) Citado por Francisco Antonio Encina, obra citada, Tomo II, pág. 141.

Oñez, en la confluencia de los ríos Laja y Río-Bío, para desde allí vigilar la conducta de los indígenas de las provincias de Catiray y Mareguano.

Satisfecho con los resultados de su expedición, trató de atraerse la voluntad de los naturales, entrando en tratos con ellos, obsequiándolos con víveres, vestuarios y algo que estos apreciaron mucho: herramientas de hierro. Este obsequio, como dijo un cronista, se convirtió en el arma que lo llevó a la derrota y a la tumba, pues el indio convirtió esas herramientas en moharras para su quilas, endurecidas a fuego, que le servían de lanzas para armar el brazo de sus jinetes.

El 1º de enero de 1595, luego de convertir el fuerte de Santa Cruz en ciudad del mismo nombre, dio por terminada su campaña, creyendo haber pacificado el territorio.

La viruela había hecho estragos en el pueblo mapuche, por cuya razón no pudieron entrar en escena por espacio de un año. Pero la tregua era bien apreciada por los consejeros militares del Gobernador, los cuales creían y con fundamento que una nueva sublevación indígena tendría lugar tan pronto como se encontraran repuestos. Atento a esta situación, el Gobernador creyó conveniente solicitar ayuda militar al Virrey del Perú. Oñez quería obtener refuerzos mientras esperaba una favorable acogida a la solicitud que, directamente, había hecho al Rey, enviando a su secretario Domingo de Eraso a representar el precario estado en que se encontraba el Reino por falta de socorro. Pero el momento no era para decisiones en España. Felipe II se encontraba en las postrimerías de su reinado, afectado por una grave enfermedad. La situación que pintó Eraso ante el Consejo de Indias causó impresión, pero el erario español estaba exhausto y, por tanto, no se contaba con medios para equipar una partida de soldados que viniera a esta lejana posesión.

En el Perú, el Virrey García Hurtado de Mendoza había solicitado al Rey su relevo, de manera que el enviado de Oñez de Loyola, Sargento Mayor Olavarría, encontró la mejor acogida del gobernante, pero su pedido de 300 hombres, los \$ 12.000 anuales y \$ 100.000 extraordinarios para equipar las tropas en Chile no se satisfizo y el año 1595 pasó sin que se tomara ninguna resolución.

En julio de 1596, fue nombrado el décimo Virrey del Perú, don Luis de Velasco, Marqués de Salinas, el cual con gran clarividencia se compenetró de la grave situación que vivía el Reino de Chile. Velasco ordenó a su sobrino, don Gabriel de Castilla, mozo de 19 años, realizar la leva, la cual se efectuó

al son de pífanos y tambores, ofreciéndose un alto sueldo a los que desearan engancharse para servir en Chile. El contrato era por un año y debía adelantárseles la suma de \$ 150. Pero era tanto el temor de los habitantes de Lima por la Guerra de Arauco que sólo se consiguió reclutar 300 hombres, que luego de un viaje de un mes, desembarcaron en Valparaíso en noviembre de 1596.

El 10 de enero de 1597, el Gobernador Martín García Oñez de Loyola revistaba en Quínel un contingente de 300 soldados peninsulares y un apreciable número de indios yanaconas. Como su Maestre de Campo Alonso García Ramón se encontraba en el Perú, dio el cargo a Gabriel de Castilla, en consideración a su parentesco con el Virrey.

De inmediato abrió la campaña contra los mapuches concentrados en Lumaco y Purén, persiguiéndolos en los difíciles terrenos que formaban las ciénagas y los bosques. Después hizo construir las palizadas del fuerte de San Salvador de Coya y, dotándolo con una cantidad de españoles e indígenas amigos, inició su regreso al norte. En la plaza de Arauco abrió negociaciones con los indígenas de la región y, confiado en la buena fe de sus adversarios, dio tiempo para que éstos se armaran y atacaran el fuerte de San Salvador. Había comenzado el invierno de 1596 con una crudeza inusitada. Lluvias torrenciales caían en la región y los malos caminos se encontraban intransitables por la cantidad de lodo acumulado. Los ríos se habían desbordado y hasta los más pequeños esteros eran torrentes que saltaban bramando sobre las piedras de sus lechos. Pero el llamado urgente de los hombres que habían quedado en el fuerte impulsó a Oñez a continuar hacia él para salvarlos de caer en manos de los mapuches. Estos lo atacaron constantemente, día y noche, haciendo la marcha una odisea espantosa y obligando a mantenerse con las armas en la mano y los caballos ensillados. Los indios desviaron el curso del río Lumaco y obligaron a abandonar el fuerte, buscando refugio en otro sitio para capear el diluvio que tenían encima. Así llegó la primavera y tan pronto como mejoró el tiempo, Oñez intentó una salida para abrirse paso al norte, pero los indios lo obligaron a refugiarse nuevamente luego de perder ocho hombres y numerosos auxiliares. La situación se tornó dramática para el Gobernador. El tiempo no mejoraba del todo y había que esperar. Finalmente los caminos comenzaron a secarse con los primeros soles y Oñez de Loyola logró salir, en una verdadera huida, hacia el fuerte de Angol.

Mientras esto ocurría en el sur, la situación era precaria en la región de Santiago. Las lluvias habían sido intensas y el Mapocho se había desbordado, inundándolo todo y arrasando casas, enseres y ganado, para dejar a los habitantes en una terrible situación.

Así llegó el año 1598 en diciembre; el Gobernador salió de Concepción a La Imperial, donde recibió una comunicación del corregidor de Angol, Hernando Vallejos, avisándole que los indios de Purén habían abierto las hostilidades, asesinando a dos soldados del fortín de Longotoro. Le prevenía además que en toda la región comprendida entre La Imperial y Angol, los caciques Anganamón y Pelantaru reunían considerables fuerzas para atacar en cualquier momento.

Contando con un nuevo refuerzo de soldados, venidos del Perú con Gabriel de Castilla, el Gobernador resolvió marchar desde La Imperial, el 21 de diciembre de 1598, hacia Angol. Llevaba consigo 60 castellanos y 300 indios amigos. Marchaba contra la opinión de todos los habitantes de Imperial, que le hacían presente la escasez de las fuerzas que le acompañaban y la necesidad de esperar la llegada de los refuerzos que estaban en camino desde Santiago. El Capitán Pedro de Ibacache le comunicó la advertencia de los caciques Pedro Igautaru y Diego Naucopillán que se preparaba una rebelión general bajo la dirección del Toqui Pelantaru, acompañado por los caciques Anganamón y Guaiquimilla.

El Gobernador tuvo la noche antes de partir macabros sueños que lo despertaron sobresaltado y lo mismo le había ocurrido al chantre Alonso de Aguilera. Oñez de Loyola "desechó" los temores continuando los preparativos. Esa misma tarde, alrededor de las tres, salió del fuerte y caminó hacia el poniente para examinar a los indios amigos que habrían de acompañarle. El cielo se mostraba despejado y el viento, tranquilo. Sin embargo, repentinamente, levantó el vuelo una bandada de aquellos pájaros que nunca salen con la luz del día. En seguida observó una gran nube negra que comenzó a girar como remolino y luego se dividió en dos. Una de sus partes tomó la apariencia de un escuadrón de indios armados y la otra, la de un galeón de gente española, navegando con todas sus velas desplegadas. De pronto los guerreros de la nube atacaron a los de la nave y el cielo se llenó de manchas

rojizas. Una “machi”, muy dada a las profecías, le pronosticó que tales señales anunciaban la muerte de muchos cristianos” (3).

Confiado en su buena estrella y sin tomar mayores precauciones, el Gobernador se puso en marcha hacia Angol, a media tarde del día 21 de diciembre de 1589.

El camino por recorrer era de poco más de 100 kilómetros y como toda la tropa iba montada, pudo adelantar cincuenta kilómetros, hasta las márgenes del río Lumaco, donde dispuso que se levantara el campamento para pasar la noche. El lugar elegido se llamaba Curalaba (Pedregal del sapo, contiguo a la Quebrada Honda). Por los alrededores no se divisaba indígena alguno y los bosques cercanos parecían desiertos.

La noche cerró oscura y tenebrosa. Hacia la lejana cordillera los macizos de sus volcanes se recortaban sobre un cielo azul, tachonado de estrellas. Nada hacía presagiar un descalabro. Pero el enemigo vigilaba sin ser observado. Dentro de los amigos que acompañaban a Oñez de Loyola iban dos indígenas, el espía Nabalburi y un ayudante, Millategua. Ambos pertenecían a las huestes del Toqui Pelantaru, quien seguía desde la distancia a los españoles. La caballería indígena se desplazaba sin ser observada y sin que los castellanos sospecharan que eran seguidos.

Luego de levantar las tiendas, se distribuyeron centinelas en los contornos del campamento, estableciéndose la primera ronda del “cuarto de prima” y los soldados españoles, sus sirvientes y los indios amigos se dieron al descanso. Entre las sombras se destacó, sin ser observada, la figura del indio Millategua, encargado por Nabalburi de guiar a Pelantaru hacia el campamento.

El Toqui avanzó seguido de 300 pureneses, aproximándose al campo español. A media noche se cambió el turno de centinelas y entró el “cuarto de modorra” y finalmente éste se retiró, dando paso al “cuarto de alba”. Nada turbaba la tranquilidad y los centinelas se descuidaron en su vigilancia. Era el momento esperado por Pelantaru. Con sus hombres divididos en tres pelotones, al mando de Anganamón, Gusiquirella

(3) Valenzuela Solís de Ovando, Carlos. El Toqui Pelantaru, guerrero de la Conquista. Premio concurso literario militar, 1977. Col. Biblioteca del Oficial, vol. LX. Santiago, EMGE, DRIE., Publicaciones Militares, 1979, pág. 25.

y el suyo propio, el Toqui cayó de improviso sobre sus dormidos enemigos al grito de: ¡Lape...! ¡Lape...! (¡Que muera...!, ¡Que muera...!). Despertados por sorpresa, los españoles, que descansaban confiadamente, no alcanzaron a vestirse y empuñando sus armas comenzaron a batirse con sus enemigos en medio de la oscuridad. Un solo soldado alcanzó a disparar su arcabuz, pero de inmediato fue derribado sin vida por una maza. Sin corazas y con sus ropas de dormir, los españoles resistían bravamente, pero pronto se vieron rodeados por todas partes y comenzaron a caer bajo las lanzas y las mazas de los mapuches. Oñez de Loyola, a cuyo lado logró llegar el Capitán Juan Quiroz, se batió bravamente hasta que ambos cayeron bajo las aceradas puntas de las lanzas. La batalla se había convertido en una matanza, de la que solamente salvaron dos hombres: el clérigo Bartolomé Pérez que fue llevado prisionero y canjeado años más tarde y el soldado Bernardo de Pereda, abandonado por muerto y que logró llegar "a gatas, desnudo y cubierto de vellos, seco, denegrido, sin carne, la piel pegada a los huesos, los ojos hundidos, la voz ronca, el rostro desfigurado, que no había quien lo conociese (4), hasta La Imperial. Los mapuches hicieron una matanza general entre los indios amigos que acompañaban a los españoles y tomaron un enorme botín, consistente en 450 caballos, 56 cotas, lanzas y sillas de montar, 16 arcabuces, dinero y vestuario, además de una apreciable cantidad de oro que conducía el Gobernador. Los cuerpos fueron decapitados y sus cabezas conducidas en triunfo al campo vencedor. En 1608, el Gobernador Alonso García Ramón recibió como muestra de lealtad por parte de los mapuches, la cabeza del Gobernador Martín García Oñez de Loyola, muerto en ese trágico amanecer del 22 de diciembre de 1598, en Curalaba.

"De esta muerte del Gobernador, que sucedió por diciembre el año de mil quinientos noventa y ocho, resultó la rebelión general, principio de las mayores pérdidas que españoles han tenido en Chile; pues rebelados todos los indios, asolaron las ciudades de Valdivia, La Imperial, la Villarrica, Osorno y la de los Infantes de Angol, haciendo en ellas aquellos fieros bárbaros tales crueldades, estrago y derramamiento de san-

(4) Citado por Francisco Antonio Encina, obra citada, Tomo II, pág. 154.

gre, cuales jamás se vieron en ninguna entrada o asalto de los más airados y ofendidos enemigos del mundo; pues no se reservaron estado, edad, religión ni cosa sacra" (5).

El desastre de Curalaba marcó el fin del período de conquista en Chile. Después de esta muerte, la rebelión afloró de inmediato desde el Maule a Osorno y el nombre de Pelantaru estremeció el campo español.

(5) González de Najera, Alonso. Desengaño y reparo de la Guerra del Reino de Chile. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1971. Col. Fuentes de la Historia de Chile, pág. 64.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—**BARROS ARANA, DIEGO.** Historia General de Chile. Tomo III, 2.a edición corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1931.
- 2.—**ENCINA, FRANCISCO ANTONIO.** Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo II, 3.a edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1954.
- 3.—**GONZALEZ DE NAJERA, ALONSO.** Desengaño y reparo de la Guerra del Reino de Chile. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1971. Col. Fuentes de la Historia de Chile.
- 4.—**GONZALEZ SALINAS, EDMUNDO.** Historia Militar de Chile. 2.a edición corregida y aumentada. Santiago, EMGE. DRIE., 1984. Col. Biblioteca del Oficial, vol. LXIX. 3 tomos.
- 5.—**MARINO DE LOBERA, PEDRO.** Crónica del Reino de Chile, escrita por el Capitán don Mariño de Lobera, Pedro, dirigida al Excelentísimo señor don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Virrey y Capitán General de los Reinos del Perú y Chile, reducida a nuevo método y estilo por el Padre Bartolomé Escobar de la Compañía de Jesús. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional, Tomo VI. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861.
- 6.—**TELLEZ, INDALICIO.** Historia Militar de Chile. 1520-1883. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 tomos.
- 7.—**VALENZUELA SOLIS DE OVANDO, CARLOS.** El Toqui Pelantaru, guerrero de la Conquista. Premio Concurso literario militar, 1977. Col. Biblioteca del Oficial, vol. LX. Santiago, EMGE. DRIE. Publicaciones Militares, 1979.



14.—PELANTARU

Nada conocemos sobre la infancia y juventud de este célebre guerrero araucano que combatió al Gobernador Martín García Oñez de Loyola logrando vencerlo y darle muerte en Curalaba. Como todos los jóvenes mapuches, debió ser educado dentro de las costumbres de su pueblo y nutrirse de las hazañas de sus antepasados, entre los cuales se encontraba Lautaro. Pelantaru continuó esta guerra, poniendo en duros aprietos a las huestes españolas en Chile.

“El Toqui Pelantaru era de mediana estatura, alto de pecho y ancho de hombros. La inteligencia de su mirada y la arrogancia de sus gestos acusaban en él al hombre de mando, cualidades que debía ocultar, si quería hacerse pasar por uno de los muchos indios que populaban servilmente” (1) por la ciudad de Santa Cruz, en los momentos en que trataba de averiguar, con otros compañeros suyos, el estado de las defensas y la cantidad de hombres que le ocupaban.

Pelantaru fue el caudillo de la gran rebelión de 1598, que se gestó en los territorios de Purén y que puso fin al Período de Conquista, con el desastre de Curalaba y la muerte del Gobernador Oñez de Loyola. Los primeros síntomas que se percibieron de esta rebelión fueron los mismos que se siguieron casi durante doscientos años en el territorio de Arauco. Robos de armas y caballos inquietaron a los castellanos de la región aledaña a Angol y pusieron sobre aviso al corregidor de la ciudad, Capitán Vallejos. No había dudas, como lo aseguraban los caciques amigos Igautaru y Naucopillán, de que la flecha ensangrentada había sido corrida por los butalmapus y las diversas tribus se preparaban para concurrir al llamado hecho por el nuevo Toqui Pelantaru.

(1) Valenzuela Solís de Ovando, Carlos. *El Toqui Pelantaru, guerrero de la Conquista*. Premio concurso literario militar, 1977. Col. Biblioteca del Oficial, vol. LX. Santiago, EMCE., DRIE. Publicaciones Militares, 1979, pág. 37.

Conocedor de la confianza que el Gobernador Martín García Oñez de Loyola mantenía en la buena fe que le habían manifestado algunas tribus, Pelantaru maduró el plan con el cual pensaba arruinar todos los establecimientos castellanos enclavados en el territorio mapuche. El Gobernador se encontraba en ese entonces en La Imperial y había que buscar la manera de hacerlo salir a campo abierto para batirlo con éxito. Los asesinatos de soldados españoles que se alejaban de los fuertes en busca de alimentos se sucedieron con frecuencia, especialmente en la zona del fuerte de Longotoro y pronto todos los caminos de comunicación con el norte se hicieron inseguros. Los correos entre las diversas plazas se suspendieron y los mapuches estrecharon las hostilidades para provocar la ira de Oñez de Loyola.

A fines de diciembre el Gobernador decidió trasladarse a Angol, para debelar las acciones guerreras de los indios de Purén, que eran los que se demostraban más agresivos.

Oñez de Loyola, desatendiendo los consejos de los antiguos vecinos de La Imperial, hombres que habían estado siempre en contacto con los mapuches, confió a su buena suerte su marcha hacia el norte. Pelantaru, tan pronto como supo la decisión del Gobernador, alistó sus huestes para batirlo antes de que alcanzara Angol. Contaba entre sus fuerzas una regular cantidad de jinetes, montados en buenos caballos, que llevaban en las áncas a otro de infantería, de manera que podía presentar en el campo una formación mixta trasladada desde atrás en breve tiempo. El inteligente Toqui dejó salir a Oñez de La Imperial en la tarde del 21 de diciembre de 1598, sin interrumpirlo y sin presentar en las cercanías trazas de sus fuerzas. La soledad del terreno y la tranquilidad de los bosques, en cuyas altas ramas parloteaban bandadas de choroyes, demostró que ningún peligro amenazaba a las huestes españolas; sin embargo, como sombras se deslizaban junto a ellas, guardando una prudente distancia, los espías de Pelantaru, protegiéndose entre el tupido follaje de los árboles.

Con el mayor sigilo, Pelantaru, llevando consigo las tropas de Anganamón y Guaiquimilla, siguió a su presa. Los exploradores adelantados comunicaron los diversos puntos alcanzados y al acercarse la noche, el Gobernador llegó con su gente a las orillas del río Lumaco, eligiendo un lugar denominado Curalaba, para el descanso. Curalaba se encontraba rodeado por extensos bosques que cubrían el llano y que se extendían hacia las alturas de la cordillera de Nahuelbuta. La tarde era calurosa y los 50 kilómetros de camino habían fati-



Ambrosio O'Higgins
¿ 1720 ? — 1801

gado a hombres y animales. La tranquilidad reinaba por todas partes y nada hacía suponer que los mapuches pudieran estar cerca.

El campamento enemigo se organizó con el descuido propio de quien nada teme. Los indios pudieron ver desde sus escondrijos en el bosque cómo se establecieron los centinelas para el primer cuarto de guardia, correspondiente al de "prima" y como el resto se tendió plácidamente bajo carpas, quitándoles a los caballos las sillas para dejarlos pacer.

El segundo cuarto de guardia, el de "modorra", se realizó sin novedad y las rondas que se adelantaron no observaron nada anormal. Así llegó el último cuarto, de "alba" y cuando los españoles dormían plácidamente, los mapuches cayeron sobre ellos al grito de: ¡Lape...!, ¡Lape...! (muera, muera) haciendo, en un momento, una terrible mortandad. El Gobernador, sorprendido en su tienda de campaña, sólo pudo coger su espada y rodela, para defenderse bravamente, pero pronto una lanza terminó con su vida.

La batalla terminó en un exterminio total del adversario; las fuerzas de Pelantaru pudieron coger, como botín, 450 caballos, 56 cotas y armaduras, más de medio centenar de sillas de montar, 16 arcabuces, 40 lanzas y toda la vajilla de plata del Gobernador, además de los caudales que portaba. El Toqui había logrado, como Lautaro, 45 años antes, aniquilar a sus adversarios, terminando además con la vida del Gobernador de Chile. La cabeza de Oñez de Loyola, clavada en una pica, era el máspreciado trofeo cogido en Curalaba.

El nombre de Pelantaru fue pronunciado con terror por todos los habitantes de la zona de ultra Bío-Bío y el Reino se estremeció cuando conoció tamaño desastre. Sólo un español había logrado escapar, al ser dejado por muerto sobre el campo, el soldado Bernardo de Pereda, el cual luego de vagar por espacio de dos meses por los bosques, alimentándose de raíces y frutos silvestres, logró llegar a La Imperial "a gatas, desnudo y cubierto de vellos, seco, denegrido, sin carne, la piel pegada a los huesos, los ojos hundidos, la voz ronca, el rostro desfigurado, que no había quien lo conociese" (2), para contar la terrible tragedia en que habían perecido Oñez de Loyola y sus hombres.

(2) Citado por Francisco Antonio Encina. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo II, 3a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1954, pág. 154.

Como consecuencia de su victoria, los mapuches tomaron tal ufania, que todas las tribus se aliaron para combatir a los españoles y Pelantaru se encontró frente a un ejército de varios miles de hombres, dispuestos a caer sobre las ciudades del sur de Chile. Colocado en una situación central respecto a los fuertes castellanos y con superioridad numérica suficiente como para hacerse sentir en cualquier punto, el Toqui comenzó un sistemático ataque a sus adversarios en dos puntos simultáneamente: el fuerte de Longotoro, que lograron destruir, y Arauco, cuyo comandante, el Capitán Miguel de Silva, tomó las medidas necesarias para defenderse del asedio a que se le sometió. Ninguna hacienda española quedó sin que sufriera la cólera mapuche; las habitaciones fueron saqueadas y quemadas y los ganados arreados hacia las tolderías indígenas. El pánico que Pelantaru producía le iba rindiendo buenos dividendos: las guarniciones españolas abandonaban los fuertes para reunirse en los más seguros.

El 7 de febrero de 1599, Pelantaru batió a Francisco Jofré, que le atacó con 50 españoles y 300 indios auxiliares; cuatro días más tarde destrozó al Capitán Urbaneja, en Angol. Mientras esto sucedía en las inmediaciones de Angol, el cacique Nabalburi tomó por sorpresa el fuerte de Mulchén, arreando todo el ganado de los vecinos que lograron salvarse.

El terrible nombre de Pelantaru llenó de pavor a los españoles. Se repetía aquello de Lautaro después de Marigüño. El Virrey había nombrado Gobernador de Chile al Corregidor de Lima don Francisco de Quiñones y había puesto a sus órdenes 300 hombres bien pertrechados para venir a este Reino. Quiñones llegó a Concepción el 28 de mayo de 1599 y fue muy grande la decepción que sufrió al ver el estado en que se encontraban las fuerzas que debían mantener el Reino. La moral de los españoles se encontraba absolutamente quebrantada y la miseria era grande.

La grave situación era favorable a las armas araucanas y Pelantaru aprovechó muy bien la coyuntura. A ello se unieron las decepciones de soldados venidos del Perú.

Al frente de cuatro mil hombres, de los cuales la mitad era de caballería, montada en magníficos caballos, Pelantaru logró sorprender a la ciudad de Valdivia en la amanecida del 24 de noviembre, quemando la ciudad y logrando un rico botín. Después atacó e incendió Osorno. Pronto llegó el turno a La Imperial y a Angol, que no pudieron ser liberadas por Quiñones, de manera que al finalizar el siglo XVI, los mapuches habían logrado barrer a los españoles de su territorio, al sur del Bío-Bío.

A esta crítica situación se sumó la aparición de corsarios ingleses y holandeses en las costas de Chile, lo que obligó al Gobernador Quiñones a suspender sus acciones contra los indígenas para atender a las defensas de las costas.

Tan desalentadora situación golpeó fuertemente en el Perú, donde el Virrey, don Luis de Velasco, Marqués de Salinas, no encontró los medios para socorrer al Reino que, día a día, parecía perderse para España.

En tales circunstancias, se accedió a la solicitud del anciano Francisco de Quiñones de que se le relevara de su cargo y se designó, interinamente, a Alonso García Ramón.

Pelantaru en tanto alentó la guerra en el sur, impulsando la concentración mapuche en Quinel, cuyo objetivo era el de desalojar a los españoles de la región comprendida entre los ríos Bío-Bío y Maule. Pero García Ramón, un militar activo, se puso en campaña y logró desbaratar su proyecto.

En tan crítica situación, llegó a Chile el nuevo Gobernador nombrado por el Rey Felipe III, Alonso de Ribera y Zambrano, Gómez de Montesinos, capitán inteligente e intrépido que lucía una brillante hoja de servicios en el ejército español, combatiendo en numerosas acciones de las guerras de Flandes y Francia a las órdenes del Duque de Fuentes y del Archiduque Alberto. Desconocido en América, causó el desaliento de los habitantes de Chile, pero muy luego éstos iban a cambiar su opinión, cuando conocieron sus brillantes aptitudes.

Frente a las huestes de Pelantaru, que mostraban una notable organización, el nuevo Gobernador comprendió que debía responder en la misma forma y dar a sus fuerzas lo conveniente para hacerlas reiniciar la guerra y reconquistar el terreno perdido por sus antecesores.

Aún quedaban a Pelantaru otras victorias y el 7 de febrero de 1602 sucumbió Villarrica.

Ante las fuerzas superiores que manejaba el Gobernador, los indígenas opusieron una nueva forma de guerra: no presentaban ejércitos organizados, sino que recurrían a los malones y a los ataques relámpagos a los fuertes. De esta manera mantenían a los defensores en constante alarma y nadie que preciara su vida podía descuidarse.

La fuerza militar de Ribera comenzó a ser sentida por sus adversarios y éstos decayeron en sus incursiones al campo español.

Pero posteriormente, el Plan de la Guerra Defensiva, ideado por el Padre Luis de Valdivia e impuesto por la corona paralizó las operaciones y permitió a los mapuches obtener un

equilibrio de fuerzas, que España reconoció tácitamente, dejándolos libres en su territorio. La obra de Pelantaru había dado resultado y sus lugartenientes Anganamón, Ainavilu y Tereulipe cosecharon los últimos frutos. Pero la guerra no terminó en ese momento. La lucha continuó bajo la dirección de otros caudillos, mientras la historia de Pelantaru, como la de infinidad de caudillos mapuches, se diluyó en el tiempo, dejando solamente el recuerdo de sus momentos estelares.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de Chile*. Tomo III, 2.a edición corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1931.
- 2.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *Historia de Chile*. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo II, 3.a edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1954.
- 3.—GONZALEZ DE NAJERA, ALONSO. *Desengaño y reparo de la Guerra del Reino de Chile*. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1971. Col. Fuentes de la Historia de Chile.
- 4.—GONZALEZ SALINAS, EDMUNDO. *Historia Militar de Chile*. 2.a edición corregida y aumentada. Santiago, EMGE. DRIE., 1984. Col. Biblioteca del Oficial, vol. LXIX. 3 tomos.
- 5.—MARINO DE LOBERA, PEDRO. *Crónica del Reino de Chile*, escrita por el Capitán don Mariño de Lobera, Pedro, dirigida al Excelentísimo señor don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Virrey y Capitán General de los Reinos del Perú y de Chile, reducida a nuevo método y estilo por el Padre Bartolomé Escobar de la Compañía de Jesús. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional, Tomo VI. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861.
- 6.—TELLEZ, INDALICIO. *Historia Militar de Chile. 1520-1883*. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 tomos.
- 7.—VALENZUELA SOLIS DE OVANDO, CARLOS. *El Toquí Pelantaru*, guerrero de la Conquista. Premio Concurso literario militar, 1977. Col. Biblioteca del Oficial, vol. LX. Santiago, EMGE. DRIE. Publicaciones Militares, 1979.

THEORY OF THE

THEORY OF THE

THEORY OF THE

THEORY OF THE

THEORY OF THE

15.—RODRIGO DE QUIROGA

Nació en 1512, en el coto de Tuirrir, en Masiños, feligresía de Seteventos, en Galicia, hijo de Fernando de Camba Quiroga y María López de Ulloa. Por la rama paterna era "de la muy noble y esclarecida casa de su apellido, tan antigua y conocida en Galicia y en otras partes de España" (1).

A la edad de 12 años entró a servir de paje a doña Beatriz de Castro, condesa de Lemos. En 1535 pasó al Perú "a guisa de caballero fijodalgo" (2) y al año siguiente se distinguió en las vecindades de Lima y después en el Cuzco contra las huestes de Manco Inca. Apaciguado el Perú, marchó con Pedro de Candia a la conquista de los chunchos en Ambaya, más allá de los Andes. Luego, después, expedicionó con Pedro de Anzúrez a los Charcas y estuvo presente en la fundación de la villa de La Plata (más tarde Chuquisaca y Sucre), en noviembre de 1538. Los resultados de la aventura fueron desastrosos y los conquistadores regresaron de la tentativa de conquistar a los mojos, vencidos por la selva, el clima y el hambre. "Yendo caminando —cuenta el propio Rodrigo de Quiroga— se iban quedando los cristianos de tres en tres y de cuatro en cuatro, fatigados e desflaquecidos y enfermos de hambre y cansancio, e abrazados unos a otros morían y pasaban desta vida, y después de haber caminado más de setecientas leguas, de trescientos españoles que entraron no salieron ochenta. Y cuando llegaron al Lorecaya venían tan flacos y desfigurados que no se conocían y venían tan estragados los estómagos que les hacía mal cualquier comida" (3).

(1) Ovalle, Alonso de. *Histórica Relación del Reino de Chile*, Roma, 1646.

Hay otra edición de *Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional*.

(2) Idem.

(3) Idem.

Rodrigo de Quiroga reunióse en seguida con Diego de Rojas para entrar por el valle de Tarija y, una vez liquidada la expedición y de vuelta en aquel pueblo, él y 50 de sus compañeros se dirigieron a Tarapacá, donde se sabía se encontraba D. Pedro de Valdivia esperando se le reuniese más gente para proseguir su jornada hacia Chile. Su bautismo de fuego en Chile ocurrió en Aconcagua. Después de la fundación de Santiago, Valdivia había observado que ante todo era preciso batir a los indios alzados y captarse su amistad. Con este fin despachó tropas en dirección al Cachapoal y él se encaminó a Aconcagua, donde Michimalonco se había fortificado. Tuvo que librar un combate en regla para tomarse el pucará construido por el cacique. Resultaron muchos españoles heridos y uno muerto y difícilmente habría triunfado, si Quiroga no hubiera logrado apoderarse de Michimalonco y provocado, con su captura, la dispersión de los indios.

En la primavera de 1544 participó en la expedición marítima que Juan Bautista Pastene hiciera a lo largo de la costa sur de Chile. El 17 de septiembre el barco fue a dar a un puerto a los 41°15' Lat. S., que fue bautizado con el nombre de San Pedro.

El 11 de septiembre de 1546 salió de Santiago Pedro de Valdivia al frente de 60 jinetes de caballería. La primera resistencia la encontró al aproximarse al Bío-Bío y fue liquidada sin mayor dificultad por los conquistadores. Fatigados, por la marcha y la refriega, durmieron éstos sobre el campo y poco antes del amanecer cayeron en su campamento algunos miles de indios. Rodrigo de Quiroga, que estaba de guardia, dio la voz de alarma e hizo frente con los suyos, mientras el grueso de la tropa se armaba. Después de rudo y prolongado combate, los españoles lograron derrotar al belicoso enemigo.

En 1548, Valdivia obtuvo del Presidente La Gasca la facultad de nombrar tres regiones perpetuas, previa real aprobación. A su vuelta del Perú hizo nombramiento en aquellos de sus capitanes que habíanse demostrado más decididos y leales. Fueron ellos Rodrigo de Quiroga, Diego García de Cáceres y Juan Gómez, que entraron en sus funciones el 1º de enero de 1550. Por provisión de 7 de abril del mismo año, les hizo reconocer por Teniente de Gobernador y Quiroga quedó con el carácter de juez superior con las mismas atribuciones que habían tenido sus predecesores, vale decir, de manera que podían hacerlo los soldados extraños a toda noción de derecho.

En conocimiento de la derrota y muerte de D. Pedro de Valdivia, el Cabildo de Santiago acordó que Quiroga se recibiese como Capitán General y Justicia del Reino hasta que el Rey proveyese otra cosa (11 de enero de 1554). Ello, por cuanto “el dicho Rodrigo de Quiroga es caballero hidalgo, persona valerosa y conquistador de esta tierra de los primeros que a ella vinieron, y en quien concurren todas las calidades que para este dicho cargo se requieren” (4). Extendida la escritura correspondiente, el agraciado —la mano derecha sobre una cruz— prestó juramento solemne de desempeñar fiel y lealmente el cargo que se le confiaba. El Cabildo volvió a reunirse, al día siguiente, bajo la presidencia de Quiroga. Después de cerciorarse de la autenticidad del testamento de D. Pedro de Valdivia, la corporación procedió a abrirlo y a leerlo. Al ver que disponía una cosa tan distinta a lo resuelto, los capitulares resolvieron se le archivase en el libro de registro de los acuerdos de aquella y que nada se revelase acerca de su contenido. No se sabía en Santiago que Valdivia había dejado una copia de ese testamento al Cabildo de Concepción. Pero aquí, en la capital, comenzaba a traslucirse la verdad: decíase que el finado gobernador había anunciado que Francisco de Aguirre sería su sucesor y aún se contaba que entre ambos habrían existido ciertos tratos sobre el particular.

Como la situación en Arauco continuase grave, el Gobernador interino determinó marchar a Concepción a la cabeza de una columna de infantes y jinetes. En vista de lo irregular de su nombramiento, el procurador de la ciudad —en representación del vecindario— solicitó y obtuvo del Cabildo se opusiera a la partida. En lugar suyo salieron de Santiago, el 20 de enero, los Capitanes Francisco Riberos y Gaspar de Orense. El 7 de febrero llegaban a Santiago, procedentes de Concepción, los Capitanes Diego de Maldonado y Juan Gómez de Almagro, con una comunicación de Francisco de Villagra, por la cual éste hacía saber al Cabildo que las ciudades del sur lo habían designado para el cargo de Capitán General. Ante esta actitud resuelta de las dichas ciudades, el Cabildo de Santiago no pretendió ya que Quiroga fuese reconocido en

(4) Primer Libro de Actas del Cabildo de Santiago, llamado generalmente Libro Becerro, de 1541 a 1557. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo I. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861. 11 de enero de 1554, pág. 375.

todo el país; pero, deseando mantener incólume su propio prestigio, no quiso tampoco que sus acuerdos fuesen revocados. En consecuencia, convino en contestar a Villagra que el nombramiento de Quiroga se había debido a la necesidad urgente de proveer al mantenimiento de la paz, no sólo en las ciudades del sur, sino en Santiago mismo, donde los naturales habían pretendido rebelarse. Cuatro días después los capitulares celebraron otra reunión y resolvieron enviar cerca de Villagra un representante que procurase el avenimiento, para Chile, de dos gobernadores, cuyos dominios estarían divididos por el río Maule: al norte, Rodrigo de Quiroga y al sur, Francisco de Villagra. Este régimen debía ser provisorio hasta tanto llegase una resolución superior de la Corte o de Lima.

A Villagra no le interesaba otra cosa que ser reconocido, lo antes posible, en el carácter de Capitán General del Reino. Como marchaba hacia la capital con un cuerpo de tropas y conocido su carácter arrebatado, se temió que pretendiese apoderarse del gobierno por la fuerza. Para evitar tamaño desacato, el Cabildo quiso dar a las autoridades de Santiago una modalidad que la hiciese más respetable. Se reunió el 17 de marzo y pidió a Rodrigo de Quiroga dejase el mando que se le había confiado dos meses atrás. En el primer momento éste quiso resistirse a la exigencia; pero tuvo que ceder al fin y entregar la vara que llevaba en sus manos, como distintivo del cargo que desempeñaba.

En el invierno de 1557, el nuevo Gobernador de Chile, D. García Hurtado de Mendoza inició los preparativos de su primera campaña en Arauco. En Santiago quedó constituido un cuerpo de 300 hombres. Rodrigo de Quiroga y algunos otros encomenderos, que hasta entonces no habían concurrido a las campañas de la frontera, debieron hacerlo ahora a pesar del invierno riguroso y se pusieron en marcha para el sur, con el propósito de reunirse al Gobernador a comienzos de la primavera próxima y en los primeros días de octubre se encontraban listos para actuar.

Correspondió a Quiroga una actuación destacada en la acción de Lagunillas (8 de noviembre). El Capitán Alonso de Reinoso marchaba en misión de exploración, con 200 jinetes, cuando fue rodeado por un enjambre de mapuches y habría perecido con todos los suyos, a no ser por el auxilio que recibió de Juan Remón y sus jinetes, que también fueron cercados por una gran cantidad de indígenas. D. García logró saber a tiempo lo que ocurría, por boca de un estafeta enviado por Remón. En medio de la perplejidad general de los oficiales y frailes

allí presentes, que vacilaban en arriesgar las fuerzas a fin de socorrer a 50 jinetes, el Gobernador interrogó a Rodrigo de Quiroga: —“Señor Capitán Rodrigo de Quiroga, ¿qué le parece que hagamos en este negocio tan importante de esta batalla?”. El interpelado contestó: —“Que vuesa señoría me deje salir a pelear con mi compañía con esos naturales” (5). D. García lo autorizó y lo reforzó con 150 arcabuceros de su propia guardia.

Acometió Quiroga con 110 jinetes, casi todos veteranos de la conquista, y arrolló la enérgica resistencia de los indios. Se abrió paso hasta donde se encontraban cercados Reinoso y Remón y, comprendiendo que la fuerza de que disponían no les daba posibilidades de éxito, empezó a batirse en retirada. Alcanzó así hasta las inmediaciones del campamento. Mendoza lo reforzó con una nueva compañía y se trabó un furioso combate, que se prolongó por unas dos horas. Los indios se retiraron a un bosque inmediato a fin de reorganizarse, don García volvió a atacarlos y la acción habría durado quizás cuánto tiempo de no haber llegado la noche a separar a los combatientes.

En Millarapue (30 de noviembre) Quiroga tuvo una nueva ocasión de demostrar sus aptitudes de guerrero valiente y hábil.

Los naturales, no pudiendo afrontar con probabilidades de triunfo al Ejército español y sus 3.000 indios auxiliares, después de los combates de Lagunillas y Millarapue, quemaron sus casas y se retiraron a la montaña, con la sombría decisión de proseguir la lucha hasta vencer o sucumbir. El Capitán Rodrigo de Quiroga salió con 40 jinetes de caballería con la misión de recoger en esos lugares, provisiones para los suyos. Los mapuches lo dejaron pasar, le cortaron la retirada en una quebrada y lo atacaron de frente. En esta ocasión ensayaron, como protección contra los arcabuces, “unos tablones tan anchos como un pavez y de grosor de cuatro dedos” (6). Los portadores de estas defensas se ubicaron en primera fila y aún cuando la victoria estuvo indecisa por largo rato, se decidió por fin por los españoles. “¡Ea, compañeros y amigos

(5) Citado por Encina, Francisco Antonio. *Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891*. Tomo I, 4a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1955, pág. 508.

(6) Citado por Francisco Antonio Encina. Obra citada, Tomo I, pág. 514.

míos —gritó Quiroga en un momento dado—, hasta ahora hemos peleado por la victoria; ahora hemos de pelear por nuestras vidas" (7).

Don García, tan poco inclinado a reconocer los méritos de sus subalternos, no pudo menos de decir a Rodrigo de Quiroga: "De capitanes tan valerosos como vuestras mercedes, no esperaba ya menos de lo que veo" (8).

Cuando D. García Hurtado de Mendoza recibió la noticia de haber sido relevado del mando, decidió dirigirse a Santiago y dejó a Rodrigo de Quiroga a cargo de las ciudades del sur, como Teniente de Gobernador (7 de junio de 1560). Debido a que sus relaciones con Francisco de Villagra estaban resentidas desde que éste se había recibido del cargo de Gobernador, a mediados de 1561, apenas supo de su llegada, Quiroga se apresuró a renunciar al cargo de Teniente de Gobernador de Concepción, Cañete y Angol.

En las primeras horas del 18 de junio de 1565 entraba en la capital del Nuevo Extremo el enviado del Virrey del Perú, Jerónimo de Castilla, convocaba al Cabildo y —a pesar de las protestas de algunos capitulares— declaraba depuesto a Pedro de Villagra, primo del anterior y hacía reconocer a Rodrigo de Quiroga en el carácter de nuevo gobernador del Reino de Chile. Rodrigo de Quiroga era, indudablemente, uno de los hombres más prestigiosos y considerados del país. Desde 1540 "había desempeñado en Chile cargos civiles y militares, en que demostró siempre dotes de seriedad de carácter y de rectitud de propósitos que lo elevaban sobre el nivel de mayor número de sus compañeros de armas y que en otras ocasiones lo habían hecho merecer el puesto de gobernador interino" (9). Poseía, además, una de las fortunas más considerables de la colonia.

Su primera atención fue fortalecer su autoridad. La violenta e injustificada deposición de Pedro de Villagra había dejado inquietos los ánimos. Los amigos de éste formulaban

(7) Citado por Francisco Antonio Encina, obra citada, Tomo I, pág. 514 y por Barros Arana, Diego. Historia General de Chile. Tomo II, 2a. edición corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1931, pág. 163.

(8) Citado por Diego Barros Arana. Obra citada, Tomo II, págs. 163-164.

(9) Barros Arana, Diego. Obra citada, Tomo II, pág. 383.

protestas y recogían documentos para hacerlos valer ante la Real Audiencia de Lima. El nuevo mandatario procedió con mano firme contra ellos; apresó a algunos, amenazó a otros y consiguió imponer silencio y robustecer su autoridad. Desde entonces pudo dedicar todos sus afanes a los asuntos de la guerra. Una de sus primeras medidas en la materia fue dar el cargo de maestro de campo al distinguido Capitán Lorenzo Bernal del Mercado y de Teniente General, a su yerno Martín Ruiz de Gamboa. Este último había partido por mar a Valdivia, a fin de reunir los contingentes con que las ciudades del sur debían concurrir a la próxima campaña. A la cabeza de 110 jinetes se puso en marcha en los primeros días de diciembre, para reunirse con el Gobernador en las inmediaciones de Angol.

Como a pesar de los “muchos requerimientos” que Quiroga hiciera a los mapuches, éstos “pusiéronse más soberbios que nunca” (10), fue necesario disponerse para recomenzar la guerra. Para llegar al territorio denominado propiamente Arauco, era preciso atravesar la región o lebo de Catiray, formada por las faldas orientales de la cordillera de la costa y trasmontar en seguida esas montañas. Los indígenas mantenían allí un fuerte de palizadas y habían concentrado mucha gente. En vez de atacar, el Gobernador —de acuerdo con los consejos de Bernal del Mercado— dispuso sólo reconocimientos y encuentros de patrullas. El resultado no se hizo esperar: los indios, batidos en las diversas incursiones, abandonaron una noche sus posiciones y se replegaron al corazón de la cordillera.

Los conquistadores emprendieron la marcha por las montañas de Talcamávida. El 28 de enero de 1566 fueron atacados por una masa enorme de indios. Estos fueron arrollados al fin por el empuje irresistible de los caballos y por el estrago que en sus filas hacían las armas de fuego. El Gobernador creyó poder conseguir la pacificación definitiva del territorio. Los indios de las inmediaciones de Arauco, cuyos sembrados habían sido destruidos por los españoles, huían al interior o fingían, según su costumbre, una sumisión que no habían de respetar. Quiroga llevaba el propósito de repoblar la ciudad

(10) Citado por Diego Barros Arana. Obra citada, Tomo II, pág. 387. Corresponde a una carta inédita de Rodrigo de Quiroga al Rey Felipe II, de 1.^o de marzo de 1566.

de Cañete; pero deseando ubicarla en un sitio menos expuesto a los ataques, eligió para el caso un campo pintoresco sobre la embocadura del río Lebu y en los primeros días de febrero comenzó a construir los cuarteles y habitaciones.

Si bien los indios de la costa fingían aceptar la paz, los de la montaña vecina se mantenían sobre las armas y amenazaban a las pequeñas fracciones de españoles que se atrevían a aproximarse. Ante tal situación, Bernal del Mercado salió de Cañete con 150 soldados, a fines de marzo de 1566, penetró resueltamente en la montaña y llegó hasta Purén. Hizo a los indios una guerra inexorable y les destruyó sus sembrados hasta reducirlos a la miseria a entradas de un invierno riguroso y crudo. El Gobernador llegó a creer asentada la tranquilidad, a lo menos por algún tiempo. Pero la tenacidad inquebrantable de los araucanos debía burlar tales esperanzas, por lo que se vio en la necesidad de salir nuevamente a campaña, mientras el maestro de campo se dirigía a Angol. El mal resultado de las operaciones que intentaron los mapuches por entonces, la pérdida de sus cosechas y la implacable persecución de que fueron víctimas, acabaron por hacerles desistir de todo proyecto belicoso.

Al igual que sus predecesores, Quiroga no pensaba sino dilatar sus conquistas con nuevos territorios. De acuerdo con este propósito, dispuso se construyera en Valdivia una fragata, que debía estar lista para dirigirse a Chiloé, la Pascua de Navidad de ese año de 1566. En ella embarcó Ruiz de Gamboa las provisiones, las armas y toda la carga difícil de transportar y se dirigió por tierra al frente de 110 jinetes. La conquista se realizó sin resistencia y fue "la más feliz que hasta entonces hubieran emprendido los conquistadores en el territorio chileno" (11).

Por Real Cédula de 27 de agosto de 1565, Felipe II había dispuesto la creación de una Real Audiencia, que debía establecerse en la ciudad de Concepción. Dos años más tarde la ilustre corporación quedó instalada con la pompa propia de la época. Rodrigo de Quiroga debió desempeñar un papel muy deslucido en el acto. Cuando creía que sus servicios lo hacían acreedor a grandes consideraciones, se vio tratado con desconfianza y aún con no disimulado desdén. En las ceremonias de esos días se le mantuvo confundido con la masa de los

(11) Citado por Diego Barros Arana. Obra citada, Tomo II, pág. 398.

espectadores, sin señalársele en parte alguna un lugar de preferencia. Quiroga comprendió que los oidores estaban prevenidos en contra suya y no pensó sino en substraerse a nuevos désaires. Pocos días más tarde se ponía en marcha para Santiago, donde tenía su residencia y sus propiedades, resuelto a vivir alejado, por entonces, de los negocios militares y administrativos.

Transcurrieron seis años. Impresionado por la ineptitud y ancianidad del Gobernador D. Melchor Bravo de Saravia —y de acuerdo con los informes que recibía del Reino de Chile— el Virrey del Perú creyó poder salvar la situación nombrando General a Rodrigo de Quiroga y confirmando a Lorenzo Bernal del Mercado en el puesto de cuartel maestra, que ya ocupaba, con absoluta independencia del Gobernador y los Oidores. Quiroga rehusó asumir el cargo y, de aceptarlo, “no habría alcanzado otro resultado que aumentar el caos en que se debatía en Chile, el gobierno, con la nueva dislocación del mando” (12). Todos estos antecedentes llegaron a Madrid. Felipe II ordenó extender las Reales Cédulas que suprimían la Audiencia, mandó alistar un cuerpo de 500 hombres con destino a Chile y, por recomendación del Cardenal Arzobispo de Toledo Don Gaspar de Quiroga, nombró Gobernador a Rodrigo de Quiroga. Era el hombre indicado.

La resolución real se supo en Santiago en noviembre de 1574 y poco después llegó Francisco de Irarrázabal con la copia del nombramiento, extendido en San Lorenzo el 31 de julio del mismo año. En la citada Real Cédula se disponía además que a Quiroga se le hacía gracia del hábito de Santiago y la pronta venida del licenciado Gonzalo Calderón, a servir el cargo de Teniente de Gobernador y a tomar residencia a Bravo de Saravia y a los Oidores. Quiroga juró ante el Cabildo, el 26 de enero de 1575. El regocijo de los habitantes fue extraordinario y el acontecimiento fue celebrado con gran brillo y alegría. Ello reflejaba, al decir del señor Encina, algo más que el hastío del gobierno que se iba y las esperanzas cifradas en el que empezaba. Bravo de Saravia, cuyo carácter antipático le impidió conquistarse adhesiones, se había convertido en el símbolo de la desgracia y de la mala suerte.

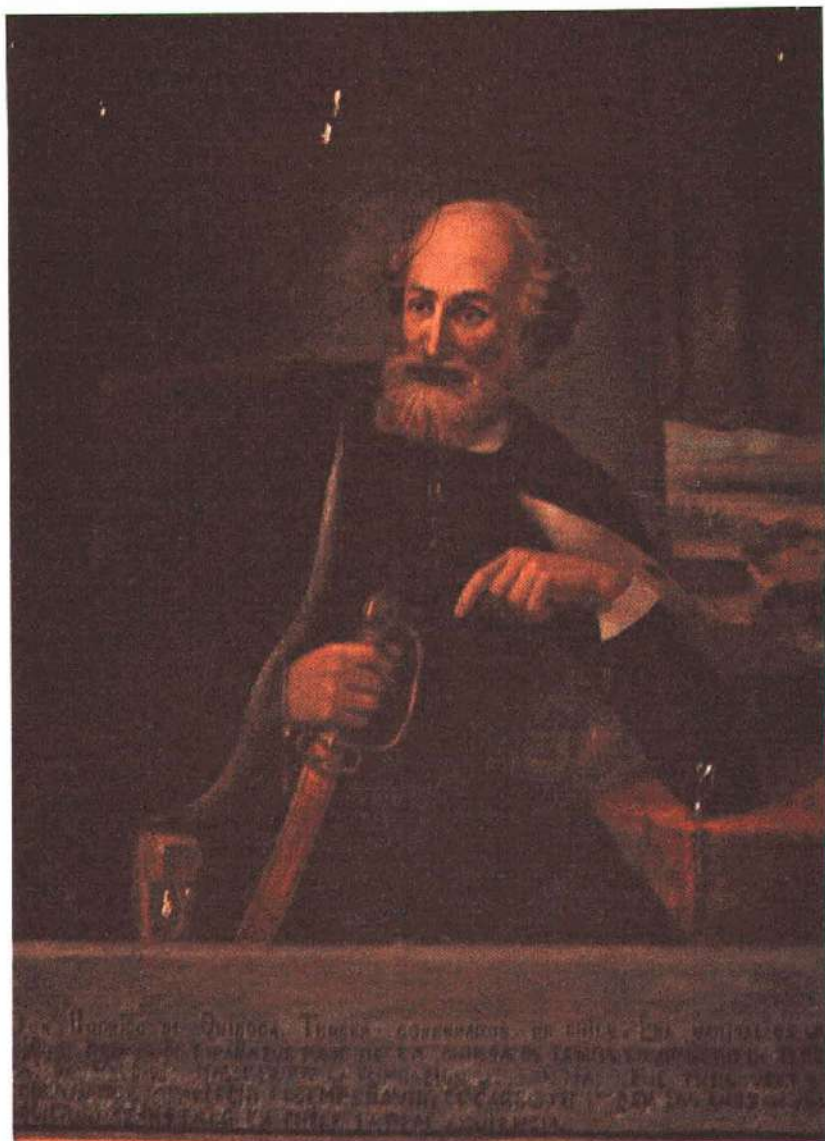
(12) Citado por Francisco Antonio Encina. Obra citada, Tomo II, 3a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1954, pág. 36.

Rodrigo de Quiroga contaba entonces 63 años de edad. Las empresas en el trópico habían quebrantado prematuramente su naturaleza y, a pesar de la vida tranquila que había llevado en los últimos 20 años, estaba notablemente decaído. De allí que en las postrimerías de este segundo gobierno fuera su yerno Martín Ruiz de Gamboa quien realmente hiciera y deshiciera en el mando. Iba a tropezar, además, con factores que no se presentaron en su gobierno anterior. Por una Real Cédula anexa al nombramiento, se autorizaba a Quiroga para gastar moderadamente, en la guerra, el dinero de las cajas reales y el Rey le anunciaba, en otra comunicación, el envío de 400 hombres para la terminación de la guerra de Arauco. Con estas informaciones, las esperanzas cifradas en el nuevo gobierno aumentaron notablemente.

Las dificultades comenzaron en el terreno religioso. De acuerdo con las órdenes del monarca, la Audiencia había tasado los indios del Obispado de La Imperial; pero tuvo que suspender la aplicación de la tasa, en vista de la imposibilidad de implantar el sistema, "por ser los indios —decía Quiroga— jente desnuda y tan bárbaros que no vive en pueblos ni obedecen a caciques ni entre ellos a orden ninguna, ni tienen haciendas, ni granjerías para mantenerse y dar sus tributos" (13). Quiroga confirmó el aplazamiento: los ánimos quedaron irritados y el clero, en general, estuvo en abierta oposición al Gobernador.

Este tenía larga experiencia en la guerra de Arauco. Sabía que nada podía intentar con las escasas fuerzas de que disponía y mientras llegaban de España los 400 hombres que el Rey le anunciaba, se limitó a encargar a Lorenzo Bernal del Mercado la defensa de Angol y a su yerno Martín Ruiz de Gamboa, la de las ciudades del sur. Cuando estalló la sublevación de los huilliches, quiso auxiliar al último de ellos; pero no pudo hacerlo por falta de fuerzas. La mirada del Gobernador y de los habitantes estaba puesta, naturalmente, en la expedición reunida en Sevilla. El socorro llegó en julio de 1576, después de 15 meses de viaje. Eran 400 hombres, reunidos con serias dificultades y cuya calidad habría de resultar muy

(13) Citado por Diego Barros Arana. Obra citada, Tomo II, pág. 472. Corresponde a una carta de Rodrigo de Quiroga al Rey Felipe II, de 2 de febrero de 1576 y publicado por Claudio Gay en el Tomo II de *Documentos*, págs. 106-112.



Rodrigo de Quiroga
1512 — 1580

inferior a la de los enérgicos soldados de la conquista. Muchos venían desarmados y desnudos y casi ninguno traía armamento completo. En seis meses de actividad febril, Quiroga logró vestirlos y proveerlos de equipo y de armamento para la próxima campaña.

El 8 de enero de 1577, emprendió la marcha al sur, al frente de 400 españoles y 1.500 indios auxiliares. Bernal del Mercado y Ruiz de Gamboa debían reunírsele en Quinel, en su avance desde el sur, con unos 130 soldados. El plan de pacificación que se pondría en práctica era obra del Virrey del Perú, D. Francisco de Toledo y que Quiroga había aceptado con entusiasmo. Consistía en una enérgica campaña a través de Arauco, con las tropas reunidas. Se tomaría prisioneros a los indios más belicosos; se ejecutaría a uno que otro cabecilla y los demás serían trasladados a la provincia de Coquimbo, para que "trabajasen en las labores de las minas de oro, para ayudar al gasto de la guerra..." (14).

En el mes de febrero, el Gobernador se encontró al frente de una división de unos 500 españoles y 2.000 indios auxiliares. El 8 de marzo, Bernal del Mercado desalojó a los mapuches que se habían atrincherado en Hualqui, sin perder ningún soldado y atravesó el Bío-Bío. La columna se internó en el corazón del territorio enemigo hasta Arauco, donde se construyó un fuerte, casas para los españoles, ranchos para los indios amigos y se acumularon abundantes provisiones. El invierno transcurrió en medio de continuas correrías de los indígenas, dirigidos por el célebre mestizo Alonso Díaz y de expediciones punitivas de los castellanos. Con la llegada de la primavera las operaciones entraron en actividad. Quiroga partió de Arauco a mediados de octubre, atravesó la provincia de Tucapel y penetró en la cordillera de Nahuelbuta, a fin de caer en el llano central.

A mediados de marzo de 1578 estaba muy enfermo y, en los precisos momentos en que la tropa iba a moverse del valle de Andalicán, para librar la batalla, se agravó tanto, que el médico que le asistía aconsejó se le condujera a Concepción. Bernal del Mercado y todos los capitanes le rogaron encarecidamente se retirase y partiese a descansar; pero el mori-

(14) Citado por Diego Barros Arana. Obra citada, Tomo II, pág. 486. Corresponde a una carta de Rodrigo de Quiroga al Rey Felipe II, de 26 de enero de 1578.

bundo gobernante se negó a separarse de los suyos en los momentos en que iban a embestir al enemigo. Les ordenó que en el caso de morir, lo enterraran bajo las aguas del arroyo que por allí corría, a fin de ocultar su cadáver a los indios y se le transportase en seguida a Santiago, para ser enterrado en la capilla que le aguardaba... y continuó al frente de los suyos en una silla de manos.

Al día siguiente (21 de marzo), Bernal del Mercado obtuvo una nueva y notable victoria. A pesar de su grave estado de salud, el Gobernador ordenó lo armaran y montaran a caballo, "con unos estribos hechos de tafetán porque no le hiciesen daño" (15) entró a participar en la acción. Los castellanos prosiguieron su marcha a Tucapel, donde Quiroga había resuelto invernar. A pesar de la extraordinaria crudeza de ese invierno, las hostilidades de los indígenas no cesaron. Amagaban el campamento y caían sobre los caballos durante el pastoreo y sobre los grupos que iban al campo en busca de comida. Quiroga avanzó en la primavera hasta Purén. Un día, llegó Martín Ruiz de Gamboa con la noticia de que la rebelión de los huilliches se había reavivado y solicitó refuerzos para sofocarla. Aunque las tropas principales estaban reducidas a poco más de 300 soldados, debió desprenderse de 70 para reforzar las fuerzas de Valdivia. A fin de reponer esta merma, despachó a Santiago al Teniente Calderón, con la misión de conseguir un nuevo refuerzo.

El Gobernador continuó la campaña con los pocos hombres que le quedaron. Atravesó una vez más la cordillera de Nahuelbuta por Purén y el 26 de noviembre pasó al reposo en el valle de Guadava, cerca de Lumaco. Allí Bernal del Mercado le pidió licencia, por cuatro días, para ir a Angol; acababa de saber que doña Marta de Rojas, su mujer, había fallecido y deseaba estar presente en las exequias. Junto con verlo partir, los indios concertaron un asalto al campamento español. En el primer momento la confusión fue grande; pero Rodrigo de Quiroga, el Mozo, logró restablecer la ventaja y salir con la victoria; mas el joven capitán pagó con su preciosa vida el triunfo que dio a los suyos.

En la prosecución de su marcha a Angol, las tropas pernoctaron en Coyuncos. En los bosques inmediatos habíanse reunido nuevamente los mapuches, con la intención de probar

(15) Citado por Francisco Antonio Encina. Obra citada, Tomo II, pág. 57.

otra sorpresa nocturna. Quiroga resolvió anticipárseles y los atacó. El tumor del pie, probablemente canceroso, le había producido en esos días una hinchazón general del cuerpo. En vista de que no pudiera tenerse sobre el caballo, dirigió la batalla conducido por los indios auxiliares en silla de manos, pero vistiendo cota y celada y empuñando su lanza y adarga. En un momento dado se desprendió de la silla y en una reacción suprema, se puso a la cabeza de los suyos y dirigió la embestida. Alcanzada la victoria, cayó al suelo sin movimiento. Los soldados lo colocaron nuevamente en la silla y lo condujeron a su tienda.

Dos días después llegó el licenciado Calderón con 100 hombres, bien equipados, que había reunido en los términos de Santiago y de La Serena, además de víveres en abundancia, municiones y pertrechos en general, a fin de proseguir la campaña. Casi junto a él —el día 12 de diciembre— llegó un mensajero de la capital, anunciando que el 5 del mismo había arribado a Valparaíso un navío de luteranos ingleses y apoderándose de un barco surto en el puerto, de \$ 25.000 de oro de particulares, “de muchas arrobas de vino (3.000 botijas), de bastimentos y de otras cargazones” (16). Quiroga partió en el acto hacia Santiago, puesto que el problema requería solución inmediata. Se trataba del corsario Francis Drake.

Desembarazado de sus correrías, el Gobernador intentó reanudar la pacificación de Arauco; más, ni su salud ni el agotamiento del país lo permitían. Durante el viaje que realizó a Valparaíso, con el propósito de embarcarse en un buque y salir en persecución de Drake, le sobrevino nuevamente una hidropesía y se agravó de tal manera que, a partir de mayo de 1579, no pudo ya abandonar su casa. Desde su lecho dispuso que Bernal del Mercado prosiguiera la guerra de Arauco, que Ruiz de Gamboa continuara la pacificación de los huilliches y que el capitán Nicolás de Quiroga apaciguara las turbulencias que habían estallado en La Serena. El Maestre de Campo, al frente de los restos de un Ejército moralmente vencido por la constancia araucana y por la conciencia de la inutilidad de sus esfuerzos y sin esperanzas de socorro, tuvo que mantenerse a la defensiva. No era más ventajosa la situación de Martín Ruiz: la rebelión de los huilliches persistía con una constancia singular. Vencida en un punto, afloraba en otro.

(16) Citado por Francisco Antonio Encina, Obra citada, Tomo II, pág. 60.

El mal del Gobernador iba en aumento. El 23 de febrero de 1580 escribió dos cartas: una, al Rey y otra, a su primo el Cardenal Arzobispo de Toledo D. Gaspar de Quiroga. Encargó a su sobrino Antonio de Quiroga le hiciese funerales modestos, que se limitaban a 30 misas por el descanso de su alma y que concediese libertad a una negra que le había servido durante treinta años. Murió dos días después, el 25 de febrero de 1580.

Había sido uno de los encomenderos más ricos del Reino de Chile; pero su generosidad para con la Iglesia y con los necesitados mermaron grandemente su fortuna. "Eran muchas limosnas, que hacía de ordinario gastado con los pobres y los soldados descarriados, treinta mil pesos de oro, que tenía de renta cada año, de suerte que amasaban en su casa de 8 a 12 mil hanegas de pan para los pobres entre otras semejantes obras pías, que iba a este paso" (17). El mando de la gobernación consumió el resto de su caudal. A pesar de sus deseos, el pueblo de Santiago le tributó un homenaje de respeto y de cariño jamás visto en la Capitanía General y le sepultó en la capilla mayor del monasterio de Nuestra Señora de las Mercedes, que había erigido a su costa.

-
- (17) Mariño de Lobera, Pedro. *Crónica del Reino de Chile*, escrita por el Capitán don... dirigido al Excelentísimo señor don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Virrey y Capitán General de los Reinos del Perú y Chile, reducido a nuevo método y estilo por el Padre Bartolomé Escobar de la Compañía de Jesús. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo VI. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861. Libro III, cap. 21. Citado por Diego Barros Arana, obra citada, Tomo II, pág. 515, quien señala que Mariño de Lobera habría exagerado en lo referente a la riqueza y la generosidad de Rodrigo de Quiroga; en octubre de 1583, el Gobernador Alonso de Sotomayor pidió al Rey que le aumentase su sueldo y como argumento enumeraba las rentas de sus antecesores en el cargo; respecto de Rodrigo de Quiroga decía que "siendo de la edad que era, y muy moderado, tenía diez y doce y aún trece mil pesos que de ordinario le daban sus indios antes que hubiese tasa y grandes granjerías".

Góngora Marmolejo lo describió como un "hombre de buena estatura, moreno de rostro, la barba negra, cariaguileño, nobilísimo de condición, muy generoso, amigo en extremo grado de los pobres, y así Dios le ayudaba en lo que hacía; su casa era hospital y mesón de todos los que le querían" (18). Había contraído matrimonio en 1548, con Inés Suárez y esta unión duró treinta años y no dejó descendencia.

Encina sintetiza su personalidad en estos términos: "Rodrigo de Quiroga fue, tal vez, después de Valdivia, la personalidad de mayor valer entre los conquistadores de Chile. A un fondo de hidalguía, que emanaba de la sangre y que no se desmintió a lo largo de su vida y de su actuación, unía la prudencia, la sagacidad y un gran conocimiento de los hombres; su carácter recto y afable, siempre dueño de sí mismo, que no excluía la firmeza y la decisión en los momentos difíciles; y la simpatía que gana espontáneamente las voluntades. Però faltó a este concierto de rasgos, rara vez aunados en un hombre, el embalsamiento de un gran propósito, que constituye la piedra angular de la personalidad de Valdivia. Fue el menos vilipendiado de los mandatarios de la colonia, sin librar enteramente de este repugnante vicio del carácter humano, avivado hasta los límites de lo patológico en el pueblo español" (19).

(18) Góngora Marmolejo, Alonso de. Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575, compuesta por el Capitán... y seguida de varios documentos. Colección de Historiadores y Documentos relativos a la Historia Nacional, Tomo II. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1862. Capítulo LVIII, pág. 158. Citado por Diego Barros Arana, obra citada, Tomo II, pág. 515.

(19) Citado por Francisco Antonio Encina. Obra citada, Tomo II, pág. 86.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—**BARROS ARANA, DIEGO.** Historia General de Chile. Tomo II. 2.a edic. corregido por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1931.
- 2.—**ENCINA, FRANCISCO ANTONIO.** Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo I. 4.a edic. Santiago, Editorial Nascimento, 1955. Tomo II, 3.a edic. Santiago, Editorial Nascimento, 1954.
- 3.—**GONGORA MARMOLEJO, ALONSO DE.** Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575, compuesto por el capitán... y seguida de varios documentos. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional, Tomo II. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1862.
- 4.—**MARINO DE LOBERA, PEDRO.** Crónica del Reino de Chile, escrita por el Capitán don... dirigida al Excelentísimo Sr. D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Virrey y Capitán General de los Reinos del Perú y Chile, reducida a nuevo método y estilo por el Padre Bartolomé Escobar de la Capitanía de Jesús. Colección de Historiadores de Chile y de Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo VI. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861.
- 5.—**MEDINA, JOSE TORIBIO.** Diccionario Biográfico Colonial de Chile. Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1906.
- 6.—**OVALLE, ALONSO DE.** Histórica relación del Reino de Chile. Roma, 1646. Hay otra edición en los Tomos 12 y 13 de la Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional.
- 7.—**PRIMER LIBRO DE ACTAS DEL CABILDO DE SANTIAGO,** llamado generalmente Libro Becerro, de 1541 a 1557. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo I. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861.
- 8.—**ROSALES, DIEGO.** Historia General del Reino de Chile. Flandes Indiano, por el RP. Diego de Rosales de la Compañía de Jesús, dos veces Vice Provincial de la Vice Provincia de Chile, calificador del Santo Oficio de la Inquisición y natural de Madrid, dedicada al Rey de España D. Carlos II N.S., publicada, anotada y precedida de la vida del autor y de una extensa noticia de sus obras por Benjamín Vicuña Mackenna. Valparaíso. Imprenta del Mercurio, 1877-1878. 3 Tomos.

16.—ALONSO DE RIBERA Y ZAMBRANO

Fue el creador del Ejército de Chile y uno de los más ilustres capitanes que haya comandado tropas hasta hoy en el continente.

Era hijo de Jorge de Ribera Zambrana —que pretendía descender de la casa real de Aragón— y de Ana Gómez de Montesinos. Nacido en Ubeda (Andalucía), fue legitimado por el real rescripto de Felipe II, el 17 de abril de 1593. Al pisar tierra chilena en Febrero de 1601, su edad fluctuaba entre los 41 y 43 años de edad.

Era el oficial con más brillante hoja de servicios de los Ejércitos españoles de la época. De un informe presentado al Rey Felipe IV por el Consejo de Indias, en junio de 1626, se desprende que Alonso de Ribera participó en innumerables campañas, “comenzándolo a hacer soldado en el (reino) de Sicilia en la compañía del capitán Juan de Aynega, y de ahí en la del maese de campo don Lope de Figueroa, con la cual bajó a Nápoles y después al Estado de Milán”. Ello debe de haber ocurrido, aproximadamente, alrededor de 1575 ó 1576.

Pasó a prestar sus servicios en Flandes, en el año 1577, bajo las órdenes del célebre D. Juan de Austria, hermano del Rey Felipe II y vencedor de los turcos en la batalla de Lepanto. En Barlamont fue herido de un arcabuzazo en la mano izquierda y ello no fue obstáculo para que penetrara en el fuerte enemigo a la cabeza de los suyos. Agrega el informe que en el sitio de Maestrich se demostró como “un buen soldado, y como tal, se hacía gran confianza de su persona, y ocupaba los puestos más peligrosos, y el día que se ganó la dicha villa, fue el primero que entró en ella por la parte que acometió su tercio...” (1579).

En el sitio de La Chapelle “ganó el burgo de su compañía, peleando valerosamente hasta quitar el puesto al enemigo... El día del asalto fue uno de los capitanes que entraron a tomar puesto en la batería, y salió herido en un muslo; y sin

embargo de irle orden para que se retirase a curar, no lo hizo, antes sustentó un puesto que había ganado... y le dieron otras tres heridas, de que llegó muy al cabo...".

El documento expresa a continuación que en el sitio de Dourlens, Ribera "salió por orden del Conde de Fuentes a dar calor a la caballería con quinientos infantes, y resolviendo sobre ella el enemigo, le aguardó con su tropa y le dio la carga, con tanto ánimo y valor, que le hizo volver las espaldas con muchos de los suyos y le degolló toda la infantería y mucha de la caballería y prendió algunas personas importantes; y cuando se ganó la entrada encubierta, fue uno de los capitanes que primero acometieron, y aunque al principio le hirieron, no se retiró hasta dejarla fortificada".

Durante el sitio de Cambrai "le ordenó el dicho Conde de Fuentes asistiese a ganar la villa; y... fue con otro capitán a ganarla (la puerta de Flandes)... y se arrojaron al foso de la villa, donde se ganó y fortificó la casamata y fueron la principal causa de que se rindiese la dicha villa". En el sitio de Calais "se echó a la mar primero, llamando a su gente para que le siguiese; y tiró tantos mosquetazos y arcabuzazos, que le hizo retirar sin que pudiese entrar; y tuvo el enemigo mucha pérdida en su gente, por la mucha carga que le dieron, y a la mañana acometieron al burgo y lo ganaron, con que se batió y rindió la ciudad con muerte y prisión de todos los que estaban dentro"... En el combate en la isla de Ulst acudió con su compañía a socorrer la vanguardia "pasando por entre los fuertes de donde batían la artillería, y peleó con tanto esfuerzo que ganó los puestos al contrario y le hizo retirar y ganó un dique; y al acercarse a la villa fue herido muy mal...".

Una nueva herida recibió en una pierna en la acción de Amiens y en la campaña del Rhin "se halló en la toma de muchas villas y castillos sobre el río". Al frente de unos 800 hombres capturó el fuerte de la isla Bercalin y al día siguiente "ganó la entrada encubierta... del dicho fuerte"... "continuó sus servicios en otras muchas importantes ocasiones cerca de la persona del Cardenal Andrea, saliendo diversas veces herido, ocupando puestos preeminentes y siendo muy estimado por su valor, y sustentó de ordinario a su mesa muchos soldados con mucho gasto de su hacienda".

El Archiduque Alberto le nombró Sargento Mayor y comandante de uno de los tercios españoles, "en atención a las victorias y grandes hazañas que había hecho a vista suya" (1).

Impuesto el monarca de la gravedad de los sucesos de Chile, pidió al Consejo de Indias le propusiese un gobernador capaz de someter a Arauco. El Consejo, a su turno, solicitó nombres al conde de Fuentes y éste no trepidó en desprenderse del más brillante de sus oficiales.

Ribera partió de Sevilla a comienzos de 1600, con 300 soldados y la promesa de que pronto se le enviaría un contingente militar numeroso. A su paso por Panamá D. Alonso de Sotomayor lo informó sobre la verdadera naturaleza de la Guerra de Arauco, con la autoridad de quien llegó a conocerla mejor que todos los gobernantes españoles de Chile. Ribera aprendió, de esta manera, lo que otros no lograron sino a través de una experiencia asaz dolorosa.

El 19 de diciembre de 1600 pudo partir del Callao en dos naves, con 260 hombres, regularmente equipados. El 9 de febrero de 1601 anclaron los barcos en Concepción y dos días más tarde D. Alonso tenía a su gente en tierra. Intuyó, de inmediato, "que la primera fase de su misión era salvar a un pueblo moribundo, sin más recursos que su optimismo incontrastable, sus grandes dotes de estrategia y el concurso de ese mismo pueblo agonizante, de un enemigo victorioso y ensoberbecido, que tenía poder material para aplastar rápidamente a los invasores de su suelo y la voluntad de hacerlo" (2).

Santa Cruz, Angol, Imperial, Valdivia y los fuertes, con excepción de Arauco, ya no existían. En Villarrica cerca de un centenar de soldados, mujeres y niños agonizaba lentamente de hambre o se pasaba al enemigo, mientras el Coronel Francisco del Campo, con 150 soldados famélicos e impotentes delante del enjambre de mapuches que los cercaban, se defendían en el fuerte de Osorno, con la esperanza de recibir so-

-
- (1) Esta cita y todas las anteriores pertenecen al informe presentado a Felipe IV por el Consejo de Indias, en junio de 1626 y que figura en: Madina, José Toribio. *Diccionario biográfico colonial de Chile*. Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1906, págs. 742-743.
- (2) Encina, Francisco Antonio. *Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891*. Tomo II. 3a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1954, pág. 332.

corros del norte. Esparcidos desde La Serena hasta el fuerte de Arauco, había 1.151 soldados según Ribera (1387, según Alonso García Ramón). Pero este número se completaba con vecinos y moradores que tenían un valer militar muy relativo. El Ejército propiamente tal fluctuaba en alrededor de 500 hombres, desnudos, impagos, mal armados, carentes de oficiales e indisciplinados. El país que debía sostener este Ejército estaba en la mayor miseria y profundamente abatido. La pérdida del sur costaba unas 600 vidas españolas entre hombres, mujeres y niños y la pérdida del 60 por ciento, a lo menos, de la vitalidad del país. Al norte del Bío-Bío quedaban cuatro agrupaciones de familias mutiladas que, en esos momentos, sólo por ironía, podían ser llamados pueblos: Concepción, Chillán, Santiago y La Serena.

En cambio, el enemigo que debía enfrentar Ribera era de cuidado. Los indios estaban "todos alzados, soberbios con las victorias y haziendo cada día juntas para conseguir otras mayores" (8). Amén de ello y de la conciencia de su superioridad sobre el español y la certeza de que, a la larga, el triunfo les pertenecía, el desastre de Curalaba dos años antes y las derrotas españolas en general habían unido en un solo bloque a los mapuches, a los huiliches y a varias tribus cordilleranas del norte del Bío-Bío. Junto con pisar tierra penquista, tenía un concepto justo y cabal de la guerra de Arauco y de la situación militar que se vivía. Estimó que, por el momento, no cabía otra medida que socorrer a Arauco y asegurar la línea del Bío-Bío.

Una vez reorganizado y disciplinado el Ejército, que se había generado en una horda casi primitiva y recibidos los refuerzos que esperaba de España, iniciaría la reconquista gradual de los territorios ubicados al sur del río.

(3) Rosales, Diego de. *Historia del Reyno de Chile. Flandes Indiano* por el R. P. Diego de Rosales de la Compañía de Jesús, dos veces V. Provincial de la V. Provincia de Chile, calificador del Santo Oficio de la Inquisición y natural de Madrid, dedicado al Rey de España D. Carlos II. N.S., publicada, anotada y precedida de la vida del autor y de una extensa noticia de sus obras por Benjamín Vicuña Mackenna. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877-1878. Tomo II, Libro V, capítulo XXI, pág. 361.

Despachó a Arauco un buque cargado de trigo, "con muchas armas, ropa y cecina y cinco mil texas para cubrirle" (4) y el 21 de febrero de 1601 se internó con 542 hombres, con rumbo a la misma plaza por la angosta faja de llanura que se extiende entre el mar y la cordillera de la costa. La expedición conducida con gran habilidad, cogió a los mapuches de sorpresa: no tuvieron ocasión de entorpecer la marcha de los conquistadores ni de recoger sus cosechas y sus animales. Ribera hizo reservar el ganado y los víveres que estimó necesarios para el abastecimiento y procedió a quemar las sementeras. El fuerte de Arauco quedó abastecido para largo tiempo y en condiciones para resistir, si los araucanos —que habían huido a las montañas— lograban concentrarse y atacarlo antes del verano próximo.

Nada se sabía de Villarrica desde el comienzo de la sublevación y todo hacía presumir que Francisco del Campo debía atravesar momentos angustiosos en Osorno. Se insinuó al Gobernador la necesidad de socorrer estas dos plazas; pero éste prefirió dar la vuelta a Concepción y fundar los fuertes de Talcahuano y Lonquén (este último cerca de Itata), para afianzar la paz en la ribera norte del Bío-Bío. Es decir, dejando de lado los sentimientos y la orden expresa del Virrey del Perú a su paso por Lima, se ciñó a las frías exigencias de la situación militar: para socorrer a Osorno y a Villarrica era necesario fraccionar en dos porciones, que podían auxiliarse, un Ejército de escaso valer militar.

Si bien perdía estas dos ciudades, salvaba —en cambio— a Concepción y a Santiago de caer fatalmente en poder de los mapuches... como habría ocurrido de atenerse a la desatinada orden del Virrey.

El Gobernador se trasladó a Santiago, a fin de reunir los elementos para la campaña de primavera. Hizo confeccionar vestuarios para la tropa que acababa de llegar de España, casi desnuda; reunió víveres, armas y caballos; recogió a los soldados que andaban dispersos en los términos de Santiago y en seguida se fue a Valparaíso a despachar dos buques con pertrechos y víveres para Concepción, para embarcar en esta ciudad los 200 hombres que le pedía el Coronel del Campo desde Osorno. El Virrey le auxilió con un buque, con \$ 3.500 en

(4) Idem, Tomo II, Libro V, capítulo XXI, pág. 362.

dinero, vestidos, pólvora y municiones. A pesar de estos socorros, debió imponer contribuciones a las empobrecidas ciudades de Santiago y de La Serena y requisar caballos y víveres donde los encontró.

Desde el primer momento comprendió que los pobladores de Chile no podían, a un mismo tiempo, crear un país y hacer la Guerra de Arauco y que esta guerra exigía un Ejército permanente pagado por las cajas reales del Perú. Así se liberaría por una parte a los pobladores de obligaciones incompatibles con el progreso del Reino y se dispondría, por otra, de tropas profesionales disciplinadas que pudieran someter gradualmente a los araucanos. Los pobladores de Santiago y de La Serena, distraídos en la Guerra de Arauco, los veranos y arruinados por las derramas (impuestos), a la larga tenían que sucumbir a manos del pueblo mapuche que, con su modalidad primitiva de vida, llenaban sin cesar las brechas que le abrían el hambre y las armas castellanas.

En resumen, nada podía hacerse con tropas colecticias, que no recibían sueldo y que se alimentaban y se vestían a su costa, Orientó, pues, sus esfuerzos hacia la transformación total del sistema mixto que encontró a su llegada: en un Ejército permanente, numeroso y bien disciplinado. Empezó, por pedir al Rey se pagaran al personal militar los sueldos que a cada uno correspondían por su grado, de acuerdo con un plan debidamente estudiado. Solicitó, a continuación, el aumento de las dotaciones de personal y de los recursos necesarios para pagarlos. Ribera obtuvo lo que pedía. El Rey Felipe III aprobó el establecimiento del Ejército permanente, por Real Cédula de enero de 1603; elevó el auxilio que debía remitir las cajas del Perú a 120.000 ducados y le envió 1.000 hombres para completar las fuerzas. El Virrey del Perú le destinó, por su parte, 371 hombres más (5).

-
- (5) Respecto de las observaciones que hizo Ribera sobre la organización, instrucción y disciplina de las tropas españolas a su llegada a Chile y de las medidas que dispuso para superar este estado de cosas, el lector puede encontrar mayores antecedentes en: Tomo I de la *Historia del Ejército de Chile*, Santiago, Estado Mayor General del Ejército, 1980 (1a. edic.), 1983 (2a. edic. corregida) —González Salinas, Edmundo. Alonso de Ribera y el Ejército del Reyno de Chile en 1600. Santiago, *Memorial del Ejército de Chile*, Año L, Nº 274, bimestre septiembre-octubre de 1956, págs. 117-126.

Ribera fue también autor del plan que, siglos más tarde, permitió a la República someter a los indómitos mapuches. Las líneas de ese plan partían de la base de que ya estaba perdido el territorio ubicado al sur del Bío-Bío y que el socorro de Villarrica y de Osorno era una simple complacencia en sentimentalismo de los colonos con las exigencias políticas del momento. Lo primero era salvar la zona comprendida entre el Maule y el Bío-Bío. En ella, como anteriormente en Arauco, los españoles sólo eran dueños del terreno que pisaban. A fin de crear esta seguridad, determinó fortificar la línea del Bío-Bío no como una frontera definitiva, sino como una defensa provisoria, mientras reunía los elementos necesarios para reiniciar la reconquista del territorio perdido. Ribera dio comienzo a sus campañas militares en el otoño de 1601 y se limitó a reforzar el fuerte de Arauco; en el verano de 1602 salió de nuevo a campaña y después de librar varios combates, dejó relativamente tranquila la región al N. del Bío-Bío.

A mediados de octubre de 1603 inició otra campaña y logró fundar un fuerte en las vísperas de Navidad. Volvió a salir nuevamente hacia el sur, pero bastó su sola presencia para que los indios se dispersaran y rehuyeran enfrentarlo. Las expediciones de 1604 y de 1605, por último, lograron que una sensación de seguridad reemplazara a la zozobra en que habían corrido los años anteriores para los pobladores del norte del Bío-Bío.

Los cuatro años del gobierno de Ribera se caracterizaron por sus ruidosos choques con los Lisperguer y con el obispo Pérez de Espinosa. "Contra lo que se ha creído, ni esos choques ni la vida mundana que llevó hasta su matrimonio, en nada perjudicaron la obra del gobernante y del general. Pusieron en su administración una nota entre pintoresca y escandalosa, y nada más... El genio vivo, impetuoso y atropellador de Ribera difícilmente habría permitido gobernar en paz a un pueblo español de tradición asentada: en el Chile de 1600, apenas se comprende cómo pudo enterar cuatro años de gobierno sin echarse encima la animosidad de la gran mayoría de los pobladores. Su generosidad, su audacia y la simpatía, que formaban el haber de su carácter, operaron seguramente el milagro... Las pendencias de Ribera tuvieron una portada amable y mundana, que los cronistas eclesiásticos de su

gobierno narran con cierto mal disimulado, como si el hecho de referirla, lo condenaría, si no a la condenación eterna, a lo menos a algunos chamuscones en el purgatorio" (63).

Había escandalizado a la devota sociedad de Concepción con la compañía de una muchacha que trajo consigo de Lima, "que metió en su propia casa y la tuvo en ella con tanto desenfado como si fuera su mujer legítima" (7). Más adelante casó con doña Inés de Córdoba y Aguilera y dio por matrimonio a aquélla al capitán de noble estirpe D. Luis del Castillo. Con este matrimonio el alboroto alcanzó su clímax: se dijo que el matrimonio sólo era un subterfugio para conservar a la querida sin perjuicio de la mujer.

La mesa del Gobernador era un banquete permanente. Introdujo —dice una carta anexa al legajo de Informes y Documentos de la Junta de Guerra— "los brindis de Flandes, con muy gran descompostura y bondad poniendo las botijas de vino en las mesas... y brindado con mil ceremonias por cuantos hombres y mujeres le viniesen a la memoria..." (8).

Trabó amistad con la familia Lisperguer, que ocupaba entonces el primer lugar en la sociedad de Santiago, muy especialmente con doña María, mujer del General Juan de Cárdenas y con doña Catalina, mujer de Gonzalo de los Ríos. La amistad duró hasta el matrimonio de D. Alonso con doña Inés de Córdoba y Aguilera. Se alejó en forma correcta y caballerosa de sus antiguas amigas; pero ni ellas ni su familia eran aquéllas que se dejaban burlar impunemente. Por ese mismo tiempo Juan Rodolfo Lisperguer cometió un delito "muy digno de pena capital y ejemplar castigo" (9), al decir del propio Ribera. Este ordenó instruir el proceso de rigor; pero el reo sobornó a su guardia y escapó a la Argentina. Mientras tanto, doña María y doña Catalina, exasperadas con la prisión de su hermano, vertieron veneno en la tinaja del agua que bebía su amigo y enviaron a mejor vida al indio que suministró el tóxico a fin de no dejar rastros del crimen. Al gobernante le fue materialmente imposible castigar como se merecía el delito, en atención al gran número de relaciones y alto rango social de las culpables.

(6) Encina, Francisco Antonio. Obra citada, Tomo II, págs. 349-350.

(7) Citado por Francisco Antonio Encina. Obra citada, Tomo II, pág. 350.

(8) Citado por Francisco Antonio Encina. Obra citada, Tomo II, pág. 352.

(9) Citado por Francisco Antonio Encina. Obra citada, Tomo II, pág. 355.

Pero las mayores dificultades las tuvo Ribera con el Obispo Juan Pérez de Espinosa, que "tenía el genio vivo e irascible, y no estaba siempre dispuesto a sufrir y callar" (10), comenta D. Crescente Errázuriz. El magistrado evitó en grado heroico el pleitear con los ministros del culto; pero Pérez de Espinosa no era una persona fácil de dominar. Baste recordar que estuvo de parte de las hermanas Lisperguer en el incidente que éstas tuvieron con aquél a raíz del intento de asesinato y que, por otra parte, lo excomulgó a propósito de las medidas que tomara contra un minorista que tenía un escándalo con mujer casada.

Alonso de Ribera se dio tiempo para organizar las haciendas y los establecimientos industriales que iban a permitir abastecer de víveres, de equipo y —en parte— de vestuario al Ejército, sin gravar con derramas a los encomenderos y comerciantes. Estableció una talabartería en Santiago para la confección de elementos de suela y cuero. En Concepción fundó talleres de sombrerería, zapatería, sillería y otros artículos. El más importante de estos establecimientos fue tal vez el obraje o fábrica de tejidos de Melipilla, que proveyó al Ejército de frazadas y de tejidos burdos. Hizo construir asimismo grandes cantidades de carretas, para facilitar los transportes y el abastecimiento.

Comprendió también que sin el trabajo obligatorio del indígena, no había la más remota posibilidad de lograr el progreso de Chile, dadas las exigencias militares de la guerra de Arauco y la insuficiencia de población de España para alimentar el crecimiento de los nuevos pueblos de América. Advirtió asimismo que jamás el indígena trabajaría voluntariamente ni podría pagar tasa alguna, como en el Perú. Se dio cuenta, por otra parte, de la necesidad de proteger al indio y de hacer efectiva la reglamentación de su trabajo. Empezó por afianzar a los indígenas la propiedad de la tierra que ocupaban y que sus predecesores les habían reservado. Introdujo algunas innovaciones en la reglamentación del trabajo y designó a un protector de indios y administradores de los pueblos de indígenas encargados de velar por ellos y de vigilar el cumplimiento de las ordenanzas.

(10) Errázuriz, Crescente, *Seis años de la Historia de Chile (1598-1605)*. Santiago, 1881-1882, 2 volúmenes. Citado por Francisco Antonio Encina. Obra citada, Tomo II, pág. 359.

Por Real Cédula de 9 de enero de 1604 fue trasladado al Tucumán. ¿Qué razones movieron a la Corona a tomar tal medida?

Los miembros del Consejo de Indias no tenían la menor idea sobre la naturaleza de la Guerra de Arauco y no se daban cuenta del momento en que Ribera tomó la dirección de la campaña ni del aspecto interno de la lucha. Sólo veían que éste, lejos de reconquistar el sur, acababa de perder a Villarrica y que Osorno quedaba reducido a un fuerte. No dudaban por un momento de la lata capacidad militar del Gobernador, que conocían personalmente y buscaron la razón del que les pareció fracaso creyendo encontrarla en su inexperiencia de la guerra de Arauco. "El juicio sereno de la posteridad es altamente favorable a Ribera. Recibió una situación, en el fondo, mucho más grave que la que siguió a Tucapel y a Marigüeñu, porque la conciencia de que España era importante para luchar con el pueblo mapuche había unido... en un conglomerado a los mapuches y a los huilliches, antes en gran parte indiferentes o aliados a los españoles; y porque la capacidad militar de las huestes de Pelantaru y de sus aliados era muy superior a la de los ejércitos de Lautaro. Sin sus admirables dotes de estratega, los establecimientos españoles habrían desaparecido hasta La Serena inclusive. Recibió la colonia con la mitad del cuerpo ya engullido por la boa araucana y la otra mitad moralmente rendida. La salvó con menores fuerzas que Sotomayor, y casi con la mitad de las tropas con que iba a fracasar estrepitosamente Alonso de García Ramón. El mismo señor Errázuriz (D. Crescente), que tanto recargó las tintas de su mundanalidad y que dispuso los documentos en forma de hacer del señor Pérez de Espinosa un dechado de prudencia, termina por reconocer que a la gran cabeza militar de Ribera, debió España no verse obligada a emprender de nuevo la conquista de Chile" (11).

Fue nombrado nuevamente Gobernador del Reino de Chile por Real Cédula de 23 de febrero de 1611. Tan pronto tuvo conocimiento de ella, se puso en camino para Santiago del Nuevo Extremo. Lo hizo en litera, pues una fístula que persistió hasta la muerte le impedía montar a caballo. Esta circunstancia retardó su llegada hasta el 27 de marzo de 1612.

Estaba muy decaído. "La vejez y enfermedades del señor Alonso de Ribera son tan grandes —escribía en 1613 el capi-

(11) Encina, Francisco Antonio. Obra citada, Tomo II, pág. 360.



Alonso de Ribera y Zambrano
¿ 1559 ? — 1617

Témpera de Julia Berríos
Prop. del DRIE.

tán Diego Portales al Rey— que lo han hecho otro de lo que era, y trocado de suerte de que apenas puede salir a caballo, y de ninguna manera levantar los brazos ni ceñir la espada; y cuando esto tuviera, como tuvo en grado aventajado, siendo plenamente que le falta y va faltando el vigor con las pesadumbres que el gobierno del Tucumán tuvo, con que se halla sin fuerzas para sufrir los trabajos de la guerra, aunque su ánimo y deseo de servir a vuestra majestad es bueno" (12).

Permaneció en Santiago hasta fines de mayo. Pero antes había llegado, procedente del Perú, el padre Luis de Valdivia con instrucciones del Virrey relativas a la nueva modalidad de guerra. Ribera se fue a Concepción dispuesto a cumplir lealmente las órdenes del monarca y a facilitar la tarea al jesuita. A raíz del asesinato de tres misioneros que se internaron en la Araucanía, Valdivia escribió a Ribera pidiéndole "los ha de castigar con la poderosa mano o ha de mudar los ánimos de los bárbaros" (13). A pesar de su postración física, Ribera conservaba su lucidez intelectual. Se dio cuenta que el plan de los mapuches era provocar a los españoles a abandonar los fuertes para internarse a castigar a los asesinos y destruir en una emboscada a las tropas expedicionarias (que no contaban ahora con el concurso de los indios aliados) o caer sobre los fuertes cuando éstos fueren desguarnecidos. En consecuencia, se negó a debilitar las guarniciones y este hecho condujo a la trizadura de sus relaciones con el padre Valdivia. Los indígenas, interpretando la inacción como síntoma de debilidad, atacaron de nuevo; mas fueron totalmente aniquilados en el primer encuentro.

Ribera se decidió a organizar apresuradamente la defensa del Bío-Bío; pero, dada la situación producida, era imposible permanecer a la defensiva. Atravesó el Bío-Bío llevando consigo, además, la totalidad de las lanzas de Arauco. La expedición, conducida con gran energía, asoló los campos y dispuso a los indios de Purén, protegiendo momentáneamente el valle de las depredaciones de Ancanamón.

Las consecuencias de los errores del padre Valdivia no se limitaron a desencadenar sobre él y la Compañía de Jesús la animosidad de los pobladores y del resto del clero. Originaron,

(12) Citado por Diego Barros Arana. Historia General de Chile. Tomo IV, 1a. edición. Santiago, Rafael Jover, editor, 1885, pág. 44. Nota 1. El informe está fechado en Concepción, 30 de octubre de 1613.

(13) Citado por Francisco Antonio Encina. Obra citada. Tomo III, 4a. edic. Santiago, Editorial Nascimento, 1956.

también, la ruptura definitiva entre el Gobernador y el jesuita. Al informar al Virrey sobre estos sucesos, a comienzos de 1613, D. Alonso descargó sobre el religioso la responsabilidad de lo ocurrido. Dentro de las disposiciones que regulaban sus relaciones con él, no se había creído facultado para impedirle la peregrina idea de internar misioneros en el dominio mapuche. Pero el Virrey, que le tenía mala voluntad y le creía —con razón— enemigo de la guerra defensiva, no aprobó su conducta. El padre Valdivia, en represalia, concentró sus energías y su astucia en indisponer a Ribera con la corte. Obtuvo el triunfo: recibió amplísimos poderes para dirigir la guerra de Arauco y con los recursos necesarios para pagar el Ejército que debía sostener su sistema. La Real Cédula de 3 de enero de 1616 —que llegó a Chile un año más tarde— confirmaba los susodichos poderes...

Alonso de Ribera no alcanzó a imponerse de ello. Su salud estaba muy quebrantada y sólo su enérgica voluntad le había permitido dirigir los negocios administrativos y la guerra defensiva desde Concepción. El 1º de marzo de 1617 solicitó su relevo en una carta que no pudo firmar. El día 9 nombró al licenciado Fernando Talavera Gallegos para que le sucediera en el carácter de Gobernador interino y falleció horas más tarde.

Su muerte fue sentida por todo el Reino. Rosales afirma que "fue enfermando gravemente y la calambres le apretó y encogió de suerte un brazo que no podía firmar, y fue necesario para los despachos imprimir su nombre en un sello con que se firmaban". Advierte en otra parte que murió "con sentimiento de todo el Reyno, por muy amado en todo él, confesando la voz general que animoso general ni más entendido en la guerra no había venido a Chile... en su muerte lució el esplendor de su fama y se immortalizaron sus hechos, alabando todos su presencia, afabilidad, entereza, magnanimidad, justicia y clemencia; que de todas virtudes dio claros testimonios" (14).

-
- (14) Rosales, Diego de. Tomo II, Libro VI, capítulo XXI, págs. 617-618. El Padre Rosales agrega en nota al pie de página que: "El último acto administrativo del ilustre Ribera fue la instalación en Chile de la orden hospitalaria de San Juan de Dios, encargado de tomar a su cargo los dos miserables hospitales que había entonces en todo el Reino, es decir, el de Concepción y el del "Socorro" en Santiago. Firmó el Gobernador esas provisiones el mismo día de su muerte".

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomo IV, 1ra. edición. Santiago, Rafael Jover, editor, 1835.
- 2.—CAMPOS HARRIET, FERNANDO. Alonso de Ribera. Gobernador galante y visionario. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1965.
- 3.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo II, 3ra. edic. Santiago, Editorial Nascimento, 1954. Tomo III, 4a. edic. Santiago, Editorial Nascimento, 1956.
- 4.—ERRAZURIZ, CRESCENTE. Seis años de la Historia de Chile (1598-1605). Santiago, 1881-1882, 2 Volúmenes.
- 5.—GONZALES SALINAS, EDMUNDO. Alonso de Ribera y el Ejército del Reyno de Chile en 1600. Santiago, *Memorial del Ejército de Chile*, Año L, N° 274, bimestre septiembre-octubre de 1956, págs. 117-126.
- 6.—HISTORIA DEL EJERCITO DE CHILE. Tomo I, El Ejército del Reino de Chile. 1603-1810. Santiago, Estado Mayor General del Ejército, 1980 (1a. edic.), 1983 (2a. edic. corregida).
- 7.—MEDINA, JOSE TORIBIO. Diccionario biográfico colonial de Chile. Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1906.
- 8.—ROSALES, DIEGO DE. Historia del Reyno de Chile. Flandes Indiano por el R. P. Diego de Rosales de la Compañía de Jesús, dos veces V. Provincial de la V. Provincia de Chile, calificador del Santo oficio de la Inquisición y natural de Madrid, dedicada al Rey de España D. Carlos II N.S., publicada, anotada y precedida de la vida del autor y de una extensa noticia de sus obras por Benjamín Vicuña Mackenna. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877-1878. 3 Tomos.
- 9.—TELLEZ, INDALICIO. Historia Militar de Chile. 1520-1833. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 Tomos.
- 10.—VICUNA MACKENNA, BENJAMIN. Los Lisperguer y la Quintrala (Doña Catalina de los Ríos). Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1950. 2a. edición.

17.—ALONSO DE SOTOMAYOR

Nació en Trujillo de Extremadura en 1546. Fue hijo de Gutierre de Sotomayor, gran caballero, Maestre de Alcántara, fundador de la casa de los Condes de Venalcázar y de doña Beatriz de Valmediano.

D. Alonso fue criado en Madrid y desde pequeño mostró su inclinación por la profesión de las armas; a los 15 años de edad se alistó para ir al socorro de la isla de Malta, en compañía de Juan de Ibarra, "que murió después en Flandes dando muestras de gran valor". Pero terminada la campaña en los momentos en que llegaba a Sicilia, sentó allí plaza de soldado "con dos escudos de ventajas que le dio el visorey". En 1567 pasó a Flandes, en el Ejército del Duque de Alba para la guerra de pacificación y allí permaneció hasta los días de la prisión de los Condes de Horn y de Egmont. Enviado a España, en calidad de alférez "y en guarda del Conde de Bura, hijo del Príncipe de Orange, que el Duque de Alba envió preso", reclutó una compañía y con ella regresó a Flandes. El Duque de Alba le dio a cambio una compañía "de soldados viejos, con la cual se halló acudiendo en todas las ocasiones que se ofrecieron". Se encontró en el asalto a la abadía de Espinleu, junto a Mons y en el sitio de trece meses en Harlem, en Holanda, y "trabajó mucho el dicho don Alonso de manera que le dio un tabardillo de que estuvo muchos días muy malo". En uno de los reconocimientos "le dieron cuatro arcabuzazos en la rodela y celada y uno sobre el ojo". En el asalto a la villa de Alquemar le encargaron "echar un puente, el cual echó haciéndole y matándole todos los soldados que llevó consigo y le dieron un arcabuzazo por una corba de que estuvo muchos días estropeado". En el cerco de Leyden recibió "otro arcabuzazo en una pierna que le rompieron una canilla". En Audewater fue víctima de un disparo en la boca "de que estuvo a la muerte y le llevó la mitad de las quijadas y ocho dientes haciéndole la lengua pedazo". A raíz de la victoria de Cirquicea recibió la misión de llevar "a

su Majestad la nueva de la victoria y él diese particular cuenta de todo lo que convenía a su servicio" (1).

En su obra "Los sucesos de Flandes del tiempo de Alejandro Farnese", el Capitán Alonso Vázquez sintetiza así la actuación de D. Alonso de Sotomayor en los dichos sucesos: "Siendo capitán de lanzas españolas en Flandes, hizo cosas muy señaladas, mostrando, en todas las ocasiones que se ofrecieron, ser muy valiente y gallardo caballero, porque peleó con los rebeldes con mucho ánimo, y lo que aprendió en la Escuela de Alejandro Farnesio lo aprovechó muy bien en las Indias, y lució de manera que se sacó mucho fruto de sus servicios, y los hizo tan peculiares y estimados como de un tan honrado caballero se podía desear". Desempeñó, además, otras comisiones de importancia que le confirió D. Juan de Austria en los años 1577 y 1578 cerca del Duque de Guisa y de parte del Príncipe de Parma para el Rey, en 1579, cuya respuesta se le encargó también conducir. Pasó a Colonia, regresó luego a Madrid (1580) y siguió por orden del Rey a Portugal. En Badajoz se le hizo saber que había sido nombrado Gobernador del Reino de Chile.

A éste era necesario enviar, en esos momentos, un mandatario joven, enérgico y entendido tanto en los problemas de la guerra como en los relativos al gobierno de un Estado. "Se sostenía aquí desde treinta años una guerra encarnizada. Un puñado de indios bárbaros y despreciables había detenido a los españoles en su carrera de conquista y parecía desafiar el poder del monarca más poderoso de Europa. Los refuerzos que el Rey y sus representantes enviaron para secundar la conquista de Chile habían sido ineficaces" (2). La Corona encontró el Gobernador que necesitaba en el joven Capitán Alonso de Sotomayor, 35 años de edad y con una hoja de servicios asaz brillante. Felipe II advirtió su valer, le hizo gracia del hábito de caballero de la Orden de Santiago y lo retuvo en la Corte con el propósito de confiarle un mando de importancia en la cam-

-
- (1) Caro de Torres, Francisco. Relación de los servicios que hizo a M. del Rey don Felipe II y III don Alonso de Sotomayor. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo V. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1864, págs. 9-11.
 - (2) Barros Arana, Diego. Historia General de Chile. Tomo III. 2a. edición corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1930, pág. 27.

paña que en esos días se preparaba sobre Portugal. Mas, ante la gravedad de la situación de Chile y del Pacífico, resolvió desprenderse de él y confiarle la gobernación del país (Real Cédula de 19 de marzo de 1581).

Sotomayor partió con 600 hombres de San Lúcar de Barrameda, el 27 de septiembre del mismo año, en la Armada del General Diego Florez de Valdés y que una tempestad obligó a recalar en Cádiz. Entre los navíos hundidos no se contó ninguno de los que venían a Chile; pero en Cádiz la desertión redujo la columna a 520 hombres. La idea primitiva era atravesar el Estrecho de Magallanes con Florez de Valdés y llegar hasta Concepción o Valparaíso por vía marítima. El fracaso del General en la búsqueda del citado Estrecho y el regreso de la escuadra a Santa Catalina, en las costas del Brasil, decidieron a Sotomayor recalar en Buenos Aires, para proseguir a Chile por tierra. Aunque perdió un navío con armas y equipo a la entrada del río de la Plata, logró desembarcar su gente con notable felicidad. Le fue fácil adquirir caballos, ya muy abundantes en esa provincia, así como carretas y otros elementos de transporte para la artillería, los bagajes y las provisiones. Allanadas las dificultades, confió la conducción de las tropas a su hermano Luis y se adelantó con ocho compañeros a tomar las riendas del gobierno de Chile. Llegó a San Juan el 12 de abril de 1584; pero ese año la Cordillera de los Andes se había cerrado muy temprano, de modo que debió resignarse a invernar en las provincias de Cuyo, donde se hizo recibir en calidad de Gobernador.

Desde sus primeros pasos en América comenzó a comprender las dificultades que lo aguardaban en el cumplimiento de su misión. En Buenos Aires y Santa Fe, dos ciudades enteramente desligadas de los intereses de Chile, no recibió la menor ayuda que no fuera cancelada a precio de oro. Más aún, sus habitantes estimulaban las desertiones al asustar a los soldados con los padecimientos de la guerra de Arauco y al ampararlos en su fuga. Su tropa sufrió, pues, una nueva reducción y quedó en las 430 plazas...

El nombramiento del nuevo Gobernador sólo se supo en Santiago el 6 de junio de 1583, casi dos meses después de la llegada de éste a San Juan. Su impaciencia le impidió esperar se abriera la cordillera y es así como acompañado de unos cuantos capitanes llegó el 17 de septiembre a Aconcagua y entró el 19 a Santiago del Nuevo Extremo. Muy pronto logró confir-

mar los antecedentes que ya tenía sobre la difícil situación por que atravesaba el país, empobrecido por la guerra y fraccionado en razón de las rivalidades entre los mismos conquistadores. Con fecha 26 de septiembre escribía a Felipe II: "Hallo este reyno afligidísimo, pobre y disipado de todos los medios que me pueden ayudar. La gente de guerra que hay en él (recargada) de muchos servicios, licenciosa y libre, acostumbrada a grandes socorros. La que yo traigo, desnuda y perdida; y los unos y los otros les parece mi venida ha sido para remediarlos a todos y cumplirles sus peticiones. Los mercaderes muy pobres por las derramas continuas que se les han hechado. Los vecinos consumidos. La caja de V. M. es tan pobre que no alcanza los salarios de los oficiales y míos, de manera que por todas partes me veo imposibilitado para conseguir lo que deseo. Y así, ha de ser forzoso ir haciendo y hacer muchos agravios, y quitar la hacienda a todos para reparar este reyno y que no se acabe de perder; y ante Dios me descargo de todo lo que en esto hiciere por V. M. y su real Consejo de Indias" (3).

"Entre todos los gobernadores que hasta este momento han desfilado, ninguno se había dado cuenta de la verdadera situación militar y social de Chile con la rapidez que Sotomayor... Ni los soldados que podían reunir sumando a las tropas chilenas los 430 hombres que trajo de España, ni los recursos de las cajas reales de Chile permitían intentar, con alguna probabilidad de éxito, la pacificación de Arauco. Las entradas de las cajas reales habían bajado a \$ 30.000. Era demasiado sensato para desesperar a los pobladores, despojándolos de sus últimos recursos" (4).

En tal evento estimó necesario despachar a Lima al Capitán Pedro de Lisperguer con instrucción de presentarse a la Real Audiencia —que gobernaba el Perú por fallecimiento de D. Martín Enrique— e impetrarle el auxilio de gente, armas, vestuario y dinero para iniciar a la brevedad una nueva campaña contra los araucanos. "Por no hallarme con ropa para vestir la gente que he traído y la que está aquí, y por no tener

(3) Carta de Alonso de Sotomayor a Felipe II, de 26 de septiembre de 1583. Citado por Diego Barros Arana. Obra citada, Tomo III, págs. 36-37.

(4) Encina, Francisco Antonio. *Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891*. Tomo II, 3a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1954, págs. 113-114.

pólvora —escribía Sotomayor al soberano el 31 de octubre de 1583— podría perder el no salir este verano a la guerra, que fuera de gran efecto, aunque saliera al cabo de él" (5). Logró, sin embargo, enviar al sur unos 200 arcabuceros al mando de su hermano Luis y de Lorenzo Bernal del Mercado. Estas fuerzas realizaron campeadas que no merecerían siquiera citarse, a no mediar la circunstancia de que el último de los nombrados a punto estuvo de perecer en una trampa.

En la primavera de 1584 el Gobernador pudo dirigirse al sur "con un lucido exercito" (6). Después de visitar la naciente ciudad de Chillán, se detuvo quince días en Quinel, cerca del Itata, donde revistó 390 soldados y 300 indios amigos. En seguida avanzó hasta Angol y desde allí abrió la campaña. Una columna de 150 hombres, al mando del Capitán Alonso García Ramón —"soldado de mucho valor y experiencia" (7), partió a recorrer los campos vecinos, con instrucciones de infligir un serio escarmiento a los naturales. El propio Sotomayor partió el 20 de diciembre al frente de 280 hombres. Penetró en Purén, transmontó la cordillera del Nahuelbuta y cayó sobre Tucapel y Arauco y asoló a su paso la comarca, "sin sucederme guazayara ni reencuentro alguno, porque no se concertaron las juntas que suelen hacer, ni les di tiempo para ello" (8). El padre Rosales cuenta que "en Arauco abrasaron los indios todas sus casas, así por hallarse más desembarazados para pelear como por no dexar esa gloria al enemigo de que se las queme. Echaron las familias a los montes, recogiendo

(5) Carta de Alonso de Sotomayor a Felipe II, de 31 de octubre de 1583. Citado por Diego Barros Arana. Obra citada, Tomo III, pág. 44.

(6) Rosales, Diego de. Historia del Reyno de Chile. Flandes Indiano por el R.P. Diego de Rosales de la Compañía de Jesús, dos veces V. Provincial de la V. Provincia de Chile, calificador del Santo Oficio de la Inquisición y natural de Madrid, dedicada al Rey de España D. Carlos II. N.S., publicada, anotada y precedida de la vida del autor y de una extensa noticia de sus obras por Benjamín Vicuña Mackenna. Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1877-1878. Tomo II, Libro IV, capítulo LI, pág. 220.

(7) Idem, Tomo II, Libro IV, capítulo LI, pág. 220.

(8) Carta de Alonso de Sotomayor a Felipe II, de 9 de enero de 1585. Citado por Diego Barros Arana. Obra citada, Tomo III, pág. 47.

a ellos sus alaxas y comidas conforme la prisa les dio lugar" (9).

Alejo Díaz, el mestizo —Paiñemancu, entre los mapuches— había dispuesto que, en lugar de presentarles combate, se gastaran las energías de los españoles en correrías inútiles para caer sobre ellos cuando se les estimara debilitados. En uno de los encuentros, los mapuches fueron dispersados y perdieron a su jefe, que cayó prisionero con sus antiguos aliados. Sotomayor, por su parte, se internó en la provincia de Mareguano, en persecución de una columna indígena comandada por el mulato tráfuga que había sido segundo de Alonso Díaz. Una noche cayó dicho mulato sobre el campamento español y felizmente García Ramón alcanzó a defenderlo con el cuerpo de guardia y logró rechazar a los asaltantes hasta el río.

D. Alonso de Sotomayor se encontraba de regreso en Angol el 9 de enero de 1585. Allí se impuso de que su hermano Luis nada había adelantado en el desempeño de la misión que le confiara en los términos de Valdivia y de Osorno. "Aquella campaña de sólo veinte días había dado a conocer al gobernador las condiciones especiales de la guerra que era preciso sostener con los araucanos, el carácter pertinaz de estos bárbaros y las ventajas que con las sierras, las quebradas, los ríos y las ciénagas les ofrecía el suelo de su patria para la prolongación de la lucha. Don Alonso adquirió, desde luego, la convicción de que aquella guerra no podía terminarse sino contando con tropas y con elementos muy superiores a los que hasta entonces se habían puesto en servicio y que aún así sería necesario mantenerse sobre las armas durante algunos años con fuerza suficiente que impusiesen al enemigo" (10). Se dio cuenta de que era preciso volver al programa iniciado, con fuerzas insuficientes, por D. Pedro de Valdivia, proteger en forma permanente con un fuerte o ciudad la comarca ocupada; enlazar entre sí estos establecimientos y dotarlos, además, de su guarnición y de unidades móviles, listas para concentrarse en el lugar amagado. El plan exigía no los 1.000 soldados que creyó suficiente el Gobernador, sino "cinco veces este número y recursos de que Chile no disponía" (11). Despachó, desde

(9) Rosales, Diego de. Obra citada, Tomo II, Libro IV, capítulo II, pág. 221.

(10) Barros Arana, Diego. Obra citada, Tomo III, pág. 49.

(11) Encina, Francisco Antonio. Obra citada, Tomo II, pág. 169.

Angol, al Capitán Juan Alvarez de Luna a pedir dichos recursos a la Real Audiencia que gobernaba provisoriamente al Perú. Al mismo tiempo escribió al monarca de España para darle cuenta del estado de la guerra y para reclamar el envío de una nueva división de refuerzo. "Si me los envían para diciembre que viene, y un navío, al año siguiente que lleguen, lo estará (pacificado); y cuanto más se dilate esta provisión y más limitadamente se me enviare tanto más se alargará esta guerra..." (12).

En el verano siguiente y sin aguardar los refuerzos que había pedido a España y al Perú, comenzó a poner en ejecución su plan de campaña. En el lugar llamado Millapoa construyó dos fuertes, uno en cada orilla del Bio-Bío, que denominó de la Trinidad y del Espíritu Santo y, además, un tercero en Purén destinado a interceptar las comunicaciones entre los mapuches y los picunches. Como estos fuertes no cumplieron su objetivo, Sotomayor se resolvió a pasar el invierno en esos lugares. Los españoles se vieron forzados a sostener frecuentes combates que le producían duras fatigas y los mismos riesgos de épocas anteriores. Los indios, lejos de someterse, hostilizaban a toda hora a sus defensores y ello no dejaría de producir, tarde o temprano, el aniquilamiento de las fuerzas de estos últimos.

A mediados de 1585, cuando Sotomayor esperaba los auxilios que había reclamado, llegó a Valparaíso el *San Juan de Antona*, procedente del Perú, con carga surtida para los mercaderes y pólvora y fierro para el Gobernador. La explosión casual de una botija de pólvora hizo volar el buque con toda su tripulación y todo su cargamento. "Esta ha sido —escribía D. Alonso al Virrey del Perú— la mayor desgracia que al presente podía venir a este reyno, así por la gran necesidad que en él había de todo lo que en él venía, como por quedar destruidas muchas personas del, y todos los mercaderes que continuaban esta navegación, perdidos" (13).

La condición de la tropa era la más triste y miserable que es dable presumir. Aquellos soldados, que rara vez recibían

(12) Carta de Alonso de Sotomayor a Felipe II, de 9 de enero de 1585. Citado por Diego Barros Arana. Obra citada, Tomo III, págs. 50-51.

(13) Carta de Alonso de Sotomayor al Virrey del Perú, de 1º de febrero de 1586. Citada por Diego Barros Arana. Obra citada, Tomo III, pág. 52.

paga, mal comidos y peor equipados, vestidos casi siempre de andrajos, obligados a soportar las mayores privaciones, inspiraban desde hacía tiempo los más vivos temores. Efectivamente, en los últimos meses de 1585 el mandatario debió sofocar dos conspiraciones cuyo alcance es difícil calcular por la situación que se vivía. Por otra parte, las fuerzas se habían desgastado con gran rapidez por el hecho mismo de haberse conducido las operaciones con un ímpetu arrollador. Juntamente con advertir el debilitamiento de los españoles, los mapuches reiniciaron la ofensiva en forma de golpes parciales contundentes, que no tuvieron el éxito esperado, pero que reflejan un proceso notable en su capacidad guerrera. No llegaban socorros del Perú ni de España... ni habrían venido tampoco a no ser por la nueva aparición de piratas en el océano Pacífico. El Virreinato no estaba dispuesto a seguir socorriendo a los soldados que luchaban en Arauco y el Rey, por su parte, estaba muy lejos y muy embarazado por los graves asuntos de Europa. "Felipe II había confiado una tarea difícil a un hombre superior, capaz de llevarla a término, para abandonarle en seguida y conducirlo al fracaso" (14).

Hasta la aparición del corsario Cavendish en las costas de Chile, en el año de 1587, las autoridades de Lima no habían dado la menor importancia a los insistentes pedidos de auxilio de Sotomayor. Estaban persuadidos de que el Estrecho de Magallanes se encontraba resguardado por las poblaciones y por los fuertes que allí fundara Sarmiento de Gamboa. Cuando se impusieron de la trágica suerte corrida por la población de esos establecimientos —muerte por frío y por hambre— una saludable reacción se hizo sentir en el gobierno de D. Martín Enrique. Y no se trataba de simples rumores sobre aparición de piratas. Desde Madrid se había avisado al Virrey, en 1586, que se apresaban en Inglaterra numerosos corsarios para medrar en el Pacífico y que las relaciones con este país amenazaban con la ruptura, como consecuencia de estas correrías. De aquí que cuando nueve meses más tarde se supo la noticia de la aparición de Cavendish, se temió justificadamente que sus buques fueran sólo la vanguardia de la masa de filibusteros que se preparaba para caer sobre la mar del sur. No es, pues, extraño que de la inactividad e indolencia se pasara bruscamente al dinamismo y se arbitraran diferentes medidas para la defensa de

(14) Encina, Francisco Antonio. Obra citada, Tomo II, pág. 124.

las costas y del comercio. A Sotomayor se le envió, por ejemplo, un refuerzo de 300 hombres... asaz insuficiente para cambiar la fisonomía de la guerra de Arauco. Pero el Gobernador había enviado a su hermano Luis, en febrero de 1586, a solicitar refuerzos de Felipe II y los aguardaba de un momento a otro. Efectivamente, fracasado el proyecto de invasión de Inglaterra, con la pérdida de la Armada Invencible, el Rey volvió a prestar atención a los sucesos que ocurrían en este "acabamiento de tierra". Hizo reunir un cuerpo de 700 hombres regularmente equipados, que zarpó del puerto de Cádiz el 13 de marzo de 1589. Se tenía pensado enviarlo a Chile vía Buenos Aires, de acuerdo con la indicación de Sotomayor. Pero, consultados los prácticos, quedó resuelto el viaje en la flota de Tierra Firme, vale decir vía Panamá-Mar del Sur.

Quiso la mala suerte de nuestro Gobernador que en el mismo convoy viajara, como Virrey del Perú y jefe supremo de la expedición, García Hurtado de Mendoza, Gobernador de Chile entre 1557 y 1560. Al desembarcar en Madre de Dios observó D. García que el tesoro que anualmente remitía el Perú a España estaba retenido en el puerto, por temor de que fuera a caer en manos de los piratas que infestaban el Atlántico. Dispuso que D. Luis se reembarcara inmediatamente con su gente y regresara a España en la misma flota, a fin de defenderla de un posible ataque de los bandidos del mar. Al informar al Rey de su actitud, García Hurtado de Mendoza le anunciaba que procedería a organizar en los dominios de América un cuerpo que reemplazase al que había devuelto a la península. Pero en realidad no alcanzó a reunir más allá de 200 hombres, que remitió a Chile a las órdenes de los Capitanes Pedro Páez de Castillejo y Diego de Peñalosa Briceño.

La inconsulta resolución de D. García iba a decidir la suerte de Sotomayor en la pacificación de Arauco. Como buen soldado, no le quedó otro camino que acatar la decisión superior y emprender la ofensiva que aquél dispusiera sin la menor esperanza de éxito definitivo. Como la estación veraniega estuviera muy adelantada, debió esperar la primavera próxima para abrir la campaña y aprovechó aquellos meses para reunir la gente, equiparla y armarla y partió de Santiago el 7 de octubre de 1590. En el mes de noviembre procedió a revistarla en las proximidades de Angol y pudo contar 515 soldados españoles y más de 1.300 indios auxiliares. Partió de las orillas del Bío-Bío, del sitio llamado Millapoa, recorrió los campos de Talcamá-

vida y, tomando hacia la costa, llegó hasta el pie de la célebre cuesta de Miragüenu (o de Villagra). Los indígenas obtuvieron del terreno el mayor partido posible y lo fortificaron hábilmente; pero las fuerzas de Sotomayor triplicaban a las de Francisco de Villagra. Después de prolijos reconocimientos, desalojó a los mapuches de sus posiciones, mediante una serie de asaltos dirigidos con tanta energía como inteligencia. Los conquistadores acometieron "con gallarda resolución, que rompieron la fuerza y ganaron el fuerte, peleando valerosamente con los indios hasta echarlos por la cuesta avaxo, los quales hecho cara a los españoles con muchas bravatas, vocería y flechas no pudiendo sufrir el valor de los españoles desampararon la plaza y el fuerte, dexando allí muertos y mucha sangre derramada de una y otra parte" (15).

Los vencedores prosiguieron tranquilamente hasta Arauco. A corta distancia del sitio donde había existido anteriormente, a orillas del río Carampagne, echó Sotomayor los cimientos de una plaza militar a la que dio el nombre de San Ildefonso. Aunque batió a los indios rebeldes en su camino, hasta el sitio en que se había levantado la ciudad de Cañete, comprendió que esas ventajas alcanzadas tan fácilmente no tenían importancia alguna. Los mapuches le hacían el vacío y se limitaban a la guerra de recursos, a fin de fatigarlos lo más posible. La viruela abrió un paréntesis en las hostilidades: murieron "algunos soldados españoles del aire corruptor de la peste de viruela y sarampión y todos los indios de servicio que llaman yaconas, sin quedar uno con ser más de mil trescientos, en tanto grado que ni el Maestre de campo ni los capitanes tuvieron quien enxillase el caballo". Los mapuches, por su parte, perdieron por la epidemia "muchísimos millares de indios, que no ubo guerra para ellos como esta" (16).

El Gobernador resolvió aprovechar la tregua que el invierno y la viruela habían impuesto a la guerra para enviar a Lima un hombre caracterizado y de experiencia que explicase al Virrey las verdaderas condiciones de la guerra de Chile, tan distintas a las de los días ya distantes de su gobierno y la inutilidad de los esfuerzos que se gastaran, si el territorio indígena

(15) Rosales, Diego de. Obra citada. Tomo II, Libro IV, capítulo LVII, pág. 255.

(16) Idem. Tomo II, Libro IV, capítulo LVII, pág. 259.

no era ocupado en forma permanente. De acuerdo con el memorial que le entregó debía pedir 300 hombres bien equipados, \$ 70.000 en ropa para vestir a los soldados que quedaban en Chile, un navío que recorriese sus costas y un auxilio de municiones y de armas, entre las cuales se reclamaban especialmente 6 piezas de artillería. Este emisario era Alonso García Ramón, tan valiente capitán como hábil diplomático. Sin embargo, cuando comenzaron a hacerse los aprestos, aparecieron las dificultades de todo orden. El Virrey no encontraba gente dispuesta a enrolarse para Chile ni poseía recursos abundantes para enviar los otros auxilios. A duras penas consiguió reunir 106 hombres, regularmente equipados, una escasa cantidad de ropas y una carta para el Gobernador del Reino, que trazaba un cuadro "bastante claro y comprensivo de la situación deplorable en que se hallaba el tesoro del poderoso Rey de España" (17).

El exiguo refuerzo peruano, que llegó en diciembre de 1591, no bastaba para llenar los claros que la viruela había producido en las filas. "El estado de los soldados estaba el más flaco y necesitado, porque en diez meses, desde el fin del año 90 hasta abril del 92, faltaron cerca de 300 soldados, y los que quedaron, muy maltratados y destruidos por la causa del incendio y quema del fuerte de Arauco, donde se les quemó toda la ropa que tenían" (18). Sin sentirse abatido, sin embargo, creyó D. Alonso que todavía era tiempo de hacer un nuevo esfuerzo para dar cima a la empresa que había acometido y que si obtenía los socorros solicitados, impondría para siempre el dominio de la Corona en el territorio mapuche. Convencido, además, de que nadie mejor que él haría comprender a las autoridades virreinales las condiciones de la guerra, determinó tras-

(17) Carta inédita del Marqués de Cañete a don Alonso de Sotomayor, Lima, octubre 18 de 1591. Citado por Diego Barros Arana. Obra citada. Tomo III, pág. 127.

(18) Parte de un informe inédito, que en diciembre de 1594, hizo levantar en las ciudades del sur, el Gobernador de Chile, Martín García Oñez de Loyola, para hacer constar el estado del país cuando él se recibió del mando. Citado por Diego Barros Arana. Obra citada, Tomo III, págs. 127-128

ladarse inmediatamente al Perú. El 30 de julio de 1592 se embarcó para el Callao, luego de dejar al Coronel Francisco del Campo al mando de las tropas de Valdivia y de las ciudades australes y a García Ramón el de las ciudades y fuertes del Bío-Bío. El licenciado Pedro de Viscarra, letrado anciano y circunspecto, asumió el mando supremo, en su carácter de Teniente de Gobernador y Justicia Mayor del Reino.

Al llegar a Lima se impuso que el Rey le había relevado de la gobernación con fecha 18 de septiembre de 1591 y que su sucesor, D. Martín García Oñez de Loyola, caballero de la Orden de Calatrava, se preparaba para asumir el cargo. En el acto dio la vuelta a Chile a fin de rendir cuenta de sus actos en el inicio de residencia a que estaban obligados los altos funcionarios de la administración hispánica. El juez de la causa, licenciado Luis Merlo de la Fuente, declaró, con aprobación general, que su conducta había sido limpia y recta. Se embarcó en seguida hacia el Callao, con la intención de continuar a España; pero el Virrey Mendoza, que había observado sus notables aptitudes, le encomendó el Gobierno de Panamá, que pasaba por momentos muy difíciles a causa de las amenazas del corsario inglés Francisco Drake. Sus grandes éxitos en el nuevo destino le dieron un gran prestigio y una celebridad merecida. Por Real Cédula de 7 de enero de 1604 Felipe III le nombró, por segunda vez, Gobernador de Chile y le encargó se hiciera cargo de su puesto a la brevedad, a fin de poner término a los desastres de la guerra.

Las ciudades de Chile, juntamente con solicitar la vuelta de Sotomayor, habían pedido que el país fuese elevado al rango de Virreinato y el mismo ilustre Capitán, al corriente de estas diligencias, se lisonjeó indudablemente con la esperanza de obtener el título de Virrey. La resolución del monarca fue, empero, negativa y D. Alonso —a su vez— rechazó perentoriamente el puesto de simple Gobernador, alegando edad y salud en mal estado. Falleció en 1610 como miembro del Consejo de Indias y vocal de la junta de guerra.

“Entre Sotomayor y sus antecesores en el gobierno de Chile media una gran distancia. Fue una personalidad superior, malgastada en una empresa que no excedía a sus aptitudes, pero para la cual se le negaron los recursos que, suministrados oportunamente, tal vez habrían puesto término a la pacificación de Arauco. Alonso de Ribera lo excedió mucho en genio militar y en las dotes de gobernador; mas, hasta llegar a don



DON ALONSO DE SOTOMAYOR.
HONRADO CABALLERO, QUE FUE PAJE DE FELIPE II EN SU MOJEDAD.
CORREO DE GABINETE I SOLDADO DE FLANDES. DEFENDIÓ LA COLONIA
CONTRA LOS INGLESES I HOLANDESES E HIZO CRUDA GUERRA A LOS
INDIANOS. FUE DESPUES GOBERNADOR DE PANAMÁ.
GOBIERNO DESDE 1583 A 1592.

Alonso de Sotomayor
1546 — 1610

Ambrosio O'Higgins, no volveremos a encontrar entre los gobernantes de la colonia un conjunto de aptitudes, de rectitud, de tino, de prudencia y de energía semejante al que exteriorizó Sotomayor. Tampoco veremos repetirse la oportunidad que Felipe II desperdició no dirigiendo a Chile, bajo las órdenes de Sotomayor, los 3.000 hombres que se malbarataron en la desastentada tentativa (de Sarmiento de Gamboa) de población del Estrecho" (19).

(19) Encina, Francisco Antonio. Obra citada, Tomo II, pág. 134.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de Chile*. Tomo III, 2a. edición corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1931.
- 2.—CARO DE TORRES, FRANCISCO. *Relación de los servicios que hizo a M. del Rey don Felipe II y III don Alonso de Sotomayor*. Colección de *Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional*. T V. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1864.
- 3.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891*. Tomo II, 3a. edición, Santiago, Editorial Nascimento, 1954.
- 4.—ROSALES DIEGO DE. *Historia del Reyno de Chile. Flandes Indiano*, por el R.P. Diego de Rosales, de la Compañía de Jesús, dos veces V. Provincial de la V. Provincia de Chile, calificador del Santo Oficio de la Inquisición y natural de Madrid, dedicada al Rey de España, D. Carlos II N. S., publicada, anotada y precedida de la vida del autor y de una extensa noticia de sus obras por Benjamín Vicuña Mackenna. Valparaíso. Imprenta de El Mercurio, 1877-1878. 3 tomos.

18.—PEDRO DE VALDIVIA

Hasta hace poco no se conocían a ciencia cierta ni el nombre del padre de don Pedro de Valdivia ni el lugar exacto del nacimiento de este último. Si hemos llegado a saberlo ahora lo debemos a la investigación exhaustiva practicada en archivos y bibliotecas por el historiador español Miguel Enrique Carmona, cuyas conclusiones las ha dado a conocer en su obra "Pedro de Valdivia, un español en Chile", editada en Barcelona y Madrid en 1962.

Respecto del primer punto, ocupa 18 páginas de menuda letra en materia de antecedentes genealógicos y llega a concluir que el padre de nuestro ilustre conquistador fue don Diego de Valdivia. Punto de partida es el hecho cierto de que el abuelo fue don Pedro Gutiérrez de Valdivia, casado con doña María Díaz, que murió de avanzada edad en 1517. Fuera de este punto, documentalmente probado, todo lo demás es conjetura y el quid del problema estriba en determinar el puente de enlace entre el conquistador y su abuelo. Por una serie de razones muy atendibles, Carmona elimina de la posibilidad a sus hijos Alvaro y Hernando y, en cuanto a Pedro —de quien se conocen antecedentes familiares no escasos—, no se hace alusión en ellos a que el fundador de Nueva Extremadura fuera hijo suyo. De allí que el autor llegue, por eliminación, a sugerir que el padre fue don Diego, vecino de Castuera y de Campanario... más de esta última que de la primera. Igualmente en sombras se presenta su lugar de nacimiento. El escritor termina por afirmar que Valdivia vio la luz primera en Castuera, solar de sus padres y abuelos, en una vieja casona de la Plaza de San Juan. Deja constancia, de paso, que lo más enojoso del camino ha sido ya recorrido por acuciosos investigadores, entre ellos "el infatigable historiador chileno don José Toribio Medina, cuya labor continuaron y acrecentaron sus compatriotas Juan Luis Espejo y Luis de Roa Urzúa" (1).

(1) Carmona, Miguel Enrique de. *Pedro de Valdivia, un español en Chile*. Madrid, Barcelona, 1962, pág. 17.

Quien pretenda conocer los más primitivos antecedentes de la familia Valdivia tendrá que remitirse —al decir del autor— a los prolegómenos de la conquista asturiana y al paisaje donde convergen Asturias, León y Galicia. El pintoresco río Ibias deslizase por sus tierras y lleva sus aguas al Cantábrico: el valle que atraviesa constituye el antiguo solar de los Valdivia —los del Val de Ibias— y de él salieron sucesivas generaciones de valientes a luchar contra los hijos de Mahoma. Desde los primeros días de la epopeya destacáronse los señores del Val de Ibias y el Rey don Bermudo les otorgó, en el año 976 “la libertad y franquicias del linaje de Valdivia, por ser caballeros fijosdalgos”.

Don Alfonso IX armó caballero a un don Raniero de Valdivia. Otro —don Nuño— figuró como Alférez Real en la Batalla de Roa. Don Guillermo tomó parte en la conquista de Baeza y fue uno de los 300 caballeros que acudieron en socorro de su Alcázar, el 30 de noviembre de 1337. Desde su nueva sede en Andalucía continuaron interviniendo activamente en las guerras y en la política de la época: don Alfonso de Valdivia fue figura destacada en la Corte de don Alfonso XI y contrajo matrimonio con doña Leonor de Guzmán, “dama de nobilísima estirpe”. Así, al cabo de algunas generaciones, llegamos a Alvaro, Diego y Pedro de Valdivia, eminentes personajes de la Corona en los tiempos de Enrique IV y de los Reyes Católicos. Don Alvaro fue Gran Maestre de la Orden de Alcántara y su hermano Pedro, de la Orden de Calatrava. Tanto don Pedro como don Diego tomaron parte muy activa en la guerra de Granada y fueron los primeros en el asalto de la fortaleza de Alhama, donde clavaron el real estandarte de Castilla. Intervinieron también en el suceso de los siete hijos de don Pedro y uno de ellos, don Ruiz de Valdivia, recibió como premio de sus hazañas la cimitarra del moro Boabdil.

Nuestro don Pedro, pariente muy próximo de estos Valdivia, que guerrearon en Granada, inició su carrera militar en 1520, a los 18 años de edad, en los días en que el imperio español rivalizaba con la Francia de los Valois en la conquista de la fragmentada Italia de entonces. Se enroló en el ejército que comandaba el audaz Enrique de Nassau y fue partícipe y testigo de las memorables victorias españolas en Flandes, primeramente y en la patria del Dante, más tarde. Caudillo connotado en esta última era don Fernando Francisco de Avalos, segundo Marqués de Pescara, aragonés de origen y napolitano

de nacimiento. Las guerras entre Carlos V y Francisco I terminaron con la victoria imperial en Pavía, en enero de 1525. Después del triunfo quedaron en Italia veteranos escogidos de los tercios imperiales y figuraba en sus filas el recio soldado de la tierra extremeña.

Muerto Pescara, Valdivia dio por terminado su compromiso y regresó a La Serena, a la vieja casona de la Plaza de San Juan, en Castuera. Diez años casi permaneció en los paternales dedicándolos ya a cuidar la hacienda que heredara de sus mayores, ya a cultivar amores y amoríos en las villas de la comarca. Conoció a doña Marina Ortiz de Gaete, natural y vecina de La Serena de Zalamea y de la noche a la mañana —no se sabe a punto fijo cuándo— contrajo matrimonio con ella. Pero no era el sino del mocetón vivir la quieta y oscura vida del campesinado. El bullir de su sangre aventurera y las nuevas e increíbles noticias que llegaban de las Indias lo sacaron nuevamente de su patria y de su hogar. Embarcóse, con lo puesto, en la expedición que Jerónimo de Alderete organizaba para la conquista de la costa maravillosa de Tierra Firme, en los comienzos de 1535.

En febrero de ese año llegaba a Cubagua esta nueva remesa de reclutas y Valdivia contempló, con asombrados ojos, un panorama tropical de deslumbrante belleza. Participó en dos expediciones de reconocimiento del gigantesco Orinoco: embarcado, en una de ellas; por tierra, en la otra. Una aventura bajo lluvias torrenciales, en un ambiente selvático de pegajosa humedad, de calores insoportables y de miasmas adormecedoras y que no oían a ámbar, precisamente. Si agregamos los mosquitos, las fiebres palúdicas, las serpientes y las flechas envenenadas de los indios, el cuadro no debe haber sido de lo más idílico.

A su regreso de la empresa última, en los días de la Pascua del Espíritu Santo de 1536, le esperaba una buena nueva en Santo Domingo: allí, como a todas las gobernaciones de América, había llegado un mensaje de Francisco Pizarro, que clamaba por refuerzos para rechazar una sublevación general de los incas del Perú. Sin pensarlo dos veces, Valdivia se unió a Diego de Fuenmayor y a sus enganchados y en su compañía dirigióse a los dominios de Atahualpa.

El marqués Pizarro se hizo cargo de los refuerzos, constituyó una columna de 700 hombres de infantería y de caballería y salió de Lima en dirección al Cuzco. En el camino supo del

regreso de Diego de Almagro de las inhóspitas tierras de Chile y de su avance, a tambor batiente, al encuentro suyo. Pizarro ensayó una serie de fórmulas conciliatorias con el ánimo de detenerlo o de frenar sus impetus, sin perjuicio de proceder a la reorganización de las propias fuerzas para el caso probable de lucha. Había sonado la hora de don Pedro de Valdivia. "La entereza de su carácter, la aureola que representaba su historial guerrero; el haber bebido en las fuentes de Nassau, Colonna y sobre todo Pescara, y aún la razón sentimental del paisaje (Pizarro era también extremeño) acrecientan su figura a los ojos del atribulado marqués de quien es el mejor auxiliar en la organización de su ejército. Y el primer acuerdo, cuando el ejército de Pizarro va a tener organización europea, es nombrar a Valdivia su maestro de campo" (2). Rotas las hostilidades, Pizarro se dirigió al Cuzco. Una noche cualquiera Valdivia salió del campamento a la cabeza de unos cuantos audaces y pese al frío intensísimo y a lo inexpugnable de la posición de Almagro, penetró en ella por sorpresa y causó seria inquietud en la gente del adversario.

Pero la puna hacía su agosto en las fuerzas del Gobernador: los 4.000 y tantos metros en que operaban producían, pues, su maléfico efecto. Optaron por retirarse a Nazca a recuperar las perdidas energías y aprestarse para el encuentro decisivo. En las Salinas chocaron almagristas y pizarristas el 6 de abril de 1538 y "pelearon los unos y los otros bravamente con mucha mortandad de ambas partes" (3). Las hábiles disposiciones tomadas por don Pedro antes de la batalla y, sobre

(2) Idem.

(3) Garcilaso de la Vega (Inca) comentarios reales de los Incas, reyes que fueron del Perú. Madrid, 1829.

todo, las *pelotas de alambre*" (4) disparadas por los arcabuces —como las que viera utilizar con gran provecho en las campañas de Italia— inclinaron la victoria hacia el bando del marqués de Oaxaca. Se siguió luego la empresa de "limpiar" el territorio "ansi de christianos por las pasiones del Adelantado don Diego de Almagro, como los de los naturales e rebelión suya". Hernando Pizarro y Valdivia pasaron al Collao (Titicaca) y a los Charcas: lucharon y vencieron en la amplísima planicie del Collao y marcharon de regreso a la ciudad del Cuzco. Gonzalo (el otro hermano) prosiguió en su misión de conquista de los Charcas y momento hubo en que quedó cercado por las tribus comarcanas. Solicitó el apoyo de los suyos y Valdivia hubo de desplazarse nuevamente a la susodicha provincia de los Charcas. Años más tarde relataría a Carlos V "cómo conquisté dos veces las provincias del Collao é los de Charcas é ayudé a poblar la villa de Plata (actual Sucre) é traje de paz toda tierra...".

Había llegado a la cumbre de su prodigiosa carrera. Era Maestre de Campo General de las huestes de Francisco Pizarro y el más rico colono del Perú después de éste y de su familia. Tenía a sus órdenes gran cantidad de naturales para el cultivo de su hacienda de la Canela; era dueño de una mina inagotable de plata en Porco y —lo más interesante— poseía un bien ganado prestigio de "militar entendido en la milicia de la guerra".

-
- (4) Estas "pelotas de alambre" fueron descritas por el Inca Garcilaso de la Vega en su obra ya citada. Dice así:

"Las pelotas de alambre se hacen con el mismo molde que las comunes, toman una cuarta o una tercia de hilo de hierro y a cada cabo del hilo hacen un garabaillo, como un anzuelo pequeño y ponen en él un cabo de hilo, en él un medio molde y el otro en el otro medio: y para dividir los medios moldes, ponen en medio un pedazo de una hoja de cobre o de hierro delgado como papel y luego echan el plomo derretido, el cual se incorpora con los garabaillos del hilo de hierro y sale la pelota en dos medios divididos, asidos al hilo de hierro. Para echarlos en el arcabuz los juntan como si fueran una pelota entera y al salir del arcabuz se apartan y con el hido de hierro que llevan en medio, cortan cuanto por delante topan".

Este texto está citado por Jaime Eyzaguirre. *Ventura de Pedro de Valdivia*. Buenos Aires, México, Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1946, pág. 43.

Pero no estaba satisfecho: nacido para vivir peligrosamente y morir sin miedo —como rezaba el lema de sus antepasados— anhelaba crear una nueva nación y dejar “memoria é fama de mí” (5), según escribiría a su real soberano.

Quería alcanzar hasta Chile. “No había hombre que quisiese venir a esta tierra —relataba en pintoresco lenguaje a su Rey y Emperador— y los que más huían della eran los que truxo el Adelantado don Diego de Almagro que como la desamparó, quedó tan mal infamada, que como de la pestilencia huían della” (6). Francisco Pizarro, que no era hombre de asombrarse así como así, a punto estuvo de caer de espaldas ante la insólita presentación de su estimado coterráneo y amigo. “E viendo mi voluntad, el Marqués me dixo que se espantaba como quería dexar lo que tenía, que era tan bien de comer como él é aquella mina por emprender cosa de tanto trabaxo” (7). Pero cedió al fin.

Y con el encargo de Teniente de Gobernador General de la Nueva Toledo confió a Valdivia la autorización para marchar a “la tierra más mal infamada de cuantas hay en las Indias...”.

Si bien le extendió el título respectivo, no le auxilió con un solo centavo. El interesado debió abandonar su valiosa encomienda y empezar a organizar, a su propio costo, aquella expedición que parecía una locura, desprestigiada como estaba la tierra que proyectaba conquistar. Llegó a endeudarse en más de 70.000 castellanos, para conseguir gente, armas, caballos, municiones, etc. ... sin que con ello hubiese puesto fin a sus aprestos más indispensables. Debió celebrar, además, un contrato de “amigable compañía” con el comerciante Francisco Martínez, sobre la base del cual se partirían por mitades las ganancias que se obtuvieran en la empresa (10 de octubre).

Apareció por esos días Pero Sancho de Hoz con una Real Cédula firmada por Carlos V en 8 de febrero de ese año que le otorgaba licencia para, a su “costa y minción”... “armar en la Mar del Sur dos navíos”, con el fin de navegar hasta el

(5) Carta de Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V. La Serena, 4 de septiembre de 1543. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo I. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1881, pág. 10.

(6) Idem. pág. 2.

(7) Citado por Jaime Eyzaguirre. obra citada, pág. 49.

Estrecho de Magallanes “y la tierra que está de la otra parte dél y de ida o de venida” descubrir “toda aquella costa del sur y puerto de ella” (8). Pizarro tomó la resolución de aconsejar a ambos se asociaran en la empresa y así lo hicieron en el Cuzco en 28 de diciembre del año citado. En cuya virtud, Sancho de Hoz se comprometió a ir a Lima, equipar dos navíos y reunir 50 caballos y algunas armas en el plazo de cuatro meses.

Valdivia no esperó los cuatro meses del plazo señalado. Hizo pregonar en la ciudad las provisiones que le otorgaría Pizarro y en enero de 1540 partió con sólo una veintena de soldados españoles y mil indios de carga o yaconas. Venía también Inés Suárez, “destinada a conquistarse un nombre célebre en las primeras páginas de nuestra historia” y que debió enajenar sus alhajas para ayudar al financiamiento de la empresa. Se le unieron en Tarapacá: Villagra, Aguirre, Bohón y 115 hombres a las órdenes suyas.

El grueso alcanzó Atacama la Chica (al parecer Calama, según Medina) a comienzos del mes de junio. Una noche se presentó intempestivamente Sancho de Hoz con sólo cuatro soldados y comenzó a dictar órdenes en alta voz como si hubiera sido el comandante de la columna. El maestre de campo Pedro Gómez de Don Benito, alarmado, despachó dos estafetas a Atacama la Grande a avisar a Valdivia lo que ocurría. Contóse más tarde que, comprendiendo Sancho de Hoz que mientras aquél viviese no podría ser gobernador de Chile, traía el propósito de recurrir al asesinato. Después de una noche de marcha logró don Pedro reunirse con el grueso de la expedición. Apresó sin mayor dificultad a los cinco conspiradores, los perdonó a cambio de su inmediato regreso a Perú (lo que ellos aceptaron gustosamente, por haber salido con vida de la aventura) y sólo Sancho de Hoz permaneció en prisión durante dos largos meses. Valdivia supo, entre tanto, sacarle con argucia una escritura de renuncia de sus derechos en la compañía, por haberse apartado de las obligaciones contraídas ante el Marqués.

Valdivia permaneció unos dos meses en Atacama para dar descanso a su gente y ganado y reunir los víveres necesarios para reiniciar la travesía del desierto.

(8) Idem. pág. 51.

El 12 de febrero de 1541, a orillas del Mapocho y al pie del Huelén, fundó una ciudad "en nombre de Dios y de su bendita Madre y del Apóstol Santiago"... "y púsole nombre la ciudad de Santiago del Nuevo Extremo..." (9).

Seis meses más tarde, a comienzos del mes de agosto, se produjo en sus calles un descabellado intento de motín. Sabían los almagristas de Chile que estallaría en el Perú una rebelión destinada a eliminar al Marqués Francisco Pizarro. Los de Chile deseaban secundar el movimiento y como daban por descontado que Valdivia no se doblegaría a sus exigencias, acordaron asesinarlo y colocar en su lugar a Sancho de Hoz. Aquél se había dirigido a Concón a apresurar la construcción de un bergantín que lo pusiera en comunicación permanente con el Perú. Regresó apresuradamente, avistó la rebelión y condenó a la horca a Alonso de Chinchilla, Antonio de Pastrana, Martín Solier y otros dos cómplices. Sancho de Hoz escapó con vida nuevamente: el cálculo político obligó al Gobernador a contenerse y no cargar con la responsabilidad de la muerte del antiguo secretario del Marqués Pizarro, que en el Perú y ante la Corte contaba con influjos no desdeñables.

En los primeros días de septiembre del mismo año se internó en el valle del Cachapoal, con la intención de batir a los sublevados indígenas de la región. Aprovechando su astucia, los naturales —dirigidos por el cacique Michimalonco— atacaron la ciudad de reciente creación antes del amanecer del día 11. Al cabo de porfiada y sangrienta lucha los españoles pudieron rechazar victoriosamente a sus asaltantes. Doña Inés Suárez tuvo participación activa en la jornada y su comportamiento fue especialmente ponderado por los cronistas contemporáneos. A su regreso, don Pedro encontró la ciudad en ruinas y "hubo de acudir a toda su voluntad para no derrumbarse en el desaliento. Cualquier otro que no fuera este hombre curtido en los reveses y porfiadamente terco ante los abandonos de la fortuna, habría sin duda cedido y acabado por reconocer su derrota" (10).

(9) Acta de fundación de la ciudad de Santiago. 12 de febrero de 1541. Primer Libro de Actas del Cabildo de Santiago, llamado generalmente Libro Becerro, de 1541 a 1557. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo I. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861, pág. 67.

(10) Eyzaguirre, Jaime. Obra citada, pág. 85.

Pasaron dos años y en septiembre de 1543 Valdivia recibió los primeros socorros desde el Perú y tres meses más tarde el título de Teniente de Gobernador que —por conducto de Alonso de Monroy— le enviaba el licenciado Vaca de Castro, que regía por entonces los destinos del Perú. Esta situación subalterna no podía agradar al agraciado ni prestigiarlo a los ojos de sus subalternos. Junto con mantener en secreto aquel nombramiento contestó, pues, a Vaca de Castro que no estimaba de conveniencia el aceptarlo.

Impaciente por iniciar cuanto antes la conquista del territorio sur, salió de Santiago el 11 de febrero de 1546 con 60 jinetes de caballería. La primera resistencia la encontró solamente al aproximarse al Bío-Bío: 300 indios armados de lanzas pretendieron enfrentarlos, pero fueron derrotados sin mayor dificultad.

Aquella noche, mientras dormían, volvieron a caer sobre el campamento español algunos miles de naturales. Valdivia logró organizar sus fuerzas y durante dos horas se combatió furiosamente, hasta que llegó el momento de producirse el desbande de los bárbaros. "En esta batalla, que los historiadores han denominado de Quilacura, los mapuches, desconcertados por las armas, las corazas y los caballos, que aún no habían aprendido a contrarrestar, no revelaron ni aproximadamente la energía guerrera y la imaginación estratégica y táctica que más adelante iban a desarrollar. Pero ya Valdivia notó su gran capacidad militar y los comparó a los tudescos por su manera de pelear" (11).

Los españoles fueron informados que los mapuches se concentraban al sur del río con la intención de caer durante la noche sobre el campamento. Presionaron a su capitán para que emprendiese el regreso al norte. Hízolo así éste, dejando las fogatas encendidas y llegó a Santiago después de una ausencia de 45 días.

Prosiguió su tarea de organizar la colonia, en espera de los nuevos emisarios que en busca de socorros había despachado al Perú. Por segunda vez llegó al reino Juan Bautista Pestene, en septiembre de 1547, con noticias de la sublevación de Gon-

(11) Encina, Francisco Antonio. *Historia de Chile*. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo I. 4a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1955, pág. 233.

zalo Pizarro y de su temerario lugarteniente Francisco de Carvajal. Valdivia comprendió que debía trasladarse al Perú tan pronto le fuera posible. Comenzó por anunciar que para comienzos de diciembre pensaba despachar para allá a sus Tenientes Jerónimo de Alderete y Francisco de Villagra y que concedía autorización para salir del territorio a todos los que desearan hacerlo. No faltaron, naturalmente, aquellos que decidieron trasladarse oportunamente a Valparaíso. Una vez embarcados, con sus equipajes listos, el Gobernador les pidió bajaren a tierra a fin de ser despedidos con el ágape de rigor. A su término abandonó el lugar y se dirigió al barco con aquéllos a quienes deseaba le acompañasen y dejando burlados a los que tenían sus caudales a bordo. Dejó en tierra a Francisco de Villagra a recoger el inventario que se había hecho del oro, lo confrontó con la existencia que había en el navío y le ordenó pagarlo con el producto de los lavaderos de su pertenencia.

Un mes más tarde, el 11 de enero de 1548, estaba en el Callao. Permaneció ocho a diez días en la Ciudad de los Reyes comprando armamento y equipo para sus fuerzas por una suma total de 60.000 castellanos. Se reunió al nuevo Presidente de Perú, licenciado don Pedro de la Gasca, en el valle de Andahuallas, a 50 leguas del Cuzco y allí se puso a sus órdenes para combatir al sublevado Gonzalo Pizarro. En su "Historia del Perú", Diego Fernández cuenta que "el Presidente y todos se holgaron extremadamente: porque aunque con el Presidente estaban buenos capitanes y gente, ninguno había tan diestro y práctico como Valdivia, ni que así se pudiese igualar con la destreza y maña de Francisco de Carvajal", el maestro de campo de Pizarro. Producido el encuentro en Saxahuaman, la victoria fue favorable a las huestes del Gobierno "y presos los principales... allí se hizo justicia" (12). Valdivia prosiguió con De la Gasca hacia el Cuzco y obtuvo la provisión de Gobernador y Capitán General de la Nueva Extremadura que aquél firmó en nombre del Rey, en 18 de abril de 1548. Dióle licencia, además, para reclutar un nuevo contingente de tropas y ordenó a los oficiales reales de Lima le vendiesen un galeón y una galera de la armada y le proporcionaran algún dinero.

(12) Fernández, Diego. Historia del Perú. Sevilla, 1571.

El último día de agosto partió Valdivia de Arequipa con una gruesa columna de infantes y jinetes. Al llegar a la aldea de Atacama le alcanzó Pedro de Hinojosa, con orden de la Real Audiencia de que regresara a presentarse a De la Gasca en Lima. Así lo hizo Valdivia. Tan extraña orden la motivaba el hecho de que el mandatario había dispuesto una investigación encaminada a aclarar la actitud de don Pedro frente a la ejecución de Pero Sancho de la Hoz ocurrida durante su ausencia en el Perú. Se recibió, además, un pliego que contenía una enumeración atropellada de 57 imputaciones en su contra y que le exhibía como rebelde a la autoridad real, ambicioso, cruel y déspota con los soldados y pobladores e "inmoral y escandaloso en su vida". De la Gasca, hombre probo y equilibrado, empezó por colocar a los solapados acusadores en su verdadero carácter, los inhabilitó para declarar como testigos y dio a conocer los cargos al inculpado. El fallo le fue favorable, conforme se le informó con fecha 19 de noviembre de 1548.

Estuvo de regreso en Santiago del Nuevo Extremo el día de Corpus. Dispuso el repoblamiento de La Serena, que había sido destruida por los indios y en julio del mismo año (1549) despachó a Villagra al Perú en busca de socorros para continuar la lucha.

Los pobladores de Santiago, en general, estaban impacientes por conquistar el sur del Reino. Aquellos que no alcanzaron encomiendas dentro de los términos de La Serena y de Santiago y los llegados en las últimas expediciones esperaban encontrar qué comer en los bosques y praderas que el Gobernador había descubierto en su expedición al Bío-Bío en los primeros meses de 1546. Cuando se preparaba ahora, en septiembre de 1549, para partir nuevamente al sur, una vuelta a caballo y se fracturó los dedos del pie derecho. Estuvo en cama dos meses y le sobrevinieron complicaciones graves que le tuvieron entre la vida y la muerte. Pero su robusta naturaleza resultó triunfante en la dura prueba y desde la cama pudo proseguir los preparativos de la expedición.

A comienzos de enero de 1550 salió de Santiago en una silla de mano conducida por naturales, al frente de 200 infantes y jinetes, amén de numerosos indios auxiliares. Luego de sostener reñidos encuentros con los mapuches en el paso del Laja, en las márgenes del Bío-Bío, en Andalién y en Penco, procedió a fundar la ciudad de Concepción del Nuevo Extremo el 5 de octubre de 1550. En los primeros días de octubre de 1551, un

año más tarde, erigió una nueva ciudad a orillas del Cautín, que bautizó con el nombre de La Imperial. En febrero de 1552 lo fue en el hermoso valle contiguo al puerto que Pastene había denominado Valdivia y sus términos se dividieron entre 70 encomenderos. El Capitán General envió, además, a Jerónimo de Alderete con la misión de fundar una cuarta ciudad, que dominó Villarrica, en razón de las minas de oro y plata de que insistentemente hablaban los indígenas (abril de 1552).

Mientras tanto, emprendió su proyectada expedición hacia el Estrecho de Magallanes, al frente de 150 soldados. Después de atravesar los ríos Bueno y Maullín llegó hasta el seno de Reloncaví y avistó la isla de Chiloé. Regresó a Concepción con miras a preparar durante el invierno una nueva expedición al dicho estrecho y a las tierras de más al sur. Su entusiasmo por la empresa crecía paralelamente al aumento de los soldados y de los recursos. En carta al emperador, de 15 de octubre de 1550, que llevó Alonso de Aguilera, le anunciaba que despatcharía al Capitán Jerónimo de Alderete con la descripción de la tierra "é probanza auténtica" de los servicios prestados en la conquista de Chile. Se encontraba de vuelta en Santiago en octubre de 1552 y se ocupó en preparar el viaje de Alderete a España. Nada sabía de la suerte que hubiera corrido Aguilera ni de la Real Cédula de 31 de mayo de ese año, por la cual Carlos V confirmó su nombramiento de gobernador extendido por De la Gasca, sin modificar, empero, los límites de la Nueva Extremadura ni tomar en cuenta las prerrogativas solicitadas.

Alderete partió a fines de octubre de 1552 llevando copias de las peticiones y de las cartas del Gobernador remitidas anteriormente con Aguilera y varios otros encargos de los capitanes y pobladores del Reino. Lo más interesante, quizás, era lo relativo a la ampliación de los límites de éste hasta más allá del Estrecho de Magallanes, incluyendo "la costa de la mar é la tierra adentro hasta la mar del norte" (Océano Atlántico).

Un sordo temblor comenzaba a estremecer a la tierra de Arauco, allá en las postrimerías de 1553: era el pueblo mapuche que empezaba a sacudir al fardo de la dominación hispana. Un estafeta de la guarnición de Purén fue el primero en prevenir al Gobernador de los peligros que el hecho entrañaba. Estimó necesario acudir en persona a llevar la paz a esos lugares y en compañía de 50 jinetes salió de Concepción en dirección a Tucapel. El panorama que allí se les presentó era desolador: los restos del fuerte mostraban, con singular elocuencia,

las señales del ensañamiento de los mapuches en el asalto. Valdivia y sus caballeros contemplaban doloridos el cuadro cuando sobre ellos cayó como una tromba una masa imponente de indios que, relevados una, otra y otra vez, por grupos de mocetones frescos y aguerridos, llevaron el aniquilamiento y la muerte al campo del ilustre conquistador.

Era el 25 de diciembre de 1553.

“Entre los conquistadores españoles de la América del Sur, Pedro de Valdivia fue, tal vez, el mejor hombre de guerra, como creía Carvajal; y sin disputa, el que reunió mayores dotes de gobernante”...

“En Valdivia el oro brilla libre de impurezas: es un embalsamado en el vértigo creador que anima a su pueblo. Todo lo que fue y todo lo que hizo tuvo un solo norte, se encaminó a un solo fin: engendrar pasiones, en Valdivia sólo son medios al servicio del propósito que señorea su energía física y moral”.

“La labor realizada, con ser grande, palidece ante el panorama de las dificultades vencidas. Pizarro... se adueñó de un imperio floreciente, con ciudades, carreteras y tesoros acumulados; nadó rfo abajo en la corriente creadora. Valdivia necesitó crearlo todo; forjar de la nada un pueblo, en un rincón del mundo, aislado por mares y desiertos casi infranqueables de todo los recursos de la cultura humana. Su creación surgió en una áspera repechada contra la naturaleza, contra los hombres y contra el tiempo”.

“Su actuación fue un continuo sacrificio en aras de un futuro que sus ojos no verían. Renunció a todos los halagos de la vida y afrontó alegre las privaciones, los sacrificios y los peligros para perpetuarse en el pueblo que engendró” (13).

(13) Encina, Francisco Antonio. Obra citada, Tomo I, págs. 312-314.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—CAMPO, SANTIAGO DEL. Pedro de Valdivia, el Capitán conquistado. Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1961.
- 2.—CARMONA, MIGUEL ENRIQUE DE. Pedro de Valdivia, un español en Chile. Madrid, Barcelona, 1962.
- 3.—DOUSSINAGUE, JOSE M. Pedro de Valdivia o la Novela de Chile. Madrid, Espasa Calpe, S. A., 1963.
- 4.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo I, 4a. edic. Santiago, Editorial Nascimento, 1955.
- 5.—EYZAGUIRRE, JAIME. Ventura de Pedro de Valdivia. Buenos Aires, México, Espasa-Calpe Argentina, S. A., 1946.
- 6.—PRIMER LIBRO DE ACTAS DEL CABILDO DE SANTIAGO, llamado generalmente Libro Becerro, 1541 a 1557. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo I. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861.
- 7.—SANCHEZ, LUIS ALBERTO. Valdivia el Fundador. Col. Episodios Nacionales Nº 1. Santiago, Ediciones Ercilla, 1941.
- 8.—VALDIVIA, PEDRO DE. Cartas de... al Emperador Carlos V. Colec. de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo I. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861.

19.—FRANCISCO DE VILLAGRA

Nació en 1511 en Astorga. Era hijo natural de Alvaro de Sarria, comendador de las encomiendas de Villela y Ruydiales de la Orden de San Juan, en el reino de León, y de Ana Velásquez de Villagra, vecina de Santervás de Campos e hija de un capitán de Fernando el Católico y comendador de la Orden de Santiago. El joven Francisco fue paje del Conde Benavente y de la Marquesa de Astorga. Enrolado en el Ejército Imperial, hizo la campaña de Túnez y el 4 de octubre de 1537 se embarcó para el Perú, en San Lúcar de Barrameda, con Pedro Anzures "bien aderezado de armas y criados". En este país hizo la desastrosa expedición a los indios mojos, como teniente de Pedro de Candia y más tarde y con igual grado, la de Diego de Rojas a los chiriguano, "menos horrorosa, pero tan inútil como la anterior". En vista de las dificultades de la empresa, Alonso de Mesa y Francisco de Villagra resolvieron volver al Cuzco, a fin de poner en libertad a Diego de Almagro, que se encontraba en aquella ciudad preso por Hernando Pizarro, después de su derrota en las Salinas. Denunciado por algunos de sus compañeros, Mesa fue ejecutado y Villagra debió su salvación a la intercesión de Gonzalo Pizarro. Decidió incorporarse a la hueste de Pedro Anzures y Rodrigo de Quiroga en su expedición a los Charcas. Fracasada ésta, al cabo de un año de crueles padecimientos, Villagra marchó a reunirse con D. Pedro de Valdivia en Tarapacá, cuando éste viajaba a Chile, camino de su conquista y colonización.

"Nada refleja mejor su empuje y su temple moral que el hecho de enrolarse en la expedición de Valdivia a un país lejano, infamado por los padecimientos de Almagro y de sus compañeros, apenas se repusieron de su extenuación (1).

(1) Encina, Francisco Antonio. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo I, Santiago, Editorial Nascimento, 1955, pág. 180.

Delineada la ciudad de Santiago y antes de procederse a la construcción de los ranchos de paja para albergar a sus habitantes, Valdivia procedió a designar el Cabildo (7 de marzo de 1541) y, entre los alcaldes ordinarios, quedó Francisco de Villagra.

Al mediar el año, los indios comarcanos habían emigrado al otro lado del Maule, para escapar de los trabajos a que los sometían los conquistadores y allí, lejos de sus tierras, llevaban una existencia ociosa y miserable. Valdivia quiso hacerlos volver y encargó esta misión a Villagra, elevado al rango de Maestro de Campo y al Capitán Francisco de Aguirre. Llegaron ambos hasta las orillas del Itata y lograron devolver a una parte de ellos e inducirlos a reconstruir viviendas y reanudar sus cultivos con semillas de maíz y de trigo.

Cuando Valdivia decidió viajar al Perú, a fines de 1547, dejó en su reemplazo en el gobierno del Reino a Francisco de Villagra.

En el momento de embarcarse le encargó recogiera el inventario que se había hecho del oro que el Gobernador llevaba al Perú y que era de propiedad de los habitantes de Santiago del Nuevo Extremo y le ordenó cancelarlo con el producto de los lavaderos de su pertenencia. Villagra regresó a la capital en compañía de Juan Cardena, el secretario de Valdivia, que era portador de importantes comunicaciones de este último: que había resuelto trasladarse al Perú a servir la causa del Rey y a buscar allí o en España los elementos para dar fin a la conquista de Chile. Recomendaba a sus compañeros prestasen obediencia a Villagra, a quien dejaba investido de las facultades anexas al cargo de gobernante. Los viajeros llegaron a Santiago en la tarde del 7 de diciembre de 1547. Inmediatamente se reunió el Cabildo para imponerse de la previsión decretada por Valdivia y "recibieron al dicho señor Francisco de Villagra por tal Teniente Capitán General en nombre de S.M. y del dicho Gobernador Pedro de Valdivia, hasta tanto que él venga o S.M. fuere servido de mandar otra cosa" (2).

Al día siguiente se produjo el motín encabezado por Pero Sancho de Hoz. Aprovechando la efervescencia producida a

(2) Primer Libro de Actas del Cabildo de Santiago, llamado generalmente Libro Becerro, de 1541 a 1557. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo I. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861, pág. 131. 8 de diciembre de 1547.

raíz de haberse llevado Valdivia al Perú el oro acumulado por los pobladores y por no haber recibido encomiendas algunos de ellos, Sancho de Hoz se decidió a actuar. Una de las partes del programa consultaba el asesinato de Francisco y Pedro de Villagra. El Gobernador interino supo, por denuncia de uno de los conjurados, lo que se tramaba y procedió con decisión y rapidez, a fin de ahogar el complot antes que estallara. Envió al alguacil mayor a aprehender a Sancho de Hoz a su casa, hecho lo cual y certificada la culpabilidad, se le procedió a decapitar por el verdugo. Un negro, con la cabeza del ajusticiado en la mano, apareció en la plaza y un pregonero gritó a los espectadores allí reunidos que Sancho había sido muerto "por traidor y amotinar contra el real servicio de Su Majestad, mandándole cortar la cabeza por ello, porque a él sea castigo y a otros escarmiento" (3).

En mayo de 1548 se supo en Chile que la victoria del Presidente La Gasca sobre las armas de Pizarro parecía segura. Como volviese cuatro meses más tarde al Perú la fragata que había traído a Juan Dávalos Jufre, el Cabildo acordó despachar un emisario al representante del Rey en Lima. Fue designado para la misión el regidor Pedro de Villagra "por ser persona hábil y suficiente para ello" (4). Una de las cartas que llevaba pedía se hiciese volver a Valdivia, a la mayor brevedad, a asumir el mando de Chile y la otra para el caso que D. Pedro hubiera muerto, se diera el dicho mando a Francisco de Villagra, "persona de mucha calidad y merecimiento; y muy servidor de su Rey y amigo de hacer justicia" (5). La fragata zarpó de Valparaíso el 24 de septiembre, favorecida por los vientos del sur; la misión había de demorar varios meses.

En la noche del 11 al 12 de enero de 1549, los indios mataron a 14 de los 16 españoles que estaban esa noche en La Serena, a numerosos indios auxiliares y niños mestizos y quemaron la ciudad.

(3) Citado por Francisco Antonio Encina. Obra citada, Tomo I, pág. 247.

(4) Primer Libro de Actas del Cabildo de Santiago. Obra citada, Tomo I, pág. 149. 22 de agosto de 1548.

(5) Las dos cartas citadas se encuentran en las actas del Cabildo de Santiago, de 3 y 10 de septiembre de 1548. Primer Libro de Actas del Cabildo de Santiago. Obra citada, Tomo I, págs. 151-159.

El 19 de febrero acordó el Cabildo de Santiago que Francisco de Villagra saliera a castigar a los indígenas y el Gobernador partió con 60 hombres, la mitad por mar y la otra, por tierra, además de 200 indios auxiliares. A la llegada de estos refuerzos, los naturales de la comarca nortina emprendieron la retirada y se dispersaron.

El primer acto de D. Pedro de Valdivia a su regreso del Perú fue expedir en honor de Francisco de Villagra el cargo de Teniente y Capitán General, es decir, su segundo en el gobierno de Chile. El Gobernador creía en esos momentos era posible obtener del Perú muchos otros auxilios para adelantar la conquista que meditaba. Con este propósito envió a Villagra, a fin de informar a La Gasca del estado de Chile y de reclutar, en seguida, toda la gente que quisiese venir a este país. Valdivia le recomendó regresara por Tucumán, para que procediera a tomar posesión de la zona oriental de los Andes, que quedaba dentro de las cien leguas que La Gasca asignó de ancho a la Nueva Extremadura.

Villagra partió de Valparaíso el 9 de julio de 1549. La Gasca le dio toda clase de facilidades para el reclutamiento de soldados para la conquista de Chile y logró reunir "un ejército tan lucido como había pasado otro a Chile desde la expedición de Almagro" (6).

Villagra tropezó con un inconveniente a su regreso: La Gasca había encomendado al Capitán Núñez de Prado la conquista del Tucumán. En esta expedición —que los españoles llamaron de Yúngulo— hubo algunos choques entre las columnas de ambos capitanes. El último y más grave de todos ocurrió en el pueblo de Thomogasta, a medianoche del 10 de noviembre de 1550. Núñez de Prado sorprendió a las tropas de Villagra mientras dormían y el capitán Guevara "cerró con él (con Villagra) y le hechó mano diciéndole: sea Ud. preso en nombre de Su Majestad y del General Juan Núñez de Prado; no se turbó Villagra con esto; antes asió la guarnición de la espada del agresor, y anduvieron luchando un rato hasta que llegaron soldados de ambas partes trabando una gran refriega"

(6) Encina, Francisco Antonio. Obra citada, Tomo I, págs. 276-277.

(7). La victoria fue de los defensores y, contra opinión de los suyos, Villagra tomó prisionero al Capitán Núñez de Prado, lo obligó a jurar fidelidad a Valdivia y lo dejó comprometido a incorporar la ciudad del Barco a la provincia de Nueva Extremadura. En seguida continuó hacia el sur, pegado siempre a la cordillera andina. Reconoció la provincia de Comechingones y se internó en la de Yúngulo, acampó en el lugar que hoy ocupa la ciudad de Mendoza y allí pasó el invierno, sufriendo toda clase de padecimientos a causa del hambre y del frío. Por fin pudo cruzar el macizo montañoso por Uspallata, en los últimos días de septiembre y primeros días de octubre de 1551. Dejó su gente (185 españoles), más de 500 caballos y numerosas cabras en Santiago y se fue a reunir con Valdivia en el valle de Mariquina. "Antes que llegara al real, salió el Gobernador a su encuentro con trompetas y se apeó del caballo y lo abrazó y lloró con él de placer y contento" (8).

Empeñado Valdivia en dar cima a la empresa en que estaba empeñado, con la ampliación de sus dominios hasta el Estrecho de Magallanes, dispuso dos expediciones de exploración de los territorios australes: una por mar, a las órdenes de Francisco de Ulloa y la otra por tierra, a cargo de Francisco de Villagra. Este último obtuvo de Concepción y de La Imperial 65 soldados, atravesó la cordillera a la altura de Villarica en diciembre de 1552 y tomó el camino del Estrecho pegado a la vertiente de los Andes. Después de algunas jornadas tropezó con un gran río, probablemente el Negro, que no pudo atravesar. Dio la vuelta por un paso ubicado 40 leguas al sur de Villarica y se vino por la vertiente occidental de la cordillera, recorriendo valles fértiles aún no explotados. Los indios, que a la ida estaban en paz, lo atacaron al regreso. El mismo Villagra fue encargado por el Gobernador para preparar el reconocimiento de la región de Magallanes y fundar otra ciudad en la zona de Osorno. Villagra salió de Concepción

(7) Mariño de Lobera, Pedro. Crónica del Reino de Chile, escrita por el Capitán Don... dirigida al Excelentísimo señor don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Virrey y Capitán General de los Reinos del Perú y Chile, reducida a nuevo método y estilo por el Padre Bartolomé Escobar de la Compañía de Jesús. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo VI. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861.

(8) Citado por Francisco Antonio Encina. Obra citada, Tomo I, pág. 280.

a mediados de septiembre de 1553, llevándose a Francisco de Ulloa, hasta entonces Capitán de los fuertes de Arauco y de Tucapel, para confiarle el reconocimiento del Estrecho. Después de despacharlo, partió al sur con 65 hombres y llegó hasta el Reloncaví, desde donde dio la vuelta (fines del citado año de 1553).

A la muerte de Pedro de Valdivia, los ojos de los pobladores del sur se volvieron hacia él. Era el Capitán de mayor prestigio: había gobernado a Chile durante el viaje de Valdivia al Perú; era Teniente de Gobernador y disponía de más soldados que ninguno de los otros caudillos. Los diversos cabildos despacharon estafetas en su busca y lo encontraron en las márgenes del Rahue, uno de los afluentes del río Bueno. Al amanecer del día siguiente, Villagra emprendió el regreso a Valdivia y desde allí prosiguió a Concepción.

El 26 de enero de 1554, tres horas después de entrar en la capital de la frontera, se le nombró Capitán General y Justicia Mayor de la ciudad; idéntico acuerdo tomó el Cabildo de Los Confines. Pero aún cuando Villagra pasó a ser jefe de todo el sur por nombramiento de los Cabildos de las ciudades, era necesario que todo el país se sometiera a una dirección común.

La noticia de la muerte de Valdivia había llegado a la capital, el 11 de enero. El Cabildo, en vez de abrir el testamento del Gobernador, designó el mismo día a Rodrigo de Quiroga, Capitán General y Justicia Mayor del Nuevo Extremo (9). Llegaron a Santiago Gómez de Almagro y Diego de Maldonado y pidieron ser oídos en sesión del Cabildo el día 7 de febrero (10). Expusieron la situación del sur, la necesidad de aunar los esfuerzos para contener a los mapuches y las ventajas de entregar el mando a Villagra quien lo merecía y estaba al frente del Ejército. Al cabo de muchas vacilaciones y consultas, se acordó una semana más tarde se dirigiera García de Cáceres a Concepción en compañía de Maldonado y Gómez de Almagro a proponer a Villagra que gobernara desde los límites australes de Santiago hasta el Estrecho de Magallanes y se comprometiera a no inmiscuirse en la administración de la

(9) Primer Libro de Actas del Cabildo de Santiago. Obra citada, Tomo I, págs. 384-386. 15 de enero de 1554.

(10) Idem. Tomo I, págs. 390-392. 7 de febrero de 1554.

capital (11). Con miras a afianzar tal decisión, el Cabildo acordó con fecha 26 de febrero que D. Francisco mandaría desde Maule al sur y Quiroga, desde dicho río al norte (12).

Dos días antes, Villagra salió al frente de 154 infantes y jinetes y los 6 primeros cañones de artillería que fueron empleados en el Ejército de Chile. El 26 de febrero fue derrotado por las huestes de Lautaro en Marigüeñu y debió emprender la retirada a Concepción. Había partido con 154 hombres y regresaba ahora con 66. . . Llegó a la capital de la frontera poco después del 27 y estaba tan desfigurado por las heridas, los golpes y el cansancio, que Juan de Cardena no le reconoció cuando estaba a su lado en el Bío-Bío. No iba sin embargo a reposar: debía atender el despueblo de la ciudad, a pedido de sus propios habitantes, en forma ordenada y serena y con las medidas de seguridad necesarias para prevenir asaltos de los indios en el camino.

Pero la fuga se inició prematuramente y en completo desorden. Villagra, que no dormía desde la mañana del 26, permaneció toda la noche del 27 al 28 acomodando a los heridos y a las mujeres en los dos pequeños buques surtos en la bahía. Una falsa alarma, en el sentido de que varios miles de indios avanzaban hacia Concepción, precipitó la fuga de todos los que podían moverse en dirección a Santiago. Hombres, mujeres, ancianos y niños, casi todos a pie, caminaban en el mayor desorden. Ya no pensó Villagra en el éxodo, sino en encauzarlo debidamente. Ordenó a Gabriel de Villagra, su tío, marcharse a la vanguardia con 10 hombres, mientras él quedaba acondicionando en las naves a los heridos graves, a los enfermos y a algunas mujeres. Salió de la ciudad el último de todos el 28 de febrero acompañado de unos 10 a 12 jinetes.

Entró en Santiago como simple particular. Mas, al día siguiente, Gabriel de Villagra con poder suyo reiteró la solicitud para que se le designara Capitán General y Justicia Mayor. El Cabildo se mantuvo firme en la negativa y así lo manifestó el 28 de marzo al interesado (13). La misma suerte corrieron las presentaciones de los vecinos del sur y la solicitud de someter el asunto a juicio de los letrados. El Cabildo, vivamente interesado en alejar a Villagra y en liberarse de la presen-

(11) Idem. Tomo I, págs. 394-399. 14 de febrero de 1554.

(12) Idem. Tomo I, págs. 401-406. 26 de febrero de 1554.

(13) Idem. Tomo I, págs. 415-416. 28 de marzo de 1554.

cia de los pencones, ofreció a aquél auxiliarlo con préstamos de dinero y con todo género de socorros, a fin de que pacificara el sur y repoblara Concepción. Villagra inició los preparativos para complacer al Cabildo y a los mismos pobladores de la capital del Bío-Bío que ahora deseaban volver a su ciudad y recuperar sus tierras, en vez de mendigar el sustento en Mapocho... e insistió en su solicitud.

No era la persona de Villagra, sino su choque con Francisco de Aguirre, lo que temía el Cabildo. Este último había recibido en Santiago del Estero la noticia de la muerte y del testamento de D. Pedro de Valdivia que lo nombraba Gobernador del reino en segundo lugar después de Jerónimo de Alderete. El 28 de marzo se dirigió a La Serena con 50 hombres. El Cabildo lo recibió como Gobernador y le notificó un acuerdo del Cabildo de Santiago —de 9 de abril— por el cual se le prohibía que “venga a esta ciudad con la gente de guerra que trae, ni entre los términos de ella, por excusar escándalos y alborotos que podían recrecer entre él y el General Francisco de Villagra y su gente” (14). Aguirre replicó con un requerimiento que presentó el 5 de julio, a fin de que se le reconociera como Gobernador (15).

Las cosas continuaron enredándose y tomando un cariz peor y sólo añadiremos, en bien de la brevedad, que invitados los alcaldes y regidores a celebrar sesión en casa de Villagra, éste hizo entrar gente armada a su domicilio a fin de imponerse a sus voluntades. Los miembros del Cabildo hicieron dejar constancia al escribano “que vista la fuerza que dicho señor general hace, la recibían y recibieron contra la su voluntad al uso y ejercicio del cargo de Justicia Mayor y Capitán General de esta dicha ciudad de Santiago, como él lo pide y lo manda, por la dicha fuerza que les hace” (16).

Veintisiete días después de asumir el Gobierno, Villagra había reunido 150 soldados para expedicionar al sur y en Santiago quedaban 128 en resguardo de la ciudad. Se puso en marcha el 2 de noviembre y los alcaldes y regidores le acompañaron hasta dejarlo fuera de ella. En veintidós días llegó la expedición a Quinel, a una jornada del Bío-Bío; atravesó resueltamente el río, cuyo paso apenas le disputaron los indios y tomó el camino de La Imperial. Allí encontró a su primo, el

(14) Idem. Tomo I, pág. 419. 9 de abril de 1954.

(15) Idem. Tomo I, págs. 421-423. 5 de julio de 1554.

(16) Idem. Tomo I, pág. 444. 4 de octubre de 1554.

intrépido Capitán Pedro de Villagra, que había defendido exitosamente a la ciudad contra los fieros asaltos de los mapuches. Desde el lugar dispuso D. Francisco varias expediciones y en ninguna de ellas fue necesario combatir; pero la extraña pasividad de los araucanos no provenía de su sometimiento, sino de los estragos del hambre y del tifus.

Con la partida de Villagra al sur se presentó el peligro que el Cabildo de Santiago divisaba desde hacía algún tiempo: el de una agresión de Francisco de Aguirre. Efectivamente, el 30 de noviembre de 1554 recibió carta suya en la cual exigía con amenazas se le reconociese como el Capitán General del Reino de Chile (17). Nuevas amenazas por un lado, vacilaciones por el otro, hasta que a fines de mayo de 1555 se supo que la Real Audiencia de Lima había acordado, con fecha 13 de febrero, anular cualquier nombramiento de sucesor hecho por Valdivia "por testamentos, codicilos, por escrito o por palabra" (18). Pero como había que proveer el gobierno interior del país, se ordenó que la autoridad residiera en el Cabildo de cada ciudad (19). La Audiencia dispuso también que Villagra y Aguirre licenciaran sus tropas y se sometieran a la autoridad de los dichos cabildos.

Villagra se había trasladado al antiguo asiento de Los Confines, con la intención de repoblarlo y desde allí había despachado a Gaspar de Villarreal con una nueva solicitud para que se le reconociera libremente como Capitán General y Justicia Mayor de Santiago. Concluida la población de Angol, nuevo nombre con que renacería la antigua ciudad de Los Confines, recibió la noticia del alzamiento de los promaucaes. Dejó allí 30 soldados y se dirigió al norte con los 70 restantes, según él, a pacificar a los promaucaes y, según sus soldados, a quitar a Francisco de Aguirre el nombramiento de gobernador que —erradamente— creía extendido a su favor y secuestrado por aquél.

Al norte del Maule recibió una carta de Gabriel de Villagra que le comunicaba la resolución de la Audiencia. Prosiguió a la capital con sólo sus criados y algunos amigos y se dirigió a su casa como simple particular. El escribano Diego de Orúe le comunicó inmediatamente la mencionada resolución, la cual Villagra acató sin oposición.

(17) Idem. Tomo I, pág. 450. 30 de noviembre de 1554.

(18) Idem. Tomo I, pág. 483. 28 de mayo de 1555.

(19) Idem. Tomo I, págs. 482-486. 28 de mayo de 1555.

Los indígenas se habían dado cuenta de las disensiones de los españoles y empezaron a prepararse en la medida que lo permitía la extenuación en que los habían dejado las calamidades de 1554. Por otra parte, en el Cabildo de Santiago pesó más el deseo de deshacerse de los molestos huéspedes de Concepción y de las otras ciudades del sur, acumulados en la capital, que los peligros a que los iba a exponer. De acuerdo con la orden de la Audiencia y el anhelo de los antiguos pobladores, envió por tierra a los hombres con unos 70 soldados a las órdenes de los alcaldes Juan de Alvarado y Francisco de Castañeda. En la columna marchaba Francisco de Villagra, que era encomendero de La Imperial, como simple particular y que llegó hasta Itata. Como se corriese entonces la noticia de que los indios de la zona del Maule estaban sublevados, debió quedarse en esos lugares con las escasas fuerzas destinadas a contenerlos.

Le correspondió comandar la expedición de socorro a La Imperial y Valdivia, que el Cabildo despachó por mar; pero un fuerte temporal desmanteló el buque antes de llegar a Valdivia, las provisiones se concluyeron en 40 días de esfuerzos inútiles por avanzar y debió emprender el regreso a Valparaíso. Semanas después, con fecha 15 de febrero de 1556, la Real Audiencia lo nombró Corregidor y Justicia Mayor del Reino (20). El Corregidor no podía conceder encomiendas; pero sus facultades eran suficientes para imprimir unidad al Gobierno, mantener el orden y dirigir la guerra.

En septiembre del mismo año fue a La Serena llamado por los vecinos y fue reconocido formalmente por el Cabildo. Allí recibió la noticia de la muerte de Jerónimo de Alderete y la carta en que D. Andrés Hurtado de Mendoza, Virrey del Perú, le comunicaba el envío de un numeroso destacamento militar, a las órdenes de su hijo Don García, al cual había resuelto nombrar Gobernador interino de Chile. De regreso en Santiago, comenzó a preparar una expedición al sur. Deseaba poner en orden sus asuntos personales, visitar de paso su valiosa encomienda de Imperial y preparar el recibimiento de su sucesor. Partió en enero de 1557 con 60 soldados y dejó en Santiago como Teniente de Corregidor, a Juan Jufré.

(20) El nombramiento de Villagra por la Real Audiencia de Lima se trató en la sesión del Cabildo de Santiago de 11 de mayo de 1556. Primer Libro de Actas del Cabildo de Santiago. Obra citada, Tomo I, págs. 521-523.

Durante todo el trayecto advirtió los síntomas de una nueva rebelión indígena que abarcaba hasta el Maule. En Reinogüelén, entre el Itata y el Maule, supo que el toqui Lautaro —impuesto de que Santiago estaba desguarnecido— había pasado por segunda vez el último de los ríos nombrados y marchaba contra esa ciudad. Prosiguió a marcha forzada detrás del invicto caudillo mapuche.

En un momento dado supo que estaba acampado al sur del Mataquito, en el lugar denominado Peteroa. Ocultó sus fuerzas en un bosque espeso y al alba del 1º de abril de 1557 cayó sobre el enemigo. Después de 5 horas de recia lucha, los españoles alcanzaron el triunfo y pusieron término a los días de intensa zozobra que había vivido Santiago desde que se supo la presencia de Lautaro al norte del Maule.

Tiempo después, el 23 de abril, desembarcó en Coquimbo D. García Hurtado de Mendoza y dos días más tarde envió preso al navío de Francisco de Aguirre, que lo había recibido con honores especiales a su llegada a La Serena. En seguida despachó al Capitán Juan Remón con 30 hombres a Santiago con poder para recibirse del Gobierno en su nombre. Realizado lo cual, depuso a los 32 alcaldes e intimó orden de prisión a Villagra, que se limitó a contestarle: "No era menester que el señor Gobernador usara de estos términos para conmigo: bastábale enviar una letra para que yo le obedeciera puntualmente, sin dar trabajo a nuestra merced" (21). Al día siguiente se le condujo a Valparaíso y se le embarcó en una nave que se había enviado con ese objeto. En Coquimbo se trasladó al buque que ocupaba Francisco de Aguirre. Los antiguos compañeros de armas se abrazaron y Villagra observó a Aguirre:

(21). Citado por Francisco Antonio Encina, Obra citada, Tomo I, pág. 491.

"Mire, vuestra merced, señor general, lo que son las cosas del mundo; ayer no cabíamos en un reino tan grande y hoy nos hace caber D. García en una tabla" (22).

Desde que Villagra llegó al Perú inició gestiones para que se instruyera un proceso por su actuación en Chile, gestiones que el Virrey demoró lo más que pudo, a fin de mantener al Mariscal indefinidamente en Lima. Al fin, con fecha 11 de enero de 1558 presentó el fiscal su escrito de acusación y el 12 se tomó declaración a Villagra. A pesar del incansable tesón desplegado por sus agentes, el recorrido de la causa fue largo y llegó a fallarse solo el 10 de noviembre de 1559, es decir, cerca de 2 años después de su iniciación. Dio por resultado no sólo la justificación amplia y completa del acusado, sino también del acopio de pruebas de sus importantes servicios y de la injusta conducta observada para con él por el Marqués de Cañete y su hijo D. García.

-
- (22) Citado por Diego Barros Arana (*Historia General de Chile*. 2a. edición corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Santiago, Editorial Nascimento, 1930. Tomo II, pág. 124) y por Francisco Antonio Encina (*Obra citada*, Tomo I, pág. 490).

Según Barros Arana, esta anécdota fue contada por Mariño de Lobera, en el capítulo 2 de su obra ya citada y transcrita por el sacerdote jesuita Bartolomé de Escobar, quien las puso en boca de Aguirre, aplicándolas en forma de uno de esos discursos sentenciosos y retóricos, a que eran tan aficionados los historiadores españoles de los siglos XVI y XVII, pero que pecan no sólo contra la verdad, sino contra la verosimilitud (Barros Arana, *Obra citada*, Tomo II, pág. 125, nota 10). Por su parte, Francisco Antonio Encina afirma que esta frase habría sido tomada de una carta de García Hurtado de Mendoza al Rey, de 28 de junio de 1557 y que se encuentra en los "Documentos" de José Toribio Medina, Tomo 230, N.º 5.950; en ella, Hurtado de Mendoza habría afirmado que con la prisión de Villagra y de Aguirre, en el navío que arribó al Callao, el 21 de junio de 1557, había hecho que los "que no cabían en 600 leguas, que cupiesen en una cámara de Navío". Encina afirma que "de aquí tomaron pie los cronistas para poner esta frase en boca de Villagra y de Aguirre, que nunca la pronunciaron" (*Encina, Francisco Antonio. Obra citada*, Tomo I, pág. 490, nota 8).

Al solicitarse un nombre para el Gobierno de Chile, fue propuesto el de Francisco de Villagra por el Consejo de Indias, a pesar de encontrarse enjuiciado. El 5 de diciembre de 1560 el licenciado Agustín de Cisneros entregaba al agraciado los títulos respectivos. En esos momentos no contaba más de 50 años de edad; pero, al igual que en la mayoría de sus compañeros, las campañas de los trópicos, las heridas y tal vez una que otra enfermedad venérea, habían derruido prematuramente su robusta naturaleza. "Su gobierno iba a hacer un martirio físico y moral" (23).

Por falta de recursos y por la necesidad de esperar al nuevo Virrey, el Conde de Nieva, tardó algunos meses en emprender el viaje a Chile. Entró a Santiago a comienzos de julio de 1561 y "lo metieron en la ciudad como a hombre que querían mucho, y le habían tenido por amigo mucho tiempo" (24). Según don Francisco Antonio Encina "la situación en que dejaba D. García la colonia, bajo engañosas apariencias de orden y prosperidad material era en el fondo más difícil que la legada por Valdivia después de Tucapel. Su sucesor iba a contar con más recursos en soldados, armas y municiones; y los araucanos habían sido derrotados en numerosas batallas. Pero estas victorias no habían producido otros frutos que hacer progresar en 4 años la capacidad militar de los araucanos en forma desconcertante, mientras la moral de los españoles decaía en igual medida... Mientras (D. García) gobernó, mantuvo el orden efímero que sólo descansa en la fuerza y en el terror... Pero junto con desaparecer este temor, los odios y los rencores comprimidos estallaron. Legaba a su sucesor una mina cargada, con la mecha encendida en vez de la fecunda tradición naciente de orden y respeto de la autoridad que dejara Valdivia" (25).

(23) Encina, Francisco Antonio. Obra citada, Tomo I, pág. 565.

(24) Góngora Marmolejo, Alonso de. Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575, compuesta por el Capitán... y seguida de varios documentos. Colección de Historiadores de Chile y documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo II. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1862, pág. 94.

(25) Encina, Francisco Antonio. Obra citada, Tomo I, pág. 568.

Las hostilidades se iniciaron junto con la llegada de Villagra, con el asesinato de D. Pedro de Avendaño y Velasco, el yerno de Rodrigo de Quiroga. El Teniente de Gobernador de Cañete Lope Ruiz de Gamboa alcanzó a coger por sorpresa a cierto número de caciques vecinos, ejecutó a algunos en represalia y guardó a otros en rehenes.

Las noticias del sur se hacían cada día más alarmantes. Pero ni la época del año ni las fuerzas de que disponía permitían al Gobernador emprender una campaña en regla. Apenas pudo reunir 80 soldados, los despachó a cargo de su hijo Pedro de Villagra (El Mozo), con orden de reunirse con Reynoso. D. Francisco se reunió con su hijo en Cañete, a fines de octubre con unos 120 hombres. Envió diversas expediciones a las comarcas vecinas, delante de las cuales se retiraron los mapuches sin combatir, llevándose sus familias, sus ganados y sus cosechas.

Pronto acaparó su atención la conquista de Chiloé. No estaba en condiciones de ir personalmente: se le había transportado a La Imperial en una silla desde Angol y allí debió permanecer diez meses en el lecho, medicinandose sobre la base de agua y de zarzaparrilla. Pero las alarmantes noticias recogidas en la ciudad lo decidieron a enviar una expedición a las órdenes de Juan Alvarez de Luna, con la misión de disolver las concentraciones de indígenas.

Mientras tanto, el moribundo Gobernador era protagonista de una curiosa aventura. Llamado por los clamores de auxilio de Arauco, en los momentos en que se aprestaba en Valdivia y Osorno la ansiada expedición a Chiloé, se embarcó con 35 hombres para aquellas plazas, en noviembre de 1562. Un temporal de vientos contrarios a donde llegó el día 20. Una semana más tarde el buque empezó a hacer agua y perdieron los bastimentos y a punto estuvo el Gobernador de terminar sus días allí. No obstante las promesas, los naturales cayeron una noche sobre los españoles y los mantuvieron en duros aprietos durante un largo rato. Al venir el día, Villagra consiguió rechazarlos con la pérdida de un solo soldado. El Gobernador reconoció el territorio y como no llevaba fuerzas suficientes para establecerse en él, se reembarcó el día 30 para Arauco. El buque estaba tan desvencijado que navegaron "con el credo en la boca, que nos íbamos anegando", según refiere uno de los expedicionarios.

En Arauco se reunió a su hijo Pedro y a su yerno Arias Pardo de Maldonado. Postrado nuevamente por la gota, llamó al Maestre de Campo Julián Gutiérrez de Altamirano para

confiarle el mando de las fuerzas de Cañete y de Arauco. Entre las expediciones que impuso, la más importante fue la que se encargaría de la destrucción del pucará de Lincoya. Se obtuvo la victoria; pero los mapuches lograron retirarse sin ser perseguidos a causa del tupido bosque que cubría sus movimientos. Volvieron en seguida a reconstruir el pucará y Villagra ordenó a su Maestre de Campo, Gutiérrez de Altamirano, procediera a destruirlo. La derrota de los españoles fue completa y en ella perdieron la vida 42 de los 85 que participaron en la acción. Pedro, el hijo del Gobernador, se contó entre ellos (16 de enero de 1563).

Al atardecer del día 18 entró Lorenzo Bernal del Mercado en Arauco. Se acercó al lecho de enfermo del Gobernador y le dijo: —“Vuestra señoría de gracias a Dios por todo lo que hace: Pedro de Villagra es muerto y todos los que iban con él desbaratados. Diciéndole esto volvió el rostro hacia la pared, no habló palabra alguna hasta en poco, que mandó a todos se saliesen fuera y le dejasen solo” (26). Pocos días más tarde se embarcó para Concepción en el navío de Justiniano, llevándose a las mujeres, a los niños y a los enfermos. Al frente de las fuerzas concentradas en Arauco dejó a su primo Pedro de Villagra. A fines de febrero, este último —que había realizado una exitosa defensa en el dicho Arauco— se presentó al Gobernador en Concepción a exponerle la necesidad de abandonarlo y de concentrar la defensa en la capital del Bío-Bío. Desde el punto de vista militar, el abandono se imponía; pero desde el punto de vista político el Gobernador se resistía, más aún, después de haber despoblado Cañete.

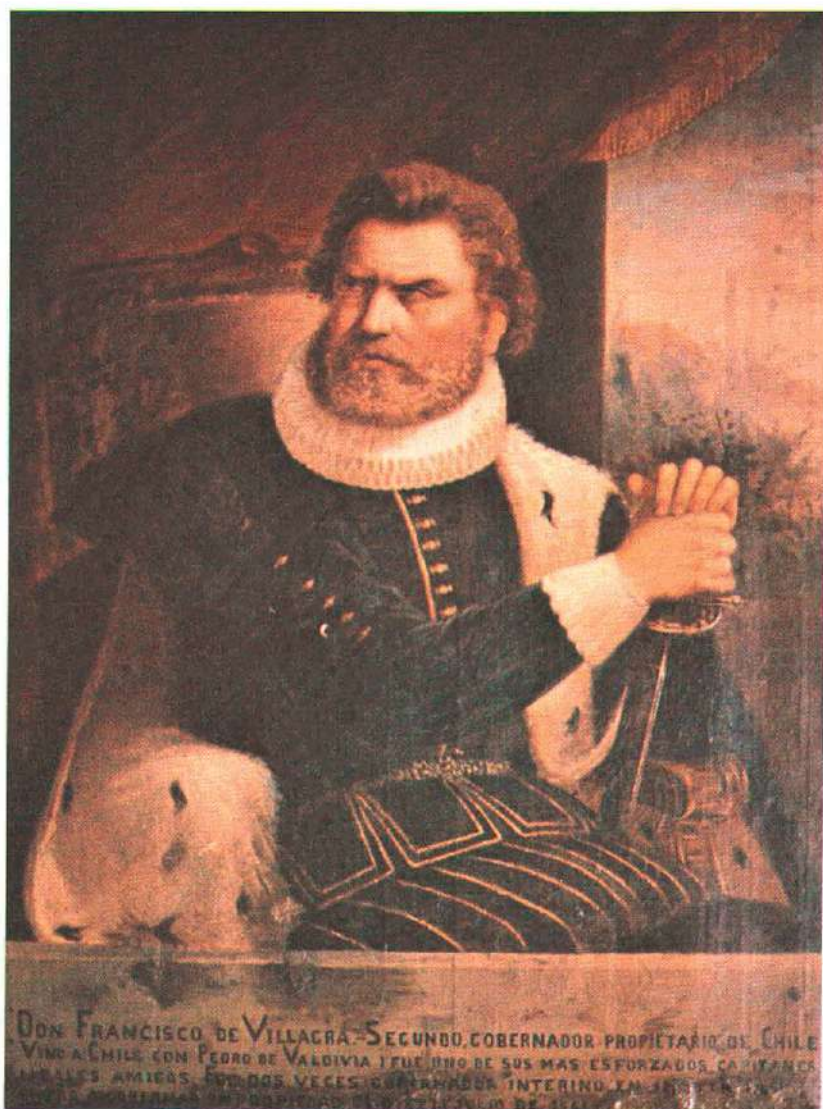
D. Francisco había pedido refuerzos a Osorno, Valdivia, La Imperial y Villarrica, donde la mayoría de los pobladores le era afecta. Pero las intenciones de las autoridades se estrecharon contra el rechazo de varios agraviados, a causa de la repartición de encomiendas realizadas hacía algún tiempo por el Capitán General. El socorro se redujo en total a quince hombres. Más valioso fue el concurso prestado por La Serena, que alcanzó a 40 hombres. De todas maneras, los refuerzos no pasaban de 100 soldados, asaz insuficientes para emprender una campaña seria contra los araucanos.

A mediados del año 1563, el estado de Francisco de Villagra se había agravado bastante. Los dolores causados por la gota lo habían reducido al último extremo. El licenciado Ba-

zán pretendía mejorarlo —según Góngora Marmolejo— con la ayuda de ciertas “unciones”. Dicho remedio debía ser reconocido como peligroso porque, antes de aceptarlo, el Mariscal hizo su testamento el 13 de junio. Convencido de que su primo Pedro era el hombre más capacitado para gobernar el reino de Chile, le nombró su sucesor para el caso de muerte. Al día siguiente le designó Teniente y Capitán General, con las más amplias facultades.

Expiró, por fin, el 22 de junio de 1563. Se le enterró en el convento de San Francisco, en cuyo hábito murió. Año y medio después los oficiales reales informaban al Rey que había muerto en la miseria, que debía \$ 150.000 y que su mujer se encontraba “en mucha necesidad”.

Francisco de Villagra, uno de los más ilustres conquistadores de Chile, se distinguió desde sus primeros pasos como diestro y valiente capitán y por grandes prendas morales, lealtad a toda prueba y admirable dominio de sí mismo... Tocóle gobernar a Chile en momentos en que la multiplicación de ciudades, dividiendo hasta el extremo las fuerzas españolas, permitía a los indígenas levantarse irresistibles en Tucapel, Purén y Arauco.



DON FRANCISCO DE VILLAGRA, SEGUNDO GOBERNADOR PROPIETARIO DE CHILE
VINO A CHILE CON PEDRO DE VALDIVIA Y FUE UNO DE SUS MAS ESFORZADOS CAPITANES
Y BUENOS AMIGOS. FUE DOS VECES GOBERNADOR INTERINO EN 1547 Y EN
1551. MURIO EN PROBITAS EL DIA 11 DE JULIO DE 1563.

Francisco de Villagra
1511 — 1563

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—**BARROS ARANA, DIEGO.** *Historia General de Chile.* 2a. edición corregida por el ejemplar que dejó revisado el autor e impresa en homenaje a su centenario. Tomo II. Santiago, Editorial Nascimento, 1931.
- 2.—**ENCINA, FRANCISCO ANTONIO.** *Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891.* 4a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1955.
- 3.—**ERRAZURIZ, CRESCENTE.** *Historia de Chile. Francisco de Villagra, 1563-1565.* Santiago, 1916.
- 4.—**GONGORA MARMOLEJO, ALONSO DE.** *Historia de Chile desde su descubrimiento hasta el año 1575 compuesta por el Capitán... y seguida de varios documentos.* Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo II. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1862.
- 5.—**MARIÑO DE LOBERA, PEDRO.** *Crónica del Reino de Chile, escrita por el Capitán Don... dirigida al Excelentísimo señor don García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete, Virrey y Capitán General de los Reinos del Perú y Chile, reducida a nuevo método y estilo por el Padre Bartolomé Escobar de la Compañía de Jesús.* Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo VI. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861.
- 6.—**MEDINA, JOSE TORIBIO.** *Diccionario Biográfico Colonial de Chile.* Santiago, Imprenta Elzeviriana, 1906.
- 7.—**PRIMER LIBRO DE ACTAS DEL CABILDO DE SANTIAGO,** llamado generalmente Libro Becerro, de 1541 a 1537. Colección de Historiadores de Chile y Documentos relativos a la Historia Nacional. Tomo I. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1861.

II.-PERIODO DE LA INDEPENDENCIA. 1810 - 1826

1.—GENERAL DE BRIGADA PEDRO ANDRES DEL ALCAZAR ZAPATA

Nació en Tucapel de la Laja en 1750. Fue su padre el oficial español Andrés del Alcázar, segundo Conde de la Marquina, que falleció en 1768 como Comandante del fuerte de Santa Bárbara, en la frontera. Su madre fue doña Feliciana Rodríguez de Zapata y Sanhueza, hija del capitán de los Reales Ejércitos D. Félix Rodríguez y Sepúlveda. Se incorporó en las filas del Regimiento Dragones de la Frontera —escuela de caballería de la oficialidad del arma— en 1765, en calidad de soldado distinguido (aspirante a oficial hoy). Al estallar la revolución de la Independencia fue uno de los primeros oficiales criollos del Ejército español que se puso al servicio de la libertad de su Patria. En marzo de 1811 la Junta de Gobierno lo envió a Buenos Aires, al frente de un destacamento de 200 infantes y 100 dragones de la Frontera (de cuyo regimiento era Comandante), en auxilio de los "porteños", amenazados de invasión por el Brigadier Javier de Elío. Regresó a Chile en Julio de 1813, con el grado de Coronel.

Participó en las campañas de la Patria Vieja y, como consecuencia del desastre de Rancagua, debió emigrar a Mendoza al frente de la retaguardia del Ejército patriota. Fue notable su actuación en la acción de la Cuesta de los Papeles. Después de la victoria de Chacabuco, le cupo la misión de guardar las laderas y gargantas de los Andes y en 1819 fue nombrado Comandante General de la Frontera. Al frente de una fracción de tropa reducida, se sostuvo en Los Angeles en medio de la vorágine de una guerra sangrienta y horrorosa. El 20 de septiembre de 1819 puso en fuga al bandolero Benavides, en Monterrey, a golpe de lanza y sable. Allí dio término, Alcázar, a los desmanes y tropelías de Dionisio y Juan de Dios Seguel, adictos fanáticos al Rey de España.

En enero de 1820 emprendió la campaña de Renaico, secundado por el bizarro cuanto infortunado Comandante Carlos María O'Carrol. Después de esta desastrosa expedición —que

se distinguió por la mala fe con que actuaron los caciques aliados— Alcázar fue ascendido a Mariscal, o sea, General de Brigada (12 de abril de 1820).

En septiembre del mismo año recibió órdenes terminantes del General José María de la Cruz de replegarse sobre el Laja, pasando por Tarpellanca, en vista de que no había posibilidad de que se le socorriera desde Concepción. Empezó la marcha el día 25 al frente de una columna (938 hombres), llevando junto a ésta 300 familias que huían de las hordas del criminal Benavides. Al llegar a Tarpellanca, uno de los pasos del Laja, fue rodeado por una división realista de 2.600 hombres, entre soldados, montoneros e indios. Se trabó el combate en condiciones por demás desventajosas para los patriotas, tanto que después de trece horas de rudo batallar, Alcázar dispuso abrirse paso combatiendo, a través del círculo que los aprisionaba. El Sargento Mayor Gaspar Ruiz, compañero de armas de su juventud, lo disuadió de su intento, en consideración a la presencia de mujeres y niños en medio de la columna. Alcázar resolvió, entonces, capitular y a las doce de la noche envió al vivac enemigo un parlamentario. Dos horas más tarde quedaba ajustada la rendición y fue especialmente convenido que se respetaría la vida de los soldados y la libertad de las familias acompañantes.

Pero el traidor Benavides hizo fusilar y lancear por los indios a los jefes y oficiales de la columna, en presencia del General Alcázar. Ordenó, asimismo, masacrar a los niños y civiles y entregar las mujeres a la soldadesca y a los mapuches. Por último, el noble Mariscal y su segundo, el Mayor Ruiz, fueron acribillados a lanzazos y al primero de ellos le fue arrancado el corazón cuando aún vivía, a fin de aumentar el horror del sacrificio.

Este trágico suceso ocurrió el 25 de septiembre de 1820.

“De todos los soldados que han servido a Chile desde la época de su emancipación, ninguno ha sido más genuino ni más cabalmente soldado que el Brigadier don Pedro Andrés del Alcázar. Como los robles seculares que crecen en los bosques de las fronteras, él había nacido en ellas, allí se había criado, allí había envejecido, allí debía morir. Septuagenario en los años cuya cuenta hacemos, era todavía el más activo, el más intrépido, el más sagaz e impertérrito de los caudillos

fronterizos. A esa edad, cansados sus huesos por los años y las fatigas, hacíase poner sobre la silla por sus asistentes; más, una vez firme en ella, y empuñada en su mano la quila o el sable, no era empresa fácil el traerle al suelo, ni hacerle torcer la rienda a retaguardia" (1).

(1) Vicuña Mackenna, Benjamin. La guerra a muerte. Santiago, Universidad de Chile, 1940, pág. 125.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR. Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile. 1810 - 1891. Santiago, EMGE., 1981. Colección Biblioteca del Oficial, vol. LXV.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. *Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833.* Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 3.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS. *Los Precursores de la Independencia.* Santiago, Imprenta de la República de Jacinto Núñez, 1870-1872. 3 tomos.
- 4.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS Y GREGORIO VICTOR. *Los tres primeros años de la Revolución de Chile. RCHHG, tomos LVI, LVII, LVIII y LIX.*
- 5.—BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de Chile. 1a. edición. Tomos VIII al XII.* Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1892.
- 6.—BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de la Independencia de Chile durante los años 1811 y 1812.* Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 7.—CONTRERAS GOMEZ, DOMINGO. *La Ciudad de Los Angeles.* Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1942. Tomo I.
- 8.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI y VII. 1a. y 2a. Ed.* Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1953.
- 9.—EXZAGUIRRE, JAIME. *Historia de Chile.* Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1964. 2 tomos en un volumen.
- 10.—FERNANDEZ, CARLOS. *Recuerdos históricos. Tarpellanca (26-IX-1820). En Memorial del Ejército de Chile,* Santiago, 1933.
- 11.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. *Album Militar de Chile (1810-1879).* Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 12.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. *Diccionario Biográfico de Chile. 1a. Edic.* Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 tomos.

- 13.—FIGUEROA, VIRGILIO. *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile*. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 tomos.
- 14.—CONZALEZ SALINAS, EDMUNDO. *Historia y Glorias de la Caballería chilena*. Santiago, Imprenta del Instituto Geográfico Militar, 1953.
- 15.—HEISE, JULIO. *150 años de Evolución Institucional*. 2a. Edic. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 16.—HERNANDEZ, ACEVEDO. *La Guerra a Muerte*. Episodio N° 5. Tarpellanca. Episodios Nacionales. Publicado en "*Vida chilena*", semanario de literatura y actualidad. Año I, viernes 11 de septiembre de 1936.
- 17.—O'HIGGINS, BERNARDO. *Archivo de don Bernardo O'Higgins*. Archivo Nacional, Academia Chilena de la Historia. Santiago, 1946... Tomos II, XVI y XXI.
- 18.—TÉLLEZ, INDALICIO. *Historia Militar de Chile. 1520-1883*. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 tomos.
- 19.—VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN. *La Guerra a Muerte*. Santiago, Universidad de Chile, 1940.

2.—GENERAL DE BRIGADA JOSE SANTIAGO ALDUNATE TORO

Nació en la hacienda de Huechún, valle de Melipilla, el 20 de abril de 1797. Fueron sus padres el oidor de la Real Audiencia don José Santiago Martínez de Aldunate y doña María Mercedes de Toro y Valdés, hija del Conde de la Conquista.

Se incorporó en el Ejército casi niño, el 13 de octubre de 1810, en el regimiento de milicias de caballería de Rancagua, con el grado de Alférez. En diciembre de 1811 fue nombrado Subteniente del Batallón Granaderos de Chile y el 6 de noviembre de 1812, Teniente del mismo. Concurrió a la campaña de 1813, bajo las órdenes del Brigadier José Miguel Carrera y participó en las acciones de San Carlos de Nuble y sitio de Chillán. A las órdenes del General O'Higgins concurrió a la campaña de 1814 y participó en las acciones del Quilo, paso del Maule, de Tres Montes y Quechereguas. El 20 de abril fue ascendido al grado de Capitán del citado Batallón Granaderos.

No emigró a Mendoza después del desastre de Rancagua. El General San Martín utilizó sus servicios como agente de informaciones de los patriotas, respecto del estado del Ejército realista. En octubre de 1817 pasó agregado al servicio de la plaza de Valparaíso; en enero de 1818 era Sargento Mayor del Regimiento N° 1 de Guardias Nacionales y en abril del mismo año, Teniente Coronel graduado. En la campaña de 1818 sirvió de ayudante del General O'Higgins y agregado al Batallón de Cazadores N° 1 de Infantería; se encontró en el desastre de Cancha Rayada. Volvió a incorporarse, en seguida, a su unidad que —durante el desarrollo de la Batalla de Maipo— formó parte de la división encargada de la defensa de la capital, bajo las órdenes del Teniente Coronel Joaquín Prieto.

En julio de 1818 se retiró voluntariamente del servicio, para reincorporarse en mayo de 1820.

En junio de 1820 fue nombrado Comandante del Batallón N° 2 de línea, que integró la columna expedicionaria libertadora del Perú. Desembarcó en Pisco y con su batallón formó parte de la división de vanguardia que, a las órdenes del General Las Heras, ocupó a dicho pueblo. Hizo la campaña al interior

del Perú bajo las órdenes inmediatas del General Juan Antonio Alvarez de Arenales y, después de haber ocupado las provincias de Huamanga, Ica y Tacna, se encontró en la acción de Cerro de Pasco, el 6 de diciembre de 1820. Por su actuación en esta jornada obtuvo una medalla de oro. Cuando el Ejército Libertador ocupó a Lima fue condecorado con el escudo de los Libertadores y nombrado consejero y fundador de la Orden del Sol, instituida por el General San Martín.

En 1821 marchó a la ciudad de Ica, formando parte de la división del sur, bajo las órdenes del General Domingo Tristán. Allí se encontró en la acción de la Macacona y cayó prisionero y herido en el pecho y en el brazo derecho. El mal estado de sus heridas impidió que los españoles lo enviaran al depósito general de Chucuito (Alto Perú) y permaneció en Ica bajo fianza y bajo palabra de honor, hasta ser canjeado —seis meses después— por el Marqués de Valle Umbroso, Brigadier del Ejército enemigo. Había ascendido a Coronel algunos meses antes: en marzo de 1822.

Estuvo de regreso en Chile, en marzo de 1823, con el objeto de restablecerse completamente de sus heridas. Marchó de nuevo al Perú en septiembre del mismo año, con 300 reclutas para su batallón, formando parte de la división que comandaba el Coronel José María Benavente. Las tropas de esta división volvieron a la Patria; pero el Coronel Aldunate permaneció en el Perú con su batallón. Estando en el pueblo de Bellavista, cerca del Callao, estalló la rebelión de las fuerzas que guarnecían las fortalezas y recibió orden de retirarse hacia Lima (enero de 1824). Allí tomó parte activa en varios encuentros con los sublevados y a los ocho días se replegó sobre Trujillo con todas las fuerzas que guarnecían a la capital. Se embarcó para Chile en mayo de 1824, con las tropas a sus órdenes.

En octubre de ese mismo año fue nombrado Comandante del Batallón Nº 5 de infantería de línea. Participó en la segunda expedición a Chiloé (fines de 1825 y comienzo del 1826), bajo las órdenes del General Ramón Freire, en calidad de Jefe del Estado Mayor General. Desembarcado el Ejército en Chiloé, fue encargado del ataque de la batería de Balcacura con 240 hombres: al amanecer del 12 de enero tomó posesión de ella por sorpresa. En las acciones de Balcacura, Puquillihue y Bellavista, comandaba la columna de granaderos y cazadores de infantería y con ella tuvo su parte en la derrota completa del enemigo.

En septiembre de 1826, con el grado de Brigadier, fue nombrado Intendente y Comandante General de Armas de Chiloé. Ascendió a General de Brigada en noviembre de 1827 y tres años más tarde se le designó Viceintendente de Coquimbo, en 1834 Intendente de la misma y en 1837 Jefe del Estado Mayor del Ejército Restaurador del Perú, bajo las órdenes del Vicealmirante Manuel Blanco Encalada. Volvió a Chile el mismo año, en virtud de la capitulación de Arequipa.

En octubre de 1839 se le concedió retiro absoluto de las filas del Ejército y tres años más tarde era nombrado Ministro de Guerra y Marina por el Presidente don Manuel Bulnes. En 1846 pasó a desempeñar el puesto de Intendente de la provincia de Valparaíso y el de Comandante General de Marina. En abril de 1847 se le llamó a ocupar la Dirección de la Escuela Militar y en noviembre de 1849 era juez de Corte Marcial, sin desmedro de su función anterior. Recibió su cédula de retiro absoluto el 16 de enero de 1861.

Falleció en Santiago el 21 de junio de 1864. Días más tarde el diputado don Domingo Santa María presentó una moción a la Cámara, dirigida a otorgar una compensación en dinero a los hijos del General Aldunate y a autorizar al Presidente de la República el gasto de \$ 4.000 en la construcción de un mausoleo que guardara los restos del ilustre militar. Las partes más destacadas de la moción decían: "Como soldado en los Ejércitos de la República, peleó con ardor en el suelo patrio y en el extranjero por la causa de la independencia, sin que jamás le abandonase el honor, ni se hiciese reo de falta alguna que empañase ni ligeramente su dignidad y delicadeza. Las cicatrices que conservaba en su cuerpo eran el testimonio de las heridas recibidas en el suelo peruano, en las refriegas con el enemigo común de la independencia. Pudoroso y delicado, creyó siempre que estas cualidades debían adornar a los jefes de la milicia y en este sentido procuró con empeño como Director de la Academia Militar, despertar y arraigar los sentimientos de hidalguía en los alumnos que más tarde habían de ocupar las plazas que dejasen vacantes los viejos veteranos de la independencia...

"Ajeno a todas nuestras contiendas civiles, no abrigó más que un solo y santo propósito, el bien de la nación; y una sola y feliz inspiración que le acompañó hasta el delirio febril de sus últimos instantes, el triunfo de las ideas liberales, que a

la vez de asegurar el orden y la paz pública, facilitaron el imperio de la ley y de la justicia. Ajeno a los odios que engendran las pasiones políticas, el General Aldunate sólo albergó en su alma amor para con la Patria y amor para sus conciudadanos" (1).

(1) Figueroa, Pedro Pablo. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905. Tomo I, pág. 6.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR. Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile. 1810-1891. Santiago, EMGE., 1981. Colección Biblioteca del Oficial, Vol. LXV.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 3.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833.— Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 4.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII al XIII, 1a. edición. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1894.
- 5.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile durante los años 1811-1812. Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 6.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI al XIII en 1a. y 2a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1962.
- 7.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag S.A., 1964. 2 Tomos en un volumen.
- 8.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 9.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Diccionario Biográfico de Chile. 1a. edición. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 Tomos.
- 10.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 Tomos.
- 11.—HEISE, JULIO. 150 años de Evolución Institucional. 2a. ed. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 12.—MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL. Archivo General de Guerra. Hojas de Servicios, campañas y acciones de guerra.
- 13.—TELLEZ, INDALICIO. Historia Militar de Chile. 1520-1883. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 Tomos.
- 14.—TUPPER, FERDINAND BROCK. Memorias del Coronel Tupper. Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1972.



GDB. José Santiago Aldunate Toro
1797 — 1864

Museo Histórico de la Escuela Militar

3.—CORONEL JORGE BEAUCHEF ISMET

Nació en el departamento francés del Alto Loira, en el pueblo de Le Puy- en Velay, en 1787 (1).

A los 18 años sentó plaza de conscripto e hizo su primera campaña en 1805, recibiendo el bautismo de fuego en Austerlitz. Se encontró igualmente en Jena (14 de octubre de 1806), en Eylau y en Friedland (1807). En esta última fue promovido, por su singular bravura, de simple soldado a Sargento del 4º de Húsares de la Guardia Imperial. Pasó con su regimiento a España en 1808 y fue hecho prisionero poco después. Encerrado en un pontón en la bahía de Cádiz, logró escapar por un golpe de audacia, al ganar a nado un transporte inglés que pasaba por la desembocadura del puerto con dirección a Malta. De esta isla pasó a Constantinopla, desde donde emprendió el regreso a Francia, atravesando una gran parte de Europa a pie, sin recursos, perseguido como sospechoso y víctima de mil azares. Retirado del Ejército por haberse negado a prestar juramento de adhesión a los Borbones después de la desgraciada campaña de 1813, volvió al servicio de Napoleón a su regreso de Elba y se batió bizarramente en Waterloo.

Se embarcó luego para Nueva York (octubre de 1815). No tardó en correr la suerte de muchos de sus camaradas al reconocer filas en los Ejércitos sudamericanos. Llegado a Buenos Aires a principios de 1817, recibió sus despachos de Subteniente de caballería el 23 de enero del mismo año. El 15 de febrero partió para Mendoza, a reunirse con el Ejército Libertador, que había emprendido su marcha sobre Chile. El Gobierno le llamó y nombró Subdirector de la Academia Militar, que acababa de fundarse en Santiago; sirvió este destino desde el 27 de marzo del citado año en 1817.

(1) Algunos historiadores nombran el departamento de Ardèche y su capital Privas, que colinda con el Alto Loira, como lugar de nacimiento de Beauchef. El mismo Beauchef se encargó de aclarar el asunto en sus "Memorias": "Le Puy - en Velay (Haute Loire) donde nací en 1787". Ver: Felú Cruz, Guillermo (editor). Memoria Militar para servir a la Historia de la Independencia de Chile del Coronel Jorge Beauchef 1817-1829. Epistolario 1815-1840. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1964.

A mediados del mismo llegó a la capital el General Brayer y, nombrado Mayor General del Ejército del Sur, partió para Concepción y llevó en su compañía al Teniente Beauchef, su compatriota y amigo. El Ejército de la Patria sitiaba, por entonces, a Talcahuano y Brayer resolvió pronto un ataque general. Beauchef, que había sido incorporado al Batallón N° 1 de infantería, fue recompensado en la víspera, como un estímulo a su valor reconocido, con el grado de Sargento Mayor y se le confió el mando de la columna que debía atacar el centro de las posiciones enemigas. Recibió una herida casi mortal en el hombro derecho, de la que no se recobró jamás y que lo privó, también, de participar en la victoria decisiva de Maipo, conforme eran sus ardientes deseos.

Un tanto mejorado de su herida, se puso en marcha hacia el sur a mediados de 1818. Hizo las campañas que, ese año y el siguiente, dirigió el General Balcarce contra los restos de las fuerzas realistas que comandaba el Coronel Sánchez. Por esta época ancló en Talcahuano la Fragata *O'Higgins*, con Lord Thomas Cochrane a su bordo, que llegaba con la intención de asestar un recio golpe a la plaza de Valdivia. Solicitó un corto auxilio de tropas y el Coronel Freire, intendente de Concepción, dióle bajo su responsabilidad 250 soldados escogidos. Fue elegido para mandarlos el bravo Mayor Beauchef. Los transportes llegaron a las inmediaciones del Fuerte Inglés, en Corral, el 3 de febrero de 1820. El fuerte rompió sus fuegos y fue ésta la señal para lanzarse al ataque. Lord Cochrane montó en un esquife, a fin de dirigir personalmente la acción y lo siguieron dos botes atestados de soldados y marineros, comandados por Beauchef y Miller, respectivamente. A pesar del mortífero fuego contrario, los patriotas alcanzaron tierra y corrieron a acometer a la infantería que ocupaba posiciones al pie del castillo. La victoria coronó en breve plazo su audacia.

Era preciso, ahora, capturar el fuerte e impedir que continuara disparando sus cañones sobre los buques de la escuadra. Se esperó la obscuridad de la noche y el éxito coronó nuevamente sus esfuerzos. La ciudad de Valdivia se entregó sin combatir. Cochrane regresó a Valparaíso con los buques, los caudales tomados en Valdivia y gran parte de la tropa. Dejó a Beauchef a cargo de la plaza, sin más auxilio que algunos soldados y \$ 1.000 en efectivo. La guarnición de esta última, reorganizada en Chiloé, quiso presentar combate nuevamente, pero el bizarro Beauchef, al frente de 150 hombres, voló a su encuentro y la derrotó definitivamente en el caserío El Toro. El Gobierno lo recompensó con el grado de Teniente Coronel,

con fecha 24 de abril de 1820 y le encargó, además, el mando y gobernación de la plaza.

Aquejóle pronto una cruel postración, efecto de sus heridas mal cicatrizadas y viose obligado a guardar cama por meses enteros. En el invierno de 1821 fue reemplazado en sus funciones por el Comandante de Ingenieros Cayetano Letelier, francés de nacimiento, instruido y valiente. Beauchef se trasladó a Santiago, pero pronto debió regresar a la Frontera, que se hallaba amagada por Benavides.

En Valdivia había tenido lugar una catástrofe de proporciones. Su guarnición, formada en gran parte por presidiarios y fascinerosos enviados allí en castigo, violentados por las crueldades de sus oficiales e irritados contra la terquedad del Gobernador Letelier, que no escuchaba sus reclamos, fraguaron una atroz sublevación. El 21 de noviembre procedieron a degollar a nueve de los oficiales y mataron alevosamente al Gobernador Letelier: un sargento le atravesó el pecho con su bayoneta.

El Gobierno envió a Valdivia al Comandante Beauchef, a la cabeza de 330 hombres de los Batallones Guardia de Honor y N^o 7. La expedición, embarcada en dos buques de guerra, llegó frente al castillo de Corral el 14 de abril. Mandaba el fuerte el Sargento Andrés Silva, que se dispuso a impedir el desembarco y abocó los 18 cañones contra las embarcaciones. Fiado en su antiguo ascendiente sobre sus subalternos, Beauchef bajó a tierra acompañado sólo del Capitán Guillermo de Vic Tupper y se dirigió al fuerte, con el pretexto de conferenciar con Silva. La tropa lo avivó y, poniéndose de su parte, lo ayudó a aprehender a Silva y a otro de los caudillos del motín. Aprovechó un nuevo conato de motín, preparado por los mismos individuos del anterior, para capturar a éstos. Fusiló a cinco y confinó a los diecinueve restantes. La disciplina quedó automáticamente restablecida.

A comienzos de 1823, llegó a Valdivia la nueva del levantamiento de Concepción y de la insurrección general contra la administración del Director O'Higgins. En conformidad a lo acordado por las autoridades y pueblo de Valdivia en un cabildo abierto, convocado por Beauchef, éste se hizo a la vela para Talcahuano, con una división de 400 hombres y cuatro piezas de artillería, con la intención de apoyar el levantamiento de Concepción. Llegado a Valparaíso, recibió orden de relevar con su tropa a la escolta del General O'Higgins, que allí se encontraba en una situación intermedia entre el prisionero de guerra y el mandatario de la nación desposeído.

A mediados de 1823, formó parte de una expedición al Perú, que sólo llegó hasta Arica. Su objetivo era auxiliar al General Santa Cruz, que ocupaba el Alto Perú, pero éste fue derrotado por los realistas antes de poder ser reforzado con las tropas chilenas.

En 1824, el gobierno volvió sus ojos al archipiélago de Chiloé. El 1º de marzo se hizo a la vela desde el puerto de Talcahuano una flotilla de transportes, con 3.000 hombres a su bordo. El Coronel Beauchef iba al mando del Batallón Nº 8 de infantería. La expedición se resolvió en un desastre de las armas patriotas y no quedó otro recurso que la vuelta al norte. Beauchef llegó a Talcahuano con innumerables heridos de su destrozado batallón.

La segunda campaña de Chiloé tuvo el éxito deseado y Beauchef actuó con la intrepidez que le era característica. A fines de 1826, el Gobierno de Agustín Eyzaguirre resolvió dar un golpe decisivo a las bandas de los Pincheira, que asolaban las campañas del sur. Se organizaron tres destacamentos, que debían penetrar por diferentes cajones cordilleranos, para caer simultáneamente sobre el campamento del Butalón, en la latitud de Chillán. Beauchef comandaba el que debía marchar por el boquete de Cumpeo, enfrente de Talca. Fue tan bien combinado el movimiento que el 24 de enero de 1827 —con sólo media hora de diferencia— cayeron sobre los montoneros la vanguardia de Beauchef y los granaderos de la columna del Coronel Bulnes. Hicieron muchos prisioneros, rescataron varios cientos de mujeres y de párvulos y pudieron arrear considerables cantidades de ganado robado. Pincheira y algunos de sus secuaces se salvaron y fueron perseguidos hasta el pie de la línea fronteriza entre nuestro territorio y el de Mendoza. Después de haber alcanzado hasta las fuentes del Bío-Bío, la columna Beauchef regresó a Chillán por el boquete de Antuco, a fines de marzo de 1827, al cabo de tres meses de cruda campaña.

Este fue el último servicio que el Coronel Beauchef prestó a su patria adoptiva, pues dejó las filas en 1828. Se negó a participar en los disturbios políticos de la época, aún cuando los partidos beligerantes lo llamaron insistentemente en su auxilio. En 1831 emprendió un viaje de dos años a Francia y se retiró, en seguida, a la bella estancia de Polpaico, de cuyo mayorazgo era su esposa —doña Teresa Manso y Rojas— su única heredera. Fue entonces cuando redactó sus memorias, que comprenden desde su salida para Nueva York, en 1816, hasta la época en que dejó las filas de nuestro Ejército.

Falleció en Santiago, en 1840, a los 56 años de edad.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR. Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile. 1810-1891. Santiago, EMGE, 1981. Colección Biblioteca del Oficial, vol. LXV.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 3.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 4.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos XI al XIII. 1a. ed. Santiago, Rafael Jover, editor, 1890-1894.
- 5.—BUNSTER, ENRIQUE. Lord Cochrane (un estudio con variaciones). Versión corregida y aumentada con 3 nuevos capítulos. 3a. ed. Santiago, Editorial del Pacífico, S.A., 1966.
- 6.—COCHRANE, LORD THOMAS A. Memorias. Santiago, Editorial del Pacífico, S.A., 1954.
- 7.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VII al IX, 1a. y 2a. ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1953-1954.
- 8.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1954. 2 Tomos en un volumen.
- 9.—FELIU CRUZ, GUILLERMO (editor). Memoria Militar para servir a la Historia de la Independencia de Chile del Coronel Jorge Beauchef, 1817-1829. Epistolario 1815-1840. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1964.
- 10.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 11.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 tomos.
- 12.—GUARDA, GABRIEL, OSE. Historia de Valdivia. Santiago, Imprenta Cultural, 1953.

- 13.—GUARDA, GABRIEL, OSB. La Toma de Valdivia. Santiago, Imprenta Editora Zig-Zag, S.A., 1970.
- 14.—HEISE, JULIO. 150 años de Evolución Institucional. 2a. ed. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 15.—MERINO S., LUIS. Estudio histórico militar de la Campaña de la Independencia de Chile en el año 1818. Santiago, Imprenta Universitaria, 1910.
- 16.—MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL. Archivo General de Guerra. Hojas de Servicios, campañas y acciones de guerra.
- 17.—ROJAS VALDES, XIMENA. Lord Cochrane y la liberación de Valdivia, febrero de 1820. Publicación en homenaje al sesquicentenario de la liberación de Valdivia. Santiago, Universidad Católica de Chile, Instituto de Historia y Embajada de Gran Bretaña, Instituto Británico de Cultura, 1970.
- 18.—TELLEZ, INDALICIO. Historia Militar de Chile 1520-1883. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 Tomos.
- 19.—VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN. Don Jorge Beauchef. En Galería Nacional. Colección Biografías y retratos de hombres ilustres de Chile. Santiago, 1854.

4.—TENIENTE CORONEL (FRAY) LUIS BELTRAN

Este célebre patriota nació en Santiago de Chile en 1785. Como los recursos de su familia fueran escasos, el muchacho entró a desempeñarse como aprendiz en un taller de herrería, donde pronto se distinguió por la facilidad que poseía para el desempeño de los diversos trabajos encomendados por su patrón. Pero no tardó en dar a conocer su verdadera vocación, que era la religiosa, ingresando al convento de San Francisco en Santiago. Desde esta ciudad viajó a Montevideo y allí se encontraba cuando supo que Chile marchaba hacia su liberación de España. Regresó al país, haciéndose ferviente patriota y por ello abandonó los hábitos y se integró en el Ejército Restaurador que comandaba el General José Miguel Carrera. Durante las campañas de 1813 y 1814 se batió contra los realistas, sirviendo en el arma de artillería y en el sitio de Chillán; posteriormente, en la Batalla de Rancagua dio a conocer su habilidad en el manejo de las piezas de artillería.

Al realizarse la emigración a Mendoza, Beltrán siguió al Ejército, instalándose en Mendoza. San Martín, cuya capacidad para descubrir a los hombres de valer era bien reconocida, lo encontró allí y lo llevó consigo al campamento de Plumerillo, dándole el grado de Teniente, en marzo de 1815. La actividad de este hombre y su habilidad para manejar la maestranza del Ejército de los Andes fue premiada con su ascenso a Capitán, el 3 de mayo de 1816. San Martín había creado una maestranza en Mendoza, en la cual se reparaban las armas y se la había dotado de una cantidad de más de trescientos hombres, los cuales, bajo la dirección de Beltrán, pronto comenzaron a fundir cañones de bronce de muy buena calidad, los mismos que iban a servir al Ejército de los Andes en su expedición a Chile.

Sin darse punto de reposo, el ex-franciscano trabajaba día y noche, por turnos, a fin de acopiar armas para la expedición y fue tal su acierto que, a fines de 1816, San Martín podía contar con las armas necesarias y de repuesto para sus cuatro mil soldados.

El cruce de la cordillera resultaba el principal obstáculo que se debía vencer, especialmente para la conducción de la artillería de campaña. Estos cañones, que no eran desarmables para ser conducidos a lomo de mula, eran un serio problema que se debía resolver. Aquí estuvo entonces la habilidad del Capitán Beltrán. Ideó un pequeño carrito, bastante bajo y que podía ser conducido sin riesgo, por los caminos de la cordillera, ayudándose con los mismos soldados que debían servir de piezas. Llamó a estos artefactos "zorras" y durante la marcha resultaron muy eficaces y prácticos.

El 18 de enero de 1817, el Ejército de los Andes con San Martín a la cabeza, inició la marcha hacia Chile, trepando por la cordillera de los Andes en varias columnas. Las principales lo hicieron por los pasos de Los Patos y Uspallata. La I División al mando del Brigadier Estanislao Soler y la II al mando del Brigadier Bernardo O'Higgins.

En la División Soler marchaban a retaguardia, el Cuartel General, los hospitales de campaña, el parque de municiones y la maestranza. A cargo de la maestranza venía el Capitán Luis Beltrán con los elementos necesarios para desempeñar su oficio y colaborar en el paso de la artillería por la difícil ruta.

La acción de Chacabuco, emprendida el 12 de febrero de 1817, empleando la División O'Higgins en el frente y un envolvimiento por la derecha con la División Soler, alcanzó la victoria y significó el fin de la ocupación de Chile por los realistas que vencieron en Rancagua. Posteriormente la campaña en 1818, que estuvo muy cerca de perderse por la derrota sufrida por San Martín en Cancha Rayada, dio ocasión al esforzado "fraile" para que pusiera su entusiasmo al servicio de la Patria, dedicándose a la reparación de armas, fabricación de municiones y pertrechos para armar y equipar a las nuevas fuerzas que se preparaban para detener la ofensiva del Brigadier Mariano Osorio. Beltrán fundió en el corto tiempo de diez días cañones y balas y San Martín tuvo lo necesario para oponerse a los realistas y vencer en Maipo, el 5 de abril de 1818.

Conada la Batalla de Maipo, O'Higgins y su Ministro José Ignacio Zenteno se dedicaron a la tarea de organizar una escuadra para disputar a España la supremacía del Pacífico. Los fondos reunidos después de Chacabuco se habían empleado para enviar a Europa a dos representantes patriotas, Aguirre y Alvarez Condarco, a fin de obtener buques. La aflictiva situación de las Provincias Unidas del Río de la Plata impidió a su Director Supremo Juan Martín de Pueyrredón apo-

yar con ningún centavo la preparación de la expedición al Perú y Chile debió enfrentar solo este enorme trabajo. En la fabricación de los elementos que necesitaban trabajó arduamente, desde su puesto de jefe de la maestranza, Luis Beltrán y fue un auxiliar poderoso para el acopio de equipo, municiones y armamentos de las tropas.

Cuando el 20 de agosto de 1820 partió al Perú la Expedición Libertadora del Perú, Luis Beltrán, ascendido a Sargento Mayor, viajó con ella, prestando su valioso servicio a San Martín. Al regreso de éste, continuó sirviendo en el Perú y fundió 22 cañones para las fuerzas del General Antonio de Sucre. Tan valioso servicio le significó su ascenso a Teniente Coronel.

La preparación de la última campaña de Bolívar en el Perú exigía grandes cantidades de armas para poder equipar a los soldados que debían enfrentar a los realistas. Este General, conocedor de la capacidad de Beltrán, lo hizo llamar a su presencia y le exigió la preparación de 1.000 fusiles en el perentorio plazo de 48 horas, amenazándolo con tomar medidas muy severas en su contra si no daba cumplimiento al insólito pedido. Tal fue la impresión que causó en el patriota la incomprensión de Bolívar, que perdió momentáneamente la razón, debiendo ser recluido en una celda del Convento de San Francisco. Allí permaneció durante un año y sólo recobró el uso de sus facultades cuando supo que la victoria de Ayacucho había terminado con la dominación española en el Perú.

En 1824 se encontraba en Huanchaco y desde allí se dirigió a Buenos Aires, donde falleció oscuramente en el año de 1827.

La falta de datos sobre su nacimiento y sobre su muerte ha dado origen a que se dispute su nacionalidad. Mendoza lo considera un nativo suyo, mientras en Chile, donde se han averiguado muchos de sus pasos, se confirma como chileno. Así lo establece el opúsculo que, en el año 1877, publicara sobre su vida el eminente literato Eduardo de la Barra. Pero sea cual fuere su nacionalidad, los innegables y abnegados servicios prestados a la causa de la independencia, trabajando para el servicio del Ejército de los Andes y posteriormente para la Expedición Libertadora del Perú, le consagran un puesto especial en el panteón de los forjadores de la Independencia Nacional.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co. 1930.
- 3.—BARRA, EDUARDO DE LA. Fray Luis Beltrán. En *Revista Chilena*, marzo 1º de 1877.
- 4.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII al XII. 1a. edición. Santiago, 1887-1892.
- 5.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile durante los años 1811-1812. Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 6.—BERTLING, HANS. Documentos históricos referentes al paso de los Andes, efectuado en 1817 por el General San Martín. Concepción, 1903.
- 7.—BULNES, GONZALO. Historia de la Expedición Libertadora del Perú, 1817-1822. 2 tomos. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1888.
- 8.—DIAZ, FRANCISCO JAVIER. La Campaña del Ejército de los Andes, 1817. Reseña histórica popular. Santiago, Talleres del EMGE., 1917.
- 9.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI al VIII. 1a. edición. Santiago, Editorial Nascimento. 1947-1953.
- 10.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1964. 2 tomos en un volumen.
- 11.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 12.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Diccionario Biográfico de Chile. 1a. edición, Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 tomos.
- 13.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1923. 5 tomos.
- 14.—HEISE, JULIO. 150 años de Evolución Institucional. 2a. edic. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 15.—MILLER, JOHN. Memorias del General Miller al servicio del Perú. 3 tomos. Santiago, Imprenta Universitaria, 1912.
- 16.—MITRE, BARTOLOME. Historia de San Martín y de la Emancipación Americana. B. Aires, Editorial Albatros, 1950.

5.—GENERAL DE BRIGADA JOSE MARIA BENAVENTE BUSTAMANTE

Nació en Concepción el 10 de septiembre de 1785. Fueron sus padres el Coronel de Dragones de la Frontera don José Benavente Roa y doña Mariana Bustamante Roa y Guzmán. A los diez años de edad lucía los cordones de Cadete del Regimiento Dragones de la Frontera y sirvió en sus filas durante seis años. Más tarde se retiró a una hacienda de propiedad de su padre, en las riberas del Laja. Al estallar el movimiento revolucionario de 1810 volvió al Ejército, a su antiguo cuerpo de Dragones de la Frontera, con el grado de Capitán. Como tal, sirvió en la expedición auxiliar de Buenos Aires, que participó desde Valparaíso en abril de 1811, a las órdenes del Teniente Coronel Pedro Andrés del Alcázar. Permaneció allá hasta 1812.

A su regreso fue nombrado Comandante de uno de los escuadrones del Regimiento Húsares de la Gran Guardia, creado por el gobierno de Carrera, el 1º de abril de ese año. Invadido el país por las fuerzas realistas del Brigadier José Antonio Pareja, participó en la mayor parte de las acciones de guerra ocurridas durante la Patria Vieja. Se batió con denuedo en Yerbas Buenas, en el Quilo, paso del Maule, Tres Montes, Quechereguas y Rancagua. Emigró a Mendoza al lado de su jefe y amigo, el Brigadier Carrera y le correspondió proteger la retirada de la columna que iba a las órdenes de este último.

Cuando se organizó el Ejército de los Andes en Mendoza, el General San Martín ofreció a Benavente el mando de un cuerpo de caballería; pero el agraciado —unido a don José Miguel por fuertes lazos de amistad— prefirió mantenerse al lado suyo en la República del Plata. Acompañó al ilustre cuanto infortunado caudillo en toda su prolongada y azarosa campaña de las pampas argentinas y su fama de audaz y de valiente rebasó las fronteras. "El nombre del General Benavente quedó, en efecto, bautizado con el timbre de la inmortalidad desde aquel día memorable en que su espada y táctica habían consumado verdaderos milagros de pericia y de heroí-

cidad. Su reputación de bravura llenó el vacío que había quedado en las filas diezmadadas de su tropa y su brazo donde quiera que se le levantase en la redondez de aquella Pampa que media mil leguas, sería una enseña de victorias para los suyos y de pánico y castigo para sus adversarios" (1).

El señor Encina, asaz parco en sus alabanzas, al referirse a la actuación de Benavente en las llanuras de allende los Andes, comenta: "Con estos elementos (se refiere a la escasa dotación de tropas) el Coronel José María Benavente, que mandó en todo momento las huestes de Carrera en sus campañas del oriente de los Andes, hizo prodigios de valor, que perduraron indelebles en el recuerdo de sus compañeros y de sus enemigos" (2). Corrió la suerte de su amigo hasta su muerte en Mendoza y si salvó del patíbulo, en el último instante, fue debido al indulto que su hermano consiguiera del gobernador Godoy Cruz.

De regreso a Chile, fue reincorporado en el Ejército con el grado de Coronel. En 1823 se embarcó al mando de una expedición con refuerzos para nuestras tropas libertadoras del Perú (2.500 soldados de las tres armas). El resultado de la campaña fue un fracaso: la columna llegó a Arica en los días en que el General independiente Andrés de Santa Cruz fue derrotado por el General Valdés. La vuelta a Chile se hizo ineludible.

En 1825 se le nombró Comandante del Regimiento de Cazadores a Caballo. En mayo de 1826 fue ascendido al Grado de Brigadier y en noviembre de 1827 al de General de Brigada. Tres años más tarde, en febrero de 1830, fue designado Ministro de Guerra y Marina. Permaneció en la gobernación de la provincia de Coquimbo hasta la fecha de su muerte, el 12 de octubre de 1833.

(1) Vicuña Mackenna, Benjamín. El Ostracismo de los Carrera. Santiago, Universidad de Chile, 1938, pág. 239.

(2) Encina, Francisco Antonio. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo VIII, 2a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1953, pág. 515.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR. Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile. 1810-1891. Santiago, EMGE. 1981. Colección Biblioteca del Oficial, vol. LXV.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 3.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 4.—BAÑADOS ESPINOSA, JULIO. La Batalla de Rancagua, sus antecedentes y sus consecuencias. Santiago, Rafael Jover, editor, 1884.
- 5.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII al XVI. 1a. ed. Santiago, 1887-1902.
- 6.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile, durante los años 1811 y 1812. Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 7.—BENAVENTE, DIEGO JOSE. Primeras Campañas de la Guerra de la Independencia de Chile. Memoria presentada a la Universidad de Chile en el segundo aniversario de su instalación. Santiago, Imprenta Nacional, 1867.
- 8.—BULNES, GONZALO. Historia de la Expedición Libertadora del Perú. 1817-1822. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1888.
- 9.—CARMONA YANEZ, JORGE. Carrera y la Patria Vieja. Santiago, Instituto Geográfico Militar, 1948.
- 10.—EL ARAUCANO de Santiago N° 163 de 25 de octubre de 1833.
- 11.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI al X, 1a. y 2a. ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1952.
- 12.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1964. 2 Tomos en un volumen.
- 13.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta Barcelona, 1898-1905.
- 14.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Diccionario Biográfico de Chile. 1a. edición. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 Tomos.

- 15.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co. 1928, 5 Tomos.
- 16.—GONZALEZ SALINAS, EDMUNDO. Historia y Glorias de la Caballería chilena. Santiago, Imprenta del Instituto Geográfico Militar 1953.
- 17.—HEISE, JULIO. 150 años de Evolución Institucional. 2a. ed. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 18.—MORENO GUEVARA, ANGEL. Historia Militar de la Expedición Libertadora del Perú en 1820. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1920.
- 19.—O'HIGGINS, BERNARDO. Archivo de don Bernardo O'Higgins. Santiago, 1946... Tomos I, II y VII.
- 20.—REYNO GUTIERREZ, MANUEL. José Miguel Carrera. Su vida, sus vicisitudes, su época. Santiago, Editorial Nacional Quimantú, 1973.
- 21.—ROJAS MERY, EULOGIO. El General Carrera en Chile. Santiago, Editorial Neupert, s/a.
- 22.—ROJAS MERY, EULOGIO. El General Carrera en el exilio. 2a. ed. corregida y aumentada con varios e interesantes documentos. Santiago, Imprenta Cultura, 1955.
- 23.—TELLEZ, INDALICIO. Historia Militar de Chile. 1520-1833. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 Tomos.
- 24.—VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN. El Ostracismo de los Carrera. Santiago, Universidad de Chile, 1938. 2 Tomos.

6.—ALMIRANTE MANUEL BLANCO ENCALADA

Nació en Buenos Aires el 21 de abril de 1790, del matrimonio del Oidor de la Real Audiencia don Lorenzo Blanco Cicerón, español, y la dama chilena doña Manuela Calvo de Encalada, hija del Marqués de Villapalma y Sandín.

Huérfano de su padre el mismo año de su nacimiento, vivió con su madre en Buenos Aires hasta la edad de doce años. Esta lo envió a España en 1802, a casa de su hermano don Manuel Calvo de Encalada, Marqués de Villapalma, quien lo hizo ingresar, con dispensa de edad, al servicio de la Armada Real el 16 de abril de 1807, siendo promovido al grado de Alférez de Fragata en 1808. Ese año le correspondió batirse con naves francesas estando a bordo de la fragata *Carmen* en la rada de Cádiz, recibiendo una medalla por su valor. También en 1808, se le destinó al Apostadero Naval del puerto del Callao y de paso por Buenos Aires, se entrevistó con su madre y viajó a Chile a casa de su tío, don Martín Calvo de Encalada. Pronto continuó su viaje al Perú, pero notando el recelo que se tenía en la armada del Virreinato hacia los criollos que servían en ella, se embarcó en la fragata *Paloma* hacia Montevideo. En esta ciudad sintió la atracción de la causa patriota, desertando de las fuerzas realistas y en un viaje lleno de peripecias a través de Uruguay, Paraguay y el territorio de Entre Ríos, logró alcanzar Buenos Aires, uniéndose al Ejército patriota. En 1812 inició su viaje a Chile para venir a servir la causa de la Patria y la Junta de Gobierno de 1813 lo incorporó al cuerpo de artillería con el grado de Capitán.

“Alto, delgado hasta en la ancianidad, su figura tenía una esbeltez elegante que realzaba sus facciones finas y correctas, la naturalidad y reserva digna de sus modales y delataba al aristócrata de raza, heredero de muchas generaciones de hidalgos españoles. Su mirada suave y bondadosa atemperaba la reserva señorial de los modales. La línea maestra de su organización cerebral era de una sencillez transparente que revelaba a primera vista su fisonomía intelectual y moral. Era una figura exótica en Chile; un transplantado de

otras tierras, de otras civilizaciones y de otras culturas. Cerebro fantástico y quijotesco, había transportado a los prosaicos y utilitarios días en que le cupo vivir, el difunto mundo de la caballería, que ya era sólo una nebulosa pérdida en la lejanía de los siglos y la había erigido en norma de su actuación de caballero, funcionario y militar" (1).

En el año de 1813, Chile luchaba contra las fuerzas invasoras realistas y la Junta de Gobierno se había trasladado a Talca, esperando que con la renuncia que se había pedido al General Carrera, la situación militar mejorara. Pero lejos de eso, los realistas tomaron la ofensiva y ocuparon Talca, tan pronto la Junta la abandonó a principios de 1814, destruyendo las fuerzas del Coronel Carlos Spano.

Ante esta situación, la Junta organizó una división de 600 hombres de infantería, seis piezas de artillería y una numerosa caballería miliciana y en lugar de colocarlas bajo la autoridad del General en Jefe del Ejército, que en ese momento era el Coronel Bernardo O'Higgins, la hizo operar independiente, bajo el mando del Teniente Coronel Manuel Blanco Encalada, joven de 24 años, recién ascendido a este grado y sin ninguna experiencia de la guerra que se libraba en el sur. El resultado fue la derrota de Blanco, engañado por el guerrillero Calvo, al cual propuso un duelo caballeresco con igualdad de soldados. El realista lo aceptó para ganar tiempo y cuando recibió refuerzos de las tropas del Coronel Elorreaga, actuó sorpresivamente destruyendo a los patriotas.

El advenimiento al poder de Carrera en 1814 encontró a Blanco sirviendo en la artillería de la capital y más tarde, al producirse el desastre de Rancagua, pensó emigrar a las Provincias Unidas; pero no logró su propósito, siendo detenido y junto con numerosos patriotas, fue conducido a la isla de Juan Fernández, donde permaneció hasta la Batalla de Chacabuco, en 1817.

De regreso al continente, volvió al Ejército y se le dio de alta con el grado de Sargento Mayor, actuando en Cancha Rayada y Maipo. Alcanzada la libertad de Chile, el 5 de abril de 1818, el Director Supremo O'Higgins y su Ministro José

(1) Encina, Francisco Antonio. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo IX, 1a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1954, págs. 230-231.

Ignacio Zenteno se dieron a la tarea de organizar la Primera Escuadra Nacional y se fijaron en Blanco Encalada para designarlo Comandante de Marina y asumir el mando de la escuadrilla formada por la *Lautaro*, el *Aguila*, la corbeta *Cochimbo* y el bergantín *Colomb*, que recién se incorporaba a la escuadra.

Era a mediados de 1818 y el Ministro Zenteno había trabajado arduamente para conseguir los barcos que el Director Supremo anhelaba, como respaldo de la acción de tierra, para repeler cualquier intento de nueva agresión al territorio nacional. Pronto en la bahía de Valparaíso se reunió una flota compuesta por el *San Martín*, *Araucano*, *Pueyrredón*, *Galvarino*, *Independencia* y la *Chacabuco* y *Lautaro*.

En octubre de 1818, había en el mar una escuadra poderosa, con una tripulación de más de 1.000 hombres, con la cual se podía mirar, sin sobresaltos, el futuro. La Escuadra, bajo el mando de Blanco, zarpó de Valparaíso el 9 de octubre para interceptar los transportes españoles que habían llegado a la zona de Talcahuano, obteniéndose un brillante triunfo al capturar la fragata *María Isabel* y cinco transportes, con lo cual desbarató la flota que, al mando del Teniente Coronel Fausto del Hoyo, viajaba al Perú. Blanco había realizado una verdadera hazaña, iniciando de esta manera la trayectoria que la Marina de Chile ha cumplido, desde entonces, en el Pacífico.

Cuando las fuerzas destinadas a expedicionar sobre el Perú estuvieron listas y llegó a Chile el Almirante Lord Tomás Alejandro Cochrane, Blanco, con una modestia digna de su gran patriotismo, abandonó el mando de la Escuadra para ponerse a las órdenes del inglés como segundo de la flota y en esta calidad estuvo presente en las operaciones del Ejército de Chile que, bajo el mando de San Martín y bajo la bandera nacional, partió a dar la libertad al Perú.

Cinco años más tarde, al mando de la flota que acompañó a Freire en la segunda campaña de Chiloé, su brillante actuación permitió el desembarco y el feliz término de la expedición que incorporó el archipiélago a la soberanía de Chile.

En 1826, las vicisitudes políticas llevaron al Director Supremo don Ramón Freire a dimitir su alto cargo y de acuerdo con la disposición del 8 de julio de 1826, que rezaba 1º: "La persona que administre el Poder Ejecutivo Nacional se titulará en adelante Presidente de la República" y, habiendo sido

elegido por el Congreso para este cargo, 3º "el Teniente General don Manuel Blanco Encalada" pasó a constituirse como el primer Presidente de la República de Chile (2).

No duró mucho en el cargo. El Congreso, que combatía al Ministro don Manuel José Gandarillas, obstaculizó su trabajo; fiel a sus principios de viejo hidalgo, Blanco Encalada abandonó el poder por cuanto le repugnaba una lucha estéril que le era imposible resolver.

Durante el gobierno del General Freire, Chile se vio abocado a tener que destruir el poder del Mariscal Santa Cruz en el Perú. El Ministro Portales, que servía la cartera de Guerra y Marina, entregó a Blanco Encalada el mando de la expedición. Desgraciadamente, el Ministro no alcanzó a ver el resultado de su elección, ya que el alzamiento del Coronel Antonio Vidaurre, en Quillota, en junio de 1837, terminó con su existencia. Blanco, que se encontraba en Valparaíso con parte de las fuerzas expedicionarias al Perú, hizo frente a los revolucionarios en El Barón, derrotándolos y haciendo fracasar la intentona revolucionaria, pero no pudo evitar la muerte del Ministro.

El 15 de septiembre de 1837 partió Blanco con sus tropas expedicionarias y el 12 de octubre entró en Arequipa. El Protector de la Confederación Perú-boliviana, demostrando una gran capacidad política y militar, logró entretener al confiado General chileno con negociaciones que derivaron en el Tratado de Paucarpata, que el gobierno de Chile desaprobó. A su regreso, Blanco fue sometido a un Consejo de Guerra, que si bien lo absolvió, minó su prestigio profesional.

Luego de esto, Blanco se retiró a su hogar y pronto emprendió un viaje a Europa. A su regreso, el Presidente Bulnes lo designó como Intendente de Valparaíso. Cinco años permaneció en este cargo, siendo posteriormente enviado como Ministro de Chile en Francia. Permaneció en Europa hasta 1858, vinculándose a los centros más aristocráticos del Imperio de Napoleón III. Su vasta cultura, su caballería y don de gente, lo hicieron ser recibido y respetado por los grandes señores de Francia. Su hija, nacida de su matrimonio con

(2) Este decreto fue publicado el 12 de julio de 1826. Varas, José Antonio (dispuesto y arreglado por). Recopilación de Leyes, Decretos Supremos y Circulares concernientes al Ejército, desde abril de 1812 a abril de 1839. Tomo I. Santiago, 1860.

doña Carmen Gana, doña Teresa Blanco Gana, casó en París con Francisco Echeverría y a ese matrimonio, que fue todo un acontecimiento social, concurrió como padrino S.M. el Emperador de Francia, con su esposa la Emperatriz Eugenia.

En 1866 sobrevino la guerra con España. Frente a Valparaíso las naves de la Reina Isabel II mostraban su poderío ante los puertos chilenos que no tenían ninguna clase de defensas. Blanco Encalada ofreció su espada a la nación, pero no había flota que pudiera mandar; el viejo soldado y marino tuvo que contentarse con contemplar desde tierra el bombardeo de nuestro principal puerto.

Los años corren y llega 1868. Chile necesitaba reparar una injusticia. En el cementerio de Lima dormían los restos del que fuera señero impulsor de sus primeros años de vida independiente, el Capitán General de sus Ejércitos y Gran Mariscal del Perú, Bernardo O'Higgins. Entonces sobre una nave que llevaba su nombre y acompañado por las corbetas *Esmeralda* y *Chacabuco*, viajó el viejo Almirante, que frisaba en los setenta y ocho años, para regresar a Chile trayendo a bordo la preciosa carga de las cenizas del héroe, para depositarlas en medio de un pueblo que las esperaba, a fin de rendirles el tributo de su admiración.

El Almirante Blanco Encalada murió en Santiago, el 5 de septiembre de 1876. Sólo en 1917, se le rindió el merecido homenaje, en la estatua del artista español Coll y Pi, ubicada en nuestro principal puerto de Valparaíso.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile 1803-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 3.—ARGUEDAS, ALCIDES. Historia de Bolivia. Los caudillos letrados, Barcelona, 1923.
- 4.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1855-1858.
- 5.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VII al XVI. 1a. edición, Santiago, 1887-1902.
- 6.—BULNES, GONZALO. Guerra contra la Confederación Perú-boliviana. Santiago, Editorial del Pacífico, 1955-1956.
- 7.—BULNES, GONZALO. Historia de la Expedición Libertadora del Perú. 1817-1822. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1888.
- 8.—COCHRANE, LORD THOMAS. Memorias. Santiago, Editorial del Pacífico, S.A., 1954.
- 9.—ENCINA FRANCISCO, ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI y XIV. 1a. y 2a. Ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1962.
- 10.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1964.
- 11.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905. Tomo I.
- 12.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 Tomos.
- 13.—GONZALEZ SALINAS, EDMUNDO. Historia Militar de Chile, 2a. ed. corregida y aumentada. Santiago, EMGE, DRJE, 1984. Col. Biblioteca del Oficial Vol. LXIX, 3 Tomos.
- 14.—GRAHAM, MARY. Diario de mi residencia en Chile. Santiago, Editorial del Pacífico, S.A., 1956.

- 15.—HEISE, JULIO. 150 años de Evolución institucional. 2a. ed. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 16.—SOTOMAYOR VALDES, RAMON. Historia de Chile bajo el Gobierno del General D. Joaquín Prieto. Academia Chilena de la Historia, Fondo Histórico Presidente Joaquín Prieto, Serie Estudios Nº 1. 4 Tomos. Santiago, Editorial Universidad Católica de Chile, 1962-1960.
- 17.—VARAS, JOSE ANTONIO (dispuesta y arreglada por). Recopilación de Leyes, Decretos Supremos y Circulares concernientes al Ejército, desde abril de 1812 a abril de 1839. Tomo I. Santiago, 1860.
- 18.—VICUNA MACKENNA, BENJAMIN. El Almirante don Manuel Blanco Encalada. Santiago, Ediciones de la Revista Ercilla, 1917, 2a. ed.

7.—GENERAL DE BRIGADA JOSE MANUEL BORGOÑO NUÑEZ

Nació en Petorca en 1792. Fueron sus padres don Francisco Borgoño y doña Carmen Núñez.

Ingresó en el Ejército en calidad de cadete en diciembre de 1804. Solicitó permiso para trasladarse a Santiago a hacer sus cursos de matemática, para mejor conocimiento del arma de artillería. Dos años vivió dedicado a estos estudios y cuando sus profesores no tuvieron nada más que enseñarle, continuó ensanchando su ilustración en la lectura de obras de ciencias exactas y militares.

En diciembre de 1811 obtuvo el grado de Subteniente de artillería y en septiembre de 1812 el de Teniente.

En 1813 le correspondió organizar e instruir una brigada de artillería en la ciudad de Talca, con la que entró inmediatamente en campaña. Se distinguió en la Batalla del Membrillar, el 20 de marzo de 1814. Participó también en Tres Montes (7 de abril) y en Río Claro, Quechereguas. El 20 de abril fueron premiados sus servicios con el grado de ayudante mayor y en septiembre se le concedieron los despachos de Capitán de artillería.

Después del desastre de Rancagua debió refugiarse en los campos de Talca, obligado a la inactividad por falta de medios para contribuir a la prosecución de la guerra emancipadora. Pero al saber que San Martín había enviado a Ramón Freire, a Manuel Rodríguez y a Cabot invadir a Chile desde su Cuartel General de Mendoza, se internó por las cordilleras de Talca para salir al encuentro de sus compatriotas y ponerse de nuevo al servicio de la causa de la soberanía nacional. Abandonó su hogar recientemente formado y, animado del propósito de llevar a Freire algún contingente de soldados, aparte del de su espada, se dirigió al montonero Miguel Neira. Mas éste, juzgándolo un oficial realista encubierto, lo mandó a fusilar... en mangas de camisa, puesto que deseaba apoderarse del uniforme de Capitán. La sentencia no se cumplió, afortunadamente, bajo la promesa del obsequio de una casaca nueva. Borgoño se

unió a Freire en el paso del Planchón. En esta división cooperó a la dispersión de las tropas de Maroto, batidas en Chacabuco. Participó en el asalto de Talcahuano y allí se distinguió, como siempre, por su pericia de artillero. Fue ascendido a Sargento Mayor en julio de 1817.

En el desastre de Cancha Rayada el Mayor Borgoño salvó las piezas de artillería de su mando y al cruzar el río Lircay las hizo enterrar para que no cayesen en poder de los realistas.

En la Batalla de Maipo su artillería estaba situada en la Loma Blanca. Desde allí dirigió sus disparos con admirable precisión sobre la caballería española, dispersándola completamente y el nutrido y permanente fuego de sus cañones evitó que la infantería realista, batida desde un comienzo, pudiera rehacerse.

Resuelta la Expedición Libertadora del Perú, fue nombrado Comandante General de la artillería, con el grado de Teniente Coronel efectivo. Al tomar posesión de la ciudad de Lima el Ejército Libertador, el General San Martín lo nombró gobernador político y militar de la plaza, como prueba de la mayor confianza en su capacidad y aptitudes. En 1821 viajó a Chile, conduciendo las cuatro banderas que los realistas habían tomado en Rancagua al Ejército de la Patria Vieja. Al entrar en Santiago, las preciosas reliquias fueron recibidas con salvas de artillería, repiques de campanas y aclamaciones de regocijo popular.

De vuelta en el Perú, fue nombrado Presidente de la Junta de Secuestros y Contribuciones por el Protector San Martín. Renunció porque en cierta ocasión llevaron a su casa —y no a su oficina— varias cargas de plata. Su delicadeza no aceptó error semejante.

San Martín le concedió la Cruz de la Orden del Sol y le nombró Jefe del Estado Mayor del Ejército del Centro, puesto —este último— que la Junta que sucedió al Protector mantuvo en todo su vigor. San Martín le obsequió, además, su espada de guerrero victorioso (espada de Bailén).

Regresó a Chile en 1823.

Un movimiento revolucionario que se produjo en Valparaíso, en 1825, como protesta contra algunas provincias de la administración Freire, obligó a éste a nombrar al Coronel Borgoño intendente de la provincia. Había ascendido a Coronel en diciembre de 1821 y nombrado en la misma fecha Comandante del 2º Batallón de Artillería. No había alcanzado a tomar pose-

sión de su puesto cuando fue nombrado Comandante General de Armas de Santiago y encargado a organizar la expedición libertadora de Chiloé que, por segunda vez, disponía el General Freire para coronar la independencia. La víspera de la partida (9 de noviembre de 1825) fue agraciado con el título de Brigadier y nombrado segundo Jefe de la expedición. Atacó las alturas de Bellavista, en donde los aguardaba el General Quintanilla en un fuerte erizado de cañones. El Brigadier Borgoño y sus soldados acosaron a los últimos defensores del Rey en las alturas del río Pudeto y los arrojaron aniquilados a la cima del cerro Bellavista (14 de enero de 1826).

Ese mismo año el Brigadier Borgoño fue nombrado General en Jefe del Ejército de operaciones en la zona comprendida entre Colchagua y Concepción, con la misión de batir a los Pincheira. Extinguidas las montoneras en la provincia de Concepción, por alejamiento de los Pincheira hacia las cordilleras de Mendoza, Borgoño regresó a la capital.

A mediados de 1827 fue nombrado Ministro de Guerra. Su principal cuidado fue el de reorganizar el Ejército de acuerdo con las más nuevas modalidades de la época. "Su entereza y rectitud de carácter y su prestigio militar lo escudaron de las emulaciones y de las odiosidades que pudieron provocar su reformas en el Ejército, pues sólo un severo espíritu de justicia y disciplina guiaba sus propósitos" (1). En 1828 se vio obligado a volver a tomar la dirección del Ejército de operaciones del sur, para aniquilar el bandidaje, con gran éxito. De regreso a la capital, en mayo de 1828, se hizo cargo nuevamente del Ministerio de Guerra.

No obstante su estado delicado de salud —consecuencia de la pesada labor administrativa y de las campañas— su iniciativa en favor del Ejército continuaba haciéndose sentir eficazmente. Decretó que un soldado de cada compañía de los cuerpos, que supiese leer y escribir, concurriese en calidad de alumno al Liceo de Chile, que dirigía el literato español D. José Joaquín de Mora. Además, mandó organizar una escuela primaria en cada cuartel, haciendo obligatoria la instrucción para los soldados.

(1) Figueroa, Pedro Pablo. *Album militar de Chile (1810-1879)*. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905. Tomo II, pág. 100.

Por razones de salud, renunció al puesto de Ministro de Guerra en 1829. Triunfante en Lircay la revolución encabezada por el General Prieto, el General Borgoño fue dado de baja en el Ejército por haberse negado a reconocer al nuevo Gobierno. Se retiró al campo para no intervenir en la lucha política del país. Consagró sus horas de reposo al estudio. Más tarde la Sociedad Nacional de Agricultura, al establecerse, le acordó el título de socio fundador por sus trabajos de campo y de labranza. Fue también iniciador y primer Presidente de la Sociedad Filarmónica y miembro protector de la Sociedad de Lectura.

En 1835 el Congreso acordó establecer relaciones diplomáticas con el Gobierno de España y nombró al General Borgoño como Enviado Especial y Ministro Plenipotenciario ante Su Majestad Real. En España fue recibido con las mayores distinciones. Su misión fue altamente afortunada, pues logró suscribir un tratado de paz y amistad (abril de 1844) por el cual la Metrópolis reconoció nuestra condición de nación independiente.

El General Borgoño rehusó aceptar la Cruz de Carlos III que le fue ofrecida por el Gobierno de España, estimando que como diplomático había cumplido con un deber y que no tenía derecho a recompensa.

En noviembre de 1845 fue designado Inspector General del Ejército y un año después Ministro de Guerra y Marina.

Su Memoria presentada al Congreso de 1847 es un documento precioso para la Historia del Ejército, pues en ella señala las reformas que estimaba necesarias para dotar al país de una organización militar moderna en concordancia con los progresos alcanzados hasta entonces.

Fatigado por el trabajo administrativo y herido de muerte por la enfermedad crónica que minaba su organismo desde las campañas de la Independencia, falleció en Santiago el 29 de marzo de 1848.

A raíz de su muerte, don Andrés Bello escribió en "El Araucano", diario oficial de la época, lo siguiente: "Antiguo defensor de nuestra Independencia, plenipotenciario del tratado en que España la reconoció solemnemente, y más de una vez diputado y Ministro del Estado, el ilustre difunto ha dejado en los varios destinos recuerdos gloriosos, realzados por la memoria de sus virtudes privadas, que le hacían un perfecto ciudadano y un ornamento de la sociedad chilena" (2).

(2) Citado por Pedro Pablo Figueroa. Obra citada, Tomo II, pág. 106.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR. Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile. 1810-1891. Santiago, EMGE., 1981. Colección Biblioteca del Oficial, vol. LXV.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 3.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 4.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS. Biografía del General Borgoño. Santiago, 1848.
- 5.—BARRIENTOS GUTIERREZ, PABLO. Historia de la Artillería. Biblioteca del Oficial, Vol. XVI. Santiago, Instituto Geográfico Militar, 1946.
- 6.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII al XVI. 1a. ed. Santiago, 1887-1902.
- 7.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile durante los años 1811-1812. Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 8.—BULNES, GONZALO. Historia de la Expedición Libertadora del Perú. 1817-1822. 2 tomos. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1888.
- 9.—DIAZ, FRANCISCO JAVIER. La Batalla de Maipú. Santiago, Editorial del Pacífico, S. A., 1946.
- 10.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI al XII, 1a. y 2a. ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1962.
- 11.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1964. 2 tomos en un volumen.
- 12.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.

- 13.— FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 tomos.
- 14.— HEISE, JULIO. 150 Años de Evolución Institucional. 2a. ed. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 15.— MERINO S., LUIS. Estudio Histórico Militar acerca de la Campaña de la Independencia de Chile en el año 1818. Santiago, Imprenta Universitaria, 1910.
- 16.— MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL. Archivo General de Guerra. Hojas de Servicios, campañas y acciones de guerra.
- 17.— MORENO GUEVARA, ANGEL. Historia Militar de la Expedición Libertadora del Perú en 1820. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1920.
- 18.— TELLEZ, INDALICIO. Historia Militar de Chile. 1520-1883. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 tomos.

8.—TENIENTE GENERAL MIGUEL EUGENIO BRAYER

Nació en Neuf-Brisach, Francia, el 29 de diciembre de 1769, incorporándose al ejército en 1788. Durante las campañas de la Revolución Francesa actuó con valor y distinción, por lo cual obtuvo rápidos ascensos, en aquella época en que el arrojo personal era una virtud muy estimada. A las órdenes de Moreau, en Hohenlinden, el 3 de diciembre de 1800, alcanzó el grado de Comandante de Escuadrón.

Con el advenimiento del Imperio, participó en las campañas de Austria, batiéndose en Austerlitz y posteriormente en las campañas de Alemania y España. Durante la invasión de los aliados de Francia se batió en las batallas de 1814, hasta que la abdicación del Emperador Napoleón I produjo la vuelta de los Borbones a Francia.

La vida militar de Brayer era, como la de la mayoría de los oficiales del Imperio, una leyenda de continuos heroísmos. En 1813, en la Batalla de Silesia, marchando con muletas a consecuencia de una herida que recibiera con anterioridad en las jornadas de Albuferas, se batió con extraordinario valor y en Buntzlan "el ejército lo vio restablecer y pasar un puente solo con su brigada bajo los horribles fuegos del enemigo, a quien hizo retrogradar hasta la ciudad, donde lo obligó a rendir sus armas".

"A la época del restablecimiento de los Borbones en el trono de Francia, Brayer, que había hecho la última campaña a las órdenes de Napoleón, obtuvo honores y distinciones de parte de Luis XVIII, pero a la vuelta del Emperador de la isla de Elba se plegó de nuevo a las banderas imperiales. Entonces fue nombrado comandante de una división de la guardia de Napoleón, gobernador de Versalles y de los dos Trianons, conde y par de Francia. Durante la campaña de 1815, el General Brayer, al mando de 20.000 hombres, se ocupó en sofocar los primeros amagos de insurrección en los departamentos del oeste; pero tan pronto como tuvo noticias de la derrota de Waterloo corrió a presentarse al Emperador, pidiéndole que se pusiese

al frente de sus tropas y recomenzase la guerra. Napoleón, sin embargo, no aceptó esta oferta; pero cuando en Santa Elena hablaba de estos sucesos se arrepentía de su indecisión y prorrumplía en expresiones que sus compañeros han conservado en la historia de su cautiverio. —“Habría debido montar a caballo, decía con este motivo, cuando la división de Brayer se me presentó en la Malmaison y hacerme conducir por ella al centro del ejército” (1).

Su conducta le valió la persecución de Luis XVIII en su segunda restauración y su nombre inscrito en la Ordenanza de Proscripción de 24 de julio de 1815, al lado de los nombres del Mariscal Ney, del General Labeyodere y otros para ser sometidos a Consejo de Guerra y que lo obligó a huir a Prusia, desde donde pasó a los Estados Unidos. En este país se encontraba cuando el General José Miguel Carrera fue a buscar hombres y armas para reconquistar a su patria, invadida por los realistas después de Rancagua. Brayer se asoció al chileno y viajó en la expedición que llegó a Buenos Aires en 1817.

Cuando el Director Supremo de las Provincias Unidas consiguió quitar el mando de sus naves a Carrera, sobornando sus tripulaciones con ofrecimientos de cargos en el ejército y dinero, Brayer se vio obligado a seguir el único camino que se le abría para su subsistencia y entró al servicio de Buenos Aires, obteniendo el empleo de Coronel Mayor, el 24 de julio de 1817. De inmediato fue transferido a Chile bajo el mando del General José de San Martín. Este lo destinó a servir en Concepción como asesor del General Bernardo O'Higgins que se encontraba operando frente a la plaza de Talcahuano, donde el Brigadier José Ordóñez dirigía su defensa.

En esa oportunidad llegaron también los Capitanes Bacler D'Alve y Jorge Beauchef. Estos militares franceses despertaron la envidia de los oficiales criollos del Ejército de los Andes que estaba en Talcahuano junto a las fuerzas chilenas, según nos cuenta Beauchef en sus Memorias. Relata que con ocasión de una recepción que O'Higgins les ofreció a su llegada, “me puse a observar y no notaba nada ventajoso ni más o menos favorable a mi General. De todas esas figuras (los oficiales

(1) Barros Arana, Diego. Historia General de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1855-1858. Tomo IV, pág. 141.

patriotas invitados) la única franca y sincera era la del General O'Higgins que iba de buena fe, pues consideraba necesaria para el Ejército la presencia del Mayor General" (2).

Esta ojeriza con que fue recibido por los oficiales patriotas no se justificaba, ya que desde su puesto de Jefe de Estado Mayor, Brayer trataba de servir en forma leal la causa en que estaba empeñado.

Fue fortuna para el Jefe de Estado Mayor que al día siguiente de su llegada pudiera disponer una acción sorpresiva sobre las fuerzas de caballería de Ordóñez y que, cumplida por el Teniente Coronel Ramón Freire, resultara un notable éxito. Pero, desgraciadamente, los hombres al servicio de San Martín en el campo de O'Higgins no cesaron desde el primer día en enviarle informaciones negativas sobre este General francés y San Martín, que mucho se cuidaba de echar en saco roto los informes, fue adquiriendo hacia Brayer una manifiesta hostilidad.

El 25 de octubre Brayer inspeccionaba los puestos avanzados patriotas cuando salió de la plaza una partida de caballería realista en dirección a las Vegas de Talcahuano. Brayer ordenó una pronta carga con dos escuadrones de granaderos que tenía consigo, consiguiendo rechazar a los realistas hasta las empalizadas de Talcahuano. Esta acción sirvió para dar bríos a los soldados de la patria, de manera que O'Higgins se encontró en situación de planear un ataque general contra el enemigo.

Desgraciadamente el plan presentado por Brayer para el ataque a Talcahuano fracasó debido a la mala organización y disciplina de los soldados patriotas, que en la oscuridad de la noche se desorientaron y permitieron que con las primeras luces de la mañana los realistas reaccionaran con un violento fuego de sus baterías. Este fracaso llegó a San Martín en forma aumentada; toda la culpa era de Brayer y los partes se deshicieron en quejas y recriminaciones contra el Jefe de Estado Mayor.

(2) Fekú Cruz, Guillermo (editor). Memoria Militar para servir a la Historia de la Independencia de Chile, del Coronel Jorge Beauchef, 1817-1829. Epistolario, 1815-1840. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1964, págs. 101-102.

A la llegada de Osorio, a fines de 1817, O'Higgins debió abandonar Concepción y replegarse al norte. Brayer acompañó a éste como Jefe de Estado Mayor y posteriormente asumió el cargo de comandante de la caballería patriota en las operaciones que San Martín realizó para enfrentar a Osorio. Las diferencias de opiniones habidas entre San Martín, cuyos movimientos eran lentos y la mayor agilidad táctica de Brayer motivaron que aquél lo reemplazara por Balcarce, cambio que no benefició en nada a los patriotas, pero sí a los realistas que pudieron burlar la persecución, encerrarse en Talca y en la noche del 19 de marzo de 1818, en repentina acción ofensiva, derrotar a San Martín en Cancha Rayada.

Enemistado con San Martín, se retiró a Buenos Aires; allí publicó un manifiesto contra San Martín, por lo cual éste solicitó su arresto. De Buenos Aires pasó a Montevideo y allí publicó un segundo manifiesto en el cual dejaba muy mal la reputación de San Martín. Según opiniones de los parciales de éste, el francés se habría inspirado en los escritos del General José Miguel Carrera, que también se encontraba en esa ciudad, ocupado en la publicación de escritos contra el gobierno de Pueyrredón, la Logia Lautarina y el Congreso de Buenos Aires.

Alrededor de 1821 regresó a Francia. Los odios que se habían despertado después de la segunda abdicación del Emperador se habían calmado y los antiguos oficiales del Imperio gozaban de una amnistía que les permitió, a muchos, reincorporarse al Ejército y recuperar sus grados y honores militares. Así, Brayer volvió a tener en su patria una actuación destacada. Recibió la condecoración de la Legión de Honor y se desempeñó como Gobernador de Versalles y Par de Francia.

Con el grado de Teniente General y el título honorífico de Conde falleció en París en 1840.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—AMUNATEGUI, DOMINGO. *La Revolución de la Independencia de Chile*. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. *Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833*. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 3.—BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de la Independencia de Chile*. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1855-1858.
- 4.—BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de Chile*. Tomos XI y XII. 1a. ed. Santiago, Rafael Jover, editor, 1890-1892.
- 5.—CUTOLO, VICENTE OSVALDO. *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*. Buenos Aires, Editorial Elche, 1968.
- 6.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891*. Torno VII. 2a. ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1953.
- 7.—EYZAGUIRRE, JAIME. *Historia de Chile*. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1964.
- 8.—FELIU CRUZ, GUILLERMO (editor). *Memoria Militar para servir a la Historia de la Independencia de Chile, del Coronel Jorge Beauchef. 1817-1829. Epistolario 1815-1840*. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1964.
- 9.—FIGUEROA, VIRGILIO. *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile*. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928, 5 tomos.
- 10.—HEISE, JULIO. *150 Años de Evolución Institucional*. 2a. ed. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 11.—MITRE, BARTOLOME. *Historia de San Martín y de la Emancipación Americana*. Buenos Aires, Editorial Albatros, 1950. 2 tomos.

9.—TENIENTE CORONEL SANTIAGO BUERAS AVARIA

José Santiago María Estanislao Bueras Avaria nació en Santiago el 7 de mayo de 1786. Fue hijo del hacendado de Aconcagua, D. Francisco Bueras y de doña Josefa Avaria.

Desde pequeño le gustaban los trabajos del campo, pero también los alternaba con el estudio. A los doce años fue matriculado en el Real Colegio Seminario del Santo Ángel de la Guarda, uno de los establecimientos de enseñanza más antiguos de América, que a la sazón funcionaba en la calle Catedral, entre las actuales Amunátegui y San Martín, las que en ese entonces recibían los pintorescos nombres de calle del Peumo y de las Cenizas, respectivamente. Cuatro años permaneció estudiando latín, retórica, gramática, filosofía y teología, para ingresar en 1802 a la Real Universidad de San Felipe.

En 1803 se hizo cargo de la hacienda de su padre y habiendo viajado a Santiago, por asuntos de negocios, se encontró en la magna asamblea del 18 de septiembre de 1810. La visión espectacular de las tropas de línea y de milicias resguardando el desarrollo del acto inflamó su entusiasmo por la causa patriota y tan pronto fue creado el Batallón de Infantería Granaderos de Chile (2 de diciembre del mismo año), fue uno de los primeros en incorporarse a sus filas con el grado de Subteniente.

Tuvo su bautismo de fuego en la sofocación del Motín de Figueroa, el 1º de abril de 1811. Cuando los defensores de la Patria rechazaron a los realistas y éstos huyeron hacia el norte del río, fueron perseguidos y en ello se distinguieron los Subtenientes Enrique Campino y Santiago Bueras. En Yerbás Buenas lució nuevamente su arrojo y su audacia. "Avanzaron los granaderos mandados por Bueras y llevaron la muerte por la parte que ellos querían, burlaron al enemigo hasta el extremo de tomarlos por los caballos, tirarlos al suelo y acaarlos a bayonetazos" (1).

-
- (1) Carrera, José Miguel. *Dario Militar del General José Miguel Carrera*. Documentos. Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile, Tomo XXIII, 1913. Documento N° 27. Aparece citado por Virgilio Figueroa, *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile*. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. Tomo II, pág. 274.

El joven oficial hizo toda su campaña a las órdenes del Brigadier Carrera y del General O'Higgins en los Batallones de Granaderos de Chile y Auxiliares de la Patria y sus méritos eran tantos —ratificados en las acciones de El Manzano y Doñihuelo— que la Junta de Gobierno, que se encontraba en Talca, resolvió conferirle el grado de Teniente Coronel (decreto de 31 de enero de 1814).

Sabedor que los realistas alojaban en la hacienda de Cuchacucha, el Coronel Mackenna resolvió caer sobre ellos antes del amanecer del 22 de febrero. Así lo hizo... pero el enemigo había escapado. Ordenó entonces al Comandante Bueras que, con parte de su tropa, se hiciera cargo de algunos caballares y vacunos que pastaban en los potreros vecinos. Cumplía la orden Bueras, cuando aparecieron fuerzas de caballería. Les hizo frente al adversario, que "se retiró a las alturas inmediatas desde donde despachaba pequeñas partidas a tirotear, las que fueron perseguidas por dicha guerrilla (la de Bueras) y un piquete de voluntarios al mando del Alférez Allende, cuya intrepidez y ardor de su tropa le hizo avanzar tanto que costó repetidas órdenes y la pérdida de mucho tiempo en hacerlas reunirse a su división" (2). Observando Mackenna que los realistas no se atrevían a atacarlo y que su columna carecía de los elementos móviles necesarios para darles alcance, dispuso el repliegue a las posiciones del Membrillar. Repentinamente fue acometido por fuerzas considerables que el enemigo había logrado reunir en los alrededores y que pretendían aislar las fracciones adelantadas del Comandante Bueras; pero éste, con su acostumbrada intrepidez, hizo frente por todos lados y dio tiempo a que Mackenna acudiendo oportunamente dispersara al adversario y le causara algunas bajas en hombres y caballos.

Durante los preparativos de la defensa de la villa de Rancagua, al Comandante Bueras —como al Comandante Freire y al Capitán Francisco Molina— le correspondió la exploración hacia el sur, en dirección al enemigo. Estas partidas se replegaron hacia las posiciones patriotas, en el último momento solamente.

Después del desastre de las armas de la Patria, emigró a Mendoza. El General José de San Martín, en conocimiento de sus grandes amistades e influjo entre la gente de Aconcagua

(2) Carrera, José Miguel. Obra citada, Tomo XXIII, Documento N° 63

y de su conocimiento de todo el valle, lo envió a Chile a organizar la guerra de guerrillas, junto a Manuel Rodríguez y otros patriotas decididos. Bueras reclutó guerrilleros entre los hombres de su hacienda y, equipándolos y armándolos a su costa, comenzó su peligrosa misión. Tomado preso, fue conducido a la presencia de Marcó del Pont y a pesar de que no se le pudo comprobar nada —fuera del hecho de haber sido oficial insurgente— fue llevado a Valparaíso, para ir más tarde a Juan Fernández. La espera debió cumplirla en la fragata *Victoria* y entre sus compañeros de cautiverio se contaba el Capitán José de los Santos Mardones, futuro gobernador de la colonia penal de Magallanes.

La noticia de la victoria de Chacabuco se supo en Valparaíso el mismo 12 de febrero de 1817. Un grupo de patriotas porteños se allegó, en una chalupa pescadora, hasta el costado de la *Victoria* y comunicó la magna nueva del triunfo. Una comisión de tres prisioneros —de los cuales uno de ellos era Bueras— se apersonó al Capitán del buque, de apellido Vargas, para que los pusiera en libertad esa noche y se le prometió una buena recompensa. El Capitán accedió gustoso; pero en la noche dejó en libertad sólo a los tres comisionados y el resto quedó encerrado en el entrepuente. Los comisionados se pusieron a discutir acaloradamente con el oficial de guardia, a fin de lograr la libertad de sus compañeros. En ayuda del oficial, se lanzó el Capitán contra los tres patriotas. Pronto la situación fue dominada completamente por estos últimos. La tropa se limitó a cruzarse de brazos, con la certeza de que las cosas habían cambiado...

A medianoche los prisioneros se embarcaron en un lanchón y en silencio los fugitivos se pusieron a remar furiosamente hacia la playa lejana. Al llegar a ésta, una patrulla realista dio el quién vive. Luego de un instante de silencio, volvió a repetir el grito. Como no hubiera contestación, hizo una descarga cerrada en dirección al lanchón. Bueras se lanzó al agua conjuntamente con sus compañeros y cada uno tomó distinto camino al pisar tierra. Sólo lo acompañó el Teniente José Santiago Aldunate, futuro General de la República. Luego encontraron insurrectos, al frente de los cuales tomaron por sorpresa el castillo de San José, la fortaleza principal del puerto.

En 1817, el gobierno lo destinó para organizar el Batallón Infantes de la Patria y el 30 de septiembre se le reconoció, por Orden General del Ejército, su Comandante. Al lado del General O'Higgins asistió a las acciones contra el puerto for-

tificado de Talcahuano y a la retirada hacia el norte, con motivo de la expedición Osorio, hasta el momento que el total de las tropas patriotas se reunió en Chimbarongo.

Hasta ese momento Bueras formó parte de unidades del arma de infantería. Incluso, con fecha 27 de septiembre de 1817, propuso a la Superioridad Militar la creación de un batallón de infantería sobre la base de esclavos negros. Posteriormente Bueras pasó a constituir una unidad de caballería, a comienzos de 1818. Aunque no hemos encontrado el documento oficial respectivo en donde exista constancia de la fecha exacta del cambio de unidad o de arma, tenemos diversos datos que lo comprueban. Efectivamente, el 14 de marzo de 1818 salvó al Comandante Freire y a uno de los escuadrones de Cazadores de la Escolta Directorial de ser aniquilado por la caballería realista. En cumplimiento de una misión de exploración, el Comandante Freire se encontró repentinamente delante de tres escuadrones adversarios. Freire hizo frente al peligro, confiado en el auxilio que habría de enviarle al General Brayer, Comandante General de la Caballería patriota. Los jinetes de Morgado habrían concluido con el escuadrón de Cazadores si no hubieran divisado, al llegar al río Lontué, a una tropa de caballería que acudía en su auxilio. Era Bueras que, aburrido de esperar las órdenes que no llegaban, se lanzó por iniciativa propia con su escuadrón en protección de Freire.

En la noche del desastre de Cancha Rayada las fuerzas de caballería patriotas se dispersaron completamente y sólo Bueras logró mantener reunidos unos 100 jinetes de Cazadores de la Escolta. Llevado por su recio corazón, se metió en un entrevero donde nadie sabía con quién peleaba. A punta de sable llegó hasta el sitio en que el General O'Higgins, recién herido y completamente cercado por el enemigo, trataba de montar a caballo. Logró rescatarlo vivo y conducirlo hasta el cerro Baeza. Después se retiró con sus cazadores hacia San Fernando, conjuntamente con la División Las Heras. Fue a establecerse, con su escuadrón, a orillas del Tinguiririca, a fin de ayudar a los dispersos que iban llegando unos tras otros, observar la marcha de la División Las Heras y mantener la exploración hacia el enemigo con partidas volantes (patrullas).

Una vieja tradición que ha llegado hasta nosotros, cuenta que en uno de los muchos encuentros con la caballería realista se le quebró el sable, por cuya razón empezó a usar, en ade-

lante, dos. Así se presentó a la Batalla de Maipo, el 5 de abril de 1818 y allí murió de un balazo en la cabeza, en los momentos en que su escuadrón cargaba contra el ala derecha de la División Ordóñez.

La caballería chilena, agradecida de sus hazañas, ha escrito en una piedra recordatoria, en el sitio mismo de su holocausto: "Aquí murió por la Patria, en demanda de su libertad".

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR. Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile, 1810-1891. Santiago, EMGE., 1981. Colección Biblioteca del Oficial, vol. LXV.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 3.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 4.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS Y GREGORIO VICTOR. La Reconquista Española. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1912.
- 5.—ANDRADE MARCHANT, EDGARDO. Apuntes biográficos sobre el Comandante D. Santiago María Bueras Avaria. En *Revista de Caballería*, año XVIII, N° 175, enero-febrero-marzo de 1952, págs. 7-29.
- 6.—ANDRADE MARCHANT, EDGARDO. Apuntes sobre la genealogía de los Bueras en la parte correspondiente al Comandante D. Santiago Bueras. En *Revista de Caballería*, Año XVIII, N° 175, enero-febrero-marzo de 1952, págs. 30-38.
- 7.—ANDRADE MARCHANT, EDGARDO. Buscando el sitio donde cayó Bueras. En *Revista de Caballería*, Año XVIII, N° 175, enero-febrero-marzo de 1952, págs. 44-48.
- 8.—ANDRADE MARCHANT, EDGARDO. ¿Dónde está la tumba del héroe Bueras? En *Revista de Caballería*, Año XVIII, N° 175, enero-febrero-marzo de 1952, págs. 39-43.
- 9.—ANDRADE MARCHANT, EDGARDO. Iconografía del Comandante don Santiago Bueras. En *Revista de Caballería*, Año XVIII, N° 175, enero-febrero-marzo de 1952, págs. 49-51.
- 10.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII al XII, 1.a Ed. Santiago, 1887-1892.
- 11.—BARROS ARANA DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile, durante los años 1811-1812. Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 12.—CARRERA, JOSE MIGUEL. Diario Militar del General don José Miguel Carrera. Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile. Tomo I, Santiago, 1900. Documentos, Tomo XXIII, Santiago, 1913.

- 13.—DÍAZ, FRANCISCO JAVIER. La Batalla de Maipú. Santiago, Editorial del Pacífico, S.A., 1946.
- 14.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI y VII. 1.a y 2.a Ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1953.
- 15.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1964. 2 Tomos en un volumen.
- 16.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 17.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 Tomos.
- 18.—GONZALEZ SALINAS, EDMUNDO. El Comandante Bueras en Cucha-Cucha. En *Revista de Caballería*, Año XVIII, N° 175, enero-febrero-marzo de 1952, págs. 52-54.
- 19.—HEISE, JULIO. 150 años de Evolución Institucional. 2a. Ed. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 20.—MERINO S., LUIS. Estudio histórico militar acerca de la campaña de la Independencia de Chile en el año 1818. Santiago, Imprenta Universitaria, 1910.
- 21.—TELLEZ, INDALICIO. Historia Militar de Chile. 1520-1883. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 Tomos.
- 22.—VALENZUELA SOLIS DE OVANDO, CARLOS. Santiago Bueras, Huaso, Soldado y Héroe. San Felipe, Ediciones de la Ilustre Municipalidad de San Felipe, 1979.

10.—BRIGADIER IGNACIO DE LA CARRERA Y CUEVAS

Don Ignacio de la Carrera y Cuevas, vocal de la Primera Junta de Gobierno en 1810, pertenecía a una de las más ilustres familias del período colonial de Chile. Era descendiente de don Ignacio de la Carrera e Iturgoyen, militar español que tuvo lucida actuación en la Guerra de Arauco, mandando el Ejército como Cuartel Maestre de Campo en tiempos del Gobernador Francisco de Meneses.

Fueron los padres don Ignacio de la Carrera Ureta y doña Javiera de las Cuevas Pérez de Valenzuela.

Como todos los hijos de nobles de aquella época, don Ignacio, que vino al mundo en 1747, recibió, siendo niño, un grado en el Ejército en el arma de caballería. Como tal prestó algunos servicios en la Guerra de Arauco, pero por poco tiempo, pues prefirió dedicarse a la minería de cobre en Tamaya. Allí adquirió una regular fortuna, la cual le permitió vivir holgadamente en Santiago. En 1783, figuraba en las Listas de Revistas del Regimiento de Caballería del Príncipe, de guarnición en Santiago, con el grado de Teniente Coronel, otorgado el 12 de diciembre de ese año.

Según don Miguel Luis Amunátegui, en su obra *La Dictadura de O'Higgins*, don Ignacio de la Carrera "era un buen caballero, de ideas poco atrevidas, de ánimo poco arrebatado, a quien la suavidad de sus modales hacía estimar generalmente" (1).

Su principal acto público fue en el Cabildo Abierto del 18 de septiembre de 1810, en el cual se constituyó la Primera Junta de Gobierno bajo la presidencia de don Mateo de Toro y Zambrano y de la cual don Ignacio, ahora como Coronel, fue elegido vocal. Don Ignacio continuó con su vida tranquila limitándose a apoyar con su firma, las resoluciones de gobierno. Pero esta situación cambió bruscamente con la llegada desde España de su segundo hijo varón, don José Miguel Ca-

(1) Amunátegui, Miguel Luis. *La dictadura de O'Higgins*. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1914, pág. 66.

rrera y Verdugo. Este joven, de carácter vivo e impulsivo, tomó parte, desde su arribo, en los asuntos revolucionarios y don Ignacio, contra su carácter tranquilo y alejado de la ruidosa política que ya se comenzaba a vislumbrar en Chile, se vio envuelto en situaciones que le fueron desagradables; fue elegido por sus hijos, doña Javiera, Juan José, José Miguel y Luis, para representar una mascarada de gobierno en 1811. Don Ignacio aceptó con repugnancia el espinoso asunto, pero tan pronto pudo escabullirse, regresó a su hacienda de San Miguel en El Monte, apartándose de todo manejo político.

Mientras ejercía la Presidencia de la Junta de Gobierno su hijo José Miguel, a principios de 1812, las Provincias de Santiago y Concepción entraron en un peligroso conflicto que pareció llevar a un enfrentamiento armado. Con este motivo las tropas de Santiago que se reunieron para marchar contra el Brigadier Juan Martínez de Rozas, fueron colocadas bajo el mando de don Ignacio de la Carrera, al cual el Senado le otorgó el grado de Brigadier.

Después de los sucesos que tuvieron lugar a orillas del Maule y que terminaron con una avenencia entre ambas provincias, don Ignacio de la Carrera volvió a su retiro, sin participar de nuevo en los asuntos políticos. La caída de la Patria Vieja con la derrota de Rancagua lo sorprendió en su Hacienda del Monte, pero su retiro fue violado por el nuevo Gobernador de Chile, Brigadier Mariano Osorio y conducido como prisionero a la isla de Juan Fernández en compañía de muchos otros hombres prominentes que habían servido a la Patria desde 1810. El confinamiento de los patriotas comenzó en noviembre de 1814 y sólo terminó en 1817, después de la Batalla de Chacabuco.

De regreso en Santiago, el gobierno del General O'Higgins sometió a don Ignacio de la Carrera a una odiosa e injusta persecución, incautándole parte de sus bienes con el pretexto de que pagaran deudas contraídas en Estados Unidos por don José Miguel Carrera y culminaron, con la cruel obligación a que se le sometió, de cancelar la cuenta con que el Gobernador Toribio Luzuriaga, de Mendoza, cobró los honorarios y las balas de los que fusilaron a sus hijos Juan José y Luis, en aquella ciudad, luego de una mascarada de proceso.

Enfermo del alma, más que del cuerpo, el anciano que había cumplido 72 años, falleció en Santiago en 1819.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile, 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Ballcells y Co., 1930.
- 3.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS. La dictadura de O'Higgins. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1914.
- 4.—BAÑADOS ESPINOSA, JULIO. La Batalla de Rancagua, sus antecedentes y sus consecuencias. Santiago, Rafael Jover, editor, 1884.
- 5.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia de la Independencia de Chile durante los años 1811 y 1812. Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 6.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII al XI. 1.ª edición. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1890.
- 7.—CARMONA YANEZ, JORGE. Carrera y la Patria Vieja. Santiago, Instituto Geográfico Militar, 1948.
- 8.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI y VII. 1.ª y 2.ª edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1953.
- 9.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editorial Zig-Zag, S.A., 1964.
- 10.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Diccionario Biográfico de Chile. 1.ª edición. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 Tomos.
- 11.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Ballcells y Co., 1928. 5 Tomos.
- 12.—HEISE, JULIO. 150 Años de Evolución Institucional. 2.ª edición. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 13.—REYNO GUTIERREZ, MANUEL. José Miguel Carrera. Su vida, sus vicisitudes, su época. Santiago, Editorial Nacional Quimantú, 1973.
- 14.—ROJAS MERY, EULOGIO. El General Carrera en Chile. Santiago, Editorial Neupert, S.A., s/a.
- 15.—VICUNA MACKENNA, BENJAMIN. El Ostracismo de los Carrera. Santiago, Universidad de Chile, 1938. 2 Tomos.

11.—BRIGADIER (1) JOSE MIGUEL CARRERA VERDUGO

Nació el 15 de octubre de 1785. Fueron sus padres el Coronel de Milicias Reales Ignacio de la Carrera y Cuevas y doña Paula Verdugo Fernández de Valdivieso y Herrera.

Sus primeros estudios los realizó en el Colegio Carolino, el que abandonó con su compañero de clases Manuel Rodríguez Ordaíza para librarse de un castigo.

De acuerdo a las costumbres coloniales que se seguían en las familias nobles del Reino, a la edad de 9 años fue incorporado como cadete del Regimiento de Caballería del Príncipe en 1794 y en 1797 su nombre figuraba como Alférez y como Teniente en 1805. Al cumplir los 14 años de edad fue enviado a continuar su aprendizaje en Lima y obtuvo de su padre la autorización correspondiente para dirigirse a la península.

En 1806 viajó a España, enrolándose en el Ejército español y en los Voluntarios de Madrid y los Húsares de Farnesio; hizo las campañas de 1808, 1809 y principios de 1810, participando en más de veinte hechos de armas, siendo los principales la ocupación de la ciudad de Mora, retirada de Consuegra, combate de Yébenes y en las acciones libradas en río Guadiana, en la Batalla de Talavera y la Batalla de Ocaña, en cuya retirada fue herido el 19 de noviembre de 1809 y debió ser trasladado a Cádiz para su restablecimiento. Condecorado con la Cruz de Talavera, ascendió a Sargento Mayor del Regimiento de

-
- (1) José Miguel Carrera fue ascendido a Brigadier de Caballería por decreto de 30 de octubre de 1812. De acuerdo con el artículo 138 de la Ordenanza General del Ejército Español de 1702 —vigente en la época— Brigadier era el grado intermediario entre el de Coronel y el de Mariscal de Campo (este último, 1er. grado Oficial General). (Diccionario Militar de Almirante).

Por decreto de 24 de agosto de 1814 fue nombrado General en Jefe del Ejército Pacificador. Ello no significó un ascenso, naturalmente; fue un cargo honorífico y de confianza que le otorgó el Gobierno ante la emergencia que vivía el país.

Húsares de Galicia y se le encargó su comando y reorganización, lo que no alcanzó a realizar por su regreso a Chile, con motivo de los acontecimientos que culminaron con la Primera Junta de Gobierno el 18 de septiembre de 1810.

En enero de 1811, al tanto de la formación de una Junta de Gobierno en su patria, decidió regresar a ella. El Consejo de Regencia le otorgó licencia absoluta para retirarse del servicio; emprendió viaje el 17 de abril en el navío *Standart* y desembarcó en Valparaíso el 25 de julio del mismo año. Sugestionado por la leyenda napoleónica, en la que había estado sumergido durante tres años "y con una aureola de heroísmo que él se hallaba lejos de ocultar, no está para resignarse a un papel pasivo y de escaso lucimiento" (2). De allí que el 4 de septiembre, al frente de la fuerza armada de la capital, cuya dirección detentaban los Carrera y sus partidarios, presentaba un pliego al Congreso exigiendo su disolución inmediata. Los diputados inclinaron la cerviz ante lo inevitable y nuestro apuesto húsar de Galicia pasó a ser el árbitro absoluto de este reino.

El año 1812 fue especialmente agitado para el Gobierno, en razón de la avalancha de problemas que sobre sus hombros caía diariamente y que era preciso resolver. Realizó muchas reformas beneficiosas para el país. Por decreto de 16 de enero de 1812 estableció la prensa, nombrando como redactor a Fray Camilo Henríquez; sancionó la primera Constitución Política, denominada "Reglamento Constitucional de 1812"; el 4 de julio presentó a la nación su nueva bandera nacional con los colores azul, blanco y amarillo, que simbolizaban el cielo, la nieve cordillerana y los trigales de Chile. También en aquella ocasión hizo lucir un escudo de armas que debía reemplazar al del Rey. Se preocupó de la enseñanza y para ello dispuso que los monasterios tuvieran escuelas de hombres y mujeres, creando un instituto de enseñanza, hoy Instituto Nacional. Dispuso el mejoramiento de los hospitales de Santiago y tomó otras providencias muy adelantadas para su época, transportando a Chile lo que había visto en Europa.

Mientras tanto, el Virrey Abascal preparaba pacientemente la invasión de la alborotada Capitanía General de Chile. En efecto, el 31 de marzo de 1813 Carrera tenía noticia de que

(2) Eyzaguirre, Jaime. O'Higgins. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1950, 3a. edición, pág. 72.

las fuerzas realistas del Brigadier José Antonio Pareja se habían apoderado de Talcahuano y Concepción. Procedió de inmediato a citar a las autoridades civiles y militares a fin de tomar una serie de medidas de salvación; fue ascendido a Brigadier y nombrado General en Jefe del Ejército y en la tarde del 1º de abril partía hacia Talca. Su actividad para organizar las fuerzas que opondría a Pareja fue enorme y las cosas siguieron sin mayor variación hasta el 29 del mismo mes. Carrera dispuso que en la noche de ese día saliera una fuerte columna en persecución del destacamento Elorreaga. A causa del oscurecimiento esta fuerza cayó en medio del vivac del grueso del ejército enemigo, en Yerbas Buenas, y fue, naturalmente, obligada a retirarse, perdiendo en el encuentro varios hombres, caballos, material de guerra, etc.

El General en Jefe quedó tan impresionado por el suceso que resolvió replegarse apresuradamente a San Fernando, sin reparar en que el abandono de la línea del Maule equivalía al desbande de su tropa. Mackenna, previendo el caso, se opuso a aquella resolución, sin lograr hacerse oír. En los días que siguieron, Pareja —lejos de atravesar el Maule y avanzar hacia Santiago— emprendió regreso hacia el sur. Los patriotas, al tanto de ello y reforzados desde la capital, iniciaron la persecución. Alcanzaron el 15 de mayo, en San Carlos, al Ejército realista; pero éste logró ocupar una ventajosa posición defensiva en una loma. Los cuerpos de infantería, fatigados inútilmente por haberse lanzado al ataque desde una distancia lejana, se dispersaron sin disparar un tiro. La artillería fue desmontada a las primeras descargas y la caballería volvió las espaldas antes de llegar a la línea enemiga. El combate fue suspendido al caer la noche y los criollos se retiraron desordenadamente hacia la villa de San Carlos. El Ejército realista repasó a Ñuble a favor de la oscuridad y marchó a encerrarse en Chillán.

Sin darse un momento de reposo, Carrera se dirigió a Concepción. Entró a ésta el día 25, sin combatir y con las armas, municiones y dinero allí encontrados procedió a la reorganización de sus fuerzas con una actividad ejemplar. Con ella inició el asedio de Chillán a fines de junio. El General chileno imaginaba que el Ejército enemigo, que en menos de un mes había visto desaparecer a Pareja y otros jefes y que había perdido más de la mitad de sus efectivos, se rendiría a su sola vista. Ignoraba que allí había emergido otro conductor, que reemplazó

zaría ventajosamente a Paraja: el Comandante Juan Francisco Sánchez. Olvidaba, también, que él mismo había concedido dos meses al enemigo para resarcirse de las fatigas de la campaña, fortificarse debidamente e instalarse lo más cómodamente que las circunstancias y los medios permitían. El sitio comenzó a fines de julio, dijimos, cuando los fríos y las lluvias alcanzaban su intensidad máxima. Naturalmente, el descalabro de las armas de la patria fue irremediable y su Generalísimo debió disponer la retirada en dirección a Concepción (10 de agosto).

Al amanecer del 16 de octubre una agrupación del Ejército patriota fue sorprendida en el vado del Roble por un destacamento comandado por Elorreaga. Carrera montó a caballo, pero luego se vio cortado por una fracción enemiga. Después de intentar vanamente defenderse, galopó hacia el río Itata, logró atravesarlo sin ser descubierto y se puso a salvo en el campamento de la II División, situado a escasas leguas del lugar.

A todo esto y alarmada por la suerte adversa de las armas de la patria, la Junta de Gobierno se trasladó a Talca y luego de reunir los informes y pareceres de personas responsables, estimó necesario separar a Carrera del mando del Ejército y entregarlo al Coronel Bernardo O'Higgins. La transmisión se realizó el 1º de febrero de 1814 y don José Miguel se puso en marcha para Santiago un mes más tarde, en compañía de su hermano Luis. Asaltados por una guerrilla enemiga, fueron conducidos a presencia del General Gaínza, en Chillán. El 10 de mayo escaparon de la prisión con ayuda, naturalmente, de los mismos españoles, que de antemano se solazaban pensando en pescar a río revuelto. Nuestro húsar amotinó a la guarnición militar de Santiago el 23 de julio, depuso al Director Supremo, don Francisco de la Lastra, lo apresó, como asimismo a los más caracterizados de sus consejeros y constituyó una Junta de Gobierno a cuya cabeza quedó colocado él mismo.

El Ejército de O'Higgins se puso en marcha hacia la capital, con la intención de deponer a Carrera y sus partidarios y sostuvo un encuentro con sus fuerzas unas cuatro leguas al norte del Maipo. Ante el anuncio de una nueva invasión realista, los generales rivales se estrecharon en un fuerte abrazo y prometieron mantenerse cordialmente unidos hasta el rechazo final del adversario. Llegó así el 1º de octubre y nuestro Ejército fue aniquilado en la villa de Rancagua.

Tras la derrota, se produjo la emigración a Mendoza. Carrera y San Martín chocaron desde el primer momento. Este

último conocía desde antiguo la rivalidad que dividía a los patriotas aqueñe los Andes y, según el Sr. Encina, el conflicto “tenía que estallar fatalmente el día en que San Martín y Carrera se pusieran en contacto. En su soberbia, el dictador chileno sólo podía ver en el oscuro gobernante un funcionario al servicio del gobierno de Chile y de la persona de su jefe, al cual trataría de alto a bajo” (3). Para el Intendente de Cuyo, en cambio, la causa de la revolución americana se anteponía a todo otro interés y llegó a la conclusión de que necesitaba suprimir a Carrera “del escenario chileno a renunciar a su plan de emancipación” (4).

Con estos antecedentes, fácil es imaginar que don José Miguel no podía esperar el menor socorro del gobierno argentino para expedicionar sobre Chile y expulsar a los realistas que lo ocupaban. Pensó, entonces, en Estados Unidos de Norteamérica, hacia donde partió en noviembre de 1815. El ambiente que encontró en Norteamérica habría desanimado a otro caudillo menos anímico; pero su presencia agradable y su carácter simpático fueron la varita mágica que le permitió la adquisición de tres buques con material de guerra en abundancia, además de 25 oficiales, suboficiales, médicos, etc., en su casi totalidad franceses y estadounidenses. Estaba de regreso en Buenos Aires en febrero de 1817.

Por razones de seguridad y con la mirada siempre fija en la liberación de Chile y del Perú, las naves fueron embargadas por el gobierno de Pueyrredón y se convino con O'Higgins en dar a los Carrera una modesta ayuda para que continuaran viviendo en la capital argentina. Pero en vista de la denuncia de cierto coronel francés, de apellido Lavaysse, de que Carrera pensaba viajar a Chile con la intención de provocar un levantamiento contra las autoridades, el Director de las Provincias Unidas dispuso la captura de los tres hermanos, a fin de enviarlos enseguida a Estados Unidos de Norteamérica. Don José Miguel quedó detenido en el bergantín *Belén* hasta el momento que estuviera listo el buque que debía conducirlo a su destino. Mas, apenas pisó la cubierta de aquél, ganó al capitán a su causa y pudo fugarse a Montevideo.

(3) Encina, Francisco Antonio. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo VII, 2a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1953, pág. 113.

(4) Idem. Tomo VII, 2a. edición, pág. 113.

Ni la malquerencia de San Martín y de Pueyrredón, ni el embargo de los buques que tan ingentes esfuerzos le había costado adquirir en Estados Unidos, ni su calidad de proscrito en la banda Oriental, lejos de los seres a quienes más amaba, hicieron mella en el ánimo de nuestro esforzado compatriota. Ni siquiera el sacrificio de sus hermanos Luis y Juan José, más tarde, en el patíbulo de Mendoza, fue lo suficientemente recio como para doblegarlo o llevarlo a la desesperación. Desde los días mismos de la tragedia de Rancagua no había tenido otro deseo que regresar a su patria y ejercer el mando supremo en ella. A partir desde ahora ese deseo se convirtió en obsesión, alimentada día a día por una sed inextinguible de venganza en las personas de O'Higgins y San Martín. Ello lo impulsó a alistarse en el bando combativo de la federación. Pondría su experiencia y su talento al servicio de la sagrada causa, a fin de derrocar el Gobierno de Buenos Aires y elevarse con sus aliados hasta el poder. Cumplida esta etapa exigiría, a su vez, la ayuda necesaria para lograr el objetivo final de sus ilusiones: pasar al terruño querido de Chile.

A comienzos de 1821 apareció ligado a los caudillos Francisco Ramírez, de Entre Ríos y Estanislao López, de Santa Fe; los encuentros victoriosos se sucedieron periódicamente unos a otros y momento hubo en que el caudillo chileno llegó a ser, en cierto modo, el factótum de la revolución argentina. Una serie de trastornos condujo, sin embargo, a la destitución de don Manuel de Sarratea, aliado y amigo suyo, el Gobierno del Plata fue a dar en manos de un adversario franco y decidido, como era don Martín Rodríguez. Sin fuerzas suficientes para oponérsele, abandonado por López y por Ramírez, el infortunado caudillo —que no desfallecía, sin embargo, en sus propósitos— resolvió buscar apoyo en los indios de la pampa. En su compañía pensó abrirse paso hasta Chile, meta final de sus esperanzas, no sin cometer depredaciones por donde quiera que pasó. Y allí llegó el momento en que quedó a merced de sus propias fuerzas. Don Miguel Zañartu, el sagaz cuanto activo agente de O'Higgins, había logrado, por añadidura, asociar en su contra a los gobiernos de las diversas provincias transandinas.

Primero fue la derrota de Punta del Médano. Más tarde, la traición al amparo de las sombras de la noche y la captura consiguiente. Los montoneros entraban a continuación a Mendoza a depositar, en manos de las autoridades, su preciosa car-

ga. El tribunal designado para juzgar al prisionero procedió con una rapidez notable y dos días más tarde expidió su fallo, condenándolo a la pena capital en la plaza pública de la ciudad.

La sentencia se cumplió a las 11 de la mañana del 4 de septiembre de 1821.

"El temple de su genio estuvo puesto a una incesante y recia prueba durante aquellos dos lustros completos de su existencia pública y cuando cualquiera otra organización que no tuviera sus dotes singulares hubiera caído deshecha bajo el golpe de tantos reveses, la suya se alzaba más erguida y más potente después de la caída. En cada vaivén de su agitada carrera encontraba un esfuerzo para avanzar hacia adelante; jamás retrocedía. En cada atajo que obstruía su camino sabía abrirse una brecha y luego, con los propios escombros hacinados formaba un parapeto que le defendiera: sus recursos de constancia eran inagotables. En cada abismo donde le arrojaba el destino, replegaba un instante sus alas lastimadas y erguía después su cabeza y soltaba el vuelo a su mente sublime para remontarse de nuevo a mayor altura que la de la de donde fuera derribado: su audacia era infinita. La adversidad y la fortuna fueron semejantes delante de su genio, en cuanto su actividad prodigiosa y su incansable tesón sabían encontrar acción, éxito, poder, gloria y aún la fortuna misma en lo más hondo de su desgracia y de su impotencia.

"Fue por esto un hombre verdaderamente grande" (5).

"Como caudillo de la revolución americana ocupará en la posteridad un puesto supremo entre las más grandes nombradías de la revolución. Tuvo de común con los dos ilustres capitanes que salvaron la independencia del suelo de Colón, Bolívar y San Martín, el que su prestigio, su acción y su poder desbordan los límites de su propia nacionalidad y fueran a ejercerse en otros pueblos y con otros medios. Y si bien, a diferencia de aquellos en su rol de extraño, dejara sólo en otro suelo de la América una huella infecunda e ingrata, tuvo sobre ellos la supremacía de que su imperio pasó un instante, al revés de otras zonas y otros mares, límites de un gran continente y

(5) Vicuña Mackenna, Benjamín. *El Ostracismo de los Carrera*. Santiago, Universidad de Chile, 1938, pág. 364.

encontró en la otra mitad de América, con asombroso espíritu, lo que otros habían preparado dentro de su propio círculo primitivo" (6).

"José Miguel Carrera no fue, en verdad, el iris de nítidos colores que tendido sobre el cielo en arco de esperanza sonríe a las campiñas después de la tormenta: fue el rayo que orilla en el pavoroso huracán de la noche tempestuosa. No fue la base de granito que sostiene el edificio de la República, cual montaña de eterna estructura: fue la cúspide altanera que se cierne en la altura, atrevida y sublime, mecida por los cuatro vientos del cielo..." (7).

Su gran amor a Chile le hace perdonar muchos de sus yerros y actuaciones y por eso Chile ha grabado en su tumba, para él y sus hermanos: "La Patria a los Carrera, agradecida de sus servicios y compadecida de sus desgracias".

(6) Idem, pág. 365.

(7) Idem, pág. 369.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR. Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile. 1810-1891. Santiago, EMGE., 1981. Colección Biblioteca del Oficial Vol. LXV.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 3.—AMUNATEGUI DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 4.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS. La dictadura de O'Higgins. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1914.
- 5.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS Y GREGORIO VICTOR. La reconquista española. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1912.
- 6.—BAÑADOS ESPINOSA, JULIO. La Batalla de Rancagua, sus antecedentes y sus consecuencias. Santiago, Rafael Jover, editor, 1884.
- 7.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII al XII. 1a. ed. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1890.
- 8.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile durante los años 1811 y 1812. Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 9.—BENAVENTE, DIEGO JOSE. Primeras Campañas de la Guerra de la Independencia de Chile. Memoria presentada a la Universidad de Chile en el segundo aniversario de su instalación. Santiago, Imprenta Nacional, 1867.
- 10.—CARMONA YANEZ, JORGE. Carrera y la Patria Vieja. Santiago, Instituto Geográfico Militar, 1948.
- 11.—CARRERA, JOSE MIGUEL. Diario Militar del General don José Miguel Carrera. Colección de Historiadores y de Documentos Relativos a la Independencia de Chile, Tomo I. Santiago, 1900. Documentos en Tomo XXIII. Santiago, 1913.

- 12.— ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI al VIII. 1a. y 2a. ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1953.
- 13.— EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1964. 2 tomos en un volumen.
- 14.— EYZAGUIRRE, JAIME. O'Higgins. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1950. 3a. edición.
- 15.— FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 16.— FIGUEROA, PEDRO PABLO. Diccionario Biográfico de Chile. 1a. edición. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 tomos.
- 17.— FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcels y Co., 1928. 5 tomos.
- 18.— HEISE, JULIO. 150 Años de Evolución Institucional. 2a. edición. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 19.— IRIARTE, TOMAS DE. Memorias Militares. Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1868.
- 20.— LIRA URQUIETA, PEDRO. José Miguel Carrera. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1960.
- 21.— MITRE, BARTOLOME. Historia de San Martín y de la Emancipación Americana. Buenos Aires, Editorial Albatros, 1950.
- 21.— O'HIGGINS, BERNARDO. Archivo de don Bernardo O'Higgins. Santiago, 1946. . .
- 23.— PEREZ, JOAQUIN. San Martín y José Miguel Carrera. Buenos Aires, Talleres Gráficos San Pablo, 1954.
- 24.— REYNO GUTIERREZ, MANUEL. José Miguel Carrera. Su vida, sus vicisitudes, su época. Santiago, Editorial Nacional Quimantú, 1973.
- 25.— ROJAS MERY, EULOGIO. El General Carrera en Chile. Santiago, Editorial Neupert, S. A., s/a.

- 25.— ROJAS MERY, EULOGIO. *El General Carrera en el exilio*. 2a. edición corregida y aumentada con varios e interesantes documentos. Santiago, Imprenta Cultura, 1955.
- 27.— ROJAS MERY, EULOGIO. *Independencia de Sud-América Hispana. Su grandeza y miseria. Estudio conjunto de los principales acontecimientos políticos y militares de la Independencia, fundamentado en documentos de la época*. Montevideo, Editorial Claudio García y Cía., 1946.
- 28.— TELLEZ, INDALICIO. *Historia Militar de Chile, 1520-1883*. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 tomos.
- 29.— VICUNA MACKENNA, BENJAMIN. *Doña Javiera Carrera. Rasgos biográficos leídos en el Círculo de Amigos de las Letras*, Santiago, 1904.
- 30.— VICUNA MACKENNA, BENJAMIN. *El Ostracismo de los Carrera*. Santiago, Universidad de Chile, 1938. 2 tomos.
- 31.— VICUNA MACKENNA, BENJAMIN. *Vida de Mackenna*. Santiago, Universidad de Chile, Imprenta de la Dirección General de Prisiones, 1937.
- 32.— YATES, WILLIAM. *José Miguel Carrera. 1820-1821*. Buenos Aires, Imprenta Ferrari, 1941.

12.—BRIGADIER JUAN JOSE CARRERA VERDUGO

Nació en Santiago en 1782 y fueron sus padres el Brigadier Ignacio de la Carrera y Cuevas y doña Paula Verdugo Fernández de Valdivieso. Como miembro de una familia noble, recibió desde muy joven un grado militar en la infantería del Reino. Según nos dice don Miguel Luis Amunátegui, "era el primogénito por la edad; pero estaba muy distante de ser el primero de sus hermanos por sus dotes de espíritu" (1). Dotado de una arrogante figura y una fuerza física poco común, su carácter violento e irreflexivo lo llevó a continuas desavenencias con sus hermanos, especialmente con José Miguel, cuando éste se encontraba actuando en los primeros planos de la política de la Patria Vieja.

En 1810, Juan José Carrera pertenecía al Batallón de Granaderos de Chile con el grado de Sargento Mayor y al arribo a Chile de José Miguel, ejercía las funciones de Segundo Comandante bajo las órdenes del Teniente Coronel José Santiago Herrera.

Durante los primeros intentos revolucionarios dirigidos por Juan Martínez de Rozas y el Partido de los Exaltados, Juan José Carrera se comprometió a secundar sus planes, pero disuadido por José Miguel para que no participara en tal ambicioso plan, hizo fracasar a Rozas y los suyos, quienes no le perdonaron su conducta. Posteriormente asumió el mando en Chile don José Miguel y Juan José, celoso de la situación alcanzada por su hermano, se resistió a obedecer muchas de sus órdenes, amparándose en las bayonetas de sus granaderos, cuyo mando tenía, luego de ser ascendido a Brigadier.

La tirantez producida entre las provincias de Santiago y Concepción con motivo de la clausura del Congreso por don José Miguel en diciembre de 1811, le hicieron participar en la

(1) Amunátegui, Miguel Luis. La dictadura de O'Higgins. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1914, pág. 67.

movilización de las fuerzas que, al mando del Brigadier don Ignacio de la Carrera, se reunieron para marchar a la línea del Maule.

Cuando la situación se aclaró entre ambas provincias, Juan José Carrera continuó al mando del Batallón de Granaderos de Chile, sin abandonar su actitud hostil hacia su hermano que detentaba la presidencia de la Junta de Gobierno. Luego tomó parte en actividades de Gobierno al asumir don José Miguel el comando del Ejército, con motivo de la invasión del Brigadier Pareja, en marzo de 1813, pero al mando de su unidad lo obligó a partir a la campaña del sur, batiéndose en San Carlos; posteriormente fue nombrado Comandante de la II División instalada en las márgenes del Itata hasta que don José Miguel Carrera dejó el mando en jefe; en esta ocasión fue reemplazado por el Coronel Juan Mackenna.

Durante el año 1814, el gobierno de la Patria Vieja presidido por el Coronel Francisco de la Lastra como Director Supremo, lo exilió en Mendoza, pero después del golpe de estado de don José Miguel, el 23 de julio de 1814, regresó a Chile y se desempeñó en el Ejército, comandando la II División del Ejército patriota.

La derrota de Rancagua le significó tener que salir de Chile y transmontar los Andes, en un segundo exilio a las Provincias Unidas del Río de la Plata. Su carácter altanero lo hizo enemistarse con San Martín, que desempeñaba la Gobernación de la Provincia de Mendoza. Junto con sus hermanos José Miguel y Luis, fue obligado por San Martín a dejar la ciudad y trasladarse a Buenos Aires. Tuvo muchas dificultades con los encargados de conducirlo a la capital de las Provincias Unidas durante el viaje, negándose a salir de San Luis mientras no se restableciera su esposa, doña Ana María Cotaños.

La situación que sus adversarios habían creado a los Carreras en Buenos Aires lo obligó a una vida muy penosa por falta de recursos, debiendo soportar durante dos años, 1815 y 1816, la angustiosa situación a que los sometieron sus enemigos. En 1816 el gobierno de Buenos Aires estrechó su vigilancia sobre los tres hermanos Carrera, doña Javiera, Juan José y Luis, mientras don José Miguel se encontraba en Estados Unidos. La situación cambió algo en 1817, para luego volver a extremarse y obligar a Juan José y Luis a buscar la manera de regresar a Chile. En el intertanto, José Miguel había logrado asilarse en Montevideo y cuando los dos hermanos, con

nombres supuestos, decidieron viajar a su patria, las autoridades trasandinas que los vigilaban en estrecho contacto con la Logía Lautarina, los hicieron seguir y arrestar, conduciéndolos a Mendoza, donde los trataron como a delincuentes comunes y los encerraron en los calabozos de la cárcel, con barras de grillos en los pies.

La suerte de don Juan José Carrera y de su hermano Luis quedó echada luego de la derrota sufrida por San Martín en Cancha Rayada, el 19 de marzo de 1818. En esa circunstancia el Brigadier Mariano Osorio logró batir por sorpresa el Ejército patriota y desbaratarlo, hasta el extremo que se creyó que Chile se iba a perder por segunda vez. La difícil situación hizo que desde el campo de batalla saliera hacia Mendoza el auditor del Ejército de los Andes, Bernardo Monteagudo, quien, al llegar allí, activó el proceso que se seguía a los Carrera como autores de una conjuración destinada a su liberación y toma del poder en esa ciudad. La tarde del 8 de abril de 1818, ambos fueron fusilados en la plaza de Mendoza.

Juan José Carrera murió a la edad de 36 años, víctima de las pasiones de su tiempo.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 3.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS. La dictadura de O'Higgins. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1914.
- 4.—BAÑADOS ESPINOSA, JULIO. La Batalla de Rancagua, sus antecedentes y sus consecuencias, Santiago, Rafael Jover, editor, 1884.
- 5.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia de la Independencia de Chile durante los años 1811 y 1812. Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 6.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII al XI. 1a. edición. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1890.
- 7.—BENAVENTE, DIEGO JOSE. Primeras Campañas de la Guerra de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta Nacional, 1867.
- 8.—CARMONA YÁÑEZ, JORGE. Carrera y la Patria Vieja. Santiago, Instituto Geográfico Militar, 1948.
- 9.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI y VII. 1a. y 2a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1947 y 1953.
- 10.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag S.A., 1964.
- 11.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Diccionario Biográfico de Chile. 1a. edic. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 Tomos.
- 12.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 Tomos.
- 13.—HEISE, JULIO. 150 años de Evolución institucional. 2a. edic. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.

- 14.—MITRE, BARTOLOME. Historia de San Martín y de la Emancipación americana. Buenos Aires, Editorial Albatros, 1950. 2 Tomos.
- 15.—ORREGO LUCO, AUGUSTO. La Patria Vieja. Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1935. 2 Tomos.
- 16.—RAFFO DE LA RETA, J.C. El General José Miguel Carrera en la república Argentina. Buenos Aires, Editorial La Facultad, 1935.
- 17.—REYNO GUTIERREZ, MANUEL. José Miguel Carrera. Su vida, sus vicisitudes, su época. Santiago, Editorial Nacional Quimantú, 1973.
- 18.—ROJAS MERY, EULOGIO. El General Carrera en Chile. Santiago, Editorial Neupert, S.A., s/a.
- 19.—ROJAS MERY EULOGIO. El General Carrera en el exilio. 2a. edic. corregida y aumentada con varios e interesantes documentos. Santiago, Imprenta Cultura, 1955.
- 20.—VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN. El Ostracismo de los Carrera. Santiago, Universidad de Chile, 1938. 2 Tomos.



BRIG. José Miguel Carrera Verdugo
1785 — 1821

Óleo de Miguel Yanez Cifuentes
Club de la Unión de Santiago

13.—CORONEL LUIS CARRERA VERDUGO

Nació en Santiago en 1791, siendo el menor de los hijos del matrimonio formado por el Brigadier Ignacio de la Carrera y Cuevas y doña Paula Verdugo Fernández de Valdivieso. Se educó, al igual que sus hermanos Juan José y José Miguel, en el Real Colegio de San Carlos o Convictorio Carolino de Nobles, recibiendo, por la encumbrada posición social de su familia, desde muy joven, un grado militar en el Ejército del Reino.

Perteneció al arma de artillería y figura en las listas de revista del año 1811 como Capitán, con fecha de ascenso, el 8 de ese mismo año.

El 1º de abril de 1811 tuvo una actuación descollante en la acción con la cual se debeló el motín del Coronel Tomás de Figueroa, contra el Congreso.

En 1812 era Comandante de la artillería, durante el gobierno de su hermano José Miguel y actuó con las fuerzas que, durante las dificultades suscitadas entre las provincias de Santiago y Concepción, se movilizaron por parte de aquella provincia a la línea del río Maule.

Hombre de carácter franco y muy adicto a su hermano José Miguel, actuó a su lado durante las dificultades provocadas por Juan José y cuando se realizó la primera invasión realista al mando del Brigadier Antonio Pareja, se desempeñó como Comandante de artillería en los Combates de San Carlos y el paso de Ñuble. Designado Comandante de la División de Vanguardia, ocupó la ciudad de Concepción, el 20 de mayo de 1813.

Durante las operaciones que siguieron, hasta la entrega del mando del General Carrera, don Luis actuó en Santiago defendiendo la posición de don José Miguel ante la Junta de Gobierno.

En marzo, José Miguel y Luis salieron de Concepción en dirección a Santiago, pero fueron apresados por los realistas y conducidos a Chillán. Allí permanecieron cautivos hasta que

la firma del Tratado de Lircay puso término a las hostilidades. Los hermanos Carrera no fueron incluidos en el acuerdo de liberación de los prisioneros, pero pudieron escapar de Chillán para viajar a Santiago. El gobierno los declaró rebeldes por no presentarse cuando fueron llamados y Luis fue apresado por los soldados del Director de La Lastra. El movimiento que encabezó don José Miguel, con apoyo de la guarnición de Santiago, el 23 de julio de 1814, lo puso en libertad y pasó a desempeñarse en las fuerzas del nuevo Gobierno. Desconociendo la autoridad de Carrera por el Ejército que mandaba O'Higgins en Talca, éste se puso en marcha para derrocarlo. Las fuerzas de Santiago, mandadas por Luis Carrera y con efectivos de 2.000 hombres, se prestaron a cerrarle el paso hacia la capital y como no se encontrara una solución favorable, las fuerzas chocaron en el punto denominado Tres Acequias, en la mañana del 26 de agosto. La derrota de O'Higgins y la dispersión de sus tropas fue fatal para Chile, ya que en esos momentos se presentaba una nueva invasión al mando del Brigadier Mariano Osorio. La derrota de Rancagua, luego de fracasar el ataque de la Tercera División que mandaba don Luis Carrera, obligó a los patriotas a emigrar a Mendoza.

Desde su llegada, los tres hermanos Carrera encontraron dificultades con San Martín, Gobernador Intendente de la ciudad y Luis viajó a Buenos Aires para defender la posición de su hermano y de los chilenos exiliados, ante el Director Supremo de las Provincias Unidas, don Gervasio Posadas. Su gestión resultó ineficaz, pues ya se habían adelantado dos emisarios de O'Higgins, don Juan Mackenna y don José Antonio Irizarri, quienes presentaron informes muy desfavorables para los Carreras.

Como resultado de la malquerencia entre don Luis Carrera y el Brigadier Juan Mackenna, se concertó un duelo en el cual Carrera mató a su adversario. Luis fue arrestado por este hecho y sometido a proceso. Posteriormente quedó libre por la caída del Director Posadas y permaneció en Buenos Aires, sufriendo las persecuciones a que lo sometió, con el resto de su familia, el gobierno y la Logia Lautarina.

Cuando José Miguel regresó de su viaje a los Estados Unidos, fue tomado preso por el gobierno del General Juan Martín de Pueyrredón; logró fugarse a Montevideo, pero Pueyrredón estrechó su vigilancia sobre los hermanos Juan José y

Luis. Acusados constantemente de querer realizar planes revolucionarios y habiéndoseles negado el permiso para regresar a Chile, don Luis y su hermano salieron de Buenos Aires con intención de llegar a su patria, pero fueron tomados presos y conducidos a Mendoza. Colocados en estrechos calabozos y con grillos en los pies permanecieron más de un año.

En la tarde del 8 de abril de 1818, ambos hermanos fueron sacados de sus calabozos y fusilados en la plaza de Mendoza.

Luis Carrera murió a la edad de veintisiete años, víctima de las pasiones de su tiempo, al igual que su hermano Juan José.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—AMUNATEGUI, DOMINGO. *La Revolución de la Independencia de Chile*. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. *Nacimiento de la República de Chile 1808-1833*. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 3.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS. *La dictadura de O'Higgins*. Santiago, Imprenta Litografía y Encuadernación Barcelona, 1914.
- 4.—BAÑADOS ESPINOSA, JULIO. *La Batalla de Rancagua, sus antecedentes y sus consecuencias*. Santiago, Rafael Jover, editor, 1884.
- 5.—BARROS ARANA, DIEGO. *Historia de la Independencia de Chile durante los años 1811 y 1812*. Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 6.—BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de Chile. Tomos VIII al XI*. 1a. edición. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1890.
- 7.—BENAVENTE, DIEGO JOSE. *Primeras campañas de la Guerra de la Independencia de Chile*. Santiago, Imprenta Nacional, 1867.
- 8.—CARMONA YANEZ, JORGE. *Carrera y la Patria Vieja*. Santiago, Instituto Geográfico Militar, 1948.
- 9.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI y VII*. 1a. y 2a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1953.
- 10.—EYZAGUIRRE, JAIME. *Historia de Chile*. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag S. A., 1964.
- 11.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. *Diccionario Biográfico de Chile*. 1a. edición. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 Tomos.
- 12.—FIGUEROA, VIRGILIO. *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile*. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 Tomos.
- 13.—HEISE, JULIO. *150 años de Evolución institucional*. 2a. edic. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.

- 14.—MITRE, BARTOLOME. Historia de San Martín y de la Emancipación americana. Buenos Aires, Editorial Albatros, 1950. 2 Tomos.
- 15.—RAFFO DE LA RETA, J. C. El General José Miguel Carrera en la República Argentina. Buenos Aires, Editorial La Facultad, 1935.
- 16.—REYNO CUTIERREZ, MANUEL. José Miguel Carrera. Su vida, sus vicisitudes, su época. Santiago, Editorial Nacional Quimantú, 1973.
- 17.—ROJAS MERY, EULOGIO. El General Carrera en Chile. Santiago, Editorial Neupert, S. A., s/a.
- 18.—ROJAS MERY, EULOGIO. El General Carrera en el exilio. 2a. edic. corregida y aumentada con varios e interesantes documentos. Santiago, Imprenta Cultura, 1955.
- 19.—VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN. El Ostracismo de los Carrera. Santiago, Universidad de Chile, 1938. 2 Tomos.

14.—GENERAL DE DIVISION LUIS DE LA CRUZ Y GOYENECHE

Nació en la ciudad de Concepción en 1768, siendo sus padres don Pablo de la Cruz, español llegado a Chile en 1740 y doña Santonia Goyeneche. Educado en Concepción, en el Seminario Conciliar de esa ciudad, se destacó muy pronto entre sus habitantes, ocupando en 1790 el cargo de procurador y seis años más tarde el de alcalde. En 1806, cuando aún desempeñaba este cargo, realizó un viaje que fue famoso en los fastos de aquellos tiempos: Concepción - Buenos Aires, empleando sólo 47 días en el recorrido. La travesía de la cordillera se cree que la hizo por el paso del volcán Antuco. Julio Verne que conoció esta hazaña de Luis de la Cruz, la consignó en su obra "Los Hijos del Capitán Grant", con lo cual la consagró mundialmente, ya que sus libros han sido traducidos a muchos idiomas.

En 1810 fue vocal de la Junta de Gobierno de Concepción que presidió don Juan Martínez de Rozas y desde las filas patriotas combatió en las campañas de la Patria Vieja. Ocurrido el desastre de Rancagua, no pudo viajar a Mendoza y cayó prisionero de los realistas, lo que, dada su importancia, lo condujeron a las casamatas del Callao y más tarde a Juan Fernández, donde permaneció hasta después de la Batalla de Chacabuco.

Recuperado el gobierno por los patriotas, fue designado Gobernador y Comandante de Armas de Talca, hasta que los acontecimientos que terminaron con la salida de la Dirección Suprema Interina del Coronel Hilarión de la Quintana, que ejercía el mando mientras O'Higgins se encontraba luchando en Concepción, lo hicieron asumir este cargo en Santiago.

De la Cruz formaba parte de la Logia lautarina que presidía San Martín; sus miembros debían ser doce, de los cuales seis pertenecían al Estado de Chile: O'Higgins, Rivera, Zenteno, Zañartu, Irizarri y De la Cruz; sobre ellos pesaron las decisiones que se tomaron en ese entonces bajo la superior dirección de San Martín.

Siendo Director Supremo, O'Higgins dispuso que el 12 de febrero de 1818 se declarara la Independencia de Chile, como un reto a la invasión del Brigadier Osorio, la que había obligado a la evacuación de Concepción. La jura de la Independencia se realizó el día indicado, bajo la presidencia de De la Cruz, con asistencia del General en Jefe, José de San Martín, y todas las autoridades nacionales, mientras el Ejército que se retiraba desde Concepción, lo hacía, ese mismo día y hora, en Talca.

Durante la campaña de San Martín al sur para oponerse a Osorio, De la Cruz terminó ejerciendo el mando supremo y cuando se produjo la derrota de Cancha Rayada, en unión de Manuel Rodríguez, debió levantar los ánimos de la población de Santiago, para hacer frente a tamaño descalabro. Rodríguez ayudó eficazmente a De la Cruz a reunir hombres y armas para llenar las bajas del ejército derrotado y así fue como las filas de los diversos cuerpos, tanto de las tropas de Chile como de los Andes, se completaron con ciudadanos de este país, sujetándose al mismo tiempo el éxodo que nuevamente querían hacer algunos a Mendoza. Cuando O'Higgins regresó a Santiago, herido en el campo de batalla, se encontró con sus fuerzas que empezaban a disciplinarse, elementos de campaña y municiones para rehacer lo destruido en Cancha Rayada; así fue como San Martín pudo oponer, el 5 de abril, nuevas fuerzas a Osorio y conseguir, en los llanos de Maipo, una espléndida victoria.

Al reasumir O'Higgins el mando, envió a De la Cruz a Coquimbo para que organizara fuerzas que pudieran servir para mantener la lucha, en caso de que no se pudiera detener la marcha de los realistas. Este cargo lo desempeñó con el grado de Coronel del Ejército. Esta comisión le privó de asistir a la Batalla de Maipo. Posteriormente fue designado Gobernador político y militar de Valparaíso. Durante la preparación de la Expedición Libertadora del Perú, se mantuvo en el puerto, en carácter de Comandante General de Marina, demostrando una dedicación completa a la labor de acopiar víveres, forrajes y otros elementos destinados a las fuerzas expedicionarias.

En 1821, viajó al Perú a las órdenes de San Martín, con el objeto de servir en la organización de la Escuadra peruana, uno de los proyectos del Protector; su actividad fue tan grande y eficiente, que en tres meses reunió y equipó seis bar-

cos para operar sobre Pisco, al mismo tiempo que tres transportes para el desplazamiento de tropas entre Guayaquil y El Callao.

Sus servicios fueron recompensados con el grado de General de División y posteriormente el de Gran Mariscal, que le fue concedido el 25 de marzo de 1822.

A su regreso a Chile, en 1824, fue designado Comandante General de Armas de Santiago y el 26 de septiembre de 1826, Ministro de Guerra, cargo que ocupó hasta el 8 de marzo de 1827. Al dejar este puesto recibió el nombramiento de Inspector General del Ejército del Sur y cuando iba a asumir sus funciones, la muerte lo sorprendió en Rancagua, el 9 de octubre de 1827.

Fue casado con doña Josefa Prieto y padre del General José María de la Cruz, de destacada actuación en la historia de la Patria, en los años posteriores.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 3.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1855-1858.
- 4.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VII al XV. 1a. edición. Santiago, 1887-1897.
- 5.—CRUZ, JOSE MARIA DE LA. Documentos relativos a la historia de la Patria Vieja. M. S. propiedad de don Domingo Edwards Matte.
- 6.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Pre-historia hasta 1891. Tomos VI al IX. 1a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1954.
- 7.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag S. A., 1964.
- 8.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905. Tomo III.
- 9.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Diccionario Biográfico de Chile. 1a. edic. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 Tomos.
- 10.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 Tomos.
- 11.—GONZALEZ SALINAS, EDMUNDO. Historia Militar de Chile. 2a. edic. corregida y aumentada. Santiago, EMGE., DRIE., 1984. Col. Biblioteca del Oficial, Vol. LXIX. 3 Tomos.
- 12.—MERINO S., LUIS. Estudio histórico militar acerca de la Campaña de la Independencia de Chile en el año 1818. Santiago, Imprenta Universitaria, 1910.

15.—GENERAL DE DIVISION RAMON FREIRE SERRANO

Nació en Santiago el 17 de noviembre de 1787. Fueron sus padres doña Gertrudis Serrano Arrechea y D. Francisco A. Freire Paz, hijo de Galicia y Capitán de Caballería del Real Ejército. Hizo sus primeros estudios en Concepción. A los 16 años de edad quedó huérfano y desde entonces se desempeñó como sobrecargo de la fragata *Begoña*, de propiedad de los Mendiburu, acaudalados comerciantes que habían extendido sus relaciones en el ramo hasta el Virreinato del Perú. Como consecuencia de los primeros síntomas revolucionarios en la América hispana, fue despojado de su cargo. El joven Freire decidió, entonces, ingresar como cadete del Regimiento de Caballería Dragones de la Frontera (1811). Dos años más tarde fue ascendido a Teniente.

En el cuerpo de Dragones hizo todas las campañas de la Patria Vieja y en ellas "adquirió la reputación de ser uno de los mejores brazos del Ejército patriota. Cuando se hablaba de oficiales valientes, el nombre de Freire se venía naturalmente a los labios" (1). Al iniciarse el Sitio de Rancagua, hubo de encerrarse con sus 300 dragones en la ciudad, conjuntamente con el grueso de las tropas y cuando O'Higgins resolvió emprender la retirada a través de las trincheras realistas, Freire tuvo la intención de colocarlo en medio de sus jinetes, a fin de proteger su preciosa vida.

"Capitán Freire. Usted es un valiente —replicó O'Higgins— celebró mandar hombres de su temple; pero no puedo aceptar el sitio que usted me prepara. Debo atacar de frente al enemigo" (2).

La columna marchó hacia Santiago, para dirigirse en seguida a Mendoza. Freire no participó allí en las desagradables desavenencias entre O'Higgins y carrerinos. Sabedor

(1) Amunátegui, Miguel Luis. La dictadura de O'Higgins. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1914, pág. 277.

(2) Citado por Jaime Eyzaguirre. O'Higgins. Santiago, Imprenta Editora Ziz-Zag S. A., 1950. 3a. edición, pág. 144.

de los aprestos que hacía el Almirante inglés Mr. William Brown para salir en corso por las costas del Pacífico, prefirió alistarse en la expedición. Hipólito Bouchard, un francés que tomaba parte de la tripulación, le encargó el reclutamiento de las tropas de desembarco y le asignó más tarde el mando de ellas. A fines de octubre de 1815 zarpaban de Buenos Aires el bergantín *Halcón*, donde iba embarcado Freire y el queche *Uribe*, de propiedad del presbítero chileno del mismo nombre. Ambos barcos debían reunirse en la isla de la Mocha con los bergantines *Hércules* y *Trinidad*, que llevaba a su bordo al Almirante Brown. Al atardecer del 17 de noviembre naufragaba el *Uribe* en el extremo austral, perecía toda su tripulación y el *Halcón* proseguía penosamente la ruta previamente dispuesta. El capitán, creyendo perdido el barco, se descerrajó un pistoletazo en la sien derecha y Freire asumió el mando. En los momentos en que disponía las medidas necesarias de salvación, una ola lo precipitó al mar y cuando ya sus fuerzas lo abandonaban, el propio mar se encargó de restituirlo a bordo. Se hizo atar a uno de los palos del aparejo y continuó su tarea de dirigir la maniobra hasta lograr el cruce del Cabo de Hornos, primeramente y la llegada al punto de reunión, más tarde (fines de diciembre).

La escuadra prosiguió su navegación hacia el norte y en el Callao capturó las fragatas españolas, *Candelaria* y *Conseguencia*. A mediados de febrero de 1816 atacaba a la plaza de Guayaquil; pero la resistencia que ella opuso le obligó a retirarse. Los expedicionarios se dirigieron a las islas Galápagos y, luego más tarde, a Buenos Aires. A mediados de 1816 Freire y sus soldados entraban en el Río de la Plata. En conocimiento de que el General José de San Martín organizaba en Mendoza un Ejército de Plumerillo, fue incorporado en sus filas con el grado de Teniente Coronel. San Martín le ordenó entrar a Chile por el Planchón, al frente de una columna de 100 hombres, insurreccionar a los pueblos de la zona comprendida entre Talca y San Fernando y que consiguiera hacer creer a las fuerzas realistas que el grueso del Ejército Libertador efectuaría la travesía por aquel paso. El aguerrido comandante desempeñó su comisión con singular éxito y al amanecer del 4 de febrero de 1817 libró el primer combate en las vegas de Cumpeo. Una semana más tarde ocupó la ciudad de Talca.

El 7 de marzo abandonó esta ciudad, el 9 ocupó la villa de Linares, después de rechazar al adversario y el 16 entró en Chillán. Participó en el combate de Gavilán el 5 de mayo

y su actuación fue tan meritoria que el Coronel Las Heras dejó constancia de ella en el parte oficial que elevó al Director Supremo del Estado.

Con el fin de desalojar al enemigo de los puntos que ocupaba en la ribera meridional del Río-Bío y cortar, así, las subsistencias a Talcahuano, O'Higgins dispuso —a mediados de mayo— que el Capitán José Cienfuegos capturase los fuertes de Nacimiento y Santa Juana y que el Comandante Freire atacase a San Pedro. El enemigo de este último huyó precipitadamente y dejó abandonado el lugar (15 de mayo). Logrado su objetivo, Freire salió en demanda de Arauco, al frente de unos 300 hombres. El día 27 se encontraba en la ribera norte del río Carampangue, que —a causa de las abundantes lluvias de esos días— se presentaba muy crecido. “A pesar de hallarse éste (el río) invadeable, hacer una copiosa lluvia y hacer el enemigo un vivo fuego de cañón y fusil, el intrépido Freire lo pasó a nado a medianoche con cien hombres e inmediatamente forzó a sable y bayoneta una batería y entre tanto el resto de su división ya amaneciendo pasaba a Carampangue, fugó el enemigo vergonzosamente a los buques que estaban en la bahía...” (3).

Interesado el General O'Higgins en conocer detalles acerca de los emplazamientos realistas de Talcahuano, que le permitieran elaborar un plan de ataque efectivo, resolvió apoderarse de las patrullas de explotación que diariamente se aproximaban de la línea patriota. La misión recayó en Freire. Después de una violenta acción al amanecer del 10 de septiembre, 50 realistas cayeron en el campo entre muertos y prisioneros. Por su parte, el Coronel Ordóñez organizó una partida de tropas que logró llegar hasta los territorios de indios amigos en Los Angeles y Tucapel y provocar un alzamiento, a fin de distraer la atención de los sitiados hacia el sur. El Director encargó al Comandante Freire la tarea de acabar con esa partida enemiga. En la madrugada del 27 de septiembre cayó éste sobre el campamento enemigo de Tubul y lo aniquiló total y absolutamente.

A raíz de la llegada de una nueva expedición realista, a las órdenes del General Mariano Osorio, el General O'Higgins emprendió la retirada hacia el norte, con la intención de reu-

(3) Oficio del ministro José Ignacio Zenteno. Archivo de don Bernardo O'Higgins. Tomo XXI.

nirse con las fuerzas que San Martín disciplinaba e instruía en el campamento de las Tablas. Freire, ascendido recientemente al grado de Coronel, tuvo muchas oportunidades para demostrar sus grandes cualidades de Comandante de caballería en los múltiples encuentros con la caballería adversaria, en su misión de proteger la retirada de las propias. Y el 5 de abril de 1818 combatió, con su acostumbrada bizarría, en los campos de Maipo, a la cabeza del recientemente creado Regimiento de su Arma Cazadores de la Escolta Directorial.

En 1819, se le confió la Intendencia de Concepción, la más importante plaza después de Santiago. Allí organizó los servicios administrativos, combatió a las hordas del fascinoso Vicente Benavides y le infligió una completa derrota en la acción de la Alameda (27 de noviembre de 1820). "Era una lucha sin tregua que consumía vidas y agotaba en la desesperación a pueblos enteros. Pelea sin entrañas, que no se detenía ante el débil y que segaba a párvulos, vírgenes y ancianos. Última y vana expresión de una causa que moría sin remedio y sin resignación" (4).

Las relaciones de Freire con el Director O'Higgins se habían ido resintiendo. Le disgustaba la absorción y predominio de Santiago y llegó a creer que se le abandonaba en Concepción y no se le quería ayudar con medios humanos y materiales para continuar la horrorosa "guerra a muerte", por razones de baja política. El 4 de diciembre de 1820 escribió a O'Higgins, diciéndole que la falta de recursos en víveres, ropa y dinero para pagar sueldos hacía fuera necesario presentar su renuncia al cargo, pues además su salud estaba muy deteriorada.

Producida la abdicación de O'Higgins, a la cual contribuyó de una manera u otra, se le creyó el hombre indicado para ocupar el sillón de su antecesor: asumió el mando el 4 de abril de 1823. Si bien Freire nunca manifestó mucha iniciativa personal en los actos o proyectos de gobierno, "para lo cual le faltaban, como él mismo lo reconocía ingenuamente, las luces que ellos habrían exigido, la bondad y la modestia de su carácter, así como el prestigio de sus servicios militares, lo habían hecho simpático y querido en todos los órdenes sociales" (5):

(4) Eyzaguirre, Jaime. Obra citada, pág. 285.

(5) Barros Arana, Diego. Historia General de Chile. Tomo XIV, 1a. edición. Santiago, Josefina M. v. de Jover, editora, 1897, pág. 128.

Su administración prestó al país destacados servicios y Freire debe ser recordado, entre otras cosas, porque sancionó definitivamente la Ley de Abolición de la Esclavitud, en la que le cupo activa participación. Por Decreto Supremo dio al país el nombre Chile, sustituyendo la expresión "Patria", con que se le identificaba en los documentos oficiales. También, durante su gobierno, se promulgó la Constitución de 1828 redactada por Juan Egaña, llamada "moralista".

En 1824 realizó la primera expedición a Chiloé, que se mantenía fiel a la Corona española bajo el mando del Coronel Antonio Quintanilla. Después de algunos triunfos parciales, alcanzados por el Coronel Beauchef, la expedición terminó en un fracaso. A fines de abril las tropas debieron regresar a Talcahuano y a Valparaíso. En enero de 1826 —al frente de una segunda expedición armada, en 10 embarcaciones— logró la conquista del archipiélago, para incorporarlo definitivamente a la patria.

Aburrido del poder, lo abandonó; pero de nada le valió esta actitud, como que en las elecciones de 1829 —y pese a haberlas tachado de ilegales él mismo— fue obligado a recibirse de la pesada carga. Como consecuencia, estalló la revolución y el General Joaquín Prieto —al mando del Ejército del sur— lo derrocó en Lircay, el 17 de abril de 1830. El mariscal de las campañas de la Independencia fue dado de baja y desterrado al Perú.

En julio de 1836 partió desde el Callao al frente de una expedición armada, en dos naves de guerra, en dirección a Chiloé, con la intención de derrocar al Gobierno de Prieto. El 6 de agosto se encontraba frente a San Carlos de Ancud, "llamado en tan repetidas ocasiones por los pueblos de Chile para que los libre de un gobierno despótico y tirano, como es el que los subyuga" (6). Freire y sus principales colaboradores fueron capturados el 29 de agosto, por tropas leales al Gobierno. Conducidos a Valparaíso, se les sometió a proceso. La esposa del General, doña Manuela Caldera, fue autorizada para acompañarlo y "soportando toda clase de incomodidades, hizo frente al destierro de su marido con la ente-

(6) Comunicación de Freire al Intendente de Chiloé Juan Felipe Carvallo, de 8 de agosto de 1836. Citado por Manuel Reyno. Freire, libertador de Chiloé. Santiago, Zig-Zag, 1952, pág. 233.

reza de carácter que le era propia y trató de endulzar con su cariño la amarga situación del prócer" (7).

El 19 de noviembre, la Corte Marcial condenó a Ramón Freire y a otros conjurados a la pena de diez años de destierro fuera de la República. En la tarde del día 22 la goleta *Peruviana* largó sus velas en nuestro primer puerto y puso rumbo a Juan Fernández, conduciendo a su bordo a 17 reos del Estado. La navegación duró hasta mediados del mes de diciembre. Muy breve fue, empero, la permanencia del ilustre cautivo en la isla de Róbinson Crusoe. Temeroso el Gobierno de que fuera arrancado de su prisión por algún barco peruano, resolvió trasladarlo a otro sitio que ofreciera mayores garantías.

El 14 de marzo de 1837 partió la corbeta *La Libertad*, conduciendo al General y a sus más conspicuos colaboradores de aventura, en dirección a Sydney (Australia). Muchas veces se encontró la nave en peligro de naufragar, hasta que por fin arribó el 29 de junio a Port Jackson, en las proximidades de la ciudad de Sydney. En completa libertad allí, pero faltos de recursos y sin conocimientos del idioma, los desterrados sufrieron un sinnúmero de contrariedades de todo orden. Por tal motivo, como por la esperanza de poder proporcionarse relaciones con Chile y recibir noticias de los seres queridos, el General determinó establecerse en una de las islas de la Oceanía. A fines del mismo año se trasladó a Tahití, que comenzaba a tener cierto renombre por las complicaciones diplomáticas a que daba origen el establecimiento de misiones religiosas y los planes de sometimiento de las grandes potencias.

Pronto se hizo amigo de un francés dedicado a la pesca, de apellido Moerenhout, que por razones comerciales mantenía relaciones con el puerto de Valparaíso. Así pudo el glorioso desterrado mantener, periódicamente, correspondencia con su familia y amigos. El año 1838 pudo prestar un importante servicio a la soberana de la isla, la célebre reina Pomaré, como su embajador ante el Almirante francés Du Plessis de la Tour (8). A través de su gestión se logró que Luis Felipe de Orleans y sus súbditos dejaran en paz a los habitantes de la idílica isla de Tahití.

(7) Reyno, Manuel. Obra citada, pág. 241.

(8) En las biografías del General Freire, al referirse a este período de su vida, se habla del imaginario "Almirante Du Plessis de la Tour", por Dupetit-Thouars.



GDD. Ramón Freire Serrano
1787 — 1851

Club Militar de Chile

La guerra contra la Confederación Perú-boliviana interesaba allí a muchas personas relacionadas con el comercio y las noticias llegaban hasta ellas con relativa rapidez. Freire seguía atentamente las ocurrencias de la guerra y deseaba, naturalmente, el triunfo de la causa nacional. Resuelto, sin embargo, a no volver a América mientras durase la contienda— para evitar se le hiciese víctima de desconfianzas y calumnias por su amistad con elevados personajes del Perú— se mantuvo en Tahití hasta el momento de conocer la noticia de la victoria de Yungay y de la ruina definitiva del imperio de Santa Cruz.

En octubre de 1839 se embarcó en una corbeta francesa que lo condujo al puerto de Cobija. Allí encontró la protección de un desinteresado caballero argentino, Gregorio Beeche, a quien el Presidente de Bolivia había entregado las funciones de prefecto del litoral. Por petición del Gobierno de Chile, el General Freire fue destinado, más tarde, a Sucre, donde llegó en julio de 1840.

El 23 de octubre de 1841, el Presidente D. Manuel Buiñes puso su firma a una ley que concedía amnistía general “a todos los chilenos que se hallen actualmente en destierro, a contra el orden político del Estado” (9). Al expirar el citado año 41, Freire viajó a Santiago y poco después, el 6 de octubre de 1842, el Presidente de la República rehabilitó “a sus grados y empleos los generales, jefes y oficiales separados del servicio a consecuencia de los acuerdos del congreso de plenipotenciarios de 9 de marzo y 15 de abril de 1830 y de los decretos del gobierno del mismo año” (10). Con ello entró a gozar de su sueldo y rango de Capitán General del Ejército.

El General Ramón Freire falleció en Santiago el 9 de diciembre de 1851.

-
- (9) Varas, José Antonio (dispuesta y arreglada por). Recopilación de Leyes, Decretos Supremos y Circulares concernientes al Ejército, desde abril de 1839 a diciembre de 1858. Tomo II. Santiago, Imprenta Chilena, 1860, pág. 43. Aparece citado en Manuel Reyno. Obra citada, pág. 259.
- (10) Varas, José Antonio. Obra citada, Tomo II, pág. 61. Aparece citado en Manuel Reyno, Obra citada, pág. 260.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR. Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile. 1810-1891. Santiago, EMGE., 1981. Colección Biblioteca del Oficial, vol. LXV.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 3.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1803-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 4.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS. La Dictadura de O'Higgins. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1914.
- 5.—BAÑADOS ESPINOZA, JULIO. La Batalla de Rancagua, sus antecedentes y sus consecuencias. Santiago, Rafael Jover, editor, 1884.
- 6.—BARROS ARANA, DIEGO. El General Freire. Santiago, 1852.
- 7.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII al XVI. 1.ª ed. Santiago, 1887-1902.
- 8.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile, durante los años 1811-1812. Santiago. Imprenta Nacional, 1866.
- 9.—BARROS ARANA, DIEGO. Las Campañas de Chiloé (1820-1826). Memoria Histórica presentada a la Universidad de Chile. Santiago. Imprenta de Ferrocarril, 1856.
- 10.—BARROS ARANA, DIEGO. Un decenio de la Historia de Chile. 1841-1851. Santiago, Imprenta Universitaria, 1906.
- 11.—BULNES, GONZALO. Guerra contra la Confederación Perú-boliviana. Santiago, Editorial del Pacífico, 1955-1956.
- 12.—CONCHA Y TORO, MELCHOR. Chile durante los años de 1824 a 1828. Santiago, Rafael Jover, editor, 1882.
- 13.—DÍAZ, FRANCISCO JAVIER. La Campaña del Ejército de los Andes. 1817. Reseña histórico-popular. Santiago, Talleres del EMGE., 1917.

- 14.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos del VI al XII, 1.a y 2.a ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1962.
- 15.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1964, 2 Tomos en un volumen.
- 16.—EYZAGUIRRE, JAIME. O'Higgins. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1950. 3.a ed.
- 17.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 18.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Diccionario Biográfico de Chile. 1.a edición. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 Tomos.
- 19.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1923. 5 Tomos.
- 20.—HEISE, JULIO. Años de Formación y Aprendizaje políticos. 1810-1833. Santiago, Editorial Universitaria, 1978.
- 21.—HEISE, JULIO. 150 años de Evolución Institucional. 2.a ed. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 22.—LOPEZ RUBIO, SERGIO E. Chiloé, un mundo aparte. Su historia, su geografía, su legado. Inédito.
- 23.—O'HIGGINS BERNARDO. Archivo de don Bernardo O'Higgins. Santiago 1946. Tomos III, IV, VII, IX, XII, XIII, XVIII, XXI y XXXI.
- 24.—QUINTANILLA, ANTONIO DE. Autobiografía. Santiago, Ediciones de los Anales de la U. de Chile. Serie Verde (Historia) N° 1, s/a.
- 25.—REYNO GUTIERREZ, MANUEL. Freire. Libertador de Chiloé. Santiago. Zig-Zag, 1952. (Col. Biografías).
- 26.—ROJAS MERY, EULOGIO. El Capitán General don Ramón Freire Serano. Santiago, 1955.
- 27.—SANTA MARIA, DOMINGO. Memoria histórica sobre los sucesos ocurridos desde la caída de don Bernardo O'Higgins en 1823 hasta la promulgación de la Constitución dictada en el mismo año. Santiago, Imprenta Nacional, 1868.

28.—SOTOMAYOR VALDES, RAMON. Historia de Chile bajo el Gobierno del General Don Joaquín Prieto. Academia Chilena de la Historia, Fondo Histórico Presidente Joaquín Prieto, Serie Estudios N° 1. 4 Tomos. Santiago, Editorial Universidad Católica de Chile, 1962-1980.

29.—TELLEZ, INDALICIO. Historia Militar de Chile. 1520-1883. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 Tomos.

30.—TORRES MARIN, MANUEL. *Quintanilla y Chiloé*. Santiago, 1985.

31.—VARAS, JOSE ANTONIO. Recopilación de Leyes, Decretos Supremos y Circulares concernientes al Ejército desde abril de 1839 a diciembre de 1858. Tomo II, Santiago. Imprenta Chilena, 1860.

32.—VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN. *La Guerra a Muerte*. Santiago, Universidad de Chile, 1940.

33.—VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN. *Las Campañas de Chiloé*. Memoria presentada en la sesión solemne de la Universidad de Chile de 1858. Santiago, Rafael Jover, editor, 1882.

16.—GENERAL DE BRIGADA JOSE FRANCISCO GANA Y LOPEZ

Nació en Santiago, en 1796. Fueron sus padres D. Agustín de Gana y Darrigrandi y doña Dolores López Guerrero y Silva. Era todavía un niño cuando fue incorporado en el Ejército español, en octubre de 1808, en calidad de Subteniente del 2º Batallón del Regimiento del Rey. En 1809 se encontró en el campamento de las Tablas, donde eran instruidas las tropas veteranas y de milicias, ante el temor de invasión de la Escuadra inglesa. Se retiró del servicio en 1812.

Cuatro años más tarde su padre fue reducido a prisión por los realistas, en atención a ser jefe de uno de los clubes patriotas de la capital y conducido a la fortaleza del Callao. El joven José Francisco decidió acompañarlo. Hacía continuos viajes a pie hasta Lima, a casa de su amigo D. Melchor de Santiago Concha, a conseguir dinero para adquirir alimentos para el cautivo. El Sr. Concha proporcionó dinero, además, para llevar a cabo una sublevación destinada a rescatar a todos los patriotas que allí había encerrados. A última hora los complotados fueron denunciados a las autoridades por un fraile prisionero y el comandante de la fortaleza sometió a bárbara prueba al joven José Francisco, a fin de arrancarle el secreto de la conspiración. No logró sacarle una sola palabra que delatase a los suyos.

En agosto de 1820 pasó a incorporarse a la Expedición Libertadora del Perú, como ayudante del Regimiento (cuadro) N° 6 de infantería. Al mando de la 4.ª compañía del Batallón N° 5 —con el grado de Capitán— participó en la expedición a la provincia de Huaylas y combatió en la acción de Huaras. Se embarcó en Huacho con la columna que se dirigió a ocupar la capital del Perú. De allí fue destinado al sitio del Callao, a las órdenes del General Juan Gregorio Las Heras y participó en el asalto del 14 de agosto de 1821.

En abril de 1822 fue enviado por el General San Martín como parlamentario ante el Ejército realista, a fin de proponer un canje de prisioneros e iniciar un tratado para la regularización de la guerra. Desempeñada satisfactoriamente

su misión, fue ascendido al grado de Sargento Mayor (enero de 1823). Se embarcó en el Callao, a las órdenes del General Rudecindo Alvarado, con la expedición libertadora de las provincias del sur. Desembarcó en Arica e hizo la campaña hasta la derrota de Moquegua. En Tacna fue atacado por un escuadrón de caballería, que rechazó con 70 infantes, enfermos de todos cuerpos del Ejército y 40 milicianos de caballería. Poco después recibió orden del General Francisco A. Pinto de retirarse a Arica, a salvar el hospital y los almacenes existentes en dicho pueblo. Cumplió su misión a costa de grandes dificultades, logrando rechazar, durante la marcha, los ataques de la caballería adversaria, que lo persiguió hasta Arica. Se embarcó sin pérdida alguna y regresó al Callao con todos los enfermos, equipajes y pertrechos del Ejército.

Ascendió a Teniente Coronel en abril de 1823. Fue destinado con el cuerpo de su mando (el Batallón N° 4) a guarnecer la fortaleza del Sol, en circunstancias que era sitiada por el enemigo (junio de 1823). Se mantuvo en su puesto hasta que el Ejército adversario levantó el sitio. Volvió a embarcarse en el Callao, a las órdenes del General Antonio José de Sucre, a fin de participar en la campaña de Intermedios, al frente de su batallón. Desembarcó en Quilca y, habiéndose presentado los enemigos antes que llegase ningún otro cuerpo de los que componían la expedición, se resolvió a atacarlos y mandó en jefe la acción de Quilca, el 14 de agosto de 1823. Perdió más de un tercio de su gente; pero la división realista fue derrotada y perseguida hasta las inmediaciones de Arequipa a pesar de tener doble número de fuerzas entre infantería y caballería. El Gobierno del Perú le concedió el grado de Coronel, como recompensa por su brillante actuación en la jornada.

A la cabeza de su batallón protegió la retirada de nuestro Ejército cuando el enemigo obligó a éste a evacuar la ciudad de Arequipa. Se embarcó en el Callao, a las órdenes del General Francisco A. Pinto, con destino a libertar las provincias del Alto Perú. Desembarcó en Cobija y, listo ya para internarse, recibió orden de reembarcarse con rumbo a Valparaíso.

Ascendió a Coronel en enero de 1825. En febrero se dirigió con su batallón a guarnecer la ciudad de Talca, que se hallaba amagada por la temible banda de los Pincheira. Enviado a perseguirla, al frente de 150 infantes de su cuerpo y 100 milicianos de caballería, la sorprendió en las inmediaciones del río de la Puente y le hizo algunos prisioneros. En

diciembre del mismo año se embarcó en Valparaíso, a las órdenes del Capitán General Ramón Freire, con destino a la provincia de Chiloé, en poder de las tropas del General Quintanilla. Participó en la acción de Bellavista el 14 de enero de 1826. Fue comisionado por el General en Jefe, como asimismo el Auditor de Guerra Pedro Palazuelos, para tratar con los plenipotenciarios del General español. Se celebró el Tratado de Tantauco y en su texto se estipuló la rendición de todos los restos del Ejército enemigo y la incorporación definitiva del archipiélago a la República de Chile.

Enrolado en el grupo pipiolo, tomó parte activa en los sucesos políticos que se desarrollaron entre 1826 y 1830, según veremos más adelante. En 1827 era Comandante General del cantón del Maule. Recibió orden de internarse en la cordillera, al frente de un destacamento (batallón Maipo y una compañía de cazadores a caballo), en persecución del fascineroso Pincheira. Lo alcanzó en la invernada de los Jirones, le dispersó sus montoneros y lo obligó a abandonar el ganado que arreaba hacia el oriente, unas 600 cabezas aproximadamente.

Ese mismo año fue nombrado Gobernador de Talca y poco después Intendente de Colchagua. Elegido diputado por los departamentos de Quinchao, Elqui y Talca, en varios períodos legislativos, defendió noblemente sus principios políticos. Vencido el grupo pipiolo en la Batalla de Lircay (17 de abril de 1830), fue separado de las filas del Ejército por haberse negado a someterse al Gobierno pelucón. Retirado del servicio, se consagró a las labores de la agricultura. En 1842 fue reincorporado en la Institución y designado Director de la Academia Militar, puesto que desempeñó hasta abril de 1847. "Este plantel le debió su más brillante organización" (1).

En 1849 fue nombrado Intendente de Atacama y sirvió el puesto hasta abril de 1851. Bajo su administración se levantó en Copiapó la estatua de Juan Godoy, el descubridor del mineral de Chañarillo, "monumento erigido a un obrero del desierto, que sólo tiene en sus paseos la progresista república del trabajo y de la democracia, Estados Unidos de Nor-

(1) Figueroa, Pedro Pablo. *Album Militar de Chile (1810-1879)*. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905. Tomo I, pág. 218.

te América" (2). En septiembre de 1851 se le llamó a desempeñar el Ministerio de Guerra y Marina. Nombrado posteriormente (enero de 1853) miembro de la Corte Marcial, fue ascendido a General de Brigada en julio de 1854. En 1855 se le envió, en carácter de Ministro Diplomático al Ecuador y a su regreso se hizo cargo nuevamente del Ministerio de Guerra y Marina y que desempeñó hasta septiembre de 1857. Meses más tarde se dirigió a Europa en busca de descanso reparador para su cuerpo y para su espíritu. De vuelta en el país, en 1860, ocupó en el Congreso un sillón como Senador de la República y para el cual había sido elegido durante su ausencia en Europa. Desempeñó varios otros puestos, como el de Consejero de Estado, Ministro de la Corte de Apelaciones de Santiago y Decano de la Facultad de Humanidades y de Filosofía de la Universidad.

Falleció en Santiago, en su chacra de Nuñoa, el 20 de enero de 1864.

(2) *Idem*, Tomo I, pág. 219.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 2.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos XIII al XVI. 1.ª edición. Santiago, 1894.
- 3.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile durante el año 1811 y 1812. Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 4.—BARROS ARANA, DIEGO. Un decenio de la Historia de Chile. 1841-1851. Santiago, Imprenta Universitaria, 1906.
- 5.—BULNES, GONZALO. Historia de la Expedición Libertadora del Perú. 1817-1822. 2 Tomos. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1888.
- 6.—DÍAZ MEZA, AURELIO. El advenimiento de Portales. Santiago, Editorial del Pacífico, S.A., 1960. 2.ª edición.
- 7.—EDWARDS VIVES, ALBERTO. La Fronda Aristocrática en Chile. Santiago, Ediciones Ercilla, 1936.
- 8.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VIII al XII. 1.ª y 2.ª ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1949-1962.
- 9.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1964. 2 Tomos en un volumen.
- 10.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 11.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Diccionario Biográfico de Chile. 1.ª edición. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 Tomos.
- 12.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 Tomos.
- 13.—HEISE, JULIO. Años de Formación y Aprendizaje políticos. 1810-1833. Santiago, Editorial Universitaria, 1978.
- 14.—HEISE, JULIO. 150 años de Evolución Institucional. 2.ª edición, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 15.—MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL. Archivo General de Guerra. Hojas de Servicios, campañas y acciones de guerra.
- 16.—MORENO GUEVARA, ANGEL. Historia Militar de la Expedición Libertadora del Perú en 1820. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1920.
- 17.—VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN. La Guerra a muerte. Santiago, Universidad de Chile, 1940.

17.—GENERAL DE BRIGADA FRANCISCO DE LA LASTRA DE LA SOTTA

Nació en Santiago el 4 de octubre de 1777. Descendiente de una de las principales familias del país, fue enviado a educarse en España. En 1793 ingresó a la Real Marina Española con el grado de Guardiamarina y se embarcó en el navío *San José*, bajo las órdenes del Almirante Juan de Langaro. Sirvió después en la fragata *Liebre*, "sufriendo todas las penosas vicisitudes de la vida de mar, con los rigores de los viajes y la disciplina de guerra y las tempestades del océano" (1).

En 1802 fue nombrado ayudante de Arsenales y en esa misma época solicitó autorización para trasladarse a Chile.

"El recuerdo de la patria ausente —dice D. José Antonio Torres— grabado con fuerza en su espíritu, no había podido debilitarse a la distante y empobrecida colonia, donde ningún atractivo podía detener al viajero, por donde él tenía su cuna y su familia" (2).

En su patria fue ascendido al grado de Alférez de Marina, en 1804. Con motivo de la guerra entre España e Inglaterra, fue destinado al apostadero naval del Callao; allí se le dio al mando de un pequeño cañonero. Regresó a Chile en 1807. A raíz de la formación de la Primera Junta Nacional de Gobierno, el joven Lastra se apresuró a ofrecer sus servicios y la Junta lo nombró Capitán de Ejército y gobernador político y militar de Valparaíso. En ese puerto se conquistó un bien merecido prestigio, al organizar las milicias de mar y tierra y preparar arsenales de marina.

-
- (1) Figueroa, Pedro Pablo. *Album Militar de Chile (1810-1879)*. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905. Tomo II, pág. 308.
- (2) Citado por Pedro Pablo Figueroa. *Obra citada*, Tomo II, pág. 308.

A fines de 1813 fue elegido Director Supremo del Estado, "recibiendo la prueba más honrosa del crédito de que disfrutaba y de los merecimientos que se le reconocían por la nación" (3). Poco después de asumir el mando, autorizó los Tratados de Lircay, a fin de procurar una tregua al país en la dura lucha por la libertad en que estaba empeñado.

Fue depuesto el 23 de julio por un cuartelazo dirigido por el Brigadier José Miguel Carrera. Tomado prisionero por los realistas después de la derrota de Rancagua, fue relegado a las islas de Juan Fernández con otros connotados patriotas.

"A los rigores de aquel presidio político, azotado por las olas y los vientos en medio de los mares, se añadía el hambre y la desnudez, que les causaban los más dolorosos padecimientos" (4). Fueron libertados después de la victoria de Chacabuco.

Francisco de La Lastra se reincorporó al Ejército con el grado de Coronel. Nombrado nuevamente Gobernador de Valparaíso, asumió también las funciones de Comandante General de Marina. "Los desvelos por el progreso de la marina militar y la marítima confiada a su dirección, le conquistaron el respeto público y las consideraciones de gobernantes y de gobernados. Su celo patriótico de funcionario íntegro y laborioso, fue una virtud características de su naturaleza generosa y abnegada, inclinada siempre al trabajo y a la benevolencia" (5).

A comienzos de 1823 fue designado Consejero de Estado e Intendente de Santiago. Cuando el General Freire emprendió la primera campaña Libertadora de Chiloé, dejó su cargo de Director Supremo en manos del Coronel Lastra. En 1825 se le concedió el grado de Capitán de Navío y un año más tarde, el de General de Brigada. En 1829 fue nombrado Inspector General del Ejército y poco después, Ministro de Estado en los departamentos de Guerra y Marina.

Por esa época pelucones y pipiolos se disputaban el predominio del país. El General Lastra tomó el mando del Ejército pipiolo y sostuvo un encuentro con las fuerzas del General Prieto en los campos de Ochagavía. El resultado de la victoria quedó indeciso y originó el pacto de tregua correspondiente. Un nuevo choque entre pipiolos y pelucones en los

(3) Figueroa, Pedro Pablo. Obra citada, Tomo II, pág. 309.

(4) Idem. Tomo II, pág. 311.

(5) Idem, Tomo II, pág. 312.

campos de Lircay condujo al triunfo de los últimos el 17 de abril de 1830. Así nació la República autoritaria y fue su primer Presidente el General Joaquín Prieto y su más eminente colaborador, el Ministro Diego Portales.

El General Lastra se retiró a la vida privada y sólo después de 1839 volvió como miembro de la Junta Calificadora de servicios militares. En 1841 fue nombrado miembro de la Corte Marcial. En 1843 fue electo Diputado al Congreso por el departamento de Lautaro y en 1844, se le nombró Consejero de Estado.

Falleció en Santiago el 12 de mayo de 1852.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—AMUNATEGUI, DOMINGO. *La Revolución de la Independencia de Chile*. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. *Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833*. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 3.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS Y GREGORIO VICTOR. *La Reconquista española*. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1912.
- 4.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS Y GREGORIO VICTOR. *Los tres primeros años de la Revolución de Chile*, RCHHG. Tomos LVI, LVII, LVIII y LIX.
- 5.—BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de Chile*. Tomos VIII al XIII. 1a. ed. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1894.
- 6.—BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de la Independencia de Chile durante los años 1811 y 1812*. Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 7.—DIAZ MEZA, AURELIO. *El advenimiento de Portales*. Santiago, Editorial del Pacífico, S. A., 1960. 2a. ed.
- 8.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891*. Tomos VI. al IX. 1a. y 2a. ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1954.
- 9.—EYZAGUIRRE, JAIME. *Historia de Chile*. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
- 10.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. *Album Militar de Chile (1810-1879)*. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 11.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. *Diccionario Biográfico de Chile*. 1a. edición. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 Tomos.
- 12.—FIGUEROA, VIRGILIO. *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile*. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 Tomos.
- 13.—HEISE, JULIO. *150 años de Evolución Institucional*. 2a. ed. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 14.—MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL. *Archivo General de Guerra*. Hojas de Servicios, campañas y acciones de Guerra.

18.—GENERAL DE DIVISION JUAN GREGORIO DE LAS HERAS DE LA GACHA

Nació en Buenos Aires, el 11 de julio de 1780. Era hijo de don Bernardo Gregorio de Las Heras y de doña Rosalía de La Gacha y Rojas. Tenía 26 años cuando se incorporó en el Ejército de Buenos Aires, como simple soldado de una de las compañías del comercio constituidas para resistir las invasiones inglesas. Su padre, comerciante respetable, fue uno de los organizadores de esos cuerpos de voluntarios. Ascendido a Sargento 1º por su heroico valor en la defensa de la ciudad, pasó a servir en una unidad de Húsares de reciente creación y poco después fue nombrado capitán de milicias en la ciudad de Córdoba. En 1812 se le designó comandante en propiedad de la guarnición acantonada en la ciudad universitaria de la colonia.

Fue uno de los primeros jefes militares argentinos que vino a Chile a combatir por nuestra independencia. A mediados de 1813, efectivamente, el Gobierno argentino dispuso el envío de un destacamento de 300 hombres para auxiliar a Chile en su lucha contra las fuerzas del Rey de España. Los auxiliares marcharon a reunirse con la División Mackenna y el Mayor Las Heras pudo cubrirse de gloria en Cucha-Cucha, el 23 de febrero de 1814 y en Membrillar, el 20 de marzo. En el resto de la campaña —paso del Maule, Tres Montes y Quechereguas— se distinguió igualmente y mereció escudos de honor del Gobierno de Chile y el grado de Teniente Coronel, concedido por las autoridades de Buenos Aires. Por ausencia del Coronel Marcos González Balcarce, Comandante de la división auxiliar, quedó ésta bajo las órdenes del Teniente Coronel Las Heras.

A raíz del Tratado de Lircay se retiró con su tropa a Aconcagua en el invierno de ese año y allí esperó la apertura de la cordillera para volver a su patria. Ocurrió entonces la invasión de Osorio, el glorioso cuanto desgraciado sitio de Rancagua y la reconquista española. Los patriotas debieron emigrar a Mendoza y Las Heras cooperó eficazmente a facilitar la retirada, batiéndose con las avanzadas del perseguidor.

En Mendoza contribuyó a la organización del Ejército de los Andes, lo que le valió el grado de Coronel en enero de 1817. En los días de la invasión obtuvo, al frente de la primera columna de ese Ejército, las victorias de Potrerillos, Guardia Vieja y Los Andes. Combatió, también, en Chacabuco y, posesionados los patriotas de la capital de Chile, el General San Martín envió una división al sur al mando del Coronel Las Heras. Al frente de ella obtuvo las victorias de Curapaligüe y de Gavilán y participó en el fracasado asalto de Talcahuano.

Su acción militar más memorable fue la salvación de la división de su mando en el desastre nocturno de Cancha Rayada: Las Heras conservó su sangre fría, reunió su tropa y dispuso esa admirable retirada hacia el norte, que dio por fruto la salvación de casi la totalidad del Ejército patriota de entonces. En la Batalla de Maipo renovó su lucida actuación, por lo cual fue nombrado Coronel del Ejército de Chile y miembro de la Legión de Mérito, creada por el Director O'Higgins en 1817. En julio de 1820 fue designado Coronel General (General de Brigada), casi simultáneamente por los gobiernos de Chile y de Buenos Aires y el Director O'Higgins lo nombró, además, Jefe del Estado Mayor del Ejército Libertador.

En la Expedición Libertadora del Perú prestó de nuevo sus importantes servicios no sólo como jefe militar, sino como consejero del gobierno independiente creado en el nuevo estado libre. A su dirección estuvo confiado el sitio de los castillos del Callao, en circunstancias que era necesario batirse cada día y luchar con enemigos esforzados y —sobre todo— con las resistencias que oponían las más formidables fortificaciones del Pacífico. La República del Perú premió sus servicios con el despacho de Gran Mariscal (febrero de 1821) y con la medalla concedida a sus libertadores.

Regresó a Chile a comienzos de 1823 y pasó a Buenos Aires a prestar sus servicios en la organización de la República. Fue elegido Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires (abril de 1824). Al separarse del Gobierno (mayo de 1826), resolvió establecerse para siempre en Chile. Habiéndose negado a reconocer a las autoridades nacidas en la revolución de 1830, fue dado de baja en el escalafón del Ejército. Una ley de Congreso le devolvió, en 1842, el goce de sus títulos y honores. "Serán rehabilitados a sus grados y empleos —decía el artículo 1º de la ley de 6 de octubre del año citado— los generales, jefes y oficiales separados del ser-

vicio a consecuencia de los acuerdos del congreso de plenipotenciarios, de 9 de marzo y 15 de abril de 1830, y de los decretos del gobierno del mismo año" (1).

En 1861 el Gobierno lo llamó a desempeñar el cargo de Inspector General del Ejército. Presentó la renuncia en 1863 y no fue aceptada, por estimarse que sus servicios "son cada día más necesarios por el celo e inteligencia con que se desempeña este destino" (28 de abril).

Falleció en Santiago el 7 de febrero de 1866.

"El Ferrocarril" decía en su artículo editorial del día 8: "su muerte será un dolor americano, porque Las Heras como hombre de guerra y como hombre de corazón, como soldado, como ciudadano, como patriota pertenecía a América. Su espada había contribuido al nacimiento de tres pueblos y de tres repúblicas, a la consolidación de esa empresa de gigantes que se llama la independencia americana. Por eso, su gloria, si es chilena, si es peruana, si es argentina, es ante todo y sobre todo americana. Como su gloria era también su corazón. Su patria estaba en todas partes, su patria era un mundo.

"Jamás hubo nada que discutir en esa vida; no hubo sino que aplaudir y admirar. Así la posteridad pudo llegar sin temor para él antes que la muerte y pudo escuchar su fallo para él y para sus camaradas de campamento, de causa y de victoria.

"Las Heras fue siempre el soldado de la libertad. Su fe en ella jamás sufrió desfallecimiento. Esto explica la perpetua juventud de sus ideas, sus tendencias y sus aspiraciones. El progreso no le deja atrás, siempre le encuentra en la primera fila. Sólo su cuerpo sentía el peso de los años y de las campañas" (2).

A su muerte, fue enterrado en el Cementerio General de Santiago, junto a su esposa y algunos de sus hijos; sus restos fueron repatriados por el gobierno argentino, en 1906.

-
- (1) Varas, José Antonio (dispuesta y arreglada por). Recopilación de Leyes, Decretos Supremos y Circulares concernientes al Ejército desde abril de 1839 a diciembre de 1858. Tomo II. Santiago, Imprenta Chilena, 1860, pág. 61.
 - (2) Citado por Pedro Pablo Figueroa. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905. Tomo I, pág. 202.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR. Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile. 1810-1891. Santiago, EMGE, 1981. Colección Biblioteca del Oficial, vol. LXV.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 3.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 4.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII al XIII. 1a. ed. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1894.
- 5.—BULNES, GONZALO. Historia de la Expedición Libertadora del Perú, 1817-1822. 2 Tomos. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1888.
- 6.—DIAZ, FRANCISCO JAVIER. La Campaña del Ejército de los Andes, 1817. Reseña Histórica popular. Santiago, Talleres del E. M.G.E., 1917.
- 7.—DIAZ MEZA, AURELIO. El advenimiento de Portales. Santiago, Editorial del Pacífico, S.A., 1960. 2a. edición.
- 8.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VII al X. 1a. y 2a. ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1953-1962.
- 9.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1964. 2 Tomos en un volumen.
- 10.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 11.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 Tomos.
- 12.—HEISE, JULIO. 150 años de Evolución Institucional 2a. ed. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.

- 13.—MERINO S., LUIS. Estudio Histórico Militar acerca de la Campaña de la Independencia de Chile en el año 1818. Santiago, Imprenta Universitaria, 1910.
- 14.—MORENO GUEVARA, ANGEL. Historia Militar de la Expedición Libertadora del Perú en 1820. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1920.
- 15.—MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL. Archivo General de Guerra. Hojas de servicios, campañas y acciones de guerra.
- 16.—TELLEZ, INDALICIO. Historio Militar de Chile. 1520-1883. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 Tomos.
- 17.—VARAS, JOSE ANTONIO. Recopilación de Leyes, Decretos Supremos y Circulares concernientes al Ejército desde abril de 1839 a diciembre de 1858. Tomo II. Santiago, Imprenta Chilena, 1860.

19.—CORONEL AGUSTIN LOPEZ ALCAZAR

Nació en 1780 en San Carlos de Purén, en la Araucanía. Fueron sus padres el Teniente Coronel español del Regimiento "Dragones de la Frontera" Manuel López y doña Rosa Alcázar, hermana del ilustre Mariscal Pedro Andrés del Alcázar. "Fue (su padre) uno de los oficiales españoles de más reputación en su tiempo por sus proezas militares y sin duda por su valor, a prueba de sacrificios y mereció el honor y la confianza de sus jefes superiores como comandante de una de las plazas más importantes de la frontera" (1).

Muerto su padre cuando era aún muy niño, Agustín se trasladó con su madre a la ciudad de Los Angeles y allí logró hacer sus primeras letras. En una visita a la frontera, el Presidente D. Ambrosio O'Riggins lo nombró Cadete del Regimiento Dragones de la Frontera, con goce de sueldo y exento del servicio; a fin de que pudiese continuar sus estudios humanísticos (1793). Poco después fue enviado a Concepción, al hogar de su tío, el Capitán de Infantería José de Alcázar, para ingresar en el Colegio de la Merced. En 1795 ascendió al grado de Capitán y en 1801 al de Sargento Mayor.

Al estallar la Guerra de la Independencia se incorporó a las fuerzas de la patria, con el grado de Capitán de Dragones. Su hoja de servicio expresa: "En el sitio de Chillán. En los ataques del 3 y 5 de agosto de 1813; en el mismo año se halló en el ataque de Rere, en el Gomero, Quilacoya y en el del Roble. Se halló en la acción de Quilo, en la del Maule, Tres Montes y Quechereguas hasta los tratados que se celebraron en Talca y últimamente en la de Rancagua" (2). En la citada acción de Gomero (28 de agosto) tuvo oportunidad de salvar la vida de

(1) Figueroa, Pedro Pablo. *Album Militar de Chile (1810-1879)*. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905. Tomo I, pág. 228.

(2) Ministerio de Defensa Nacional. *Archivo General de Guerra. Hojas de servicios, campaña y acciones de guerra.*

su querido jefe amigo, el Coronel Bernardo O'Higgins. El destacamento patriota se retiraba, perseguido por fuerzas superiores del adversario. En un momento dado el mismo O'Higgins estuvo en grave peligro de caer prisionero. Habiéndose cortado la cincha de su silla, al saltar una acequia, cayó del caballo y se vio de pronto rodeado por un enjambre de soldados realistas. Mas, en breve, se formó en torno suyo un grupo de gente comandado por el Capitán López, que rechazó a los agresores y los puso en completa dispersión.

Después de Rancagua emigró a Mendoza y se trasladó, en seguida, a Buenos Aires, donde permaneció hasta su incorporación en el Ejército de los Andes, como Teniente graduado del Batallón N° 11 de Buenos Aires. Participó en el encuentro de las Vacas y en la Batalla de Chacabuco; en la acción de Curapaligüe, en el sitio de Talcahuano y en el ataque a Concepción. Se encontró en la acción de Arauco, a las órdenes del bizarro Comandante Freire y en la sorpresa de Yumbel. Con una fracción de 200 hombres rechazó a los realistas que, en la plaza de Nacimiento, sitiaban al General Andrés del Alcázar; atacó la plaza de Los Angeles y persiguió al enemigo en dirección al Bío-Bío, hasta la plaza de Santa Bárbara. Se encontró en la sorpresa de Cancha Rayada y en la batalla decisiva de Maipo, formando parte de la división Las Heras.

Ascendió a Teniente Coronel en abril de 1818; a las órdenes del Coronel Zapiola hizo una nueva campaña a Chillán y a Parral y a su regreso fue nombrado gobernador de Rancagua. Desde 1820 adelante fue, sucesivamente, gobernador de Casablanca, de San Felipe y de Santa Rosa de los Andes. Fue diputado al Congreso, en dos períodos legislativos, edecán del Supremo Gobierno y Comandante General de Armas de Aconcagua. Perteneció a la Legión de Mérito, creada por el General Bernardo O'Higgins.

Sus últimos ascensos fueron: a Coronel graduado, en enero de 1822 y a Coronel efectivo, en septiembre de 1826.

A mediados de 1832 los partidarios de Bernardo O'Higgins intentaron conseguir su regreso a la patria. La iniciativa partió del Teniente Coronel en retiro Vicente Claro, que mantenía correspondencia con el desterrado de Montalbán, el "póstumo Comandante de la Escolta Directorial" —al decir de Jaime Eyzaguirre— y ahora miembro de la Cámara de Diputados. Claro y López sabían que contarían con los votos necesarios en el

Parlamento. Quedaba por averiguar si el Presidente Prieto, gran amigo de Portales, se atrevería a auspiciar la iniciativa y López fue el encargado de indagarlo.

—“Me dicen —afirmó López— que va a hacer moción en la Cámara de Diputados para que O’Higgins sea repuesto en su empleo y honores, y que en ese caso vendrá pronto”.

—“Ojalá dieran ese paso —replicó Prieto— lo celebraría mucho” (3).

Y estimuló a López a proseguir las diligencias. Pasado el tiempo y cumplidos los trámites legales de rigor, el Presidente llamó al palacio de gobierno a D. Gaspar Marín —uno de los o’higginistas participantes en el asunto— y le rogó retirara la moción, pues se había escrito a D. Bernardo instándole a regresar al país...

El Coronel López falleció en Santiago, en la noche del 18 de junio de 1850.

El General Pedro Godoy escribió en esa ocasión: “La hoja de servicios que se acompaña no es más que un pálido reflejo de los que prestó en larga carrera... Tan modesto como valiente y abnegado, no cuidó jamás ni de legalizar sus importantes servicios, ni de otro negocio alguno que no fuese el servicio de su patria. Por esta razón no se hace mérito en ese documento ni de la consagración ni de los sacrificios con que los prestó”.

(3) Eyzaguirre, Jaime. O’Higgins. Santiago, Imprenta Editora Zig-Zag S. A., 1950. 3a. edición, págs. 441-442.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—AMUNATEGUI, DOMINGO. *La Revolución de la Independencia de Chile*. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. *Nacimiento de la República de Chile*. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 3.—BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de Chile*. Tomos VIII al XVI. 1a. ed. Santiago, 1887-1902.
- 4.—BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de la Independencia de Chile durante los años 1811-1812*. Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 5.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *Historia de Chile*. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI al X. 1a. y 2a. ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1962.
- 6.—EYZAGUIRRE, JAIME. *Historia de Chile*. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1964. 2 tomos en un volumen.
- 7.—EYZAGUIRRE, JAIME. O'Higgins. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1950. 3a. ed.
- 8.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. *Album Militar de Chile (1810-1879)*. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 9.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. *Diccionario Biográfico de Chile*. 1a. edición. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 tomos.
- 10.—FIGUEROA, VIRGILIO. *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile*. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 tomos.
- 11.—HEISE, JULIO. *150 Años de Evolución Institucional*. 2a. ed. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 12.—MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL. *Archivo General de Guerra*. Hojas de Servicios, campañas y acciones de guerra.
- 13.—TELLEZ, INDALICIO. *Historia Militar de Chile*. 1520-1883. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 tomos.
- 14.—VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN. *La Guerra a Muerte*. Santiago, Universidad de Chile, 1940.

20.—GENERAL DE BRIGADA JUAN MACKENNA O'REILLY

Nació en la pequeña ciudad de Choghen, en las vecindades de Dublín (Irlanda), el 26 de octubre de 1771. Fueron sus padres D. Guillermo Mackenna y doña Leonor O'Reilly. Llevado a España por su tío materno, el Conde O'Reilly, en 1782, no volvió jamás a su patria. A la edad de 14 años se incorporó a la Real Academia de Matemáticas de Barcelona, para seguir la carrera de ingeniero. "Muy grande debió ser el empeño con que estudió el joven Mackenna y muy clara su inteligencia cuando a los 16 años recibía el grado de cadete del regimiento de Irlanda, en recompensa de sus adelantos y cuando a los 21 era ingeniero extraordinario de los Ejércitos Reales y ayudante del Real Cuerpo de su gremio" (1).

En 1787 se embarcó para las costas de Africa, a fin de participar en la guerra contra los marroquíes. Su regimiento fue enviado a reforzar la guarnición de Ceuta, sitiada por el emperador de Marruecos. Promovido a Subteniente, su comandante lo llevó a la guardia, constituida por una compañía de gastadores (especie de zapadores de hoy). En los dos sitios que sufrió la plaza, Mackenna se encontró con su unidad en el sector más peligroso y serio.

Terminada la campaña, volvió a completar sus estudios profesionales en Barcelona y se graduó de ingeniero militar en septiembre de 1791. Dos años después fue nombrado ayudante del Real Cuerpo de Ingenieros y en calidad de Teniente del mismo fue destinado al Ejército de Operaciones del Rosellón, con motivo de la ruptura de relaciones entre España y Francia. Se encontró en todos los desastres que sufrieron las armas españolas y se distinguió especialmente en el sitio de la Plaza de Rosas

(1) Vicuña Mackenna, Benjamín. Vida de Mackenna. Santiago, Universidad de Chile, Imprenta de la Dirección General de Prisiones, 1937. Obras completas, vol. VII, pág. 17.

a comienzos de 1795. El Rey recompensó "su mérito contraído en la brillante defensa de la Plaza de Rosas" con los despachos de Capitán (22 de marzo del mismo año)" (2).

La plaza sitiada capituló y Mackenna fue enviado a la división de Cataluña, acantonada sobre el río Fluvia, en la aldea de Bañolas. Resentido por postergaciones injustas, partió hacia el Perú en octubre de 1796, recomendado al Virrey Ambrosio O'Higgins. Desembarcado en Buenos Aires, se puso en marcha para Chile a fines de enero de 1797, a través de las pampas argentinas y de la cordillera de los Andes. De Valparaíso se embarcó para Lima en mayo del mismo año. O'Higgins lo recibió como al mejor de sus amigos y compatriotas. Al mes de su llegada, Mackenna tenía ocasión de acreditar sus conocimientos y justificar la benevolencia que le dispensaba el Virrey: éste le comisionó para reconstruir el famoso puente del Rímac, que amenazaba ruina.

D. Ambrosio estaba también vivamente interesado en la repoblación de Osorno. Con este objeto nombró al Capitán Mackenna gobernador político y militar de la ciudad, con entera independencia del Gobierno de Chile y bajo la dirección del Virrey del Perú. Mackenna se dirigió a su destino en el mes de noviembre. Se consagró con singular abnegación a su tarea, haciendo levantar edificios para escuelas y demás oficinas de funciones públicas. Construyó el camino de Osorno hasta el canal de Chacao que atravesaba los bosques que —en una extensión de 22 leguas— interceptaban el paso a los viajeros y agricultores. En resumen, en breve tiempo reedificó la ciudad, aumentó la población y la dotó de curtiembres y molinos que proporcionaban pieles y harinas a Valdivia.

Avilés sucedió a O'Higgins en el Virreinato del Perú y una de sus providencias fue renunciar a la jurisdicción de la colonia de Osorno. No le interesaba "servir a una obra que llevaba un nombre aborrecido y debía su existencia a la administración de su rival" (3). El Rey no aprobó esta resolución y la colonia quedó siempre bajo la jurisdicción del Virreinato del Perú. Pero tanto éste como los capitales provenientes de Lima la privaron de su concurso. Los colonos vieron pudrirse en sus graneros las cosechas de sus campos, en razón de haber

(2) Citado por Benjamín Vicuña Mackenna. *Obra citada*, pág. 21.

(3) Vicuña Mackenna, Benjamín. *Obra citada*, pág. 43.

quedado privadas de exportación y consumo. Así siguieron las cosas hasta mediados de 1808, en que el Virrey Abascal ordenó a Mackenna trasladarse a Santiago del Nuevo Extremo.

Llegó a ésta en mayo de 1809 y se puso a las órdenes del Presidente García Carrasco, que había solicitado su venida.

Le confió comisiones diversas, como la de examinar —en el camino de Santiago a Valparaíso— los puntos más convenientes para establecer alojamientos públicos para la mayor facilidad del comercio entre una y otra ciudad. A los tres meses de su llegada se casó con doña Josefa Vicuña y Larraín, “joven de notable belleza, perteneciente a una familia distinguida y acaudalada del país” (4).

Hacia un año que estaba en la capital del Reino cuando estalló el movimiento revolucionario de 1810. Con fecha 26 de octubre del mismo año el Cabildo le nombró miembro de la comisión que debía proponer un plan de defensa del territorio. Un mes más tarde el Capitán presentó el plan y, sobre la base de él, la Junta de Gobierno organizó las fuerzas militares del país, por decreto que lleva fecha 2 de diciembre.

El 28 de enero de 1811 fue nombrado gobernador de Valparaíso y el 4 de septiembre, miembro de la nueva Junta de Gobierno. Sus ascensos profesionales fueron rápidos, del grado de Capitán a Coronel. Fue designado Comandante General de Ingenieros (12 de marzo) y Comandante General de Artillería (11 de septiembre), recibiendo ese mismo año sus despachos de Coronel graduado (19 de septiembre). El 15 de noviembre fue destituido por Carrera del mando de la Artillería y los principales miembros de la familia Larraín —que habían contribuido a la elevación del caudillo— fueron enviados el 27 del mismo a prisión, como cómplices de una conspiración en que los hermanos Carrera imaginaban serían asesinados. Entre los prisioneros se encontraba también nuestro distinguido Coronel Mackenna. A pesar de haber probado fehacientemente su inocencia, fue condenado —por sentencia de la comisión judicial que sustanció aquella causa— a destierro por tres años a la villa de la Rioja (Argentina), que le fue conmutado por dos años de confinación en la hacienda de Catapilco (17 de marzo de 1812).

(4) Idem, pág. 49.

El 1º de abril de 1813 se supo en Santiago que el Brigadier español José Antonio Pareja había ocupado con sus fuerzas Talcahuano y Concepción. José Miguel Carrera, designado General en Jefe del Ejército, partió ese mismo día al encuentro del enemigo, previa instalación de su Cuartel General en Talca. Mackenna le siguió de cerca (5 de abril), con el empleo de Cuartel Maestro General. El primer encuentro entre patriotas y realistas ocurrió el 27 de abril en Yerbas Buenas y fue una derrota para las armas de la patria. Carrera quedó tan impresionado por el suceso que resolvió replegarse a San Fernando, en espera de ser reforzado con las tropas de la capital, sin reparar en que el abandono de la línea del Maule equivalía al desbande de su tropa. Mackenna le hizo ver esto y se opuso tenazmente a su negativa resolución. Pero no logró hacerse oír del General en Jefe. Efectivamente, en la primera jornada hasta Cancha Rayada se produjo una dispersión general de oficiales y tropa.

Dos semanas más tarde (15 de mayo) se produjo el Combate de San Carlos. Mackenna, que había esbozado por escrito el plan de ataque, fue dejado a retaguardia con 100 hombres desarmados. En el sitio de Chillán asistió, impotente, al desastre de las armas chilenas, por la forma y época en que fue dispuesto el ataque. Al saber el 12 de febrero de 1814 que en Cuchacucha se reunían fracciones enemigas, formó una columna de las tres armas y marchó con ella a medianoche, con la intención de atacarlas. El enemigo abandonó sus posiciones y repasó el Ñuble. Se replegaba Mackenna a su campamento cuando, a mitad del camino, fue atacado por fuerzas superiores. El Mayor Las Heras las atacó con singular bizarría y dio tiempo a que acudiera el grueso. El resultado fue la retirada de los realistas en dirección a Quinchamalí.

La actuación más notable de Mackenna en esta campaña fue El Membrillar, "aquel famoso combate en que se peleó 4 horas a tiro de pistola, en que los soldados realistas con una taima verdaderamente heroica, y los nuestros, una constancia invencible y la resolución suprema de sepultarse en las ruinas de sus parapetos antes que consentir sobre ellos la planta del enemigo" (5).

(5) Idem, pág. 86.

A comienzos de mayo le correspondió firmar el tratado de Lircay, sobre la base de renunciar a la independencia de los patriotas y de la evacuación del territorio, dejándolo a las fuerzas de Gaínza. Nombrado Comandante General de Armas de Santiago, con el grado de General de Brigada, pasó algunos días de felicidad en compañía de su familia. Le habían nacido dos hijos y tenía una esposa que adoraba. Pero en la mitad de una noche de julio fue arrancado, para siempre, de aquel hogar por los esbirros del Brigadier Carrera, a raíz de haberse apoderado éste del mando supremo, el 23 de ese mismo mes. Fue desterrado a la provincia de Cuyo.

Después de haber tenido el placer de estrechar en sus brazos a su amigo Bernardo O'Higgins, que llegaba a Mendoza después del desastre de Rancagua, partió a Buenos Aires. Un día cualquiera recibió una esquila de desafío de Luis Carrera en razón del informe que contra los hermanos Carrera había elevado Mackenna a la Junta de Gobierno en julio de 1814 y que no tenía otra respuesta que señalar la hora y padrinos, las armas y el lugar. El lance se realizó en la noche del 21 de noviembre en el riachuelo de Barracas, media legua al poniente de Buenos Aires. Mackenna fue herido de muerte en el segundo disparo, atravesada su garganta por una bala.

—“¡No me desdiré jamás! —había gritado el ilustre General después del primer disparo— y antes de hacerlo me bati-ré un día”.

—“¡Y yo me batiré dos!” —había respondido D. Luis (6).

Así murió el General de Brigada Juan Mackenna O'Reilly, a los 43 años de edad, “joven por la cuenta de sus años y en la iniciación de una gloria cuyos albores comenzaban a sonreir-le” (7).

(6) Citado por Benjamín Vicuña Mackenna, Obra citada, pág. 115.

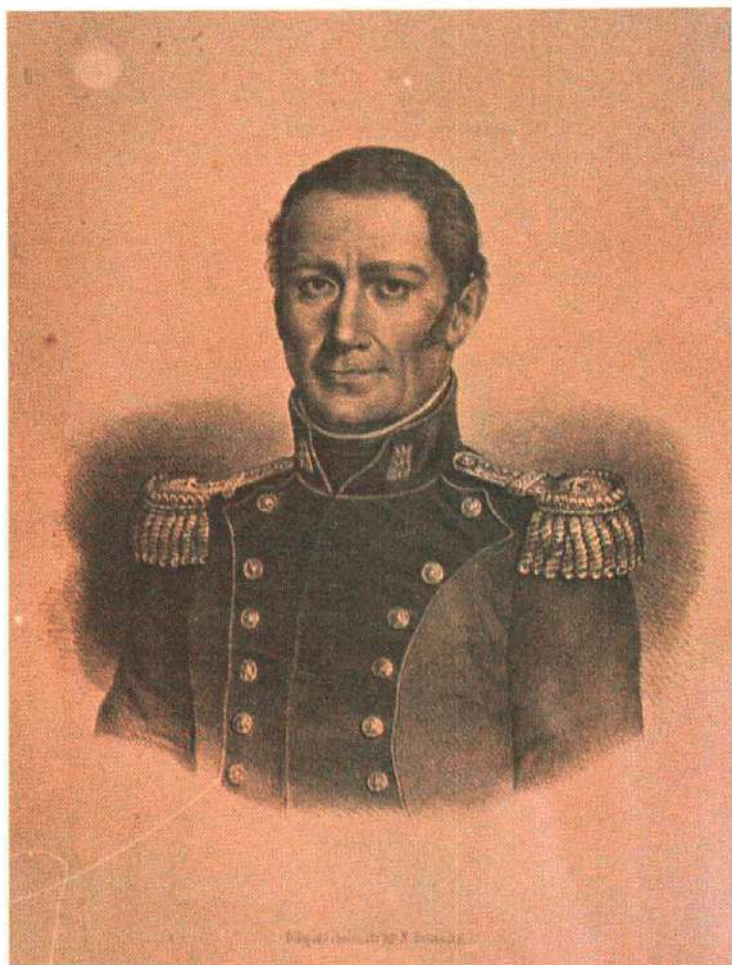
(7) Vicuña Mackenna, Benjamín. Obra citada, pág. 117.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR. Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile. 1810-1891. Santiago, EMGE, 1981. Colección Biblioteca del Oficial. Vol. LXV.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 3.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 4.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII al X. 1a. edición. Santiago, 1887-1889.
- 5.—DONOSO, RICARDO. El Marqués de Osorno don Ambrosio O'Higgins. 1720-1801. Santiago, Publicaciones de la Universidad de Chile, 1914.
- 6.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI y VII. 1a. y 2a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1953.
- 7.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1964. 2 tomos en un volumen.
- 8.—EYZAGUIRRE, JAIME. O'Higgins. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1950. 3a. edición.
- 9.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 10.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5. tomos.
- 11.—HEISE, JULIO. 150 Años de Evolución Institucional. 2a. edición. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 12.—LAS FUERZAS ARMADAS DE CHILE. Album Histórico. Recopilación histórica de la vida militar y naval del país que se remonta desde el origen de nuestro nombre primitivo hasta la época actual y que se complementa con una información gráfica y monográfica de las diversas

unidades que componen el Ejército y la Marina de Guerra Nacional. Santiago, compilado y editado por la Empresa Editora "Atenas" Boyle y Felegini Ltda., 1928.

- 13.— O'HIGGINS, BERNARDO. Archivo de don Bernardo O'Higgins. Santiago, 1946. Tomos I, II, VII, XIX, XXI y XXXI.
- 14.— ROJAS MERY, EULOGIO. El General Carrera en el exilio. 2a. edición, corregida y aumentada con varios e interesantes documentos. Santiago, Imprenta Cultural, 1955.
- 15.— SOLDEVILA, FERRAN. Síntesis de la Historia de Cataluña. Barcelona, Ediciones Destino, Impreso por Gráficos Diamante, 1978.
- 16.— TELLEZ, INDALICIO. Historia Militar de Chile. 1520-1883. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 tomos.
- 17.— TELLEZ YAÑEZ, RAUL. El General Juan Mackenna. Buenos Aires, Santiago, Editorial Francisco de Aguirre, 1976. 2a. ed.
- 18.— VICUNA MACKENNA, BENJAMIN. Vida de Mackenna. Santiago, Universidad de Chile, Imprenta de la Dirección General de Prisiones, 1937.



GDB. Juan Mackenna O'Reilly
1771 — 1814

Litografía de Narciso Desmadryl

21.—BRIGADIER JUAN MARTINEZ DE ROZAS

A mediados del siglo XVIII, en la ciudad de Mendoza, cuando ésta pertenecía al Reino de Chile, nació Juan Martínez Soto y Rozas, Correas y Villegas, en 1759. Fueron sus padres don Juan Martínez de Soto y Rozas y doña María Prudencia Correas y Villegas.

Igual que sus hermanos Ramón y Francisco Javier, Juan Martínez de Rozas, una vez terminados sus estudios en Mendoza, viajó a Tucumán, ingresando en la Facultad de Teología en el Colegio de Monserrat y en la Universidad de Córdoba. Su capacidad para el estudio, su despejada inteligencia y sus cualidades intelectuales manifestadas en toda ocasión, alentaron a su padre para conseguir el permiso de enviarlo a Chile, a fin de que estudiara jurisprudencia en la Universidad de San Felipe.

En 1780 emprendió su viaje a Santiago y tuvo la suerte de acompañar a don José Antonio de Rojas, personaje con el cual sus padres tenían una estrecha amistad.

Este caballero tendría gran influencia en el ánimo del joven, traspasándole sus inquietudes, nacidas a raíz de las lecturas de Holbach, "El Contrato Social" de Rousseau y obras de Montesquieu, Diderot, Voltaire, Robertson, Helvecio y otros pensadores y filósofos ilustrados, cuyas obras se leían clandestinamente en España, donde la Inquisición prohibía, bajo severas penas, a quienes trataran de nutrirse de ellas. El viaje fue para Martínez de Rozas una continua cátedra de interesantes enseñanzas. Además de sus conocimientos, le habló de Rojas de la situación que había conocido en la Corte de Madrid. De esta manera comenzó a incubarse en el ánimo de Martínez de Rozas el deseo de alcanzar la cumbre a despecho de los peninsulares, mediante un esfuerzo real de estudio y conocimiento.

El 9 de mayo de 1780 Juan Martínez de Rozas se matriculó en el curso de leyes de la Universidad de San Felipe y su dedicación al estudio fue tan notable, por lo que se distinguió de inmediato de entre sus compañeros; en el espacio de un año rindió todos los exámenes que exigía el curso, graduándose de bachiller, el 12 de mayo de 1781.

Pronto se dio a conocer como profesor en el Colegio Carolino, pero no faltó quien lo acusara de "desviado" en normas religiosas, haciéndolo pasar algunos malos ratos. Finalmente, cuatro años después de salir de Mendoza, obtuvo su título de abogado, el 7 de septiembre de 1784. Tres años más tarde fue nombrado secretario de la Academia de Leyes y, poco después, pasó a desempeñarse como asesor letrado del Intendente de Concepción, Coronel de Dragones Ambrosio O'Higgins. Cumpliendo con gran celo sus funciones, visitó la frontera en compañía del Intendente, organizando el servicio en los fuertes del Bío-Bío y demostrando afición a las armas, lo cual le valió que O'Higgins le diera el nombramiento de Teniente Coronel y Comandante del Escuadrón de Milicias de Concepción. Inteligente, culto, astuto y socarrón, supo ganarse la voluntad del irlandés y mediante un trabajo tesorero y honesto, llegó pronto a ser figura descollante en la ciudad y a desempeñar interinamente el cargo de Intendente, cuando don Ambrosio O'Higgins fue designado Gobernador de Chile por el Rey.

Los sucesores de O'Higgins en el Gobierno del Reino de Chile, Marqués de Avilés y el Mariscal de Campo don Joaquín del Pino, retuvieron a Martínez de Rozas en Santiago, lapso durante el cual dejó pendiente su cargo de asesor en Concepción. Esto le costó fuertes roces con el Intendente de esa ciudad y tener que comparecer ante la Real Audiencia, antes de recuperar su cargo.

Desde Europa comenzaron a llegar alarmantes noticias. Napoleón oteaba desde el poniente de los Pirineos las desavenencias de la familia real española. Martínez de Rozas, previendo lo que ocurriría si los asuntos europeos influían en la conducta de los americanos, en Concepción había tomado contacto con muchos criollos que deseaban modificar el sistema que España mantenía en América. Martínez de Rozas conspiraba y era alma de las ideas más avanzadas en Concepción. En tales circunstancias, la muerte súbita del Gobernador don Luis Muñoz de Guzmán, el 11 de febrero de 1808, cambió la faz de los asuntos del Reino.

De acuerdo con los reglamentos, en estas situaciones debía elegirse al militar más antiguo del Reino para que se desempeñara como Gobernador Interino mientras llegaba el nombramiento en propiedad. En ese momento, tres eran los militares que cumplían el requisito: los Brigadieres Francisco Antonio García Carrasco y Pedro Quijada y el Coronel Luis de Alava, Intendente de Concepción, con quien Martínez de Ro-

zas había tenido graves problemas. Este, amigo de García Carrasco, vio la oportunidad que se le brindaba de devolver la mano al Coronel e influyó en su ánimo para que aceptara el mando y como su grado lo favorecía legalmente, burló las pretensiones de Alava. La Audiencia llamó a la gobernación de Chile al Brigadier Francisco Antonio García Carrasco.

Como asesor jurídico del Gobernador, la influencia de Martínez de Rozas en el Reino creció hasta convertirlo en un personaje de alto vuelo. Mientras los asuntos de España se habían precipitado, Napoleón invadió a la Península, cautivó a los reyes y colocó en el trono a su hermano José I.

El desprestigio en que comenzó a caer el gobierno de García Carrasco también alcanzó a Martínez de Rozas; el escándalo que significó el contrabando de la fragata *Scorpion* y el asesinato del Capitán Tristán Bunker motivó su alejamiento de la asesoría jurídica de la gobernación y su retiro a Concepción. Con su olfato de político consumado, se dio cuenta de la dirección en que soplaba el viento, mientras en Santiago la opinión pública se volvía cada vez más amenazante contra García Carrasco. Ligado a los personajes que manejaban la conspiración junto al Bío-Bío, como eran José Antonio Prieto, Pedro Ramón Arriagada, Bernardo O'Higgins y Fray Rosaura Acuña en Chillán, burlaba la vigilancia del Intendente Alava, que acechaba la ocasión de pretenderlo para vengarse de las antiguas ofensas.

El 18 de septiembre de 1810, luego de haber caído García Carrasco y subido a la Presidencia el Conde de la Conquista, se reunió un Cabildo Abierto que se pronunció por una Junta de Gobierno y a él se le eligió como uno de los vocales. La suerte parecía impulsar el carro de su fortuna y el 1º de noviembre de ese año hizo su entrada en Santiago, siendo recibido con grandes demostraciones de júbilo.

Con la muerte del Conde de la Conquista, don Mateo de Toro y Zambrano, en febrero de 1811, su autoridad aumentó, de manera que al ocurrir los sucesos motivados por el Motín del Coronel Tomás de Figueroa, quien se oponía a la apertura del Congreso, pudo actuar con absoluta libertad contra su organizador y hacerlo fusilar al amanecer del día 2 de abril en su calabozo.

Desgraciadamente para Martínez de Rozas, muchos de los patriotas santiaguinos lo miraban como un extranjero por el

hecho de haber nacido en Mendoza (1). Pero no era su nacimiento lo que más molestaba a la aristocracia de Santiago, sino el mando que había adquirido y el recuerdo de sus días de asesor jurídico de García Carrasco. Los pasquines menudeaban en contra suya y algunos advertían a Chile el peligro de "Juan I" haciendo alusión a que su ambición podía llevarlo a ocultos deseos monárquicos. Sin embargo las cosas iban a disponerse en forma muy distinta.

Como las elecciones de diputados al Congreso resultaron para él un fracaso, se movió para realizar un movimiento revolucionario que mantuviera a los exaltados en el poder. Para ello, buscó el apoyo de las tropas de la guarnición. Pero cuando contaba con la ayuda del Sargento Mayor de Granaderos Juan José Carrera, un incidente inesperado hizo fracasar todo; la llegada, desde España, de don José Miguel Carrera, quien aconsejó a su hermano de no inmiscuirse en golpes revolucionarios. Los sucesos posteriores precipitaron el antagonismo entre Martínez de Rozas y Carrera.

Fracasado, regresó a Concepción, mientras en Santiago la familia Larraín era apoyada por los Carrera para alzarse en el poder, el 4 de septiembre de 1811, para ser sustituida, posteriormente por una Junta presidida por Carrera, el 15 de noviembre. Martínez de Rozas fue designado vocal, pero como se encontraba en Concepción, lo reemplazó como su representante, Bernardo O'Higgins. La disolución del Congreso por Carrera, el 2 de diciembre de 1811, enfrentó a las provincias de Concepción, con Martínez de Rozas a la cabeza, como comandante en jefe de sus tropas y a Santiago con José Miguel Carrera. La guerra civil pareció inminente, pero por fortuna los caudillos llegaron a un acuerdo a orillas del Maule.

Sin embargo Carrera, desde Santiago, comenzó a preparar su ruina. Ganándose la voluntad de las fuerzas de Concepción, logró la caída de la Junta que presidía Martínez de Rozas, siendo éste remitido a Santiago en calidad de "detenido de estado".

Durante su estada en Santiago, como miembro de la Junta de Gobierno, había sido el alma para la formación de los nuevos cuerpos de tropa con que iba a contar el novel gobier-

(1) Se olvidaba que Mendoza había pertenecido al Reino de Chile hasta la creación del Virreinato del Río de la Plata en 1776, cuando Martínez de Rozas tenía 15 años de edad.

no y su actividad le valió el nombramiento de Brigadier, con lo cual ha venido a ser el primer "oficial general" del Ejército de Chile, anticipándose a los nombramientos de Juan José Carrera, Ignacio de la Carrera, José Miguel Carrera, Bernardo O'Higgins y Juan Mackenna, que fueron los que siguieron en antigüedad a este nombramiento. Como Brigadier tomó el mando de las fuerzas de Concepción durante el año 1812, luego de ser designado por la Junta de Gobierno de esa ciudad.

Vencido por un rival que empleó con él la astucia y el conocimiento de los hombres, fue desterrado a Mendoza, hacia donde viajó el 10 de octubre de 1812. Amargado y desilusionado de los hombres con los cuales actuó y que no reconocieron sus servicios, falleció al atardecer del 13 de marzo de 1813.

Sus restos quedaron depositados bajo una lápida en la iglesia matriz y una sencilla leyenda lo recordaba "Hic yacet Johnnis de Rozas, pulvis et cinis".

Años más tarde, en 1892, sus restos fueron traídos a Chile para descansar en el Cementerio General de Santiago, donde estaban sus hijos. Hoy su estatua se levanta en el Parque Ecuador de la ciudad de Concepción, como un homenaje para el hombre que, como Intendente, no ahorró sacrificios por su engrandecimiento y bienestar.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Don Juan Martínez de Rozas. Santiago, *Imprenta y Litografía Universo*, 1925.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, *Imprenta y Litografía Universo*, 1945.
- 3.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile 1808-1823. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 4.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS. Los precursores de la Independencia. Santiago, Imprenta de la República de Jacinto Núñez, 1870-1872.
- 5.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VII y IX 1a. Ed. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1888.
- 6.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1855-1858.
- 7.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo VI. 1a. Ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1947.
- 8.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag S. A., 1964.
- 9.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile. 1810-1879. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905. 3 Tomos.
- 10.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Diccionario Biográfico de Chile. 1a. Ed. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 Tomos.
- 11.—FIGUEROA, TOMAS DE. Proceso seguido al Teniente Coronel don Tomás de Figueroa y otras piezas referentes al motín ocurrido en Santiago, el 1º de abril de 1811. Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile, Tomo XIX.
- 12.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 Tomos.
- 13.—HEISE, JULIO. 150 años de Evolución Institucional. 2a. Ed. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 14.—MARTINEZ, MELCHOR. Memoria histórica sobre la revolución de Chile, desde el cautiverio de Fernando VII hasta 1814. Valparaíso, 1848. 1a. Ed.
- 15.—OREGO LUCO, AUGUSTO. La Patria Vieja. Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1935. 2 Tomos.
- 16.—VARAS VELASQUEZ, MIGUEL. El primer período del Congreso Nacional de 1811. Nuevos Documentos. Santiago, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 9, 1913.
- 17.—VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN. El Coronel Don Tomás de Figueroa. Santiago, 1885.

22.—CORONEL NICOLAS MARURI

Nació en la ciudad de Concepción en 1788. Al estallar el movimiento emancipador de 1810 se incorporó como Cabo 1º en el batallón de guardias nacionales de su ciudad natal. Su bautismo de fuego lo recibió en el puerto de San Vicente, al desembarcar la expedición invasora del Brigadier General Pareja, el 27 de marzo de 1813. Participó en las diferentes campañas de la Patria Vieja y fue ascendido de Sargento de milicias al grado de Subteniente del Batallón Fijo de Concepción, en marzo de 1814 “por haber manifestado su buena disposición militar” (1), según reza un documento suscrito por el Brigadier José Miguel Carrera en Buenos Aires, en 7 de junio de 1815.

“En el sitio que puso Osorio a Rancagua —dice Carrera— se comportó con un valor extraordinario e hizo una salida como poco más de 45 hombres contra una batería sostenida por más de 50 hombres, la tomó, pasó a cuchilla la tropa y entregó el cañón con un tambor y varias tercerolas. Por esta acción, que es superior a lo que parece en el papel, se le concedió el grado de Capitán...” (2).

Después del desastre de Rancagua debió emigrar a Mendoza. Permaneció un tiempo en Buenos Aires y más tarde se enroló en el Ejército de los Andes, se encontró en la Batalla de Chacabuco y obtuvo una medalla de plata por su notable comportamiento en ella. Hizo la campaña de 1817 en el sur, asistió al memorable sitio de Talcahuano y participó en la victoria decisiva de Maipo. Ascendió a Capitán efectivo en noviembre de 1818. El 20 de agosto de 1820 partió de Valparaíso en la Expedición Libertadora del Perú, emprendió la campaña de Arequipa y a las provincias del sur del Perú y sobresalió por su valor en el Combate de Mirave. En 1821 se encontró en la acción del río de Moquegua, donde hizo prisionero al

(1) Citado por Pedro Pablo Figueroa, *Album Militar de Chile* (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905. Tomo I, pág. 244. También por Julio Bañados Espinosa, *La Batalla de Rancagua, sus antecedentes y sus consecuencias*. Santiago, Rafael Jover, editor, 1884, págs. 190-191.

(2) *Idem*.

Comandante de la División realista y el 16 de octubre del mismo asistió al sitio del Callao y al asalto del fuerte Real Felipe. En 1823 se encontró en el Combate de Locumba, en la captura del puerto de Arica, en Torata y Moquegua. Al frente de una compañía de cazadores del Batallón N° 4 se sostuvo bravamente en el fuerte del cerro del Baúl.

Regresó al Callao y se encontró en el sitio de esta plaza fuerte. Ascendió al grado de Sargento Mayor efectivo del Batallón N° 7 en abril del citado año 23 y obtuvo del gobierno patriota, el diploma del Ejército Libertador y la condecoración de la Orden del Sol.

A las órdenes del General Sucre hizo la tercera campaña a las provincias del sur del Perú. A su regreso al Callao se encontró en la acción de la Legua y en la sublevación de la guarnición de los castillos del puerto. En 1824 se reunió en Trujillo con el Ejército Unido y de allí se trasladó a Chile. Participó en la segunda campaña de Chiloé, en enero de 1826.

Ascendió a Teniente Coronel graduado en abril del mismo año, siendo Comandante del Batallón N° 7 de infantería y a Teniente Coronel efectivo, el 5 de septiembre del mismo. En enero de 1830 fue designado Comandante del Batallón N° 8 de guardias nacionales de Santiago y a fines del mismo mes y año se le nombró edecán de la Junta Gubernativa. En febrero era Comandante del Batallón de línea Constitución y en agosto ascendió a Coronel graduado y se le designó ayudante de campo del General en Jefe del Ejército del sur. Fue Coronel efectivo en septiembre de 1839 y edecán del Presidente de la República durante 23 años, a partir de la citada fecha.

Obtuvo su cédula de retiro en septiembre de 1853, después de cuarenta y tres años de servicios efectivos en el Ejército.

Falleció el 9 de agosto de 1866 en Santiago.

“El 9 de agosto de 1866, pobre y olvidado —decía D. Valentín Murillo en un periódico de 1867— exhalaba el último suspiro un viejo veterano de nuestra independencia, uno de esos gloriosos restos de la época más brillante de nuestra historia, uno de esos soldados que nos recuerdan tiempos de luchas heroicas, de heroicos sacrificios, y que la generación presente debe mirar sobrecogida... Sin embargo, el féretro que conducía ese cuerpo con las cicatrices que atestiguaban sus glorias, ese féretro que conducía el brazo que esgrimió el sable en 32 campañas, fue conducido sigilosamente sin que el tambor batiera la marcha lúgubre que debe batir por valientes que con su presencia alentaban al soldado e imprimían temor al enemigo”.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR. Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile. 1810-1891. Santiago, EMGE., 1981. Colección Biblioteca del Oficial, Vol. LXV.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 3.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Bolcells y Co., 1930.
- 4.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS Y GREGORIO VICTOR. Los tres primeros años de la Revolución de Chile. RCHHG, Tomos LVI, LVII, LVIII y LIX.
- 5.—BAÑADOS ESPINOSA, JULIO. La Batalla de Rancagua, sus antecedentes y sus consecuencias. Santiago, Rafael Jover, editor, 1884.
- 6.—BARRIENTOS GUTIERREZ, PABLO. "El Coronel Maruri. 1788-1866". *En Memorial del Ejército de Chile*, Santiago, 1938. págs. 103-108.
- 7.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII al XIII. 1a. Ed. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1894.
- 8.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile durante los años 1811-1812. Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 9.—BARROS ARANA, DIEGO. Un decenio de la Historia de Chile. 1841-1851. Santiago, Imprenta Universitaria, 1906.
- 10.—BULNES, GONZALO. Historia de la Expedición Libertadora del Perú. 1817-1822. 2 Tomos. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1888.
- 11.—CARRERA, JOSE MIGUEL. Diario Militar del General don José Miguel Carrera. Colección de Historiadores y de Documentos Relativos a la Independencia de Chile. Tomo I, Santiago, 1900. Documentos, Tomo XXIII, Santiago, 1913.
- 12.—DIAZ, FRANCISCO JAVIER. La Campaña del Ejército de los Andes, 1817. Reseña histórica popular. Santiago, Talleres del EMGE., 1917.

- 13.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI al XII. 1a. y 2a. ed.* Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1962.
- 14.—EYZAGUIRRE, JAIME. *Historia de Chile.* Santiago, Empresa Editora Zig-Zag S. A., 1964. 2 Tomos en un volumen.
- 15.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. *Album Militar de Chile (1810-1879).* Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 16.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. *Diccionario Biográfico de Chile, 1a. edición.* Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 Tomos.
- 17.—FIGUEROA, VIRGILIO. *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile.* Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 Tomos.
- 18.—HEISE, JULIO. *150 años de Evolución Institucional. 2a. Ed.* Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 19.—MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL. *Archivo General de Guerra. Hojas de Servicios, campañas y acciones de guerra.*
- 20.—MORENO GUEVARA, ANGEL. *Historia Militar de la Expedición Libertadora del Perú en 1820.* Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1920.
- 21.—OREGA, EUDOXIO H. *Manual de Historia General del Perú. Historia crítica.* Lima, Fénix Latino-Americana, Editores, 1963.
- 22.—SEMBLANZAS DE ALGUNOS SOLDADOS ILUSTRES DEL EJERCITO DE CHILE. Coronel don Nicolás Maruri. En *Revista del Suboficial* N° 25, Santiago, julio-agosto de 1962. págs. 48-49.
- 23.—TELLEZ, INDALICIO. *Historia Militar de Chile. 1520-1883.* Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 Tomos.

23.—TENIENTE CORONEL CARLOS MARIA O'CARROL

Nació en Irlanda en 1789. Ingresó muy niño a la profesión militar y a los 26 años de edad era Teniente Coronel de los Ejércitos de Inglaterra. Hizo siete campañas en España y al sur de Francia, que le significaron ser condecorado con la Cruz de Carlos III y la Flor de Lis, en España. Inducido por Lord Cochrane, llegó a Chile después de la victoria de Maipo.

"Con un nombre aristocrático, con una figura gallarda y seductora, con las recomendaciones de una elevada posición, el joven soldado no podía menos de encontrar una brillante acogida entre nosotros. El Director O'Higgins, aficionado por gusto y por principios, a ejemplo de su ilustre padre, a los extranjeros que llegaban a este apartado país, lo recibió en efecto con distinción y lo incorporó en nuestro Ejército en el mismo grado que tenía de Inglaterra" (1).

Nombrado Comandante del escuadrón de caballería Dragones de la Patria —organizado en Curicó, en marzo de 1819— emprendió las campañas contra las guerrillas y montoneras de la Frontera. En 1820 inició una afortunada expedición contra las bandas de los Pincheira y las derrotó en el lugar denominado Monte Blanco. En Los Angeles se reunió a la división del Mariscal Pedro Andrés del Alcázar y marchó hacia San Carlos de Purén, en persecución de las hordas de Benavides, Pico y Bocardo. Fue destacado a Tucapel; de allí, a Rere y, en seguida, a Yumbel, con sus dragones y un escuadrón de Cazadores de la Escolta Directorial, más algunas fracciones de infantería y artillería. En Yumbel se reunió al Comandante Benjamín Viel y las tropas acamparon en San Cristóbal, el 21 de septiembre de 1820.

El 22 por la mañana los patriotas emprendieron el ataque contra la columna del Coronel Juan Manuel de Pico y la obligaron a retirarse. Se inició la persecución. "De un lado la mayor movilidad de Pico y del otro la tarda marcha de los

(1) Vicuña Mackenna, Benjamín. *La Guerra a Muerte*. Santiago, Universidad de Chile, 1940, pág. 115.

bueyes que conducían los cañones, daba a aquél ventajas conocidas en la marcha" (2). A las dos de la tarde y cuando habían caminado más de seis horas, las columnas llegaban al pequeño llano de Pangal, "por la abundancia de la planta acuática llamada pangue que allí crecía" (3). Pico hizo alto, desplegó sus escuadrones y los lanzó contra el adversario. Se realizó el movimiento con una rapidez tan asombrosa, que las tropas de O'Carrol apenas si tuvieron tiempo para desplegarse a medias. La victoria se inclinó, naturalmente, del lado de los montoneros. En el momento crítico del combate y cuando O'Carrol se dio cuenta de que los suyos empezaban a ceder terreno, se metió —sable en mano— en medio de la vorágine de sables y de lanzas que formaban los combatientes.

Fue el primero en caer en manos de la turba vencedora. Llevado hasta el Coronel Pico, alabó la buen presencia de su gente. "Son unos pobres huasos, señor" (4) —contestó irónicamente este último—. Luego agregó que se preparara para morir, por el grave delito de ser extranjero, de acuerdo con disposiciones terminantes del Rey de España.

Una descarga de fusilería puso fin a la existencia de Carlos María O'Carrol. "Así pereció a los dos años de su residencia en Chile y a los treinta años escasos de su edad, aquel brillante oficial europeo que había conquistado en su patria una de las más altas graduaciones permitidas al valor y a la juventud por las leyes sedentarias y aristocráticas bajo cuyo imperio servía" (5).

(2) Idem, pág. 199.

(3) Idem, pág. 200.

(4) Idem, pág. 204.

(5) Idem, pág. 204.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—AMUNATEGUI, DOMINGO. *Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833.* Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 2.—BARROS ARANA, DIEGO. *Historia General de Chile.* Tomo XII. 1a. Ed. Santiago, 1892.
- 3.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. *Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891.* Tomo VIII. 2a. ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1953.
- 4.—EYZAGUIRRE, JAIME. *Historia de Chile.* Santiago, Empresa Editora Ziz-Zag S.A., 1964. 2 Tomos en un volumen.
- 5.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. *Album Militar de Chile (1810-1879).* Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 6.—FIGUEROA, VIRGILIO. *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile.* Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 Tomos.
- 7.—HEISE, JULIO. *150 años de Evolución Institucional.* 2a. Ed. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 8.—TELLEZ, INDALICIO. *Historia Militar de Chile. 1520-1893.* Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 Tomos.
- 9.—VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN. *La Guerra a Muerte.* Santiago, Universidad de Chile, 1940.

24. LIBERTADOR CAPITAN GENERAL BERNARDO O'HIGGINS RIQUELME

Nació el 20 de agosto de 1778 en Chillán Viejo. Fueron sus padres el Gobernador de Chile y más tarde Virrey del Perú D. Ambrosio O'Higgins y doña Isabel Riquelme. Pasó sus primeros años en Talca e inició sus estudios en el Colegio de Naturales de Chillán; en 1788 fue trasladado a Lima y colocado en el Colegio del Príncipe y en 1795 se le envió a Inglaterra, a continuar sus estudios en un colegio de Richmond, a tres leguas de Londres. Permaneció allí hasta 1804 y tuvo la fortuna de encontrar un maestro ilustre que le inculcó los dogmas de la emancipación americana; el General venezolano Francisco de Miranda.

Enviado a España, en 1799, se radicó temporalmente en Cádiz. Impedido de seguir la carrera militar a que aspiraba, permaneció trabajando en el escritorio del Conde de Maule, Nicolás de la Cruz. Por fin se cumplió su anhelo de regresar a su patria; el 3 de abril de 1800 se embarcó en Cádiz, a bordo de la fragata *Confianza*, con dirección a Buenos Aires. El buque fue atacado a cañonazos por una flotilla inglesa y se rindió. El joven Bernardo regresó nuevamente a Cádiz y se acogió al hogar del citado señor de la Cruz. Este lo informó sobre la destitución de su padre del Virreynato del Perú y de que éste no le reconocía como hijo.

Abrumado por el dolor, se resolvió a partir nuevamente en pos de su patria, en 1801. Llegó a ésta el 6 de septiembre de 1802 y se estableció en Chillán, su ciudad natal. Un año después se le puso en posesión de sus bienes; la valiosa hacienda de San José de las Canteras, en el departamento del Laja, cerca de Los Angeles. Su padre al morir —el 18 de marzo de 1801— se había arrepentido de la injusticia cometida y le dejaba este precioso legado.

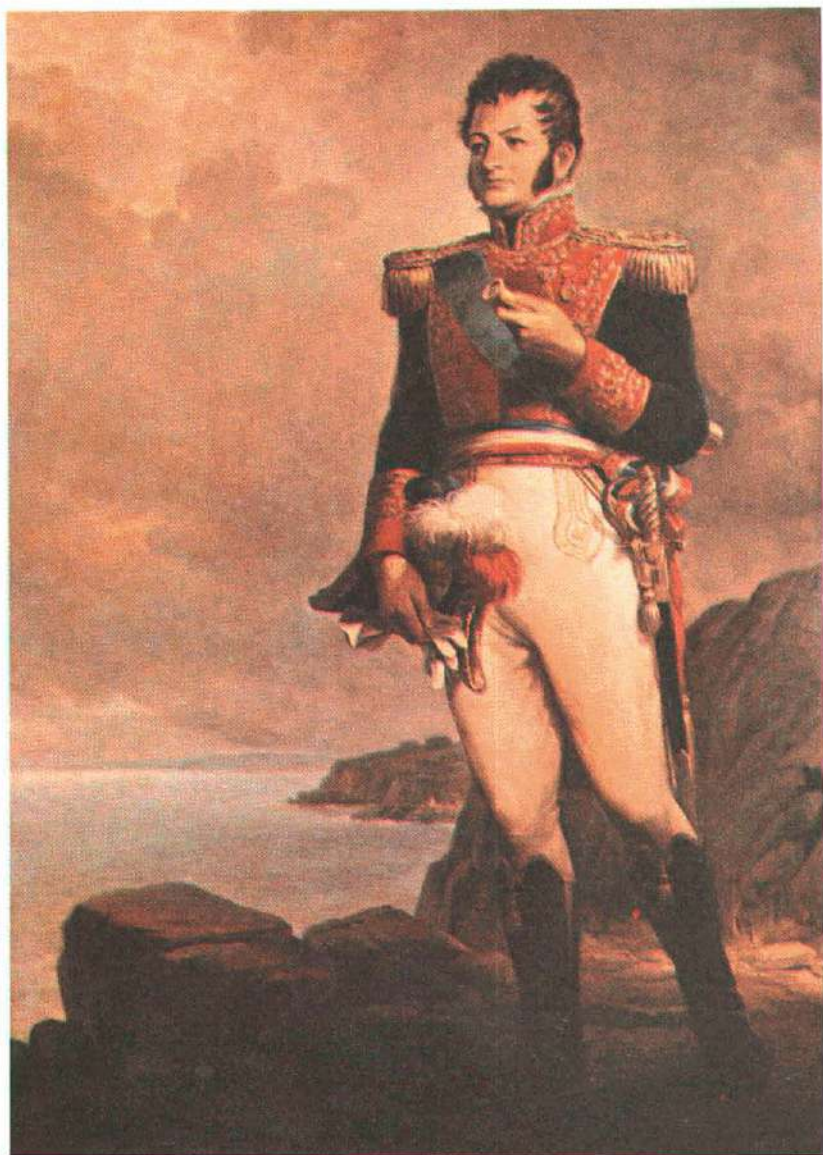
D. Bernardo se consagró a las labores del campo y en 1806 se inició en la vida pública local, al ser nombrado alcalde ordinario de la ciudad de Chillán. Cuando tuvo conocimiento del pronunciamiento del 18 de septiembre de 1810, en Santiago organizó dos regimientos de milicias de caballería y los

ofreció al nuevo Gobierno. Martínez de Rozas nombró como comandante de uno de ellos a su cuñado, Antonio de Mendiaburu y como segundo, a O'Higgins, su propio organizador. Herido en su amor propio, tuvo el propósito de trasladarse a Buenos Aires; pero, luego de maduras reflexiones se resignó a permanecer en el país, dispuesto a hacer sentir su ingratitud a Martínez de Rozas.

Fue elegido diputado al Congreso Constituyente de 1811 y vocal en reemplazo de Martínez de Rozas de la Junta establecido después del golpe militar del 4 de septiembre del mismo año, realizado por José Miguel Carrera. La dictadura de este último, surgida a raíz de sus nuevos cuartelazos del 15 de noviembre y 2 de diciembre y, además, las luchas de 1812 entre Martínez de Rozas y Carrera, obligaron a O'Higgins a retirarse de su hacienda de las Canteras. Allí volvió a considerar su antigua idea de irse a Buenos Aires, para lo cual ofreció en venta su propiedad.

La invasión del Brigadier español José Antonio Pareja, en marzo de 1813, lo hizo desistir de su propósito. Reunió a su regimiento de milicias de caballería y, colocándose a su cabeza, se dirigió a Concepción, que suponía amenazada por los invasores. Al cruzar el río Laja se le presentó un dragón con un pliego del Intendente Benavente, que le ordenaba dispersar su tropa por haber capitulado la ciudad. O'Higgins se dirigió a Talca y pasó a entrevistarse con Carrera. Se convino que él debería marchar a Linares a interceptar al escuadrón de dragones del Comandante español Melchor Carrvajal, que se dirigía hacia Talca.

O'Higgins llenó brillantemente su cometido y la Junta de Gobierno le concedió el grado de Coronel de Ejército. Después de las acciones de Yerbas Buenas y San Carlos, se dirigió a Los Angeles, al mando de 33 hombres, entre oficiales y soldados. Asaltó la fortaleza, redujo a la impotencia a los centinelas, obligó a rendirse a la guarnición y tomó prisionero a su comandante (23 de mayo). En los días que se siguieron, la actividad no fue menos intensa para obtener aquello que fuera aprovechable. Se hizo venir ganado de la hacienda de las Canteras, para abastecer el Ejército y fueron enviados a Carrera, por el Bío-Bío, 4 cañones del fuerte de Los Angeles para su aprovechamiento en el Ejército patriota. Cumplido el mes de correrías, O'Higgins era dueño de todo el territorio de la isla de la Laja y los 30 jinetes con que emprendió la expedición se habían multiplicado hasta constituir un contingente de 1.400. Al frente de ellos se dirigió a Chi-



CAP. GRAL. Bernardo O'Higgins Riquelme
1778 — 1842

Oleo de Miguel Venegas Cifuentes
Club de la Unión de Santiago

llán, a cooperar en el asedio al Ejército realista allí encerrado. La operación resultó un fracaso. O'Higgins, sin embargo, tuvo varios encuentros afortunados en Tíjar, Lajuelas y Maipón.

El enemigo, con las manos libres después de la retirada de los patriotas, llenó los campos de guerrillas y volvió a caer sobre los desgarnecidos pueblos de la Laja. El guerrillero realista Gregorio Valle, cura de Hualqui, preparaba un alzamiento en las inmediaciones de Concepción. Tras él fue O'Higgins y le persiguió hasta Yumbel. Le halló, por fin, en las proximidades de Huilquilemu, pero en condiciones de superioridad numérica tal que lo obligaron a retroceder. Reforzadas sus tropas con algún auxilio, no cedió en su propósito y nuevamente desafió al cura Valle y a las guerrillas de Eloreaga, que también merodeaban por esos contornos, hasta obligarlas a replegarse a Chillán.

En la madrugada del 17 de octubre las tropas del Brigadier Carrera fueron sorprendidas en el paso del Roble, en el Itata, por una partida de guerrilleros comandada por Eloreaga. O'Higgins fue el héroe de la jornada, pues con la decidida colaboración de los Capitanes Prieto y Benavente, logró contener al enemigo y trocar la derrota inminente en victoria. El General en Jefe José Miguel Carrera, al informar más tarde sobre esta acción a la Junta de Gobierno, estampaba los siguientes conceptos: — "No puedo dejar en silencio el justo elogio que tan dignamente se merece el citado O'Higgins, a quien V. E. debe contar por el primer soldado, capaz en sí solo de reconcentrar y unir heroicamente el mérito de glorias y triunfos del Estado chileno" (1).

Alarmada la Junta por los continuos desastres de las armas patriotas, se trasladó a Talca, a fin de relevar del mando al Brigadier Carrera y nombrar, en su reemplazo, a Bernardo O'Higgins. Carrera se resistía a hacer entrega y O'Higgins, por su parte, consideraba que un cambio en la Jefatura del Ejército no sería oportuno en estas circunstancias. Así lo expuso con franqueza al Gobierno al contestar una consulta que éste le hizo. Al tanto de la actitud de D. Bernardo y como no faltaban voces que propalaran la noticia de que se confia-

(1) Citado por Diego Barros Arana, *Historia General de Chile*, Tomo IX, 1.ª edición. Santiago, Rafael Javer, editor, 1888, pág. 190, nota 26. Allí dice que el citado parte fue publicado en el N° 87 de "El Monitor Araucano".

ría el Comando en Jefe al Coronel argentino Marcos Balcarce, Carrera resolvió nuevamente no desprenderse de él en favor de un extranjero. El Gobierno, afianzado por el apoyo del Coronel Mackenna, dio un corte definitivo al asunto: el 27 de noviembre decretó la separación de los tres hermanos Carrera de sus empleos militares y la entrega del mando a Bernardo O'Higgins.

Este se hizo cargo de un Ejército desorganizado y desmoralizado por los reveses, en circunstancias que muy pronto tendría que iniciar una nueva campaña contra el enemigo realista. "Sin víveres ni vestuario y con los sueldos impagos, apenas iba siendo posible detener el completo desbande" (2).

En esos mismos días aparecía en escena una nueva expedición realista, al mando del General Gabino Gaínza, con mayores elementos que los que había traído Pareja. El 19 de marzo de 1814 obtuvo O'Higgins su primera victoria sobre el nuevo jefe realista en el Quilo y logró apoderarse de una posición que le permitía avistar, a lo lejos, el campamento del Coronel Mackenna, en Membrillar. Al día siguiente, pudo advertir que allí se había trabado una furiosa batalla. Logró ponerse en marcha el día 22 y reunirse con las victoriosas tropas de Mackenna. Ambas iniciaban su avance hacia el norte, deseosas de alcanzar cuanto antes las riberas del Maule y cortar así el paso a los realistas hacia la capital. La marcha de ambos Ejércitos era paralela y a corta distancia. Al fin los patriotas alcanzaron las orillas del Maule, el 3 de abril y esa noche pudieron cruzarlo por el vado de Cruces. Prosiguieron, a continuación, en demanda de la hacienda de Quechereguas. O'Higgins permaneció inmóvil allí varios días, en espera de refuerzos desde Santiago.

Por esa época el Director Supremo D. Francisco de la Lastra sostenía una serie de conferencias con el Comodoro británico Sir James Hillyar. Este caballero traía instrucciones del Virrey del Perú relativas a un entendimiento con los patriotas de Chile. El Senado dio su asentimiento a las bases que se propondrían al Brigadier Gaínza: éstas consignaban el reconocimiento, por parte de Chile, de su calidad de parte integrante de la monarquía española y su derecho a regirse por el actual Gobierno, hasta que las Cortes Generales adop-

(2) Eyzaguirre, Jaime. O'Higgins. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag S.A., 1950. 3a. edición, pág. 108.

taran una resolución definitiva. Mientras tanto, las fuerzas realistas debían abandonar el país a fin de no causar mayores perturbaciones y permitir la libre elección de diputados criollos a las cortes de España.

El Senado procedió, en seguida, a investir a O'Higgins y a Mackenna, con el carácter de plenipotenciarios, para gestionar el avenimiento. El 3 de mayo quedó firmado el pacto, a orillas del río Lircay, en las proximidades de Talca.

Posteriormente, el 23 de julio de 1814, José Miguel Carrera se apoderó del Gobierno por la fuerza de las armas. Pronto se infiltró en Talca la nueva del trascendental cambio y antes que nota oficial alguna llegara a sus manos, O'Higgins estaba informado de todo. El y sus oficiales acordaron resistir, por todos los medios, a las nuevas autoridades y a exigir se entregara a la libre consulta de los pueblos la elección del legítimo Gobierno.

Adelantándose al grueso de sus fuerzas, apenas con unos 400 hombres, O'Higgins partió hacia la capital. Atravesó el Maipo, fue súbitamente acometido en el sitio de Tres Acequias y hubo de presentar combate en manifiesta inferioridad. Después de varias horas de lucha, la tropa del sur se dispersó en todas direcciones, perseguida por la caballería carrerina. Decidido a reanudar el ataque al día siguiente, D. Bernardo envió ordenar a las unidades del grueso a fin de que se le reunieran a la brevedad.

Pero a la mañana siguiente llegó a su campamento un parlamentario realista con un oficial del General Osorio. O'Higgins lo envió al campamento de Carrera y el día 3 de septiembre acudió él mismo a la casa de este último, a ponerse con su tropa a las órdenes incondicionales del nuevo Gobierno, persuadido de que sólo el sacrificio total de sus puntos de vista era capaz de producir la unión. Dos días más tarde abandonaba Santiago e iba a reunirse con sus tropas.

El 1º de octubre fue atacado en la villa de Rancagua por el Ejército del General Osorio. El combate duró el día completo y gran parte del día siguiente. Cuando ya estaba todo perdido y el enemigo comenzaba a invadir la plaza, O'Higgins mandó montar al cuerpo de Dragones y a cuanto jinete pudo hacerlo, unos 500 en total. Se lanzaron por la calle de la Merced, saltaron la barricada realista, se abrieron paso a viva fuerza y llegaron por fin a La Cañada en los extremos de la ciudad.

D. Bernardo se dirigió a Santiago en busca de su madre y de su hermana y en su compañía se dirigió a Mendoza,

a través de la cordillera de los Andes. Llegó allá el 14 de octubre y fue recibido por el Gobernador de Cuyo, General José de San Martín. Después de breve estada, se trasladó a Buenos Aires, donde fijó su residencia en humilde pero hospitalaria morada. En un momento dado, el Gobierno de la capital resolvió incorporarlo en el Ejército que se organizaba en Mendoza. Durante tres meses no se dio reposo, al cooperar de modo activo e inteligente a los esfuerzos de San Martín en este sentido. A partir de entonces unió a ambos una grande y verdadera amistad.

El 21 de enero de 1817 el Ejército Libertador emprendió la marcha hacia Chile a través de la cordillera de los Andes y el 12 de febrero obtuvo la notable victoria de la cuesta de Chacabuco, algunos kilómetros al norte de la capital de Chile. El héroe de la jornada fue el General O'Higgins, que se batió con el valor que siempre acostumbró en el combate.

Cuatro días más tarde, el 16 de febrero, fue proclamado Director Supremo de la República, por una junta de vecinos de Santiago.

Las fuerzas realistas derrotadas en Chacabuco se reorganizaban en Concepción, bajo las órdenes del dinámico cuanto intrépido Coronel Ordóñez. El Coronel Las Heras obtuvo un triunfo notable en el cerro de Gavilán y el Comandante Freire, en Arauco; pero el grueso enemigo se mantenía firme en Talcahuano. O'Higgins marchó al sur a fin de dirigir el sitio de esta plaza. El asalto realizado el 6 de diciembre fracasó y como poco después se anunció la llegada de una nueva expedición realista, a las órdenes del General Mariano Osorio, San Martín ordenó al General chileno se replegara con sus fuerzas hacia el Maule, mientras él avanzaría con las fuerzas de la capital a reunírsele.

Producida la conjunción en Talca, O'Higgins proclamó la Independencia el 18 de febrero, en el primer aniversario de la Batalla de Chacabuco. Los realistas atacaron por sorpresa en la noche del 19 de marzo, en el campamento de la Cancha Rayada, sembrando el pánico, dispersando a los patriotas e hiriendo al Director Supremo en el brazo derecho. Pero al fin los soldados de la Patria triunfaron definitivamente en el campo de Maipo, el 5 de abril de 1818. O'Higgins no participó en la batalla, por encontrarse aún convaleciente de la herida recibida en Cancha Rayada; pero estuvo presente en la última fase de la acción, que se desarrolló en el caserío

de Lo Espejo y fue testigo del heroísmo desplegado por los realistas, en especial por su jefe, el bizarro Coronel José Ordóñez.

El período en que le correspondió gobernar fue extraordinariamente difícil y delicado. Todo estaba por hacerse; las leyes e instituciones del régimen colonial debió readaptarlas al principio republicano y tuvo que estructurar, al mismo tiempo, un sistema social sobre bases más humanas e igualitarias. Nadie podrá quitar jamás a O'Higgins el mérito de haber sido, entre los próceres de América, uno de los pocos cuyas ideas republicanas fueron inquebrantables, oponiéndose tenazmente a cualquier sistema monárquico de gobierno, tan en boga entre los líderes americanos de ese momento.

El Libertador consideraba que una República era el único gobierno apropiado para nuestro país. Así lo exigían "nuestros juramentos y el voto de la naturaleza indicado en la configuración y riqueza que los distingue; si nuestros sacrificios no han tenido un objetivo insignificante; si los creadores de la revolución se propusieron hacer libre y feliz a su suelo" (3), esto sólo se lograría con un gobierno republicano.

Esta República necesitaba de nuevas leyes. "Rodeados de felices circunstancias, coronados por la victoria, vengada la Patria, destruidos los gérmenes desorganizadores, restablecida en fin la paz interior, es ya tiempo, amados compatriotas míos, de que establezcamos los cimientos de un venturoso porvenir. Estáis hartos de gloria y de triunfos, ahora necesitáis instituciones y leyes... Es necesario aplicar remedios a males envejecidos, pesar y aumentar nuestros recursos, consolidar el crédito público, reformar nuestros códigos, acomodándolos a los progresos de la ciencia social y al estado de la civilización del país; circunscribir últimamente la autoridad dentro de ciertos seguros límites que sean otras tantas garantías de los derechos civiles y den al poder público todas las facilidades de hacer el bien sin poder dañar jamás" (4). Así, los chilenos pudieron contar con las Constituciones de los años 1818 y 1822.

(3) Bernardo O'Higgins a José Gaspar Marín. Santiago, 18 de octubre de 1821.

(4) El gobierno a los pueblos. Convocatoria a una Convención preparatoria. Palacio Directorial de Santiago de Chile, 7 de mayo de 1822.

Estas Constituciones, la creación de un Ejército y una Armada netamente chilenos, con sus Academias Militares y de Guardiamarinas, la fundación de nuevas ciudades a lo largo del país, la organización de la policía urbana y rural, la transformación del basural de La Cañada en avenida de álamos; la fundación del Cementerio General, etc., son parte de su labor imperecedera.

Junto a esta ardua labor interna, O'Higgins se consagró a la organización de la Escuadra Nacional, a fin de asegurar el pleno dominio del Pacífico sur y la soberanía de la República. Dedicó, por último, todas sus energías y todos los recursos del país para organizar la Expedición Libertadora del Perú. Al cabo de prolongados e incruentos sacrificios, logró despachar la expedición, desde Valparaíso, el 20 de agosto de 1820.

"Tal fue el día más grande y de más legítimas y puras satisfacciones para don Bernardo O'Higgins. Cumplía en esas horas supremas los cuarenta años de edad y el primer decenio de su vida revolucionaria. Chile le aclamaba su campeón y le revestía de la más alta graduación del Ejército, prestándole además pleito homenaje, a nombre de sus merecidas glorias, como a supremo dictador. Sus ciudadanos no le pedían leyes y le tributaban aplausos y agradecimientos. Nuestros hermanos del Plata le incorporaban en la lista de sus héroes, exaltándolo como a un general de su república, y dilatando en apuesta dirección las fronteras civiles de Chile en nombre de la libertad, iba a oír proclamar la independencia del Perú" (5).

-
- (5) Vicuña Mackenna, Bernardo. Vida de O'Higgins. La corona del héroe. Santiago, Universidad de Chile, s/f. Tomo I, págs. 327-328. En la nota N° 203 de la página 328, Vicuña Mackenna escribe lo siguiente: "En un sentido puede decirse que la gloria del General O'Higgins es única en la América. Es el soldado de todas nuestras repúblicas. Capitán General de Chile, Brigadier en Buenos Aires, Gran Mariscal en el Perú (que son las graduaciones más altas de cada país), se alistó virtualmente bajo las banderas de Colombia, sirviendo al lado de Bolívar en la campaña de Ayacucho, que cerró la gran era militar de nuestra independencia. Más tarde, en 1829, nuestro ilustre compatriota ofreció sus servicios a México, cuando la expedición peninsular de Barrada".

Había alcanzado la cúspide de la gloria. "Si no fue un gran estadista, en cambio había sido un gran animador. Cualquiera sean los juicios acerca de los resultados, logró dar a Chile de sí más de lo humanamente posible y quemó su contenido en aras de la libertad de América. Su gobierno fue, en general, respetuoso de las libertades cívicas" (6). El esfuerzo que impuso al país permitió dar a la administración eficacia, costear la escuadra, vencer a Osorio en Maipo y realizar la mitad de la jornada que libertó al Perú.

En enero de 1823 estalló el descontento. Se reunieron varios ciudadanos en el Consulado y acordaron nombrar una Junta, que solicitara la dimisión del Director Supremo. Este se despojó de su banda tricolor y, juntamente con bastón de mando, la depositó sobre una mesa. Luego se trasladó a su domicilio y algunas semanas más tarde abandonó el suelo de Chile y se dirigió al Perú, en compañía de su madre y hermana. Fijó su residencia en la hacienda de Montalván, en el valle de Cañete, sin olvidar jamás a su Patria a la cual sirvió hasta el último día de su vida con cariño inmenso e inextinguible.

Falleció en Lima, el 24 de octubre de 1842, en los días que preparaba su regreso a Chile.

En enero de 1869 el Gobierno de Chile decretó la repatriación de sus cenizas, en un buque de la Armada Nacional y en 1872 acordó el Congreso la erección de una estatua ecuestre en la Alameda de las Delicias, hoy Avenida Libertador Bernardo O'Higgins.

Junto a su título de prócer máximo de Chile y de artífice genial de la Expedición Libertadora del Perú, Bernardo O'Higgins ha comprometido la gratitud de sus compatriotas en razón de su preocupación siempre viva y constante por las regiones austral y polar de nuestro país. Cuando el General Manuel Bulnes, vencedor en Yungay, estuvo algunos días en Lima, el ilustre proscrito le habló sobre la necesidad de que el Gobierno de Chile procediera a ocupar cuanto antes el Estrecho de Magallanes. Y cuenta la tradición que en el momento que su alma se elevaba hacia el Supremo Hacedor, fueron sus últimas palabras: "Magallanes..."

(6) Encina, Fracisco Antonio. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo VIII, 2a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1953. págs. 687-688.

Hay un documento escrito que comprueba lo que afirmamos y esa es la carta que, con fecha 20 de agosto de 1831, escribió en Lima, al Capitán Coghlan, de la Marina Real Inglesa. Dice:

"Chile viejo y nuevo se extiende en el Pacífico desde la bahía de Mejillones hasta Nueva Shetland del Sur en latitud 65° sur, y en el Atlántico desde la península de San José en latitud 42° hasta Nueva Shetland del sur, o sea, 23° que añadimos a 42° en el Pacífico hacen 65°, o sea, 3.900 millas geográficas con una superabundancia de excelentes puertos en ambos océanos y todos ellos salubres en todas las estaciones.

"Una simple mirada al mapa de Sudamérica basta para probar que Chile, tal como queda descrito, posee las llaves de esa vasta porción del Atlántico del Sur, en que prevalecen los vientos del oeste, esto es desde el paralelo 30° hasta el polo y también posee las llaves de todo el gran Pacífico en tamaño a un tercio del globo, hasta tanto Nueva Zelanda y la Tierra de van Diemen puedan compartir con Chile este imperio.

"Tampoco hay en toda la Unión (E.E.UU.) una sola posición que pueda llamarse la llave del Atlántico o del Pacífico, mientras que Chile posee evidentemente la llave del Atlántico desde el grado 30° de latitud sur hasta el Polo Antártico, y la de todo el gran Pacífico" (7).

(7) El original se encuentra en el Archivo del Foreign Office de Londres, Reino Unido.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR. Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile. 1810-1891. Santiago, EMCE, 1981. Colección Biblioteca del Oficial. Vol. LKV.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago. Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 3.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcels y Co., 1930.
- 4.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS. La dictadura de O'Higgins, Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1914.
- 5.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS Y BENJAMIN VICUÑA MACKENNA. Vida del General Bernardo O'Higgins. Su dictadura, su ostracismo. Santiago, Rafael Jover, editor, 1932.
- 6.—BAÑADOS ESPINOSA, JULIO. La Batalla de Rancagua, sus antecedentes y sus consecuencias. Santiago, Rafael Jover, editor, 1884.
- 7.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII al XVI 1a. ed. Santiago, 1887-1902.
- 8.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile, durante los años 1811 y 1812. Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 9.—BARROS ARANA, DIEGO. Un decenio de la Historia de Chile. 1841-1851. Santiago, Imprenta Universitaria, 1906. 2 Tomos.
- 10.—BULNES, GONZALO. Historia de la Expedición Libertadora del Perú 1817-1822. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1888. 2 Tomos.
- 11.—CAMPOS HARRIET, FERNANDO. La vida heroica de O'Higgins. Santiago, Escuela Tipográfica "La Gratitud Nacional", 1947.
- 12.—CAMPOS MENENDEZ, ENRIQUE. O'Higgins. El Padre de la Patria chilena. Buenos Aires, Imprenta López, 1940.
- 13.—CARRASCO, ADELA. El Pensamiento de O'Higgins. 1a. ed. Santiago, Editora Gabriela Mistral, 1974.

- 14.—DÍAZ, FRANCISCO JAVIER. La Batalla de Maipú. Santiago, Editorial del Pacífico, S.A., 1946.
- 15.—DÍAZ, FRANCISCO JAVIER. La Campaña del Ejército de los Andes, 1817. Reseña Histórica Popular. Santiago, Talleres del EMGE, 1917.
- 16.—DONOSO, RICARDO. El Marqués de Osorno don Ambrosio O'Higgins. 1720-1801, Santiago, Publicaciones de la Universidad de Chile, 1914.
- 17.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI al XII 1a. y 2a. ed. Santiago Editorial Nascimento, 1947-1962.
- 18.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1964. 2 Tomos en un volumen.
- 19.—EYZAGUIRRE, JAIME. O'Higgins. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1959. 3a. ed.
- 20.—FERNANDEZ LARRAIN, SERGIO. O'Higgins. Santiago, Editorial Orbe, 1974.
- 21.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 22.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Diccionario Biográfico de Chile, 1a. edición. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 Tomos.
- 23.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 Tomos.
- 24.—GALVAN MORENO, C. El Libertador de Chile, O'Higgins. Un gran amigo de San Martín. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1943. 2a. ed. corregida y aumentada.
- 25.—GARCIA REYES, ANTONIO. Primera Escuadra Nacional. Santiago, Imprenta Nacional, 1868.
- 26.—GONZALEZ NOVOA, RAFAEL. Cronología de la vida del General Bernardo O'Higgins. En *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Nº 146. Santiago, 1978.

- 27.—GRAHAM, MARY. Diario de mi residencia en Chile. Santiago. Editorial del Pacífico, S.A., 1956.
- 28.—HEISE, JULIO. Años de formación y aprendizaje políticos. 1810-1833. Santiago, Editorial Universitaria, 1978.
- 29.—HEISE, JULIO. 150 años de Evolución Institucional. 2a. ed. Santiago. Editorial Andrés Bello, 1976.
- 30.—HEISE, JULIO. O'Higgins, forjador de una tradición democrática. Santiago, Imprenta Neupert, 1975.
- 31.—LARRAIN B., RICARDO. Biografías sucintas de algunos próceres de Chile. Santiago, Editorial Nascimento, 1939.
- 32.—MERINO S., LUIS. Estudio histórico militar acerca de la Campaña de la Independencia de Chile en el año 1818. Santiago, Imprenta Universitaria, 1910.
- 33.—MORENO GUEVARA, ANGEL. Historia Militar de la Expedición Libertadora del Perú en 1820. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1920.
- 34.—O'HIGGINS, BERNARDO. Archivo de don Bernardo O'Higgins. Santiago, 1946.
- 35.—O'HIGGINS, BERNARDO. Epistolario de don Bernardo O'Higgins, Capitán General y Director Supremo de Chile, Gran Mariscal del Perú y Brigadier de las Repúblicas Unidas del Río de la Plata, 1798-1823. Anotado por Ernesto de la Cruz. Santiago, Imprenta Universitaria. 1916-1919. 2 Tomos.
- 36.—O'HIGGINS, BERNARDO. O'Higgins pintado por sí mismo. Santiago, Ediciones Ercilla, 1941.
- 37.—O'HIGGINS, BERNARDO. Pensamientos del Epistolario del Libertador, Capitán General Bernardo O'Higgins. Santiago, Estado Mayor General del Ejército, Departamento de Relaciones Internas, Instituto Geográfico Militar, 1973.
- 38.—ORREGO VICUÑA, EUGENIO. O'Higgins. Vida y Tiempo. 2a. ed. Buenos Aires, Editorial Losada, S.A., 1957.

- 39.—RODRIGUEZ, JUAN AGUSTIN. La vida militar del Capitán General Bernardo O'Higgins. Síntesis de las Campañas de la Independencia. Santiago, Instituto Geográfico Militar, 1969.
- 40.—ROJAS VALDES, XIMENA. El Pensamiento Político del Libertador Bernardo O'Higgins. En *Memorial del Ejército de Chile*. Nº 404, 1980. 65-72.
- 41.—SANFENTES, SALVADOR. Chile desde la Batalla de Chacabuco hasta la de Maipo. Santiago, Imprenta Nacional, 1868.
- 42.—TELLEZ, INDALICIO. Historia Militar de Chile. 1520-1883. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 Tomos.
- 43.—VALENCIA AVARIA, LUIS. O'Higgins, El Buen Genio de América. Santiago. Editorial Universitaria, 1980.
- 44.—VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN. Vida de O'Higgins. La Corona del Héroe. Santiago, Universidad de Chile, s/a. 2 Tomos.

25.—GENERAL DE DIVISION FRANCISCO ANTONIO PINTO DIAZ

Nació en Santiago en 1785. Fueron sus padres D. Joaquín Pinto y la señora Mercedes Díaz. Hizo sus primeros estudios en el Real Colegio Carolino y se distinguió por su carácter observador y estudioso y por sus condiciones de buen compañero. Pasó en seguida a la Universidad de San Felipe, a estudiar Leyes y obtuvo su título de abogado en 1806. Se incorporó, en calidad de oficial, en las filas del regimiento de milicias del Rey y durante el adiestramiento de soldados en el campamento de Las Lomas, con motivo de las amenazas de invasión de los ingleses, demostró notables condiciones de instructor y comandante de tropas.

Al estallar el movimiento de 1810, participó en los trabajos de los patriotas con singular entusiasmo y figuró como uno de los personeros más avanzados en las primeras manifestaciones públicas y secretas respecto de la emancipación. Amigo de Camilo Henríquez y de Bernardo Vera y Pintado, bien pronto fueron conocidas y aprovechadas sus aptitudes en la lucha por la libertad. Efectivamente, en 1811 fue enviado como representante diplomático ante la Junta Gubernativa de Buenos Aires, con la misión de estrechar las relaciones y de transmitir informaciones de Brasil y de Europa. En 1813 fue designado con idéntico cargo en Londres, con la misión de dar a conocer al Gobierno chileno los trabajos de los hispanoamericanos reunidos en aquella ciudad y las medidas adoptadas por España contra la América Central y del Sur.

En Londres lo sorprendió la triste noticia de la derrota de Rancagua y, a fin de continuar su obra en favor de la libertad de América, se asoció al General argentino Manuel Belgrano, representante de su país en Inglaterra. En 1817 se trasladó a Buenos Aires en compañía del citado general y éste —encargado de dirigir las operaciones militares en el Alto Perú— le dio el mando del Batallón N° 10 y le distinguió con toda clase de consideraciones durante la campaña. La guerra civil, que por entonces estalló en las provincias argentinas, llegó a embarazar la realización del proyecto. El grito de federación lanzado por los gobernadores López y Ramírez significó

una perturbación enorme, que se agravó cuando José Miguel Carrera se incorporó en sus filas y se iniciaron las actividades bélicas. El gobierno, alarmado, ordenó al General Belgrano acudir con su tropa a la defensa de la capital amenazada. Como éstas fueron contagiadas con el virus de la rebelión y se sublevaron el 7 de enero de 1820, Pinto resolvió volver a Chile. El Director O'Higgins lo destinó al Perú a las órdenes del General San Martín, al mando del Batallón N° 5 de Infantería de Chile, con el cual se formó la División Retaguardia. Su papel fue secundario en los primeros tiempos, pero a fines de 1822 y comienzos de 1823 participó como Jefe de Estado Mayor de las Fuerzas del General Rudecindo Alvarado en la desgraciada campaña del sur del Perú, que terminó con los desastres de Torata y Moquegua.

Regresó a su patria en los primeros meses de 1824 con las fuerzas chilenas que en 1823 partieron para el Perú a las órdenes del Coronel José María Benavente. El 12 de julio del mismo año fue nombrado Ministro de Estado en el Departamento de Interior y Relaciones Exteriores. Permaneció un corto tiempo en Coquimbo, en calidad de Intendente de la provincia. Como consecuencia del alejamiento del Presidente de la República, Don Agustín Eyzaguirre, fue elegido en su lugar el General Ramón Freire y Vicepresidente el General Pinto (comienzos de 1827). Freire, cansado de la vida pública y ansioso de dejar el mando, presentó su renuncia con fecha 5 de mayo de ese año. El General Pinto, a quien correspondía legalmente la sucesión, se negó a admitirla; pero el Congreso lo obligó a asumir.

Pinto estuvo en el poder hasta la promulgación de la Constitución liberal de 1828. Cuando se hallaba dispuesto a abandonarlo, llegaron las elecciones de 1829 y en ellas fue electo Presidente del Estado. Pero divisó próxima una gran revolución y como no contaba con elementos para sofocarla, entregó la banda tricolor y se retiró a la vida privada (noviembre de 1829). Efectivamente, la revolución se hizo presente y terminó en la llanura de Lircay el 17 de abril de 1830.

En 1841 fue candidato a la Presidencia de la República del Partido Liberal y también en 1850, ocasión en la que renunció a ello al día siguiente a su proclamación.

Durante la administración del Presidente Bulnes, contribuyó poderosamente a la mejora progresiva del país, como Comandante General de Armas e Inspector General en el Consejo de Estado y en el Senado, como su Presidente entre 1845 y 1853.

“Generoso por carácter, ajeno a todo sentimiento de odio y dotado además de una benevolencia que en más de una ocasión pudo juzgarse excesiva, quería hacer cesar toda persecución contra las personas” (1).

Hablaba perfectamente el inglés y el francés, seguía atentamente el movimiento intelectual de Europa y no cesaba de estimular a los jóvenes que se consagraban al estudio.

Falleció en Santiago el 18 de julio de 1858.

(1) Barros Arana, Diego. *Historia General de Chile*. Tomo XV. 1a. edición. Santiago, Josefina M. de Palacios, editora, 1897, pág. 181.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR. Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile. 1810-1891. Santiago, EMGE. 1981. Colección Biblioteca del Oficial. Vol. LXV.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 3.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1803-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1980.
- 4.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS Y GREGORIO VICTOR. Los tres primeros años de la Revolución de Chile. *RCHHG*, Tomos LVI, LVII, LVIII y LIX.
- 5.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII al XVI. 1.ª edición. Santiago, 1887-1902.
- 6.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile durante los años 1811-1812. Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 7.—BARROS ARANA, DIEGO. Un decenio de la historia de Chile. 1841-1851. Santiago, Imprenta Universitaria, 1906.
- 8.—BULNES, GONZALO. Historia de la Expedición Libertadora del Perú. 1817-1822. 2 Tomos. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1888.
- 9.—CONCHA Y TORO, MELCHOR. Chile durante los años de 1824 a 1828. Santiago, Rafael Jover, editor, 1882.
- 10.—DIAZ MEZA, AURELIO. El advenimiento de Portales. Santiago, Editorial del Pacífico, S.A., 1980. 2.ª edición.
- 11.—EDWARDS VIVES, ALBERTO. La Fronda Aristocrática en Chile. Santiago, Ediciones Ercilla, 1986.
- 12.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI al XI. 1.ª y 2.ª ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1962.

RETRATO DEL EXCMO. SEÑOR GENERAL, D. JOAQUÍN
PRIETO, PRESIDENTE ACTUAL DE LA REPÚBLICA DE CHILE.
AÑO DE 1838



GDD, Joaquín Prieto Vial
1786 — 1854

Autor anónimo
Museo Histórico Nacional

- 13.—ERRAZURIZ, FEDERICO. Chile bajo el imperio de la Constitución de 1828. Santiago, Rafael Jover, editor, 1882.
- 14.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1964. 2 Tomos en un volumen.
- 15.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810 - 1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 16.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Diccionario Biográfico de Chile. 1ª edición. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 Tomos.
- 17.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 Tomos.
- 18.—HEISE, JULIO. Años de Formación y Aprendizaje políticos. 1810-1833. Santiago, Editorial Universitaria, 1978.
- 19.—HEISE, JULIO. 150 años de Evolución Institucional. 2ª edición. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 20.—MORENO GUEVARA, ANGEL. Historia Militar de la Expedición Libertadora del Perú en 1820. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1920.
- 21.—MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL. Archivo General de Guerra. Hojas de Servicios, campañas y acciones de guerra.
- 22.—O'HIGGINS, BERNARDO. Archivo de Don Bernardo O'Higgins. Archivo Nacional, Academia Chilena de la Historia. Santiago, 1946. Tomo IX.
- 23.—TELLEZ, INDALICIO. Historia Militar de Chile. 1520-1883. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 Tomos.
- 24.—YABEN, JACINTO R. Biografías argentinas y sudamericanas. Buenos Aires Editorial Metrópolis, 1939. Tomo IV.

26.—GENERAL DE DIVISION JOAQUIN PRIETO VIAL

Nació en Concepción el 27 de agosto de 1786. Eran sus padres el Capitán de Dragones de la Frontera José María Prieto y doña Carmen Vial. Ingresó en el Ejército Real el 20 de agosto de 1805, como Teniente de milicias de caballería de Concepción. Fue su primer comandante el Teniente Coronel Luis de la Cruz y en su compañía emprendió el reconocimiento de un camino directo desde las provincias del sur hasta Buenos Aires, descubierto por D. Juan Molina. La expedición —ordenada por el Capitán General Luis Muñoz de Guzmán— partió por el camino de Antuco el 7 de abril de 1806 y duró hasta el 5 de julio de 1807.

Al estallar el movimiento emancipador, Prieto —Capitán de milicias de caballería desde abril de 1809— se adhirió al partido insurgente y fue nombrado Capitán de Ejército en el Arma de caballería. En abril de 1811 integró la División Auxiliar de Buenos Aires (200 infantes del Fijo de Concepción y 100 dragones de la Frontera) a las órdenes del Teniente Coronel Andrés del Alcázar. A su regreso de las Provincias Unidas, fue nombrado Capitán del Regimiento Húsares de la Gran Bretaña (26 de marzo de 1813) y como tal participó en las campañas de la Patria Vieja. Su actuación fue notable desde el primer momento. Se encontró en la captura de Concepción y Talcahuano y en los combates de Quirihue, Chillán, Cauquenes, el Roble, Quilo y Quechereguas. A propósito de la defensa de Cauquenes y de Quirihue, Encina comenta que su "astucia, fertilidad de recursos y competencia militar... le habían dado reputación de ser el oficial más hábil del Ejército patriota" (1).

En la desgraciada jornada de Rancagua tuvo el mando de un escuadrón de caballería, de la división del General en Jefe, de manera que no le tocó en suerte participar en la lucha.

(1) Encina, Francisco Antonio. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo VI, 1a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1947, pág. 479.

Emigró a Buenos Aires, donde encontró una ocupación honrosa y lucrativa en los arsenales, con el grado de Teniente Coronel. Pero al tanto de la organización del Ejército de los Andes, se apresuró a incorporarse en sus filas y se batió en Chacabuco como Comandante de una brigada de artillería. En diciembre de 1817 fue nombrado Comandante General de Armas de Santiago, puesto que desempeñó brillantemente antes y durante la victoria de Maipo, al poner en estado de defensa a la capital para el caso eventual de un revés de las armas de la Patria.

Por esta misma época fue designado Director de la Maestranza del Ejército y fue su misión más importante armar, vestir y equipar al Ejército Libertador del Perú. Estos servicios le valieron la condecoración de la Orden del Sol, del país hermano del norte.

El 7 de octubre de 1820 (2) fue nombrado Comandante de la II División del Ejército del Sur, a fin de terminar —de una vez— con la prolongada cuanto sangrienta guerra a muerte. “Pero lo que iba a cambiar la faz de la guerra del sur no era el nuevo contingente de tropas, sino la persona del militar elegido para su comando, el Coronel don Joaquín Prieto... Con Luis Carrera son los únicos militares, entre los chilenos y argentinos que actuaron en la independencia de Chile, que revelaron aptitudes para el comando en jefe. Pero estas raras aptitudes, que lo habrían llevado muy temprano a puestos muy altos en los ejércitos de Napoleón o de otro genio conocedor de hombres, habían pasado inadvertidas” (3).

“Sin embargo, sus grandes dotes latentes de estratega y de táctico; de poco podían servirle en la difícil pacificación del sur. Se necesitaba, antes que bríos militares, sagacidad y maña; y Prieto era la sagacidad y la maña mismas. Astuto, perspicaz y conocedor de hombres más allá de toda ponderación, era absolutamente el único militar de su época que podía pacificar el sur. Si San Martín se hubiera dado cuenta de sus aptitudes y confiándole la expedición del sur en vez de Las Heras, la Historia de América habría cambiado. Chile, sin la guerra de

(2) A.N. Contaduría Mayor. S.T.R., vol. 9, fjs. 112 v.

(3) Encina, Francisco Antonio. Obra citada. Tomo VIII, 2a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1953. pág. 546.

Arauco y la expedición de Osorio, podría suministrarle 8.000 hombres, que le habría permitido alcanzar la libertad del Perú, a pesar de su decadencia cerebral" (4).

Después de la abdicación de O'Higgins llegó para Prieto una época de relativa obscuridad, pues el General Freire observó una conducta desconfiada para con los partidarios y amigos del ex Director. Esto mismo contribuyó para que el partido vencido y muchos descontentos políticos mirasen a Prieto con más viva simpatía y trabajasen por darle un lugar de preferencia en las filas políticas. Su persona llegó, de esta suerte, a figurar en el Senado Conservador de 1823, en las asambleas de 1824 y 1828 y en el Senado de 1829.

A fines de 1828 lo comisionó el Gobierno para reemplazar interinamente al General Borgoño en el mando del Ejército del Sur, debiendo contraerse especialmente a combatir a las bandas de los Pincheira. A raíz de las elecciones presidenciales de 1829, que dieron el triunfo al General Francisco Antonio Pinto y como consecuencia de la viciada elección de Vicepresidente, estalló la guerra civil en Santiago. Prieto movió su Ejército hacia la capital, acampó en la heredad de Ochagavía y el 14 de diciembre batió al General pipiolo Francisco de la Lastra. Una segunda victoria sobre los pipiolo —comandados por el General Freire— la obtuvo en los campos de Lircay, a las orillas del Maule, el 17 de abril de 1830.

En 1831 fue elegido Presidente Constitucional de la República, en presencia de las Cámaras Legislativas y debió prestar el juramento de rigor. Durante su administración fue Ministro de varias carteras el ilustre D. Diego Portales y a ambos les correspondió afrontar la guerra contra la Confederación Perú-boliviana. La campaña correspondiente "puso de relieve no sólo la energía del pueblo chileno y las virtudes republicanas del Ejército, sino la previsión política de los hombres de Estado que dirigían la República. Esta contienda internacional tuvo sus desastres y sus glorias, imponiendo sacrificios cuantiosos y dolorosos, como fueron la revolución de 1837; la expedición militar del Almirante Blanco Encalada, que terminó con el increíble Tratado de Paucarpata, y la campaña triunfadora del General Bulnes, en 1839, que fue coronada con la gloriosa Batalla de Yungay. La destrucción de la Confederación Perú-boliviana, formada por el protector Santa Cruz, fue una obra militar y de política internacional de la más alta y decisiva

(4) Idem, Tomo VIII, pág. 547.

trascendencia para la estabilidad y soberanía de Chile, pues se había organizado para atentar contra nuestra integridad de nación" (5).

D. Carlos Walker Martínez ha sintetizado admirablemente los rasgos más notables de su personalidad al decir: "El General Prieto llevaba al poder el prestigio de sus últimas victorias y la estimación de los hombres más notables de la época, que hallaban garantías de buen gobierno en su carácter sereno, prudente y al mismo tiempo enérgico. Dotado de aquellas cualidades que hacen la felicidad de la vida privada, modesto, tolerante con las opiniones ajenas, deseoso de hacer el bien a los que lo rodeaban, llevó esas mismas cualidades a la vida pública, conquistándose de esa suerte el respeto de sus enemigos y el afecto de todos. Y tuvo el singular talento de no excitar jamás en su contra odios profundos, no porque fuera una mediocridad, sino porque su alma supo siempre manifestarse a bastante altura sobre las pasiones para no despertarlas.

"Es el modelo de lo que puede ser el primer magistrado de un país libre y parlamentario; supo gobernar con la opinión pública, la respetó y obedeció.

"Al abrogar la causa de la revolución de 1829, no tuvo otro móvil que el bien de la patria; nada quiso para sí, ni creyó nunca que con el paso que daba se abría el camino de la presidencia: la abnegación de Portales y los acontecimientos que desarrollaron posteriormente sobre toda previsión, lo llevaron a ese puesto, y él aceptó sin vanidad, sin fausto ridículo y sin pretensión.

"Asimismo, diez años más tarde lo abandonó sin pesadumbre, porque lo que dejaba en pos de sí no era sino buenos recuerdos y eso satisfacía su ambición y a su conciencia.

"Prieto empezó a demostrar que no era uno de tantos soldados valerosos, sino un verdadero jefe, hábil, activo, organizador, en 1818, como Director de la Maestranza del Ejército. Cuando sin dinero, sin armas, sin recursos de ningún género, era necesario equipar una flota, armar un ejército, preparar una expedición entonces verdaderamente colosal. Sólo con la audacia de aquellas almas de acero pudo lanzarse a una empresa tan llena de peligros.

(5) Figueroa, Pedro Pablo. *Album Militar de Chile (1810-1879)*. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905. Tomo III, pág. 20.

“Sí como militar fue distinguido, lo fue más todavía como Jefe del Estado. Mantuvo el orden público, restableció el imperio pacífico de las leyes, se rodeó de los hombres más ilustres del país y afianzó la prosperidad nacional”.

Durante su gobierno se promulgó la Constitución de 1833, que por tantos años regiría los destinos de Chile y también la Ordenanza General del Ejército, de enorme importancia en la vida de nuestra Institución.

Al término de su mandato, en septiembre de 1841, el General Prieto fue nombrado Consejero de Estado. En 1843 le designó Intendente y Comandante General de Armas de la provincia de Valparaíso. En julio del mismo año, Comandante General de la Marina. En 1846, Senador de la República y poco más tarde, Juez de la Corte Marcial.

Falleció en Santiago el 22 de noviembre de 1854, a los 68 años de edad (6).

(6) Archivo de la Parroquia del Sagrario de Santiago. Libro entierros Nº 6, f. 28.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR. Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile. 1810-1891. Santiago, EMGE. 1981. Colección Biblioteca del Oficial, Vol. LXV.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 3.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co. 1930.
- 4.—ARCHIVO NACIONAL. Contaduría Mayor, Serie Tomas y Fondos varios.
- 5.—ARCHIVOS PARROQUIALES. Del Sagrario de Concepción y de Santiago y de la Merced de Buenos Aires.
- 6.—BARROS ARANA, DIEGO. Estudios biográficos. Obras completas, Tomo XII. Santiago, Imprenta Barcelona, 1914.
- 7.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII al XVI. 1ª edición. Santiago, 1887-1902.
- 8.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile durante el año 1811 y 1812. Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 9.—BULNES, GONZALO. Guerra contra la Confederación Perú-boliviana. Santiago, Editorial del Pacífico. S.A., 1955-1956.
- 10.—DIAZ MEZA, AURELIO. El advenimiento de Portales. Santiago, Editorial del Pacífico. S.A., 1960. 2ª edición.
- 11.—Documentos pertenecientes a Monseñor Joaquín Matte Varas s/f.
- 12.—EDWARDS VIVES, ALBERTO. La Fronda Aristocrática en Chile. Santiago, Ediciones Ercilla, 1936.
- 13.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI al XI. 1ª y 2ª ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1962.

- 14.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Portales. Introducción a la época de Diego Portales. 1880-1891. 2 Tomos. Santiago, Editorial Nascimento, 1984.
- 15.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag S.A., 1964. 2 Tomos en un volumen.
- 16.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 17.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Diccionario Biográfico de Chile. 1ª edición. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 Tomos.
- 18.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcels y Co., 1928. 5 Tomos.
- 19.—GONZALEZ SALINAS, EDMUNDO. Historia y Glorias de la Caballería Chilena. Santiago, Imprenta del Instituto Geográfico Militar, 1958.
- 20.—HEISE, JULIO. 150 años de Evolución Institucional. 2ª edición. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 21.—MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL. Archivo General de Guerra. Hojas de Servicios, campañas y acciones de guerra.
- 22.—O'HIGGINS, BERNARDO. Archivo de Don Bernardo O'Higgins. Dirigido y Recopilado por Luis Valencia Avaria. Santiago, Archivo Nacional y Academia Chilena de la Historia. 1946, Tomo I.
- 23.—PEREIRA SALAS, EUGENIO. Homenaje al Presidente Prieto. 1976.
- 24.—PORTALES, DIEGO. Epistolario de don... Recopilación de Ernesto de la Cruz y Guillermo Feliú Cruz. 3 vols. Santiago, Imprenta de la Dirección General de Prisiones, 1936-1937.
- 25.—PRENSA CHILENA de 1829 y 1890.
- 26.—PRIETO, MIGUEL ANGEL (recopilador). Mensajes que el General Prieto dirigió al Congreso Nacional desde 1832 hasta 1841. Concepción, 1891.

- 27.—PRIETO VIAL, JOAQUIN. Cartas de don Joaquín Prieto a don Diego Portales. Academia Chilena de la Historia, Fondo Histórico Presidente Joaquín Prieto, Serie documentos N° 2, Santiago, Editorial Universidad Católica de Chile, 1960.
- 28.—PRIETO VIAL, JOAQUIN. Servicios y Distinciones. Academia Chilena de la Historia, Fondo Histórico Presidente Joaquín Prieto. Serie documentos N° 1. Santiago, Editorial Universidad Católica de Chile, 1962.
- 29.—SOTOMAYOR VALDES, RAMON. Historia de Chile bajo el Gobierno del General Don Joaquín Prieto. Academia Chilena de la Historia, Fondo Histórico Presidente Joaquín Prieto, Serie Estudios N° 1, 4 Tomos, Santiago, Editorial Universidad Católica de Chile, 1962-1980.
- 30.—TELLEZ, INDALICIO. Historia Militar de Chile. 1520-1883. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1981. 3 Tomos.
- 31.—VICUNA MACKENNA, BENJAMIN. Diego Portales. Santiago, Editorial del Pacífico. S.A., 1974. 3ª edición.
- 32.—VICUNA MACKENNA, BENJAMIN. La Guerra a Muerte. Santiago, Universidad de Chile, 1940.

27.—CORONEL MANUEL RODRIGUEZ ORDOIZA (1)

Manuel Javier Rodríguez Ordoíza nació en Santiago el 25 de febrero de 1785. Fueron sus padres el caballero español D. Carlos Rodríguez y la dama peruana, natural de Arequipa, doña María Loreto Ordoíza y Aguirre.

Hizo sus primeros estudios en el Colegio de Nobles de San Carlos (o Carolino) y alcanzó el más honroso puesto entre sus condiscípulos. Incorporado a la Universidad de San Felipe, continuó mereciendo de sus maestros el título de alumno aventajado y sobresaliente. "Cuando había pruebas o alegatos simulados, Rodríguez llamaba la atención por la prontitud con que captaba los argumentos y los rebatía con habilidad zorruna. Su oratoria era rápida y fulminante; en ella se despuntaba su futuro procedimiento" (2).

En enero de 1807 tuvo el agrado de recibirse de bachiller en Cánones y Leyes. Prestó el juramento de rigor y un mes más tarde se presentó como candidato a la cátedra de Instituta en la Universidad. A la lucha se presentaron profesionales de capacidad indiscutible: triunfó D. Bernardo Vera y Pintado. La misma mala suerte le acompañó al oponerse a la cátedra de Decreto, que le fue concedida a D. José María del Pozo y Silva. A comienzos de 1810, el Rector de la Universidad citó a concurso para proveer la cátedra de Prima de Leyes por fallecimiento del que la servía. El ganador fue el Dr. Martínez de Aldunate. Un nuevo fracaso en 1811, en su intento de ocupar la asignatura de Sagrados Cánones, dejaron a Rodríguez sin deseos de volver a pretender cargos docentes.

Nombrado el 11 de mayo de 1811 procurador de la ciudad de Santiago, por el Cabildo, fue destituido por los revolucionarios del 4 de septiembre de ese mismo año. Elegido di-

(1) También figura en documentos de la época como Erdoíza, Herdoíza y Ardoíza.

(2) Latcham, Ricardo. Vida de Manuel Rodríguez, el guerrillero. Santiago, Editorial Nascimento, 1932, pág. 22.

putado al Congreso de Talca, no le fueron reconocidos sus poderes por los mismos. La Junta Gubernativa, sin embargo, decretó el 9 de octubre que era acreedor a la mayor confianza del Gobierno y del Congreso, como justo aunque tardío desagravio por su actitud anterior. Asociado al segundo golpe militar de José Miguel Carrera, el 15 de noviembre, fue designado representante del pueblo de Santiago ante el Congreso y el 2 de diciembre quedó incorporado en el Ejército con el grado de Capitán. Cabe recordar que Carrera y Rodríguez habían sido condiscípulos y camaradas de aventura en el Colegio Carolino y desde entonces los unía una estrecha amistad. Ambos "significan dentro del apacible y mansurrón medio santiaguino, una disonancia profunda. Son la nota desaspasible perturbando la digestión de empanadas y de cazuelas, de porotos y de charquicán que nutrían a los engolosados señorones de la capital... Carrera y Rodríguez se avinieron por su similitud de caracteres. Los mujeres y la vida galante eran aficiones de ambos y la intranquilidad, base común de sus almas, los empuja a profundas aventuras en que se hermanan la audacia y el simple goce de la acción" (3).

A fines de 1812 y comienzos de 1813 la oposición a los Carrera era cada día mayor y éstos observaban un presunto acercamiento entre Rodríguez y los rocistas. Los complotados se reunían hasta altas horas de la noche y aún se decía que D. Manuel era de los más asiduos a estas tertulias. Fue arrestado y conducido a la cárcel y varios otros supuestos conspiradores. En el curso del prolongado sumario que se substanció abundaron las declaraciones y se llegó a concluir que hubo conspiración y que ella perseguía la toma de los cuarteles militares y la muerte de los Carrera. D. José Miguel reconocía más tarde, en su Diario Militar, que los Rodríguez sólo quería separarlo del mando y enviarlo en comisión al extranjero. El 18 de marzo se condenó a D. Manuel a confinación de un año en la isla de Juan Fernández... que no se cumplió, en vistas de gravísimos sucesos que empezaban a ocurrir en esos días: la invasión del territorio del reino por las fuerzas del Almirante Pareja.

Rodríguez colaboró en la asonada que el 23 de julio de 1814 dirigió Carrera para derribar el gobierno de Francisco de la Lastra y el 10 de agosto fue nombrado secretario de la nueva junta carrerina.

(3) Idem, pág. 59.

Después del desastre de Rancagua emigró a Mendoza. A comienzos de 1816 se presentó el General San Martín, gobernador de Cuyo y le manifestó su propósito de viajar al territorio de Chile a agitar el sentimiento popular en contra del dominio español y facilitar, así, la liberación posterior. San Martín pensaba, por entonces, en la necesidad de iniciar resueltamente la guerra de zapa en Chile, de tal manera que aceptó complacido la idea y envió a varios emisarios allende los Andes, de acuerdo con un plan cuidadosamente elaborado. "Pero ninguno más útil y resuelto que don Manuel Rodríguez, antiguo secretario de Carrera, que sin desmedro del cariño a su jefe, supo olvidar entonces los motivos de disensión para entregarse por entero a la causa común de la patria. Periódicamente hacía el viaje de Mendoza a Chile con disfraces de franciscano, arriero o vendedor, y llevaba noticias a los patriotas que, en secreto, aguardaban la hora de la liberación. Su nombre había llegado a transformarse en un símbolo, amado por el pueblo y temido en extremo por el nuevo gobernador de Chile, don Francisco Casimiro Marcó del Pont, que llegó a poner precio a su cabeza con la del temible bandido Miguel Neira, su aliado de correrías" (4).

El viajero inglés, Samuel Haigh conoció a Rodríguez en 1818 y lo describió de la siguiente manera: "Contribuyó con sus guerrillas a cansar y a distraer las fuerzas españolas mientras se esperaba la invasión de Chile por San Martín, y fue uno de los más celosos cooperadores y corresponsales de aquel General. Su actividad eludió todas las tentativas hechas para tomarlo cuando el gobierno realista había puesto un alto precio a su cabeza, y frecuentemente sorprendió y derrotó los destacamentos de sus enemigos de la manera más singular" (5).

Próxima ya la invasión del Ejército de los Andes, en 1817, renovó con nuevos bríos su actividad guerrillera. El 4 de ene-

(4) Eyzaguirre, Jaime. O'Higgins. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag S. A., 1950, 3a. edición, pág. 165.

(5) Citado por Diego Barros Arana, Historia General de Chile. Tomo X, 1a. edición. Santiago, Rafael Jover, editor, 1889, pág. 427, nota 5. También por Pedro Pablo Figueroa, Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1899. Tomo I, pág. 165. El texto citado está en la pág. 246 del libro de Samuel Haigh, llamado "Sketches of Buenos Aires and Chile".

ro asaltó el pueblo de Melipilla y distribuyó a la población los caudales públicos existentes en la Tesorería Fiscal. Además, sabedor del éxito de los patriotas en Chacabuco, se apoderó sin dificultad de San Fernando, al frente de algunas fracciones de huasos armados. Los hacendados patriotas le secundaron entusiastamente en la persecución de los destruidos cuerpos realistas. Lo censurable fue que Rodríguez colocó a la cabeza de las autoridades a individuos que le eran afectos y empezó a tomar venganza de los pobladores que anteriormente rehusaron auxiliar a sus montoneras. Su conducta independiente y atropelladora acabó por obligar al Gobierno a tomar medidas en su contra. Efectivamente, una patrulla de Granaderos a caballo y tres emisarios civiles hicieron sentir a los colchaguinos el deseo de O'Higgins de que la situación allí existente se normalizase a la brevedad. Su supo, asimismo, que el guerrillero "había hecho creer a sus parciales que el poder correspondía en Chile a los Carrera y que éstos velverían pronto de la otra banda con el fin de tomarlo. Animaba a los carreños... haciéndolos pensar en una probable restauración de la dinastía de San Miguel" (6).

El Director Supremo estaba decidido a no permitir nuevos atropellos a las autoridades constituidas ni a la propiedad privada; pero no podía hacer tabla rasa de los eminentes servicios que el tribuno había prestado a la causa de la Patria. Lo hizo comparecer a su presencia y se esforzó por traerlo a la razón. "Será mejor que usted se decida a pasar a Norteamérica o a otra nación de Europa —le dijo— donde pueda dedicarse a estudiar... las nociones de su profesión, sus instituciones, etc. Rodríguez no aceptó de buen grado la insinuación y respondió:

"Usted ha conocido, señor Director, perfectamente mi genio. Soy de los que creen que en esto de los gobiernos republicanos deben cambiarse cada seis meses o cada año lo más, para de ese modo probarnos todos si es posible. Y está tan arraigada esta idea en mí, que si fuera Director y no encontrase quien me hiciera revolución, me la haría yo mismo" (7).

(6) Latcham, Ricardo. Obra citada, pág. 219.

(7) Citado por Latcham, Ricardo. Obra citada, pág. 221. También por Jaime Eyzaguirre. Obra citada, págs. 191-192.

“Rodríguez no tenía ideas precisas y hacía oposición a todo poder constituido. Corresponde su psicología a la de un condotiero de las pasiones dominantes, del tornadizo sentir popular, del descontento criollo tan fácil de inflamar con una oratoria espumosa y una voz simpática” (8).

Se le condujo bajo custodia a un castillo de Valparaíso, mientras se preparaba un buque para enviársele al extranjero. Hasta allá le llegó en los primeros días de abril una carta del Director Supremo que le anunciaba su envío a Estados Unidos, “auxiliado y atendido en la forma que le indica el oficio adjunto... Su padre y demás que gustare encargarme quedan a mi cuidado... Adiós, mi amigo, tenga usted un feliz viaje y avíseme de su llegada, con las observaciones que digan en beneficio de su patria” (9).

La carta no tuvo respuesta: Manuel Rodríguez había huido sin dejar huellas. Aguardó en su refugio el regreso del General San Martín, que se encontraba en Buenos Aires y tan pronto llegó, se entrevistó con él. “—No me pareció decoroso ponerlo en arresto— escribió San Martín a O’Higgins, que estaba en Concepción, con fecha 18 de mayo— y más cuando consecuente a la que me escribió le aseguré su persona, hasta tanto que V. resolviese. El me ha hecho las mayores protestas de sinceridad y deseos de demostrar a V. su buena conducta; yo no soy garante de sus palabras, pero soy de opinión que hagamos del ladrón fiel...” (10).

Posteriormente, el 23 de junio de 1817, San Martín le confirió el grado de Teniente Coronel y lo nombró ayudante del Estado General.

En julio las noticias de Santiago indicaban a O’Higgins que el descontento cundía en contra de la administración del Director delegado y que Manuel Rodríguez volvía a adoptar actitudes sospechosas. San Martín había intentado alejarlo con una misión diplomática a Buenos Aires; pero no consiguió materializar su intención. —“¿Qué le parece a V. Manuel Rodríguez? —escribía a su amigo el Director el 21 de julio.

(8) Latcham, Ricardo. Obra citada, pág. 231.

(9) Citado por Jaime Eyzaguirre, Obra citada, pág. 192.

(10) Citado por: Diego Barros Arana. Obra citada, Tomo XI, 1a. edición. Santiago, Rafael Jover, editor, 1890, pág. 217, nota 36. Jaime Eyzaguirre. Obra citada, pág. 196. Ricardo Latcham. Obra citada, pág. 227.

No le ha acomodado la diputación a Buenos Aires; pero le acomodará otro destino a la India, si es que sale pronto un buque para aquel destino..." (11).

Un correo del Gobernador de Mendoza trajo a San Martín por esos mismos días los antecedentes de una conspiración organizada en Buenos Aires por los hermanos Carrera, a fin de derrocar al Director O'Higgins. Don Juan José y D. Luis habían sido capturados y encerrados en la cárcel de Mendoza; pero se supo que la conspiración no tenía las ramificaciones que se le habían supuesto. Las personas detenidas por sospechosas quedaron pronto en libertad y Manuel Rodríguez tuvo que firmar un curioso documento del siguiente tenor: "Me condeno delante de la América como un indecente enemigo de su representación política si he cometido la indigna torpeza de obrar, adoptar y consentir en planes de renovaciones contra los sucesos de Chile que empezaron en febrero. Me publico un vil esclavo español si no detesto firmemente todo movimiento contra el orden convenido, desde que ellos son la causa de nuestro atraso y tal vez nos esclavicen" (12). Fue puesto en libertad el 17 de noviembre de 1817, mediante un honroso decreto que reconoce "los relevantes servicios que prestó en favor del Estado" (13). San Martín, que no quería perderlo de vista, lo nombró Auditor de Guerra sustituto, en el Ejército que se organizaba en el campamento de Las Tablas (15 de diciembre). Dominaban allí la disciplina y el orden; pero subterráneamente se movían gérmenes de discordia y se observaban síntomas de insubordinación. Rodríguez actuaba en todos los corrillos de descontentos, hasta que San Martín lo supo y lo hizo separar de su puesto. En los primeros días de 1818 recibió orden de partir rumbo a Buenos Aires; pero nuevamente lo salvó un acontecimiento que conmovió a la capital: la noticia del desastre de Cancha Rayada.

Rodríguez resolvió suspender su viaje y ofrecer sus servicios al Coronel Luis de la Cruz, que lo aceptó entre sus edecanes. A mediodía del 22 de marzo se recibió el parte de San Martín, fechado el día anterior, que anunciaba encontrarse

(11) Citado por: Diego Barros Arana. Obra citada, Tomo XI, pág. 218, nota 36. Jaime Eyzaguirre. Obra citada, pág. 198. Ricardo Latcham. Obra citada, pág. 230.

(12) Citado por Ricardo Latcham. Obra citada, pág. 233.

(13) Citado por Ricardo Latcham. Obra citada, pág. 234.



CRL. Manuel Rodríguez Ordoiza
1785 — 1818

Oleo de Manuel Carvallo Ortiz

sano y salvo, al frente de 4.000 soldados de las tres armas. El Director Delegado Cruz dio a conocer la feliz nueva, por bando, a fin de devolver la tranquilidad y la confianza a la población santiaguina. Los esfuerzos de los carrerinos se concentraron entonces, en sabotear las medidas salvadoras de las autoridades suplentes. Se dedicaron a una activa y sutil propaganda tendiente a divulgar la muerte de O'Higgins y la fuga de San Martín a las Provincias Unidas del Río de la Plata, la ineptitud de Cruz y la pérdida irremediable de la Patria, si no era reemplazado a la brevedad. El parte de San Martín los desconcertó en primer momento; pero, reaccionando en el acto, resolvieron apoderarse a toda costa del timón del Estado. Manuel Rodríguez sería el caudillo del movimiento...

De acuerdo con el plan ideado, se solicitó del Director de la Cruz un cabildo abierto para el día 23, con la concurrencia del pueblo en masa; se dispuso la asistencia de todos los carrerinos y descontentos y, aprovechando la inquietud ambiente, se prepararon pobladas dirigidas por agitadores ad hoc. Abierta la sesión —y en medio de los aplausos y los vivas de las susodichas pobladas— Manuel Rodríguez dijo que el Ejército había sido derrotado “tan completamente, que en ninguna parte se hallaban cien hombres esa noche, reunidos alrededor de sus banderas y que O'Higgins había muerto y que San Martín “abatido y desesperado, ni piensa más que en atravesar los Andes” (14). La noticia de la muerte de O'Higgins no llevaba otra mira que provocar la acefalía del mando supremo y su reemplazo por el simpático guerrillero y tribuno. Luego de algunos cambios de ideas y la oposición provocados por la resuelta cuanto leal actitud del Coronel Joaquín Prieto, las corporaciones y los vecinos presentes acordaron “en fuerza de la autoridad que reside en el pueblo que las facultades del supremo director propietario se entiendan una e indivisiblemente delegados en toda su extensión en los ciudadanos Coronel don Luis de la Cruz y Teniente Coronel don Manuel Rodríguez” (15).

(14) Citado por Ricardo Latcham. Obra citada, pág. 243.

(15) Acta de este Cabildo abierto: Citada por Diego Barros Arana. Obra citada, Tomo XI, pág. 409.

Atento siempre a la pauta fijada por los conjurados, el nuevo caudillo reunió a la población de la metrópoli en la Maestranza del Ejército y, pese a la oposición del Comandante General de Armas, Coronel Prieto, armamentos y municiones fueron distribuidos generosamente y los almacenes quedaron vacíos en menos tiempo del que cabe imaginar. Apenas si alcanzó a crear un cuerpo de caballería: el legendario escuadrón de Húsares de la Muerte. En un conciliábulo a comienzos de abril, Rodríguez, su segundo, los sargentos mayores y capitanes —todos ellos carrerinos reconocidos— acordaron no asistir a la batalla decisiva que estaba en vísperas de producirse. Ignoraban que San Martín había recomendado a O'Higgins los alejara de Santiago y del campo de batalla...

"Cuando llegaron a Santiago las nuevas del triunfo patriota en el llano de Maipo, algunos húsares se ocuparon en perseguir a las partidas de fugitivos realistas que trataban de escapar del furor de los batallones de los negros libertos" (16). El 11 de abril de 1818 —seis días después de la victoria de Maipo— el Director Supremo disponía la disolución del escuadrón Húsares de la Muerte atendida "su falta de disciplina y de espíritu militar" (17).

El 17 de abril se convocó a una reunión de los vecinos de Santiago, a fin de acordar la manera de aminorar las atribuciones del Director Supremo a través de una constitución. Los carrerinos creyeron en la posibilidad de realizar un golpe revolucionario a fin de derrocar al General O'Higgins. El Cabildo nombró una comisión de tres de sus miembros a fin de que se acercara a aquél a poner en su conocimiento los acuerdos de la asamblea. Mientras tanto, Rodríguez y el joven Gabriel Valdivieso, montados en buenos caballos, se introducían en el palacio de Gobierno, seguidos de un grupo de revoltosos que gritaban "abajo las contribuciones" y "muestras a los tiranos". Minutos después ambos cabecillas eran detenidos y conducidos al cuartel de San Pablo, ocupado entonces por el batallón de infantería argentino Cazadores de los Andes. El Gobierno resolvió el traslado a Quillota del batallón: el 23 de mayo, muy de madrugada, abandonaba éste el viejo cuartel y emprendía viaje a su destino. Adelante iba el grueso y a cierta distancia, vigilado por un piquete, el ilustre

(16) Latcham, Ricardo. Obra citada, pág. 250.

(17) Idem, pág. 254.

prisionero, con la compañía inmediata del Teniente Antonio Navarro. El día 26 el batallón llegó a alojar en las márgenes del estero de Lampa. A la hora del crepúsculo, en los momentos en que el guerrillero realizaba un paseo en las proximidades de Til-Til, el Teniente Navarro le disparó un pistoletazo que lo derribó del caballo que montaba. El Cabo Agüero y el Soldado Maure se encargaron de rematarlo con sus fusiles, arrastraron su cadáver hasta un zanjón y lo cubrieron a medias con ramas de árboles y piedras.

Había sido ascendido al grado de Coronel no hacía mucho tiempo: el 26 de marzo de 1818.

El 26 de mayo de 1883 se elevó, en Tiltil, un monolito a la memoria del malogrado guerrillero de la Independencia. Propiciador y ejecutor de la idea fue el progresista ciudadano norteamericano, gran amigo de Chile, D. Enrique Meigg. La plancha que recuerda al héroe lleva las siguientes estrofas del poeta D. Guillermo Matta:

*“¡Jamás el héroe muere!
La mano que lo hiere
En página inmortal su nombre escribe
Y el héroe-mártir con su gloria vive”.*

Ochenta y cuatro años más tarde, el 27 de diciembre de 1947, fue inaugurado un monumento ecuestre del ilustre Húsar de la Muerte, con asistencia de autoridades y representantes de instituciones diversas de la capital y del país. Fue erigido por suscripción popular, quedó ubicado en la Avenida Bustamante, frente a la Plaza Baquedano e hizo entrega de él —en nombre de la autora Blanca Merino y de la comisión encargada de la realización de la obra— el General de División Jorge Carmona Yáñez.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR. Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile. 1810-1891. Santiago, EMGE, 1981. Colección Biblioteca del Oficial vol. LXV.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago. Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 3.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcels y Co., 1930.
- 4.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS. La Dictadura de O'Higgins. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1914.
- 5.—AMUNATEGUI, MIGUEL LUIS y GREGORIO VICTOR. La Reconquista española. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1912.
- 6.—BALBONTIN M. MANUEL G. Epopeya de los Húsares. Manuel Rodríguez y Verbas Buenas. Santiago, Editorial Orbe, 1964.
- 7.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII al XI. 1a. ed. Santiago, 1887-1890.
- 8.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile durante los años 1811 y 1812. Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 9.—BRIEBA, LIBORIO. Los favoritos de Marcó del Pont. Continuación de los Talaveras. El Capitán San Bruno y Manuel Rodríguez, 1815-1817. Santiago, Ediciones, Ercilla, s/a.
- 10.—BRIEBA, LIBORIO. Los Talaveras. Novela histórica. De los tiempos de la Reconquista a la Independencia de Chile. 1814-1817. Santiago, Ediciones Ercilla, 1936.
- 11.—DIAZ, FRANCISCO JAVIER. La Campaña del Ejército de los Andes. 1817. Reseña histórico popular. Santiago, Talleres del EMGE. 1917.
- 12.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI al VII. 1a. y 2a. ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1953.

- 13.—EYZAGUIRRE, JAIME. *Historia de Chile*. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1964. 2 Tomos en un volumen.
- 14.—EYZAGUIRRE, JAIME. *O'Higgins*. Santiago, Empresa Zig-Zag. S. A., 1950. 3a. edición.
- 15.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. *Album Militar de Chile (1810-1879)*. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 16.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. *Diccionario Biográfico de Chile*. 1a. edición. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 tomos.
- 17.—FIGUEROA, VIRGILIO. *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile*. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 tomos.
- 18.—HEISE, JULIO. *150 años de Evolución Institucional*. 2a. edición. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 19.—LASO J., RENATO. *El Húsar de la Gloria y de la Muerte*. Santiago, Imprenta de la Fuerza Aérea de Chile, s/a.
- 20.—LATCHAM, RICARDO. *Vida de Manuel Rodríguez el guerrillero*. Santiago, Editorial Nascimento, 1932.
- 21.—OHIGGINS, BERNARDO. *Archivo de don Bernardo O'Higgins*. Santiago, 1946... Tomos VIII, IX y XXIII.
- 22.—ROJAS MERY, EULOGIO. *Manuel Rodríguez*. Apartado conteniendo artículos que se publicaron en los Nº 2 y 3 de la *Revista Patria Vieja*. Santiago, marzo de 1953.
- 23.—SUAREZ, JOSE BERNARDO. *Biografía de Manuel Rodríguez*. Santiago, 1863.
- 24.—TELLEZ, INDALICIO. *Historia Militar de Chile. 1520-1883*. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 Tomos.

28.—GENERAL DE BRIGADA JOSE RONDIZZONI CANEPA

Nació en Parma, Italia, el 14 de mayo de 1788. Era hijo de D. Juan Bautista y de doña Rosa Cánepa. Educado para una profesión liberal, el joven Rondizzoni abrazó, sin embargo, la carrera de las armas. No obstante la resistencia de sus padres, apenas cumplidos los 18 años de edad, se enroló en la Guardia Imperial del Emperador Napoleón, el 5 de julio de 1807. Desde esa época hasta el desastre de Waterloo, en junio de 1815, su vida fue una serie de combates y batallas, en las cuales supo ganarse el respeto de sus compañeros y el afecto de sus jefes.

Cuando el Emperador abdicó en Fontainebleau, en 1814, Rondizzoni recibió diversas invitaciones para regresar a Italia; pero prefirió quedarse en Francia y retirarse a Alsacia, a esperar la vuelta del Gran Corso desde la isla de Elba. Producido este suceso, volvió a seguir la huella esplendorosa de éste hasta la jornada de Waterloo, en junio de 1815. El joven oficial pasó a Austria y fue agregado al Regimiento María Luisa, con la promesa de fáciles ascensos y distinciones. Rondizzoni, luego de agradecer los ofrecimientos y de expresar sus deseos de venir a combatir por la libertad de América Hispana, se dirigió a Génova y se embarcó con rumbo a Filadelfia. Su primera diligencia en ésta fue visitar el ex Rey José Bonaparte, que se hallaba acompañado del General Closel. Este último, insistió ante Rondizzoni para que desistiese de su propósito de venir a Chile.

Como no consiguiese nada, él mismo prometió presentarlo al Brigadier José Miguel Carrera, que por entonces se encontraba en Filadelfia. Carrera y Rondizzoni se comprendieron desde el primer momento y acordaron emprender juntos el viaje. Embarcados en la fragata *Clifton*, que salió de Baltimore, el 3 de diciembre de 1816, llegaron a Buenos Aires en febrero del año siguiente. El Ministro de Guerra de las Provincias Unidas propuso a Rondizzoni pasara a Chile, a las órdenes del General San Martín, propuesta que el agraciado aceptó.

Fue incorporado en el Ejército nacional con fecha 26 de junio de 1817, como Sargento Mayor del Batallón Nº 2 de infantería. Hizo la campaña del sur y combatió en Cerro Gavilán y Talcahuano. En la sorpresa de Cancha Rayada, sus acertadas disposiciones dentro del batallón contribuyeron a que el desastre no produjese efectos funestos de mayor magnitud. Rondizzoni tomó en esos momentos el mando del Batallón Nº 2 y describiendo una curva, fue a reunirse con la I División. Este movimiento fue ejecutado con tan gran maestría, que el batallón se salvó casi sin la pérdida de un solo hombre.

Recibió sí un fuerte golpe en el pecho que le obligó a permanecer inactivo durante algún tiempo y a no asistir a la Batalla decisiva de Maipo.

Dolorido por el fusilamiento de Juan José y de Luis Carrera, en Mendoza en esos mismos días, elevó su renuncia. No le fue aceptada. Como insistiera en repetidas ocasiones, se le concedió el retiro absoluto con fecha 6 de mayo de 1818. Enemigo en participar en contiendas civiles, se retiró a hacer vida de campo en un fundo próximo. En 1823 recibió una carta del Director O'Higgins que lo invitaba a tomar nuevamente servicio en el Ejército. Fue a visitarlo, pero al saber que el General Freire acababa de dirigir un pronunciamiento en Concepción y que había malestar contra el Gobierno en la capital, no aceptó las ofertas que aquél le hizo.

Rondizzoni asistió a la abdicación de O'Higgins, volvió al servicio activo y pasó a prestar sus servicios en el Batallón Nº 7. De acuerdo con su hija de servicios hizo la campaña de 1823 al Perú y la de Chiloé en 1824 y 1826, que terminó con la Batalla de Bellavista. Agrega el documento que "hizo la campaña de San Fernando y se halló en la acción de Santiago el 6 de junio de 1829 contra el Escuadrón de Coraceros sublevado, cuyo movimiento revolucionario fue sofocado por la fuerza de su mando con la toma del cuartel de San Pablo" (1).

(1) Ministerio de Defensa Nacional. Archivo General de Guerra. Hojas de servicios, campañas y acciones de guerra.

Participó con el valor y la audacia de costumbre, en la revolución de 1829-30, a las órdenes del General Freire. En la Batalla de Lircay, la derrota de los pipiolo fue completa. La condición de extranjeros de jefes como Viel, Tupper, Rondizzoni, etc. excitaba la animosidad del vencedor y el valiente Tupper debió a esto su desastrosa muerte.

Rondizzoni hubiera sido víctima también de igual circunstancia, a no mediar su serenidad y presencia de ánimo. Fatigado y casi exánime por las heridas recibidas, logró atravesar el Lircay en un caballo que le proporcionó un músico de su batallón, llamado Galindo. De pronto sintió a su espalda el galope de un caballo que parecía aproximarse. Rondizzoni volvió la cara y vio a un cazador que le apuntaba con su carabina y pronunciaba palabras amenazadoras. Se creyó perdido; pero su ánimo sereno le permitió la salvación. Encarándose al jinete le hizo ver que no era enemigo. Ante eso, el jinete bajó la carabina y se retiró.

Oculto durante la noche en las quebradas y disfrazado de huaso, pudo, al fin, dirigirse a Talca, donde llegó en los momentos en que las campanas de las iglesias se echaban a vuelo, celebrando el triunfo del General Prieto. Estuvo asilado en la casa del Sr. Manuel Donoso. Convencido de que nada podía esperar de su patria adoptiva, adoptó la resolución de marcharse al extranjero.

Permaneció un tiempo en el Perú y prosiguió viaje a la República del Salvador, donde estuvo dedicado exclusivamente a sus negocios particulares y jamás quiso participar en los frecuentes disturbios que agitaban al país. Diego Portales, su amigo decidido, le escribió invitándolo a que regresase a Chile. Rondizzoni volvió en 1840, cuando ya había sido restituido a sus honores y empleos por decreto del año anterior.

Según su hoja de servicios, desempeñó desde entonces los siguientes cargos: gobernador político y militar del puerto de Constitución, por decreto de 12 de abril de 1842; gobernador del puerto de Talcahuano, desde el 29 de agosto de 1849; Ministro especial de la Corte de Apelaciones de Concepción, por decreto de 4 de septiembre de 1849; Jefe del Estado Mayor General, por decreto de 20 de septiembre de 1851; Intendente de la provincia de Concepción desde el 18 de diciembre de 1851; Intendente de la provincia de Chiloé, desde el 3 de enero de 1853; Intendente de la provincia del Nuble, por decreto de 22 de octubre de 1855. El año anterior había sido ascendido a General de Brigada (julio de 1854).

En este segundo período de su vida, Rondizzoni se encontró en dos campañas militares: en la del sur, en 1851, como Jefe del Estado Mayor, a las órdenes del General Manuel Bulnes y en 1859, como Comandante en Jefe de las fuerzas que combatieron a los montoneros, acaudillados por Alemparte y que pretendían apoderarse de Concepción.

Obtuvo su retiro absoluto de las filas del Ejército el 29 de mayo de 1861.

Falleció en Valparaíso el 23 de marzo de 1866.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 3.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos XI al XVI. 1.a edición, Santiago, 1890-1902.
- 4.—BARROS ARANA, DIEGO. Un decenio de la Historia de Chile, 1841-1851. Santiago, Imprenta Universitaria, 1906.
- 5.—DÍAZ MEZA, AURELIO. El advenimiento de Portales. Santiago, Editorial del Pacífico, S.A., 1960. 2.a edición.
- 6.—EDWARDS, AGUSTIN. Cuatro Presidentes de Chile 1841-1876. Historia de la vida nacional en los periodos presidenciales de don Manuel Bulnes, don Manuel Montt, don José Joaquín Pérez y don Federico Errázuriz Zañartu. 2 tomos. Valparaíso, Sociedad Imprenta y Litografía Universo, 1932.
- 7.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VII al XII. 1.a y 2.a ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1948-1962.
- 8.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1964. 2 tomos en un volumen.
- 9.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 10.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 tomos.
- 11.—HEISE, JULIO. Años de Formación y Aprendizaje políticos. 1810-1833. Santiago, Editorial Universitaria, 1978.
- 12.—HEISE, JULIO. 150 años de Evolución Institucional. 2.a edición. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.

- 13.—MERINO S., LUIS. Estudio histórico militar acerca de la Campaña de la Independencia de Chile en el año 1818. Santiago, Imprenta Universitaria, 1910.
- 14.—MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL. Archivo General de Guerra. Hojas de Servicios, campañas y acciones de guerra.
- 15.—REYNO GUTIERREZ, MANUEL. Freire. Libertador de Chiloé. Santiago, Zig-Zag, 1952.
- 16.—TELLEZ, INDALICIO. Historia Militar de Chile. 1520-1883. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 tomos.

29.—GENERAL DE DIVISION JOSE DE SAN MARTIN MATORRAS

Nació en Yapeyú, pueblo de las Misiones del Paraguay, el 25 de febrero de 1778. Fueron sus padres D. Juan de San Martín, antiguo Coronel español y doña Gregoria Matorras, también de origen peninsular. Pasó con su familia a España, a la edad de ocho años y luego de estudiar humanidades, fue destinado a la carrera de las armas. Sirvió en los Ejércitos españoles durante los días de la invasión francesa y se distinguió especialmente en la memorable jornada de Bailén. Alcanzó el grado de Coronel en el Regimiento Dragones de Sagunto, en los mismos días en que los países de América empezaban a despertar de su letargo colonial y ensayaban sus primeros gritos de libertad.

Abandonó las espléndidas expectativas que le ofrecía la patria de sus mayores y decidió regresar a la Argentina, para ofrecer sus servicios y sus conocimientos militares. El Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata le concedió el grado de Teniente Coronel y le confió la creación y mando de un escuadrón de caballería, que pasó a denominarse Granaderos a caballo (16 de marzo de 1812). Por decreto de 7 de diciembre del mismo año fue agraciado con el nombramiento de Coronel del Regimiento Granaderos a caballo. A fines de enero del año siguiente recibió la misión de impedir el desembarco de unos 250 realistas en San Lorenzo, a orillas del caudaloso Paraná. San Martín los atacó por sorpresa al amanecer del 3 de febrero y obtuvo una victoria completa.

Se le nombró en seguida General en Jefe del Ejército que combatió en el Alto Perú, contra las fuerzas del Virrey de Lima (diciembre de 1813). Todo lo que pudo hacer en el estado en que se encontró a dicho Ejército después de su derrota en Vilcapugio y Ayocoma, fue impedir que el enemigo explotara su victoria y lo aniquilara completamente. Pero, quebrantada su salud por sus incesantes y laboriosas tareas, bajo el clima mortífero del teatro de guerra, solicitó ser destinado a la gobernación de Cuyo.

En octubre de 1814 llegaban a ésta los emigrantes chilenos derrotados en Rancagua. Con la cooperación del General O'Higgins y de otros oficiales, San Martín logró organizar el Ejército de los Andes, con la intención de liberar a Chile, primeramente y al Virreynato del Perú, a continuación. Este Ejército partió del campamento de Plumerillo en enero de 1817 en dirección a Chile, atravesó la alta e imponente cordillera andina y obtuvo su primera victoria en la cuesta de Chacabuco.

Al entrar en Santiago, el vecindario se reunió en cabildo abierto y lo aclamó como Director Supremo del Estado y el Municipio le obsequió una gruesa suma de dinero. Aceptó esta suma con la condición de que fuera entregada a la Biblioteca Nacional y, en cuanto al mando Supremo, lo declinó y lo hizo recaer en el General Bernardo O'Higgins.

A comienzos de 1818 desembarcó en Talcahuano un nuevo Ejército realista, de unos 5.000 hombres, a las órdenes del General Mariano Osorio. Aumentó sus fuerzas con las de la fortaleza de Talcahuano y se puso en marcha hacia la capital. Los Ejércitos rivales avistáronse en Cancha Rayada, en las inmediaciones de Talca en la tarde del 19 de marzo. Osorio esperó la noche para atacar por sorpresa. El desastre de las armas patriotas fue de serias consecuencias: las tropas se dispersaron hacia el norte y sólo se mantuvo reunida la División Las Heras.

Lejos de desesperar, O'Higgins y San Martín se dirigieron también a Santiago, restablecieron la confianza pública, reorganizaron sus fuerzas y a los quince días presentaron batalla a los realistas en los campos de Maipo. La victoria patriota fue completa y permitió pensar en llevar la libertad al país hermano del Perú.

Entre otros de sus actos previos, San Martín resolvió cortar los débiles lazos que aún lo ligaban a su Patria, conforme lo anunció al Director Supremo Rondeau por oficio de 26 de diciembre de 1819: "en vano han sido mis continuas reclamaciones a V.E. por el espacio de tres años para que me concediese la separación del mando del Ejército con el objeto de recuperar mi salud. Ya no es necesario nueva reclamación, pues mi postración absoluta me hace separarme de este encargo..." (1).

(1) Mitre, Bartolomé. Historia de San Martín y de la Emancipación Americana. Buenos Aires, Editorial Albatros, 1950. Tomo I, pág. 837.

Cabe advertir, por otra parte, que anteriormente (20 de marzo del mismo año, para mayor exactitud) había sido nombrado Brigadier del Ejército de Chile. Con fecha 31 del mismo mes y año oficiaba a su amigo O'Higgins, al respecto:

"Este V.E. persuadido que la admisión que hago de este empleo no es nominal y que sabré sostenerlo en beneficio de ese Estado con el mismo interés y decisión que si hubiera nacido en él" (2).

"La posición del Ejército de los Andes y la de San Martín (a comienzos de 1820) era doblemente anómala. El Ejército, con la bandera nacional, no tenía gobierno a quien obedecer, y sólo dependía de un general que había desobedecido al gobierno que acababa de desaparecer. El general bien que confirmado en su mando en el concepto de una nueva licencia, se atribuía facultades supremas y al realizar sus designios, se encontraba sin patria en cuyo nombre obrar, y sin gobierno ante quien justificarse o que diera sanción a sus actos" (3).

El mismo General San Martín reconoció oficialmente esta circunstancia ante los oficiales acantonados en Rancagua y que se reunieron el 2 de abril del citado año 20, a fin de confirmarlo en su calidad de General en Jefe. El General expresó, en efecto; "El Congreso y Director Supremo (de las Provincias Unidas) no existen; de estas autoridades emanaba la mía de General en Jefe del Ejército de los Andes y creo de consiguiente de mi deber y obligación el manifestarlo al cuerpo de oficiales del Ejército de los Andes para que ellos por sí y bajo su espontánea voluntad nombren un General en Jefe que deba mandarlos y dirigirlos..." (4).

Naturalmente que el elegido fue el propio General San Martín.

A fin de realizar la Expedición Libertadora del Perú, Chile entero apuró hasta el último de sus recursos en hombres, ganado, dinero, energías, etc. De los 296 oficiales y 4.118 soldados que la componían, el grueso estaba compuesto por elementos naturales de Chile y sólo 640 eran de origen argentino.

"El año 20 del siglo 19 —expresaba la Gaceta Extraordinaria de Buenos Aires del 21 de diciembre de 1820— estaba destinado para formar la época de Chile, aún más por sus

(2) Archivo de San Martín, Tomo IV, pág. 431.

(3) Mitre, Bartolomé. Obra citada, Tomo I, pág. 858.

(4) Idem, Tomo I, págs. 858-859.

virtudes y sacrificios que por la serie de prósperos sucesos que nos han ilustrado. Cuando este pueblo se presenta al universo para ser colocado y reconocido en el rango de las naciones bien puede ser que los trofeos de Maipo y Chacabuco, la gran expedición libertadora del Perú, y el predominio de sus escuadras sobre el Pacífico, le den el alto grado de consideración que la débil admiración de los mortales vincula siempre a los grandes sucesos emprendidos con intrepidez y coronados de felicidad; pero la sólida gloria de Chile se funde en el sistema constante de sus virtudes, y éste es el título con que se exige su reconocimiento. Amor a la Patria, orden y moralidad: he aquí las cuatro virtudes cardinales con que desde la época de Chacabuco no ha desmentido una sola vez su carácter de probidad. El resultado debía corresponder precisamente a estos sagrados y segurísimos principios. Las fuerzas de la naturaleza, la sagacidad de la política, ni el arte funesto de la guerra ofrecen obstáculos a la feliz y majestuosa marcha de un pueblo honrado y virtuoso" (5).

Poco antes de partir, San Martín solicitó poderes al Gobierno de Chile para tratar con el Virrey del Perú: "Cuando ya se halla preparado todo para la expedición libertadora del Perú que V.E. se ha dignado confiarme —escribió al Director O'Higgins con fecha 12 de junio— y se acerca el día de su verificativo, yo creo deber consultar a V.E. si fuera conveniente para el caso de que el Virrey del Perú quisiera entrar en negociaciones conmigo, se me premuniera de facultades..." (6). Tomando pie de este oficio, el Senado chileno preparó las instrucciones correspondientes, bajo el título de "Reglas que debe observar el Excmo. General en Jefe de la expedición ... quedando decidido que éstas deben limitarse a las instrucciones que deben cumplirse inviolablemente" (7).

-
- (5) Citado por C. Galván Moreno. *Cronología de San Martín*. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1945, págs. 241-142.
 - (6) Oficio citado por Diego Barros Arana. *Historia General de Chile*. Tomo XII, 1a. edición. Santiago, Rafael Jover, editor, 1892, pág. 830. También por José Miguel Irarrázaval. *San Martín y sus enigmas*. Santiago, Editorial Nascimento, 1949. Tomo I, pág. 394.
 - (7) Citado por José Miguel Irarrázaval. *Obra citada*, Tomo I, pág. 395. Estas instrucciones figuraron en Sesiones de los Cuerpos Legislativos, Tomo IV, págs. 232 y 233.

Este título de General en Jefe del Ejército Libertador del Perú le había sido conferido por el Gobierno de Chile al General San Martín a comienzos de 1820, según consta en oficio que con fecha 28 de enero le enviara el señor Francisco Calderón. "Tengo el honor de volver a V.E. el oficio del Excmo. Señor Director Supremo de la Nación (O'Higgins) en que, a satisfacción del Ejército y de todo buen patriota, le declara General en Jefe del Ejército expedicionario. Se ha dado a V.E. a reconocer en la orden del día, con el mayor placer..." (8).

En una de las tantas reuniones celebradas con miras a solucionar una serie de problemas relativos a la organización del Ejército Libertador del Perú, el doctor Marín interrogó inopinadamente al General San Martín bajo qué bandera navegaría el convoy expedicionario. Este, sin tiempo para pensarlo, contestó inmediatamente: "Con la chilena Señor Marín" (9).

La expedición partió de Valparaíso el 20 de agosto de 1820 y desembarcó en Pisco el 8 de septiembre. El General San Martín tomó posesión de Lima el 28 de julio de 1821, proclamó la independencia del Perú y por decreto promulgado el 3 de agosto se proclamó Jefe del Gobierno y Protector del Perú. "Quedan unidos desde hoy en mi persona el mando supremo político y militar de los departamentos libres del Perú bajo el título de protector" (10).

Nueve meses más tarde se reunió con el Libertador Simón Bolívar en la célebre entrevista de Guayaquil. Como ella se realizó secretamente y sin testigo alguno, nada concreto se sabe, de manera que todo lo que se ha escrito no pasan de ser conjeturas más o menos firmes, más o menos inciertas. Se dice por ejemplo que Bolívar dio a entender entonces que ambicionaba para él solo la gloria de la liberación definitiva del Perú. No faltan, por otra parte, quienes afirman que San Martín pretendía coronarse monarca del Perú. Al respecto, el General Miller escribía a este último con fecha 9 de abril de 1827:

(8) Archivo de San Martín. Tomo VII.

(9) Eyzaguirre, Jaime. O'Higgins. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag S. A., 1950. 3a. edición, pág. 294.

(10) Citado por José Miguel Irrázaval. Obra citada, Tomo II, pág. 72. En el Archivo de San Martín, Tomo XI, aparece dos veces el decreto transcrito con fechas diferentes: 2 de agosto (pág. 422) y 3 de agosto (pág. 448).

"Según algunas insinuaciones que yo he oído verter a cierto personaje (Bolívar), él quería dar a entender que usted quiso coronarse en el Perú y que esto fue el principal objetivo de la entrevista de Guayaquil" (11).

Sea de ello lo que fuere, es el caso que San Martín regresó a Lima y el 20 de septiembre de 1822 entregó las insignias del mando supremo al Congreso Constituyente. Dejó a las órdenes de Bolívar una parte del Ejército Libertador, que figuró más tarde, con tanto brillo, en las jornadas de Junín y Ayacucho.

Llegó a Chile enfermo y desilusionado y se hospedó en el hogar de su fiel amigo, el General O'Higgins. Se dirigió más tarde a Mendoza, a enajenar una modesta propiedad para ir a recoger a su hija huérfana en Buenos Aires y partir a Europa, en busca de descanso y tranquilidad (1824). No quiso verse envuelto en las contiendas civiles que estallaban en los nuevos estados americanos y que empequeñecieron a no pocos soldados ilustres de la Independencia. Regresó a su patria en 1828; pero no alcanzó a desembarcar en Buenos Aires, a causa de las contiendas que allí de desarrollaban. Volvió a Francia y fijó su residencia en Boulogne-sur-Mer, a orillas del Canal de la Mancha.

Falleció el 17 de agosto de 1850. Treinta años más tarde fueron trasladados sus restos a Buenos Aires y depositados en la Iglesia Metropolitana, en donde reposan hasta hoy.

La iniciativa de la erección del monumento al General San Martín —la primera en el mundo— se debió al ilustre historiador y hombre público Benjamín Vicuña Mackenna. En un artículo publicado en "El Ferrocarril" de 9 de diciembre de 1856 expresaba: "Esta contribución (erogación en dinero) no es santiaguina, no es chilena; es sudamericana, y por consiguiente no hay lugar en ella a la competencia de la vanidad local, sino a una muestra de la simpatía y de la aprobación pública" (12).

(11) Es una carta del General Miller de Londres, 9 de abril de 1827 a San Martín, solicitándole datos para sus "Memorias", que se encuentra en "San Martín. Su correspondencia, 1823-1850". Madrid 1910. págs. 70 y 72. Citada por José Miguel Irrazábal. Obra citada, Tomo II, pág. 149.

(12) Vicuña Mackenna, Benjamín. Artículo publicado en "El Ferrocarril" de 9 de diciembre de 1856.

La inauguración se realizó el 5 de abril de 1863 y estuvieron presentes en ella el Presidente de la República D. Joaquín Pérez y las autoridades civiles, militares y eclesiásticas de la capital y de la República de Argentina. "El General San Martín está representado en el acto de dar la libertad a Chile. Por esto lleva en la mano derecha una oriflama coronado por la efigie de la libertad, que el héroe contempla en éxtasis profundo" (13).

(13) Vicuña Mackenna, Benjamín. El General José de San Martín. Buenos Aires, Santiago, Editorial Francisco de Aguirre, 1971. 3a. edición, pág. 184.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 3.—ARCHIVO DE SAN MARTIN. Comisión Nacional del Centenario. Tomo VII.
- 4.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos X al XIII. 1.ª Ed. Santiago, 1889-1894.
- 5.—BERTLING, HANS. Documentos históricos referentes al paso de los Andes, efectuado en 1817, por el General San Martín. Concepción, 1908.
- 6.—BULNES, GONZALO. Historia de la Expedición Libertadora del Perú. 1817-1822. 2 Tomos. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1888.
- 7.—COCHRANE, LORD THOMAS A. Memorias. Santiago, Editorial del Pacífico, S.A., 1954.
- 8.—COLECCION DOCUMENTAL DE LA INDEPENDENCIA DEL PERU. Lima, 1971. T. II. El Ejército Libertador del Perú.
- 9.—DIAZ, FRANCISCO JAVIER. La Batalla de Maipú. Santiago, Editorial del Pacífico, S.A., 1946.
- 10.—DIAZ, FRANCISCO JAVIER. La Campaña del Ejército de los Andes. 1817. Reseña histórica-popular. Santiago, Talleres del EMGE., 1917.
- 11.—DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DEL LIBERTADOR SAN MARTIN. Buenos Aires, Ministerio de Educación y Justicia. Instituto Nacional San Martiniano, Museo Histórico Nacional, Año MCMLX, T. VIII.
- 12.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VII y VIII. 2.ª ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1953.
- 13.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1964. 2 Tomos en un volumen.

- 14.—EYZAGUIRRE, JAIME. O'Higgins. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1950. 3.a Ed.
- 15.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuademación Barcelona, 1898-1905.
- 16.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 Tomos.
- 17.—GALVAN MORENO, C. Cronología de San Martín. Buenos Aires, Editorial Claridad, 1945.
- 18.—GRAHAM, MARIA. Diario de mi residencia en Chile. Santiago, Editorial del Pacífico, S.A., 1956.
- 19.—HEISE, JULIO. 150 años de Evolución Institucional. 2.a ed. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 20.—HEISE, JULIO. O'Higgins, forjador de una tradición democrática. Santiago, Imprenta Neupert, 1975.
- 21.—LARRAIN B., RICARDO. Biografías sucintas de algunos próceres de Chile. Santiago, Editorial Nascimento, 1939.
- 22.—MERINO S., LUIS. Estudio Histórico militar acerca de la Campaña de la Independencia de Chile en el año 1818. Santiago, Imprenta Universitaria, 1910.
- 23.—MILLER, JOHN. Memorias del General Miller al servicio del Perú. 3 Tomos. Santiago, Imprenta Universitaria, 1912.
- 24.—MITRE, BARTOLOME. Historia de San Martín y de la Emancipación Americana. Buenos Aires, Editorial Albatros, 1950.
- 25.—MORENO GUEVARA, ANGEL. Historia Militar de la Expedición Libertadora del Perú en 1820. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1920.
- 26.—O'HIGGINS, BERNARDO. Archivo de don Bernardo O'Higgins. Santiago, 1946.

- 27.—O'HIGGINS, BERNARDO. Epistolario de don Bernardo O'Higgins, Capitán General y Director Supremo de Chile, Gran Mariscal del Perú y Brigadier de las Repúblicas Unidas del Río de la Plata, 1798-1823. Anotado por Ernesto de la Cruz. Santiago, Imprenta Universitaria, 1916-1919. 2 Tomos.

- 28.—ORREGO VICUÑA, EUGENIO. Iconografía de San Martín. Santiago, Universidad de Chile, 1938.

- 29.—PEREZ, JOAQUIN. San Martín y José Miguel Carrera. Buenos Aires, Talleres Gráficos San Pablo, 1954.

- 30.—ROJAS MERY, EULOGIO. El General Carrera en el exilio. 2.a ed. corregida y aumentada con varios e interesantes documentos. Santiago, Imprenta Cultura, 1955.

- 31.—VALENCIA AVARIA, LUIS. O'Higgins, El Buen Genio de América. Santiago, Editorial Universitaria, 1980.

- 32.—VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN. El General José de San Martín. Buenos Aires, Santiago, Editorial Francisco de Aguirre, 1971. 3.a ed.

- 33.—YABEN, JACINTO R. Biografías argentinas y sudamericanas. Buenos Aires, Editorial Metrópolis, 1939.

- 34.—YRARRAZAVAL, JOSE MIGUEL. San Martín y sus enigmas. Santiago, Editorial Nascimento, 1949. 2 Tomos.

30.—CORONEL CARLOS SPANO PADILLA

Nació en España, en la ciudad de Málaga en 1773. Sus padres fueron don Carlos Spano y doña María de los Santos Padilla, quienes dieron a su hijo una esmerada educación. A los trece años de edad fue a sentar plaza en el Regimiento de Aragón, en calidad de soldado raso y cuatro años más tarde, el 18 de marzo de 1790, lucía en su mangas los galones de Sargento 2º.

La época era propicia para los hombres de armas y la guerra con Francia hacía distinguirse a muchos. Así fue como, por su conducta sobresaliente en la infantería española que luchaba contra las armas de la Revolución Francesa, mereció ser citado en la Orden del Día de su Regimiento y por influencia del Ministro Manuel Godoy, el Rey Carlos IV lo nombró Teniente y dispuso su traslado a Chile, para servir en la Infantería de Concepción.

Al comenzar el año 1796, Spano llegó a la ciudad de Concepción para incorporarse a su unidad, el Batallón de Infantería de Concepción, donde ascendió a Capitán el 26 de marzo de 1803.

A raíz de haber contraído matrimonio sin el correspondiente permiso de sus superiores, fue sancionado y suspendido de su cargo. Posteriormente obtuvo del Rey Carlos IV una cédula de perdón, fechada el 8 de abril de 1798 en Aranjuez, que le devolvió su grado en el ejército y fue trasladado a Valparaíso para desempeñarse como instructor de los cuerpos de infantería y caballería del puerto.

Con motivo de la guerra con Inglaterra, el Gobernador de Chile dispuso el envío a Valdivia de cuatro compañías de infantería, entre las cuales fue el Teniente Spano. Posteriormente se le designó, a comienzos de 1801, Gobernador Militar de la plaza de Arauco. Un año permaneció en este cargo y pasó a desempeñarse en Nacimiento, donde desarrolló por espacio de dos años una notable actividad administrativa y militar. Su conducta le valió el ascenso a Capitán, el 26 de marzo de 1803. Permaneció un año en el Archipiélago de Juan Fernández, territorio en el cual funcionaba una colonia penal.

De regreso al continente, solicitó su traslado a las fuerzas de infantería del Perú, ansioso de obtener un mejor grado y de abrirse camino profesional. Pero pesaba sobre él el sumario que se le había instruido por contraer matrimonio sin permiso, por lo cual su solicitud le fue negada. Esta negativa hirió profundamente el ánimo del valeroso capitán y como la esposa chilena y los hijos nacidos en este suelo influenciaban poderosamente su ánimo, no fue raro que al formarse clandestinamente en Concepción una asociación de revolucionarios en los que figuraban Juan Martínez de Rozas, Pedro de la Arriagada, Bernardo O'Higgins, Luis de la Cruz, Antonio Mendiburu y otros, Spano adhiriera a sus ideas y se convirtiera en un simpatizante de la causa independentista chilena.

En julio de 1810, cuando las arbitrariedades y abusos del Gobernador de Chile, Brigadier Francisco Antonio García Carrasco, se hicieron inaceptables por las medidas tomadas contra los patriotas Juan Antonio Ovalle, José Antonio Rojas y Bernardo Vera, el Cabildo nombró una comisión para entrevistarse con el mandatario, haciéndole presente el malestar del pueblo, y en esta ocasión fue el Capitán Spano quien mantuvo la cohesión criolla. Luego vino el 18 de septiembre y Spano permaneció leal al nuevo mandatario Don Mateo de Toro y Zambrano. Por su actitud, le fue encomendada la creación y organización de un cuerpo de tropas y en 1812 se le ascendió a Sargento Mayor. En este grado sirvió en las fuerzas que Carrera movilizó para oponerse a Concepción, al estallar la pugna entre ambas provincias.

Cuando Pareja invadió el territorio chileno, Spano bajo las órdenes del Coronel Puga, combatió en Yervas Buenas. Más tarde, en los memorables combates alrededor de Chillán, en agosto de 1813, incorporado en las fuerzas de O'Higgins, logró penetrar las defensas realistas de la ciudad, pero la orden de retirada impartida por el General Carrera malogró sus esfuerzos. La explosión producida por una granada realista que cayó sobre un armón de artillería produjo la baja de muchos soldados patriotas, entre ellos Spano, que en aquel momento mandaba la batería de artillería, quedando muy mal herido. En el parte del General en Jefe José Miguel Carrera se lee: "En el incendio tuve el sentimiento de ver quemado al digno Comandante de Granaderos Carlos Spano, quien en la acción mandó la batería y se portó con un acierto y valor propios de su honor y distinguido patriotismo".

Después de la sorpresa de El Roble, el 17 de octubre de 1813, la Junta de Gobierno resolvió cambiar el mando del ejército, entregándolo al Coronel Bernardo O'Higgins. En esta circunstancia se hizo cargo del Batallón de Granaderos el Coronel Carlos Spano, en reemplazo del Brigadier Juan José Carrera.

Cuando la Junta de Gobierno decidió trasladarse a Talca, a principios de 1814 y después de una inútil tentativa de pactar con Sánchez, se retiró de nuevo a Santiago, quedó en esa ciudad el Coronel Spano a cargo de la guarnición militar. Pero en el campo general de guerra la situación de O'Higgins frente a las fuerzas del Brigadier Gainza, obligó al jefe patriota a solicitar de la guarnición de Talca el envío de elementos para continuar sus operaciones y Spano, a pesar de encontrarse muy disminuido frente a posibles ataques realistas, envió hombres, armas, municiones, dinero, medicina y caballares.

La situación no podía ser más crítica para Spano. Sabía muy bien que en caso de un ataque superior, debía jugarse una brava carta frente a los realistas que, dada su condición de español, lo juzgarían por traidor. Así las cosas, el 4 de marzo de 1814 a las siete de la mañana, los patriotas fueron sorprendidos por la llegada de un oficial con bandera de parlamento, perteneciente a la "División Volante" que mandaba el Coronel Elorreaga, exigiendo la rendición de la plaza en el perentorio plazo de un cuarto de hora. En esa comunicación, Elorreaga hacía presente que contaba con 1.000 hombres frente a la débil guarnición patriota y amenazaba con pasar a cuchillo a la guarnición, si no se rendía.

Las autoridades civiles talquinas se impresionaron con los términos empleados por Elorreaga y presionaron a Spano para que rindiera la ciudad. Pero éste envió dos mensajeros en busca de auxilio: uno a Santiago y el otro a alcanzar al Comandante Juan Rafael Bascuñán, ordenándole regresar con su columna en ayuda de Talca. Como contestación a Elorreaga le hizo saber que rendiría la plaza siempre que fuera en términos muy honrosos, luego de pasar cierto tiempo. El realista no se dejó engañar, considerando que el patriota deseaba ganar tiempo y reforzar las defensas de Talca, de manera que ordenó el inmediato ataque. Las principales entradas de la ciudad habían sido cubiertas por las fuerzas de Spano con los hombres de que disponía y tres piezas de artillería con 60 artilleros. La lucha comenzó con gran violencia y los patriotas rechazaron los primeros intentos enemigos. Dos horas de un

combate intenso fueron minando la resistencia de los defensores que iban cayendo bajo el fuego adversario. En el centro de la plaza flameaba la bandera azul, blanco y amarillo de la Patria Vieja que sería defendida con dignidad y a costa de las vidas de sus soldados. Pero la resistencia pudo ser quebrada al fin, con la complicidad de algunos realistas talquinos, que abrieron los portones de sus casas para que los españoles se acercaran a la plaza por los interiores y tejados, de modo que pudieran disparar mejor sobre los patriotas.

La resistencia asombró a Elorreaga que propuso a Spano una capitulación honrosa, la cual no fue aceptada.

Cuando Elorreaga entró en la plaza, semi incendiada y destruida, el Coronel Spano yacía al pie de la bandera nacional, acribillado a balazos, pero aún con vida. Murió en la madrugada del 5 de marzo de 1814, atendido por el adversario.

Spano murió defendiendo a esa bandera a la cual se abrazó, según reza el anuncio que hizo de tan heroica acción, el "Monitor Araucano" N° 26 del viernes 11 de marzo de 1814, expresando además la resolución del Gobierno de "luego que se reconquiste Talca se levantará en medio de la Plaza Mayor de aquella ciudad una Pirámide con la inscripción: "La Patria agradecida al Héroe de Talca, Spano".

Sólo el 13 de septiembre de 1971, ciento cincuenta y siete años más tarde, Chile cumplió este imperativo de su historia y recordó el nombre del primer soldado que se anticipó al mandato que más tarde la Ordenanza General del Ejército pondría entre sus artículos "El oficial que tuviere orden absoluta de conservar su puesto, a toda costa lo hará...".

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR. Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile. 1810-1891. Santiago, EMGE., 1981. Colección Biblioteca del Oficial, vol. LXV.
- 2.—ALLENDESALAZAR ARRAU, JORGE. Ejército y Milicias del Reyno de Chile. 1737-1815. Boletín de la Academia Chilena de la Historia, N°s. 66, 67 y 68.
- 3.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 4.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 5.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII y IX. 1a. edición. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1888.
- 6.—CARRERA, JOSE MIGUEL. Diario Militar del General Don... Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile. Tomo I, Santiago, 1900. Tomo XXIII, Santiago, 1913.
- 7.—EL MONITOR ARAUCANO N° 26. 11 de marzo de 1814.
- 8.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo VI, 1a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1947.
- 9.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora: Zig-Zag S. A., 1964.
- 10.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928.
- 11.—LAS FUERZAS ARMADAS DE CHILE. Album Histórico. Recopilación histórica de la vida militar y naval del país, que se remonta desde el origen de nuestro hombre primitivo hasta la época actual y que se complementa con una información gráfica y monográfica de las diversas Unidades que componen el Ejército y la Marina de Guerra Nacional. Santiago, compilado y editado por la Empresa Editora "Atenas" Boyle y Pelegrini Ltda., 1928.

- 12.—O'HIGGINS, BERNARDO. Archivo de don Bernardo O'Higgins. Santiago, 1946... Tomos II y XXI.
- 13.—ORREGO LUCO, AUGUSTO. La Patria Vieja. Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1935.
- 14.—REYNO GUTIERREZ, MANUEL. José Miguel Carrera. Su vida, sus vicisitudes, su época. Santiago, Editorial Nacional Quimantú, 1973.
- 15.—TELLEZ, INDALICIO. Historia Militar de Chile. 1520-1883. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 Tomos.

31.—BRIGADIER MATEO DE TORO Y ZAMBRANO URETA Y PRADO

Nació don Mateo de Toro y Zambrano Ureta y Prado el 20 de septiembre de 1727, en el distinguido hogar que formaban don Carlos de Toro y Escobar y doña Jerónima de Ureta y Prado. Descendía por línea de varón, de don Tomás de Toro, personaje llegado a Chile en la época de don Martín García Oñez de Loyola.

Tercer hijo del matrimonio Toro-Ureta, se educó bajo la dirección de su tío, don José de Toro Zambrano, por haber quedado huérfano muy joven. La naturaleza despierta del muchacho, inclinó al tío a inducirlo a la vida sacerdotal, pero éste no tenía ninguna vocación religiosa y como había heredado la rica hacienda de Huechún, prefirió irse al campo a desarrollar tareas agrícolas. Juntamente con las tareas del campo se dedicó también al comercio; a los veintidós años ostentaba el grado de Capitán del Regimiento de Caballería del Príncipe y una cuantiosa fortuna amasada con su talento y su trabajo. El título de capitán le había sido entregado por el Rey en 1749.

Sus cualidades no habían pasado desapercibidas para la Corona y en 1750 fue nombrado Gobernador de Chiloé. Pero como sus intereses le impidieron hacerse cargo de este puesto, renunció a él, alegando sus deberes militares en Santiago y aceptó en cambio la gobernación de La Serena.

En 1761 fue designado alcalde ordinario de Santiago y Corregidor y Justicia Mayor en el mismo año. Pronto obtuvo la designación de Lugarteniente de Capitán General y Teniente de Alcalde Mayor de Minas. En ese período su gestión fue bastante movida por causa de la guerra con Inglaterra; como se temía que los ingleses desembarcaran fuerzas en la costa, debió desempeñar su cargo de lugarteniente de Capitán General y preocuparse del aprovisionamiento y buen pie de las guarniciones del litoral.

Por esa época llegó al país el Gobernador Antonio Guill y Gonzaga y como el Cabildo, a quien correspondían los gastos para la recepción del nuevo mandatario, no tuviera fon-

dos, don Mateo costeó, de su bolsillo, los festejos; aún más, en vista que el nuevo Gobernador estaba enfermo y no podía montar a caballo, Toro y Zambrano puso a su disposición una hermosa carroza tirada por mulas y, de esta manera, salvó el grave escollo que significaba para la ciudad el recibimiento de su mandatario.

Debido a roces con el Corregidor Luis Manuel de Zañartu prefirió renunciar a sus funciones públicas y permaneció alejado hasta 1768. En ese año se le llamó nuevamente a ocupar todos sus antiguos cargos.

Tuvo un importante rol en la sublevación mapuche de ese año, pues con las tropas y elementos que reunió y envió desde Santiago, al Gobernador interino don Juan de Balma-ceda Censano, éste pudo salvar la grave situación que puso en peligro a la región al sur del Bío-Bío, de caer en manos del Toqui Lebián.

Los méritos acumulados en esa difícil situación le valieron una calurosa recomendación del Gobernador de Chile y como sus miras campeaban muy alto, aprovechó la situación de su hermano José que residía en la Corte desde hacía años, para que se le concediese un título de Castilla. Así fue como, por Real Cédula, expedida en Aranjuez el 6 de marzo de 1770, el Rey Carlos III le concedió el anhelado título, expresándole que, en atención a sus distinguidos servicios... "he venido en haceros merced del Título de Castilla con la denominación de Conde de la Conquista, para vos, vuestros herederos y sucesores".

Durante el gobierno de Luis Muñoz de Guzmán hizo algunas campañas a la Araucanía y en 1799, el Rey Carlos IV, por Cédula expedida en Aranjuez, le otorgó su ascenso a Brigadier.

Con este grado se encontraba en la mañana del 11 de febrero de 1808, cuando se anunció la repentina muerte del Gobernador don Luis Muñoz de Guzmán. El asunto de la sucesión del mando que debía recaer en uno de los brigadieres que hubiera en el Reino, no le preocupó y sirvió, sin dificultad, bajo el nuevo mandatario, Brigadier Antonio García Carrasco. Sin embargo, cuando este mandatario ordenó el apresamiento de los patriotas Ovalle, Rojas y Vera, el Conde estuvo en desacuerdo con García y sus relaciones se enfriaron notablemente. Pero esta desafortunada idea de García Carrasco trajo como consecuencia su caída y el 16 de julio de 1810, don Mateo de Toro y Zambrano fue designado Gobernador Interino de Chile.

Por primera vez el mando supremo recaía en un hijo de este suelo y los chilenos sintieron orgullo de tenerlo, pero al mismo tiempo se activaron las miras de muchos que deseaban que el gobierno pasara íntegramente a manos criollas.

Contaba en aquella época el Conde con 83 años. Su hogar modelo de las virtudes de su tiempo en la colonia, era respetado y considerado por todos. Se le sabía un hombre bueno, pero a la vez sus años lo tornaban voluble para desempeñar el gobierno. De esto se aprovecharon los patriotas para activar sus preparativos para la reunión de un Cabildo abierto que diera al país nuevas autoridades, a fin de enfrentar con éxito los sucesos que se habían producido en la Península, donde Napoleón había colocado como Rey a su hermano José.

Los acontecimientos se precipitaron. Desde Buenos Aires llegaron las noticias de que una Junta de Gobierno había asumido el mando en el Virreinato, la cual debía gobernar a nombre de Fernando VII. La situación en Chile, que parecía querer llevarse con cierta moderación, sufrió de repente un vuelco. Desde Buenos Aires se anunciaba que la Junta de Regencia de Cádiz había designado Gobernador de Chile al Brigadier Francisco Javier Elío. La noticia causó revuelo y los chilenos apresuraron su movimiento.

El Cabildo de la ciudad acordó, en sesión del 11 de septiembre de 1810, que el Alcalde Eyzaguirre y el Regidor Errázuriz, se apersonaran en la casa del Gobernador para pedirle que asistiera a una asamblea de vecinos connotados, en la cual se procuraría buscar una solución a la agitación pública existente.

Don Mateo se encontró atrapado entre dos frentes: las opiniones de los juntistas y la de los realistas recalcitrantes que nada querían saber con un nuevo sistema de gobierno. La división llegó al seno del hogar del mandatario, pues su hijo mayor, José Gregorio de Toro, era contrario a la formación de una Junta de Gobierno. Pero don Mateo concedió la autorización para cursar las esquelas de invitación, como deseaba el Cabildo de Santiago.

La desesperación de la familia sumió al anciano en hondas cavilaciones, pero aun cuando su voluntad parecía a veces vacilante, los acontecimientos lo sobrepasaron y el 18 de septiembre de 1810 apareció radiante en el cielo de Chile. Las tropas de la guarnición de Santiago se encontraron desde muy temprano formadas en parada para rendir honores al Presidente que se trasladaría desde su casa al recinto del Consulado.

Vestido con su uniforme de Capitán General, azul con solapa roja y entorchados de oro y el bastón de mando en su mano derecha, don Mateo apareció en la puerta de su casa para asistir a la Asamblea. Al verlo los concurrentes lanzaron un: ¡Viva el Presidente...! mientras el anciano de ochenta y cuatro años marchaba erguido en medio de una brillante comitiva.

Llegado al Consulado, tomó colocación en la testera, declarando abierta la sesión. Luego expresó: "Hago entrega aquí de esta insignia de mando que se me había confiado" y dirigiéndose a su secretario José Gregorio Argomedo, continuó: "Exponga usted el objeto de esta reunión". Don Mateo puso su bastón de mando sobre la mesa y escuchó los discursos y luego la votación en la cual resultó elegido Presidente de la Primera Junta Nacional de Gobierno. En la reunión se encontraba presente lo más granado de la aristocracia del Reino, pero le preocupaba que ninguno de los miembros de la Audiencia se habían hecho presentes. La situación comenzaba un tanto tirante para el nuevo Presidente, ya que los Oidores demostraban, con su ausencia, su desagrado por las medidas que se acababan de tomar.

La situación se tornó difícil para el anciano Conde. Desde muy temprano el vocal Juan Martínez de Rozas se colocó a la cabeza de los que deseaban reformas radicales.

Atrapado entre sus deseos de mantener la situación gubernativa del país y los deseos de los avanzados por cambiarlas, el Conde recibió un duro golpe que iba a minar sin remedio sus últimas energías de hombre de carácter. En enero de 1811, murió su esposa doña Nicolasa Valdés y la impresión que le causó tan grave pérdida lo afectó emocionalmente, falleciendo el 27 de febrero de ese mismo año.

Con él desapareció el primer criollo que recibiera el mando del Reino y que abrió el camino hacia lo que, más tarde, fue la independencia nacional. Dejó tras de sí una numerosa descendencia y el recuerdo de sus hechos; para el país, las primeras medidas de gobierno nacional y un ejército incipiente que fue la base del que luchó más tarde, durante la Patria Vieja.



BRIG. Mateo de Toro y Zambrano
1727 — 1811

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 3.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VII-IX. 1a. ed, Santiago, Rafael Jover, editor, 1886-1888.
- 4.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1855-1858.
- 5.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Pre-historia hasta 1891. Tomos IV-VI. 1a. y 2a. edic. Santiago, Editorial Nascimento, 1945-1952.
- 6.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S.A., 1964.
- 7.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile 1810-1879. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905. Tomo II.
- 8.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Diccionario Biográfico de Chile, 1a. ed. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 Tomos.
- 9.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1829. 5 Tomos.
- 10.—HEISE GONZALEZ, JULIO. 150 años de Evolución Institucional. 2a. edic. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 11.—MARTINEZ, MELCHOR. Memoria histórica sobre la revolución de Chile, desde el cautiverio de Fernando VII hasta 1814. Valparaíso, 1848.

32. —CORONEL JUAN DE DIOS VIAL SANTELICES

Juan de Dios Vial y Jarabeytía Santelices y Aránguiz fue hijo de don Manuel José de Vial y Jarabeytía y doña María Mercedes de Santelices y Aránguiz. Nació el 3 de mayo de 1758 y fue bautizado en la Parroquia del Sagrario.

Al ser designado su padre Contador de las Cajas Reales de la ciudad de Concepción, fue a vivir allí con su familia y se educó en el Seminario Conciliar. El 28 de noviembre de 1771 fue nombrado Cadete del Batallón de Infantería de Concepción y pasó, más tarde, al Cuerpo de Dragones, siendo ascendido a Alférez, el 1º de octubre de 1783. En abril de 1790 era Subteniente de Dragones y ese mismo año fue trasladado al Cuerpo de Asamblea de Caballería, con el grado de Teniente.

Sus ascensos los debió a su intachable comportamiento en el servicio y a su abnegación durante el viaje que el Gobernador Ambrosio O'Higgins hizo al norte al recibirse de su cargo. O'Higgins recomendó muy especialmente la conducta de este oficial y por esta razón logró el cargo de Portaestandarte del Regimiento de Granaderos.

El 1º de diciembre de 1798 se le designó Ayudante Mayor de Granaderos y en 1807 actuó en el Campamento de Las Lomas como Sargento Mayor de Plaza. Durante el agitado gobierno del Presidente y Capitán General Antonio García Carrasco, se desempeñó como Comandante de Armas de Santiago y en tal calidad le correspondió conducir prisioneros a Valparaíso, a los patriotas José Antonio de Ovalle, José Antonio Rojas y Bernardo Vera y Pintado, a quienes Carrasco deportó a Lima, acusados de actividades revolucionarias. Su conducta muy deferente con los presos, lo hizo caer en desgracia ante las autoridades españolas, pero al constituirse la Primera Junta de Gobierno, esta se fijó en él para darle el puesto de Comandante del Regimiento de Granaderos, con grado de Coronel.

El 1º de abril de 1811, con motivo de la apertura del Congreso Nacional, el Coronel Tomás de Figueroa, realista, trató de impedirlo y se amotinó con parte de las fuerzas

acuarteladas en la ciudad; en esa ocasión se produjo un tiroteo en la plaza de armas de Santiago, con las fuerzas patriotas que mandaba el Coronel Vial Santelices. La actuación de los patriotas sofocó el motín y Martínez de Rozas, que actuó como investigador sumario, condenó a Figueroa a muerte, siendo fusilado en su celda al amanecer del día 2 de abril. La conducta de Vial Santelices y de sus tres hijos, los Capitanes Juan de Dios y Félix Antonio y el Teniente Manuel Antonio Vial Arcaya, captó la gratitud de los patriotas y sirvió para que su nombre se viera rodeado de una aureola de audacia y valor.

Al comenzar la guerra contra las fuerzas del Virrey comandadas por el Brigadier Antonio Pareja, sirvió en diversos cargos, especialmente organizando y disciplinando fuerzas para las diversas campañas.

Después de Rancagua, San Martín lo designó Comandante del Regimiento de Infantería N° 1 de Chile y con ese cargo regresó a su patria desde Mendoza. Una vez en Chile dedicó su actividad a la reunión de hombres para organizar la unidad, que se le había designado por decreto de 26 de febrero de 1817. Tuvo la mala suerte de tener a sus órdenes al Mayor Enrique Campino, hombre indisciplinado, díscolo y de mal criterio, el cual le insubordinó la unidad. San Martín, por Consejo de O'Higgins, en carta fechada el 4 de julio de 1817, procedió a retirar del servicio a Vial y a Campino. De esta manera terminó su actuación militar este Coronel, cuyos méritos en el servicio de su patria lo hicieron acreedor al reconocimiento de la posterioridad.

El Coronel Vial falleció en Santiago, repentinamente, el 21 de mayo de 1821, después de desempeñar la Gobernación de Talca durante el año 1819. Dejó en Chile una numerosa descendencia, que ha ocupado altos cargos en la administración pública.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—ACADEMIA DE HISTORIA MILITAR. Héroes y Soldados Ilustres del Ejército de Chile. 1810-1891. Santiago, EMCE., 1981. Colección Biblioteca del Oficial, vol. LXV.
- 2.—ALLENDESALAZAR ARRAU, JORGE. Ejército y Milicias del Reyno de Chile, 1737-1815. *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N^{os}. 66, 67 y 68.
- 3.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 4.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 5.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII al X. 1a. edición. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887 - 1889.
- 6.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1855-1858.
- 7.—CARRERA, JOSE MIGUEL. Diario Militar del General Don José Miguel Carrera. Colección de Historiadores y de Documentos relativos a la Independencia de Chile. Tomo I, Santiago, 1900. Tomos XXIII, Documentos, Santiago, 1913.
- 8.—DIAZ VIAL, RAUL. El linaje de Vial. Sucesión y vinculaciones. Madrid, Ediciones Gráficas Madrid, 1960.
- 9.—DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DEL LIBERTADOR SAN MARTIN. Buenos Aires, Ministerio de Educación y Justicia. Instituto Nacional San Martiniano, Museo Histórico Nacional, Año MCMLX.
- 10.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI y VII. 1a y 2a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1953.
- 11.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag S. A., 1964.

- 12.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 Tomos.
- 13.—MATTA VIAL, ENRIQUE. Apuntes para un diccionario biográfico. *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 1922.
- 14.—MOLINARE, NICANOR. Los Colegios Militares de Chile. 1814-1819. Santiago, 1919.
- 15.—O'HIGGINS, BERNARDO. Archivo de don Bernardo O'Higgins. Santiago, 1946... Tomo XVI.

33.—CORONEL GUILLERMO DE VIC-TUPPER

Nació en la isla de Guernsey el 28 de abril de 1800, de ilustre estirpe británica y de guerreros. Hizo sus primeros estudios en París y más tarde se trasladó a Barcelona bajo la dirección de un tío paterno que desempeñaba las funciones de cónsul de Inglaterra en aquella ciudad. Allí se dedicó al comercio y conquistó pronto el corazón de una dama de alta alcurnia como la suya. Pero un duelo, del cual resultó vencedor, lo obligó a emigrar hacia el Nuevo Mundo en 1821. Recorrió el Brasil, siguió a Buenos Aires y alcanzó, por último, hasta Santiago de Chile.

Unido por amistad al Coronel Beauchef, solicitó de éste lo llevara en su expedición pacificadora de Valdivia. Fue nombrado Capitán de caballería y ayudante de la División. Pronto se dio a conocer por la intrepidez de su carácter y el brillo de su valor. A su regreso fue incorporado en la expedición al Perú, en 1823. Terminada ésta, fue destinado a Coquimbo y en seguida a Valdivia, para formar parte de la expedición libertadora de Chiloé (1824). Era Capitán del Batallón Valdivia N° 8. El Capitán de Vic-Tupper mereció, por su extraordinario comportamiento en la campaña, el ascenso a Sargento Mayor.

En 1826 emprendió la segunda campaña libertadora del archipiélago y coronó, el primero, las alturas de Bellavista. Su conducta le valió el ascenso a Teniente Coronel. "Ese mismo año fue enviado, con el Comodoro Wooster, a apoyar al General Aldunate, para devolver la paz a Chiloé, en la sublevación del Sargento Fuentes en favor de la restauración del General O'Higgins, que se hallaba proscrito en el Perú" (1). De vuelta de la feliz expedición, se le envió a la Araucanía, en persecución de las montoneras de los Pincheira. Se internó por el valle de San Fabián de Alico y sirvió de eslabón a

(1) Figueroa, Pedro Pablo. *Album Militar de Chile (1810-1879)*. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1899. Tomo II, pág. 294.

las divisiones que llevaron a cabo aquella memorable campaña. El destacamento de Vic-Tupper fue el encargado del abastecimiento de víveres a las tropas expedicionarias a través de la cordillera andina. "Le correspondió la parte más difícil y penosa de la campaña, pero él la cumplió dignamente, sometién-dose con toda abnegación a la severa consigna del deber mi-litar" (2).

En 1828 se produjo en el país una serie de pronuncia-mientos revolucionarios y correspondió al Comandante de Vic-Tupper sofocar algunos de ellos. El 13 de noviembre de ese año se presentó el General Freire en el claustro de San Agus-tín y pretendió sublevar a los batallones N^o 7 y 8 allí acuar-telados. El Coronel Tupper —recientemente ascendido a ese grado— llegó en esos momentos al cuartel. Llamó a la tropa a la disciplina y obligó al General a retirarse de allí.

En los días que se desarrolló el Combate de Ochagavía —14 de diciembre de 1829— una partida famosa, denomina-da la Partida del Alba, penetró a varios hogares respetables de Santiago y cometió toda clase de tropelías. La esposa del Coronel Tupper, doña Isidora Zegers, fue salvada de la fero-cidad de los malandrines por el piadoso obispo Vicuña, que la cobijó en su propio palacio. Herido por este bárbaro atenta-do, el Coronel Tupper hizo renuncia de su comando del Bata-lón Pudeto. Aceptada su renuncia, fue destinado al puerto de Coquimbo.

Se disponía a embarcarse en Valparaíso, con su familia, cuando se le presentó fugitivo y de incógnito el propio Gene-ral Freire. Asociado al destino de éste, levantó bandera de re-belación contra el General Prieto y dirigió una proclama al Ba-tallón Pudeto, llamándolo —con lenguaje franco y resuelto— a sus filas. Se embarcó para Talcahuano con su unidad y se di-rigió a las islas de Juan Fernández para tomar el vapor *Aquí-les*. Intentó, con mala fortuna, capturar por sí solo el mencio-nado buque. Rechazado fieramente, regresó a Talcahuano al lado de su tropa.

Repuesto de las heridas y de los golpes, se dirigió a la plaza de Chillán, que estaba sitiada por los Coroneles Viel y Cruz. Tupper fue encargado de dirigir el asalto a la ciudad (9 de marzo de 1830). Rechazado nuevamente, se dirigió a Tal-

(2) Idem, Tomo II, pág. 294.



GDB. José Ignacio Zenteno del Pozo y Silva
1786 — 1847

cahuano a sumarse con su tropa a la División del General Freire y ambos, reunidos, se dirigieron a Talca, donde los esperaban las fuerzas del General Prieto.

A la vista del campo de Cancha Rayada, Tupper propuso a su jefe repetir el golpe que Ordóñez lanzó contra las fuerzas patriotas en la noche del 19 de marzo de 1818. Freire se opuso sin dar razones. Un mes más tarde, el 17 de abril, chocaban las fuerzas de Prieto y de Freire en las márgenes del Lircay. Pronunciada la derrota de su bando, Tupper fue el último en retirarse del campo de batalla. Muerto su caballo, montó a la grupa del caballar del Comandante José D. Amunátegui y alcanzado por una partida de jinetes fue hecho prisionero. Se le ultimó cobardemente a sable en cumplimiento de una orden del innoble oficial que los comandaba.

“El Coronel Tupper fue un benemérito patricio que consagró a Chile, su patria de adopción, en la que fundó una familia ilustre, los bríos de su brazo y las nobles energías de los altivos amores de su alma, para conquistarle la libertad política y la emancipación de sus instituciones republicanas” (3).

(3) Idem, Tomo II, pág. 298.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 3.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos XI al XV. 1a. edición. Santiago, 1890-1897.
- 4.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomo VIII. 2a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1953.
- 5.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag S.A., 1964. 2 Tomos en un volumen.
- 6.—FELIU CRUZ, GUILLERMO (editor) Memoria Militar para servir a la Historia de la Independencia de Chile del Coronel Jorge Beauchef 1817-1829. Epistolario 1815-1840. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1964.
- 7.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 8.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1929. 5 Tomos.
- 9.—HEISE, JULIO. Años de Formación y Aprendizaje Políticos 1810-1833. Santiago, Editorial Universitaria, 1978.
- 10.—HEISE, JULIO. 150 años de Evolución Institucional. 2a. edición. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 11.—REYNO GUTIERREZ, MANUEL. Freire. Libertador de Chiloé. Santiago, Zig-Zag, 1952.
- 12.—TELLEZ, INDALICIO. Historia Militar de Chile. 1520-1883. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 Tomos.
- 13.—TUPPER, FERDINAND BROCK. Memorias del Coronel Tupper. Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1972.
- 14.—VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN. La Guerra a Muerte. Santiago, Universidad de Chile, 1940.

34.—GENERAL DE BRIGADA BENJAMIN VIEL GOMETS

Benjamín Juan María Nicolás Viel, nació en París, el 21 de enero de 1787, en el seno de un hogar distinguido. Fueron sus padres D. Claudio Benjamín Viel, abogado en el Parlamento y en los Consejos del Rey y doña Rosa Ana Gomets, descendiente del antiguo procurador real de Normandía D. Nicolás Gomets. Aun cuando la familia quiso destinarlo al foro y a las letras, él manifestó su interés por la carrera de las armas.

A los catorce años sentó plaza de soldado raso en un regimiento de húsares, como Beauchef y como Murat. Sucedió esto en los mismos días de la victoria de Napoleón en Marengo (1801). Después de cinco años de rudas campañas en la Europa Central y después de la victoria brillante de Austerlitz, fue ascendido a Cabo de escuadra y después de Jena y Eylau, a Sargento (septiembre de 1806). Tres años más tarde, en septiembre de 1809, fue promovido a Alférez y enviado a España con el Mariscal Soult. El flamante oficial de húsares permaneció tres años en ese país y fue allí donde recibió una grave herida en la frente, cuya cicatriz no se borró jamás. Cuando Napoleón vio la Francia invadida en 1813, pidió al Mariscal Soult le enviase desde España un contingente de 15.000 hombres; entre ellos iba el Alférez de Húsares Benjamín Viel. En razón de sus méritos pasó a continuar sus servicios al cuerpo de Exploradores de la Guardia Imperial, con el grado de Teniente (diciembre de 1813). Se batió denodadamente al lado del Emperador en la campaña que terminó con los adioses de Fontainebleau (14 de abril de 1814); se encontró en el Combate de Champaubert (10 de febrero) y fue tal la bravura con que se batieron los escuadrones de la escolta napoleónica, que seis días más tarde recibió Viel una condecoración y el título de caballero de la Orden de la Reunión. "Fue durante esta maravillosa campaña —cuenta Vicuña Mackenna—... cuando el Capitán Viel por la primera vez le conoció personalmente (a Napoleón); y a este propósito acostumbraba a decir con la emoción de un culto inextinguible que en una ocasión en que el Emperador le había llamado por su nombre, sin

más que esto habría querido arrojarle del caballo para besarle de rodillas el taco de sus botas... Tal era el fanatismo que aquel gran conquistador había logrado inspirar a sus legiones" (1).

Después del destierro de Napoleón a la isla de Elba, el Teniente Viel pasó —con el grado de Capitán— a organizar el Regimiento 6º de Cazadores de caballería de línea y a la cabeza de una compañía de este regimiento se batió en Waterloo el 18 de junio de 1815.

Envío su dimisión a los Borbones y se decidió a buscar en el Nuevo Mundo un campo para emplear su espada en la lucha por la libertad. En abril de 1817 tuvo conocimiento en Nueva York que en Chile se combatía aún por el destino indeciso de la América del Sur. En consecuencia se encaminó a nuestro país, vía Buenos Aires, juntamente con algunos de sus compañeros de la gesta napoleónica.

Incorporado como Sargento Mayor de caballería en el Ejército de Buenos Aires, el 14 de noviembre de 1817, pasó la cordillera y se unió a las fuerzas de Chile, como agregado al Regimiento Granaderos a caballo. Tuvo la fortuna de ser hospedado por la familia Toro Guzmán, cuyo jefe era D. Domingo José de Toro, hijo segundo del Conde de la Conquista.

Según Benjamín Vicuña Mackenna, Viel era "un hermosísimo soldado de treinta años de edad, alto, bizarro y bien compartido, con un rostro franco, hermoso y varonil, poblado de espesos cabellos rubios, peinados a la "Murat", iluminada su expresión por grandes ojos azules y una sonrisa abierta que dejaban adivinar su corazón". Era considerado, al igual que el comandante Carlos María O'Carrol, "como el más lucido y el mejor plantado oficial de caballería que tuvo el Ejército chileno en aquel tiempo" (2).

Acogido con especial favor por el General San Martín, como todos los oficiales europeos de alguna distinción, fue promovido una semana más tarde al grado de Sargento Mayor (14 de noviembre de 1817). Después de la Batalla de Maipo, en la cual combatió en las filas de Cazadores de la Escolta, al lado de Bueras, ganó el grado de Teniente Coronel.

El 14 de noviembre recibió la condecoración de miembro de la Legión de Mérito y el 2 de noviembre de 1819 se le con-

(1) Galería Nacional de Hombres Célebres.

(2) Idem.

firió el empleo de Comandante del Escuadrón Húsares de Marte, ex 4º Escuadrón de Granaderos a caballo. Participó durante tres años en la guerra a muerte contra Benavides y Pico y en junio de 1822 fue ascendido al grado de Coronel: era comandante del Regimiento Cazadores a caballo.

Un año antes, el 29 de abril de 1822, se había casado con la señorita María Luisa de las Mercedes de Toro y Guzmán, hija de D. Domingo José, en cuyo hogar había sido recibido a su llegada a Chile. Fueron padrinos de boda de Viel, el General Ramón Freire y testigos, los Generales Necochea y Guido.

En 1826 desempeñó las funciones de Jefe del Estado Mayor General; en 1828 fue General en Jefe del Ejército del Sur y fue reemplazado por el General Prieto en 1829.

Solicitó su retiro de las filas del Ejército en atención a la situación política reinante y fue reincorporado en 1841, en los días de la administración Bulnes. Desempeñó varios años la Comandancia General de Armas de Santiago y en 1851 fue nombrado Intendente de la provincia de Concepción y ascendido al grado de General de Brigada, con fecha 21 de julio de ese año.

Falleció el 15 de agosto de 1868, a los 81 años de edad, en Santiago.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.—AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 2.—AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1933. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 3.—BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos XI al XV. 1a. edición. 1890-1897.
- 4.—BARROS ARANA, DIEGO. Un decenio de la Historia de Chile. 1841-1851. Santiago, Imprenta Universitaria, 1906.
- 5.—DÍAZ, FRANCISCO JAVIER. La Batalla de Maipú. Santiago, Editorial del Pacífico S.A., 1946.
- 6.—ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VII al XII. 1a. y 2a. edición. Santiago, Editorial Nascimento, 1948-1962.
- 7.—EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag S.A., 1964. 2 Tomos en un volumen.
- 8.—FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 9.—FIGUEROA, VIRGILIO. Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 Tomos.
- 10.—HEISE, JULIO. Años de Formación y Aprendizaje Políticos. 1810-1833. Santiago, Editorial Universitaria, 1978.
- 11.—HEISE, JULIO. 150 años de Evolución Institucional. 2a. edición. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
- 12.—LARRAIN B., RICARDO. Biografías sucintas de algunos próceres de Chile. Santiago, Editorial Nascimento, 1939.
- 13.—MERINO S., LUIS. Estudio histórico militar acerca de la Campaña de la Independencia de Chile en el año 1818. Santiago, Imprenta Universitaria, 1910.
- 14.—MINISTERIO DE DEFENSA NACIONAL. Archivo General de Guerra. Hojas de Servicios, campañas y acciones de guerra.
- 15.—TELLEZ, INDALICIO. Historia Militar de Chile. 1520-1883. Santiago, Imprenta del Ministerio de Guerra, 1931. 3 Tomos.
- 16.—VICUÑA MACKENNA, BENJAMÍN. La Guerra a Muerte. Santiago, Universidad de Chile, 1940.

35.—GENERAL DE BRIGADA JOSE IGNACIO ZENTENO DEL POZO Y SILVA

Nació en Santiago el 28 de julio de 1786. Fueron sus padres D. Antonio Zenteno y Bustamante, notario de la Real Audiencia de Santiago y la señora Victoria del Pozo y Silva. La ilustre familia Zenteno es de origen español (Castilla la Nueva) y llegó a Chile procedente de Lima en descendencia directa de D. Diego Zenteno.

José Ignacio vino a la vida, sin embargo, en un hogar sin fortuna y tuvo que formarse por sí mismo. Su padre deseaba que siguiese leyes y lo matriculó en el Colegio de San Carlos (o Carolino), en el cual demostró sus bellas prendas de inteligencia y carácter. A los 21 años de edad, en 1806, quedó huérfano y se vio obligado a interrumpir sus estudios, a fin de consagrarse a las labores del notariado. Producida la formación de la Primera Junta Nacional de Gobierno, en septiembre de 1810, se decidió por el bando de la patria y en 1813 fue propuesto, como hombre de pluma, para el puesto de secretario en el Ejército del Sur. En seguida, en 1814, sirvió como secretario del Director Supremo Francisco de la Lastra. Derribado éste por el cuartelazo de Carrera, el 23 de julio, fue reducido a prisión por las nuevas autoridades.

Después del desastre de Rancagua se dirigió a Mendoza y en un lugar próximo a la ciudad, denominado Estancilla, estableció una venta, que él administraba personalmente detrás del mostrador. "Su palabra insinuante, la afable atención que dispensaba a los que visitaban la venta, el aseo de su ajuar y la agradable conversación del ventero llamaron la atención de todos" (1). El General San Martín oyó hablar elogiosamente de este singular personaje y quiso conocerlo personalmente. Bien pronto advirtió su jerarquía de selección y le ofreció el puesto de secretario, con un sueldo de 25 pesos mensuales.

(1) Suárez, José Bernardo. Rasgos Biográficos de Hombres Notables de Chile. Citado por Pedro Pablo Figueroa. Diccionario Biográfico de Chile. 1a. edición. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. Tomo 3, pág. 591.

Zenteno aceptó el honroso y difícil cargo que se le proponía. Le "correspondió la noble y envidiable tarea de contribuir a la organización del Ejército de los Andes, en cuya labor encontró un campo vastísimo para su talento y se conquistó el cariño y el respeto de su jefe, que fue un digno amigo suyo desde entonces" (2).

En diciembre de 1816 fue incorporado en el Ejército de Mendoza con el grado de Teniente Coronel de infantería. Realizada la travesía de los Andes, el Ejército obtuvo un brillante éxito en la cuesta de Chacabuco y Zenteno actuó en ella como integrante del Estado Mayor General. Luego después fue nombrado Ministro de Guerra.

"Fue ésta una designación muy acertada en aquellas circunstancias en que se necesitaban hombres prácticos y de una poderosa iniciativa y debió San Martín aconsejar dicha elección a O'Higgins, por el conocimiento personal que tenía de Zenteno y de su múltiple inteligencia.

"Para juzgar la obra de Zenteno en el Ministerio de la Guerra, desde 1817 a 1821, es decir en el curso de cinco años, es preciso estudiar aquel período político de organización del Estado, de desarrollo del gobierno republicano y de completa emancipación del país del poder español.

"Sólo en la empresa de dar forma a la organización de la primera escuadra nacional y a la marina de guerra de la República, tuvo que emplear toda la energía y la constancia de su excepcional e invencible actividad de su carácter, a fin de poder vencer los obstáculos que oponían a la realización de tan hermoso pensamiento la escasez de recursos y la falta de preparación de los hombres de la época" (3).

Después de advertir que en los archivos ministeriales habían encontrado más de 2.500 notas redactadas por la pluma de Zenteno, prosigue el Sr. Figueroa: "Esa tarea opaca de las oficinas del Estado, que opera sus efectos a la sombra del rodaje ministerial y administrativo, que no tiene a veces otros testigos que los funcionarios encargados de cumplir sus disposicio-

(2) Figueroa, Pedro Pablo, *Diccionario Biográfico de Chile*. Obra citada, Tomo 3, pág. 541.

(3) *Idem*, Tomo 3, pág. 542.

nes, no deja huella pública, que recuerde la iniciativa y el genio que la ha dirigido, por más que sus frutos sean de espléndido engrandecimiento para el país" (4).

Las obligaciones de la campaña de 1817 en el sur exigían al Sr. Ministro una labor permanentemente a fin de atender las necesidades del Ejército, que aumentaron naturalmente con la invasión del General Osorio. Después del desastre de Cancha Rayada se trasladó a Santiago a preparar los elementos para la victoria final. En la Batalla de Maipo mereció, del General San Martín, recomendación especial por su valor en la acción y le cupo la honra de redactar el primer boletín de la victoria. Fue ascendido al grado de Coronel y condecorado con una medalla de oro y con la insignia de la Legión del Mérito.

Sellada la independencia de Chile en los campos de Maipo, se procedió a la organización de la Expedición Libertadora del Perú, de acuerdo con la idea y propósitos del Director O'Higgins. El Ejército se constituyó bajo la dirección inmediata del General San Martín y la Escuadra fue obra exclusiva del Ministro de la Guerra Zenteno. Su actividad febril, que asombraba a sus contemporáneos, consiguió enfermarlo gravemente, como en una carta de 1818, le comunicaba O'Higgins a San Martín.

Organizada la Escuadra, Blanco Encalada realizó la captura de la fragata española *María Isabel* y de su convoy, el 28 de octubre de 1818. Éxito tal estimuló a Zenteno para continuar su labor: efectivamente, en septiembre de 1819 partió de Valparaíso la segunda expedición naval; a las órdenes del Almirante Cochrane, en dirección al Callao.

El 20 de agosto de 1820, al cabo de largos y penosos años de sacrificios y restricciones, partió de Valparaíso la Expedición Libertadora del Perú, bajo las órdenes del General José de San Martín. Con motivo del centenario del nacimiento del General Zenteno, vale decir el 28 de julio de 1886, "El Ferrocarril" dijo sobre el particular: "Aquí (en Santiago) como en Mendoza, su papel fue el de administrador militar, organizador de la victoria, como se le ha llamado con razón: En cuatro años de Ministro, colaborando con la más enérgica actividad y con la más alta inteligencia a la obra que dirigían O'Higgins y San Martín, Zenteno dio un impulso tan vigoroso como acer-

(4) Idem, Tomo 3, pág. 542.

tado a la creación de nuestros Ejércitos y de nuestra Escuadra, y no salió del Gobierno sino cuando la bandera de Chile, que él creó, vencedora en todas partes, flotaba gloriosa en el palacio de los virreyes del Perú y había aniquilado en el sur de Chile las últimas hordas de los soldados del Rey de España. Jamás Ministro alguno había llenado una misión tan difícil con más rara felicidad.

“La historia ha tributado a Zenteno los elogios a que era merecedor; y la posteridad venera su nombre como el de uno de los más grandes y más ilustres hijos de la patria chilena” (5).

En 1821 se trasladó a Valparaíso con el cargo de gobernador y sin perjuicio de sus labores de Secretario de Estado en la cartera de Guerra y Marina. Un año después, en 1822, el Protector del Perú, General San Martín, lo condecoró con el diploma y la medalla de la Orden del Sol, declarándolo “bene-mérito y acreedor al reconocimiento de la patria y de la posteridad” (6). Ese año fue ascendido al grado de General de Brigada.

Como gobernador de nuestro primer puerto, empleó el celo y actividad que siempre acostumbró en el desempeño de sus funciones. Es por eso que al abdicar O'Higgins, en enero de 1823, el nuevo Gobierno ratificó su nombramiento. Por esa misma época y con motivo del contrabando del tabaco, Zenteno dio curso a una solicitud del comercio del puerto —redactada en términos de censura para las autoridades— que encontró adhesiones en el Congreso. De allí que el General Freire, al disolver el Congreso, dispuso la expatriación del gobernador Zenteno en dirección al Callao. Permaneció allí tres años y vivió pobre, “porque no había atesorado fortuna en el largo tiempo que había servido a su patria como Ministro de Estado” (7).

De regreso en Chile su primera actividad pública fue la de pedir se le juzgase en un Consejo de Guerra. El Consejo de Guerra se reunió, lo absolvió por completo y le acordó un voto

-
- (5) Círculo Militar. Centenario del General José Ignacio Zenteno. 1786-1886. Documentos históricos y artículos de prensa, publicados con ocasión de este centenario. Santiago, 1886.
 - (6) Citado por Pedro Pablo Figueroa. Diccionario Biográfico de Chile. Obra citada, Tomo 3, pág. 543.
 - (7) Figueroa, Pedro Pablo. Diccionario Biográfico de Chile. Obra citada, Tomo 3, pág. 544.

de indemnidad. Zenteno se retiró al campo para consagrarse a las labores agrícolas.

En 1831 fue designado *Inspector General del Ejército y Comandante General de Armas de Santiago*. En 1833 fue nombrado miembro de diversas comisiones militares y en 1846 miembro de la *Sociedad Nacional de Agricultura*. Fue diputado del Congreso en representación de los departamentos de Santiago y Victoria; miembro de la Universidad, en la facultad de Leyes y Ciencias Políticas y del Tribunal de Apelaciones de la Corte Marcial. Alcanzó el elevado puesto de Vicepresidente de la Cámara de Diputados y fue, además, el primer redactor del diario "*El Mercurio*".

Retirado a la vida hogareña en los últimos años de su vida, falleció en Santiago el 16 de julio de 1847.

"Si otros notables méritos en sus excepcionales servicios a la fundación de nuestra nacionalidad libre no le dieran suficientes títulos a la gratitud del pueblo chileno y de las futuras generaciones de nuestra patria —ha escrito D. Pedro P. Figueroa— los hechos enumerados, de por sí brillantes y gloriosos, bastarían para su justa nombrada y para que la historia consagre su memoria como uno de los genios militares de nuestra emancipación política.

"La creación de la escuadra y de la marina de guerra, para afianzar la obra de la revolución y de la Independencia, es por sí sola una empresa superior que le da derecho a un eterno monumento nacional.

"Pero su inmenso amor a la patria, que anhelaba coronar de imperecedero laurel de gloria, le inspiró el feliz y hermoso pensamiento de la bandera y del escudo que lucen los espléndidos y luminosos colores de nuestro cielo.

"Las insignias que ostentan nuestras naves en los mares defendiéndolas heroicas en los combates y honrándolas en el comercio de la civilización universal, fueron concebidas por él en hora de suprema inspiración de poeta y de patriota, cuando soñaba en el fondo de su alma con los himnos y las epopeyas del heroísmo de su pueblo y la concurrencia de su patria al progreso del hemisferio americano" (8).

(8) Figueroa, Pedro Pablo. *Album Militar de Chile (1810-1879)*. Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905. Tomo I, pág. 308.

ORIENTACION BIBLIOGRAFICA

- 1.— AMUNATEGUI, DOMINGO. La Revolución de la Independencia de Chile. Santiago, Imprenta y Litografía Universo, 1945.
- 2.— AMUNATEGUI, DOMINGO. Nacimiento de la República de Chile. 1808-1833. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1930.
- 3.— BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de Chile. Tomos VIII al XVI. 1a. ed. Santiago, 1887-1902.
- 4.— BARROS ARANA, DIEGO. Historia General de la Independencia de Chile durante los años 1811 y 1812. Santiago, Imprenta Nacional, 1866.
- 5.— BULNÉS GONZALO. Historia de la Expedición Libertadora del Perú. 1817-1822. 2 tomos. Santiago, Rafael Jover, editor, 1887-1888.
- 6.— CIRCULO MILITAR. Centenario del General José Ignacio Zenteno, 1786-1886. Documentos históricos y artículos de prensa publicados con ocasión de este centenario. Santiago, 1886.
- 7.— COCHRANE, LORD THOMAS A. Memorias. Santiago, Editorial del Pacífico, S. A., 1954.
- 8.— DIAZ, FRANCISCO JAVIER. La Campaña del Ejército de los Andes. 1817. Reseña histórica popular. Santiago, Talleres del EMGE., 1917.
- 9.— ENCINA, FRANCISCO ANTONIO. Historia de Chile. Desde la Prehistoria hasta 1891. Tomos VI al X. 1a. y 2a. ed. Santiago, Editorial Nascimento, 1947-1962.
- 10.— EYZAGUIRRE, JAIME. Historia de Chile. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1964. 2 tomos en un volumen.
- 11.— EYZAGUIRRE, JAIME. O'Higgins. Santiago, Empresa Editora Zig-Zag, S. A., 1950. 3a. ed.
- 12.— FIGUEROA, PEDRO PABLO. Album Militar de Chile (1810-1879). Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1898-1905.
- 13.— FIGUEROA, PEDRO PABLO. Diccionario Biográfico de Chile. 1a. edición. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1897. 3 tomos.

14. — FIGUEROA, VIRGILIO. *Diccionario Histórico, Biográfico y Bibliográfico de Chile*. Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells y Co., 1928. 5 tomos.
15. — GARCIA REYES, ANTONIO. *Biografía del General Ignacio Zenteno. En Galería Nacional de Hombres Célebres*.
16. — GARCIA REYES, ANTONIO. *Primera Escuadra Nacional*. Santiago, Imprenta Nacional, 1868.
17. — GRAHAM, MARIA. *Diario de mi residencia en Chile*. Santiago, Editorial del Pacífico, S. A., 1956.
18. — HEISE, JULIO. *150 años de Evolución Institucional*. 2a. ed. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1976.
19. — HEISE, JULIO. *O'Higgins, forjador de una tradición democrática*. Santiago, Imprenta Neupert, 1975.
20. — O'HIGGINS, BERNARDO. *Archivo de don Bernardo O'Higgins*. Santiago, 1946...
21. — O'HIGGINS, BERNARDO. *Epistolario de Don Bernardo O'Higgins, Capitán General y Director Supremo de Chile, Gran Mariscal del Perú y Brigadier de las Repúblicas Unidas del Río de la Plata, 1798-1823*. Anotado por Ernesto de la Cruz. Santiago, Imprenta Universitaria, 1916-1919. 2 tomos.
22. — VALENCIA AVARIA, LUIS. *O'Higgins, el Buen Genio de América*. Santiago, Editorial Universitaria, 1960.
23. — VICUÑA MACKENNA, BENJAMIN. *El General José de San Martín*. Buenos Aires, Santiago, Editorial Francisco de Aguirre, 1971. 3a. edición.
24. — ZENTENO Y CANA, IGNACIO. *El General Zenteno. Apuntes biográficos*. Santiago, "El Ferrocarril", 1875.

INDICE DE LAMINAS

Páginas

I.—PERIODO HISPANICO: 1535-1810.

Manuel de Amat y Junient	65
García Hurtado de Mendoza	83
Lautaro	101
José Antonio Manso de Velasco	119
Ambrosio O'Higgins	153
Rodrigo de Quiroga	171
Alonso de Ribera y Zambrano	189
Alonso de Sotomayor	207
Francisco de Villagra	241

II.—PERIODO DE LA INDEPENDENCIA: 1810-1826.

General de Brigada José Santiago Aldunate Toro	259
Brigadier José Miguel Carrera Verdugo	325
General de División Ramón Freire Serrano	343
General de Brigada Juan Mackenna O'Reilly	377
Capitán General Bernardo O'Higgins Riquelme	395
General de División Joaquín Prieto Vial	413
Coronel Manuel Rodríguez (Ordoiza)	431
Brigadier Mateo de Toro y Zambrano Ureta y Prado	465
General de Brigada José Ignacio Zenteno del Pozo y Silva	475